

MIGUEL DELIBES

Obras completas II
El novelista

Este volumen de la obra completa reúne varias novelas fundamentales: los llamados *Diarios de Lorenzo*, es decir, *Diario de un cazador, Diario de un emigrante* y *Diario de un jubilado; La hoja roja, Las ratas* y cinco novelas cortas: *El loco, Los raíles*, *La mortaja*, *Los nogales y La barbería*.

Miguel Delibes

Obras Completas II: El Novelista

(1953-1962)

Obras completas - 2

ePub r1.0
Titivillus 22.10.2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

- Diario de un cazador , 1955
- Diario de un emigrante, 1958
- Diario de un jubilado, 1995
- La hoja roja, 1959
- El loco, 1953
- Los raíles, 1954
- Los nogales, 1953
- La mortaja, 1957
- La barbería, 1957

Diario de un cazador

1955

Prólogo-dedicatoria

A mis amigos cazadores que, por descontado, no son gentecilla de poco más o menos, de ésa de leguis charolados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que con arma, perro y bota componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mondos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarles demasiado que el revisor huela al perro ni que el matacabras azote despiadadamente la paramera; a esos amigos cazadores —digo— de buen corazón y mala lengua, para quienes cazar en mano continúa siendo un deporte, pese a que la perdiz y la liebre se muestran cada día más reacias a aguardar amonadas en un chaparro, y pese, no menos, a los multitudinarios y descansados ojeos y a los pasos de palomas de Echalar, que así, tan vergonzosamente, señores, se las ponían a Felipe II; a esos cazadores —digo— que todavía van a la pieza noblemente, porque la pieza, pese a todo, aún sigue —siendo para ellos un trofeo y una suculenta merienda, va dedicado este libro.

Y, en especial, a mi padre, que me enseñó a amar la caza y que, a más de la escopeta, la canana y el morral, aún sube gallardamente sus ochenta años ladera arriba; y a mi cuadrilla: Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —aquel parro lo bajé yo, Vicente—, Santiago R. Monsalve, en sus primicias entusiastas, y a mi hermano José Ramón, que nos dejó por otra y solía llevar de postre un tocinillo de cielo.

A todos un abrazo.

M. D.
1955

15 agosto 1954, viernes

Al fin dejé el Instituto. Me viene al pelo porque aquí no están desdobladas las clases ni hay permanencias. Veré de agenciármelas para hacer unas pesetillas por las tardes.

Don Basilio, el director, me recibió bien y me soltó un discursito. Le dije lo de la casa y él me contestó que aguardemos una semana porque ahora están los pintores. A la madre no le gusta el traslado. Dice que ella preferiría morir donde vivió treinta años. Todas las viejas tienen las mismas pamplinas. Finalmente la convencí con lo de la renta.

Por otro lado, me dicen que aquí los obvencionales son sustanciosos, y hay una gratificación extra por Navidad. No para echar coche, desde luego, pero menos da una piedra. En fin, si las cosas vienen como espero, podré comprarme para diciembre la Jabalí del 16. Aquilino me dijo ayer que aguardará unos meses antes de sacarla a subasta. Me queda un poco larga de culata, pero Melecio podría cepillarla con cuidado. Por lo demás, me viene que ni pintada, es ligerita y los tubos brillan de tal modo que hacen daño a los ojos.

En el café volví a discutir con Tochano. Cuando Tochano coge una perra hay que sentarse. Me dice que por qué tiro con el 16, habiendo un calibre mayor y otro más pequeño. Apuré toda clase de razones, pero no le convencí. Acabó con la de siempre, diciéndome que estaba enviciado y que el 16 es un calibre a extinguir. No le basta que yo me acierte con él. Será porque soy zurdo, como él dice, pero yo me arreglo con él y no veo motivo para ensayar otro.

16 agosto, sábado

Estuve por la mañana con don Basilio viendo la casa. Los pintores la han dejado como nueva y huele a limpia. Lo celebro porque, según me dijo el señor Moro, la mujer de Ladislao era una tía guarra. El piso no tiene otro inconveniente que el de estar en la parte alta del edificio, expuesto a todos los vientos y a todas las inclemencias. El señor Moro me dice que con las lluvias del otoño salen goteras. Veremos de andar al quite.

18 agosto, lunes

A las seis de la mañana alquilé un carrillo de mano e hice el traslado. La madre anduvo llorando un rato, agarrada al quicio de la puerta. La Modes no

quiso venir a echar una mano, eso que la avisé ayer. La Modes siempre anda a lo suyo. Si alguna vez viene por casa es a pedir. No he visto otra mujer que haya cambiado tanto como ella con el matrimonio. A todas horas anda desgreñada y sucia como las de la tirada del carbón. Cuando le dije lo del traslado me contestó que quién iba a atender lo suyo entonces. Le advertí que haría el traslado de los trastos de madrugada, antes de levantarse Serafín y de despertarse los críos, pero ella dijo que nanay. En cambio Melecio estuvo trajinando como un forzado hasta las ocho y media que se fue a la sierra. Tiene unas manos muy hábiles el condenado. Melecio es uno de esos tipos que no hace un solo movimiento de más. Al concluir la tarea, me dijo que ayer oyó decir en la Sociedad de Cazadores que el 24 se levanta la veda de la codorniz. Al parecer no hay mucha, aunque de la parte del páramo se las oye cantar. Dice que, en cambio, la perdiz crió bien este año y que se ven polladas de igualones por todas partes. Cuando oigo decir estas cosas me entra frío por la espalda. Desde marzo no he disparado un tiro. ¡Desde marzo, Señor! ¡Se dice pronto!

19 agosto, martes

Me despertaron los gorriones piando como locos en la azotea. Dice el señor Moro que la señora de Ladislao tenía la costumbre de echarles las migajas de pan de las sobras al levantarse. Así se explica que hubiera más de un ciento de ellos revoloteando entre las chimeneas y los tendederos. La madre llevaba un rato levantada, rutando porque no le tira la cocina. Debe de ser por el tiempo quedo, sin una brizna de viento. De todas formas a estas cosas hay que cogerles el punto. La madre estaba hecha a la cocina de la otra casa y ésta le extraña. Además, la madre siempre anda dispuesta a protestar. Es su manera de ser. Todavía no ha hincado el pico. Se le ha ido el día recordando a la señora Rufina. A las siete me dijo: «¿Y qué hago yo a estas horas si no puedo sacar una silla a la puerta?». «Siéntese en la azotea, madre, —le dije yo. Ella dijo—: Ya, a ver pasar los pájaros, ¿verdad?». A la mujer no le falta razón, pero cuando hemos cenado a la fresca, bajo un techo de estrellas, se le ha desarrugado el semblante. A medio comer me pidió la toquilla porque notaba el relente. Yo le dije que de cuándo acá había necesitado la toquilla en agosto. Al concluir, la llevé a la baranda para que contemplara las vistas. Ella se asomó y dijo: «Es muy hermosa nuestra ciudad, ¿verdad, hijo?». Desde la azotea se divisa un mar de luces y todo está en silencio, como muerto. Sólo de vez en cuando le asusta a uno el silbido de un tren. Cuando le mostré el Sagrado Corazón, se le alegró la cara y se

santiguó: «Lo tenemos aquí cerquita, hijo. Casi al alcance de la mano», decía. La notaba sobrecogida porque el Sagrado Corazón, iluminado por una luz blanquecina, parece tal cual una aparición milagrosa.

20 agosto, miércoles

De día es aún más hermosa la vista de la ciudad. Al pie de la casa brillan los carriles de la estación y se divisa el movimiento de los trenes sin que se oiga su jadeo. La ciudad queda enfajada por el río y de la otra orilla hay un extenso campo de remolacha, protegido por unos tesos rojizos, salpicados de vides. En las otras direcciones, la ciudad se pierde en unos arrabales polvorientos.

Melecio pasó la tarde en casa. Anduvimos recargando. Parece que lo de la codorniz es un hecho. Sacamos una mesa a la azotea y allí estuvimos a la fresca. El perdigón sigue subiendo. Nos lo han cobrado a veintidós. Menos mal que para la codorniz ponemos media carga. Melecio se da buena maña para calcular la pólvora. Yo me limito a numerar las tapas y a rebordear los cartuchos cargados. Siempre que hago esto, sea donde quiera, me acuerdo de la primera vez que salí al campo con el padre, después que la guillotina de la imprenta le segó la mano. Marró una liebre que le arrancó de los mismos pies en unas pajas y tiró la escopeta. Luego se puso a llorar, se sentó en un mojón y me dijo: «Esto no debes hacerlo nunca, hijo. —Yo le pregunté—: ¿Se puede cazar con una sola mano, padre?». Él dijo: «Por lo visto, no». A partir de aquel día empezó a consumirse y se nos fue en tres meses. ¡Qué cosas! Sólo contaba cincuenta y dos años. El médico decía: «Por más que le hurgo no le encuentro ningún mal. —Mi madre dijo—: Es la pena, doctor». Y se murió y aún estamos aguardando el diagnóstico. Es chocante cómo cada vez que me siento a recargar me acuerdo del padre. Y también cuando me veo en el campo, con el sol arriba y un cansancio doloroso en los pies.

Al marchar Melecio, le pregunté dónde iríamos el domingo 24 y me dijo que ha oído que en Villatorán hay un corro grande de codornices. Iremos, pues, a Villatorán.

21 agosto, jueves

A la una fui a casa de Melecio a ver a la Doly. Está crecida la zorra de ella y tiene buena estampa. Estuve un rato enseñándola a cobrar con la boina vieja de Melecio. Pero ella lo echa a barato. Es un animal retozón y zalamero. O mucho me equivoco o no tiene casta. No volveremos a agarrar una perra

como la Ina. Malas pulgas sí gastaba la condenada, pero conocía el oficio como nadie. Todavía recuerdo la perdiz alicorta que me cobró en lo de la Diputación. ¡Aquello eran vientos!

De regreso, me topé con la Modes. Al verme se echó a llorar. Siempre hace igual la chalada. Le dije que si a pedir limosna, y ella respondió que Serafín estaba enfermo. Me supuse que sería otra vez el vino, pero ella dijo que no, que esta vez tiene calentura. «¿Y el Seguro no paga?, —dije yo—. Ése es otro cantar», respondió ella suspirando. Le di una pela, porque aunque le diese cinco sé que volverá mañana. A mi hermana le hizo la boca un ángel.

En el café estuve con la peña de Tochano. Parecen confabulados para no decir dónde piensan abrir la temporada. También yo me callé que en Villatorán hay un corro grande. Si quieren codornices, que las busquen. De todas formas no creo que Tochano y su partida se conformen con matar pajaritos el domingo. O mucho me equivoco o irán a la linde de lo de Muro, a las liebres. Jugué la partida con ellos y palmó el Pepe los cafés. Como acostumbra, lo anotó en cuenta. Don David no le puso buena cara.

22 agosto, viernes

He pasado un rebufe del demonio. Encontré llorando a la madre al regresar del café y me dijo que la hija segunda del señor Moro la había llamado tía. Le dije que se explicase y me dijo que desde hace cuatro días las hijas del señor Moro cuelgan la ropa en nuestro tendedero y hoy nos arrancaron un palo. Me endemonió la cosa, pues hace una semana me tiré la tarde colocando el alambre. Como no me gusta andar con tapujos pasé a casa del señor Moro y le dije que, con todos los respetos a su edad, no estaba dispuesto a molerme para él y los suyos. Las tres candajos de sus hijas vinieron a mí como tres furias y me dijeron que me explicara. Yo me expliqué a mi modo, y la Carmina, al concluir, me chilló que podía meterme el tendedero en el culo. El candongo del señor Moro me dijo que lo que yo decía no era cierto y que el tendedero lo había arrancado el viento. Fuera de tino le pregunté que qué viento. Él me pasó a la habitación vecina y me salió con que si yo había caído aquí al olor de la Conserjería. «Vamos, vamos, ¿es eso?», le dije. Él me dijo entonces que tenía muchos años y sabe que nadie dejaría el Instituto por esto si no esperara un ascenso. «Yo no vine aquí a hocicar —dije lealmente—. Eso no quita para que si don Basilio me ofrece la Conserjería le vaya a arrugar el morro». El viejo empezó con que don Basilio le tiene aquí y que si el cargo lo dan por antigüedad, como debe ser, yo no pinto aquí nada. Me recomió el retintín y le contesté que no estaba allí para hablar de la

Conserjería sino del tendedero y que, aunque joven, no me gusta que nadie se me siente en la barriga. Le dejé con la palabra en la boca.

He estado un rato en la azotea contemplando las luces de la ciudad.

23 agosto, sábado

Tengo un remusguillo dentro que no me lamo. He sacado a la cocina las botas, los pantalones de dril, la camisa vieja, la canana, la percha y la escopeta. No quisiera despertar a la vieja cuando salga de madrugada. Melecio estuvo aquí por la mañana y por la tarde. Con unas puntas afirmamos el cajoncito en el soporte de la bicicleta. Melecio trajo los pistones que nos recargaron en la cárcel. Supone una buena economía porque hoy día los pistones son un renglón. Le pregunté a Melecio si sabía dónde iban los de Tochano y piensa lo mismo que yo: que saldrán a las liebres. Le dije que si la Doly no se asustaría de ir en el soporte y me contestó que no lo cree fácil. Cuando se fue, estuve quitándole la grasa a la escopeta y me acosté temprano; pero, como me olía, no me pude dormir. No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada la perdiz aquella de Villalba; la que me hizo la torre. La condenada no llevaba sino un perdigón en la cabeza. Le pegué a cincuenta metros cuando menos. He pensado en ella y luego he pensado en cuando yo era chico y dejaba los tiros cortos. Don Florián, el cura párroco del Carmen, se hartaba de decirme: «No es eso, mozo. No pares la escopeta cuando oprimas el gatillo. De otro modo, adelanta el tiro para que la pieza se encuentre con él». Pero yo no podía seguir sus instrucciones porque arrancarme la pieza y perder la cabeza era todo uno. Él decía: «Si no sabes reportarte es mejor que cuelgues la escopeta, mozo». Yo lloraba por las noches y me decía que nunca sería un buen cazador. Alguna vez, de casualidad, yo cobraba una caza y entonces la apretaba el pecho con toda el alma y encontraba un placer dañino en verla abrir y cerrar la boca en los estertores de la agonía. Y me gustaba ver mis manos untadas de sangre. Ahora, cada vez que encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que aquel rapaz sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!. —Yo lo echo a barato—: ¡Qué cosas tiene, don Florián! ¡Qué más quisiera yo!». Él me da unos golpecitos en la espalda: «¿Quién si no?». «Docenas, señor cura. Hay docenas de ellos que funcionan mejor que yo». Y él pone una sonrisa resignada. Yo pienso que el día que me ocurra lo que a él, que el reúma o el asma o la historia no me dejen salir al campo, me moriré de asco. Como el padre. Eso es, igual que el padre. Voy a

intentar dormir, aunque de seguro volverá la perdiz aquella de Villalba. A las seis he quedado con Melecio frente a la botica de Creus.

24 agosto, domingo

El corro de Villatorán debió subirse al páramo. Ha cedido un poco el calor y la codorniz es muy sensible al cambio. En la huerta se constipa en días así. Por lo que he podido oír, casi todos los excursionistas se quedaron a la luna de Valencia. Decididamente no hay codorniz este año. Melecio me recordaba la primera salida del año pasado en la que cobramos ciento dieciséis. Hoy hicimos veintiuna, pero después de un buen jabón. Claro que la Doly es nueva y no parece le sobren vientos. En el arroyo trabajó mal y únicamente hizo tres muestras, una de ellas a una calandria. Mala cosa para un pointer, aunque sea nuevo, hacerle una muestra a una calandria. Melecio hizo once y yo sólo diez. Claro que tiré cuatro tiros menos. De salida hice un doblete junto a una morena que me llevó a pensar que las cosas rodarían bien, pero que si quieres. De todos modos ha sido un buen día. Salir al campo a las seis de la mañana en un día de agosto no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece que uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios. La Doly se arrojó dos veces del soporte y terminamos por amarrarla. El bicho regresó reventado.

25 agosto, lunes

Vino la Modes después de comer y volvió a echar unas lágrimas. Cuando se calmó dijo que le gustaba la situación de nuestra casa. La madre se va haciendo y dice que si no fuera por la vecindad del señor Moro y los suyos aguantaría. Ha cogido la costumbre de la mujer de Ladislao y todas las mañanas un ciento de gorriones la esperan en la azotea. Alguna tarde viene la señora Rufina a hacerle la tertulia. Sacan dos sillas a la azotea y no cesan de charlar. Otros días va la madre a casa de ella para ver pasar la gente. A la Modes le dije que escribiera a Tino, que está en mejores condiciones que nosotros para ayudarla. Tino, de churrero en Madrid, y sin familia, vive como un patriarca. Las Navidades últimas le habló a la madre de sacar un chiquillo del hospicio. La Modes me dijo que escribió a Florentino pero que, como acostumbra, se había hecho el roncero. Fue entonces cuando le dije que por qué no le dejaba uno de sus chiquillos. Se puso burra y dijo que antes los despachaba a todos que darle uno a Tino. Le pregunté la razón y me dijo que

no me hiciera de nuevas, que yo sé lo mismo que ella que Florentino mete en casa a mujeres de la vida.

En el café pregunté a Tochano por su excursión. Como me olía, estuvieron en lo de Muro, a las liebres. Llevaban hechas dos cuando les salió la pareja y tuvieron que tirarlas. Luego no encontraron más que una. En resumidas cuentas, perdieron el día. Le pregunté si quería venir conmigo a Herrera, a las torcaces, un día de labor. Respondió que a las torcaces no hay quien les meta mano una vez que oyen un tiro. A pesar de lo que dice, yo iré a los pinares de Herrera antes de que empiecen los exámenes. Mal ha de darse para no colgar media docena.

A última hora caí por casa de Melecio. No estaba él y pasé un rato con el Mele enseñando a la Doly a cobrar. Luego el Mele me pidió que le contase cosas de pájaros. Le conté otra vez lo del alcaraván y la lagartija.

La madre me dice que en casa del señor Moro tuvieron barullo esta tarde porque es el santo de una de las chicas.

26 agosto, martes

Me pasé el día yendo y viniendo a la tienda de don Rafael para que firme unos traslados. Es la primera vez que veo a un secretario despachar los asuntos oficiales sin moverse de su almacén. Este don Rafael me va a hacer la tana. Ir y volver a la tienda le lleva a uno media hora larga. El señor Moro me dice que podíamos organizar el servicio por viajes, por días o por semanas; como a mí me pete. Yo prefiero por días, porque así durante las vacaciones no necesito aguardar una semana para salir al campo. Le pareció bien. El tío candongo no me habló una palabra de la Conserjería. Bueno está lo bueno.

28 agosto, jueves

En la vida pasaré un trago como el de hoy. Me sorprendió la pareja en un pinar y llevaba a la espalda una liebre como un burro. Bien sabe Dios que salí a las torcaces, pero la tía se me arrancó en la linde de un majuelo, tan clara y tan pausadita, que no me pude reportar. Le solté el izquierdo porque iba un si es no es larga y la dejé seca. El tiro le cogió la chola y sangraba a chorros. Me asusté porque la socia pesaba sus buenos tres kilos y hacía un bulto del diablo. Pensé que era mejor dejar las torcaces para otro día y volverme arreando a la bicicleta. Yo sabía que en Herrera hay cuartelillo, pero confiaba en que la pareja anduviera de servicio en la carretera. De todas formas, si no es por la mierda de la tamuja ellos ni se enteran. Pero la tamuja crujió al pisar y

entonces ellos me sisearon. Me acerqué temblando como si acabara de matar a un hombre. El cabo me preguntó si no sabía que aún no es tiempo de caza y le respondí que había salido a las torcaces. Tenía las manos de sangre y no sabía dónde meterlas. «Ha tirado ahí arriba, ¿no?, —preguntó el cabo—. Tiré una torcaz y se me fue de riñones. ¡Son duras las condenadas!», le dije. Yo le sonreía, pero el tío tenía cara de estreñido. Le ofrecí un cigarro, pero no tragó y dijo que no fumaba. Yo no hacía más que pensar si el Aquilino tendría autoridad para sacarme del aprieto. Luego dijo el cabo que según la Ley de Caza no puede cazarse donde haya frutos pendientes. «Son negrales estos; no dan más que resina, —dije—. Aunque así sea», dijo el cabo. Y luego añadió: «Saque usted…. —Y yo pensé que iba a decir—: la liebre del zurrón», pero dijo: «… los papeles. —Se los mostré sin abrir la mano para que no viera la sangre—. Bueno», dijo mirándolos por encima. La liebre me pesaba una tonelada y pensé que no podía darme media vuelta mientras ellos siguieran mirando. Tampoco me petaba que me hiciera más preguntas el cabo y le pregunté, para distraerle, si conocía a un brigada que se llama Aquilino. Me dijo que dónde andaba y le respondí que en la capital. «Aquilino ¿qué?, —dijo él, entonces—. Pérez. Es primo de mi madre». El cabo llamó al otro y le preguntó si conocía al brigada Aquilino Pérez. El otro encogió los hombros. Me vi mal otra vez y entonces se me ocurrió contarles lo de la mujer soldado. Le interesó el asunto al cabo y me hizo muchas preguntas. «Cumplía por un hermano, —dije—. ¿Y el hermano?», preguntó el cabo. «Es desertor», dije. El cabo sonrió al fin y empezó a pesarme menos la liebre en la espalda. ¡La madre que le echó! Hasta las tres no llegué a la bicicleta. La madre ya había dado recado a Melecio. Me he metido en la cama sin comer. La liebre ha pesado tres kilos menos cien gramos.

29 agosto, viernes

Desde hace cuatro días me estoy dejando bigote. Arranca un poco ralillo, pero me da cierta prestancia. No tiene razón de ser, pero sale más recio del lado izquierdo. Claro que también el brazo y el pecho izquierdo los tengo más desarrollados que los derechos. Es natural siendo zurdo, pero no parece claro que lo del bigote tenga nada que ver con esto.

Don Basilio, el director, echó esta mañana un buen rapapolvo a José, el de Secretaría. Don Basilio si se atocina saca una voz chillona de pendoncete. José me dijo luego que él conoce a don Basilio y estas peteras no se las toma en cuenta.

No he visto a Melecio en todo el día. Realmente la sierra y los conejos, luego, no le dejan tiempo ni para echar un vaso.

30 agosto, sábado

La Sociedad de Cazadores era esta tarde una olla de grillos. El presidente leyó un escrito para la prensa contra los cazadores desaprensivos. El artículo estaba bien traído y viene a decir que si los cazadores no respetamos la veda acabaremos con la gallina de los huevos de oro. El domingo, los civiles hicieron una redada en el rapidillo y el que más y el que menos traía las manos manchadas. Se incautaron de veinticinco escopetas y ciento veintitrés cazas. He de ver a Aquilino. Uno de estos birlochos llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones. Como el presidente dice, esto no se explica si no es por el placer de hacer daño. Según los informes, diez de las liebres estaban preñadas y veintitrés criando. A tres crías por término medio, resulta que los daños causados por esta bazofia son, además de las treinta y tres hembras muertas, las noventa y nueve crías que no nacerán o no podrán vivir sin la teta. Me dijeron si quería firmar al pie del escrito y no me hice de rogar. Hay que terminar con esa canalla.

El Pepe dijo en el café que a ver quién es el guapo que yendo de codornices se quita la gorra ante una liebre que se le enreda en los pies. Yo me cabreé y le contesté que el que no sepa reportarse que se quede en casa. Tochano dijo que para tanto como eso es mejor que no se abra la veda mientras no se pueda tirar a todo. Yo dije: «A ver qué codornices cazas tú en octubre». Él se sulfuró y terminó diciendo que por su parte las codornices podían morirse todas.

31 agosto, domingo

Hoy hicimos veinticinco pájaros sin movernos de un garbanzal y sin perder tiro. Estuvimos en lo de Ortega, junto al Duero, en una vega muy fresca. La Doly va espabilando. Cobra cuando quiere, pero tiene la boca dura y machuca los pájaros. Hizo cuatro posturas de tente y no te menees. Melecio llevó al Mele en la barra y el chiquillo se ensució los calzones. No debimos dejarle beber de la bota.

De vuelta, me dijo la madre que han robado el pellejo de la liebre de la ventana donde lo puso a secar. No es el valor del pellejo sino la acción lo que me giba. Pensé pasar sin más a casa del señor Moro y preguntarle para qué quería en casa un pellejo más, pero lo pensé mejor y me fui donde Tochano a

pedirle el Sol. El Sol tiene unos vientos muy vivos. Tochano no había regresado y le esperé cosa de media hora. Al fin llegó con dos pollos de perdiz en el morral. Me dijo que las parejas andan muy movidas este año. Encontraron dos durante el día. Luego me preguntó para qué quería el Sol y se lo dije. El animal estaba cansado, pero no bien le dieron los vientos se coló en casa del señor Moro y salió con el pellejo en la boca. La candaja de la Carmina apareció detrás con la escoba en alto. Al verme tiró la escoba y se colocó en jarras. «¿Qué?, —dijo en plan chulo—. Este pellejo tiene dueño», dije tranquilamente, quitándoselo al Sol de la boca. «¿Y quién ha metido esa basura en casa, si puede saberse?, —dijo ella con el mayor cinismo—. Eso me pregunto yo», dije. «Habrá sido ese cochino perro, que como vuelva a echarle el ojo le parto los hocicos de un escobazo, —dijo ella. Me estaba jorobando ya la tal Carmina. Dije—: El perro lo ha sacado, no lo ha metido». «Vamos, ¿es que ahora va a resultar que me he pringado en ese pellejo apestoso?», dijo la tía a voces. Salió el señor Moro y por buenas componendas le dije que a la próxima se enteraría don Basilio. Él sonrió y dijo que si llamaba a un guardia, ¿qué? Dije un poco cortado: «No quiero líos, señor Moro; bien claro se lo dije el primer día». No tuve ganas de darme otro paseo y le eché al Sol unos mendrugos y le extendí una arpillera para que durmiera en la azotea.

1 septiembre, lunes

El 5 empiezan los exámenes. Hoy conocí al de Francés, que es un tipo así pingorotudo y muy recompuesto. Ha veraneado en San Sebastián y es catedrático de última hornada. Como el de Francés del Instituto, también hace muecas con los labios cuando habla, como si estuviese dando la lección. Me gibó el pollo porque no respondió cuando le di los buenos días. Pregunté a don Basilio cuándo concluyen los pintores para que se lleven la chapera. El de Francés hacía que leía una revista, pero me miraba de reojo. Al salir le oí cómo preguntaba a don Basilio si yo era el nuevo. El de Francés me parece de esos tipos que miran a las mujeres de arriba abajo; de esos que se paran al ver una buena mujer, no para verla mejor, sino para que ella les vea a ellos.

Por la tarde he ido dos veces a la tienda de don Rafael a recoger unas firmas. Hoy volvió Zacarías por el café. Después de la enfermedad le ha quedado triste el ojo de la nube.

3 septiembre, miércoles

El Pepe ha andado toda la tarde de cachondeo a vueltas con mi bigote. Dijo que parecía tuerto del lado izquierdo y todos se rieron las muelas. No estaba Tochano y nos jugamos los cafés al parchís. Le tocó pagar al Pepe, pero dijo que se lo apuntaran. Como quien no quiere la cosa, don David se llegó a él y le dijo que para dar crédito ya estaban los bancos. El Pepe puso unos ojos como cortantes: «¿Desconfía?», dijo sin casi mover los labios. Don David tiene cara de mandria, pero cuando se atufa enseña los dientes como un caimán. Le dijo: «No fío ni a mi padre, que esté en gloria, más de dos meses. —El Pepe hizo que se buscaba algo que no encontraba en el bolsillo del pantalón—. No tengo ahora», dijo. Veía mal la cosa y tiré de cartera y le dije al Pepe: «Me lo debes a mí». Cuando se largó don David, nos contó el Pepe que la víspera había dado en el cine cinco rubias de propina pensando que eran perras chicas. ¡Si no le conociera! Luego me dijo que quería salir un día conmigo a las codornices. Quedamos para mañana porque el 5 estoy de exámenes. El Pepe dijo que recogería al Sol en casa de Tochano. He estado recargando hasta las tres. Cuando me metía en la cama sentí silbar al exprés de Galicia.

4 septiembre, jueves

Estuve con el Pepe en lo de Aniago. Es un mar de surcos y duelen los ojos de la perspectiva. Hay unos linderos muy majos que tienen bastante codorniz. Lo malo fue el viento. Si la codorniz coge el viento, navega a vela. El Pepe es incansable. Tiró a troche y moche durante dos horas. Apenas había disparado yo cinco tiros y ya llevaba él diecisiete. En un alto que hicimos a dar un tiento a la bota me pidió cartuchos. Le advertí que eran del 16, pero él lo resolvió quitando el culatín a los del 12 y metiendo los míos por el canuto. Me gibó que tirase por puro placer a una picaza, que para tanto como eso no le dejé yo la munición. A poco de comer me llamó a voces. Me acerqué de mal café porque creí que iba a pedirme más cartuchos, pero no era para eso sino para enseñarme el nido de una liebre. No lo había visto nunca. Es un socavón en el surco hecho con mucho arte y forrado de pajitas y pelusas. Tenía tres crías recién paridas que parecían ratones a medio pelo. El Pepe me propuso manear los chaparros, puesto que la madre no andaría lejos. «¿Y las crías?, —le pregunté—. Tampoco estarán malas en el cocido», respondió el Pepe. «Me sabe mal, la verdad, —le dije—. Si no lo hacemos nosotros, otros lo harán», dijo él. En el fondo me petaba el plan y al Pepe le sobraba razón. Acepté a condición de dar una pasada sólo. El Pepe me pidió dos cartuchos de perdigón

gordo y me dijo que si no levantábamos la liebre me los devolvería. El Pepe caza haciendo un ruido con los labios como si tirara besos. No dimos con el bicho y ya nos volvíamos y el Pepe había abierto la escopeta cuando la tía se le arrancó de junto a un enebro, surco arriba, con las orejas gachas y corriendo a ciento por hora. Cuando el Pepe cerró la escopeta y se la quiso echar a la cara, la muy zorra estaba en París. Pero eso no es ley para el Pepe. Soltó los dos tiros con toda tranquilidad, como si los cartuchos fuesen suyos. «¡Me cago en tu padre, tía puta!», voceó. Ya le dije que no tirase a la desesperada, pero él protestó y dijo que a una liebre hay que tirarle aunque sólo asome las orejas, porque nadie sabe lo que puede ocurrir. Se puso de mal café y cien metros más arriba marró dos codornices que le volaron de la gorra. Entonces la tomó con el Sol. Empezó a darle cantazos porque decía que se alargaba y el animal se amorrongó, se puso tras mío y ya no hubo manera de hacerle trabajar. En total hicimos treinta y tres. Yo dieciocho y tiré quince cartuchos menos que el Pepe.

La madre me ha dicho al llegar a casa que anda alcanzada. Si no se resuelve pronto lo de la Conserjería tendré que agenciarme un complemento. Prefiero no pensar en eso ahora.

5 septiembre, viernes

Entré en el estanco esta mañana por unas pólizas y me encontré a Aquilino. Iba tan majetón como siempre, con el correaje y el tricornio relucientes y la guerrera bien estirada. Me preguntó qué había de la Jabalí, y le dije que aguardase a Navidad porque ahora no tengo disponibles. «Los tubos están criando moho, —me dijo él con guasa. Yo me eché a reír—: Como dejes que eso ocurra hemos terminado», dije. Él entonces se puso serio y me preguntó qué me parecía lo del rapidillo del día 24. Le dije si había algo que mereciera la pena y respondió que sí, pero que sólo en 12 y 20. En ese caso no interesa.

El día, con los exámenes, ha sido de aúpa. El señor Moro me había dicho que eso de las propinas se acabó con la guerra, pero cuando vi su interés por repartir las papeletas le paré los pies. Me preguntó si es que para mí la antigüedad no contaba, pero le dije lealmente que también los jóvenes tenemos estómago. El tío marrajo aún se resistía y sólo cuando le propuse consultarlo con don Basilio se avino a hacer partes. Él ya sabe por dónde se anda. Con unas cosas y otras he sacado 20,35 líquidas, que no está mal.

Melecio estuvo un rato en casa. Me dijo que la Amparo rellenó de virutas la piel de la liebre y el Mele se pasa el día tirándosela a la Doly amarrada de

un cordel. Le pregunté que qué tal y Melecio arrugó el morro. Me da mala espina. Es difícil quitarle el vicio a un perro con la boca dura. Y el caso es que la maldita, cuando le da la gana, sabe hacerlo. Por otra parte, tampoco es buena enseñanza que esté todo el día de Dios viendo correr los conejos por el corral. Ya me gustaría cruzarla con el Sol, por más que Melecio diga que el Sol es un perro resabiado.

6 septiembre, sábado

No me he sentado en todo el día. A la noche la madre me preparó un baño de pies porque no podía parar. Empezaron los exámenes de primero. El de Francés se cargó dieciocho de veintidós. ¡Buen guaje! Saqué 19,20 líquidas.

8 septiembre, lunes

Don Basilio me dijo esta mañana que me quitara el blusón y me pusiera la gorra del uniforme. Me lo estaba oliendo. Fui sincero con él y le expliqué que la gorra no me va a la cara. Él me salió con que el uniforme es la manifestación de la disciplina en el Centro. Le dije que era una gorra muy llamativa y entonces se le puso el habla de pendoncete y me dijo que él no la había inventado, sino que era la reglamentaria. Aún intenté convencerle de que quitándome el blusón y con los botones dorados sería suficiente para darme a respetar y él me respondió que yo no estaba allí para meter miedo a nadie sino para mantener el orden y la disciplina. Dijo, después, algo así como que él en su despacho era el ministro de Educación y yo en los pasillos era también como el ministro de Educación. ¡Mucho cuento! Al cabo se quedó mirándome la nariz y creí que iba a decirme algo del bigote. Así es que di media vuelta y he andado todo el día huido y como acobardado.

El de Francés se cargó hoy diecinueve de veintiuno. Saqué 21,70 líquidas. He borrado un letrerito en el váter que decía: «Pérez, cornudo». Pérez es el de Francés. Por la noche, me ha dicho Melecio que si tengo plomo sabe de uno que hace perdigón.

10 septiembre, miércoles

Esto de los exámenes es una lavativa. Hay mucha matrícula y van al paso. Esta mañana empezó la de Alemán y los claustros se quedaron vacíos porque es una hembra que marea. Dicen que por una grieta del pupitre se le ven las rodillas cuando se enoja. No sé, no sé. Lo cierto es que hoy en los pasillos no había una rata. Cuando tocó el timbre para entregarme las papeletas me dio un

vahído. Realmente está que lo tira. Y el tono ronco de la voz le da aún más aliciente. Por lo visto era de Hitler, y desde que Hitler perdió la guerra anda como cabreada. Ella piensa que está vivo, escondido en alguna parte. El señor Moro, cuando le pregunté, me dijo furioso: «¡Como no lo tenga en su alcoba!». El señor Moro anda quemado desde lo del otro día. ¡Anda y que le zurzan! ¡Lo que es, si para que él desarrugue el morro he de dejarme pisar la barriga, está listo! Al entrar por las papeletas, el de Francés y ella hablaban en alemán. Él chapurreaba y ella se divertía corrigiéndole. Una de las veces le agarró de los labios con las puntitas de los dedos y le dijo: «Como la u castellana. —Él me vio de pronto y se puso a vocear—. ¿No han llamado?», dije. Ella me alargó entonces las papeletas sin decir palabra.

15 septiembre, lunes

No veo el momento de que esto termine para dar gusto al dedo. Fuera de ayer, que subí con Melecio a lo de Aniago, no salgo desde el día 4. Yo le tenía mucho hablado a Melecio de lo de Aniago y le conté lo del nido de la liebre. Pero lo que son las cosas, el domingo no vimos nada. Se conoce que lo habían pateado otros. Esto de la caza es como el huevo de Juanelo. Después de mucho mover las tabas hicimos once pájaros. Nueve yo y dos Melecio. El cielo se cargó por la tarde y se puso de nublado. No nos dio tiempo ni de llegar a las bicicletas. Nos metimos en el chozo de ramera de un melonar y allí aguantamos. Melecio se santiguaba a cada descarga y yo le pregunté si tenía rilis. «Lo que tengo son dos chavales», dijo él. Le vi tan blanco que no quise cachondearme. Ciertamente daba rilis aquel cielo negro y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. Le dije para calmarle que los rayos iban a los pinares, pero él no estaba por la labor. «No sería el primero que funde un chozo», me contestó. Con el tacón pateaba a la Doly. Le pregunté si le molestaba la perra, pero a él le atocinó la pregunta y dijo de mala gana que la piel de los animales atrae los rayos. Luego se pasó el nublado y empezaron a cantar los sapos. Estaba oscureciendo y olía bien el campo. En la bicicleta, Melecio no hacía más que rajar. Parecía como si quisiera que me olvidara de que le había visto pasar rilis. A mí me gibaba su runrún porque me gusta escuchar el ruido de las llantas sobre la carretera mojada. A última hora acordamos ir el domingo 28, que se levanta la general, a lo de Illera.

19 septiembre, viernes

Esta mañana me dijo José, el de Secretaría, que ayer estuvieron hablando don Basilio y don Rafael durante una hora sobre la Conserjería. Parece que no hay acuerdo. Por lo visto el vaina de don Rafael me pone la proa. José me suplicó que no haga uso de esta información.

La Modes pasó por casa esta tarde. Como de costumbre, anduvo un rato moquiteando. Me temí que fuese por lo de siempre, pero tampoco me chocó cuando dijo que esperaba otro chaval. La Modes ha tenido cuatro en cuatro años. La madre dijo: «¡Alabado sea el Señor! ¿Cuándo piensa sentar la cabeza el Serafín?». «Él dice que es lo único que nos queda a los pobres, madre», respondió la Modes. Mi hermana se calmó enseguida y se puso a hablar de los puntos y de los subsidios. Serafín está bien colocado y tiene un buen jornal, pero mi hermana es desordenada. Vino con los dos críos mayores, que andaban por la azotea, y, de pronto, los sentí llorar. La Modes saltó como un buscapié. Cuando salí tras ella ya estaba enzarzada con la Carmina, insultándose a voces. Por lo visto, los chicos se habían puesto a trastear con una camisa del señor Moro. Quise hacer ver a la Carmina que los chicos son chicos, pero ella contestó a grito pelado que la que no sepa atenderles que se los guarde. La Modes la llamó entonces tía marrana y la madre le echó en cara a la Carmina lo del tendedero y lo del pellejo de la liebre. Entonces dijo la Carmina que es muy bonito eso de echar golfos al mundo y que deberían colgar a las sinvergüenzas que dejan sus hijos en el arroyo. Cuando se largó la Modes, le dije a la madre que no quiero más cuestiones con el señor Moro y los suyos. No son trigo limpio. No he visto a Melecio en todo el día.

24 septiembre, miércoles

Hoy concluyeron los exámenes. Dentro de ocho días empezaremos el curso. El tiempo ha oscurecido y asoma la otoñada. La azotea se ha puesto gris. Por la tarde hice balance: 380 pelas con 65 céntimos me dejaron los exámenes. Está visto que esto del dinero es cuestión de ordeñar a lo que salte.

Pensaba ir a ver a Aquilino, cuando la madre me recordó que le debo a Asterio el último traje; el de las listas. ¡Tengo la cabeza a caldo! Asterio es considerado y nunca pasa factura. Le di a cuenta las 300 y todavía me dijo que no corrían prisa. Añadió, por guasa, que ya había pensado en denunciarme. Asterio, como de costumbre, estaba con dos amigos escuchando mambos en la gramola. De vuelta, me compré un extractor de los de tenaza. El otro no me va.

En el café, me dijo el saleri de Tochano que se vendrán con nosotros a lo de Illera. Le pregunté que quiénes y me dijo que Zacarías, el Pepe y él. Total, cinco. ¡Buena mano!

26 septiembre, viernes

¡La madre se los pisa, vamos! Hoy abrió al cobrador de la luz sin acordarse de quitar la horquilla. Por lo visto le dio un repaso regular. Se enteraron las de enfrente y para qué te voy a contar. La Carmina la llamó tramposa y beata de las de aquí te aguardo. La madre no sabía cómo decírmelo. Me he echado a la calle y he andado toda la tarde como un zarandillo. Melecio me habló de su primo Esteban y fuimos juntos a su casa. Esteban dijo que todo dependía de que el cobrador hubiera o no dado parte. Luego me preguntó si era Sisinio quien tiene esa vereda. Le dije que no lo sabía y él dijo que si era así, un muchacho más bien flaco, con cara de estreñido. Le dije que sí y nos fuimos los tres a casa del tal Sisinio. Sisinio estaba fuera y le aguardamos en el bar de la esquina. Me recomían los nervios, porque si don Basilio se lo cata no creo que la cosa me haga mucho favor. Le quise explicar a Esteban el asunto de la horquilla y me dijo que conocía todas esas triquiñuelas y aún podía enseñarme otras. El tal Esteban no hacía el favor de grado y me pareció que si daba este paso era en atención a su primo. Melecio es un individuo que se hace querer. Fuimos otra vez donde Sisinio y al verle le reconocí y le dije a Esteban que sí era el de mi vereda. Esteban, echándolo a barato, le preguntó si había encontrado una horquilla en la cobranza de la mañana. Dijo Sisinio que una horquilla y un imán. Esteban entonces le sacó de la habitación y les oímos cuchichear un rato en la cocina. Nos dejaron solos a Melecio y a mí con el padre de Sisinio, que se bañaba los pies en un balde. Cuando regresaron Sisinio y Esteban, Esteban dijo que todo estaba listo. Al despedirnos, me advirtió que anduviera con ojo porque todas esas gaitas están muy castigadas.

Melecio y yo hemos estado en casa recargando hasta las diez. A la madre le dije que en lo sucesivo retire la horquilla hasta para abrir al basurero. Hemos quedado con los de Tochano a las siete frente a la botica de Creus.

28 septiembre, domingo

Fuimos en tren hasta lo de Illera. Es un cazadero hermoso con una ladera muy áspera, llena de jaras y tomillos, y un chaparral arriba, en el páramo. El río corre por bajo y espejea con el sol. Lo de Illera, a las doce del día, es un

bonito espectáculo. Cogimos la ladera de izquierda a derecha, porque si no la perdiz escapa al otro lado del río. Venteaba recio y las tías salían largas. Zacarías dijo que había que subirlas al monte si queríamos que aguantasen. La Doly empezó trabajando bien y a la mano, pero luego se cansó. El Pepe tiró a una liebre en París. A pesar del viento hacía calor y me quedé en camisa. Como no hacíamos nada, Tochano dijo que lo que procedía era dar unos ganchitos, primero en la ladera y luego arriba, en los chaparros. Organizamos la cosa de forma que ojeasen dos y tres se quedaran de puesto, alternando. En los tres primeros ojeos bajamos cinco y en el cuarto yo me quedé de puesto en la esquina, junto al río. No me prueba el ojeo porque soy nervioso y no sé decidir, hasta que ha pasado el momento, si es mejor tirar de pico o de rabo. Acababa de bajar una perdiz cuando sentí ruido entre los mimbrerales de la ribera y me puse al quite. De repente apareció el zorro como a unos treinta pies y pensé que era el perro de un pastor. Él se volvió de lado y entonces le vi la cola. «Me cago en su padre», me dije y me cubrí bien con los enebros. El indino estaba quedo, con unos ojos muy despiertos, escuchando las voces de Zacarías y el Pepe que traían la mano. Dudé si cambiar el cartucho porque tenía séptima, pero me dije que en la operación iba a armar ruido y le iba a espantar. Luego, cuando me eché la escopeta y le apunté a la paletilla a ciencia y paciencia, me oía el corazón con tanta claridad como cuando de chavea me ponía don Florián, el cura, el reloj en la oreja para que cantara los segundos. Iba a apretar el gatillo cuando el tío marrajo se arrancó. Entraba gazapeando, el hijoputa. Entonces me dio la duda de si tirarle de morros o sacudirle de culo. Aún me dio tiempo de pensar que si le tiraba de culo podría machucarle el rabo y, sin vacilar más, disparé. Dio un brinco como un títere, el condenado, pero siguió corriendo y creí que se me iba. Entonces tiré el segundo y le quedé. Empecé a vocear y Tochano acudió el primero. «¡Mira!, —le dije—. ¡Coño, el zorro!», dijo él. Y fue a echarle mano, pero el maldito se revolvió y le mordió el brazo. Tochano se puso a patearle. «Deja —dije—, vas a escoñarle la piel». Allí mismo comimos y Zacarías contó que en Extremadura hizo una vez una carambola de zorros y que eran mayores que éste. Melecio le dijo que no era posible matar dos zorros de un tiro, y Zacarías, que no se calla ni por cuanto hay, explicó que uno mordía el rabo del otro porque el de atrás era ciego y el de delante hacía de lazarillo. ¡No te giba! Parpadeaba el cachondo de él como cada vez que suelta una trola. Al concluir de comer, Tochano tenía la muñeca como una morcilla. «Ya estará rabioso el hijoputa», dijo. El Pepe no hacía más que darle a la bota. Al levantarnos dijo que le debíamos los billetes. Yo le dije que él me debía a mí

los cafés del otro día. Se cabreó y me salió con que si me había dejado de pagar alguna vez. Le abonamos los billetes y él me dijo que mañana me abonaría los cafés y en paz. No me atreví a recordarle lo de los cartuchos de Aniago.

Por la tarde hicimos dos perdices y una liebre. La liebre la agarró la Doly en la cama. Con paciencia, la Doly puede ser más perro que la Ina. Le sobra instinto; sólo le falta afinarse. Cuando tomamos el tren de vuelta, Tochano tenía el brazo como un neumático y le dolía el hombro. El revisor estuvo curioseando el zorro por arriba y por abajo como si le fuera a cobrar billete. Luego dijo que valía la piel. En la estación hicimos partes y el Pepe dijo que el que llevara el zorro no llevaba cazas. El Pepe sabía que yo quería llevarme el zorro. Pregunté que qué clase de reparto era ése, pero terció Tochano y dijo que liquidásemos pronto porque tenía calentura. No quise hacer una escena por Tochano, pero es fijo que no vuelvo a salir al campo con el Pepe. Es un granuja. Melecio me cedió una perdiz de las suyas. Mañana iré a que me curtan la piel del zorro.

29 septiembre, lunes

Dice el curtidor que la piel de los zorros vale los meses que traen «R». Yo le dije que septiembre traía «R» y él dijo que sí, pero me hizo ver que septiembre es el primer mes que trae «R» después de cuatro que no la traen y que por lo tanto era muda nueva y no se hacía responsable. Quedamos en que le pagaría seis duros por el servicio.

Por la tarde estuve donde Tochano. La hinchazón le llega a los ojos y tiene muchos dolores y calentura. La Paula, la mujer, anda más nerviosa que una lombriz. Él la sacude, pero a ella no parece importarle. Un día le pregunté a Tochano por qué no se casaba con la chica, pero él me respondió de malos modos que pusiera mi casa en orden y no metiera el cuezo en la de los demás. Le pregunté si había avisado al médico y me contestó que le estaban poniendo penicilina. Dice la Paula que el médico dijo que la cosa no le gusta y que había meneado la cabeza como con preocupación. También gibaría que Tochano la diñase por una pamplina así.

1 octubre, miércoles

Hoy cobré 615 líquidas. También cobraron los obvencionales, pero a mí no me corresponden porque soy nuevo. Dice José que, como mínimo, entre los repartos de octubre, febrero y mayo hemos de hacer las dos mil pelas. Si

no, nos completan hasta esa cifra por Navidad. Le pregunté si en ese suplemento va incluida la extra, y dijo que son cosas aparte. El señor Moro ha hecho estos días varias matrículas de los de fuera y supongo que le rentarán lo suyo. Comprendo que lo haga él porque a mí aún no me conocen y Ladislao se largó. Al curso que viene veré de explotar este filón.

Llamé al bar de Polo a preguntar por Tochano y la Paula me dijo que tiene menos calentura, pero la hinchazón no baja.

El tiempo se ha metido en agua. Ha estado jarreando todo el día. Las tardes así me gusta encerrarme en casa y oír el chapoteo del agua en el tejado. Me gusta también escuchar los silbidos de los trenes cuando entran y salen de la estación. Pasé la tarde entretenido en limpiar la escopeta y después sumé las piezas de la temporada de codorniz. Total, bien poca cosa: una liebre, cincuenta y tres codornices, cuatro torcaces y dos tórtolas. Es la peor temporada en los últimos seis años. En el 42 hice cinco codornices menos. Fue el verano que anduve con las fiebres.

3 octubre, viernes

Sigue cayendo agua. Apertura de curso. A primera hora fui de uniforme a la Universidad a llevar las togas y los birretes. A don Basilio le cae bien el traje académico. El de Francés, en cambio, parece un espantapájaros. El acto resultó un buen tomate. Habló un catedrático de Medicina sobre tumores cerebrales. Cosme me dijo que a ver cuándo me voy con ellos. Ya le dije yo que por mi parte haré todos los posibles para no pasar a la Universidad. El vaina me preguntó que por qué y le contesté lealmente que hay demasiados actos, demasiadas conferencias y demasiadas historias. ¡Si aquello no es vivir! Al salir la procesión, dijo Emilio que ninguno iba como los del Insti. Me hizo gracia el disparate y le dije que se fijara en mi director. Preguntó quién era mi director y se lo dije. ¡Si parece que ha nacido con la toga puesta! Cosme metió el cuezo y dijo que no entraba ni salía en si le caía bien o mal la toga a don Basilio, pero que los catedráticos de Universidad tienen un qué que no tienen los de otros centros. La procesión duró sus buenos tres cuartos de hora, y cuando regresé a casa con las togas y los birretes, la madre andaba alarmada pensando en si me habría ocurrido algo.

No fui por el café. La madre me avisó para que me asomase a ver pasar el Talgo. Para la madre es un espectáculo de todos los días. Todos los días dice entre dientes: «¡Qué hermoso es!». A las siete vino Melecio y estuvimos recargando. Trajo más pistones de la cárcel. Nos los dan casi regalados y queman mejor la pólvora que los de fábrica. Melecio traía también una lata de

pólvora P. B. S. Me dijo luego que, a mediodía, pasó por casa de Tochano y que la hinchazón había cedido. Después Melecio quedó como achucharrado y apenas hablaba. Casi a la hora de marchar me preguntó si me conformaría yo con otros treinta. Le dije que de cuál y respondió que de años. «¡Hombre! —dije—. Eso, Dios dirá. —Él dijo que los firmaba—. ¿Es que te sientes mal? —le dije intranquilo—. ¿Por qué piensas hoy esas cosas?». «El otoño me abolla», agregó. Le pregunté si estaban malos los críos, pero él insistió que era el otoño. Cuando se iba me confesó que había regañado con el jefe. Este Melecio tiene un temperamento del diablo. A ratos pienso si no estará un poco chalado.

6 octubre, lunes

Hay más de doscientos chaveas de matrícula y algunos tan chicos que aún se mean la cama. La gorra es un cachondeo. Uno se me cuadró esta mañana y me dijo: «A sus órdenes, mi teniente». Luego he oído a varios llamarme Teniente. Me quedaré con Teniente para toda la vida, digo yo.

Al señor Moro le dicen la Gallina y al de Francés, José Bonaparte. Es ley de vida. Después de todo, también don Basilio es el Coronel. Tenía miedo de que me faltara la voz al llamar a clase o al dar la hora, pero todo rodó bien. El de Francés me ha dicho que le dé la hora a las menos diez; la de Alemán, a las menos cinco; don Basilio, a las menos siete, y don Rafael, a las menos cuarto. Así da gusto.

Después de comer, aunque la tarde estaba anubarrada, me cogí la burra y la escopeta y me llegué a Buitrejo. Los majuelos están aún sin vendimiar y viene una cosecha bien rala. A poco de llegar al pinar, descargó una nube y aguanté bajo un pino. Cuando escampaba, sentí cantar las perdices a mi vera. Hacía un ventarrón del demonio y me llegué a la linde del pinar cubriéndome con los pimpollos. Allí hay un claro de escobillas y jaras. El viento casi me tumbaba, pero aguardé con paciencia tras el pimpollo, pues la perdiz cantaba allí mismo. Cuando la vi apeonar, a tiro, estuve por sacudirla, pero aguardé por el placer de observarla. El sol rompió una nube y el campo se llenó de colores. De la parte de la derecha llegaron otras dos perdices cantando confiadamente. Luego se me ocultaron tras una avena y dejaron de cantar. Esperé un rato y salí a por ellas. Las suponía encamadas y llevaba a punto la escopeta. El bando de lo menos veinte se me levantó de los pies. Iban apiñadas y yo tiré al bulto y descolgué tres. No me atreví a tirar el segundo por miedo a perder las tres primeras y luego, en la bicicleta, me pesó.

En el café, el Pepe se cachondeó cuando se lo dije y me salió con la bobada de que también él, de chico, mató un oso de una pedrada en la ingle. Terció Zacarías y dijo que él cayó una vez dos perdices disparando cuando se cruzaban, pero no sabía de nadie que bajara tres de un tiro. Me cabreé y les dije si es que mi palabra no contaba. Los mandrias se echaron a reír. Juan, que retiraba los servicios, dijo: «El cazador no puede engañar a los de su oficio». Y me guiñó un ojo. Me levanté y me vine para casa sin jugar la partida. El que quiera divertirse que se compre un mono.

10 octubre, viernes

Vino Melecio después de comer. Traía en la mano un recorte de *El Diario Vasco* y me lo enseñó. Decía: «Proeza de un joven cazador. El joven de la localidad, Vicente Ansoátegui, tuvo la fortuna de matar ayer una hermosa liebre en este término municipal. Dicha proeza la realizó sin ayuda de perro. —Dijo Melecio—: ¿Qué te parece?». «Bueno —dije—. Yo no lo entiendo». Luego me dijo Melecio que le acompañara al café, que íbamos a reírnos un rato. Respondí que ni hablar y me pidió que le explicara. Yo le conté lo de las tres perdices. Me preguntó si es que pensaba guardársela y le dije que no era eso, sino que no me petaba. Salí con él, pero en la esquina nos separamos y yo me fui donde el curtidor. La piel queda bien, aunque un poco tiesa. Le largué al tío los seis duros y él me dijo entonces que eran siete. Le dije que habíamos quedado en seis y seis le daba. El marrajo salió con que el bicho estaba machucado más de la cuenta y que si no quería la piel la dejase. Anduvimos un rato de picadillo. El tío estaba sentado en un taburete, enfrascado en la tarea sin mirarme. De repente levantó los ojos y dijo: «Vengan los seis. Con un duro me limpio yo el ojete». Le dije que no se trataba de eso y que si él creía que su trabajo lo valía le daba los siete duros y santas pascuas. Él saltó con que le diera lo que quisiera. Le dejé los siete pavos sobre el banco y llevé la piel a casa de Melecio para que la Amparo me la guarde hasta Navidad. A los tipos así hay que recortarles las alas.

12 octubre, domingo. El Pilar

Esta mañana bajé por unos churros para celebrar la fiesta. Hay una buñolería en la esquina, pero hasta hoy no había entrado en ella. Ya iban a cerrar aunque sólo eran las nueve y media. Había un montón de churros sobre el zinc y pregunté si estaban calientes. El tipo gruñó y preguntó cuántos quería. Yo los toqué por encima con cuidado para ver si estaban calientes. El

hombre se subió a la parra y voceó que los sobase bien y luego dijera que estaban fríos. Yo le dije que no se trataba de eso. Había una chavala fregando la churrera a mano izquierda, bajo un grifo, y volvió la cara al oírnos. Tenía los ojos grandes y asustados. Le dije al tipo aquel que me diera dos pesetas. El hombrón, mientras me despachaba, dijo a la chica: «Lava bien la estrella, que luego pasa lo que pasa». La chavala tenía las manos torpes y daba lástima. Yo no podía apartar los ojos de ella, y cuando comía los churros mano a mano con la madre, veía sus ojos asustados en el tazón de café con leche. Luego, cuando llevaba la caja con los birretes y las togas, junto a la estatua de Colón, donde había un acto de la Hispanidad, me quedé mirando como alelado la puerta gris de la buñolería. Durante la misa de campaña y los discursos, seguía pensando en los ojos asustados de la chavala de la buñolería. Después de comer, me tumbé en la cama tripa arriba y en el techo continuaba viendo los ojos asustados de la chavala de la buñolería. No salí en toda la tarde. Por la noche me asomé a la azotea y se oía de lejos el concierto de la Banda Municipal en el quiosco del parque. Pensé que quería que tocasen *La Bejarana* y fue como un milagro, porque a la pieza siguiente la tocaban y hasta que la oí no me di cuenta de que si yo quería que tocasen *La Bejarana* era para poder recordar más de cerca los ojos asustados de la chavalilla de la buñolería. He estado un rato como un bambarria mirando las luces de la ciudad. Nunca he sentido una cosa así. También gibaría que la chavea esa me hiciera perder la cabeza.

15 octubre, miércoles

Hoy se presentó Serafín con un chirlo en la cabeza. Olía que apestaba a vino. La madre se asustó y le preguntó qué le ocurría. Él respondió que la Modes le había sacudido con el hierro de la cocina. Explicó que los embarazos irritan a mi hermana y que en la fábrica le habían dicho que diese parte, pero que él no va a dar parte porque quiere a la Modes, y eso era una vergüenza, y por los chicos. Le acompañé a la Casa de Socorro y le pusieron dos grapas. El menguado chillaba como una mujer cuando le cosieron. Al concluir le llevé a casa y la Modes se colgó de él como si hiciera un año que no le veía. «Eso es por lo que te quiero, gandul, ¿me oyes? Nada más que por lo que te quiero», decía a voces. Los dos lloraban y los chiquillos andaban por allí a la greña y yo, no sé por qué, me acordé de la chavala de la buñolería. Al regresar a casa, entré y pedí una pela de churros. El hombrón tenía una rueda en la sartén y la chavala atendía al mostrador. Me preguntó que si una peseta y yo dije que sí con la cabeza. Sirvió antes a dos vejetes y me di cuenta que en

mis churros ponía más azúcar que en los de ellos. Le pregunté a qué hora cerraban y ella me dijo que a las ocho. Entonces le dije que si tenía algo que hacer a esa hora. Ella se achucharró y me hizo señas de que callara la boca porque el hombrón podía oírnos. A las ocho estaba como un clavo a la puerta de la buñolería y vi salir a la chica con el hombrón. Llevaba un abrigo muy corto y gastado y enseñaba unas pantorrillas demasiado flacas. A pesar de todo, tiene tilín. La seguí de lejos y por la noche, desde la azotea, me emperré en distinguir la casa donde ella vive.

17 octubre, viernes

Con estos fríos mi bigote anda flojo. Del lado izquierdo, todavía; pero del derecho… El Pepe dice que es un quiero y no puedo. A la madre le gusta y cuando me mira dice que hace nada era aún un mocoso. Si pasados unos días no da más, me lo corto y para la primavera volveré a ensayar. Yo quisiera saber qué piensa la chica de la buñolería de los hombres con bigote.

A Melecio le confesé este mediodía que hay una chavea que me tiene gilí. Melecio se interesó y aunque yo le dije que, aparte de que la chica me puso a mí más azúcar que a los vejetes, no había nada, me hizo contarle todo con pelos y señales.

Por la tarde volví junto a la buñolería. La chavala salió con el hombrón, pero se separaron en la esquina. Yo me acerqué y le dije que si no le importaba la acompañaría y ella dijo que no le importaba, y fui yo entonces y la acompañé. Ella me contó que la buñolería era de su padre y que acababa de tener un hermanito y por eso venía ella a ayudar a su padre en lugar de su madre. Le dije yo que era una cosa rara que siendo su padre tan fuerte fuese ella tan flaca, y ella se echó a reír y me dijo que su padre era hombre y ella mujer, y que su hermanito recién nacido era en proporción tan fuerte como su padre, porque era hombre también. Luego me dijo que se llamaba Anita y que sus amigas dicen que se parece a la Pier Angeli. Le pregunté quién era ésa y ella me dijo que no bromeara. Le dije lealmente que no bromeaba y ella me dijo entonces que era una artista de cine y que ya me mostraría fotografías. Le pregunté a intención que cuándo y me dijo que el domingo. Yo le dije que era cazador y que los domingos salgo al campo y a ella esto la gibó y dijo que si no tenía tiempo, nada. Le dije que cualquier otro día, pero ella dijo que no salía más que los domingos, y que si su padre la ve corriendo por las calles entre semana la dobla por la mitad. También la chavala es de su pueblo.

Pasé por casa de Melecio y el Mele me dijo que la perra estaba coja. La anduve mirando y tenía una garrapata entre los dedos inflada como un globo.

Se la quité y le di un poco de alcohol. El animal aullaba y el Mele le acariciaba las orejas. Luego me pidió el chiquillo que le contara historias de animales. Le conté la del hurón que encontró dentro de la boca un turón y tuvo que salir de naja. El Mele se reía las muelas. Cuando llegó Melecio estuvimos un rato recargando.

A la chavala esa voy a darle otra oportunidad. Si quiere, bien; si no, ¡que tire por donde le dé la gana!

19 octubre, domingo

Estuvimos en lo de Quintanilla. Es un cazadero áspero, pero tiene perdiz. Por la mañana nos salió el guarda cuando acababa de coger un racimo de un bacillar. Lo arreglamos con dos barbos. Yo estuve hecho un panoli. Marré dos perdices que me salieron a huevo. Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo que aquello era vedado. Le pregunté por los postes y él dijo que arriba estaban. Le dije lealmente que arriba no había postes y él contestó que no tenía la culpa si los arrancan los del pueblo, pero que allí tenían que estar. Melecio me hizo señas de que callara la boca y tiramos para arriba. Buscamos la abrigada para comer y entonces le conté a Melecio que estuve con la chica de la buñolería la otra noche. Le dije también que me había citado para esta tarde y que se mosqueó cuando le dije que salía al campo. Dice Melecio que a las mujeres las cabrea la escopeta. Le pregunté la razón y él dijo que les estropea el domingo, y que recordase que la Amparo, mientras no tuvo el primer chico, siempre le ponía jeta.

Al volver para tomar el tren, me preguntó Melecio si conocía a uno que le dicen Pavo, que estudia donde yo estoy. Le dije que sí y que es el que organiza todas las jaranas. Melecio abrió el ojo y dijo que a ver si me hago con él, porque tiene un monte de la parte de La Pedraja, donde por lo visto no se da abasto para cargar la escopeta. Mañana haré por verle.

Hemos hecho cinco perdices y una media liebre. Yo hice dos perdices y el resto Melecio. En casa me mudé de ropa y me bañé los pies, y me fui a la calle a dar un clareo. No he visto a la Anita viva ni muerta.

20 octubre, lunes

El Pavo es mal estudiante, pero lleva dentro una alegría que para qué. Hoy, a cada vuelta que daba al corredor, yo le decía: «Pavo, majo. —Él miraba y me hacía una seña con la mano. A la cuarta vez yo le dije también

—: Pavo, majo», pero él no me hizo la seña. A la quinta vuelta se separó del grupo y vino a mí y me saltó con que qué coño pasaba ya con tanto Pavo. Me dejó parado, la verdad, y le dije que yo no había querido molestarle. Dijo él: «Joroba ya eso de Pavo, Pavo, a lo bobo, ¿no comprendes?. —Yo intenté ganarle por la mano y le dije que no lo tomara por ahí, que si quería un pito —. Acabo de tirarlo. No lo tomes a desaire», dijo él. Luego el cipote volvió con su cuadrilla. No me pareció pedirle el permiso. Otra vez será.

Tochano fue hoy por el café. Aún se le notan los colmillos del zorro en la muñeca. Nos jugamos el café a la garrafina y le tocó palmar. Dijo, por guasa, que le salía más barata la penicilina.

Luego cogió la perra con que si en vez del trespito mete el cinco-pito no le ahorca Zacarías el seisdoble y nos dio la tarde. El Pepe todavía no se ha explicado.

En casa, la madre me contó otra vez lo del gobernador, cuando invitó al padre a cazar y le dijo que era la primera escopeta del país. Siempre que se acercan las Ánimas hablamos del padre. Cuando me acosté, el viento sacudía la persiana contra los cristales y no me pude dormir hasta las tantas. Sentí el exprés de Galicia.

2 noviembre, domingo. Las Ánimas

Por la mañana fui al camposanto a llevar al padre unas flores. He oído que en el cementerio hay una plaga de conejos. Me alegra por el padre. Así podrá entretenerse viéndoles corretear por entre las tumbas las noches de luna. Digo yo que así no se sentirá tan solo. Hace ya quince años que se marchó. ¡Cómo pasa el tiempo! A la salida del camposanto tropecé con don Florián, el cura párroco del Carmen. Me interesé por su reúma y me dijo que en los otoños secos mejora. Volvimos por el paseo de cipreses hablando del padre. Hacía una mañana templada y de no ser por lo apagado del sol y el aspecto del campo, parecería primavera. Le recordé al cura que hacía quince años de lo del padre y él dijo: «Verdaderamente no somos nadie». Él me contó algunas anécdotas de cuando cazaban juntos. Luego le recordé la tarde del entierro y le dije lealmente que su presencia me dio valor. Aquel día, quince años antes, don Florián me cogió de los brazos y me dijo: «Ya eres un hombre, Lorenzo». Lo decía porque yo tenía los ojos secos, sin darse cuenta de lo que a mí me costaba tener los ojos secos, recordando la mañana que el padre marró una liebre, tiró la escopeta y me dijo llorando: «Esto no debes hacerlo nunca, hijo. —Le dije luego si recordaba que el Don pasó la noche aullando como un poseído. Don Florián dijo—: ¡Qué hermoso animal aquél! ¡Sentía casi como

una persona!». Enseguida cambió de conversación y me mostró las casas del Secretariado. Le dije que vaya si era una gran obra. Al pasar por casa del Pepe me preguntó don Florián cómo marchaba y yo le dije que lo mismo. Él dijo que si seguía sin acercarse a la iglesia y tomando sus cosas a chacota. Le contesté lealmente que ya se sabe que el Pepe no toma nada en serio. Don Florián dijo que qué lástima de chico, que tenía buenos principios.

Hubo carta de Tino. El hombre, tan satisfecho de la vida como siempre. La madre dijo que todos los días le pide al Señor que a la Veva le nazca un crío. Le pregunté el porqué y ella dijo sólo que Tino necesitaba un hijo. Mi hermano dice en su carta que no podrá venir para Nochebuena.

6 noviembre, jueves

Esta mañana me topé con la de Alemán, de palique con el de Gimnasia en el sofá de la Sala de Profesores. Detrás mío entró el de Francés y les vio lo mismo que yo, pero como el de Gimnasia es un tipo con una espalda como un encerado, se hizo el tolondro y pasó a la Secretaría sin saludarles. Yo ya me olía la tostada, y cuando sonó el timbre sin dejarlo, ya sabía por dónde iba. El de Francés se puso guapo, aunque no llevaba razón. Le dije lealmente que no le vi salir de Secretaría y que le hacía arriba. Él dijo que mi obligación era estar abajo y no preocuparme de si él entraba o salía en Secretaría. Le dije entonces que si abandoné mi puesto fue por subir el correo y él me contestó que no me tomase atribuciones de cartero, que no me competían. ¡El muy cipote! Terminó por decir que esperaba que fuese ésta la primera y la última vez. Luego volvió a llamar todo el tiempo, porque le molestaban unos cuantos cantando en el corredor. Al salir se me acercó el Pavo y me preguntó qué pasaba. Me gustó que me tutease, la verdad, y yo le dije que el de Francés se quejaba de que un grupo cantase en los pasillos mientras daba la lección. El Pavo se echó a reír y me dijo que lo que pasa es que al tío le molestan los cuernos. Estuvimos un rato de cháchara y finalmente le dije al Pavo si era cierto que su padre tiene un coto. Me preguntó si era cazador y yo le respondí que sí y él entonces dijo que fenómeno, y que para vacaciones iríamos un rato. Le dije, para obligarle, que qué clase de combinación había y él me contestó que saldría por mí a la estación en la serreta.

A las dos, cuando todo el mundo se había largado, me topé con el de Francés hablando con la de Alemán. Él creía que estaban solos y le iba diciendo a voces que jugar con los sentimientos de un hombre honrado era una bajeza. La de Alemán no le hacía mucho caso y fue él entonces, la agarró

de las muñecas y dijo no sé qué de hacer una barbaridad. Me di media vuelta y me puse a silbar para que me oyesen. ¡Toma del frasco!

7 noviembre, viernes

Le pregunté esta mañana al señor Moro si no nos renovarán el abrigo este invierno, porque el que tengo está para dárselo con cinco céntimos a un pobre. Me contestó que se lo diga yo a don Basilio, porque a él le duelen ya las narices de ir con esa embajada. Según el reglamento deberían renovarnos el vestuario cada tres años, pero por lo que dice el señor Moro va para cinco que no le dan un botón. Aproveché cuando don Basilio salía de clase para decírselo y él me respondió que estaba en ello, pero que el Centro no anda en fondos. Luego dijo que si le saca al director general para la Biblioteca, retirará un pellizco para los abrigos. Le dije que reparase en el mío y a él le gibó tanta insistencia, me apartó de malos modos y me dijo que sí, y que le dejara en paz.

A Melecio le conté esta tarde lo del Pavo. Melecio quiere ir en víspera de Navidad y traer conejos para las fiestas. Me preguntó si hay algo nuevo de la chavala. No he querido decirle que la tengo en las mientes a todas horas, y que esta mañana la vi salir de la churrería y me entró un temblor de piernas que para qué. Quedamos en ir el domingo a lo de Jado.

9 noviembre, domingo

Las perdices de lo de Jado están muy bravías. Claro que también es cierto que las ovejas han entrado ya en los majuelos y no tienen donde aguardar. Estuvimos tres horas dando patadas sin disparar la escopeta. La Doly andaba trabajadora, pero como si nada. A las dos nos llegamos a un maizal sin panochas, pero con las cañas altas. Allí se armó la guerra. Las tías salían a huevo, y no dábamos abasto. Cobramos cinco en un cuarto de hora y una se me largó de ala. Al concluir la mano, se me arrancó de los pies una media liebre. Las cañas me mareaban y dejé los dos tiros cortos. Le voceé a Melecio y le ocurrió otro tanto. En la vida se llevó una pieza más maldiciones. Melecio dijo que estaba cierto de haberla sacudido. Yo le dije que alguna habíamos de dejar para que criase. A cosa de kilómetro y medio hallamos la media liebre muerta junto a un chaparro. Melecio la puso a orinar y reventaba de contento. Nos sentamos a comer en una junquera y le pregunté que qué pediría él si le dijeran que se le concedía un favor. Melecio pensó un momento y dijo luego que el Mele fuese un gran cazador. Le pregunté por los

años del Mele y me dijo que ya va para ocho. Luego nos pusimos de recordatorios, y Melecio mentó a doña Flora y el día que él se orinó en la procesión del Viernes Santo cuando iba tocando la corneta. Nos reíamos a carcajadas como dos menguados. Era por doña Flora, y por la media liebre, y por el cielo azul intenso, y por el campo abierto a lo largo y a lo ancho y por nuestras fuertes piernas para recorrerlo. Melecio explicó que no se pudo contener, y que la gente armaba dos murallas a lo largo de la calle. Le recordé yo que doña Flora, de regreso, le sacudió dos guantadas y dijo que para tanto como eso no había dado ella permiso para orinar antes de la procesión, y que había sido una vergüenza para el Grupo Escolar número 4. Habíamos terminado de comer y nos tumbamos un rato al sol, entre los juncos. Dije, luego, que yo pensaba entonces que era una eternidad lo que nos faltaba para hacernos hombres. La Doly jadeaba a mi costado, y Melecio dijo que ahora, en cambio, piensa uno que es un suspiro sólo lo que nos queda. Le dije asustado que se callara.

Por la tarde vimos correr el zorro por un teso pelado. Cojeaba de la mano izquierda. Luego empezaron a bajar las primeras sombras sobre el campo y sentí, sin saber por qué, como una tristeza. Tiré dos perdices largas por calentarme la mano. Melecio, a última hora, derribó un engañapastor porque se aburría. Hasta las doce no regresamos a casa. El rapidillo traía cuatro horas. Dicen que ha habido un descarrilamiento de la parte de Cervera.

12 noviembre, miércoles

Esta mañana bajé por una pela de churros. La chica me despachó como si fuera un desconocido. Me dolió, palabra. El hombrón miraba sin dejarlo desde su taburete y callé la boca. Luego oí decir al Pavo que la chavala de la buñolería está como un tren. Por la tarde regañé con Tochano por jugar el rey a destiempo. Ha sido un día negro. Me acosté de mal café.

15 noviembre, sábado

Se presentó Serafín a la hora de comer y le dijo a la madre que la Modes andaba con dolores de parto. La madre se echó el abrigo y se fue con él. A la noche regresó. Mi hermana ha abortado. Dijo la madre que era un crío muy majo. Me pasé por casa de mi hermana después de cenar. Tenían al crío en una caja de zapatos sobre la mesa de la cocina, y mi cuñado lloraba a su vera. De vez en cuando acariciaba las manitas del chaval y lloraba más recio. No me imaginaba que la muerte de algo que no ha vivido pudiera doler. La

Modes se quejaba en la habitación de al lado y entré a verla. Le dije que era una pena y que parecía un crío muy majo. Me agarró las manos y anduvo llorando un rato abrazada a ellas. Luego se serenó y me preguntó que si acompañaría a Serafín mañana a dar tierra al niño. Yo le pregunté que si se enterraba con todas las de la ley a algo que no ha nacido. Ella me contó que le habían bautizado y todo, y le habían puesto Pío, como el papa. Le dije que si aguardaban a la tarde podría ir con Serafín. La Modes me dijo que habían estado de la fábrica de mi cuñado y uno había dicho que el crío empezaba a oler. Yo le dije que si a oler con este frío, y ella insistió que eso decía uno. Le dije que eran pamplinas, y que a las cuatro iría con un taxi. Me han gibado la excursión de mañana.

16 noviembre, domingo

Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña eso de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. Fuimos los dos solos, con la caja de zapatos. Yo, por distraer a Serafín, le pregunté si la caja era de unos zapatos suyos o de la Modes, y él me contestó que se la había dado un vecino, pero que de todos modos el chaval no mediría más de un cuarenta y uno. Serafín se había colocado una corbata negra. El tío es muy aparatoso. Le puse un brazo por los hombros y le dije que tuviera resignación y que aún le quedaban cuatro. El cagueta de él empezó a hipar y pidió al taxista que parara. Se apeó llorando y me dijo que aguardase un minuto. Le vi que se metía en un bar, y entonces me apeé yo. Me preguntó el taxista si era cierto que llevábamos en la caja un niño muerto. Le dije que sí y él me pidió que se lo enseñara. Levanté con cuidado la cubierta y él dijo que era muy majo y que parecía talmente un muñeco. Me metí en la taberna con la caja bajo el brazo. Mi cuñado estaba en un grupo y tenía un campano sobre el mostrador. «Ve, aquí está», dijo al verme, y me quitó la caja. Le pregunté qué iba a hacer, pero no me contestó, puso la caja sobre una mesa de mármol y la destapó. Los cipotes que andaban con él se quitaron la gorra. Serafín rompió a llorar, se bebió el vino y pidió otro. Yo entonces me cabreé, cogí la caja y la cubrí y le dije a Serafín que me iba a enterrarlo solo. Él vino a mí y se puso a zamarrearme y a decir que el crío era suyo y que dijera otra vez lo de irme a enterrarle solo y me daba una mano de guantadas que no me iba a conocer ni mi madre. Le dije entonces que si no le daba vergüenza emborracharse de esa manera con su hijo de cuerpo presente y él se echó a llorar y se me abrazó y me dijo que el chiquillo se había muerto porque no lo merecía. Como es de ley, me tocó pagar los vasos. Serafín iba voceando por la ventanilla que su

hijo se había muerto porque no lo merecía. La gente miraba y yo temía que a Serafín le diera algo. A la vuelta le acompañé a casa y le dejé acostado. El desgraciado me ha dado el día.

19 noviembre, miércoles

Hubo Claustro esta tarde. Como me olía que tratarían de la grati de Navidad, anduve al quite. En las citaciones se hablaba primero de los ayudantes interinos y luego de la Biblioteca. La cosa salió a relucir en ruegos y preguntas. Don Basilio hace el canelo sometiendo estas boberías al Claustro. Al hombre se le encoge el ombligo cuando tiene que decidir solo. De todos modos, nadie puso pegas y la grati se aprobó. Al subir, se lo dije al señor Moro y me soltó un bufido. Me eché a reír en sus barbas, más tranquilo que el Bomba, y esto al tío marrajo le desconcertó. ¡Anda y que te zurzan!

Al afeitarme, después de cenar, me encontré cara de panoli y me corté el bigote. La gorra me va peor sin él. Para la primavera me lo volveré a dejar. Con estas heladas no hay bigote que resista.

La madre ha vuelto a decirme que anda alcanzada. Estas cosas me ponen de mal café. Ella dice que no tiene culpa, pero la fetén es que otros viven con menos. Le dije que aguarde a que se resuelva lo de la Conserjería y, si fallase, habrá que pensar en buscar algo para por las tardes.

23 noviembre, domingo

La Amparo ha caído con la gripe y en vista de ello me subí en la burra con el Mele, a lo de Herrera. La Doly nos dio la tarde, pues no se hace al soporte. La amarré, pero la tía es terca como una mula y dos veces estuvo en un tris de ahorcarse. Lo de Herrera está muy pateado y las pocas perdices que quedan se levantan en París. En toda la mañana no vi más que una liebre rabiosa que se me arrancó a dos kilómetros. Está visto que en esto de la caza lo que no se haga en septiembre y octubre no se hace luego. Comimos en la cotarra San Crispín. Desde el alto se dominan los bosques de negrales, perdiéndose en la distancia. El río corre por medio y espejea con el sol. El Mele me preguntó dónde acostumbra a anidar la perdiz, y le dije que en Castilla suele hacerlo en las cebadas y los trigos. Le estuve contando que a veces los segadores encuentran un nido con huevos y al día siguiente no queda más que el cascarón. Me preguntó si es que nacían corriendo y le respondí que algo parecido a eso. A la derecha del pinar están los barbechos, y al cabo, lo de Muro, y le dije al Mele que íbamos a seguir el lindero después de comer, a ver

si había más suerte. Me prometí de antemano no pisar una hierba del coto, pero luego, al ver que no salía una mosca, maneé unos chaparros. Era tan grande el silencio que me confié y al llegar a la pimpollada tiré a la derecha y me metí tranquilamente en el coto. Casi no habíamos dado un paso cuando apareció el guarda. Le di las buenas tardes y él dijo «si no sabíamos que eso estaba penado». Puse cara de gilí y le dije que cuál. El candongo tiró de libreta y me pidió los papeles. Le pregunté si es que me iba a denunciar y si por casualidad era aquello terreno de Muro. Respondió que bien claro lo decían las tablillas. Había una a cuatro metros, pero le dije que debía dispensarme porque no obré a intención. Él se cabreó, volvió a pedirme los papeles y dijo que todos iban con la misma copla. Vi la cosa mal y le puse en la mano un billete de cinco pavos y le pregunté qué alargaba el rifle. El vivales miró de reojo la mano y respondió que como alargar puede que los dos kilómetros, pero que a esa distancia no se hace puntería. Le dije que si eran alemanes y él dijo que sí, que eran alemanes. Luego le pedí que me indicara por dónde iba la linde y me largué. De retirada, se arrancó una perdiz en unas palas, grandota como un ganso, y le tiré por calentarme la mano. La tía zorra cayó como un trapo. Llamé a la Doly, pero no sé qué coños la pasa a esta perra que, a pesar de que la llevé donde el plumón todavía caliente, no dio con ella ni la picaron los vientos. El bicho este no vale un real. Sobre los cinco barbos, esto. Lo que faltaba para el duro. Y, encima, la madre me puso jeta porque vengo de vacío. Las mujeres son así. Creen que esto de la caza es aquello de llegar y besar el santo.

25 noviembre, martes

Dice el Pavo que el doce sale con la tuna para Marruecos. Como veía mal la excursión, le pregunté si desistíamos de lo del monte, y él entonces me dijo que si hacía el siete. Le contesté que fenómeno, aunque no sé qué pensará Melecio sobre el asunto.

Al concluir las clases, don Rodrigo, el de Matemáticas, me llamó y me dijo que si quiero encargarme de la venta de unos apuntes de su asignatura. Me advirtió que se trata de hacer las cosas discretamente, y que me dejará un duro limpio cada ejemplar. El asunto me hizo tilín y le dije que de acuerdo. Don Rodrigo, aunque joven todavía, da la sensación de un hombre agotado. A pesar de que le dije que bueno, él se puso a darme explicaciones y me dijo que ya sabía que esto no debería hacerlo, pero que le dijera qué puede hacer un hombre con seis hijos y mil ochocientas mensuales si paga novecientas de casa. Me gibaba tanta historia, pero él como si nada, siguió diciendo que en

un país bien organizado él vendería sus apuntes en la librería, pero que si conocía yo la comisión del librero, y que para tanto como eso él se hubiera metido librero y no tendría necesidad de estrujarse los sesos. Yo le dije que sí y él se animó y dijo que no fuera a creer por estas cosas que me decía que el negocio fuese una cosa inmoral, pero que me pusiera en su situación, con ocho bocas en casa y no sabiendo más que matemáticas y no poder dar clases particulares, porque está prohibido, y que lo de vender apuntes se hace en todos los centros docentes. Le dije que qué cosas tenía, y él me contó entonces que no hablaba por hablar y que, en el último viaje de estudios a Baleares, oyó decir a dos alumnos en la cubierta del barco que don Rodrigo era capaz de afeitar un huevo. Luego insistió en que le dijera sinceramente qué puede hacer un hombre como él con mil ochocientas mensuales y ocho bocas en casa si no es afeitar un huevo. Para que me soltara tuve que decirle que tenía que dar la hora al de Francés, y que ya sabía cómo las gastaba. Me dijo que no dejara de pasarme por su casa a recoger los apuntes.

En casa me encontré a Melecio. Dice que la Doly está enferma y que no sabe si es el moquillo, porque el animal anda muy postrado. Recuerdo que la tarde de Herrera no quiso seguir el rastro de la perdiz que caí, a pesar de que la llevé donde estaba el plumón todavía caliente. Quedé en pasarme por su casa para ver lo que procede. Éramos pocos y parió la abuela.

28 noviembre, viernes

La Doly anda cogida. Lleva dos días sin probar bocado. En el ojo derecho se le ha formado como una telilla transparente. El Mele no se separa de ella. Acordamos llamar al veterinario. Melecio me preguntó si sabía lo de Tochano. Dije que no, y él dijo entonces que se casa con la Paula para Navidad. Le pregunté cómo era eso y él me contó que le encontró ayer tarde y le había dicho que durante su enfermedad pensó en la vida y había decidido casarse con la chica que le había demostrado su cariño. Le dije lealmente a Melecio que mira por dónde un zorro había conseguido lo que no consiguió don Florián, el cura.

José, el de Secretaría, me ha dicho que ayer volvieron a hablar de la Conserjería don Basilio y don Rafael. No sabe qué decidirán, pero cree que lo que sea sonará pronto. Al tal don Rafael le tengo más miedo que a un nublado. Es más tonto que un hilo de uvas, pero se me hace que no me tiene buena ley.

Como me prometió el Pavo, la tuna estuvo esta noche donde la Anita. Sólo se asomó el churrero y les dijo que se largaran, porque el chaval acababa

de agarrar el sueño. Les dio tres pelas. El tío no se ha corrido. La verdad es que tres pelas en estos tiempos no son dinero.

29 noviembre, sábado

Estuve esta tarde a ver a la perra. Por lo visto el veterinario ha recetado penicilina. Pregunté a Melecio si interesaba la inversión con un animal que así viva mil años nunca aprenderá a cobrar, pero él dijo que aunque no sea más que por el chico está determinado a ello. Escotamos a diez barbos. De vuelta a casa me di de bruces con la Anita. Me acerqué a ella y la panoli puso cara de circunstancias. Le pregunté si le gustó la serenata y respondió que su padre a poco la desloma, porque había entendido que ella salía con estudiantes. Le dije entonces que si tenía a mano las fotografías de la artista esa que se le parece, y me contestó que el domingo las sacó, pero que no me vio en el paseo vivo ni muerto. En el portal le agarré una mano y ella me dejó hacer. La arrinconé y le solté lo que pensaba desde que la conocí en la buñolería. Ella me salió con que por qué me había quitado el bigote. Le pregunté si le gustaba más con bigote, y ella dijo que ni más ni menos, solamente que extrañaba el verme ahora sin él. Estaba tan mollar que pensé que era buen momento y le pregunté por su madre. Ella se extrañó que le preguntase por su madre, y yo le dije que era por lo del crío. Se achucharró como si yo le hubiera propuesto un qué y, al fin, me dijo que su madre iba ya por la buñolería, y que ella había vuelto a peinar. Le dije que no sabía que peinara y ella dijo que iba para un año que trabajaba con las Mimis en la peluquería de la calle Blanca. He quedado en ir el martes a la noche y ella en echarse al bolso las fotografías.

2 diciembre, martes

En cuanto oteé al Mele esta tarde trasteando en la calle, ya me imaginé que la perra estaba buena. El chavea me lo confirmó. Anduvimos los dos un rato tirándola el pellejo de la liebre, ella enreda con él, pero no lo trae. Melecio me ha devuelto 4,75. No ha sido caro el tratamiento. Ahora, cuando se mete uno en boticas, hay que cerrar los ojos. Me preguntó Melecio si se había explicado Tochano. Ya le dije que no. Al marchar me preguntó dónde iba con tantas prisas y le conté lo de la chavala. Estuvo un rato de cachondeo.

La Anita sacó las fotografías. Sí, pero no. Es la Anita, pero no es la Anita. Ella tiene un qué que le falta a la otra. Se lo planté así y ella dijo que eso quisiera. Aunque hacía fresco, dimos una vuelta por los soportales y la invité

a un bartolillo en La Conchita. La Anita es más golosa que un gato. En el portal le pregunté cuándo iba a darme una respuesta, y ella dijo que no sabía que le hubiera preguntado nada. No sé qué me da esta mujer que me tiene como tolondro.

3 diciembre, miércoles

Los apuntes de don Rodrigo se venden como rosquillas. Ya me han dejado 125 líquidas. Esta tarde me llegué a su casa a llevarle su parte y me mandó pasar, y me enseñó un termómetro para que vea que la temperatura no pasa de trece grados, y que no puede encender una estufa de petróleo porque entonces se vería obligado a reducir la ración de los chicos. Dijo que aborrecía todo eso de andar con tapujos y no obrar a las claras, pero que los hijos son los hijos y con mil ochocientas mensuales, pagando novecientas de piso, no puede hacer milagros. Luego dijo que si sabía yo por qué ellos no tenían economatos, que si por casualidad los hijos de los catedráticos no tienen estómago como los demás. Le contesté que no lo sabía y le di los cuartos. Los contó dos veces delante de mí y, luego, me entregó otra docena de ejemplares de sus apuntes. Al marchar, insistió en que no se trata propiamente de un negocio clandestino, sino que al rogarme discreción pretende tan sólo no darle excesiva publicidad. Me escama a mí ya tanta gaita, pero si yo dijera no, el señor Moro no le iba a ir con ascos.

En el café nadie dijo media palabra de la boda. Echamos la partida como si tal cosa. Palmó Zacarías. El Pepe me preguntó por qué no íbamos el domingo a lo de Villalba. Le dije que tenía compromiso y él preguntó que dónde. Le conté lo del Pavo y me dijo que si no había sitio para él. Le respondí lealmente que no. Todavía estoy aguardando que me liquide los cafés y los cartuchos de Aniago.

4 diciembre, jueves

Cuando subí a comer este mediodía no se podía parar. En la azotea había una docena de cajones de envasar pescado que tiraban para atrás. Llamé en casa del señor Moro y le pregunté qué pintaba allí aquella basura. Asomó la bruja de la Carmina y me voceó que si me importaba a mí mucho lo que pintaban allí los cajones. Le dije que tanto, que si ella no los quitaba de allí los iba a tirar yo mismo a la calle. Metió el cuezo el señor Moro y me dijo que los cajones se estaban secando para luego hacer astillas con ellos. El cipote me preguntó si sabía yo lo que costaba un saco de leña. La madre, que andaba

al quite, dijo que si creía el señor Moro que ella encendía la lumbre con piñas de California. Yo dije entonces que bien que ahorrasen en leña, pero que pongan a secar los envases donde no molesten. La pingo de la Carmina todavía voceó que si los iba a meter en la cocina, y yo le contesté, de mal café, que por mi parte podía metérselos donde le cupieran.

A las siete salí con la chavala. No sabe hablar más que de las Mimis. Dice que la mayor tiene un novio fogonero y que ella por nada del mundo querría un novio fogonero. Le pregunté que si por lo de los tiznones, y ella dijo que no por eso, sino porque cada jueves y cada domingo se largan de casa y a ella le gustan los hombres caseros. Anduvo un rato rondando delante de La Conchita, pero yo me hice el sueco.

De retirada me topé con Melecio. Ha recibido una citación del Ayuntamiento y le dije que es fijo por lo de la Sinfónica. Él se encogió de hombros. Ya le advertí que si le hacen flauta caerán unas pelas. Mañana se pasará por allí a ver lo que se cuece. Le pregunté por la Doly y me dijo que el domingo podremos llevarla ya donde lo del Pavo.

Diario de un emigrante

1958

A Ángeles de Castro de Delibes,
el equilibrio; mi equilibrio.

Prólogo

La filosofía popular, un sí es no es despiadada y sin entrañas, afirma de manera categórica que nunca segundas partes fueron buenas. La filosofía popular es, con frecuencia, un tanto burda y sansirolé, demasiado primaria y elemental como para reparar en eso que, con petulancia disculpable, llaman los exquisitos sutilezas o matices. Generalizar —dicho sea con perdón de la filosofía popular— es errar. Uno, en su oficio de escritor, no es sino un ser zarandeado por fuerzas contradictorias, fuerzas no siempre tan sumisas y controlables como uno deseara.

El alumbramiento del escritor, si penoso, no siempre resulta redondo y cabal, y aún hay ocasiones que, tras el jadeo final, uno constata, descorazonado y esperanzado, que no se desembarazó del todo, que aún resta personaje dentro. El escritor en trance, en definitiva, a quien más se asemeja es a la mujer en trance. El escritor nunca decide en qué medida va a ser fecundado. El que venga un fruto, o vengan dos, o vengan tres, excede a sus previsiones; lo mismo que el que sea macho o hembra; lo mismo que el que el primero salga balarrasa y el segundo licenciado en Ciencias Políticas y Económicas.

Los sabihondos, que nunca faltan, argüirán maliciosamente que lo que uno pretende es estrujar su relativo éxito inicial, que éxito relativo es ya en nuestro país, afortunadamente, colocar en un par de años diez o doce mil ejemplares de una novela. Pero el sabihondo, como la filosofía popular, a menudo se pasa de listo. Uno, al echar al mundo el *Diario de un cazador*, imaginó que había sido el suyo un parto regularmente laborioso, pero completo. Mas a poco constató que no; que dentro, en ese lugar recóndito donde se localizan las entrañas del escritor, bullían más personajes. Ahora, al alumbrar este hermano gemelo, uno renegaría de la providencia de Dios si afirmara frívolamente que es el último y definitivo; es decir, que uno admite —aunque no proyecte; que uno, en estos menesteres, y por mucho que nos envanezca, no es sino un mandado— que estos «diarios» puedan ser trillizos y aun quintillizos, como las sufridas, simétricas y estereotipadas hermanas Dionne. Después de todo, Lorenzo, el cazador, pese a su modestia, a su candor, a su primitivismo exaltado, puede servir lo mismo que cualquier colosal burgués para darnos mañana la medida de una época un sí es no es

revuelta y aleatoria, una época en la que están proscritas las señales acústicas; una época, en fin, cuyos prohombres sestean indolentemente, amparados por un acolchado e inexorable bando de silencio.

Uno, desde su oficio de escritor, no debe honradamente predecir el futuro. Uno, humildemente, se limita a prometer a sus lectores que no negará apoyo a su personaje, que no le abandonará, en tanto no se sienta entera, feliz y absolutamente parido.

M. D.

24 enero, lunes

Hay panolis que se piensan que esto de escribir para uno es como el hablar a solas, cosa de chalados. Eso son ganas de enredar las cosas, porque uno no siempre dice lo que quiere y hay pensamientos que andan por dentro de uno y uno, por vueltas que les dé, no acierta a expresarlos, o a lo mejor no le da la real gana de hacerlo. Uno es de una manera y como uno es, no lo sabe ni su madre y, sin necesidad de ir a lo zorro, uno nunca se confía del todo a los demás y, si quiere recordarse de algo, no hay como comerlo a palo seco, sin el recelo de que otro venga a cachondearse de lo que dice. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente.

Cuando murió la madre, sin ir más lejos, si yo me pongo a parlar no hubiera dicho más que boberías y, sin embargo, las ideas que me rondaban dentro no podían ser más serias y respetables. Y equilicual cuando la boda y los amiguetes me salían con que «todavía estaba a tiempo» y yo respondía que me iba a suicidar, como Melecio y como don Basilio y como el cagueta de Serafín, mi cuñado, y como cada quisque, porque, desde que el mundo es mundo, todos tropezamos en la misma piedra y todos somos unos gilís. Pero dentro andaba la procesión y yo me sabía que no era un gilí por eso y que lo mío con la Anita no era un suicidio. Y yo digo que esto de escribir para uno es tal y como mirarse al espejo, con la diferencia de que uno no se ve aquí el semblante, sino los entresijos. Uno, al fin y al cabo, no es un zoquete y algo se pega de andar todo el día de Dios entre gente de libros.

Yo sé que ahora la vida mía va a pegar un quiebro y una cosa así no ocurre todos los días y si no me lo repito por escrito y hasta dos docenas de veces parece como que todo eso de largarme a América y despedirme de todas las cosas no fuese más que una coña. Llevo unos días como aliquebrado dándole vueltas al asunto, y ni la caza me lo quita del pensamiento.

25 enero, martes

Hoy se recibió carta del tío Egidio. El hombre, tan razonable. Manda los pasajes para el vapor *Miguel Ángel* del día 15 de marzo. El mandria dice textualmente: «Ustedes vienen al tiro y lo de abonarme los pasajes dejémoslo no más. No conozco al señor marido de Anita, mas el marido de la hija de mi hermano no puede menos de ser un caballero y en mi barraca siempre queda hueco para él. En lo que ustedes dicen de la guagua, bien puede nacer aquí, que lo mismo hay parteros y niñas de mano que la saquen luego a pasear».

La carta me ha dejado achucharrado, como yo digo. Uno se maneja en la vida y cree que decide, pero la verdad de la buena es que uno nunca sabe lo que quiere ni quién le empuja. Hace tres años yo hubiera dado una mano porque me tocase el gordo y hacerme una nueva vida allí, pero ahora que está todo liado me da rilis, la verdad. Es mucha responsabilidad y mucha conmoción y mucha historia esto de dejar lo que es de uno y largarse con los ojos cerrados donde no conoce. La chavala, en cambio, como unas castañuelas. Las mujeres ya se sabe. A primera hora anduvo con los mareíllos, pero ahora, con la carta, como si nada. Ella dice, y no le falta razón, que entre vivir aquí mirando la peseta o allí a mesa puesta, no hay duda.

A la mañana, luego de llamar a las clases de once, me llegué a la churrería. Mi señor andaba afanando con la masa y mientras le cortaba la rueda se lo planté. El chalado que qué había determinado y lo que yo le dije, que pedir la excedencia por más de un año y menos de diez, por si las moscas, y luego largarnos.

A las ocho cayó Melecio por casa, le di a leer la carta y nos quedamos una hora de reloj, que se dice pronto, mirándonos a lo bobo sin abrir el pico. Luego Melecio lo echó a barato y le dijo a la Anita que quién la verá a la vuelta de dos meses con un negro para espantarla las moscas. La chavala salió con que ha oído decir que los negros son fieles como pocos. A saber quién la habrá ido con ese cuento.

A don Basilio todavía no le he dicho una palabra. Tardé en dormirme. Sentí el exprés de Galicia.

26 *enero, miércoles*

Me llegué al Gobierno Civil para lo de los pasaportes. No es que me importe, pero en las fotos me han sacado una jeta de mandria que atufa. La chavala, en cambio, está curiosa y dice Melecio que ciertamente se le da un aire a la Pier Angeli.

El que no traga es don Basilio. El marrajo me puso a caldo por no habérselo anunciado. Sacó el habla de pendoncete, todo para decirme que un ordenanza no se improvisa, o sea, que yo debí poner en su conocimiento mi determinación. Ya le aclaré que hasta ayer ni yo lo supe con fijeza y que tenía en el pensamiento pedir la excedencia por más de un año y menos de diez, por lo que pueda tronar. Luego le advertí que en Murcia tengo un conocido que le cuadra venir, y él, entonces, entró en razón y me dijo que aguardará unos meses a ver en qué para lo mío y, de esta forma, si no me aclimato, puedo volver al Centro, y que no olvide que el señor Moro se jubila este año y que él

seguía pensando en mí para lo de la Conserjería. Le di las gracias y que lo tendría en cuenta.

Al subir a comer me preguntó el señor Moro si era cierto que me largo a América y yo le dije que a ver, y el candongo de él que lo sentía de veras. ¡No te giba! Ahora va a resultar que hasta la candaja de la Carmina se va a llevar un berrinche. Crescencio me aguardaba en la terraza y me salió con la misma colación. Luego me dijo que no deje de mandarle sellos. El hombre parecía afectado.

Estuve en el café, pero como si nada. Las cosas no volverán a ser como antes. Uno anda aquí ahora provisional y no puede poner la misma ilusión en la vida, como yo digo. Zacarías dijo que también era mala uva, primero morirse el Pepe y luego largarme yo, y que la cuadrilla se había gibado. Ya le dije que aún eran tres, pero Tochano se cabreó y dijo que si íbamos a pasarnos la tarde en este plan, adiós muy buenas. Candamos la boca y echamos una garrafina, pero todos andábamos en lo otro. Al marchar, Zacarías me dijo en un aparte que un conocido suyo que va por las tardes al Ginebra tiene intereses en el Uruguay y que a lo mejor me petaba echar un párrafo con él. Dice que si voy pregunte por Marcelo, y que el tal Marcelo tiene un coche que le zumba el bolo y en América maneja rebaños de cientos de vacas y para moverse de un sitio a otro ha contratado fijo un aerotaxi. Al cachondo de él según hablaba se le entornaba el ojo de la nube. Tochano propuso para despedirnos de la temporada ir el domingo a lo de Bellver. Bellver queda a una tirada y quedamos en salir el sábado por la tarde en el coche de línea y dormir allí. No quiero pensar en la cara que pondrá la Anita.

28 enero, viernes

Como esperaba tuvimos cuestión. La chavala salió con que los domingos ya era poco e inventaba marcharme los sábados para no parar en casa. Cerré el pico por no armar la de Dios, pero ella porfió que si en América pensaba hacer lo propio, eligiera entre ella o la escopeta, porque las dos no cabían en el barco. Le eché calma al asunto y la dije que no llevaba razón, pero como si no. La cogió modorra con que era su tío y no el mío quien abonaba los pasajes y que, si yo iba allí a pegar la manga, justo es que la guardara un poco de consideración. Se calentó, se subió a la parra y no tuve más remedio que decirle cuántas son cinco. Ya la advertí que ni por soñación se pensase que con un pasaje me iba a quitar los calzones, y que, con todos los respetos, en mi casa mando yo. Pepita en la lengua no tengo. Y a mí, por las buenas lo que se quiera, ya se sabe, pero por las bravas ni hablar del peluquín. No sé si los

americanos o qué, pero las mujeres andan ahora más revueltas que otro poco. Antes, uno decía blanco y ellas cerraban los ojos y decían blanco, sin mirar ni tampoco el color. Yo recuerdo mi madre. Ahora de qué. Ahora uno dice blanco y ellas vocean que negro aunque nada más sea por llevar la contraria. Me giba eso de que uno no pueda ya ni dar una orden en su casa, siquiera para demostrar delante de los amigos que los tiene bien puestos. Es lo mismo que con los arreos. Yo recuerdo a la madre que le faltaba tiempo para disponer las botas, la canana, la merienda y el morral. En casa había un sitio para cada cosa y uno no necesitaba sino mentarle la caza para que ella fuera a ojos ciegas donde los trebejos. Hoy son de otra pasta, como yo digo. Es como si con la cocina no tuvieran ya bastante y tuvieran que saber de todo, discutir y fumar lo mismo que los hombres. Así nos crece el pelo. Digo yo si no se aproximará el fin del mundo y estas cosas no serán el Anticristo. ¡Vaya usted a saber!

El tiempo anda de helada y de seguir así el domingo nos divertiremos. Melecio vino a última hora y anduvimos recargando hasta las tantas. Por lo visto la Doly anda empachada, pero cree que para el domingo se le pasará. Ya le dije que tampoco es potra ni nada eso de cerrar aquí la temporada y llegar a América al tiempo de abrirla otra vez. Eso es andar con la chorrina y lo demás son cuentos.

31 enero, lunes

El sábado nos encontramos en el Poniente, junto al coche de San Pedro del Campo. El cipote del cobrador no nos quería dejar subir la perra, pero al fin transigió. Hay fulanos que no viven más que para hacer la cusca al prójimo, ya se sabe. En el camino, a la altura de La Mota, vimos el bando de avutardas. ¡La madre que las echó! Estaban junto a la cuneta y había lo menos veinte. Las tías a verlas venir, tan plantadas, y Zacarías se arrimó al chófer y le dijo que dos barbos si daba marcha atrás, pero el panoli salió con que quería tener la fiesta en paz y dejáramos quietas las escopetas. ¡No te giba! Llegamos ya de noche, pero Severiano, un conocido de Tochano, había reservado alojamiento. Antes quisimos hacer lo del cura, pues Melecio porfiaba que diría una misa de madrugada si se le daba una limosna. ¡Al ojo lo vieras! El hombre que binaba, pero que no podía trinar, y cuando Melecio se dejó caer con lo de la limosna a poco se le escapa la izquierda y le cepilla los morros de una guantada. ¡Fíate y no corras! Para acabar de gibarla, las habitaciones andaban jugando a las cuatro esquinas. Ni aposta se encuentran más separadas, como yo digo. A mí me tocó donde una vieja hocicuda que no

hacía más que toser y escupir y me dio la noche. Para desengrasar, me caía en las mismas narices el pitorro de una lavativa, o sea cada vez que movía la chola me topaba con él. También estos tíos de los pueblos son como Dios los ha hecho.

Por unos o por otros no empezamos hasta casi las once. El cazadero es majo y el día andaba quedo, bien a propósito para la perdiz. Los bacillares y las pajas se dan mano y hay unas vaguadas muy aparentes para sorprenderlas a la asomada. Echando hacia arriba, en un piornal, agarramos un bando de lo menos cien. Se armó la guerra y Tochano, que andaba con la chorrina, bajó cuatro en menos que se tarda en decirlo. Melecio hizo dos, Zacarías una, y yo me senté a comer con lo puesto. Severiano, el de Bellver, andaba de coña y le dijo a Zacarías que a la tarde iba a haber nublado, y Zacarías preguntó que si nublado en enero, y entonces el torda de Severiano dijo que lo decía por lo de la nube del ojo. Zacarías, con razón, se atocinó y le dijo que cuándo habían comido juntos y que por menos que eso había puesto él a alguno la cara como un pan de un lapo bien dado. El Severiano calló la boca y menos mal que Melecio, que andaba al quite, le echó un capote y dijo de seguir cazando. Pero yo no sé si se puso nervioso o qué, que a poco de salir, Severiano le cortó unos calzones de lástima con un sisón que Melecio había visto darse en una junquera. En esto de la caza hay cosas que no se explican. El mandria soltó los dos tiros a tenazón y el Severiano, quieto parado, le dejó hacer y cuando el bicho andaba a una legua le bajó con el izquierdo como quien lava. Me cabreó lo que nadie sabe, porque estos paletos se ríen luego del lucero del alba. La tarde redondeó la percha; cambió la suerte y yo bajé tres perdices, Zacarías dos y Severiano otras dos a más del sisón. Total, quince piezas, que a estas alturas no está mal. De regreso paramos en la tasca a hacer tiempo. Yo empecé con que en América pensaba desquitarme y entonces, sin venir a qué, Tochano pegó con el culo del vaso en la mesa y voceó que no volviera a mentar América porque desde hacía dos semanas sólo de oír mentar América se descomponía. Callé la boca por educación; para cuatro días no es cosa de armar la polca, me parece a mí. De todos modos, el Tochano este va necesitando un guapo que le siente la mano.

En la general, a la altura de El Chozo, se arrancó una liebrota como un perro a la luz de los focos. Yo no sé qué clase de sangre tienen estos chóferes, pero el vaina ni se alteró. Cerca ya de casa, un engañapastor le partió un faro. ¡Entonces sí que había que oírle al condenado! El cipote mentó hasta a su madre. Así son las cosas. La chavala seguía de morros cuando llegué. Ya le dije que dos trabajos tiene, enfadarse y desenfadarse, pero ella ni mus.

1 febrero, lunes

Desde que me levanté no se me quita de las mientes la idea de que un mes más y a esconder. Hoy, febrero; bueno, pues en marzo, a volar. Mentira parece. A ratos pego brincos de la alegría, pero otras veces me achucharro y me doy mismamente compasión. Estas cosas le llevan a uno a pensar en la vida. Aquilino decía que si uno piensa en la vida es que la va a doblar. No sé, no sé… El caso es que yo no quiero pensar en la vida, pero es como si no, porque uno no piensa siempre lo que quiere. Ahora he cogido la pichicharra de que yo he nacido en América y de repente llego aquí y voy y me asomo a la terraza y me emperro en verlo todo con ojos nuevos.

Y me digo: «¡Qué hermosa es esa ladera de vides, y esta torre, cubierta de verdín, y la estación con los trenes que suben y bajan!». Pero si hay algo imposible en la vida es pegársela uno mismo y así, aunque yo me digo esto, por dentro una voz me dice: «Que no, Lorenzo; boberías, tú y tu gente donde habéis nacido es aquí, y esa ladera, y esa torre, y esa estación las conoces talmente como si las hubieses parido. Y donde vas de nuevas es a América, y aunque allí tengas ante las narices una ladera de vides, una torre con verdín y una estación donde los raíles brillen y los trenes suban y bajen, no serán los mismos y tú andarás más despistado que un chivo en un garaje, porque así son las cosas; y si tú, en América, quieres aguantar has de hacerte americano; o sea, para que nos entendamos, sin memoria de nada de lo de aquí». La fetén es que esto me descompone, porque yo quisiera llevarme a América a mis amigos, y mis cazaderos, y mis perdices y todo; claro que, bien mirado, si yo allá voy a disponer de un par de docenas de negros que me ojeen las piezas, y de una Sarasqueta repetidora y un buen bote para ir de un sitio a otro; y si con el tiempo monto un negocio de pieles de liebre que me dé para vivir como un príncipe y para asomarme cada año por aquí a ver a los amiguetes y a tirar cuatro tiros con ellos, en ese caso hay que dejar el sentimiento a un lado y pensar con la de arriba.

A la mañana, José, el de Secretaría, me hizo la instancia para la excedencia por más de un año y menos de diez. Don Basilio la informó y dice que en un par de semanas listo. Del Gobierno ya pidieron a Madrid los certificados de penales. La cosa se va liando. Tardé en dormirme. Sentí el exprés de Galicia.

4 febrero, jueves

Hoy pasó un mal trago la chavala. ¡Hay que ver lo que cuesta un hijo! La dio el telele por la mañana y al mediodía me mandó recado con el chico de Crescencio. La encontré en cama devolviendo. Cuando está así me recuerda a la madre y me llevo un cojijo del demonio. ¡Qué días, órdiga! A la hora de comer ya andaba tan animadilla, como si nada. Es lo bueno de estas cosas, se pasan en un verbo y, aunque vuelvan otro día, uno siempre piensa que ha de ser la última.

Recibí carta del Tino. Este hermano mío las urde como agua. ¡Vaya un prójimo! Ahora me sale con que en América le tenga presente y si encuentro una proporción le ponga cuatro letras porque todavía se siente joven para empezar otra vez. Ni recuerdo qué tiempo tiene el Tino, aunque desde luego no es ya ningún chaval. Le contestaré otro día. De la Veva, ni palabra.

El tiempo ha templado y a última hora se ha puesto a diluviar.

6 febrero, sábado

Mañana se cierra la temporada. Antaño esta fecha era para mí un día de duelo. Hoy, ni lo pienso siquiera. ¡Qué cosas! Dentro de mes y medio a darle otra vez gusto al dedo. Si yo fuera millonario pasaría en Europa hasta marzo y de marzo a septiembre me largaría a América. He quedado con Melecio en subir mañana en las burras a lo del Marqués. Hace tiempo que no lo pateamos y Melecio se emperra en que es el mejor sitio para despedirnos.

Me llegué donde el Ginebra a ver a ese tal Marcelo. El tipo así, al pronto, tiene jeta de acelga, pero luego no resulta mal chaval. Porfía que si me gusta la caza me quedaré en América de por vida; que allí hay pájaros para divertirse. Luego me salió con que el *Miguel Ángel* es un barco de una vez; no hace todavía el año que lo pusieron en servicio los italianos. Dice que la tercera es mejor que la primera de cualquier barco de postín y que las fiestas de a bordo, con chavalinas de los cinco continentes, un mar de oportunidades. Le aclaré que estaba casado y que voy con la señora y me dijo que así era otra cosa. Por lo visto tocaremos en Dakar, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires. ¡Menuda jira! Estuve cascando con la Anita hasta las tantas. Luego no me podía dormir y sentí el exprés de Galicia.

7 febrero, domingo

No sé por qué nos emperramos en subir a lo del Marqués. Es el cazadero más pateado de la provincia. Las perdices se levantan en París y si queda una

liebre viva a estas alturas, ésa sabe más que Lepe, Lepijo y su hijo. ¡Qué cosas! Una vi a mediodía y la tiré por calentarme la mano, pero la zorra de ella pegó un respingo y entonces creí que quedaba, pero no. La tía debió de llevarse más de un perdigón en el culo, pero se perdió entre la maleza de la ribera. El sol andaba arriba, pero batía un viento muy fino. Yo todo era decirme: «Aprovecha, Lorenzo, estás cazando en España por última vez; en tu vida volverás a pisar un tomillo español, ni a dar con los caños en un chaparro español, ni a sentir volar una perdiz española, ni…». Y tanto lo pensé que al sentarnos a merendar, a la abrigada, tenía como un bulto en lo alto del pecho que casi ni me dejaba respirar. Y cuando vi a la Doly, el animalito, que me miraba a los ojos como con tristeza, se me iban las lágrimas y le dije a Melecio, echándolo a barato, que sentía capricho por saber si la última perdiz que cobrase aquí sería macho o hembra. Melecio, el hombre, andaba afectado y me confesó que cuando yo me largue colgará la escopeta, sin más. Iba a darle en la espalda, pero pensé que sería peor para los dos y sólo le dije: «No digas disparates». Él dijo que quince años cazando a mi lado, domingo tras domingo, crean un hábito, y que ya no entendería la caza sin tenerme a su vera. La Doly metió el cuezo y nos lamió la cara, primero a él y luego a mí. ¡Qué instinto el de estos bichos! Le recordé a Melecio cómo lloraba el animal cuando enterramos al Mele y él me hizo un gesto para que callase la boca. Entonces abrí el pan y le ofrecí un cacho de tocino y Melecio dijo que no con la cabeza, y yo tampoco podía tragar y me tumbé con las manos en la nuca, y me petaba oír por última vez el viento en los pinos y el agua, abajo, entre los sauces, y el galleo de las picazas entre la fronda. No hicimos sino dar tientos y tientos a la bota hasta que el vino se acabó y entonces nos miramos y dijo Melecio que dar otra vuelta y el sol ya bajaba, pero nos levantamos y tiramos para arriba. Y fue como un milagro, porque al regresar donde las bicicletas sin habernos estrenado, se arrancó de un barbecho una perdiz, grandota como un ganso, y tiramos los dos, pero sólo sonó un tiro y allí quedó la tía patas arriba, con perdigones del uno y del otro. Al acomodar a la perra en el soporte dijo Melecio: «Bueno, se acabó lo que se daba». Y allí delante estaba el monte del común, casi negro, y detrás los pinos, y más detrás los tesos pelados, y más detrás todavía, el resplandor rojo del sol que acababa de ocultarse y, al pie, el camino con las roderas endurecidas, y todo eso era mío, pero yo me esforzaba en no pensarlo porque de otro modo hubiera tenido que decirle que nanay al tío Egidio, y ya era un poco tarde para eso. De regreso parecía aquello un funeral. Melecio pinchó y anduvimos reparando la goma a la luz de la luna. Las luces de la ciudad se veían desde lo alto y era un espectáculo. Me acosté

aliquebrado. En toda la noche el viento dejó de sacudir la persiana de la cocina.

10 febrero, miércoles

Me topé esta mañana con don Rodrigo cuando subía a la Secretaría y me plantó que si a Chile. Le respondí que a ver, y él, que si tuviera mi edad haría otro tanto. Le dije que a qué ton y él que esto es como un tranvía lleno y aquello como un tranvía vacío y que aquí si te subes al tranvía ha de ser a costa de que otro se apee y que en cambio allá todavía hay ocasión no sólo de subir al tranvía, sino de hacer el viaje sentado. Ya me huelo por dónde va. Lo que queda por ver es si uno, por el hecho de ir sentado en un tranvía, ya va a gozarla. Le dije lealmente que agradecía su información y él me salió entonces con que tampoco me pensara que allí paguen por dormir, y que yo debía ir a América con ganas de arrimar el hombro, ya que tropezaría con muchas dificultades antes de triunfar. Se me hizo que lo decía con retintín y le dije lealmente que me olía que él sabía algo de Chile que se guardaba. El hombre se reía las muelas y me contestó que no había tal y que lo único los temblores de tierra. ¡Gibar! Ya es algo. Se lo conté a la chavala a la hora de comer, y lo que es la ignorancia, la gilí como unas pascuas, que eso la divierte y que lo único que no aguanta es un día igual a otro como ocurre aquí.

Por la tarde se presentaron el Aquilino y la Lourdes. El Aquilino con la tripita, la ropa planchada y el correaje reluciente va cogiendo aires de general. ¡Vaya un tipo! A la Lourdes, ya es de antiguo, no la trago. De novios ya me gibaban sus dientes de caballo, pero ahora que la conozco mejor me cabrea que no abra la boca si no es para despellejar al prójimo. Sacó a colación a Serafín, mi cuñado, pero de que vi por dónde iba le pregunté si era cierto que veía mal de un ojo y quería ponerse lentes. La tía pegó un respingo, pero tragó, y me salió con que quién me había ido con el cuento. Lo que yo la dije, que se decía el pecado pero no el pecador, y entonces la candaja se subía por las paredes. ¡Toma del frasco! A última hora se puso a fumar como una marrana, con una pierna sobre la otra y enseñando hasta el ombligo. Hay mujeres que la gozan provocando y si no parece como que no estuvieran a gusto.

13 febrero, sábado

Volvió a llover. Me reí las muelas con Zacarías. Me le topé en la plaza y el baboso que si andaba cojo. Después de quince años todavía no se ha

enterado que cuando llueve me gusta remeter las punteras para echar fuera las cascarrias y no manchar la ropa. El rácano es un desaseado y el ir más o menos curioso se la trae floja.

A la tarde me encerré en casa y no salí. Aproveché para contestar al Tino y preguntarle por la Veva. Al acostarme llovía si Dios tenía qué. Dice la Anita, y no la falta razón, que nos vamos a volver ranas.

16 febrero, martes

Sigue diluviando. El desagüe de la azotea no tira y está imposible. Pasé descalzo donde el señor Moro y le dije si podía saberse qué echan allí para que el sumidero se tapone todo el tiempo. La pingo de la Carmina se arrancó como una novilla y me salió con que le preguntara al pasmarote de mi mujer dónde ponía las mondas cada vez que comía una naranja. La dije que más despacio y sin ofender, pero ella que si quieres. Finalmente le dije al señor Moro que la hiciera callar la boca si no quería que la cosiese los hocicos de media guarra. El candongo de él que eso sí sabría, pegar a una mujer, y lo que yo le dije, que si de veras se pensaba que la Carmina lo era. El tío se cabreó, se puso faltón y entonces terció la Anita con que más tonto era yo por tratar con gentes de medio pelo. La Carmina se fue a ella, pero yo la agarré por el brazo, según iba, y la voceé que si me marrotaba el chico yo iría a la cárcel, pero ella se iba al camposanto, como me llamo Lorenzo. La tipa, al pronto, se quedó quieta parada y luego se puso a reír a lo bobo y me voceó que valiente hijo iba a tener ese manojo de huesos, pero la Anita la volvió la espalda y me dijo que lo dejara porque ya sé cómo las gastan las mujeres que se pasan la vida esperando a un hombre sin haber de qué. Salió Crescencio con la escoba y en un verbo desatrancó el desagüe y entonces el señor Moro dijo que yo era un azuzón y que armaba un alboroto por cualquier pendejada. Cerré el pico por no armar la de Dios, pero la tipa esta me las paga antes de marchar. ¡Por éstas!

18 febrero, jueves

Me pasé por el Gobierno Civil. Ya tenemos los pasaportes listos. Dentro de veinte días habrá que ir pensando en liar las maletas. Tengo una cosa dentro que no me lamo. Uno no ve el momento de arrancar. La Anita, que soy un culillo de mal asiento. Bueno, lo seré, pero lo cierto es que a uno empieza a gibarle un sitio cuando se huele que en otro puede andar mejor. Todo lo

demás son coplas. La chavala como un geranio. Veremos a ver qué dura. Hace dos días que no veo a Melecio ni vivo ni muerto.

21 febrero, domingo

Después de misa tomamos el vermut en Yago. Luego comimos donde los viejos. El marrajo como un cascabel, pero ella se va a ir en agua. ¡Madre, qué barbaridad! Va para dos meses que no lo deja. Cada vez que asomo la gaita, ya se sabe, a mojar la pestaña. Y lo que yo me digo, que una cosa es sentir la separación y otra convertirse en un lloraduelos. Pero ¿quién es el guapo que le va a la chavala con la embajada? Su casa, el papá, la mamá y el hermanito son sagrados, como yo digo. Todo lo de ellos está bien hecho y si yo pongo reparos, ya se sabe, Lorenzo es tan hidalgo como el gavilán. Me empieza a gibar ya tanto restregarme por las narices al tío Egidio. Después de todo, a quien Dios no da hijos, el diablo le da sobrinos. Ya es cosa vieja y ahora no parece sino que uno lo hubiera inventado para la ocasión. Es lo mismo que decirles a ellos papá y mamá, cuando a mí, lealmente, no me sale. Uno no es un farotón, pero tampoco un lila, ¡qué coño! La Anita porfía que a mí me gusta apearme siempre por la cola, pero no lleva razón. A mí la lengua quieta, eso de siempre, otra cosa es si me meten los dedos en la boca. ¿Pero a qué ton voy a decirle mamá a esta tipa que, con todos los respetos, la he conocido ayer? Mejor me peta no llamarla y digo usted, o señora, o no digo nada, porque el mamá me cabrea a mí, y el madre la giba a ella; total, siempre hay cuestión.

Al terminar de comer salió a relucir lo de la vacuna y mi señor preguntó si no me alcanzaba el seguro. Ya le dije que no, por funcionario; luego dijo que si tenía médico de cabecera y le dije que nanay, que cuando lo de la madre regañé con él y que como ni me recuerdo de la última vez que estuve enfermo, lo había dejado para cuando viejo. El hombre no entiende de bromas y saltó con que mal hecho y que en América lo primero un médico. Ella, en cuanto que oyó América, lo de siempre, empezó a moquitear y se gibó la fiesta. Me largué al café y a la noche la chavala me puso jeta. La dije que qué y ella que un poquito más de consideración, que si de novio todo eran facilidades ahora no había razón para cambiar. Lo que yo me digo: Lorenzo, abre el ojo, que asan carne.

23 febrero, martes

De Madrid, ni pío. Le pregunté a don Basilio, que al fin y al cabo es el director, si no convendría dar otro toque. El vaina que calma, que aún quedan por delante tres semanas. Me pone negro la tranquilidad de esta gente.

Saqué los cuartos del Banco. Dos mil doscientas treinta y tres pelas, que no está mal. Eso si el suegro no se descuelga a última hora con un par de billetes. ¡Qui lo sa!

Me llegué donde mi hermana. Uno se encuentra chicos hasta en los pucheros. ¡La madre que los echó! Y ya dan guerra, ya. Está la Titina esa que es más lista que un conejo. Ahora que voy a largarme me doy cuenta de que estos chaveas no son para mí como los demás. Eso de la voz de la sangre no es un cuento. La chalada de mi hermana que si me pinta allá no la eche en olvido, ya que cada día que pasa está más necesitada. Le pregunté por Serafín y la de siempre, a moquitear. Le pregunté si no cumplía y me salió con que si el Serafín no bebiera no habría mejor hombre que él. Ya la advertí que es ley de vida que hasta el más blanco tenga un lunar. Ella que a ver, pero que cuando viene mamado se pone imposible y que ella ya se lo tiene dicho hasta con el hierro de la cocina, pero como si no. La Modes, greñas aparte, tiene así un pronto que es tal y como ver a la madre. Al acostarnos me salió la Anita con que no le gustaría confiar el niño a una negra. Lo que yo la dije, que primero tenerle, y después buscaremos una blanca, que eso, como todo, es cuestión de billetes.

27 febrero, sábado

Hubo carta del tío Egidio. Dice que su señora tan contenta de nuestra llegada, y que aunque es criolla se entiende con los españoles. Luego dice que los boletos para el transandino los recojamos en una tienda de juguetes de la calle Azcuénaga, de Buenos Aires, no recuerda bien el número, que se llama La Sonrisa. El dueño es amigo suyo y debemos preguntar por don Eusebio. Dice que no le abonemos nada, pues el asunto de la plata está ya arreglado. Ya le dije a la chavala que yo pensaba porfiar un poco lo de los cuartos, pero que tal como se explica me da miedo el ofenderlo.

Estuve donde Melecio. El hombre sigue achucharrado y hacerle abrir la boca cuesta un triunfo. Cuando se le murió el chaval, cuate. Se emperró en no llorar y el sentimiento le recomía por dentro. No digo yo que fuera a llorar por esto, pero, al menos, podía hablar y algo se descongestionaría. De la excedencia, ni palabra. También gibaría que por una pendejada así tuviéramos que retrasar el viaje.

1 marzo, lunes

Esto está dando las boqueadas. Ha vuelto a diluviar y ando como aliquebrado. No me petaría largarme sin despedirme del monte de Villalba, de la linde de lo de Muro, de la ladera de la Sinoba, ni de nada, pero a la fuerza ahorcan y no quiero pensar en que no volveré a ver esos campos porque se me encoge el ombligo. Uno quisiera llevarse todo esto en un bolsillo y en el otro al Melecio, al Zacarías, al Crescencio, a la Modes, a la Doly, a don Rodrigo y a todos. Entonces no me importaría América, ni me importaría nada. Pero no, dice Tochano, y no le falta razón, que la vida es un fandango y el que no lo baila es tonto. Yo no sé si seré un gilí, pero a mí la vida me duele y, a ratos, pienso que si yo voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida, pues cazando parece como si uno espabilase ese dolor y se lo metiese, con los perdigones, a las liebres y las perdices por el culo. Esta tarde cada vez que sonaba el pito de un tren me escocía en lo vivo. Y cuando Melecio, a cosa de las diez, se presentó en casa y me dijo que para el sábado han liado los amigos una cena de despedida en lo de Polo, se me empezó a inflar el corazón y bien creí que me estallaba. Uno no tiene entrañas para dejar todo a sangre fría; uno será un mandria, o lo que sea, pero si piensa que allá olvidará, malo; si piensa que no va a olvidar, peor.

Dice José que de lo mío nada. Estoy negro. Sentí el exprés de Galicia.

3 marzo, miércoles

La excedencia sin aparecer. Don Basilio habló con Madrid y parece que le dieron buenas palabras. Veremos. Vinieron dos a ver la burra, que la había anunciado en la prensa, pero la gente de esta tierra quiere momios, como yo digo. Una bici que está nueva, las ruedas con el dibujo, su timbre y su dínamo, bueno, pues uno pide seiscientas y ellos que la mitad. ¡Vaya usted a paseo! El otro me vino con que era un pobre. Ya le dije que si por casualidad tenía yo cara de ir a veranear a la Costa Azul. ¡No te amuela! Ya le he dicho a la chavala que si no la pagan como se debe, antes la regalo; todo menos hacer el primo. Don Basilio me ofreció una trastera del Centro para los muebles. La chavala quería fundirlos sin más. Yo le dije que calma. Con estas cosas nunca se sabe lo que puede pasar.

4 marzo, jueves

Uno de Villaherrero se quedó con la burra en cuatro billetes. Anduvimos tres horas porfiando, que si subo, que si bajo, y ya me dio lacha y se la di en dos reales para que callase la boca. Cuando la sacaba tuve que mirar para la pared. Uno termina cobrándole ley a las cosas; cuando más a este trasto. ¡Anda y que tampoco les habré dado yo vueltas a esos pedales, ni nada!

5 marzo, viernes

¡Lo que faltaba para el duro, vamos! De regreso del café me encontré a la Anita hecha una dolorosa. Le pregunté que qué, pensando en la candaja de la Carmina, que es la fija, pero ella que no, que era por las Mimis. Le dije que qué de las Mimis y ella me salió con que se habían hecho de cruces de que ella fuese a tener un crío con unas caderas tan escurridas. ¡No te giba! Me puse negro y la voceé que qué pintaban las pingos esas en mi casa y ella que habían estado de despedida. Le dije lealmente que peor era no tener vergüenza y que a la Mimi tiempo la sobró de hacerse de cruces cuando el vivo del fogonero la sacó anticipada. ¡Toma del frasco! Bueno, pues la chavala aún tuvo que salir por ellas, con que si un desliz lo tiene cualquiera, y lo que yo le dije, que a nadie se le caen los pantalones por un descuido. Acabé dando cuatro voces. Para esta mujer lo que digan las Mimis es el evangelio. ¡La madre que la parió! A mí las Mimis, la alta y la baja, las dos, me la traen floja, pero uno viene quemado con lo de la excedencia y malo es que llueva sobre mojado.

6 marzo, sábado

¡La Virgen! La verdad es que nunca me pensé que darían a lo de la despedida tantos vuelos. Nos juntamos en lo de Polo también más de dos docenas de personas. Allí andaban mi hermana con Serafín, Tochano y la Paula, Tomasito y la parienta, Melecio y la Amparo, Zacarías, Crescencio y dos de las chicas, las Mimis y Lucio, el fogonero, Asterio y su chavala, don Rodrigo y qué sé yo cuántos más. Al final, el mismo Polo se sentó con nosotros a echarnos una mano para despachar el lechazo. La cosa empezó un poco así, pero de que nos echamos dos vasos al cinto cambió la decoración. Se emperraron en que cantara «Un estudiante a una chica…» y ahí empezamos a liarla. Luego se puso a hablar Asterio, el sastre, y se quedó solo a elogiarme. ¡Anda y que tampoco me dio jabón ni nada el lila de él! Menos mal que tenía cuatro copas y ya nada me asustaba. Don Rodrigo, el hombre,

anduvo haciendo el zángano como uno más y luego se puso a imitar al alcalde, y a don Basilio, y al final todos decían que era un tío majo y que de dónde lo había sacado. Ya les dije que era un profesor y los cipotes se quedaron de una pieza. Les aclaré que en eso, como en todo, había clases. Lucio, el marido de la Mimi, se entonó a escape; a medio comer se levantó diciendo que el cuerpo le pedía juerga, agarró a don Rodrigo y se lo echó al hombro. Todos se liaron a aplaudir y don Rodrigo, entonces, soltó un discurso desde lo alto y acabó con que hacía votos porque a la vuelta de tres años «nos reuniéramos otra vez todos en lo de Polo con un Lorenzo que apaleara los billetes». Al decir esto, Lucio empezó a bailarle y bien creí que lo estampaba. La Amparo, la de Melecio, andaba desatada y al servir la tarta se subió a la mesa y se marcó un zapateado y el vino se derramaba por los manteles y todos voceaban alegría, alegría, y Melecio tiró de armónica y se metió con *El emigrante* y yo no sabía si reír o llorar, pero notaba una cosa así, sobre la parte, que casi no me dejaba respirar. A última hora, mi cuñado Serafín a poco la giba, venga de darme abrazos y de llorar y de decir que perdía un hermano, y gracias a que Tochano metió el cuezo, lo agarró de las solapas, empezó a zamarrearlo y le voceó que si aguaba la fiesta le iba a dar más palos que a una estera. Entonces Tomasito se arrancó por lo bajines y Lucio quiso hacer un número de circo entre dos sillas, pero agarró una liebre y se lastimó un hombro. El panoli del Zacarías se partía el pecho a reír. Luego hicimos el coro la cuadrilla, o sea, Melecio, Zacarías, Tochano y yo, y cantamos *La comida que he comido ayer* y *La mujer del Churrimandungui*. La Mimi alta saltó con que todo eso era una guarrada de tomo y lomo, pero las chicas de Crescencio, que resultaron muy majas metidas en juerga, a pesar de que uno las ve así, en frío, y se le hacen un poco estreñidas, se meaban de risa. Terminamos en el parque burreando a nuestro antojo. Anduvimos haciendo estatuas hasta que se puso a llover. Entonces, don Rodrigo recordó que yo no había hablado y Lucio me agarró, me subió al hombro y tuve que decirles que por mucho que me diera América nunca podría darme una noche como ésta, y pensaba decir más, pero Tochano me miraba sin dejarlo y me dijo: «Ché, ojo con el pico», y entonces paré quieta la lengua y todos se liaron a aplaudirme y lo dejamos. Luego no acertaba con la cerradura y la chavala me tuvo que echar una mano. En la cama le decía: «Aprieta los ojos y es tal y como si fuéramos navegando». Pero ella, ni pío. A poco la sentí que devolvía, pero no tuve fuerzas ni para moverme.

9 marzo, martes

Le dije a don Basilio que si los papeles no llegan tendré que largarme a Madrid. El vaina, que si mañana no hay noticias pedirá otra conferencia, que ya le choca un retraso así. El caso es amargarle a uno los últimos días. Al salir de la Dirección me topé con don Rodrigo y me preguntó que qué tal desde la otra noche. Ya le dije que agarré una juma regular y que aún andaba con la resaca. Él se puso a reír y me salió con que ayer se topó con Lucio en la plaza y el cipote llevaba un brazo en cabestrillo. ¡Los habrá bestias!

Por la noche ya cantan los ruiseñores en el parque. Tenemos una primavera temprana. Esto no sería malo si no anunciase nublados para julio, y si es así las nidadas de perdiz se las va a llevar la trampa. Claro que, por lo que a mí respecta, ahí me las den todas. Le dije a la Anita que cuándo empezamos las despedidas; me pone negro dejarlo todo para lo último. Son tantas cosas en la cabeza que uno vive estos días a lo loco, sin tiempo para reflexionar, ni nada.

10 marzo, viernes

De Madrid, ni mus. ¡Los hay que se los pisan, vamos! Don Basilio habló con el Ministerio y porfían que ya está resuelto, pero la verdad es que yo no me puedo largar así, fiado de unas palabras. Con unas cosas y otras hoy ha sido no parar. Por la mañana me llegué a la Renfe por los billetes. Tuve que echarle paciencia al asunto, pues había una cola de órdago a la grande. Luego anduvimos en el Instituto de Higiene a vacunarnos. Comí donde los viejos y con el bocado en la boca me acerqué al cementerio. A uno, por más que diga, le cuesta arrancar y, aunque de vivo ande de la Ceca a la Meca, a la postre no desea otra cosa sino descansar en esta tierra, junto a los suyos, que para algo tiene uno la chamba de no ser un inclusero. El camposanto estaba tranquilo y sentí lástima de los que no están enterrados por lo sagrado. Mentira parece que algunos lleven sus convicciones hasta ese extremo. Pasé por la tumba del Pepe y le dije un padrenuestro. Aún me parecía oírle vocear, siempre en plan protesta. Allí, en América, ni muertos ni conocidos va a tener uno, como yo digo. De regreso me llegué al Ginebra y pregunté por Marcelo, el uruguayo. Le dije que quería llevar dinero americano o italiano para el viaje por si las moscas y me salió con que a bordo tengo un Banco para hacer los cambios que me urjan. Creí que se cachondeaba, pero no; me dio su palabra de que era cierto. Estos extranjeros son la oca. Hasta plaza de toros van a tener los barcos con el tiempo. ¡Qué cosas!

A la noche, el Melecio pasó por casa. Marché con él a despedirme de la Amparo y los chaveas. La Amparo, la mujer, que más que por ella lo sentía por Melecio, que se iba a quedar como sin sombra. Le dije que es la vida, y ella que a ver. Sentí llorar a la Doly en el corral y pasé a verla. El animal se la sabe entera, esto no hay quien me lo saque de la cabeza. Metió el hocico entre mis piernas y no hubo quien la hiciera menearse hasta que me largué. Melecio se vino conmigo. ¡Qué murrio está este hombre! Al despedirnos me dijo que si no molesta sacará billete para acompañarnos a Barcelona. Ya le dije que él manda, por más que luego el verse solo en una ciudad tan grande y desconocida le va a dar que sentir.

La chavala que por qué no encargué los billetes a Lucio, que me hubiera ahorrado la espera. ¡También es verdad! Y es que uno, en fuerza de dar vueltas a las cosas, acaba como tolondro. Esta historia de los papeles me está haciendo la santísima.

11 marzo, sábado

¡Al fin! Llegó todo el papeleo, solté cuatro firmas, y como los ángeles. Ahora a aguardar. Bueno es saber que uno, por mal dadas que vengan, tiene cubierta la retirada. Pongo por caso que aquel clima no me pinta o, sencillamente, que no me adapto, que todo puede suceder. Zacarías dice que hay quien vive diez años en un sitio y no se adapta. A ver, el hombre y los animales Morlés de Morlés, como yo digo; y hay animales que no aguantan un clima y otros que sí. Con esto sucede como con todas las cosas; cada hombre es como es y nadie puede decir aquí me va a pintar y allí no me va a pintar. Uno tiene que probar antes de decir sí o no. La perdiz, pongo por caso, no se aclimata en el norte. Y como esto, a cientos.

Tino no tuvo tiempo de venir a darme un abrazo. ¡Faltaría más! Mi hermano, es cosa sabida, donde no saque sustancia, nada. Eso sí, en la carta, erre que erre, que si encuentro una proporción no deje de ponerle cuatro letras. Tino, desde que tengo uso de razón, es un gilí que siempre anduvo a la sopa. Todavía tengo clavado cómo se hizo el roncero cuando lo de la madre. Que diga que yo soy así, un tipo sin hiel, si no de qué le vuelvo a mirar a la cara. La vida de Madrid, ya se sabe.

Anduve de despedidas en el Centro. Don Basilio me pasó a la sala de profesores, con toda la consideración, y que en cualquier circunstancia ya se dónde queda un amigo, y que lo de la Conserjería ahí está mientras yo no determine. Ya le dije qué difícil veo que regrese, pero él, que su experiencia le aconseja obrar así y que un primo suyo que se largó a Venezuela, con

intención de no volver, se presentó en casa a los dos meses, porque el asunto corazón puede más que otras razones. Bien mirado, todos estuvieron como caballeros menos el de Francés, el tío estirado, que me dio la mano como si fuera un nombramiento de director general. ¡Le daba así, al cipote este! Pero ¿quién se habrá creído que es?

Sentí todos los trenes hasta las tres. De dos semanas a esta parte ando como una pila.

13 marzo, lunes

Pensaba hacer muchas cosas y luego, lo que pasa, no hice ninguna. Empecé con la Anita las despedidas, pero ahora resulta que todos irán a la estación, eso que el Shanghai no puede salir a peor hora. El suegro soltó trescientas; creo que no vamos mal. Intenté cenar, pero no pude pasar bocado. Me he tirado dos horas de reloj, que se dice pronto, en la azotea mirando las luces y escuchando los ruidos de la ciudad. Mañana no podré hacerlo y si lo pienso me reconcomo. La chavala, con los nervios del viaje, como si no tuviera barriga.

14 marzo, martes

Esto se mueve a base de bien y no hay cristiano que haga una letra derecha. Entre tantas impresiones parece como si uno fuera otro. En la estación se juntaron tres docenas de amiguetes de los fetén. La vieja me hizo una escena que para qué. Bien creí que le daba el telele. Cuando pitó el tren se abrazó a la Anita lo mismo que si la llevaran a la horca. ¡Qué cosas! Lo que yo me digo, que estos extremos no conducen a nada. Menos mal que los otros anduvieron al quite y se pusieron a cantar *Por ser tan buenos muchachos* y me echaron un capote, que si no… Al arrancar, Zacarías se colgó del estribo voceando y el mandria, cuando se soltó, cayó en el andén de mala manera. Vamos, que a poco tenemos algo que lamentar; porque, lo que yo digo, no son pocos los que se han desgraciado por una pamplina así. Los otros, venga a mover los pañuelos, y la chavala no hacía más que moquitear en la ventanilla y a mí se me puso así un bulto como una nuez en el pecho que no iba para arriba ni para abajo. Al doblar el recodo, junto a la fábrica de jabones, les perdimos de vista y Melecio dijo: «Bueno, se acabó». Luego se quedó achucharrado, sin decir palabra. Ni sé para qué se le ha ocurrido escoltarnos. No hago más que pensar en el regreso de este hombre mañana. La Anita, de que se echó la noche, a dormir como una bendita. Las mujeres ya se sabe, ni

sienten ni padecen. Al pasar por Zaragoza, le hice jurar a Melecio por la Virgen que no colgaría la escopeta. Ya tiene uno encima bastantes penas para que vayamos a aumentarlas así, a lo bobo.

Dice el revisor que hasta las nueve no llegaremos a Barcelona. Creo yo que Italmar ya tendrá abierto para esa hora. Es lo único que me queda por hacer.

15 marzo, miércoles

Ni tiempo he tenido de echar una ojeada a la ciudad y eso que es mucha capital Barcelona. La gente anda a lo suyo y afana como el que más. Esta ciudad no tiene cuento y si es grande y si es importante, a pulso se lo ha ganado. En Italmar me despacharon los pasajes sin más que tirar de resguardo; luego merendamos en un bar del Barrio Chino, y a las seis, al muelle. Me giba echarle sentimentalismos al asunto, pero según miraba al Melecio, se me ponía una cosa así, sobre la parte, que ni podía hablar ni nada. Pero en cuanto que le eché la vista al barco, me olvidé de él, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. ¡La madre que lo parió! Esto es como una ciudad y, bien mirado, así de abajo arriba, parece talmente la fila de casas de la Audiencia, todas juntas. Había mucho público en el muelle y a codazo limpio llegamos a la pasarela donde decía tercera, pero entonces nos dijo un panoli de uniforme, con una jeta así muy particular, que debíamos dejar las maletas delante. Nos fuimos allá y Melecio andaba renqueando, arrastrando las suelas de los zapatos. Pusimos las maletas junto a las otras, pero allí no había nadie al quite y le dije a Melecio si le importaba mirar por ellas. Yo sabía que había llegado el momento y, aparte los bultos, lo que yo quería era entretener al Melecio para quitarle la idea de la cabeza. Quedamos en asomar la gaita junto al bote del cuarto piso, donde decía III, y que él no se moviera de donde estaba. Según subíamos, la chavala no hacía más que reírse y apretarme el brazo y ya le dije que, ojo, no resbalara en la escalera y fuera a desgraciar al crío. Arriba entregamos los pasajes y era aquello una olla de grillos de gente que subía y bajaba, y pasillos, y tiendas con escaparates y toda la pesca, y bocinazos por el altavoz en todas las lenguas, pero la Anita y yo sólo nos parábamos a escuchar cuando hablaban en español. Luego empezamos a bajar y subir escaleras y al fin dimos con un mozo y le enseñamos los boletos y nos llevó a los camarotes, pero ahora resulta que la chavala tiene uno y yo otro, y ella va con tres mujeres y yo con tres hombres. Nos han hecho la santísima. Se lo dije al mozo, pero no entendía y no hacía más que reír a lo mandria. Me expliqué por señas y él dijo que «eso costar

mucha plata». Ya iba a soltarle cuatro frescas, pero la Anita me dijo que lo dejara y que al fin y al cabo nuestros camarotes eran vecinos. No quise empezar armando una polca. Las cabinas son pequeñas, pero el resto del barco parece cosa de cine, vamos.

Había público por todas partes y entonces pensé en Melecio y pregunté a uno de uniforme si no podría subir un amiguete, y él, que sin tarjeta, nanay. Luego nos pusimos a buscar el bote donde decía III, pero que si quieres. Nos asomamos por la cubierta de segunda clase y allá abajo andaba el Melecio, medio apelelado, con las manos en los bolsillos, mirando para el bote. Por más que le hice señas no hubo manera. Había un ruido del demonio y a pesar de que le voceé, nada. Entonces empezaron a meter maletas con una grúa y yo me bajé donde los camarotes y cuando llegó el mozo con lo mío le largué un pavo, pero el candongo de él me salió con que qué era eso. Le dije lealmente que la propina, y el farotón, que menos bromas. Me gibó la salida, porque yo creo, vamos, que ya está bien embolsarse un pavo por cargar cien metros con tres maletas terciadas, y como lo pensé se lo solté, y le dije, además, que si hacía treinta servicios por día, ganaba más que un catedrático. Acabé dándole tres pavos por no dar el espectáculo.

Cuando subí, Melecio seguía medio apelelado, allá abajo, en los adoquines, mirando todo el tiempo para el bote. Le dije a la Anita que deberíamos buscar la salida a donde el bote, y cuando andábamos en ello, los altavoces empezaron a decir que los que no fueran pasajeros se largaran, que íbamos a marchar. Me puse como el rabo de una lagartija y cuando quisimos dar con el bote los remolcadores ya tiraban de nosotros hacia fuera. Entonces nos vio Melecio y empezó a mover la gorra, y la chavala y yo tiramos de pañuelo, y había mucho gentío abajo meneando también los suyos y era todo tal y como en las películas. Se iba echando la noche y Melecio ya no era más que un punto en el muelle, pero el hombre seguía moviendo la gorra de un lado a otro, y, de repente, los altavoces dijeron en todos los tonos que la comida para los de tercera estaba lista. Según bajaba empecé a notar el balanceo y, qué sé yo por qué, me recordé de cuando de chavea me montaba la madre en la burra de la señora Felipa, la basurera. El barco se movía como una burra grande y yo sentía los movimientos talmente como podrían sentirlos las pulgas de la burra de la señora Felipa. Nos sentamos a una mesa redonda con un gicho así con trazas de cachondo. Yo no sabía si traerían de todo lo de la minuta, pero me fijé que el de la cara de cachondo pedía tres cosas y yo le di a la Anita con el pie, y ella fue y pidió tres cosas y cuando el gilí del camarero se me acercó, con su poquito de zumba, yo le dije que ídem y

asunto concluido. Andábamos un poco moscas, pero, al fin, el de la cara de cachondo preguntó que si españoles y yo le dije que a ver, y que él qué, y él que italiano, de Génova, y que si la siñora también española, y yo que sí, y él salió con que la siñorina parecía napolitana, y entonces la Anita le dijo que si era italiano conocería a la Pier Angeli, pero el cipote ni la había oído mentar.

Andaba más molido que otro poco y al terminar le dije a la Anita que qué tal si nos largáramos. La dejé en su cabina y, ya en la mía, tropecé con un gilí y me dio lacha quedarme en cueros vivos delante de él y me fui a quitar la ropa donde las duchas. Cuando volví, el tipo se lavaba los dientes y hacía unos ruidos que parecía talmente que fuera a volvérsele el estómago del revés. Al acabar me dijo que era alemán, pero que tenía su hacienda en la Argentina. No quise darle carrete por precaución. Zacarías me dijo que en el extranjero hay mucho cipote de la serie B. En realidad, este candongo parece un macho muy macho, pero vaya usted a saber. Tochano decía que ésos, cuando lo son, son los peores.

Tardé en dormirme. Eché en falta el exprés de Galicia. El hombre, te pones a ver, y no es más que un animal de costumbres.

16 marzo, jueves

La Anita y yo pasamos la mañana recorriendo el barco. Mentira parece que la técnica llegue a estas cosas, como yo digo. Uno oye que el mundo progresa, pero no se percata de ello mientras no lo guipa con estos ojos que se ha de comer la tierra. ¡Qué cosas! Uno tiene aquí todo lo que se pueda soñar y más: gimnasio, salas de juego, biblioteca, cine, pistas de baile, bar, iglesia, tiendas y, tal como me dijo Marcelo, un Banco para cambiar las pesetas en la moneda que a uno le pete. Esto es vivir y lo demás son coplas. Uno paga el servicio, es cierto, pero luego tiene un ciento de tipos que sólo se preocupan de que uno vaya a gusto. Y esto en la tercera. Luego el altavoz dando instrucciones en cuatro lenguas y que uno lo oye, quieras que no, aunque se encierre en el váter. De cine, vamos.

Al ir a comer nos ganó por la mano Giusseppe, el gilí de la cara de cachondo, y luego vinieron uno y una. Él, de que nos oyó hablar, saltó que unos de ida y otros de vuelta, no más, y yo dije que a ver, y le pregunté de dónde era, y él, que chileno, y yo le dije que allá íbamos, y en éstas terció ella, que es una tipa así, tan grandota, que lo mismo parece la voluntad del Señor, y preguntó que si al norte o al sur, y yo callé la boca, y ella que el sur es cosa linda y que ella era del sur. Hicimos migas con la pareja y nos fuimos al cine juntos. La película era en italiano y yo sudé por cada pelo una gota

para entenderla y cuando quise preguntarle al chileno qué había dicho un gilí al que parecía que todas las cosas se le torcían, el tío frito. Luego tuvimos té-baile con una orquesta muy apañada, y la chavala y yo nos marcamos un bugui que fue la sensación. Ya veo yo que fuera de España no se baila. Se mueven de acá para allá, pero no hay gracia, ni ritmo, ni nada, ésta es la fetén. En la cena le pregunté al chileno si era cierto que en Chile había campo, y él me salió con que en ninguna parte pagan por dormir. A la noche jugamos unas liras a los caballitos. Anduve con la chorrina y embolsé quinientas, que no está mal. La Anita se volvía loca a aplaudir. Me giba lo que nadie sabe esto de tener las cabinas separadas. Me dice la chavala, y con razón, que a ella le gustaría comentar hasta las tantas. Cuando me acosté, el alemán roncaba con unas ganas como si nunca lo hubiera hecho. ¡Menudo fuelle se gasta el condenado! Tardé en dormirme. Uno lleva tantas cosas en la cabeza que no sabe a qué carta quedarse.

17 marzo, viernes

Esto es un guirigay de aúpa. En la litera de debajo del alemán hay un griego de gafas que puede tener mi tiempo y que así, al pronto, tiene jeta de pasmado, pero te pones a ver y el tipo se la sabe entera. Esta tarde, emperrado en enredarme con dos brasileñas que, según él, son dos churros. Ya le dije que venía con mi señora y él salió entonces con que de lo dicho no había nada. Luego le vi bailando con una gachí medio enana y, de que me veía tumbarme a reír, el gilí se ponía bizco con una gracia que para qué. El fulano se agarraba bien.

Vimos una película en norteamericano y el chileno, así que apagaron, se quedó roque. La Anita porfía que la ha entendido. No sé a santo de qué, pero será verdad cuando ella lo dice. A uno le giba ya esta pichicharra de poner las películas en extranjero cuando nueve de cada diez cascamos en español.

El tiempo anda calmo y anoche cruzamos el estrecho de Gibraltar. Ahora, frente al África, va pegando el calor. Dice el chileno que ya veré cuando pasemos la zona tórrida. Echamos una lotería antes de acostarnos y me costó palmar.

18 marzo, sábado

De madrugada llegamos a Dakar. Los negros salían en barcas a esperarnos más allá de la barra y era un espectáculo. Luego, en las calles, uno no ve un blanco ni con recomendación. ¡Madre, qué fachas! Los gilís estos son negros

como la pez y más largos que una peseta de tripas. Luego se colocan unos manteos que para qué. A la Anita, cada vez que se arrimaba uno a ofrecernos algo, la entraba el canguelo. ¡Anda y que también saben ponerse pelmas los mandrias estos! Uno nos siguió hasta el centro y me pedía mil francos por un peinecito que no valía dos reales y ya, cansado, le pregunté si tenía yo, por un casual, cara de memo. Él dijo que no entender y entonces yo me eché a reír en sus barbas, pero el cipote pegó un tirón y me lastimó un dedo. No le solté un sopapo por no armar un trepe. ¡No te giba, el betún este!

Pegaba en forma manolo y nos sentamos en un café con los chilenos y, a cada rato, se nos arrimaba una negra con una cesta a la cabeza, se escupía la mano y un puño de cacahuetes al velador. Le pregunté al chileno si era un obsequio, pero él dijo que mejor nos iría comprándole una medida, no nos fuesen a descrestar por una pichanguita así. Te pones a ver y los edificios aquí son cosa seria. Luego vendrán los del cine a decirnos que el África, en punto a civilización, cero. Ya, ya… Esto es como Europa y el color de la piel no hace al caso. Antes de regresar al barco dimos un garbeo por los suburbios, y allí sí: los cipotes andan como salvajes y orinan y hacen de vientre en mitad de la calle. Pero lo que yo le digo a la chavala, a edificios no le echan la pata a Dakar muchas capitales que presumen.

A la anochecida me dio por recordarme de lo de allá. Bien mirado el Melecio, con su rutina y sus cosas, no me da envidia. Habrá que verle volver de Barcelona, al torda de él. ¡Se pensará el gilí que sólo por eso ya ha visto medio mundo! Así es la vida; para uno no cuenta más que lo que ve. La fetén es que nada enseña tanto como el viajar; uno guipa otras gentes y otras costumbres, y no es aquello de encogerse en un rincón sin saber de la vida, ni conocer de la misa la media.

A los viejos les enviamos una postal con unos negros debajo de una palmera. Daría dinero por ver la cara que ponen al recibirla.

19 marzo, domingo. San José

Hubo misa en el salón de primera. ¡Vaya postín! Apuesto a que ni en el hotel de más campanillas de París hay un lujo como éste. Tocó la orquestina, y el páter, por no perder la costumbre, habló en italiano. ¡Que le echen un galgo! Según la chavala, dentro de unos años viajaremos en una primera de éstas, como señores; yo ya le digo que por capacidad y por ansia de trabajar no ha de quedar. Con esto y con que el tío eche una mano… En la misa había poco público, y aunque hubo otra de mañana en la capilla, va a tener razón

Marcelo, el uruguayo, cuando decía que fuera de España la gente es menos carcundia.

Alquilé una tumbona para que la Anita tome el aire en la cubierta. ¡Cuatro mil liras, que no está mal! Los extras aquí le comen a uno por un pie, órdiga. Ayer invité al griego a tomar el vermut y quinientas del ala. Claro que esto de las liras parece una coña; uno suelta cientos de ellas como quien lava. La verdad es que, quitando el tabaco, lo que no va incluido en los servicios anda por las nubes. Aquí una de rubio viene a salir por cuatro o cinco calas. De lo demás, más vale no hablar.

A última hora se puso el barco a bailar y yo en la mesa veía la jeta de Giusseppe que subía y bajaba y, a poco, noté que se me revolvía el cuerpo y dije que disculpasen y me largué a ventilarme a la cubierta. Detrás subió la chavala con la copla de que la señora de Iquito, la chilena, tenía unas píldoras muy buenas para el mareo. Bajé, me tomé dos píldoras y, al cuarto de hora, como un geranio. La señora de Iquito dice, y no le falta razón, que no hay cosa peor que el mal de mar, particularmente si uno quiere devolver y no hay de qué. El chileno salió entonces con que una vez, estando en el Caribe, fue el único que se presentó en el comedor. Luego la gozaba y dijo que así y todo tuvo que ayunar porque también los garsones andaban curaditos. Le pregunté si habían viajado mucho y el candongo de él, como quien no dice nada, que se ha dado dos veces la vuelta al mundo. ¡Toma del frasco! Pegamos la hebra hasta las tantas porque los caballitos andaban desanimados.

El personal ha empezado a bañarse en la piscina. El griego, que si no me determino. Otra cosa bueno, pero la fetén es que yo no corro por el agua.

20 marzo, lunes

He pasado el rato con el mapa de cubierta, viendo las banderitas. Bien mirado hemos recorrido ya tres o cuatro veces el largo de España. Sólo de verla tan chica, se le encoge a uno el ombligo, coño. Uno, en su pueblo, se cree alguien, pero de que se asoma al mundo se percata de que es menos que una mosca y que por el hecho de vivir en una ciudad no deja de ser un pardillo. Hay mucho que aprender, como yo digo, aun cuando uno se crea que se la sabe entera. Anoche precisamente le decía a la Anita que me gustaría ver la cara que pondría el Zacarías, o las Mimis, o el señor Moro, si nos vieran ahora aquí, en medio de este mar que no se acaba nunca. La Anita salió con que, para eso, mejor en la tumbona, con las piernas arrebujadas en la manta. Le dije que la cosa tenía fácil arreglo, llamé al fotógrafo y la tiró una placa. Luego hicimos un grupo con los chilenos, el alemán, el griego y el italiano.

Mañana las recogeré y desde Brasil podemos mandarlas. Te pones a ver y aquí cada uno es de un país distinto. Mentira parece. Es como el asunto de las monedas. ¡Una colección, vamos! Y no es aquello de que sea un capricho. Si uno quiere desenvolverse en el mundo y no quedar como un panoli necesita echar mano cada día de una moneda distinta. La vida está organizada de esa manera y uno tiene que achantar la mui y bailar al son que le tocan. Que juega a un caballito y gana, bien: uno puede elegir la estampita que más le guste. Que pierde: uno paga con las estampitas que más rabia tenga. ¡Ya me petaría disponer de cinco minutos para contar allá, en la peña, todas estas cosas!

Al marrajo del chileno me lo voy calando. De entrada me salió con que si me parecía podíamos pagar el vino a medias. Ya es una pendejada esto de no incluir el vino en los billetes, pero a uno le pilló de nuevas y bien. Pero ahora resulta que el ansioso se bebe una botella por comida, y con eso de que la chavala ni lo cata, yo me levanto todos los días mamado de la mesa porque tampoco es cosa de pagar doble, vamos, me parece a mí.

Esta noche hubo fiesta de gala, pero no pusieron pegas para entrar de paisano. La Anita dice que en cuanto nos acomodemos, lo primero unos trajes de etiqueta. No es de ahora que yo tenga capricho por la ropa, de forma que le dije que bien. Anduvimos bailando como peonzas hasta las tantas. En el barco ya tenemos fama; sobre todo por el tango. Si siento que la chavala se abulte, está esto entre otras razones. Yo me pirro por el baile, ésta es la fetén.

Antes de acostarme subí a ventilar la cabeza. Por arriba y por abajo uno no ve una luz ni por cuanto hay. Esto del mar es un mundo, vamos.

21 marzo, martes

Hoy hubo bureo con los preparativos de la fiesta del Ecuador. Giusseppe me preguntó si yo lo había pasado más veces y le dije lealmente que nones. Conmigo hay otros seis. El cachondo de él que había que bautizarnos y los demás se reían las muelas, pero yo le dije que de acuerdo. Luego me preguntó si la Anita estaba encinta y le dije que sí, y él dijo que de la siñorina había entonces que prescindir. Me empieza a oler mal la tostada. Por la tarde nos repartieron el programa. A las 8:00, *Passaggio del' Equatore*; 7:00-8:00, *Santa Messa in Capella*; 7:30-10:00, prima colazione; 10:30, battesimo dei neofiti (esto debe de ser lo mío); 12-13, *seconda colazione*; 14:30, *spettacolo cinematografico*; 16:30, *giochi sul ponte*; 16:30, *Santo Rosario e benedizioni in capella*; 17:15, *té-concerto nella sala feste*; 19:00-20:15, pranzo ecuatoriale; 22:00, *gran ballo*; 24:00, *sandwichs e pasticceria*. Total, que mañana jarana de la mañana a la noche. Giusseppe anduvo todo el día de Dios

armando corrillos por todas partes. Ni sé la que tramará el cachondo de él. Al anochecer hicimos un ensayo de naufragio, y empezaron a darle a las sirenas, y venga bocinazos por el altavoz, y el público corriendo de acá para allá, poniéndose el salvavidas, y ¡gibar!, era todo tan a lo vivo que se le ahogaba a uno con un pelo. La Anita, la mujer, todo era decir que si no había peligro era una pendejada meternos a lo bobo el resuello en el cuerpo.

Dicen que a partir de Río subirá el tabaco y me compré un cartón de Chester. Por la tarde, el griego me estuvo enseñando a jugar al *ping-pong*. Luego me preguntó si sabía dónde se apeaba el alemán. Le dije que creía que en Buenos Aires y él, que ya era mala suerte. Le pregunté la razón y el cipote se puso bizco y me salió con que una de las brasileiras no le haría ascos a partir con él el camarote. Ya le dije que aún estaba yo, pero el candongo se echó a reír y dijo que yo tenía mi señora y para eso estaban los turnos. La verdad es que no está mal pensado y, puestos a mirar, con esto de la separación de las cabinas me han hecho la santísima. Uno no será un abusón, pero tiene sus necesidades como cada quisque.

Recogí las fotos. ¡Gibar con el artista! ¡Seiscientas cincuenta liras por dos tamaño postal! A pique estuve de decirle que a robar a Sierra Morena, pero callé por educación. Luego la gozaba con la chavala, porque lo cierto es que ha salido de película.

Hace un bochornazo que le zumba el bolo y la camisa se pega al cuerpo. En cambio, dentro del barco, lo mismo que cuando salimos de Barcelona. Dicen que es por eso del aire acondicionado.

22 marzo, martes

La fiesta no terminó a sopapos de puro milagro. El cipote de Giusseppe se confundió de pieza y a poco la giba. Ya le dije que de mí no se cachondeaba ni mi madre, que gloria haya. El gilí que no sé aguantar una broma. ¡Coño, lo que no sé es nadar! Cuando me tiznó la cara bien callé la boca. Pero, órdiga, hay bromas y bromas, como yo digo. Bueno, pues el cipote todavía porfiaba que no sabía encajar una broma y que si tal, y que venía haciendo de Neptuno desde que nació y nunca le ocurrió una cosa así. Tentado estuve de darle en la cara, pero la gente no hacía más que reír a lo bobo de verme todo empapado y pensé que mejor sería cerrar el pico y dejarlo. ¡Gibar, me voy a recordar del Ecuador así viva mil años! Y lo grande del caso es que todo había ido bien, con el cipote de Giusseppe lleno de barbas, y un tenedor, y rodeado de sirenas, y soltando el discurso a voces. Pero luego me empujaron y perdí la cabeza. Por un momento bien creí que la palmaba, pero uno, no sé cómo, me

dio un envite y salí arriba, y Giusseppe y las sirenas me agarraron desde el borde y todos venga de felicitarme, y de gozarla, y Giusseppe fue y me besó y me dijo que ya era un neófito y fue entonces cuando le solté lo de que de mí no se cachondeaba ni mi madre. Aún no sé quién me empujó en el agua, pero tengo un moratón en una cadera que para qué. Luego la Anita cogió la perra con que dónde andaba el Ecuador, porque ella no lo había visto vivo ni muerto y me dio el día. Ya le dije que estas cosas no están, que son como pendejadas que se inventan para hablar de algo y armar folclores. Ella porfió que eso eran pamplinas y que, si habíamos pasado el Ecuador, en alguna parte andaría. Traté de hacerle ver que, bien mirado, el Ecuador venía a ser como la zona tórrida, que tampoco se la veía, pero ella saltó con que la zona tórrida no se la ve, pero se la siente. Callé la boca por no decirle que hija de un churrero tenía que ser.

A las doce retrasaron los relojes treinta minutos. Antes de llegar a Buenos Aires hemos de rebajar cuatro horas. Esto quiere decir que cuando yo abra el ojo Melecio ya saldrá de la sierra para comer. ¡Toma del frasco! Ya le digo a la chavala que tampoco le voy a hacer ascos a eso de amanecer a mediodía, pero ella porfía, y con razón, que también me amolará acostarme a las cuatro de la madrugada.

23 marzo, miércoles

La Anita es muy asquerosa para comer. Del lechazo, el momio, y pare usted de contar. Ahora me sale con que está harta de la comida de a bordo y que los treinta platos de la minuta son los mismos perros con distintos collares y que te pones a mirar y no comemos de fresco desde que arrancamos de Barcelona. Le eché calma al asunto porque cuando las mujeres la cogen con la cocina ajena es bobería discutir. De todos modos me pone en cuidado que la panoli casi no coma. La fetén es que se está quedando en la espina de Santa Lucía.

Esto de las mujeres también tiene su guasa, como yo digo. Cuando yo era chico la mujer que se casaba, ya se sabía, al año, un tonel. Bueno, ahora, yo no sé qué pasa, que la mujer que se casa se queda espiritada y hasta pierde las formas y el color. Y no lo digo por la Anita, que nunca tuvo demasiado; lo digo por lo común.

El griego andaba hoy en el té-concierto con otra chavala. Le pregunté y que una argentinita de Mendoza. Le dije lealmente que estaba mejor que la brasileña y él me salió con que con la otra no había de qué. Bien mirado, el tío es un canijo, pero las mujeres se le dan como agua.

Mañana a la noche, fiesta de disfraces. Giusseppe me dijo en la mesa que tiene una idea. El tío, desde lo del bautismo, anda con ganas de congraciarse. Le dije que hablara, pero saltó con que hasta mañana no. La chavala, por lo pronto, que no contemos con ella para hacer el payaso.

Retrasamos los relojes otra media hora. En la cubierta hace un bochorno de aúpa. Ni sé cómo la gente de aquí puede pegar el ojo por las noches. En los caballitos perdí esta noche seiscientas liras. Menos mal que la chavala andaba en el salón con la señora de Iquito.

24 marzo, jueves

Estuve mirando las banderitas. ¡Anda y que tampoco hemos hecho kilómetros ni nada! Si no me equivoco, Río está al caer. Tantos días de mar cansan. Uno no ve el momento de pisar tierra firme. Digo yo si será la costumbre, pero el señor Iquito y el griego porfían que no; que por mucho que se navegue, uno nunca se enseña. En cambio, el alemán viviría siempre de esta manera. El gilí dice que llegar a tierra y empezar las complicaciones es todo uno. Y no es aquello de que se pegue a bordo la vida padre, no. El gicho sigue con sus costumbres y se administra. Giusseppe le propuso hoy hacer panda con nosotros para lo de los disfraces y que no, que a esas horas nada como la cama. Así es que nos juntamos Giusseppe, el señor Iquito, el griego y yo. Con los preparativos nos reímos las muelas, pues el señor Iquito está tan fuerte que es tal y como si tuviera tetas, y a pesar de que su señora es un ejemplar le venía el sostén que ni pintado. Los demás tuvimos que meternos trapos y papeles y sólo de ver las pantorras del griego, tan blanquitas, me meaba de risa. Giusseppe dice que esto del grupo de hawaianas lo hizo ya una vez y fue el despiporre. Nos pintamos los ojos y los labios y el señor Iquito parecía talmente una tía, con esos pechazos y esa barriga y el peluquín. La salida fue el disloque, porque la orquestina tocaba el *Siboney* y nosotros levantábamos primero una pierna y luego la otra, y después nos pusimos en fila y empezamos a cantar afinando la voz, de forma que todos se tumbaban a reír. A última hora nos gibaron y le dieron el premio a una que se puso de húngara y que no hay quien me saque de la cabeza que traía la ropa de propósito. Y esto no debía de ser, porque lo que cuenta en estas cosas es la gracia de la improvisación, como yo digo, y a eso me juego el pescuezo que no había quien nos echara la pata.

Terminé el día molido y a la una me di un clareo con la Anita por la cubierta. Bien sabe Dios que no llevaba segundas, pero subimos y la noche andaba tan clara, y la luna arriba, y la música suave, como colada, y luego las

lucecitas de la costa, que nos amartelamos en la toldilla y beso va, beso viene, terminamos perdiendo la cabeza. La chavala me regañó luego, pero ya la aclaré que a nadie necesitaba pedir permiso. Ella me salió, y con razón, que no era lugar, pero la verdad es que no hay otro y estas cosas de los viajes habrá que arreglarlas de forma que cada oveja vaya con su pareja. Porque lo que yo digo, no es cosa esto de andar bien bebido, bien comido y viviendo como un rajá y, luego, de lo otro, nada. Por donde quiera que se le mire, esto no guarda proporción.

Atrasamos los relojes otra media hora. Por lo que dicen, esta noche entraremos en Río. Me apunté en una excursión para visitar lo más señalado.

25 marzo, viernes

Esto de Río es un espectáculo. Uno se impla los ojos y aún no queda conforme. La Anita dice que es como una película en tecnicolor y ésa es la fetén. ¡Madre, qué plantas! ¡Y qué pájaros y qué rascacielos! Y luego anda el mar ese tan azul que talmente parece hecho de encargo; y las montañas, y el sube y baja, y el tráfico. Vamos, como para perder la cabeza. Y es lo que yo le digo a la chavala, esto no se aprende en los libros. Uno se amona en su rincón y se muere sin saber de la misa la media. Ve ahí Tochano, un cipote que se cree el amo del mundo y luego va uno a mirar y no sabe más que colocar en fila las fichas de dominó, meterse en los cotos como un furtivo y dar cuatro voces cuando lo que uno dice le revienta. ¿Y qué? Bueno, pues lo que yo le digo a la Anita, por voces que dé no deja de ser un mermado. Uno tiene que asomar la gaita al mundo, que el mundo es muy ancho y caben en él muchas cosas, como yo digo, y las cosas de uno no tienen por qué ir delante de las de los demás. No sé si me explico, pero esto de viajar ilustra y el mismo gilí de Francés, con todo su golpe de profesor y de veraneo en San Sebastián, no deja por eso de ser un paleto.

En Río anduvimos toda la santa mañana en autobús de acá para allá, en el Corcovado, el Pan de Azúcar y Copacabana, donde salen los millonarios del cine pegándose la gran vida. ¡Vaya una playa, me cago en sandiez! Ya le digo a la chavala que, así nos hiciéramos ricos todos los del mundo, cabíamos en ella. Y por detrás vengan rascacielos y una avenida que no se la salta un torero. ¡Qué botes, la madre que los echó! Luego anduvimos por las afueras y todo es la selva. Las plantas le tragan a uno con autobús y todo. Yo me reía pensando en lo nuestro, pues los maíces y las patatas de España, en comparación con esto, cosa de broma. Lo gracioso es que los coches van aprisa, pero la cachaza de los negros es cosa de verse, vamos. En los tranvías,

los chalados van como dormidos y aunque están abiertos por los lados no se cae uno ni por cuanto hay. Regresamos al barco más molidos que otro poco.

Cuando nos largábamos entró el *Loire* y la gente iba amontonada como los negros en las películas de la trata. Andábamos todos en la borda y el señor Iquito dijo que vale más una tercera del *Miguel Ángel* que una primera en cualquiera de estos vapores. Te pones a ver y el tío Egidio se ha tirado un detalle, pues lo mismo pudo pagar un pasaje en un trasto de éstos y, sin embargo, nos trae en un transatlántico a modo, como señores. Dice la chavala que para que luego diga, y ya le dije que yo no digo ni dejo de decir y que ya sabe que, si es menester, yo le abonaré los pasajes con mi trabajo. Por curiosidad le pregunté al señor Iquito qué puede costar una tercera en el *Miguel Ángel* y él que del orden de los siete mil pesos argentinos, que hablando en plata vienen a ser once o doce mil pelas, que no está mal. En cambio, en esos otros de barullo todavía puede irse a América por la mitad y aun por la tercera parte. Total que, llegado el caso, malo sería que yo no pudiese ahorrar seis mil beatas para el regreso. Más vale no pensarlo.

Esta noche en Santos, dentro de dos en Montevideo, al otro en Buenos Aires y, pasados otros dos, en Santiago. Ya tengo ganas de asentarme allí y empezar la nueva vida.

26 marzo, sábado

Nos repartieron en taxis cada dos parejas para recorrer la ciudad de Santos. La Anita y yo fuimos con los Iquito. Esto de Brasil es más grande que la voluntad del Señor. Nos llevaron a ver una playa que se pierde de vista. Al taxista no le entendía ni jota, pero le dije que la tal playa era más larga que un día sin pan y el cipote se reía las muelas. Luego nos llevó a ver un parque y un zoo. La Anita empezó con que se la revolvía el cuerpo de ver aquellos animales y a un gicho que sacaba el veneno a las culebras como si nada, pero ya me cabreé y la dije que aguantase un poco porque nos iba a hacer a todos la santísima. Luego subimos al Morro de Santa Therezina y la ciudad desde allí parecía talmente una tarjeta postal, con el mar tan azul y luego lo verde del campo. El taxista caminaba muy agudo y le dije que ojo, y él, que en Brasil, el que no va aprisa no llega, y yo que otros, por correr, van más despacio y que más de uno por ganar dos minutos acabó con sus huesos en el camposanto. El cipote era medio negro, como todos los de por aquí, y se reía todo el tiempo y enseñaba unos dientes más blancos que los de un perro. ¡Madre, qué boca!

Regresamos a comer a bordo y la Anita que no podía pasar bocado. Tuve que bajar a toda prisa y la merqué un melón en el muelle. Invitamos a los Iquito y él que nones, que le caía mal. Ya le dije que mi padre decía, y con razón, que al melón para que no repita hay que ponerle sal, pero el tío ni por ésas. La chavala se pegó una tripada de órdago, pero a la tarde ni se quejó. El tiempo está calmo y anduvimos en la toldilla, charlando hasta las tantas. La chavala dice que siquiera en el barco ha aprendido a vivir y que si la peta llegar a Chile es para demostrar que sabe ser una señora, y que para cuatro días que va a vivir una, buena gana de pasar privaciones.

Antes de acostarnos anduvimos en los caballitos. Gané mil liras en un verbo. No vienen pizca de mal porque andaba casi a pre. Retrasamos los relojes media hora. Esto está en las últimas; dentro de tres días si te he visto no me acuerdo.

27 marzo, domingo

Oímos misa a primera hora en la capilla. Luego desayunar. Empezamos con el tiro al plato y me dijo el gili que atiende los concursos que son ciento cincuenta liras cada plato y que sólo lleva premio el primero. No le dije nada a la chavala, pero me apunté. Tengo unas ganas de dar gusto al dedo que no me lamo. Yo nunca tiré a esto, pero bien mirado no parece que tenga mucho chiste. El plato es negro y liviano y sale recio, pero sereno. La gente anduvo un rato entrenándose y a mí me lo ofrecieron, pero nanay. Me iba a salir más caro que un hijo tonto. El caso es que luego empezamos ya en serio y no sé si los nervios o qué, que no me reportaba y rompía los platos del segundo, cuando ya caían al mar. Cogí fama de doblador y de zurdo y todos decían: «Ahora el zurdo, pim-pam». Y era la fetén, porque yo soltaba los dos, quieras que no. Claro que esto para matar el rato no está mal, pero no es la caza, como yo digo. Uno pega al blanco y la goza, es cierto, pero no es aquello de salir ahumando al ver pegarse el pelotazo a la perdiz y agarrarla todavía caliente o, si es pelo, poner la pieza a orinar antes de colgarla.

Cenamos langostinos. La chavala salió con que le habían sabido a orines y empezó por arriba y por abajo, que no había forma de cortarlo. Tuvimos que avisar al médico y dijo que no eran los langostinos, sino el embarazo. La barriga de la Anita nos va a dar que sentir. Y si no, al tiempo.

Retrasamos otra media hora los relojes. Lo que yo le digo al señor Iquito, a este paso pronto me veo otra vez de calzones cortos.

28 marzo, lunes

Seguimos con el tiro sobre las diez. La Anita, que ya anda tan terne, me preguntó quién pagaba los cartuchos y la dije, echándole cara, que iban incluidos. Llegué a la final, con el italiano, y no sé qué coños pasó, si es que el barco pegó un bandazo o qué, lo cierto es que el último plato se me fue a criar y me quedé a verlas venir. Lo dije así, pero el cipote se sonrió como diciendo que todos los cojos echan la culpa al empedrado. ¡No te amuela! El caso es que el tío no me dio otra oportunidad y cuando la gente le aplaudía yo le choqué los cinco porque no dijeran. Total que he fundido trescientas latas que, bien mirado, no me sobraban.

A la hora del café armamos una tertulia regular. Yo no sé a cuento de qué salió la conversación de las guerras y el griego porfió que las guerras eran cosa de la cultura y que su país hizo más guerras cuando dicen que tenía más cultura. Ya le dije que por eso no, que los generalitos americanos armaban un trepe por un quítame allá esas pajas y eso que dicen que Europa en punto a cultura es la fetén. Terció el señor Iquito y dijo que las suyas eran guerritas de tres al cuarto y que se armaban de ordinario en el trópico, y que no era a causa de la cultura, sino del calor, y que los generalitos de Centroamérica en cuanto llevaban una semana pegando tiros se aburrían y lo dejaban. El alemán metió el cuezo y dijo que ciertamente el señor Iquito llevaba razón y que en Europa somos más tesoneros y cuando la liamos no sabemos dejarla. Total, que el griego terminó por confesar que hacía diez años que se fue de su tierra huyendo de la quema y que no estaba arrepentido. El alemán que cuate, pero que las guerras no eran a causa de la cultura, ni del calor, sino del aburrimiento. A última hora andaba medio barco metido en la porfía y no había Dios que se pusiera de acuerdo.

A la noche entregaron los premios en una fiesta a todo trapo. El gilí del griego se llevó el de pingpong y Giusseppe el de braza de espalda. Le pregunté con qué se comía eso y el cachondo de él que braza de espalda es lo que yo hice el día que pasamos el Ecuador. ¡Mírale qué ocurrente! Tentado estuve de decirle que nadar, efectivamente, no sabía, pero puesto a repartir guantadas era capaz de poner a media docena de italianinis, uno detrás de otro, la cara como un pan. Pero, en fin, faltan un par de días y no es cosa de armar un cisco por una pendejada así.

29 marzo, martes

El griego sacó hoy a colación el asunto de las propinas. ¡En qué hora! Yo, la verdad, ni sabía a qué propinas se refería, pero Giusseppe dijo que él tenía una norma y que la seguirá pese a quien pese. Le pregunté qué norma era ésa y él salió que del orden de veinte pesitos al camarero, veinte al *maître*, veinte al mozo y quince a la mucama. Le hice ver que a lo bobo, a lo bobo, eso representaba más de cien pelas, pero el alemán terció que menos de cincuenta pesos no se les podía dar al mozo y al camarero. ¡Gibar! Después de cenar, la chavala y yo echamos la cuenta de la vieja y entre los dos no sumamos quinientas pelas. ¡Toma del frasco! La chavala porfía que, a pesar de todo, lo último quedar como tabas, y que afloje la mosca, que no se puede ser señores para una cosa y para otra no. La hice ver que era muy bonito decirlo, pero que qué demonios íbamos a hacer en Buenos Aires con trescientas calas y un viaje a Chile por delante. Bien mirado, no queda más que cerrar los ojos y la que sea sonará. Lo que yo le digo a la chavala, ya lo hemos podido pasar bien, ya, ahorcando más de dos mil pelas en menos de quince días. Si la madre levantara la cabeza… En definitiva, será la que cante un sastre, como yo digo.

He andado toda la tarde como acobardado. La fetén es que uno no puede presumir de señor sin un buen fajo que le respalde. El señor Iquito, por ejemplo, funde tres o cuatro billetes en dos semanas, pero, al cabo, tiene para responder. Y uno no, es bobada engañarnos. Uno dobla un par de sábanas en dos semanas y ha de andar lampando un mes para equilibrarse. Esto no es vida. Si tengo ansia de llegar a Chile es para labrarme un porvenir y dejar de vivir como un paria, mirando siempre la peseta; y no es que yo sea un ansioso, ni me aproveche el amasar dinero, así, por amasarlo, pero ¡gibar!, siempre es agradable llevar cuatro duros en la cartera siquiera para que un perro no le mee a uno en el bolso.

Al caer la tarde entramos en Montevideo. No me apunté a la excursión. Achanté la mui y aguanté a bordo, que es lo sano. La chavala se puso de morros y me salió con que ella prefería no comer a perder la oportunidad de ver el Uruguay. La dije que bueno, pero ni intención. Ella porfió y acabé diciéndole que yo me visto por los pies y que, acá y allá, en mi casa mando yo. Terminamos mal y se largó al camarote sin despedirse. A mí que me registren.

El sol tiene ya color de otoño. ¡Qué cosas! Retrasamos los relojes otra media hora. Mañana, a la mañana, en Buenos Aires. A lo que dicen ya no

navegamos por el mar, sino por el Río de la Plata. Si esto es un río, yo soy obispo. ¡No te giba! ¿Pero es que tiene uno cara de mamarse el dedo?

30 marzo, miércoles

Hoy ha sido un día de barullo. A las diez atracábamos en Buenos Aires. El altavoz no hacía más que dar órdenes y todo quisque tenía en el muelle a quien saludar menos la Anita y yo, que andábamos en cubierta como dos palominos atontados. Soltamos las propinas y el cipote del *maître* todavía puso jeta. No le calqué un lapo en los hocicos por no dar el espectáculo. Luego tuvimos los líos de la aduana y la chavala pasó su rilis con el azafrán y los ovillos, y la botella del tío Egidio, pero la verdad es que apenas si miraron. Con este fregado ni adiós dijimos a nadie fuera de los Iquito.

Ya en el muelle, tomé un taxi y le dije que a una pensión que ande cerca de la estación del ferrocarril de Chile y que no costara mucha plata. Llamé a La Sonrisa y pregunté por don Eusebio. El cipote hablaba como cantando y me salió con que nos aguardaba en el café España, a las ocho de la tarde. Le dije que dónde andaba eso y él que le dijese a cualquiera que al España, en la avenida de Mayo, y que no tenía pierde. La chavala se arregló y hemos andado pindongueando todo el día de Dios por las calles, medio apelelados. La fetén es que Buenos Aires es una capital de una vez y a edificios y a comercios y a animación pocas habrá que la echen la pata. Y todas son calles principales, y todas llenas de público, y luego dirán que la Argentina tiene poca población. ¡Anda y que tampoco hay almas ni nada por todas partes!

A la tarde, la chavala salió con que la mancaba un zapato y nos sentamos en un banco a ver pasar la gente. Andaba yo ya un poco achucharrado y me dio por pensar que así desfilasen delante mis narices cinco millones de tipos no encontraría una jeta conocida, y entonces me dio por pensar que esto era peor que estar en el desierto y se me puso una cosa así sobre la parte, como una pena de todo, que no podía parar. Empecé a acordarme de casa, y de la cuadrilla, y de los caceríos, y le dije a la Anita que qué se harían en ese momento los viejos y su hermanillo, y ella me preguntó qué hora era y le dije que las cuatro, pero que pusiese cuatro más, o sea las ocho, y ella iba a hablar y de repente se puso a llorar a lo bobo con un hipo del demonio, y la dije que qué, y ella que tenía como una pena por todo el cuerpo que no la dejaba ni respirar. Ya le dije que si empezábamos así pronto dábamos la vuelta, y ella, por no perder la costumbre, se atocinó, y que si no estaba conforme me largase, que tampoco iba a perderse. Me gibó la salida, porque yo no quiero darle alas, pero tampoco que se cabree, porque, lo que yo digo, si somos ella y

yo los únicos conocidos entre seis millones de chalados y callamos la boca sí que nos vamos a divertir. Entonces la dije que no lo tomara por donde quema y ella que si no me importaba quería poner una postal, y mientras la escribía volvió a mojar la pestaña, pero yo me hice el soca para no ponerlo peor. Lo que es si la parienta empieza con esas pamplinas apañados estamos.

A las ocho nos encontramos con don Eusebio en el café. El gicho tiene ya años, pero se perfuma como una tía. Cuando chocamos los cinco dejó la mano tan floja que me dio el repeluzno, lo mismo que si fuera un sapo. Digo yo si el tipo éste no será cacorro. Nos invitó a cenar y dijo que tomáramos pejerrey, que es un pescado que deja chica a la merluza. La fetén es que yo no corro por la merluza, pero pedí pejerrey por no hacerle un desaire. La chavala apenas probó bocado. El vaina de él salió luego con que era de La Mota y que le contara de la tierra, pero, de que yo cogí la palabra, el cipote me la quitaba de la boca y empezaba con que si esto era otra cosa y que oportunidades hay, pero lo que es cultura no la conocen ni por el forro. Tentado estuve de decirle que si echaba de menos la cultura de La Mota, pero cerré el pico por no ser desagradecido. Luego salió con que los mismos bifes tenían aquí otro gusto y ya le dije, lealmente, que hacía muchos años que no me metía en el cuerpo un filete como el que acababa de manducarme. ¡Teta pura, vamos! Luego la chavala me regañó y dale con que si parecía que en la vida había comido caliente, pero ya le dije que gracias por la advertencia, pero que yo me sé de sobra por dónde me ando. Al largarnos, don Eusebio me entregó los billetes para el transandino de pasado mañana y dijo que al tío Egidio un abrazo de su parte. Lo que es si el tío se le parece, yo conozco un prójimo que no va a aguantar a su lado.

Hay dos camas en la pieza, pero nos metimos juntos y dormimos tan apretados como pájaros en carnutas. Tardé en pegar el ojo. Luego me dio por pensar en la vida y acabé de gibarla.

31 marzo, jueves

Amanecí más animadillo. En estas cosas, lo mejor la de Tochano, no mirar atrás. A fin de cuentas, uno no es un ignorante y tiene la suficiente mollera para distinguir lo que conviene de lo que no. Todo es a lo que uno se enseñe, como yo digo.

La Anita empezó a la mañana que parecía que sentía al crío, pero ya le dije que aún es pronto. También entre tanta impresión se le olvida a uno que el chavea se está cociendo. Y es lo que yo me pienso, siquiera sea por el chaval hay que sacrificarse y prosperar, que mañana no pueda echarle a uno

en cara que pudo hacer esto y lo otro y lo de más allá y no lo hizo porque es un mermado y que él, por culpa de uno, tenga que arrancar terrones. Verdaderamente no hay cosa con cosa.

Anduvimos a la que salta todo el día. No quisimos tomar un taxi para ahorrar los cuatro cochinos pesos que quedan, pero a mediodía iba echando el bofe. Así y todo estuvimos de escaparates, pues dice la chavala que hay que ir mirando para cuando volvamos para allá con la cartera repleta. Compré una de negro, porque fumar de rubio todo el tiempo no me satisface. Ya se sabe que perdices a diario cansan. Así y todo el tabaco éste es flojo y uno se queda después de haber fumado con más gana que cuando empezó. Nos encamamos temprano porque el tren sale a las nueve. La chavalilla se zampó una *pizza* en la tienda de abajo y yo un café con leche. Ya la digo que lo mejor para no andar comprometidos es comprar mañana un pan y meter algo de sustancia dentro. Cualquier unte, como yo digo; si empezamos con restaurantes y mandangas vamos a llegar a pre. Verdaderamente, en esta situación nunca debí meterme a tirar al plato.

1 abril, viernes

El trenillo este no vale dos reales. Dicen que era de los ingleses y que los argentinos, para no depender de nadie, se lo compraron. ¡Vaya un negocio! Los tercerolas llevan los asientos tan tiesos que al cabo de dos horas no puede uno con las espaldas. A lo que dicen no llegamos a Santiago hasta mañana a la noche. Paciencia y barajar, que diría el otro. En el departamento viaja un uruguayo que le dicen Guardner y trabaja en Montevideo en una fábrica de vidrio. Le pregunté por la caza y me salió con que es su pasión. ¡También es casualidad! Le dije cómo andaba Chile de eso, y él que de Chile no sabía una palabra, porque él paraba en Mendoza, a ver a una tía, pero que en el Uruguay una escopeta regular baja cuarenta perdices en la jornada sin necesidad de correr mucho monte. Le pregunté si es la perdiz roja y dijo que nanay, que por aquí no queda más que parda, que es un bicho que se arranca de los mismos pies y chilla como un pendón. Luego le dije que de liebres qué, y él que aquí ni caso, pero, en cambio, matan al carpincho, que es como un conejo gigante con una piel muy hermosa. Le pregunté si en Chile se daba también el carpincho y me salió con que ya me había dicho que de Chile no sabía una palabra. La chavala no se movió de la ventanilla en todo el día de Dios. Porfía que no se ve un pueblo ni para un milagro y que las vacas andan por todas partes como sin dueño. Ya le dije que reparase en que los campos estaban cercados y que de alguien sería el ganado que hubiese dentro. A la una nos

echamos al cinto los bifes que nos pusieron en la estación. Estoy que no sé de qué postura ponerme; no puedo con las espaldas, vamos. En cuanto que oscureció, la chavala se tumbó en el banco, apoyó la cabeza en mi muslo y hasta Mendoza. Las mujeres, ya se sabe, descabezan un sueño en la punta de un alfiler.

2 abril, sábado

Amanecía Dios cuando llegamos a Mendoza. Dicen que esto es la tierra del vino. Por probar y mientras se arreglaba el cambio de tren, me merendé una botella. ¡Tampoco tienen mal precio las condenadas! Luego me tuve que ocupar de las maletas y armé un cisco con un panoli que me preguntaba si quería despachar las valijas o las llevaba conmigo. Le dije que las llevaba conmigo, pero facturadas, y fue él y las separó. Entonces le pregunté por qué ponía mis valijas aparte y el cipote salió a voces que las llevaba conmigo y que los demás iban a despacharlas. Ya quemado le dije que qué coños quería decir con eso de despacharlas, que eso no era cristiano, y entonces el gilí se atocinó y nos pusimos los dos a voces. Menos mal que terció uno que me hizo ver que facturar y despachar eran una misma cosa.

En un minuto nos metimos en los Andes. ¡Madre, qué picos! Yo me recordaba de los tesos nuestros y la gozaba. La verdad es que uno junto a estos montes queda más chico que una hormiga. El trenillo iba para arriba echando los bofes, daba agonía el verlo. Por todas partes hay nieve y eso que aquí ni se ha acabado el verano. En una de las rampas de junto a la vía se arrancó, de repente, una liebrota como un burro y anduve siguiéndola con la vista hasta que se perdió. Digo que si aquí hay liebre, abajo, en los valles, han de andar en rebaños. Estaba de mal café desde lo de las valijas, pero el animalito este me ha cambiado el talante. La chavala se puso de palique con una religiosa que subió en Mendoza y no lo dejaban. Más arriba parece que uno hubiera bebido. No sé si será la sugestión o qué, pero es tal como si tuviera una piedra encima del pecho. En las cimas, empezaron a volar los cóndores. ¡La madre que los echó y qué majestad tienen los condenados! Los babosos de ellos, con el collarón blanco y la jeta pelada, parecen aves de mal agüero, pero la fetén es que vuelan como los ángeles. Entre éstos y la liebre, estoy negro; no veo la hora de dar gusto al dedo. La monja dice que en el Hostal de Farellones tienen disecado uno y que mide más de tres metros de envergadura. ¡Toma del frasco! A media tarde llegamos arriba y luego el tren empezó a bajar. Si uno mira a los picos y, más abajo, al abismo, se le va la cabeza. La monja se apeó en un pueblo y nos quedamos la chica y yo mano a

mano. Desde que se hizo de noche hasta Santiago no hicimos más que calentarnos la cabeza con planes para el futuro. A última hora pasamos la aduana y como si nada. Sólo quitaron las valijas a una prójima que las llevaba llenas de cortes de traje. ¡Las habrá aprovechadas!

Al entrar en Santiago, con tantas luces y tantas voces por el altavoz y tantas horas de tren, no acertaba a abrir la boca. Aquello era un hormiguero y la chavala y yo no hacíamos más que mirar la foto del tío Egidio, la que se hizo durante la mili, aunque ya llovió. Cuando el tren paró nos plantamos en la ventanilla como pasmarotes y de repente pasó un gicho y la Anita tuvo una corazonada y dijo «¡Ése es!» y empezó «tío, tío» y el hombre se acercó sonriendo y dijo: «Vos sois la Anita», y la chavala se arrancó a llorar como una lela y yo le sonreía al tío, porque sabía que nada al principio como caerle en gracia. Le dimos las valijas por la ventanilla y fuimos por las otras donde el furgón. Al cabo, se nos acercó una tipa así como implada, de buenas carnes, y el tío dejó las valijas en el suelo y dijo que era su viejita y ella que éramos dos cabros no más y la Anita le plantó dos besos y la tía añadió que salir fuera, que con los parlantes no había manera de entenderse. Ni sé qué se habrá querido decir la gilí con eso de los cabros, pero se me hace que con esta fulana habrá que andar con ojo. Yo le dije al tío Egidio que llamar un mozo, pero me salió con que si yo era un hombre joven, y no tuve más remedio que apencar con las valijas y sonreír a lo bobo. A la puerta había una furgoneta del tiempo de la nana y dijo el tío que lo pusiera allí y luego me preguntó si manejaba. Le dije que si manejaba qué, y él saltó con que cuál iba a ser, y ya le dije lealmente que no entendía y él, entonces, sin más, se puso como de mal café y se plantó al volante. Detrás íbamos los tres sentados en unas tablas y con la cabeza gacha para no pegarnos en el techo cuando botaba. Y al tío todo se le volvía decir: «Esto es la alameda O'Higgins», «Esto San Francisco», «Esto el parque Japonés», «Esto tal», «Esto cual, —y luego decía—: Lindo, ¿no?», y la Anita y yo que muy lindo, aunque no veíamos ni papa. Cuando se detuvo, en una calle ancha, de casas de un solo piso, nos dijo que era la Recoleta y que era un sitio tranquilo y que más allasito estaba el negocio y a dos cuadras, el cementerio. ¡No te giba! Por hablar de algo le pregunté por qué eran las casas tan bajas y él se rió y salió con que buen detalle era que al señor marido de la Anita le picara la curiosidad por las cosas y que las casas eran así por los temblores, pues. La chavala dijo si era cierto que había muchos y él dijo que temblorcitos como moscas. La tía no hacía más que mirarnos y decir que parecíamos dos cabros, no más, y sonreír a lo mandria. ¡No te amuela!

En casa salió una tipa con jeta como de mora y dijo la tía que era la niña de mano y ella nos miraba todo el tiempo sin dejarlo y el tío dijo que era una mapuche de Temuco. Yo, por lo de la curiosidad, le dije que qué era mapuche y él que india, araucana, y que Temuco, la reducción. Iba a preguntarle qué era la reducción, pero se me hizo que la cosa olía ya a cachondeo y lo dejé. Luego, en la cena, apenas pudimos abrir el pico, porque el tío se lo dice todo. La casa no vale dos reales, por más que él como si fuera un palacio. Nos acostamos temprano y anduvimos cuchicheando hasta las tantas. Dice la chavala, y no le falta razón, que ya le lleva años el tío a la tía. La dije que ciertamente, y que se me hacía que el tío era así un poquito agarrado, pero ella saltó con que a cuento de qué decía eso y cerré el pico para no gibarla. No sé por qué me parece que aquí no voy a hacer carrera. La pieza es muy chica y la cama está pegada a la pared de forma que si yo quiero bajar a orinar tengo que pasar por encima de la chavala. Tampoco hay una mala silla donde doblar la ropa, ni nada de nada. En fin, mañana será otro día. Estoy que no puedo con mi alma.

3 abril, domingo

El tío ni palabra. Parece como si yo hubiera venido aquí a pegar la gorra. Eso sí, en el café se emperró en ponerme cinco terrones y no tuve otro remedio que aguantar. ¡Vamos, que la cosa tiene guasa! A pique estuve de decirle que aunque pobre, ni la Anita ni yo, a Dios gracias, venimos de pasar necesidad. Callé la boca, sin embargo, para no poner peor las cosas. La tía se pasó la mañana cantando y la machucha, o como se llame el pellejo ese, yendo de acá para allá como un fantasma. A las doce subimos a misa, a San Francisco, y estuvimos viendo la Alameda como Dios manda. ¡Ya tiene tráfico esta ciudad, ya! Dice el tío Egidio que como no hay metro todo sale por fuera, y no le falta razón. Lo cierto es que aquí hay carros de todos los tamaños y todos los colores. El tío cogió la pichicharra de que debía aprender a distinguirlos desde el primer día y allá anduvimos parados en el bordillo como lelos, tres cuartos de hora. Él preguntaba: «¿Ése?» y yo tenía que decirle: «micro», o «liebre» o «colectivo, —o lo que fuese, y él decía—: Bien» o «No»; y si decía «No» yo tenía que repetir hasta que acertara. Me giba lo que nadie sabe esto de que me traten como a un piernas. Uno, me parece a mí, ya ha demostrado que sabe desenvolverse, y lo que no sepa hoy ya lo aprenderá mañana, que tampoco se ganó Zamora en una hora, como yo digo.

Camino de casa, el tío Egidio nos enseñó los negocios del centro y la calle Ahumada, y la plaza de Armas, y los principales monumentos, pero de que la tía dijo que tomar unas pichanguitas, él que aligerásemos, que era la hora del rancho. Luego se pasó la tarde cascando y sólo al final preguntó cómo se las arreglaba su hermano allá. Le dije lealmente que el negocio le daba para ir tirando y él movía la cabeza de un lado a otro y sonreía a lo bobo. Después cogió la perra de su barraca y no lo dejó hasta la hora de cenar. ¡Vaya un pico de oro que se gasta el gilí! La tía agarró la baraja y preguntó si jugábamos canasta. Yo le dije que no y entonces se puso a hacer montones ella sola. A la hora de acostarnos, salió con que había olvidado el correo y nos dio dos cartas de allá. La chavala dijo que leerlas en la cama, se amonó entre las sábanas y que las leyera en alto y despacio. Según leía me iba entrando por el pecho como un ansia y apenas si podía pronunciar. La carta de los viejos, ya se sabe, vengan recomendaciones, que si el médico, que si el frío, que si el tío Egidio. Se empezó a mover la cama, miré para la Anita y la gilí toda la almohada empapada. Me hice el soca para que se desahogara a gusto, pero cuando me puse a leer la de Melecio, casi no había de qué. El vaina de él que cuando se vio solo en Barcelona le parecía que andaba en otro planeta y que en el tren de regreso era tal y como si fuese acompañando un entierro. Piensa vacunar a la Doly contra el moquillo a pesar de que es vieja y poca utilidad puede rendirle, pero el animal es ya para él como uno de la familia. Al terminar, la chavala me dijo que se acordaba de su casa y que no lo podía remediar. Ya le dije que eso ahora no contaba y que no volviera a mentar a lo bobo lo que habíamos dejado, porque no conducía a nada más que a joder la marrana. Así y todo yo no pude dejar de pensar en Melecio, y en la Amparo, y en el Mele, y en todo hasta que me quedé roque. ¡Anda y que tampoco tenemos kilómetros por medio!

4 abril, lunes

Desde la ventana se ven los picos de los Andes, con las puntas nevadas, y sólo de mirarlos se le encoge a uno el ombligo. Es como si uno estuviera encerrado, órdiga. ¡Virgen, qué agonía! Luego eso de no tener nada que hacer más que pensar en la vida de la mañana a la noche. Esto no me gusta un pelo. Yo debería decirle al tío que necesito darle al parche cuanto antes para matar el gusanillo. Pero, lo que yo me digo: ¿Cómo va a reaccionar este hombre? Él porfía que en unos días no haga más que comer y dormir, que tiempo habrá de lo demás y que ahora a reponerme. Ya le dije que bien repuesto estaba, que llevo casi un mes tocándome la barriga, pero él me salió, no sé a cuento de

qué, que de siempre los españoles fuimos muy orgullosos. La chavala anda como lela y a la legua se ve que está afectada. Me giba lo que nadie sabe la manera de ser de esta mujer. La verdad es que se gasta un temperamento que no hay Dios que la entienda. Ayer, allá y suspirando por venir aquí, hoy aquí, suspirando por volver allá. La fetén es que la chavala se ha llevado un desengaño de órdago por más que diga misa. Pero, al fin y al cabo, lo que yo me digo: ¿que el tío no es lo que creíamos? Bueno; eso, me parece a mí, no quiere decir nada; a unos les gusta airear los billetes y a otros candarlos. Cada uno es cada uno.

A la tarde dimos un clareo con la tía. Le dije lealmente que me chocaba la cantidad de mendigos y ella que no eran mendigos, sino rotos, y que los rotos son tan caballeros como el que más. No sé, no sé. Puede que sean caballeros, pero la fetén es que con esos sombreros y esos pantalones que se gastan, los gilís talmente parecen Cantinflas.

Nos sentamos en una fuente de soda de la calle Ahumada y parece que la chavala salió de mejor garbo. A la noche le dije, con toda la buena intención, que comprendía que se hubiera llevado un desengaño, pero que le echara calma al asunto. Ella saltó, tan chulilla, que desengaño a cuento de qué. Ya le dije, en buen plan, que no tuviera rostro y que no me tirara de la lengua, pero como si no. Acabé recordándola lo de los negros y todo lo demás, y fue ella, entonces, y se arrancó a llorar de unas formas que inclusive devolvió y todo. En la cama quise contentarla pero ni por pienso; la panoli retiraba la mano cada vez que la iba a tocar.

Verdaderamente será difícil que yo me aclimate. Me da a mí el corazón que aquí no hay nada que hacer.

5 abril, martes

Hoy me llevó a la barraca el tío. El negocio es de postín, pero parece poco atendido. A la puerta había un cantinflas de esos y yo le saludé y el cipote se quitó el sombrero. ¡No te giba! Me dijo el tío que él empezó barriendo la oficina, y luego de recadero, y luego en la tupi, y luego de chupatintas, y luego de socio, y terminó quedándose con todo. Le dije lealmente que ya era mérito, y él que sólo un poquito de conocimiento de la vida y que yo haría otro tanto porque sabía por su hermano que yo era un hombre capaz y que en América el que trabaja y es capaz hace platita. Cuando me dijo que había ampliado el negocio el año anterior pensando en nosotros, aproveché para soltarle que quería empezar cuanto antes a currelar, porque no tengo coraje para aguantar que otro me eche de comer. El hombre se reía como un conejo

y me prometió que al tiro y que ya hablaríamos en casa del asunto. Según me mostraba el taller pasé un sofoco del demonio cuando le vi con la sacristía abierta, enseñando el faldistón de la camisa. Ya es la segunda vez que le pillo así. Los gilís de la sierra se daban de codo y se coñeaban y ya le dije que «tío, la bragueta», y él me miró, y se vio lo blanco y, tan pancho, salió con que desde joven es muy distraído, y se cerró la ventana como si tal cosa.

A la chavala se le pasó el berrinche. Esta tarde agarramos una micro y anduvimos dando clareos por cinco pesos hasta que cayó la noche. La ciudad esta tiene vida, como yo digo, aunque desde luego no es Buenos Aires. Eso sí, a monumentos no creo que nadie la achante. Y la gente es cariñosa, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. De regreso, la chavala se emperró en poner la radio a ver si cogíamos España. La cogimos y sólo de sentir el habla de allá se me puso el corazón como una pasa. Lo que yo le digo a la Anita, uno no será un animal de bellota, pero tiene sus querencias como cada quisque.

6 abril, miércoles

Quedan ochenta calas y el tío sin explicarse. Hoy las cambié y me largaron setecientos pesos. La chavala, loca, que hemos hecho chamba; ya la dije que menos chamba, puesto que si por un diario te sacan aquí quince pesos y por una merienda doscientos, tampoco vamos muy lejos con siete de los pequeños. El tío, a ver, una de dos, o me pone a trabajar o afloja la mosca.

A la tarde me llegué al Consulado. De regreso me colé en un bar y el cipote del mostrador de que me oyó hablar me salió con que ¡pucha, un coño! Ya le dije que sin ofender y el torda recogió velas y que había querido decir español. Le hice ver que tampoco eran formas, vamos, y él, de buenos modos, que es un decir, porque coño es la primera palabra que los españoles tenemos en la boca. Le aclaré que eso, como todo, es cuestión de educación, y que a mí no me gusta hablar mal por la misma razón que no me peta andar desaseado. El gilí se dio a razones y dijo que pagaba un trago y que disculpase y que qué quería decir, pues, la palabra esa. Le expliqué y él soltó el trapo y me salió con que de dónde era y se lo dije y le pregunté su nombre y salió con que Lautaro y le dije, entonces, si eso era un alias o nombre cristiano. El mandria se reía las muelas y porfió que en Chile todos se llaman así. ¡No te giba! Lo cierto es que trago va trago viene terminé un poquillo mamado y entonces le dije que cuando amasara un carro de plata le pagaría un pasaje para que conociera mi país y que ya vería cosa fina. Luego no acertaba a encontrar la casa del tío, y la chavala, de que me echó la vista

encima, se puso así como implada, se arrancó a llorar y no la vi el pelo hasta la hora de cenar. El tío me puso jeta y andaba como pensativo y al acostarnos me salió con que mañana conversaremos. Luego les sentí discutir en la pieza y la tía decía que tomarse un trago es natural en un gallo joven, pero el tío decía que mierda, y que cuándo le había visto a él curadito, y que si el gallo andaba así antes de ganar un peso qué sería luego. A la chavala no hubo manera de sacarla una palabra del cuerpo y, de que apagué la luz, la sentí llorar como si hubiera en casa una desgracia. ¡La cosa tiene pelotas, vamos!

7 abril, jueves

Fui con el tío esta mañana a la barraca, me metió en su despacho, trancó la puerta y, sin más coplas, me plantó que mi primer cometido sería de cobro de los mandados, para corretear facturas, y que embolsaría ciento ochenta pitos diarios. Así, de primeras, no me pareció mal, pero de que eché la cuenta por dentro y reparé que eran dieciocho pelas, tentado estuve de cantarle cuatro verdades. Pepita en la lengua no tengo. Me subió un sofoco a la cara que para qué, pero el gicho me doró la píldora y me salió con que de esta manera conocería en poco tiempo la ciudad y luego ya conversaríamos. Me preguntó si contento, y yo, como un vaina, que a ver. Pero no debió verme muy pispo que digamos porque empezó con que si él llegó aquí con lo puesto, y sin un tío macanudo que le echase una manita, y que pasó dos meses en el campo recogiendo paltas y durmiendo en una parva, y que si sabía cuánto ganaba por una jornada de peón. Le respondí lealmente que no, y él, para acoquinarme, que cinco pesos diarios. Callé la boca, pero de sobra me sé yo que cinco pesos de hace treinta años ya serían lo que ahora quinientos; lo que ocurre es que para estos viejales un peso siempre es un peso y no quieren darse cuenta de que el peso no hay que mirarlo y lo que hay que mirar es el pan. A pesar de que no abrí el pico, el marrajo cogió carrerilla y me preguntó si sabía lo que le quedaba de cinco pitos diarios y le dije que, claro, no, y él que cuatro, y yo le dije entonces que bueno, tío, eran otros tiempos, pero eso le cabreó y se puso a voces que todos los tiempos eran buenos o malos, que eso va en los gallos, si son capaces o no, y yo le dije que por probar, probaría, y él me salió con que hiciera caso de su consejo y dejara el tinto a un lado. Para no oírle le dije que bueno, y que mañana empezaría, pero el cipote se puso loco, como si me hubiera ciscado en su madre, y salió con que mal principio, y que cuando a uno le ofrecen un empleo debe decir ahorita, no más, y no demorarlo, y que el que dice mañana no es más que un flojo y un roto de mierda. Tentado estuve de decirle que a mí no me levantó la voz ni mi padre, que gloria haya, y que a

fin de cuentas con ciento ochenta pesos me limpio yo el ojete. Bien sabe Dios que si cerré el pico fue en atención a la chavala y a su barriga, y que en otras circunstancias ni el tío Egidio ni san Egidio me agarran a mí para el chorizo. ¡No te amuela el torda este! Lo que le sobra al candongo de él es labia, como yo digo, y a la próxima habrá que decirle que la historia de las paltas ya me la sé y que me cuente ahora la de risa. Le pedí las facturas y he pasado el día de acá para allá como un zascandil, sin más que una hora para comer. A fin de cuentas tampoco me va a perjudicar, creo yo, informarme del terreno que piso, por la que pueda tronar.

A la chavala la puse al corriente al acostarnos. Le pregunte qué le parecía y la panoli que si me había creído que el tío iba a hacerme socio de la noche a la mañana; que, de principio, es natural que desconfíe. Le dije que tampoco es eso, pero que ciento ochenta pesos eran más o menos dieciocho pelas y que eso lo gana allá un pelado con la gorra y que para tanto como eso no hace falta correr mucho mundo. Ella, de que me vio atufado, calló la boca como mejor solución. Tardé en dormirme dándole vueltas al asunto.

8 abril, viernes

Hoy me dijo el hocicudo de Efrén, el carrero, que también él es español, de la parte de Zamora, y que lleva cinco años acá tomando las medidas a la ciudad. Le pregunté si cinco años sin salir de carrero, y él que y gracias, que allá mucho cuento con América, pero que él ha corrido ya tres países y en ninguno atan los perros con longaniza. Le confesé que ayer me pegué una pechada de órdago cobrando facturas y me dijo que más tonto soy yo, que haciendo la mitad gano lo mismo. Eso también es cierto, que, al fin y a la postre, uno no lleva parte en los beneficios. Le pagué un trago donde Lautaro y luego le pregunté qué clase de patrón era mi tío. Me dijo que más o menos, pero fuera de eso, chitón. Se conoce que cinco años dando patadas por el mundo le han enseñado a candar la boca. El Efrén tiene así, al primer vistazo, jeta de acelga, pero tratado no resulta mal rapaz.

A Lautaro le pregunté por la caza y dice que más o menos, que él tiene unos parroquianos que suben los domingos y matan el rato y que cualquier día me presentaría un gallo que en asuntos de caza no hay quien le enseñe nada. Quedé con Efrén en estudiar a diario nuestras veredas y ver el camino que podemos hacer juntos y que, para que mi tío no diga, le aguardaré en la esquina. Lo que haga en el carro lo ahorro en la micro y eso queda para el bolso. Dios nos manda ser hermanos, pero no primos.

Ni sé qué se hará la chavala en este tiempo. Hoy, cuando volví a casa me la encontré agarrada a la radio. Yo me canso de decirle que por eso no anda más cerca de casa, pero ella porfía, y no le falta razón, que con ello no hace mal a nadie y que mientras la tía le da a la baraja ella la goza con la radio. Esta noche me salió con que si sabía lo que pensaba la tía de mí. Le dije que qué, y ella que la tía había dicho que yo era un gallo harto encachado y que ella le preguntó con qué se come eso y la tía dijo que un muchacho guapo. ¡Qué cosas! ¿Pero es que también los hombres pueden ser guapos? Las mujeres, ya se sabe, aunque te pones a ver y cada día las entiendo menos. Claro que más pelo echaríamos si fuera ella y no él la dueña del negocio.

9 abril, sábado

Una semana que llegamos, se dice pronto. Antes que nos demos cuenta llevaremos un año aquí. Así es la vida y uno, en definitiva, no puede hacer otra cosa que bailar al son que le tocan. Ando como achucharrado y sólo de ver los picos de la Cordillera paso la pena negra. Hoy me dio por pensar que, después de todo, en casa no echaba nada en falta, o sea que si nos largamos fue sólo por la cochina avaricia. Bien mirado, allá con los caceríos, los amiguetes y un empleo descansado, uno tenía para ir tirando, pero no. Decía mi padre, y con razón, que los hombres son como las gallinas, que las echas maíz y se van a picar a la mierda.

A la mañana me las tuve tiesas con el tío. ¡No te amuela! El cipote emperrado en que me colocara un mandil para repartir, como si uno fuese un cualquiera. Ya le dije que eso no, que estaba enseñado al uniforme que, no es porque yo lo dijera, pero poco tenía que envidiar del de la Armada. El candongo de él, que sabía por experiencia que la ropa no aguanta estos trajines, y ya le dije que si le parecía bonito que su sobrino saliese a la calle como un cantinflas de esos que andan picando piedra en la calle Ahumada. Ya quemado, se fue de la cuestión y dijo que uno no debería achuncharse de su vida de trabajo, y ya le dije que de eso a disfrazarme por aquello de no marrotar la ropa hay distancia.

La Anita cada día come menos. Está que pisa un huevo y no lo rompe, como yo digo. Ciertamente la comida aquí no es como para correr por ella, con tanto choclo y ese aceite de gigantea que se gastan, pero, vamos… Ya le digo que se esfuerce, pero como si no. Lo que le ocurre a la chavala es que se ha llevado un desengaño de aúpa, pero antes de confesarlo se dejaría abrir en canal.

Al acostarnos me preguntó si me había recordado de que ayer fue Viernes Santo. Verdaderamente. Mira que allá éste es un día grande; bueno, pues aquí, ni muestra. Razón le sobraba a Marcelo, el uruguayo, cuando decía que tocante a religión los extranjeros son más fríos que otro poco.

10 abril, domingo

Sigo como aliquebrado. Quedé con Efrén donde Lautaro y luego no me determiné a ir. La chavala no me quitaba ojo y si yo digo de salir es fijo que se arma la polca. Por la mañana anduvimos en misa y luego subimos con los tíos al cerro de San Cristóbal, en el funicular. Desde arriba, la ciudad parece talmente de muñecas, y los carros, unos detrás de otros, como si fuesen hormigas. La tía propuso tomar un traguito en la cantina, pero el tío dijo que estábamos demorando y lo dejamos para otro día. Pasé la tarde mano sobre mano, mientras la tía hacía montones con la baraja. A ratos levantaba la vista y me miraba sin decir palabra y ponía los ojos como las vacas cuando las van a ordeñar. La tía así, al pronto, parece una tipa implada, pero luego no tiene mal corazón. Al anochecer, el tío salió a comprar el diario y no lo dejó hasta la hora de cenar. A la Anita ya le digo que, de seguir así, tendremos que ir al fútbol o inventar otra pendejada, pero que yo no aguanto otro domingo en este plan.

11 abril, lunes

A la tía le gusta hablar de entierros más que comer con los dedos. Me giba lo que nadie sabe, porque entre el desengaño, el no comer, la pena y los entierros no sé qué clase de crío canijo va a parir la chavala. Pero la tía, erre que erre. Se pasa la vida en el balcón y como esto es camino casi obligado, quieras que no, sales a docena y media de entierros por día. Ya le dije que qué gusto le sacaba, y ella se puso a reír a lo bobo y dijo que por lo menos el gustazo de saber que está vivita. También son ganas de enredar. Andábamos en el balcón y, en éstas, se puso a mirarme lo mismo que las vacas cuando las van a ordeñar, y yo, sin saber qué cara poner, le pregunté que qué, y ella que si me había dicho mi señora que yo era un gallo harto encachado. Le dije que a ver, y ella, entonces, me confesó que el tío no me había comprendido y que aguantara que ya sería para mejor. Le dije si, por un casual, se refería a lo de recadero, y ella que a qué si no. Seguía mirándome sin dejarlo y ya le dije que muy gentil y que me largaba a la tarea. A la chavala, ni palabra. Al Efrén, como quien no quiere la cosa, le pregunté esta tarde si el tío llevaba muchos

años de casado, y él que no lo conoció de otra manera. Le tiré otro viaje, pero el marrajo quieto parado. Al cipote de él la lengua le ha debido de dar más de un disgusto.

El tiempo está quedo, pero en toda la santa mañana se acaba de ir la bruma. Mentira parece que ahora anden allá estrenando la primavera. Esto de dar la vuelta al tiempo tampoco tiene chiste, la verdad. Uno se hace a una idea desde crío de los meses y las estaciones y empezar a contar de otra manera es una gaita. Esta noche se oía la radio de España como si la tuviéramos en la mismísima esquina.

12 abril, martes

Hay que andar todo el día de Dios trotando calles para ver el tamaño de esta capital. ¡La madre que la echó! Puestos a mirar, fuera del centro, no hay más que casas de un solo piso, y si uno se hace la reflexión de que vecinos tiene tantos como Madrid, la cosa se explica. Así es que uno anda como un zarandillo y si no fuera por el Efrén, que me echa una mano, ni sé qué sería de mí.

Lo cierto es que no paro ni a sol ni a sombra y que cada día me está más grande el cuello de la camisa. Menos mal que de vez en cuando me paso por donde Lautaro a conversarnos una botella. Hoy me topé allí con una cuadrilla de cazadores, pero el jefe, un tipo estirado, no dio facilidades. Paciencia. Me limité a preguntarle cómo anda el asunto acá y me salió con que para distraerse. Le dije que a qué llamaba él distraerse y el torda que más o menos. ¡Gibar! Parece que les pidiera uno la mujer, órdiga. Me puso de mal café y ya le dije que podía meterse la lengua en el culo si es que no le petaba hablar, pero él ni se amoscó ni nada; sólo se rió y que dejémoslo, no más. Lo que yo le digo al Efrén, que lo que es aguante tienen aquí un rato largo.

A última hora se puso a diluviar en forma; no cayó más agua el día que enterraron a Zafra.

En casa me bañé los pies en sal. Tengo los zancajos en carne viva.

13 abril, miércoles

¡La madre que los parió! Ya veo yo que lo de los terremotos no es un decir. Andaba esta mañana en la Plaza de Armas cuando el Carrera empezó que me voy, que no me voy, y los carros aparcados venga de brincar, y por bajo tierra se sentía un ruido como si los demonios anduvieran a la greña. Yo, como un panoli, me quedé quieto parado en medio la calle, hasta que un

cantinflas de esos me voceó que acá, patroncito, y me metí con él en un portal. Me entró un rilis que no podía ponerme quieto y el cantinflas la gozaba y decía que era un temblorcito de mierda y que en el hoyo de una puerta no había para qué chuparse. Le dije que yo no estaba enseñado a esto y él al sentirme hablar dijo que ¡pucha, un coño!, y yo me reí como podía haberme ciscado en su madre. Se ve que los panolis estos lo han aprendido en jueves. Luego me salió con que temblaba lo mismito que un chancho eléctrico. ¡No te amuela! El torda de él no hacía más que reír a lo mandria y ya me cabreó tanto choteo, me di media vuelta y le dejé con la palabra en la boca.

Me llegué a casa en un verbo, pero la chavala no estaba y salió la tía y me dijo que había sido un sismo de nada. Le dije que el susto no me lo quitaba nadie y ella me hizo sentar, sacó una botella de pisco y me sirvió un trago. Luego se sentó a mi lado y me preguntó si andaba contento con la paga. Le respondí que más o menos, y ella que mi tío no era malo, pero le gusta poner a prueba a la gente y que ya cambiaría el naipe, pues. Empezó a mirarme otra vez como las vacas cuando las van a ordeñar y me levanté y le dije que aún me quedaban muchas patadas por dar y me largué. La gente en la calle, como si nada. Y es lo que yo le digo a la chavala. ¿Pero es que también uno puede enseñarse a estas cosas? Lo cierto es que uno anda ansioso de comentar como si hubiera salvado el pellejo de una buena y en cuanto que abre el pico le sueltan que ha sido un temblorcito no más. Al acostarse dijo la tía que la tincaba que iba a repetir por la noche, pero no. A la Anita no le he dicho una palabra de la forma tan particular que tiene la tía de mirarme de un tiempo a esta parte.

14 abril, jueves

El Efrén me presentó esta tarde a su amigo cazador. Parece un chavea majo y anda de ascensorista en el Carrera. Le pregunté qué tal, y él que seiscientos diarios y las propinas, pero que tal como está la cosa eso no alcanza ni para un trago y que como la polla no le saque de pobre ya va arreglado. También son maneras de hablar. El chalado parece como que me hubiera adivinado el pensamiento y me salió con que la polla es acá la lotería, que ellos dicen la polla a lo que nosotros decimos la lotería. Me dijo luego que se llama Oswaldo y que si me petaba podíamos vernos donde Lautaro entre semana. Le propuse que qué tal los sábados y él, que bien, mientras no tenga servicio de tarde. Quedamos en firme para el próximo y que si el domingo 24 no hay novedad subiremos al campo con las escopetas. ¡Ya iba siendo hora! Parece como que las cosas fueran entrando en caja. Uno se deja

llevar a veces por el sentimiento y se encoge, como si el mundo le acobardase o cosa parecida. La verdad es que en todas partes cuecen habas y uno no ve lo suyo a modo más que cuando lo deja. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente. A ver, si no, la gracia que me hacía a mí ir pedaleando como un paria hasta lo de Miranda, o pasarme la santa mañana dando la hora, o aguantando las chinchorrerías de don Basilio. Aquí, al menos, tiene uno independencia y un porvenir por delante. De regreso encontré a la chavala pegada a la radio. Me giba lo que nadie sabe la manía esta. Al acostarnos me salió con que si ocurriría algo en su casa que no la escriben. Ya le dije que esto no es Tudela y que no es aquello de hoy envío la carta y mañana la lees, o sea que en estas circunstancias hay que darle tiempo al tiempo.

15 abril, viernes

Como quien no quiere la cosa, este mediodía me vino otra vez el tío con el pleito del mandil. Ya le dije que ése era asunto resuelto y que no me determino, y él me salió, entonces, con que si sabía lo que cuesta un corte aquí. Le advertí que eso era cuenta mía, pero el cipote se puso por las nubes y dijo que, bien pensado, también era cuenta suya y por eso se interesaba. De buenas formas le hice ver que yo ganaba de sobra el salario que me daba, pero entonces me soltó que yo no pagaba ni el pan que comía y que mi señora estaba en las mismas. Se me hincharon las narices y le dije que buscaría mi propia casa porque no me gusta que me vendan los favores. La cosa se ponía fea y menos mal que terció la tía con que la entregase ochenta diarios para el gasto de los dos y todos tan contentos. Verdaderamente el tío tiene unos prontos que no hay quien le aguante. La tía porfía que es muy celoso de su platita, como todo el que ha tenido que rajuñárselas. Bien mirado, él está en su papel, pero tampoco uno se va a dejar candar la boca por un pedazo de pan. Uno no será un señorito de cuna, qué coño, pero también tiene su dignidad. A fin de cuentas uno ha dejado allá su empleo y su categoría y nunca necesitó andar mendigando. La cosa me ha puesto negro y, al acostarnos, le dije a la chavala que no me va el carácter del tío y que será muy difícil que nos entendamos. Ella que tampoco le haga la contra porque, si hemos de volver a casa, habrá de ser a costa de su bolsillo. Ya le dije que de dar la vuelta ni hablar, que yo tengo mi orgullo y que antes me entierran acá con pellejo y todo que regresar como un fracasado.

He quedado con el Efrén en jugar mañana la partida en lo de Lautaro. Acá hacen semana inglesa y las tardes de los sábados no trabaja ni Rita.

16 abril, sábado

Anduvimos donde Lautaro echando un cacho. La verdad es que a los juegos de esta gente les falta el qué. Me tocó palmar como un señorito por aquello de que uno todavía no está impuesto. Estuvieron el Efrén, Oswaldo y Dativo, el de la tupi, que no es porque yo lo diga, pero es de lo mejorcito de la barraca. De entrada, le pregunté qué clase de patrono era mi tío y el mandria que más o menos, pero que si tuviera la mano tan abierta como la bragueta, mejor nos pintaría a todos.

Nos jugamos café y copa y el Dativo, por aprovecharlo, se echó la copa al cinto y luego anduvo toda la tarde renqueando del estómago. Ya le dije que no debió beber, pero me salió con que para eso no jugaba, puesto que si pierde, pierde, y ganar sin asunto tampoco es gracia. Lo que es por mí, que reviente; él es el amo de la burra, como yo digo.

Al acabar la partida nos pusimos de cháchara y el Efrén salió con que llevaba cinco años acá y todavía no había aprendido por dónde hay que empezar para hacerse rico. Oswaldo, que es uno de esos tipos que se la saben entera y que el empinar el codo le gusta por vivir, le dijo que por de pronto el tinto, las carreras y los amigos sobraban, que para hacer plata hay que apretarse la cincha y andar juntando pesos un montón de años. Dije lealmente que, a mi ver, no traía cuenta el sistema y Oswaldo que cuate y que por eso mismo no había salido de pobre. El cipote no hacía más que beber a lo loco y, a última hora, Lautaro dijo que no le servía otro trago, y que si andaba a las tomas se fuese a otra parte. Me pensé que el Oswaldo se cabrearía, pero sólo dijo dejémoslo no más y que otra manita, pero Dativo andaba sin humor con lo del estómago y yo tenía prisa y lo dejamos. Quedé con Oswaldo para ir juntos otro sábado a pedir un permiso. Le pregunté que si a un coto y él que, bien mirado, acá todos son cotos, ya que no queda un fundo sin cercar.

A última hora me di un garbeo con la Anita. Anduvimos por el centro, de escaparates. La chavala, que no es tonta, echó el ojo a un chal de vicuña, pero buen precio tiene el condenado. De regreso, me dijo que sigue preocupada porque los viejos ni pío. Ya le dije que esto no es Tudela y, sin venir a qué, ella se puso, a voces, que la aburría ya lo de Tudela y que dejara de tratarla como a una pasmada. ¡No te giba! Callé la boca por tener la fiesta en paz.

17 abril, domingo

Acá todo quisque le dice al cine biógrafo. ¡Qué cosas! ¡También son ganas de hablar por hablar! Claro que con esto de las palabras no hay razones, pero llamarle al cine biógrafo parece una coña, como yo digo. Vimos una película que está bien traída, pero en extranjero y con carteles debajo. El tío, digo yo que por congraciarse, me dio mucho palique y, a la salida, empezó que si tenía ganas de darse un clareo por España era por hartarse de ver zarzuelas. Le hice ver que lo que sentía yo por la zarzuela es también chaladura. Me preguntó si se hacían ahora nuevas y le dije lealmente que pocas y que lo que le gusta a la gente es oír las viejas y seguir el compás con el pie. Él empezó entonces con lo del «caballero del alto plumero» por lo bajines y así fuimos hasta la micro. El cipote parecía otro hombre.

De regreso nos encontramos a la mapuche en la cama de la tía. Creí que se iba a armar, pero resulta que la tía lo hace a intención para encontrar la cama caliente. Vamos, creo yo que no son maneras. Cerré el pico, porque, en realidad, a mí ni me va ni me viene, pero, ya en la pieza, le dije a la chavala que eso era abusar, pero ella, tan templada, que si pudiera haría lo propio. Mal anda el mundo, me parece a mí, si los pobres hemos nacido para calentar las camas de los ricos. Aunque después de todo, a mí plin, que diría el otro.

18 abril, lunes

Llevo unos días que se me hinchan los pies de dar patadas pero, por no oírle, prefiero no decirle al tío una palabra. También es verdad que los zapatos me aprietan de más, y por la parte del zancajo tengo unas mancaduras que no veas, pero los ingresos no dan para reemplazarlos. Digo yo que para mayo pueda cambiar el panorama.

Esta tarde me preguntó mi tío si quería apuntarme de bombero en la España y yo le dije que sin dejar lo de la barraca. Me salió con que lo de bombero era un honor acá y que toda la gente hace de bombero por lo menos un par de años en la vida, por afición. Le pregunté qué había que hacer y qué provecho se sacaba, y el pelado que, como provecho, la satisfacción y que, como hacer, apagar los fuegos y jugarse el poto cuando se tercia. ¡No te giba! Éramos pocos y parió la abuela. Le respondí que no interesaba y parece como que le cabreó la contestación. A la hora de cenar me sacó un diploma y me lo mostró y me dijo que se lo dieron el año pasado y que es el nombramiento de bombero honorario después de treinta años de servicios. El candongo de él se implaba como un pavo real al decirlo y luego nos enseñó el casco y el uniforme. Lealmente le dije que también son ganas de enredar y que por qué

el municipio no tiene un servicio de bomberos como cada quisque en España. Me salió con que deje a España ahora en paz y me preocupe de vivir la vida de Chile, porque si hago punta a dos cosas no me resultará ninguna. Por no porfiar en que nones terminé por decirle que cuando arregle mi vida aquí volveremos al asunto.

Hubo carta de los viejos. La Anita, la mujer, parecía otra y, aunque soltó unas lagrimitas, ha andado todo el día con más garbo. El viejo que siguen echándonos de menos y que cómo nos las arreglamos con el tío. También escribió Crescencio. El cipote de él que, desde que me largué, andan reventados, pues el señor Moro está para lo de arriba y él solo para todo lo de abajo y es no parar, pero que le mande sellos. Luego dice que para el curso próximo se ha hecho cargo de la calefacción porque el sereno de los dominicos apandaba carbón. Mal pleito ese; lo sé por experiencia. En fin, que entre unos y otros me han revuelto el sentimiento y cuando me acosté andaba con la cabeza en otro sitio.

20 abril, miércoles

Anoche acogotaron a un tipo en la misma esquina de la barraca. Por las noches el barrio está mal alumbrado y se presta a cualquier cosa. El público andaba hoy revuelto y dice la tía que del mal, el menos, porque bien cerca le han dejado del camposanto. Me giba lo que nadie sabe que gasten bromas con estas cosas. Lo cierto es que el fulano las entregó sin decir oste ni moste. Por lo visto, los cogoteros le rebozaron de parafina y le pegaron fuego. ¡Anda y que tampoco se gastan recochineo ni nada, los tipos estos! Todo para robarle doscientos pesos. Ya le digo a la chavala que oído al parche y que, a ciertas horas, mejor no moverse de casa si no es en la micro.

No sé a santo de qué pero esta noche me dio por recordarme del barco. Con tantas impresiones ni comentarlo hemos podido. La Anita dice que lo pasó como en su vida y que razón tenía el alemán cuando decía que se abonaría a vivir a bordo y que las preocupaciones empiezan al desembarcar. Luego cambió el disco y me contó que la tía dice que el tío se cansará pronto de tenerme de recadero y me dará un buen empleo. Que su boca sea un ángel, aunque la verdad es que eso todavía no lo he visto yo.

21 abril, jueves

Anduve toda la santa mañana con Efrén en el carro. Mientras no me baje la hinchazón de los pies no doy un paso; eso lo saben en China. El marrajo se

puso de confidencias y me dijo que allá, en Zamora, se las apañaba. Andaba de barrendero en el Ayuntamiento y los domingos de acomodador en el fútbol, pero se le vino un primo acá y le metió los perros en danza, y lo que pasa. Luego, como en Buenos Aires no había de qué, se largó a Montevideo. Allí le dijeron que en Chile la gente era más floja, o sea que había más porvenir para los que venían con ansia de trabajar, y se las piró a Santiago. Pero lo que él dice, con tanto vete y ven y los salarios tan bajos, ni para los viajes. Ciertamente no hay cosa con cosa. El cipote emperrado en que él no vale para los negocios, que teniendo una poquita de plata de principio tal vez, pero que lo difícil es arrancar. Ya en este plan, le confesé que me había llevado un desengaño y que tanto hablar de América, yo me creí que en América se sacaba oro de las piedras, pero que uno llega a América y son los menos los que andan en coche, como en todas partes. Luego le conté lo de la Anita, que se creía que iba a tener negros a su servicio, y lo de la mapuche, que calentaba la cama a la tía cuando salía de noche, pero el cipote ni mus. Ya en plan confianzudo le pregunté si, por un casual, se había llevado alguna vez un lapo por irse del pico y él que a lo mejor, pero que, de todos modos, nada como tener quieta la lengua para vivir tranquilo. Le pregunté si tenía familia y él que dos cabros. Ya le dije que también son formas de hablar éstas de los chilenos y que los tíos, sin darse cuenta, sueltan cada pecado que se mea la perra.

El hombre se reía las muelas y dijo que todo eso del lenguaje es una chorrada y a un chileno que hable como un libro, a lo mejor se le toma en España por un deslenguado y a la recíproca. La fetén es que en estos asuntos uno nunca sabe a qué carta quedarse.

22 abril, viernes

A la chavala la hablé hoy de lo del cacerío del domingo. La cosa está al caer y no quedaba otro remedio. La panoli se subió a la parra y empezó con que allá bien porque aún le quedaban las amigas, pero que aquí qué. La confesé que la afición puede más que yo y que si he de dejar la escopeta prefiero que me rocíen de parafina, como al pelado ése del otro día, y me peguen fuego. Saltó con que muy bonito y que a los demás que les den tila. Ya le dije que no se trataba de eso y que te pones a ver y yo no hago mal a nadie saliendo al campo con la escopeta. Ella porfió que tanto se puede hacer daño a uno por darle un bofetón como por dejar de dárselo y que precisamente en su estado la dolía más mi desconsideración que si un día me incomodaba de más y la soltaba una guantada. Quise hacerla ver que mi padre

era mi padre y no dejó un domingo de subir al monte, y que mi madre la gozaba preparándole la merienda y los arreos, sólo de ver cómo la gozaba él. Ella dale con que los tiempos eran otros y que si, además, allá me había dicho algo alguna vez por casualidad. Lealmente la dije que cada domingo, y que si yo seguí con la afición fue porque por un oído me entraba y por otro me salía lo que decía. La tipa se atocinó, se puso faltona y acabó con las lagrimitas. Por meterla las cabras en el corral saqué a colación lo del padre, que palmó en cuanto que la guillotina le segó la mano, que además es la fetén, pero a la gilí le faltó tiempo para decirme que si no había de verme el pelo tanto la daba vivo como muerto. ¡Lo que hay que aguantar! Para rematar la suerte empezó que muy bonito todo eso de quejarme de que tenía los pies lastimados y luego dedicar el descanso a correr el monte. Me puso negro, y ya la dije que si me mancaba el zapato peor para mí y que si se había llevado un chasco al llegar acá no por eso tenía derecho a embromarnos a todos, y que anduviera con ojo no se me fuera a escapar la izquierda en una de éstas y la saltara las muelas.

He andado todo el día de mal café. Uno se cree que estas polcas no le afectan, pero la verdad es que le dejan como achucharrado. Al volver a casa me encontré en la esquina una cuadrilla de guitarras y a un gicho largándoles un sermón. Dice el Efrén que son los canutos y que tienen su religión y sus prácticas como cada quisque. De que acabó el sermón, los gilís se pusieron en fila y se fueron por las calles cantando a lo bobo. ¡No te giba! Lo que yo digo, bien es que tengan su religión, que eso nadie se lo discute, pero que canten en su casa por lo bajines y no incordien.

23 abril, sábado

Estuve con Oswaldo donde don Heliodoro, un español que ha hecho plata, ve ahí, y que vive a todo trapo. ¡Madre, qué choza! Entra uno en ella como acobardado, y menos mal que tanto él como ella son dos tipos bien sencillos que le tratan a uno como si fuera un igual. ¡Buena diferencia con el otro! Al saber que yo era español, me preguntó cómo andaba aquello y ya le dije que de todo había y que, como siempre ocurre, los buenos y los honrados éramos los menos. Luego me preguntó si es cierto que los americanos andan ahora poniendo el hombro y le respondí lealmente que eso decían, pero que yo no había visto que a mi señora la regalaran los solomillos en la plaza. Nos dio la tarjeta y le preguntó a Oswaldo cómo iríamos al fundo desde Melipilla, y Oswaldo, que en el carro de la leche, si el tren llega a pelo, y si no, a patita. Al salir le dije a Oswaldo que eran simpáticos y él me salió con que con una ruca así también él sería simpático. Le hice ver que son dos cosas distintas,

pero el cipote se obstinó y determiné callar la boca. El gilí quería echar unos tragos donde Lautaro, pero le dije que tenía corte y quedamos a las tres en la estación. Estuve dudando si acostarme o no acostarme, pero el tío andaba hoy de buenas y le dije a la tía que dejase de hacer montones y armábamos una de julepe entre los cuatro. Luego resultó que el panoli de él ni sabía con qué se come eso. Ya le dije que era obligación asistir y que para eso le había dado dos meneos y que si él respondía con la falsa le quitaba el chiste al juego. De primeras se puso burro, pero acabó con que llevaría yo razón, pero que él cuando tenía mi tiempo no le hacía la contra a un viejo así dijera que era noche en pleno día; que hace treinta años había otro respeto. Lo que yo digo, si a él le peta podemos jugar al corro, pero sin mediar la plata. ¡También gibaría que por complacerle le fuera yo a regalar los cuatro cochinos pesos que me deja a la semana!

Terminamos a la una y yo dije entonces que me iba a la estación porque pasaría el domingo en el campo con un amigo. El tío me puso jeta, pero, al menos, calló la boca. La tía quería prepararme una tortilla a toda prisa, pero ya le dije que no se molestara y que compraría un bocadillo en la estación. La chavala de morros, para no perder la costumbre. Hay que ver lo que cuesta a un cazador meter en cintura a la parienta. ¡Más que al perro, que ya es decir! Si yo me sé esto de qué me caso y me busco complicaciones. Al largarme la pegué un beso, pero ella como si fuera una estatua. ¡Hay que gibarse!

24 abril, domingo

Aguardé una hora en la estación y, al cabo, llegó el Oswaldo. Venía sin perro ni nada y se lo dije, y él me salió con que sólo le faltaba un perro en casa. Le conté lo de la Doly, y que allá en España los cazadores tenemos el perro como uno de la familia. El vaina se mondaba y salió con que son dos lados de la vida. El tren traía un cuarto de hora y aguardamos en el bar. El gilí se calzó una botella y nada más arrancar ya iba diciendo huevadas. Total, que la cosa empezó mal y cuando en Melipilla tuvimos que esperar tres cuartos de hora al carro de la leche, yo ya andaba de mal talante. A las ocho llegamos al cazadero. El campo es hermoso, todo ondulado y lleno de espinos, y a veces los espinos son tan espesos que le agarran a uno como si fuesen uñas. ¡La madre que los parió! Así y todo, de entrada, me arrancaron dos perdices. Yo ni las conocía ni nada y el mandria de Oswaldo me voceó y yo tiré entonces, pero no sé si porque extrañaba al compañero, porque iban ya largas o qué, marré como un principiante y el tío la gozaba y me salió con que sí que íbamos a hacer buen morral. Después las cogí el tranquillo y bajé seis en un

par de horas, más una rabona de cuatro kilos que se me enredó en los pies. El cipote del Oswaldo no hacía más que darle a la botella y apenas si disparó la escopeta. A pesar de que se me daba bien la cosa, cuando nos sentamos a merendar yo tenía una barba así. Y es que por más que me esforzaba no se me quitaba del pensamiento el último cacerío con Melecio. Ve ahí, entonces no hicimos más que una perdiz, pero era otra cosa. Y es que la caza, como todo en la vida, es cuestión de corazón y, si uno va a disgusto, el hecho de hacer una buena percha no le quita el morro. En primer lugar me giba que mi compañero esté en otra cosa. Recuerdo Melecio: no estaba más serio en misa que en el monte. Y es como debe ser, me parece a mí. En cambio este vaina venga de reír a lo pelele, sin motivo ni fundamento. Con Melecio yo ya sabía, le silbaba una vez y el hombre ya andaba al quite porque sabía que le entraba la perdiz; y si dos, la liebre. Al Oswaldo le silbaba y lo mismo que si me rascase el ombligo. Y es lo que yo me digo, éste es un asunto de años y de amistad fetén y una cosa así, de compenetración, no se improvisa. Luego está la caza que, como yo digo, acá le deja a uno tan ansioso de cazar como antes de haber cazado. Va por parejo con el tabaco, que uno fuma acá de negro, pero es como si no. Yo me recuerdo allá, sólo por ver pegarse el pelotazo a una perdiz valía la pena darse una pechada. Pero lo que es esto… Estas perdices son medio maricas, como yo digo, se le arrancan a uno de los pies y, para más garantía, chillan como pendones y, por si todavía fuera poco, te vuelan sin malicia, por lo derecho, para que las caigas sin otro trabajo que echarte la escopeta a la cara. Y eso no, vamos. Para el que no va por la carne, sino por el deporte, eso es demasiada romería. A uno le agradan las pegas para vencerlas y poder vocear después en el café que es un tío fenómeno y que cada día que pasa las corta mejor. Es como las liebres. Lo único, que salen un sí es no es largas, pero ¡madre!, no he visto cosa más confiada, corren al paso y de vez en cuando culo a tierra y, por si no fuera bastante, son grandotas como burros. ¿Qué ciencia va a tener esto? Uno las sacude como quien sacude a un saco de papas. Y si siquiera fuera cierto eso de que hay una detrás de cada yerbajo. Pero ni por pienso. Alguna más que allá, ciertamente, pero vamos, tampoco para tanto. Se lo dije al Oswaldo y él que dejémoslo no más, que lo lindo de la caza era esto de poder tomar un trago al aire libre. El tío apestaba a vino y cuando le dije de seguir me salió con que él por la tarde no daba un paso y que me aguardaba en la chacra y que no olvidara que el tren las envelaba a las seis y teníamos que hacer cinco kilómetros a pata. ¡No te giba! Anduve solo un par de horas por el monte como tolondro. Según caía el sol sobre los picos me dio por pensar en lo del marqués, y en Melecio, y en

la Doly y en todo lo de allá. Bajé otro par de perdices, pero como si nada. Por vueltas que le dé, esto nunca podrá ser lo mismo. Uno necesita su amiguete de toda la vida, su perro, sus bacillares y, si me apuras un poco, hasta sus perdices. Bien mirado, éstas ni son perdices ni nada. Son como codornices; cebadas, eso sí. Y lo mismo de pasmadas que ellas.

De regreso me topé con un cantinflas de esos que andaba al cuidado del ganado y me dijo que sabía dónde había un alojamiento de liebre. ¡No te amuela! Le pregunté si le decía alojamiento a la cama y él se puso a sonreír a lo mandria y que no se las paraba conmigo. Me cabreó la salida y no hice ni intención. El Oswaldo andaba mamado en la chacra. Cogimos carretera adelante y a la estación. He llegado reventado. Tengo los pies que no sé si son míos o del vecino. La chavala, ni palabra, como si no me conociera. Yo callé la boca. Cuando las cosas se ponen así son peor las explicaciones.

25 abril, lunes

En todo el santo día la he hincado. Me agarré al carro del Efrén y no hice más que lo que me cogía de camino. A la tarde, el tío me puso a caldo, con que si era un flojo y un tumbón. Tentado estuve de decirle que me buscara sustituto, que ya estaba harto de dar patadas. Callé la boca por la chavala, pero él debió de interpretarlo mal y salió con que si quiero hacer platita acá deje los vicios a un lado. Le pregunté, en buenas formas, que qué vicios, y él salió con que las fuentes de soda, la caza y los amigos. Le dije que si eso eran vicios, y el cipote que todo lo que estorba al trabajo es vicio. ¡Lo que hay que oír! No quise llevar las cosas más lejos, pero el mandria tampoco lo entendió y me salió con que si me parecía lindo que el sobrino del patrón anduviera todo el santo día de conversa con el carretonero. Yo debí decirle que si le parecía lindo a él que el sobrino del patrón se pasase el día como un zarandillo por quinientas cochinas pelas, pero cerré el pico por no poner peor las cosas. Decididamente, este país no me va. Si el crestón este se ha creído que va a tenerme una vida dándole al parche como un esclavo, y encima vigilándome los asuetos, está fresco. Uno no será un potentado, qué coño, pero tiene su dignidad. Al fin y al cabo, yo no necesitaba un pedazo de pan y si me vine acá no fue para hacer de criado de nadie, sino para tenerlos a mi servicio. Y es lo que yo me digo, cualquier día el torda este me va a calentar los cascos de más y voy a ponerle las peras a cuarto. Pepita en la lengua no tengo.

Al salir de la barra pasé por la armería. ¡Hay que agarrarse! Casi a treinta pitos cartucho los del dieciséis. Más o menos, tres pelas. Pedí plomo y que, de

eso, nada. Total, que uno gana para un ciento de cartuchos al mes a todo tirar. Verdaderamente esto no es vida. Para asomarse al campo todas las semanas haría falta una fortuna. Compré una docena y eso para hacer la de los furtivos allá: disparar poquito y sobre seguro.

A la chavala se la va pasando el berrinche. Lo mejor, no hacerla caso y cuando se largue la nube que avise. Parece que los pies andan esta noche un poquito más listos.

27 abril, miércoles

Comimos las perdices. El tío, mucho aspaviento a la excursión, pero la fetén es que nunca le vi jamar con más apetito. Y estaban buenas las condenadas. No es que sean las de allá, con ese gusto a bravío que le enciende a uno la sangre, pero son tiernas y tienen buen paladar.

Al salir de la sierra me dijo Dativo si quería acompañarles a ponerle una vela a las animitas por el finado del otro día. Le dije que bien, a lo bobo. Le pregunté por el estómago, y el cipote, que para las cagas. Estuvimos seis, y en la misma pared de la barraca hicieron un hueco, metimos la Virgen y le prendimos una candela. Le pregunté al Dativo para qué hacíamos todo eso, y él que por lo del crimen del otro día, que es una costumbre y que el finado lo agradece. Luego me quedé mano a mano con él y el hombre dale con el estómago, que los que tenemos salud no sabemos lo que tenemos y, en cambio, al que le falta, padece y padece y así no más es la vida. Verdaderamente, la salud no se sabe lo que vale hasta que se pierde. Le pregunté de dónde era y él que chileno de Chile. El hombre tiene así un aquel de tío meapoco, pero digo yo que será por lo del estómago. Talmente es un tipo que da compasión.

No sé por qué ni por qué no, hoy me bajó la hinchazón de los pies. Los zapatos apenas me mancan y ando como nuevo. Digo yo si no habría en el monte alguna hierba que al pisarla me haya arreglado sin yo darme cuenta. Me alegro porque ya empezaba a preocuparme. Dice el Efrén que un hermano suyo empezó así, a lo bobo, y luego le dijo el doctor que la carne se le había pegado al hueso y hubo que cortar.

La Anita oyó esta tarde *Doña Francisquita* por la radio. La gilí bailaba en una pata. Me harto de decirle que no mire para atrás, pero como si cantase.

30 abril, sábado

Uno se mete en la rutina sin percatarse y luego es difícil salir. Es como cuando a uno se le mete la bici en la rodera de un camión; antes te caes que salir de ella. Y si quieres hacerlo sin pegarte la costalada, has de apearte y hacer las cosas a ciencia y paciencia, pensando lo que haces. Casi un mes llevo aquí y entre la sierra, la casa y el bar de Lautaro tengo hecha la vida. Te pones a ver y hace cuatro semanas ni sabía que existiera esta ciudad y ahora casi me la sé de memoria. Después de todo, el tío va a tener razón, pues si me mete en la oficina sin más yo andaría ahora por la calle como un chivo en un garaje. Hoy lo dije así en el bar y el Efrén, como de costumbre, calló la boca, pero Dativo se puso a voces que si a él un tío suyo le hace una de éstas, le hubiera largado a la chucha sin más explicaciones. Le hice ver que mi tío era muy celoso de su plata, como todo aquel a quien le ha costado ganarla, pero él, ni caso, que mi tío era un perro huacho tamaño grande y que de sobra le conocía. El Oswaldo se mamó a escape y salió con que mañana tenía servicio, pero como había concentración del partido iba a hacer la chancha. Ya le dije que a ver si le despedían por una pendejada así, pero el panoli se las sabe todas, tiró de diario y me enseñó cuatro páginas de ofertas de trabajo y que le dolían los remos de darle a la manivela para subir parejas a acostarse y que no le importaría pasar unos días al garete. Eché un vistazo a las colocaciones y ciertamente las hay apañadas. Cuando dejé el diario saltó el Oswaldo, con mucho retintín, que si seguía pensando que mi tío se cagaba en la diferencia.

Todo esto me ha dado que pensar y a la noche se lo planté a la chavala. Ella, que tenga paciencia, que si le sabemos llevar, lo que hoy es del tío mañana será nuestro. La hice ver que el tío sí está cascado, pero lo que es la tía está para enterrarnos a todos, y mientras ella no palme, aquí no hay nada que hacer. La Anita, que de todas maneras, y que cuando ese día llegue, lo mejor liquidar todo y volvernos por donde habíamos venido. Ya le dije que eso ni mentarlo y que se haga a la idea de que acá vinimos por propia voluntad y que acá seguiremos a gusto o a disgusto. La chavala se mosqueó y para quitar hierro le dije que mañana no subo al monte por complacerla. No le dije ni pío del precio de los cartuchos.

1 mayo, domingo

Por la mañana dimos un garbeo. La Alameda estaba llena de grupos escuchando los altoparlantes. Al tío todo se le volvía decir que mucho calentar los cachos a los rotos, pero que lo que había que enseñarles, no más, es a trabajar. La Anita le preguntó si eran comunistas, y él, que ni saben lo

que son y que lo único que quieren es embolsarse un fajo de plata esquivando el poto, pero que ya se sabe que en ninguna parte pagan por dormir, que si él, de recién llegado, se tumba a la bartola en lugar de aplicarse a recoger paltas, andaría ahora hecho un roto de mierda, y hasta aquí llegamos, no más. Luego la tomó conmigo y empezó con que si sabía cuál era el mejor sindicato y el mejor partido, y yo, por darle carrete, que cuál, y él, que el trabajo y el ahorro. ¡Mucho cuento! Me gustaría verle al candongo de él con quinientas calas mensuales en el bolsillo en plena juventud. ¡No te giba!

Según íbamos, por la tarde, al hipódromo en la furgoneta me dio por pensar en la jeta que pondrían los de la panda si nos vieran en este plan, yendo en coche a ver saltar a los caballos, como los señoritingos allá. La chavala iba como unas pascuas y se había puesto más bonita que un San Luis a pesar de que el bombo ya se le nota. Después resultó que en el hipódromo había más rotos que otra cosa y que los gilís silban y vocean como si fuera el fútbol. Yo aposté con la tía, pues a ella le pasa lo que a mí, que si no media un interés todo esto se la trae floja. Nos tocó palmar tres veces, pero ella como si tal cosa, me agarraba del cuello y me decía al oído el número del que iba a ganar y apostábamos, pero volvíamos a perder, y ella se reía las tripas. La Anita y el tío andaban en las gradas y, cuando regresamos, el cipote de él me salió con que me dijera mi señora lo que él le había dicho y a la chavala le daba lacha y fue él, entonces, y salió con que lo que le había dicho, y me lo repetía a mí porque nunca se dirá bastantes veces, es que no debo fiarme de la suerte, y que el juego más seguro es el trabajo. ¡No te amuela! Empieza a gibarme esto de andar todo el día de Dios sermoneándome y no poder uno ir ni al váter sin que el marrajo se entere. Verdaderamente carga ya tanto consejo. Bien mirado, uno ya está criadito y, más o menos, ha demostrado que sabe desenvolverse. Vamos, me parece a mí.

La chavala me dijo esta noche que hace días le parecía sentir el chaval, pero que hoy, en las carreras, está fija. La panoli que me iba a reír, pero que la criatura pateaba cuando los rotos lo hacían y que cuando ellos lo dejaban la criatura paraba quieta. Por no enojarla le dije que todo es posible. Luego me salió con que qué había perdido y ya le dije que nada, que pagó la tía. Dice la chavala que la tía es generosa y para mí que sí que lo es; lo que sucede es que tiene al lado al husmia ese que la come la voluntad. No quise decirle nada de que la tía me agarraba del brazo y me cogía por el cuello y me hablaba al oído, porque a lo mejor ni lo entiende y va a interpretarlo de otra manera.

3 mayo, martes

Me levanté con mal cuerpo y a la hora de comer no podía parar. Tenía las piernas como de plomo y me dolían las espaldas. El tío no dijo nada, pero a la legua se ve que le giba también que yo me enferme. La chavala, que antes es Dios que todos los santos y que me acostara y que el tío podía decir misa. La Anita llevó la radio a la pieza y hemos estado los dos, con la tía, toda la tarde oyendo música. Cuando tocaron *El emigrante* se me puso una cosa así sobre la parte que yo no sé a ciencia cierta si era murria o gana de hacer del cuerpo. A la chavala se le iban las lágrimas y la tía le dijo cabrita, y entonces ya se arrancó y la tía me explicó que era por causa de la guagua y que no me chupara por eso. Terminé con la cabeza loca. Para mí que tengo calentura.

4 mayo, miércoles

A ratos me pienso que el tío lo que es, es un mala uva de tomo y lomo. Parece como que la gozara faltando y pinchando sin más. Vamos, lo que yo le digo a la chavala, ¿pero es que hay alguien que guarde cama sólo por capricho? Bueno, pues hoy entró y venga de gibar la parte y de que si al cabro le duele la guatita, pues, y que si tal y que si cual. Yo le dejé hacer y, cuando se cansó, le dije que llevaba la sacristía abierta, y el cipote entonces se largó más corrido que una mona.

Te pones a ver y no vale la pena dejar las cosas que a uno le petan ni por un saco de plata. A mí me perdió el ansia y no hay más. Uno quiere de todo, más cuartos, y más perdices, y más liebres, y luego resulta que no es la plata, ni las perdices, ni las liebres lo que interesan, sino esto, o sea, el corazón y el afecto de verdad. El hombre no es un animal de bellota y para algo ha de tener la mollera, digo yo. Bueno, pues a veces la cabeza falla, porque la avaricia la ciega y la pone como tolondra. Porque, vamos a ver, ¿qué me faltaba a mí allá? Nada, a decir verdad; mal que bien tenía un cacho pan que echarme al cinto, una casa curiosa, media docena de amiguetes de los fetén y una escopeta y unas perdices para distraerme. ¿Que hay otros sitios donde dan más? De acuerdo, pero tampoco faltan donde den menos. Lo malo es que uno ya se ha determinado y, de grado o por fuerza, no queda otro remedio que achantar la mui y apencar con lo que haya.

Pasé la tarde con la chavala. Anduvimos con la radio. Hoy se oía mal. Dice la tía que habrá temporal en la Cordillera.

5 mayo, jueves

Escribí a mi hermana y a Melecio. La Anita escribió a los viejos. Sigo con un dolor de espaldas que no puedo parar. Cuando llegó el tío me hice el soca. Aparte la calentura, me han salido dos bubas en el labio de arriba y no estoy para grescas. Tendré que desistir de salir al campo el domingo.

6 mayo, jueves

A veces pienso que la tía… No sé, no sé. Tampoco es cosa de hablar por hablar. Esta tarde entró en la pieza y, de que la enfilé, ya me olí la tostada y, para parar el golpe, le pregunté por la chavala. Ella, que no sabía vivir sin mi señora, y que andaba fuera a pegar las estampitas al correo, y que no me chupara, que tampoco venía a comerme crudo, sino a saber de mi salud. Se sentó al borde la cama, empezó a enredar con el embozo y me preguntó, como quien no quiere la cosa, si antes de casarme con la Anita tenía yo en el pensamiento el venir a América. La contesté, lealmente, que de higos a brevas me pasaba por las mientes que si me caía el gordo me gustaría hacerme una nueva vida allá, o sea, acá, pero que seriamente no lo tenía determinado. Luego saltó con que qué laya de mujeres nos gustaban a los españoles y yo le dije que, a Dios gracias, sobre eso no hay patrón, pero ella me dijo que tenía entendido que nos agradaban más bien las macicitas y calientonas. Le dije que en mi caso no, ciertamente, ya que la Anita es tirando a flaca, como podía ver, y ella salió con que ya lo había notado y que si a mí no me había costado eso un desengaño. Lealmente le contesté que no sabía por dónde iba, y ella, que a juzgar por mi tío y por sus aficiones de diez años atrás, la Anita no era percha como para hacer berrear a la gallada. Le respondí que, naturalmente, eso iba en gustos y que de todas maneras la Anita engaña. De repente la tía calló la boca y empezó a entornar los ojos y me cogió la mano y dijo que cómo andaba el pulso. La dejé hacer y, en éstas, se oyó la puerta y ella se levantó como un cohete y dijo que era mi señora y que de pulso estaba bien. A la Anita no le dije una palabra.

Tardé en dormirme pensando dónde querrá ir a parar la tía. La chavala porfía que es cariñosona y yo, la verdad, no lo dudo, pero también el cariño, me parece a mí, debe tener un límite.

8 mayo, sábado

Esta mañana me incorporé al tajo. Estaba baldado y le dije al tío que, si no le importaba, me diera menos carrete que de ordinario. No contestó, pero, al marchar el carro, me dijo que aprovechara la vereda del Efrén para no fatigarme. Me pareció que el marrajo lo decía con retintín, pero, en la duda, preferí cerrar el pico.

Por la tarde anduve donde Lautaro. Echamos un cacho y me tocó palmar. El Oswaldo también palmó y a la hora de pagar se puso imposible. Le pregunté qué ocurrió, por fin, en el hotel y dice que sigue dándole a la manivela porque acá falta coraje para despedir a nadie. Regresé a casa temprano y me acosté sin más. Los tíos se fueron con la chavala al biógrafo.

9 mayo, domingo

Me despertaron a las nueve para subir a Farellones. Por lo visto lo decidieron anoche al salir del cine. La tía bailaba en una pata y entre ella y la chavala llevaban el cesto con la merienda. Cogimos la rubia en la Alameda y a escape tiramos para adelante. Verdaderamente, el camino vale la pena. La carretera es tan empinada que talmente parece que uno volara. Y luego, las revueltas. Porque uno no es así de marearse, pero el caminito es como para echar los hígados el más pintado.

A la mitad nos paramos a ver el panorama. De fantasía, vamos. De la parte abajo queda el río rodeado de árboles, casi todos sauces llorones. Luego se ve la carretera, empinándose y dando vueltas y más vueltas, y las chacritas entre lo verde, y vas alzando la vista y los árboles cada vez son menos y la nieve cada vez es más y, cuando levantas la jeta del todo, en los picos no hay más que blancura por todas partes y sólo los cóndores y los jotes volando entre las quebradas con una majestad que no veas. Arriba es un espectáculo. Cosa de sueño, vamos. Las casas son de madera y los tejados de lata, y encima de las latas te ponen cuatro piedras los gilís para que el viento no se las lleve. Dice el tío que cuando sopla el puelche se va todo a la chuña y yo le dije que será como el matacabras allí. Él se cachondeaba y que no hay caso; que aquí te agarra una noche el puelche al sereno y al amanecer estás cagando fuego sin remedio. ¡Gibar! Dimos un clareo y la tía dijo si no sentíamos como fatiga. Lealmente le dije que nanay, y ella entonces que intentara subir el cerro ligerito, ya vería lo que era bueno. Me puse a ello y a las diez zancadas no podía con mi alma y resollaba como un perro en agosto. Los tres se reían

las muelas y el tío salió con que era la puna y eso pasaba porque andábamos en los tres mil metros y el corazón no aguanta bien esas alturas.

Todo alrededor eran picos nevados y en uno, a mano derecha, andaban varios grupos esquiando. Anduvimos un rato quietos parados viéndoles manejarse. Luego comimos de lo nuestro en la hostería y sólo pagamos el vino. Dice el tío que pides el menú y 600 pitos por nuca. Ya le dije que a ver, que eso como en todas partes. Luego anduvimos aguardando la puesta del sol antes de bajar. Merece la pena subir aquí, aunque sea a pie, sólo por verlo. ¡La madre que lo echó, si parece cosa del otro mundo! El sol pega en los montes, que brillan como cristales en las quebradas, en cambio abajo es ya noche y, según se mete el sol, todo va cambiando de color y es como un juego de luces hecho aposta. Ni por soñación puede uno imaginar cosa más hermosa. Así es que cuando el sol terminó de esconderse nos miramos todos como panolis, como si acabara de aparecérsenos la Virgen o cosa parecida.

La Anita bajó tronzada y nos encamamos sin cenar. Ha sido un buen día, y lo que yo le digo a la chavala, si el tío estuviera siempre así, otro gallo nos cantara.

12 mayo, miércoles

Desde el lunes no encuentro en casa a la chavala cuando regreso. Ni ayer ni anteayer le dije una palabra, pero hoy le hice ver que no todos los días es el Corpus. La panoli se subió a la parra y me salió con que si oye la radio no me peta, si se queda acoquinada, tampoco, y si se va de paseo con la tía, menos, y que le dijera de una vez qué debía hacer para darme gusto. La verdad es que no le falta razón. Y te pones a pensar y tampoco me importa un bledo que la chavala la goce por ahí y lo único que me cabrea es que sea precisamente con la tía. Yo no sé por qué ni por qué no, pero la manera de ser de la tía no me gusta un pelo y ando ya con la mosca en la oreja con este asunto. Así que le hice cuatro fiestas y le dije que contara, y ella, que no habían hecho más que comprar cuatro pichanguitas y tomar once en El Negrito Bueno. Luego abrió el bolso y me dio un cenicero y me salió con que era un obsequio de la tía. Estábamos en éstas cuando empezó el sismo, la luz se puso a hacer guiños y los trastos de afeitar a sonar en la repisa, y, antes que lo pensara, la Anita saltó de la cama, lista como un conejo, se metió en el quicio de la puerta y yo salté detrás, y allá anduvimos hasta que cedió. La chavala empezó entonces a reírse y a decirme que estaba blanco como el papel, y la tía, a voces desde la cama, si habíamos sentido el temblorcito, y si estábamos chupados. ¡No te giba! Chupado no sé si estaré, pero a mí estos meneos me dan cien patadas y, de

seguir así, malo será que el mejor día no coja el portante y si te he visto no me acuerdo. Tardé en dormirme aguardando que repitiera, pero no.

14 mayo, viernes

Hubo carta de Melecio. El hombre, que allá tienen una primavera hermosa y que por aprovechar el sol y sacar al chavea al campo le ha dado por la pesca y se pasa los domingos con la caña en la mano en lo de San Miguel. Dice que no le pinta mal y que el domingo agarró un barbo de a kilo. El cipote porfía que se me echa en falta y que al salir de la sierra ni sabe lo que hacerse. La chavala andaba fuera y a falta de cosa mejor me puse a contestarle. Ya le tengo dicho a la Anita que para los de allá vivimos como duques y que nada de que si yo estoy de recadero, ni de si el tío nos tiene a pupilos. Así que le dije que sigo en la barraca de encargado y que los domingos apenas puedo salir al campo porque el tío es aficionado a los caballos y a las excursiones y con el carro de casa tenemos todo resuelto. Le dije también que verdaderamente América es un mar de oportunidades para el que llega con ansia de trabajar y que malo será que en unos años no me labre un porvenir aquí, pero que, pese a todo, la tierra tira y la chavala y yo nos damos las grandes sesiones a hablar de lo de allá y que, para ser sincero, ya me agradaría hacerles una visita de Pascuas a Ramos. Le conté lo del cacerío, pero no le dije ni palabra de que estas perdices están medio apeleladas y se le arrancan a uno de los mismos pies. La chavala no llegó hasta las diez con la tía. Por lo visto estuvieron viendo una película de la Lola Flores. El tío ha andado toda la noche como cabreado. Digo yo si no le irán bien las cosas, pero como uno aquí es un don nadie, no me queda otra salida que callar la boca y aguantar.

15 mayo, sábado

Hoy armamos parlamento en lo de Lautaro. Oswaldo se presentó con otro amiguete cazador, un tal Luis, pero como la gente esta es así, porfió que no le llamase Luis, sino Lucho, que eso de Luis parece un nombre de ceremonia y que él es muy gallo y la ceremonia no le va. El mandria es uno de esos gichos que todo lo sabe y nada le pilla de sorpresa. Quedamos en ir a las tórtolas el domingo 25. Dice que tiene autorización para un fundo donde hay pájaros como de aquí a Penco y que lleve munición en cantidad. Jugamos un cacho y luego Efrén se quedó como achucharrado y Lautaro le preguntó que qué ocurría, y él, que lo de siempre, que andaba pensando en la forma de hacer plata, que todo el mundo que acá hay más caso que en Europa, pero que él,

mierda. Lleva cinco años y como si nada. Metió el cuezo el Dativo, que eso, como todo, es cuestión de voluntad, pero Lucho terció que la plata, como las mujeres, es suerte y nada más, aquí y en la quebrada del ajo. El Efrén, que de acuerdo, que él ha parado en varias capitales de postín y, a veces, le salían con que qué bien se daban acá las chavalas, pero a él como en todas partes. La cosa se calentó y Lucho le preguntó al Efrén si él dio gancho alguna vez, pero el Oswaldo saltó con que para saber si con una cabrita hay o no algo que hacer no hay como atusarla tras de los cachos y si reacciona, bien, y si no, al garete. El Efrén, que eso eran huevadas, pero que de todos modos le dijeran dónde había que atusar para hacer plata, que era lo que interesaba. Lautaro dejó el mostrador por meter baza y saltó con que la plata llama a la plata y que sin unos pitos de principio no hay caso, y entonces el Efrén dijo que partiéramos del supositorio que él tenía unos pesos y que qué era lo siguiente que había que hacer. Dativo voceó que ¡pucha!, invertirlos, y el Efrén, que eso se dice pronto, pero en qué. Se atocinó el Oswaldo y salió, con razón, que eso depende de la cantidad, y entonces tercié yo que también de los conocimientos y las aficiones. El candongo del Efrén todavía meneaba la cabeza y no paró hasta que nos hizo cabrear a todos por turno. Lo cierto es que cuando se acabó la discusión eran más de las siete.

Quedé con el Oswaldo y Lucho para el próximo sábado. Lucho volvió a insistir en lo de la munición. Eso se dice pronto, pero ¡gibar, que son tres pelas cartucho!

16 mayo, domingo

Esta tarde no salimos. La chavala andaba con mal cuerpo y nos dio casera. Los tíos se quedaron con nosotros y, al fin, el tío aceptó un julepe asistiendo como mandan los cánones. El torda tiene mal perder y una vez que le encarté un seis de copas a poco me esmorra. La tía la gozaba y salió con que esto del julepe parece un juego de taberna. No sé qué será, pero lo cierto es que matamos la tarde. Al acostarnos, la Anita, me parece a mí, andaba con más garbo.

18 mayo, martes

El jueves, el cumpleaños de la tía. Según dice, va a armarla de pata y quincha. ¡No te giba! Ella sabrá con qué se come eso. Salí con la chavala y la compramos una cerámica.

19 mayo, miércoles

El marrajo del tío, como me olía, me hizo un drama. Quise explicarle que hoy los pesos nada, pero se puso de unas formas que bien creí que le daba un mal. Salió otra vez con lo de las paltas, y lo que embolsaba hace treinta años por laborear de sol a sol, y que con esa mano tan abierta que yo tenía jamás de los jamases podría llevar dos chiches en el bolsillo. Le hice ver que todo Dios en la barraca solicita anticipos y él que quién de ellos era el sobrino del patrón y quién de ellos había salido de roto pidiendo plata adelantada. Callé la boca, pero ya veo que con este hombre es peor. Cogió la pichicharra del ahorro y empezó con que no hay que mirar lo que cuestan las cosas, sino lo que se gana, y si se gana diez, ahorrar cinco, y si veinte, diez, y si dos, una, pero el secreto es ahorrar siempre aunque el estómago se chinche y uno tenga que dormir al raso. ¡Mucho cuento! Por las buenas quise hacerle ver que eran puntos de vista distintos y que los jóvenes pensábamos de otra manera, pero el cipote, loco, empezó a darse manotadas en la cabeza, se desbarató el pelo y se puso a faltarme y a decir que así nos pintaba a los cabros de hoy con nuestras teorías, y que el respeto siempre era el respeto, y que para él su padre era Dios sin otra ciencia que sus años, pero que ahora la juventud se ciscaba en la experiencia y que hoy en día cualquier huevón de mierda por el hecho de ser joven ya se creía más capaz que su padre y que su abuelo. Al torda de él sólo le faltó abanicarme. Todo para acabar soltando una sábana como corresponde.

La Anita no estaba en casa cuando llegué. Por lo visto ha andado con la tía de compras para la fiesta de mañana. Al acostarnos le conté lo del tío. Ya le digo que la paciencia tiene un límite y no respondo de que un día no se me suelte la izquierda y le ponga al tío la cara del revés. Muy larga tiene la lengua para cosa buena. No sé, no sé.

20 mayo, jueves

A la tía le agradó el obsequio. Ya le dije que un poquito de gusto nada más, y ella, que lo más de agradecer era el cumplido. Luego dijo que almorzaría en casa su pura mamá y le dije, lealmente, que bien creí que no tenía, y ella, con toda la intención, que si por vieja. La fetén es que la tía se gasta unas maneras de mirar y de decir las cosas que le queda a uno parado. Luego llegó la vieja, que tiene unas formas de hablar que no hay cristiano que

la entienda. ¡La madre que la echó! Dice la Anita que es el habla del campo, y entre eso y que le faltan los dientes, no hay manera, vamos.

El tío y yo nos fuimos por la tarde al tajo como un día más. De regreso estaban ya los invitados. ¡A cualquier cosa le dicen acá fiesta! Había un matrimonio gallego, la vieja, el contable y pare usted de contar. El tío hizo las presentaciones y el Carballeira venga de hacer aspavientos. ¡Qué cosas! Le decía el tío: «Cuéntale a mi sobrino cómo llegaste a Chile, pues», y el cipote abría los brazos y me enseñaba las manos bien vacías y luego soltaba que con lo puesto. Así nos tiramos casi una hora. Y luego el gilí del contable, que no echaba una mano ni para Dios. Y el otro venga de que ahora tenía para empapelar la casa con billetes de a mil y que podía decirlo con la cabeza bien alta, cosa que no pueden hacer todos. Dios los cría y ellos se juntan, como yo digo. Menos mal que la galleguita salió sandunguera y empezó con que poner música y arrinconamos los trastos y nos pusimos de bailoteo. El Carballeira no lo hacía mal del todo, pero todavía hay clases. Como ni el tío ni el contable se manejaban, él y yo nos dimos el lote. Ni la tía ni la otra me dijeron a mí palabra, pero la fetén es que no me quitaban ojo y, por dos veces, le oí decir a la gallega en voz baja que «por bailar un tango con el cabro se podía dar plata». Luego la tía se arrimaba y se me hace a mí que no estaba a lo que estaba. Cuando se largaron y el tío se fue a llevar a la abuela, me dijo la tía que bailaba como los ángeles, y yo que tampoco ella lo hacía mal y que ciertamente yo me pirro por el baile. Luego le pregunté dónde hizo la fortuna el Carballeira, y me dijo que con las cortas, en el sur. Razón le sobra al Efrén cuando dice que acá nadie le cuenta a uno los pasos que hay que dar para hacerse rico.

La chavala andaba amoscada al acostarnos. La verdad es que lleva una temporada que por un qué arma el trepe. Le pregunté qué le pasaba ahora y me salió con que yo había echado más bailes con la gallega que con la tía y ella juntas. La hice ver que era la forastera, pero como si no. Cuando se pone burra es mejor dejarlo.

22 mayo, sábado

Me vi con Lucho y el Oswaldo donde Lautaro. Quedamos a las cinco, porque, a lo que dicen, tenemos tres horas largas de tren. El Lucho cogió la perra con que, si soy tirador de perdiz española, mal ha de dárseme la tórtola, pues. Ya le dije que algunas de ésas tengo bajadas también allá, pero él, que a pesar de todo. Lo dejé porque de otro modo sería el cuento de nunca acabar.

El mandria este todo lo sabe, inclusive lo que uno puede y no puede hacer. ¡No te amuela!

Pensaba acostarme temprano, pero salieron con que al biógrafo y cerré el pico. ¡Seré panoli que hasta rilis me da decirle al tío que salgo al campo mañana! La chavala, como si no fuera con ella.

23 mayo, domingo

El cazadero es cosa linda, con un montecillo de espino arriba, el valle de sembrados abajo y, para remate, la cordillera de la costa, que no es que sea los Andes, ya se sabe, pero también se las trae con abalorios. La tórtola andaba en corros en el monte y con el gris salía recia como un tren. De primeras no corté pluma y el Lucho empezó a voces con que esto no era la perdiz y que ya me había advertido. Mucha labia es lo que tiene éste, pero también se chinchó porque él bajó la primera, pero luego se lió a soltar cohetes y no quedaba otra ni por milagro. El torda del Oswaldo, ni ademán. Al cabo de un rato las cogí el chiste y hasta caí dos de un golpe. Le voceé a Lucho y el cipote, que duro. A mediodía se me arrancó una liebrota tremenda de unas pajas, un sí es no es larga, y la solté los dos, aunque bien vi que del primero la había tocado. ¡La madre que la echó a la zorra de ella! Renqueando de una pata se me perdió entre unos carrascos y aunque los maneamos luego a ciencia y paciencia, nada. La cosa me puso de mal café. Siempre giba perder una caza, pero si se trata de una liebre como un perro la cosa es más grave. Cuando nos sentamos a comer, Lucho llevaba tres tórtolas y yo siete y el torda del Oswaldo todavía no se había estrenado. El cipote de él tenía la nariz como un pimiento y los ojos atorados, y Lucho se puso a reír a lo mandria y a decirle está curadito el gallo, pues, y venga de beber él también, y luego, al ver las siete cazas, que ya me dijo que el secreto era cogerlas el aire y que la cosa iba bien. Yo quise quitarle al Oswaldo la idea de seguir cazando, pero no hubo manera. Tiró a una diuca posada en una piedra y no dejó pluma. El cipote se reía las tripas, y que qué tal. ¡Ya ve usted qué gracia! Yo iba frito porque el muy panoli soltaba tiros sin ton ni son y por dos veces me silbaron los perdigones. Le voceaba que ojo, pero como si cantase. Lo que más me giba es que si uno va con una preocupación, ya ha cazado. Uno está en otra cosa y cuando la pieza se arranca, con un ojo hace a ella y con el otro al peligro. Menos mal que sobre las cuatro apareció un gicho a caballo, hecho un paquete, y se llevó al Oswaldo a la grupa. Le pregunté a Lucho por qué el tipo ese llevaba la pechera de colorines y la manta y unas espuelas de a metro, que si había fiesta, y el cipote, no sé si por coña, que acá los campesinos visten así. Ya sin

el Oswaldo, me serené y bajé cuatro pájaros más y Lucho hizo otro par. Total, once por cinco. Menos da una piedra. Camino de la estación le mostré el ramo a Lucho y el mandria, que las pegaba bien y que ya el Oswaldo le había advertido. No quise ensañarme con él. El Oswaldo andaba como un tronco en el andén, con la escopeta y el morral de almohada. El cipote tenía los cartuchos dentro. ¡Hay que gibarse!

El tren la echó larga hasta Santiago. ¡Seis horas, que se dice pronto! ¡Llegué con las espaldas muertas! Y lo peor es que uno no acaba de gozarla, porque lo que yo me digo, la caza no es sólo la caza; la caza es el amiguete, y la compenetración, y la perrita de uno, y las querencias y todo. Y aquí, o es que uno no está hecho, que todo puede ocurrir, o es que echa de menos el asunto de allá. Y la fetén es que te pones a ver y en ningún cacerío de mi tierra solté los tiros que hoy. Ciertamente no hay cosa con cosa. Uno, con todo su golpe de estar de vuelta, no sabe ni tampoco lo que quiere.

25 mayo, martes

Esta mañana me confesó el Efrén que dispone de veinte mil pitos y por eso dijo todo aquello el sábado donde Lautaro. ¡Mírale el cipote de él qué callado se lo tenía! Puestos a mirar, veinte mil pesos no van a misa y tal como están las cosas ni para papel de fumar. El mandria, que si más adelante veo una oportunidad, cuente con él.

Hoy ha sido el primer día de invierno fetén. El cielo está anubarrado y desde casa se ve la Cordillera llena de nieve.

26 mayo, miércoles

Por primera vez desde que llegamos, la Anita andaba fuera sin la tía, al regresar del tajo. Pregunté por ella, y la tía que con la señora de Carballeira a comprar unas braguitas para la guagua. El tío andaba en la oficina y yo no sabía a qué carta quedarme y la tía me dijo entonces que si no me importaba pondríamos la gramola y bailaríamos un rato, que el día de su santo se quedó con ganas de danzar conmigo hasta no dar más. La cosa me olió a chamusquina, porque ella, además, andaba en bata, pero tampoco era como para desairarla y empezamos con que si un tango y con que si un pasodoble que no sabíamos dejarlo.

Ella se arrimaba y dale con que si yo era un gallo harto encachado, y luego que, bien mirado, no era más que un cabro y, para colmo, empezó a transpirar y a dar suspiros y me dijo que la oprimiera, pues, que si no se

perdía. Al cabo de media hora dijo que descansar y se sentó en el sofá pegada a mí, y yo me retiraba un poco con disimulo, pero ella, dale que dale, y así hasta el tope. Cuando me vi arrinconado no se me ocurrió cosa mejor que preguntarle por la mapuche, y ella, que también andaba fuera, y entonces me puse a sudar por cada pelo una gota. Ella sacó un pañuelo y me lo pasó por la frente y que por qué esa manera de transpirar, pues. De repente me salió con que yo le gustaba y que no era culpa suya tener un cuerpecito calientón, ni de que el viejo estuviera ya para el gato, y que de ponerle la cresta siempre sería mejor hacerlo en familia que no del lado afuera sacando los trapos sucios a la ventana. ¡Valiente zorra! Después la cogió con que la Anita era una buena cabrita, pero de lo que nos gusta a los hombres, ni caso, y que ella la había tomado ley, pero que eso no tenía que ver para que los dos pasásemos juntos un buen rato. ¡No te giba el cacho pendón este! Menos mal que llegó a tiempo la mapuche, si no, no sé. La tía la puso a caldo porque nos había cortado de forma que ni decirla pude cuántas son cinco. El caso es que me quedé medio apelelado cuando, puestos en lo justo, yo debí decirle que era una guarra de tomo y lomo y que tonto sería irme a la cordilla teniendo solomillo en casa. Callé la boca, sin embargo, por no enredar más el asunto, pero llegados a este extremo habrá que tomar una determinación. ¡Vamos, que también gibaría que por una vaca vieja fuese yo a echar a rodar la familia y la dignidad! Conozco a la chavala y ni con la Ava Gardner que fuese me pasaría ella una aventura. Cuanto más con este saco. La cosa me ha dejado como tolondro.

De momento, a la Anita mejor no decirle una palabra. Si la tía es un pendón, de ella para mí, pero dejaría de ser un caballero si me faltase tiempo para ir por ahí con el cuento. Punto en boca y andar al quite.

A la chavala, que si no es conmigo no vuelva a salir de casa a ciertas horas. Saltó que si ya estábamos con la de siempre y lo que yo le dije, que a ver, y que no olvide lo que la digo. La mujer, para no perder la costumbre, se acostó con las lagrimitas.

28 mayo, viernes

Lo de la tía no se me va del pensamiento. Y la zorra de ella, como si tal cosa. Dale con las miraditas y con las chorradas. Y puestos a ver no es que sea una venus, pero, para sus años, no tiene mal cuerpo y de cara no está mal. Demasiadas carnes, en todo caso. Y el cipote del tío en ayunas. Ya le aconsejaría yo que menos currelar y más pesquis. Claro que llegada cierta edad tampoco él tiene la culpa. Ahora le diría yo a Melecio si el hombre se gasta o no se gasta. Él porfiaba que no, que sólo con la muerte. Ya lo ves. Y

es de cajón: ha de llegar una edad en que uno sea un punto indiferente y los pechos y las nalgas de una mujer no le digan nada.

A la chavala, ni mus. Dejaría uno de ser un caballero.

29 mayo, sábado

Caí por la tarde donde Lautaro. Echamos un cacho y palmaron Lucho y el Efrén. No salía conversa y lo dejé temprano. De caza, nada. Ando como achucharrado. Más adelante veré de agenciarme una perrita y manejarme por mi cuenta. Me tinca que, bien organizado, también la perdiz de acá puede proporcionar buenos ratos. Allá veremos.

En todo el día de Dios dejé de pensar en la tierra. Y es que nada como la casa de uno. Por vueltas que se le dé siempre iremos a lo mismo.

30 mayo, domingo

Anduvimos con los tíos en el Estadio Español. Ya está bien montado esto, ya. La piscina es cosa de fantasía. Y luego, la bolera y el frontón. Verdaderamente no le falta detalle. Y luego esa idea de dar a los edificios los aires de allá. Todo está pero que muy bien traído. El tío salió con que cuando me labre un porvenir podré asociarme. ¡No te amuela! Cuando me labre un porvenir ya sé yo lo que habré de hacer sin necesidad de que él me lo diga. Desde lo de la tía me da lacha cada vez que el hombre este abre la boca. Y es que nunca pierde tanto uno como cuando su mujer le falta. Es cosa comprobada. Desde ese día, la fetén es que yo veo a este gicho como un pelele, sin carácter, ni agallas, ni nada de nada. Y en realidad, lo que diría el otro, ¿qué culpa tiene él? De acuerdo, pero la vida no tiene entrañas, ya se sabe.

El tiempo abrió hoy. Vimos el sol y a media tarde hacía una temperatura hermosa.

1 junio, martes

Sin venir a qué, hoy empecé a darle vueltas a las salidas de la chavala con la tía y hasta que no me la eché a la cara no pude ponerme quieto. Le pregunté dónde iban, y ella que por ahí. Le dije de malos modos que dónde era por ahí y ella porfió que pues por ahí. Me puse loco y la dije a voces que se explicara. Me salió con que qué mosca me había picado ahora y ya le dije que eso era cuestión mía y que lo que quería saber era dónde rayos la llevaba la tía cuando salían juntas. ¡También gibaría que la zorra de ella me la estuviera

malmetiendo! Bueno, finalmente dijo que tres tardes estuvieron de compras, dos al biógrafo y dos tomando once en El Negrito Bueno. Le pregunté si la había presentado hombres y ella que a qué ton. Ya le dije que contestara y no se preocupase de más. Acabó reconociendo que uno, en el cine, y le pregunté qué trazas tenía y si se sentó con ellas. La chavala, que bien trajeado y que nones. Entonces le dije si habían salido con alguna otra mujer, y ella que eso no. Luego anduve apretándola para que soltase de qué hablaban, y ella que de cosas de mujeres, pero yo porfié y terminó por decirme que la tía le contaba cómo sisaba al tío, y también que a los hombres hay que dejarles que crean que mandan para luego hacer una lo que se la antoje. ¡Qué bonito! Le pregunté si no le hablaba de mí, y ella que a cuento de qué, pero seguí, erre que erre, y acabó por reconocer que alguna vez la tía le había dado consejos para atraerme, e inclusive le preguntaba si tenía posturas, y que ella no sabía a punto fijo qué quería decir, pero decía que sí para que callara la boca. ¡No te giba la tía guarra esta! Motivos me sobran para saltarla las muelas de un testarazo, y si me dejara llevar, por Dios bendito que iba a oírme. Estoy negro. La Anita venga de preguntarme qué pasaba ahora con la tía y ya le dije que, como pasar, nada, y que un poco de curiosidad le pica a cualquiera. He andado dando vueltas en la cama hasta las tantas para luego no determinar nada.

3 junio, jueves

Cada vez que me echo a la cara a la tipa esta me descompongo. Desde el primer día ya me olió que no era trigo limpio. ¡Qué no serán las corazonadas! Este mediodía el cipote del tío empezó a hacerla monerías y a decirle mi perrita choca y tuve que largarme para no dar el espectáculo. ¡No te giba! Y la pingo de ella como si nada; poniendo caras y meneando las cachas cada vez que me adelanta por el pasillo. Hay que echarle calma al asunto. ¡Ni sé lo que debo hacer, ni lo que procede, ni nada! Desde luego habrá que determinar algo. Y lo grave del caso es que la prójima, bien mirado, no deja de tener su qué.

Se ha pasado el día diluviando. Según el tío, ahora hasta agosto. ¡Estamos apañados!

5 junio, sábado

Mira tú por dónde se resuelven las cosas. Ya sabía yo que esto terminaría mal. De qué si no. La cuerda se rompe siempre por lo más flojo, ya se sabe.

Ahora sale la chavala con que si fui demasiado lejos y que si tal y que si cual. Esto pasa cuando llueve sobre mojado. Pepita en la lengua no tengo. Si yo he aguantado lo que he aguantado, a la Anita y a sus viejos se lo deben; si no de qué. Así se lo solté a la chavala y que lo comprendía. Uno no será un señorito de cuna, qué coño, pero tampoco un robaperas. Lo que yo le digo a la chavala, la paciencia tiene un límite. Y luego estaba lo de la otra; la pingo esa que sólo de oírla me atufo, vamos. Y no es aquello de que el tío tenga o no tenga razón con lo de la letra. Pero pasemos porque yo dejara la letra donde no debía. ¿Qué tiene eso que ver con que yo me reúna los sábados con cuatro gallos a beber unos tragos? Si él empleaba las tardes de los sábados y los domingos en aprenderse la ciudad y relacionarse, con su pan se lo coma. ¿Le he censurado yo, acaso? Entonces, por qué ley ha de reprenderme él a mí si parlo con el carrero, o si me bebo un trago con dos amiguetes, o si salgo al campo los domingos. ¿Es que hay algo más inocente que eso? Bueno, pues él dale con la mula, que ya está bien de farras y que no paga más vicios, y yo, implado, le solté que se buscara otro recadero a ver si lo encontraba por esa limosna. Al candongo se le escapaban los ojos cuando vino hacia mí con que si la culpa la tenía él por traerme en un vaporcito de lujo como un señorito, y que ésa fue su primera equivocación, y la otra meterme en casa como a un hijo, y ya le solté que eso tampoco, porque mi señora y yo pagábamos lo que comíamos, y el cipote loco que ¡rechucha!, que con ochenta pesitos ni el choclo amortizaba y que así le paga el diablo a quien bien le sirve. Entre las voces del torda y los ojos de la zorra de ella me puse negro y le solté todo lo que me vino a las mientes, entre otras cosas que lo que hizo al traerme de allá era lo que hacían otros gilís como él hace cien años y más con los negros del África, con la diferencia que él me trajo en un barco de postín, pero, como nada quería agradecerle, le devolvería uno sobre otro los pesos del pasaje, porque a fin de cuentas no soy un potentado, pero con ocho billetes, o con diez, o con los que sean, me limpio yo el ojete. Porque yo me cisco en la plata estando en juego el orgullo, cosa que él no sabe hacer porque le faltan arrestos para eso. El marrajo venía a mí con las del beri y menos mal que le agarraron a tiempo que si no le descresto. Al gilí se le iba el moquillo cuando voceaba que más leso era él por confiar en nadie y que ya me las estaba endilgando de su casa al tiro, y ya le dije que recién amaneciera, y para no guardarme nada le solté que si sabía qué se pensaban de él en la barraca, y el torda, a voces, que qué tenían que decir de él en el negocio, y ya le dije que los del negocio y yo, y yo y los del negocio, pensábamos que si tuviera la mano tan abierta como la bragueta, mejor nos pintaría a todos. Se quiso soltar y abanicarme y ya le

advertí que ojo, que a mí no me había tocado ni mi padre, que gloria haya, y que no hiciera algo de lo que tuviera luego que arrepentirse. La Anita se vino a mí hecha un lloraduelos y nos largamos a la pieza. Bien sabe Dios que si no es por ella y por el bombo aún era floja.

He quedado con la chavala en que mañana buscaremos casa y trabajo donde sea. Colocaciones no me han de faltar. Tocante a lo de la tía, tentado estuve de desembuchar, pero finalmente cerré el pico. Una cosa no tiene que ver con la otra. Sentí dar las cinco sin pegar ojo.

6 junio, domingo

Por primera providencia dejamos las maletas donde Lautaro. La chavala andaba como achucharrada y ya le dije que a qué ton, que cuando menos ahora somos independientes. Pero que si quieres. La panoli ha andado todo el santo día con las lagrimitas. A Lautaro, el hombre, se le veía afectado. De entrada empezó con que mi señora era muy joven y yo, mosca, le dije que sí, que talmente parecía una cabrita, pero que ese disco ya lo conocía, y que ahora lo que procedía era encontrar una pieza barata donde dar con nuestros huesos. El hombre me recomendó una casa a dos cuadras, de una que le dicen la Verdeja, que tiene cuatro pupilos y, por un casual, hace dos días se la desocupó una pieza de matrimonio. Allí nos presentamos y la casa, sin ser un palacio, no me hizo mal efecto, aunque la Verdeja parece una tipa así tirando a guarra y sin demasiados miramientos. La Anita salió con que se le hacía muy cuesta arriba quedarse allí con el cielo y la tierra, pero ya le dije que pronto haríamos amistades, y que, de momento, nada como meter las valijas en alguna parte. Finalmente nos quedamos con la pieza. La Verdeja, por venir de donde Lautaro, nos llevará quince mil pesitos al mes, y que más adelante, cuando nazca la guagua, conversaríamos, porque no ve fácil que mi señora pueda darle de mamar, porque mi señora tiene unos pechitos como paltas y que las criaturas necesitan otra cosa. ¡No te giba! Acá todo el mundo tiene que dar su opinión sobre la chavala y ya veo que el negocio es casarse con una vaca holandesa. En definitiva, no es que esto sea caro, pero habrá que apechugar para sacar adelante a la familia.

Hemos andado todo el día de Dios como tolondros. Bien mirado, estuve demasiado bravo con el tío, que, al fin y al cabo, no es más que un pelado y un calzonazos. Si me alegro es por ella, pues la cosa se iba enredando y uno, a fin de cuentas, no es un iceberg. Donde Lautaro anduve hojeando *El Mercurio*. Anuncian una plaza de ascensorista en el Munich. Mañana me presentaré. No es que sea una plaza de director general, pero menos da una

piedra. Además, lo que yo digo, si el Oswaldo, que es un flojo, aguanta, la cosa no será tan dura. Dice el Lautaro que el Munich cae en Monjitas, a cuatro cuadras del Lírico, y que es un hotel de postín. Por probar nada se pierde, creo yo, por más que, como diría el otro, en tanta probatura se le fue el virgo a Juana.

7 junio, lunes

Hemos extrañado la cama y me levanté sin pegar ojo. De primera intención me llegué a la esquina de la barraca y cuando apareció el Efrén con el carro le di la novedad. El hombre no quiso entrar en detalles y, cuando se los fui a dar, me salió con que había terminado con mi tío y eso bastaba. Le dije que iba a ponerme de ascensorista y no le pareció mal. Luego le dije que si le parecía bien seguiríamos viéndonos los sábados donde Lautaro. Él que conforme, y que se lo comunicaría al Dativo.

En el Munich aguardé una hora de reloj. Los hay que se los pisan, vamos. El hotel está bien puesto, pero había un mandamás con la jeta cuadrada que no hacía más que vocear a las chicas y a los botones. El cipote arrastraba las erres y daba órdenes como un general. Luego resultó ser el patrón y vino a mí y me preguntó si había manejado alguna vez ascensores de éstos, y yo le dije que ni de éstos ni de ninguno, y él, sin más, que podía largarme. Yo le dije entonces, con toda la cara, que no veía que el asunto requiriera mucha ciencia y que yo procedía de un centro de estudios. El cipote, de que me sintió hablar, que si español, y yo, tan templado, que y de los finos, y él que si recién venía llegando, y yo que sí, y él que si traía afán de trabajar, y yo que a ver, y entonces saltó el tío que le asaba la flojera del país y prefería personal de fuera y que podía quedarme provisorio y que León me enseñaría a la noche el manejo de estos trastos y que, si me parecía, eran cuatro mil semanales. Le dije que por la soldada bien y que a la noche a qué hora. Me dijo que después de cenar, que había poco movimiento, y a las doce dejé a la chavala en la cama moquiteando y me llegué, de segundas, al Munich. En el ascensor andaba un gilí de uniforme adormilado en una banqueta y le pregunté si era León, y él que el mismo, y le dije que era el nuevo y que el patrón había dicho que me enseñaría el manejo del ascensor. El panoli usa raya en medio y contesta de malos modos, pero no tuvo otro remedio que hincarla y me salió con que todo el chiste estaba en la manivela, y que hacia uno, subía, y hacia fuera, bajaba, y que el cuadro indicaba en todo caso de qué piso llamaban. Con toda su mala uva me subió a ciento por hora y al frenar me daba una cosa así, sobre la parte, como si quisiera devolver. El torda de él empezó con que

«ahora llamaban del cuarto», y «ahora del tercero», «ahora de arriba», y «ahora de abajo», total, que cuando lo dejé llevaba encima una mierda de cuidado.

Me di un garbeo para ventilar un poco la terraza. Cuatro mil semanales vienen a ser dieciocho al mes, menos quince a la Verdeja, quedan tres para vicios, que no está mal. De éstos y, si se tercia, de las propinas reservaré dos para amortizar los pasajes. Poco hombre he de ser si antes de un año no le he devuelto al tío hasta la última peseta.

8 junio, martes

Al marrajo del patrón le dicen don Herman, o cosa parecida. Por lo visto es alemán. Le confesé que ya estaba al tanto del ascensor y que podía incorporarme a voluntad. Él que mañana; verdaderamente no hay día más cerca. Anduve en recepción y una tipa así con una jeta muy particular me dijo que los ascensoristas tenemos tres turnos: seis, dos y diez de la noche, y que corren por semanas, y que mañana empezaría con el de tarde, y el domingo pasaría al de la noche, y así sucesivamente de semana en semana. La dije que al tiro y que mañana a las dos como un clavo.

No sé qué mosca le habrá picado a la chavala, pero hoy andaba como un cascabel. Ya le dije que a partir de este mes le daré quinientas para sus gastos. Al acostarnos me salió con que había escrito a los viejos contándoles lo del tío y dándoles la nueva dirección. Le pregunté por la Verdeja, y ella que es un pedazo de pan y que está deseando dar gusto, y que una disposición así en una extraña no se paga con dinero. No le falta razón.

9 junio, miércoles

¡La madre que lo echó! He acabado de ascensor hasta el pelo. Por curiosidad he contado los viajes: 313 para arriba y otros tantos para abajo. ¡Se dice pronto! Y menos mal que lo manejé con cuidado y las paradas las hice con calma, si no ¡de qué aguanto esta sesión! Luego las tías gordas que si llevaban dos horas llamando abajo, y ya las dije que otras llevaban tres llamando arriba y que uno no se puede dividir. ¡No te amuela! ¡También son exigencias! Ya quisiera yo verlas encerradas ocho horas en este cajón, y que ahora se enciende el quinto y luego el primero y luego la planta baja y uno está en el tercero y no sabe dónde acudir primero. Salí con la cabeza como un bombo. Para desengrasar, me llevé a la chavala al biógrafo, aunque sólo

vimos media película. Te pones a ver y el cine aquí está tirado. A cinco pelas hoy en una sala del centro.

10 junio, jueves

De propinas, cero. Hoy le pregunté a León, al hacer el relevo, y el panoli, de malos modos, que si cae algo es en el turno de noche, cuando algún cliente se larga y hay que despertarle y sacarle las valijas al portal. El cipote me mira con malos ojos. Hoy me fijé que tiene la oreja derecha medio cortada, y de que el candongo me vio mirar, me salió con que era una gracia de los míos. Ya me iba a largar, pero le dije que se explicase y que qué era eso de los míos, y el mandria, que también era español y que no vino aquí por su gusto, sino porque nosotros le empujamos. Ya le dije que piano, que yo no había empujado a nadie, pero el torda porfió que eso o perder la cabeza, y que él prefirió largarse. Le pregunté si era emigrado de la guerra y él que a ver, y yo le dije que conmigo podía estar tranquilo porque a mí la política me la trae floja y que, por ese lado, tan amigos. El tío, de principio, se atufó, pero luego acabó reconociendo que, puestos a mirar, la política no sirve más que para hacer el caldo gordo a media docena de mangantes y que, en definitiva, a los que siempre nos hacen la santísima es a los pobres. Razón no le falta. Roto el hielo, la echamos larga y me preguntó de dónde era y el tío se bebía las noticias de allá con un ansia que para qué. Le pregunté por lo de la oreja y me dijo que era una reliquia de lo del Ebro. Yo le dije lealmente que anduvo con la chorrina, porque le agarra un poco más dentro y se lo lleva pateta sin decir ni mus. El panoli que no sabe qué hubiera sido peor. ¡Vamos, anda! Quedamos tan amigos. Te pones a ver y el León es un buen chavea, porque lo que yo digo, a un individuo que deja su patria por las bravas no se le va a exigir encima que esté de buen café.

Hoy hice 297 viajes. Poco menos que ayer, algo vamos ganando.

11 junio, viernes

El don Herman este se gasta un talante de los diablos. Hoy la puso a caldo a la mucama, todo porque la pilló hablando con el novio por el teléfono del hotel. También a mí, de que asomé la gaita, me llamó a capítulo y me dijo que cuando me dirija a un cliente diga siempre «señor» o «señora». Yo le dije que de acuerdo. Luego me entregó el uniforme. Ya ha ido rápido, ya. Todavía no hace dos días de la prueba. Y bien mirado, no es que sea el del Centro, pero no está mal. Todo él va en gris y en las solapas lleva unas letras en dorado

que dicen H. M. (Hotel Munich). La gorra también es de plato, como la de allá, pero sin galones. Más seria si se quiere, pero resulta más pobre. Lo que sí está todo él es bien cortado; se ve que estas cosas las cuidan y se las encargan a un sastre de postín. Estoy contento porque otra cosa no, pero tocante a la ropa no me gusta ir de cualquier manera.

Hoy 321 viajes. Ya veo que el día que bajen de 300 estoy de enhorabuena. Hoy me dio por pensar que el día que me agarre un temblor dentro del ascensor va a ser la grande. La chavala me espera despierta todas las noches y conversamos hasta las tantas.

12 junio, sábado

Dejé razón donde Lautaro que no podía quedarme por el servicio, pero que el sábado próximo a la hora de siempre. Pasé por recepción a cobrar: 2855, que no está mal. Al don Herman este no se le escapa una. Al parecer, los domingos respetan el descanso, pero si uno quiere, cotizan la jornada como horas extraordinarias. El Oswaldo no tiene esa potra. De todos modos yo la dije a la tía de recepción que para mí el domingo es sagrado y que nones, aunque me paguen mi peso en oro.

Esta noche le pregunté a la Verdeja por los demás huéspedes. Dice que los dos son viajantes de comercio y que andan por el sur con la gira de invierno. A lo que es de ver, don Juanito, uno de ellos, que viaja calzado, siempre está de guasa. Dice la Verdeja que ya veremos cosa chistosa cuando regrese.

13 junio, domingo

Por la mañana anduvimos dando un garbeo por la Alameda. El tiempo está hermoso y mentira parece que sea la época que es, más o menos el noviembre de allá. Por la tarde estuvimos al fútbol, a ver al Colocolo, que a la gente esta la trae de cabeza, pero nada. Una pendejada de tres al cuarto. Lo único las alambradas en el campo para que no le tiren botellazos al árbitro. Dice la chavala que otro domingo prefiere el biógrafo. Menda se apunta.

A la noche anduvimos de recordatorios. Le dije a la Anita que no hace todavía tres meses que salimos de allá y que bien parece una vida y ella que si me recordaba de cuando bailábamos en la Cerve hasta las tantas, y yo le dije que cómo no, y la chavala que lo ve tan lejos que a veces piensa que lo ha soñado. ¡Qué tiempos! Luego me dijo que la Verdeja tiene un aparato de radio en la trastera y que podríamos arreglarlo. Ya la advertí que cuanto menos echemos la vista atrás, mejor, pero ella dijo, y con razón, que es lo

único que la queda cuando me voy al tajo. Verdaderamente no es que uno se encuentre aquí a disgusto, pero como en casa en ninguna parte.

14 junio, lunes

Hoy cayó la primera propina: cincuenta pesitos del ala. En realidad no hice otra cosa que llamar al del 450 a las cinco y pedirle un taxi. Luego le saqué las valijas al portal. Bueno, pues cincuenta por el servicio, que no está mal.

El turno de noche, a partir de la una, es tranquilo. Aunque el don Herman lo tiene prohibido, a las doce metemos una banqueta en el ascensor y a descabezar una siesta. Que suena el timbre, pues arriba; luego, otra vez a dormir. Me metí en la cama a las seis y hasta la una de mediodía ni respiré. Luego dispone uno de la tarde para dar dos patadas por el centro, como yo digo. Verdaderamente, si yo tuviera cuatro chiches ahorrados sería el momento de emprender un negocio. También la chavala prefiere este turno porque así no se aburre todo el día de Dios sola en la pieza. No sé a santo de qué, pero hoy la encuentro más abultada.

15 junio, martes

Ha vuelto a nevar de firme en la Cordillera y esta noche soplaba un gris de tente y no te menees. La chavala se ha mangado un buen catarro. De los tíos, ni una palabra.

17 junio, jueves

La patroncita cada día se esmera más. Ahora anda emperrada en que probemos los platos del país. Puestos a ver yo no corro por el choclo, ni por ninguna de estas cosas, pero siquiera me esfuerzo por no desairarla. A la chavala, en cambio, no hay Dios que la haga probar bocado. Hoy la Verdeja nos preparó unas humitas y la chavala, de que las vio, que nones. Por más que porfié no hubo manera. La patroncita se llevó un berrinche de órdago. Ya la dije que no hiciera caso, que mi señora era muy asquerosa para comer, y con mayor motivo en su situación.

Esta noche pasé más frío en el ascensor que un gato agostizo. ¡La madre que la parió! Mañana me llevo una manta como me llamo Lorenzo.

19 junio, sábado

Estuve con el Efrén donde Lautaro. También cayeron por allá Dativo, el Oswaldo y Lucho. Le pregunté al Dativo cómo iban las cosas por la barraca y que como siempre, pero que peor que eso era el estómago, que llevaba un otoño que ya no sabe qué inventar. Lucho me salió con que tiene un buen cacerío para mañana.

Ya le dije que ahora no, porque no quiero dejar sola a mi señora. El cipote se emperró en que ya me había dicho que venirse a América con la señora era una huevada, y lo que yo le dije, que gracias por la advertencia, pero que de todas formas había llegado tarde. El marrajo la gozaba y que dejémoslo no más; lo que yo le dije, que por lo que a mí respecta bien dejado estaba.

Cuando me largué, el Efrén se me vino a la rueda. Se veía que el hombre quería soltar algo pero mientras no llegamos a casa no se destapó. Entonces salió otra vez con los veinte mil pitos y en que ya le agradaría asociarse conmigo, y que ahora era ocasión, puesto que yo no dependía de nadie. Le dije que lo pensaría, pero que en el supositorio, que ya es suponer, de que yo encuentre plata, qué demonios podíamos coger, y él que lo dejaba a mi capricho y que el Dativo opinaba que un quiosco. No sé, no sé. Luego, he andado dándole vueltas al asunto toda la noche. Me llevé el abrigo al ascensor y he estado como Dios. Sin comerlo ni beberlo cayeron tres propinas. Cien pesitos en total; no para echar coche, pero menos da una piedra. De regreso me vino a las mientes don Heliodoro. No lo he vuelto a ver desde que fui con el Oswaldo a pedirle permiso para el fundo. Malo será que este hombre, que ha demostrado que sabe desenvolverse, no me dé un consejo aprovechable. He de verle cuanto antes.

20 junio, domingo

Soñé con las perdices de allá y me he levantado con un remusguillo que para qué. Yo apuntaba a conciencia con la escopeta pero cuando apretaba el gatillo, nada; abría y tenía el cartucho vacío, y volvía a cargar, y seguían saliendo perdices, y apuntaba otra vez a conciencia, apretaba el gatillo y nada. Y así un ciento de veces. ¡La madre que las echó! Ésta me la pagan, vaya que sí. Ya le dije a la chavala que si hoy no fui de caza, lo mismo que el domingo pasado, fue por ella, y que estaba determinado a dejar la escopeta si el que yo saliera al campo iba a afectarla. La chavala, tan comprensiva, que ni por pienso, y que si yo la gozaba así, ella ya se apañaría, y que no me preocupara. Le dije lealmente que me gibaba y que ya sabe que yo no soy uno de esos tipos que por encima de todo pongan su capricho. Ella porfió que no la

importaba y yo le dije que me daba lacha, la verdad. La chavala terminó por decirme que si no salgo al campo el domingo no me dirigirá la palabra. A la chavala esta, por las buenas, lo que se quiera, ya se sabe, pero si uno se pone enfrente va arreglado.

Estuvimos al biógrafo. Verdaderamente esto de los letreros es una gaita. Sale uno del cine con la cabeza tonta. Acabé el día murrio. Yo no sé a santo de qué, uno ve unos días la vida color de rosa y otros, negra. Esta noche qué sé yo lo que hubiera dado por encontrarme allá.

21 junio, lunes

Tampoco el turno de alba está mal, fuera del madrugón que le sabe a uno como una patada en mala parte. Pero luego queda la tarde y, a la noche, a la piltra como Dios manda.

Hoy le propuse a León una comandita para las propinas. Le dije que allá, en un cine, la cosa era seria y todos los días venías a salir lo mismo. Él me dijo que, aunque fuera mala pregunta, qué había sacado la semana última, y le dije, para no mentir, que ciento cincuenta y él sin más, que no interesaba. Me da a mí el pálpito que el gicho este no se fía ni de su padre.

Hubo carta de los viejos. Él anda afectado con lo del tío y dice que debimos aguantar y que, en estas circunstancias, lo mejor es dar la vuelta. El hombre envía por giro quinientas pelas. Tuvimos cuestión porque la chavala porfía que el viejo tiene razón y que aquí ya no pintamos nada. Para taparla la boca la pregunté si es que su padre iba a sacudirse cinco billetes o seis para el regreso y ella que a qué ton, que nuestra era la culpa y nosotros debíamos aflojar la mosca para lo que proceda. Lo que yo la dije, que si es así, a achantar la mui y darle al parche, porque de momento, trabajando como un negro, apenas saca uno para mal vivir, y que no olvide que aún tengo que abonarle al tío los pasajes.

Sigue el frío. El tiempo está quedo, pero el invierno empieza a apretar.

23 junio, miércoles

Me pasé por casa de don Heliodoro. Verdaderamente es un caballero. Y ella una señora. Con gentes así da gusto tratar. No es que no guarden las distancias, como debe ser, pero a uno no le miran como a un bicho raro. Me pasaron a la sala y él se metió dentro de un mostrador y me preguntó qué me petaba y me sirvió un vermut, y uno como un señorón venga a rajar y a beber del vaso a buchecitos. Me contó que él hizo su fortuna en el norte; tuvo la

chamba de descubrir un yacimiento de cobre y lo denunció. Verdaderamente aquí todo quisque ha hecho su fortuna en el norte o en el sur; ya veo yo que en el centro no hay de qué. Cuando nazca la guagua habrá que pensar en cambiar de aires. Yo le decía todo el tiempo don Heliodoro, y él, de repente, me dijo que me dejase de etiquetas y le llame don Helio, como le dicen los amigos. Luego, ya en la confianza, le conté de pe a pa todo lo del tío y que andaba de ascensorista en el Munich y él, como un caballero, me dejaba hablar, y no es que yo me explique mal, pero siempre es raro ver a un rico escuchando a un pobre, o sea a uno que no es su igual. Bueno, pues me salió ella con que si mi mujer cosía, y yo la dije que no, y ella porfió que qué hacía de soltera, y yo la dije que peinaba, pero por capricho, ya que en su casa no pasaban necesidad, pero ella, tan campechana, dijo que a ella, o sea la señora de don Helio, le hacía falta una peinadora, y que fuese por allí que ya sabía dónde tenía una amiga. La sonreí y callé la boca, por no parecerle orgulloso, pero poco hombre sería yo si tuviera que poner a currelar a mi señora. Ya en este terreno, le confié a don Heliodoro, o sea don Helio, que tenía entre ceja y ceja montar un negociejo con un amigo y que me interesaba su parecer antes de determinarme para el momento que hubiera ahorrado cuatro pitos. Él me salió con que restoranes y zapatos eran negocio acá y daban plata, pero yo le dije que más modesto, y él entonces me dijo que un salón de lustrar venía haciendo falta en toda la zona esa de Ahumada, Bandera y Monjitas, y que poco local precisábamos para una cosa así. Verdaderamente el punto de vista de estos hombres de negocios tiene un qué que no se encuentra en un hombre cualquiera. Al largarme, se llegaron a la puerta como si yo fuera visita de ellos, o sea un igual, y ella me salió con que no dejara de decirle aquello a mi señora, y él me dijo, con todo el señorío, que si precisaba un anticipo no acudiera a un Banco, que para eso están los amigos. Vamos, lo que yo me digo, esto es un señor y lo demás son cuentos. Que me venga ahora Tochano con que el señorío es cuestión de billetes. Pues no señor, el señorío se mama y el que no lo mama no hay de qué.

Le conté a la Anita la entrevista y la panoli loca con lo de empezar a peinar. Le dije que parara la jaca, que yo era yo, y poco hombre había de ser si la permitía trabajar, máxime en sus circunstancias. Ella la cogió modorra y no lo dejó en toda la tarde. Acabé por decirla que bien si era capricho, pero que si lo hacía por la cuestión internacional del manduque, ni hablar del peluquín. A fin de cuentas, a la chavala no la ha de venir mal entretenerse en algo. Y, por otra parte, tampoco va a perjudicarnos, digo yo, una amistad como ésta. Al Efrén le propondré mañana lo del salón de lustrar.

25 junio, viernes

A la hora de comer se presentó don Juanito, el viajante de calzado. Es un tipo así, chiquilín y escurrido, pero más vivo que el rabo de una lagartija. Entró pegando voces y la patroncita le preguntó por don Roque y él que había enfermado, que se había hospitalizado en Osorno. La Verdeja hizo las presentaciones, y él que, chucha, españoles, y que eso le gustaba. A la patrona la decía todo el tiempo mamá y mi perrita choca y venga a reír. El hombre tiene una alegría dentro que para qué; es uno de esos panolis que siempre andan de coña y que a uno le cogen un día de mal café y los enfila, pero le cogen de buen talante y le caen ya simpáticos *per in sécula seculórum*. Anduvimos de sobremesa como si nos conociéramos de toda la vida y, al final, el mandria que mucho gusto y que la señora española era muy linda y que parecía una cabrita no más. Yo, por no aguar la fiesta, callé la boca, pero la verdad es que joroba ya tanto cabrita, cabrita a lo bobo. Parece que lo han aprendido en jueves, coño.

A la tarde me llegué con la Anita donde don Helio y le mostré el sitio y la micro que debe tomar. El hombre, como corresponde, vive en el barrio elegante, Apoquindo arriba, y no digo yo que no se pueda ir a pie, pero hay una tirada. Antes de llegarnos al chalet, le advertí a la chavala que ella le llamase don Heliodoro mientras él no diga otra cosa, pero como a la torda esta no hay quien la entienda, se enojó y me dijo que si la tomaba por tonta o qué. Tanto ella como él estuvieron simpáticos y ya aproveché para pedirle un permiso para el domingo. El hombre no puso trabas. La chavala quedó en acercarse por allí, o sea por casa de ellos, todas las mañanas a las once. Ella le dijo que le buscará otra casa de alguna amiga para que no se dé el paseo por tan poco. No nos pasó al bar, ni él le dijo a la chavala nada de que le llame don Helio. Tampoco me parece mal; en el mundo hay de todo y sobra la gente que le das la mano y se toman el pie.

26 junio, sábado

Me reuní con el Efrén donde Lautaro. Jugamos un cacho y me tocó palmar. Aguardamos a que Dativo y Lucho se largaran para conversar de lo nuestro. El Efrén bailaba en una pata cuando le dije lo de don Helio. Sin más, recogimos a la Anita y anduvimos mirando locales por el centro. En Monjitas vimos el boliche de un relojero y en Moneda y Ahumada dos obras muy avanzadas con sus huecos a la calle. Me peta lo de Monjitas; queda a dos

cuadras del hotel y a poca costa podría yo vigilarlo. Ya se sabe que donde falta el ojo del amo no engorda el caballo. No nos mostramos demasiado interesados, sin embargo, porque estos cipotes de que ven un interés se suben al guindo. El Efrén, que conoce un limpia de toda confianza. Ya le dije que ése puede ser uno, pero con menos de tres no se puede empezar. Luego anduvimos discutiendo el nombre. El Efrén la cogió modorra con El Betunero de los Andes, pero le dije lealmente que se me hacía un poco largo y que en estos nombres comerciales nada como abreviar. La chavala terció que por qué no Lustre Español y no cayó mal. Veremos. Quedé en pasarme por donde el relojero el lunes para ver de arreglar lo del traspaso. El Efrén, como unas castañuelas. A Lucho no le dije esta tarde una palabra del cacerío de mañana. Prefiero manejarme solo, y si más adelante me merco una perrita, miel sobre hojuelas.

De regreso le dije a la chavala que daría diez años de vida porque esto del negocio cuajara. Ella que menos vida. ¡Gibar, sólo por ver la jeta del tío se podía dar entera!

27 junio, domingo

Subí a Melipilla en tren. Luego, como no conocía al del carro de la leche, me llegué al cazadero a pinrel. Vale la pena porque de madrugada las diucas se posan a bandadas en las cercas y sólo el verlas con las pechuguitas rojas en los alambres es ya un espectáculo. Arriba andaban los jotes de observación, como yo digo, y a mano derecha, según se mira, asomaba el sol y los espinos, a contraluz, parecían talmente negros. La tierra de esta parte es roja como el ladrillo y malo sería que aquí no se aclimatase la perdiz nuestra. Lo que pasa es lo que pasa, que esta gente es muy dejada y no da un paso por mejorar de condición. ¿Pues no han andado hasta hace unos años sin ley de caza? Y el candongo de Lucho aún me sale que eso era lo lindo y que entonces uno cazaba y pescaba a capricho y que eso era vivir. ¡Dejarían de tirar piedras contra su propio tejado! Bueno, pues él porfiaba que eso es lo bueno y que cuando se acabe, se acabó. Ya le dije que ése era un modo de enfocar el asunto muy particular y él mismo me dio la razón cuando me dijo que en el sur, que apenas hay cazadores, se pueden matar dos docenas de perdices con un tiragomas en media hora.

Pasé por casa del encargado para mostrarle la tarjeta y quitarme de preocupaciones, pero el mandria me salió con que si no venía don Oswaldo conmigo y me dio el día. En cuanto que aparezca Oswaldo por aquí se lo planta. ¡Faltaría más! ¿Y qué le digo yo al gicho este ahora? En todo el día se

me ha ido la idea del pensamiento y las dos primeras perdices las marré a cascaporrillo sólo por la dichosa preocupación. Me dije, finalmente, que la que sea sonará; me serené y, en cinco minutos de reloj, hice una perdiz, una liebre y un bicho raro con un moño parigual que las avefrías. Luego encontré a un pastor y dale con que era una codorniz. Ya le dije que a las codornices me las conozco como si las hubiera parido y el cipote porfió que cómo no, que al tiro la reconocería y que era un macho, no más. Le dejé en su idea por no llevarle la contraria y echar la mañana a perros. A poco perdí el corro y aquello era una desolación. Tampoco di patadas ni nada sin ver un pájaro. El monte tenía así una traza hermosa, pero que si quieres. En una cortada, vi el culo a una liebre, pero en París. No quise forzar la suerte, me senté junto a un chaparro y me puse a merendar. Luego, sin más que dar media vuelta, parecía aquello un gallinero. Empecé pim, pam, pim, pam, y en un verbo colgué siete perdices. Andaba con la chorrina y, en una asomada, se me arrancó una liebrota a huevo y por precipitado la caí del segundo y, según la puse a orinar, me saltó otra, aún más grande, de los mismos pies, y la zorra de ella se largó gazapeando y yo, que si quieres, se me enredaban los dedos y ni podía cargar ni nada. ¡La madre que la parió! Bien puede decir que nació hoy. Y es lo que pasa, que uno se promete andar siempre al quite, pero estas zorras se la saben entera y brincan cuando uno, por una razón o por otra, anda más descuidado. En éstas andaba, cuando pirribiiií, una perdiz, la encañono y, pirribiiií, otra perdiz, me acerolo y no caigo ninguna. ¡Me cago en su alma! Me cabreé y me bajé a la carretera. Total dos liebres, nueve perdices y lo del moño. Ya es un morral pero, bien mirado, podía haber hecho el doble. Claro que en esto siempre pasa lo mismo. Y hay cazas que se van porque sí, porque se tienen que ir, porque de otro modo no quedaría ni una para contarlo.

De regreso, me volvió a las mientes lo del Oswaldo. Cuando este hombre se entere me va a armar la de Dios. Después de todo, que le den tila. Luego me dio por pensar en lo de allá y, cuando llegué a casa, entre el cansancio y los recordatorios estaba para el arrastre.

La señora Verdeja y don Juanito porfían que lo del moño es una codorniz. Ya les dije que será para ellos, por su capricho. ¡No te amuela! Si esto es una codorniz, yo soy teniente coronel.

28 junio, lunes

Pasé por donde el relojero. El marrajo que trescientos mil. ¡No te giba! Ya le dije que si le hacen doscientos, Lorenzo me llamo, y que si porfía en

trescientos, a otra cosa, mariposa. Le dejé razón. No sé por qué me tinca que va a picar.

Empecé el turno de tarde.

30 junio, miércoles

Don Herman sigue armándolas como Amancio. Por menos de un pimiento le canta a uno cuántas son cinco. Al mandria de él, cuando se mete en harina, se le pone el pestorejo como la grana. La fetén es que los alemanes y los españoles, los españoles y los alemanes, parece como que viniéramos aquí a despacharnos a nuestro antojo. Al chilenito no le vaya usted con peteneras. Le sale con que dejémoslo no más y este cuento se ha acabado. Pero lo que es los extranjeros… ¡La madre que los echó! Claro que es la diferencia, que los de fuera vienen con el ansia de amasar y los de aquí no tienen prisa, viven su vida y sanseacabó. La mucama del segundo andaba hoy con un sofoco que para qué. Ya la dije que, aunque fuera meterme donde no me importa, no lo tomase así. La fulana ni me miró la cara. ¡Anda y que te zurzan!

Esta noche merendamos las perdices. La Verdeja, de propio intento, me salió con que por cada cuatro me deja de cobrar un día y por dos liebres equilicual. ¡Fenómeno! Lo que yo le digo a la chavala, si salgo cada domingo, a vivir de la caza. La Anita me paró los pies con que menos salir, y que a saber a cómo me habrá costado cada perdiz si incluimos viaje, merienda y demás. Ya me parecía a mí que esto no podía durar, aunque después de todo, razón no le falta a la chavala.

Del relojero, ni palabra.

1 julio, jueves

Cobró la Anita a razón de treinta y cinco diarios. Lo que yo la digo, si se gasta veinte en micros ya ha hecho el agosto. Ella porfía que no le importa y que, prescindiendo de que viva cerca o lejos, que eso a la clienta ni le va ni le viene, no está mal pagado, y que yendo a pie algunos días malo será que a fin de mes no le queden setecientos cincuenta limpios. ¡Ya ve usted qué renta! Después de todo, la amistad de don Heliodoro bien vale el paseo y hasta de balde se le podía hacer el servicio.

Recibí carta de mi hermana. Entre tanto chico y el borracho de su marido, la Modes se va a olvidar hasta de su nombre. ¡Madre qué carta! Verdaderamente da lacha verla. Lo que yo le digo a la Anita, uno no será un Cervantes, pero todavía hay clases. ¿Pues no me pone venir con be de burro?

Siempre tuve a mi hermana por una mala bestia, pero, a decir verdad, no hasta este punto. En definitiva, todos andan bien de salud y eso es lo que importa.

Tocante a lo de ayudarla, lo que yo le digo a la chavala, no estamos para ayudar, sino para que nos ayuden.

Va para el mes que no vemos a los tíos ni vivos ni muertos.

2 julio, viernes

Se recibió el giro del viejo. Le propuse a la chavala invertir las quinientas pelas en el negocio y ella que bien. Si en una semana no asoma la gaita el relojero, veremos de darle otro toque. En estos asuntos no conviene precipitarse.

Doña Flor, la de don Helio, le ha dado a la Anita la dirección de una matrona de confianza. Habrá que hacerla una visita, porque, bien mirado, el chavea está ya para caer.

4 julio, domingo

Este mediodía nos reímos las muelas con don Juanito. Verdaderamente el tipo este tiene una sombra que para qué. Se pasó más de dos horas gastándole chuflas a la patrona y finalmente nos dijo que reparásemos en su cara según la arrimaba el ají. La Verdeja andaba sentada y él la puso el ají por detrás, junto a la oreja, y la tía entonces se sofocó de media cara y empezó a sudar por cada pelo una gota. Cuando se percató de la guasa se puso a perseguir a don Juanito a escobazo limpio. Luego dijo que eso suyo es como una enfermedad y que, desde que era guagua, en cuanto que la arriman algo picante se arranca a transpirar por media cara como un caballo. ¡Qué cosas! Don Juanito empezó luego con los juegos de manos y así se estuvo hasta las tantas.

Después de cenar estuvimos al biógrafo. Al regresar, la chavala se quejaba de pinchazos sobre la parte, y tuvimos que tomar un taxi. ¡También gibaría que el chavea se anticipase!

6 julio, martes

Y me quejaba yo, allá, del habla de pendoncete de don Basilio si se atocinaba. Bien mirado, el don Herman este le hace bueno. A fin de cuentas don Basilio era un caballero, y si a veces le pisaba a uno los callos, era siempre con la razón por delante. Con don Herman, o como se llame, no hay tal; vocea porque se le pone y nada más. Hoy se enojó porque llamé tarde al del 9. Le hice ver que yo le llamé a su hora y si volvió a quedarse roque, mía

no era la culpa. Además, después de todo, creo yo, las once son horas de levantarse sin necesidad de que le zarandeen a uno. Bueno, pues el tío se atufó y me puso a caldo. A voces me llamó huevón de mierda, crestón y qué sé yo qué disparates. Ya le dije que diera gracias que sólo llevo unas semanas en el país y no comprendía bien lo que quería decirme. ¡Hasta aquí podíamos llegar! Al gilí, cuando se calienta, se le ponen blancos dos cacho carrillos y todo lo demás rojo como la sangre. No sé por qué, pero los hombres cuando más se parecen a tías es cabreados, cuando dan voces al tuntún y dicen desatinos. En realidad me la trae floja y lo que diga el torda este me entra por un oído y me sale por el otro. Bien me sé que estoy aquí provisional y que en este país lo que sobran son colocaciones. Así se lo planté a la mucama del segundo, que miraba sin dejarlo, como cachondeándose, y la gilí de ella me saltó con que si con provisional quería decir provisorio. De mal café la respondí que sería ella la que con provisorio quería decir provisional. ¡Vamos, que también gibaría que ahora me fueran a enseñar a hablar estos cipotes! Pepita en la lengua no tengo y el mejor día voy a recordarle a alguno que si Colón se dio un garbeo por aquí hace unos años, fue para enseñar a su abuelo a decir pan y vino en lugar de chau-chau. ¡No te amuela!

He andado todo el día como aliquebrado. La chavala salió por la tarde con la señora de don Helio. Ya le dije que ojo no fuese a trompicar. La panoli se cabreó y que la idea había salido de ella y tampoco era cosa de hacerla un desaire. Lo que yo la dije, que en esto de las amistades nada como guardar las distancias, pero se puso chulilla y me salió con que tan honrada era ella como la señora más señora. No digo que no, pero son cosas distintas, me parece a mí. ¡Qué tendrá que ver el culo con las témporas! Callé la boca, sin embargo, por tener la fiesta en paz.

Don Juanito está en cama con un ántrax, y he pasado la tarde con él charlando de todo un poco. El marrajo se gasta cada cacho salida que le hace a uno reír aunque no quiera. Verdaderamente el cipote este tiene una sal por arrobas.

8 julio, jueves

Se presentó el relojero cuando menos lo esperaba. El huevón empezó con que doscientos cincuenta y ya le dije que tonto era en darse el paseo porque ya le tengo dicho que no doy arriba de doscientos mil, y que sólo tengo una palabra. Acabó por hincar el pico y que tomara ese precio como un obsequio. ¡No te giba! Quedé en formalizar la cosa el sábado por la tarde.

He andado todo el día de Dios dándole vueltas al asunto. De entrada se pueden coger tres limpias, que a 12 000 mensuales son 36. Por término medio habrá que contar con 200 clientes, que a 15 pitos son 3000 diarios, o sea 90 000 al mes. Si a esto le sumas cambios de tacones, cordones y lengüetas, te metes en los 100 000 pesitos como quien lava. Quítale 36 de los limpias, 10 de seguro, 5 de material y otros 5 de contribución y aún quedan 44 para repartir. Pongamos 14 de amortización todos los meses y aún restan 15 para cada socio que te embolsas sin más que arriesgar cuatro chiches. La cosa no parece mal planeada y, puestos a ver, todo está calculado por lo bajo y malo será que a fin de mes no recojamos 20 o 25 000 pesitos sin otro trabajo que alargar la mano. Así se lo planté a la chavala y ella que todo será que se ponga de moda y en vez de 25 caigan 50. Con estas cosas se olvida hasta del chavea, que estos últimos días le venía dando guerra.

9 julio, viernes

Estuve en casa de don Helio. Pasé un sofoco, porque siempre da lacha ir por plata aunque sea donde un amigo. Me largó un cheque por los doscientos y me dejó de piedra cuando me salió con que qué me parecía un seis por ciento. Le dije que bien, porque antes que nada tengo mi orgullo, pero tonto sería si en estas condiciones vuelvo a pedirle una perra. El huevón encima me hizo firmar un papel, como si no fuese suficiente mi palabra. La fetén es que el tipo este me ha dado el pego y te pones a mirar y es más verdad que nada eso de que en el mundo no puedes fiarte ni de tu padre. Aguardé al Efrén a la salida de la barraca y me faltó tiempo para contárselo. Él, que bien estaba, que si conocía a alguien que soltara la plata porque si no más, y que, después de todo, ahorrábamos un dos porque los Bancos soplan el ocho. Vistas así las cosas, aún voy a tener que estarle agradecido. Quedé con el Efrén mañana, donde Lautaro, para ir donde el relojero. Él avisará a un carpinterillo de confianza para ver de estudiar la transformación. A la noche no podía agarrar el sueño. La fetén es que sólo de pensar que ando metido en un negocio de cientos de miles se me encoge el ombligo.

10 julio, sábado

Estuve con el Efrén donde el relojero legalizando la operación. Félix, el carpintero, anduvo midiendo la salita y ya le dije que de lo que se trataba era de transformar el local en un salón de lustrar, armar tres tronos de madera para los clientes y tres bancos para los limpias. Él, que estaba en ello, pero

que la cosa no iba a salirnos por menos de los cien mil. ¡Pucha la madre! A lo bobo, a lo bobo, uno se va metiendo en honduras y ni Dios sabe por dónde va a salir. El torda del Efrén bailaba en una pata y que lo que sea bien está, que siquiera por aprovechar la oportunidad ya arriesga con gusto los veinte mil pesitos. Le hice ver que no eran veinte sino trescientos, entre unas cosas y otras, y el huevón que aunque así fuese. El relojero quedó en desalojar el taller de aquí al lunes y el carpintero que se pondría a ello, a ver si para dentro de diez días podíamos empezar. Luego le dije al Efrén que mañana a la mañana me presente al roto ese amigo suyo que lustra en la Alameda. Si el chaval es de confianza bien puede quedarse, por el momento, de encargado.

A las cinco recogí a la chavala y nos fuimos donde la matrona. La hizo un tacto y dijo que el chaval está ya encajado y que para cuándo. La Anita dijo que un mes más o menos y la tipa la aconsejó que no coma sal porque tiene la sangre alterada. La chavala salió preocupada con que a ver si la sangre esa nos va a dar que sentir. Ya le dije que las candajas estas algo tienen que inventar para justificar la minuta, pero ella que nadie habla a lo bobo y que más tranquila se quedaría si la asistiese un doctor. La hice ver que un doctor se llevará como poco veinte mil y ella, por no perder la costumbre, saltó ofendiendo con que no le haría tantos ascos para gastármelos en cartuchos. Nos acostamos de morros. No la dije una palabra de lo del negocio.

11 julio, domingo

Al limpia conocido del Efrén le dicen Gallito, como al torero. Parece buen rapaz y de que se lo propusimos aceptó al tiro. Es un tipo así, muy particular, con jeta de niño de teta y unas pestañas como persianas. El cipote mientras habla no hace más que abanicarse con ellas. Le dije lo de los mil y las propinas y que bueno. Quedamos en que él buscaría otra pareja y que cuando esté todo liado le avisaremos. Luego le dije al Efrén que se procure otros doscientos para la carpintería y demás y que resuelva también lo de la contribución industrial. Ciertamente, cuando pienso en el lío que nos estamos metiendo se me cae el poto. Esta noche no pude pegar ojo hasta las tantas. Luego, a las cinco, arriba; a las seis tengo el turno de alba. Bien mirado esto del ascensor es un oficio de perros. Si digo mi verdad, no veo el momento de poder mandarlo a paseo.

13 julio, martes

¡Éramos pocos y parió la abuela! Ciertamente las preocupaciones nunca vienen solas. De regreso del hotel me encontré a la chavala encamada. Dice que siente pinchazos sobre la parte y que la da rilis dar a luz y que no hace más que acordarse de la mamá. La dije, con toda la buena intención, que la mamá ahora como si no existiera, pero ella se puso por las nubes con que si en este trance no se acordaba de ella de quién si no. La gilí se metió en llanto lo mismo que si la hubiera soltado dos guantadas. La Verdeja, la mujer, se sentó al borde de la cama y a contemplarla. Me cabreó la cosa, me fui donde don Juanito y anduvimos de cháchara hasta las cuatro. Cuando volví ya se le había pasado. La dije que lo principal en estos trances es la serenidad y que si se deja llevar por el canguelo ya estábamos listos. Puestos a ver, esto es mear en botija, como dicen en mi pueblo. Uno da consejos a voleo, pero si fuera uno el que tuviera que dar a luz, otro gallo le cantara. Sólo de pensar que tuviera yo que soltar entera toda esa carga se me revuelve la mierda.

A las seis se presentó el relojero con la llave del taller. Hice levantar a la chavala y nos fuimos donde el carpintero dando un garbeo. La Anita iba callada y por distraerla le pregunté si no había vuelto a ver a los tíos. Respondió que no y entonces fui yo y, para quitarle la idea de la cabeza, la conté de pe a pa lo de la tía. ¡Había que verla entonces! Se me puso brava, pero contra lo que esperaba, la tomó conmigo y con que si yo la daría gancho y con que si antes debía habérselo contado. Total, que fue peor el remedio que la enfermedad y acabamos como las tristes. Ciertamente, a la chavala esta no hay Dios que la entienda. Como no venga su papá a contemplarla, lo que es yo ya me voy a esforzar, ya. ¡Anda y que la den morcilla! Una y no más.

15 julio, jueves

Pasé por casa de don Helio a decirle que mi señora estaba indispuesta y dejaría lo de peinar por una temporada. El huevón me preguntó por el negocio; se ve que quiere amarrar sus pesitos. Ya le dije que andamos de preparativos y que hasta dentro de ocho o diez días no abriremos. Le llamé, de idea, don Heliodoro, con toda la etiqueta, y el tío calló la boca. Las confianzas para los amigos. ¡Toma del frasco!

El Efrén se me presentó en el hotel con los doscientos restantes. El cipote como unas castañuelas. A saber qué se pensará de todo este asunto. De fijo que le ha dicho a su señora que para el año que viene por estas fechas, millonario.

Hubo carta de los viejos y otra de Melecio. Por lo visto están pasando un calor de aúpa. ¡Qué cosas!

Aquí les querría yo ver. Particularmente por la noche baja un relente de la Cordillera que no hay cristiano que aguante.

17 julio, sábado

La chavala parece de mejor garbo, pero anda celosilla y tal. Desde lo de la tía no hace más que tirar puntadas a lo bobo. Menos mal que uno las encaja de grado porque, a fin de cuentas, no todos los días se puede presumir de guapo. Hoy me salió con que ya había notado ella que la tía se arrimaba de más cuando bailábamos. Le dije que a ver y que si yo no fuera como se debe ser, lo que hubiese querido con ella. La gilí se atocinó y me dijo que si ella diera gancho, planes tampoco la habían de faltar. Ya le dije que no pensaba lo mismo la tía. Me preguntó qué tenía que decir la tía de ella, pero callé la boca, porque si me voy del pico tenemos cuestión para rato.

Después de comer estuve donde Lautaro echando un cacho. Encontré al Dativo alicaído. El hombre se fue a casa así acabó la partida, quejándose del estómago. Me dice el Efrén que ha estado donde un curandero, pero como si nada. También el Oswaldo estaba hoy muy particular, y al final me salió con que qué tal el cacerío del 27. Me quise justificar y fue peor, me armé un taco y acabé metiéndola hasta el ombligo. Bueno, después de todo, la cosa ya no tiene remedio.

A última hora me pasé por el salón con la Anita y el Efrén. El carpintero le ha colocado un zócalo muy majo y realmente da el pego. Malo será que me confunda, pero me da a mí el corazón de que con el saloncito este vamos a hacer el agosto. Si me alegraría es sobre todo, aparte del Efrén, por el tío, para que vea él si los jóvenes de hoy somos o no somos capaces.

19 julio, lunes

Al relevar hoy a León le encontré muy afectado. El huevón me preguntó si tenía mala cara y yo le dije que no y que por qué. El tío salió con que le estaba bien empleado por crestón, y que nadie le mandaba meterse en camisa de once varas. Le dije si quería explicarse de una vez y entonces me dijo que había ido donde el doctor por aprovechar el seguro, para que le reconociese, y que, en cuanto que le echó los rayos, le preguntó si había estado en una guerra, y él que sí, que en la de España, y el doctor, que por eso, y él que qué, y el doctor que tenía una bala de máuser en la misma pared del corazón. Le

dije que no fastidiase y él que como lo oía. ¡Vamos, que la vida tiene cada caso! Le pregunté a León si él no notó nunca nada y me salió con que, aparte lo de la oreja, en Teruel sí sintió una vez como un latigazo en la espalda, pero que le miraron y era un rasguño y pensó que era un roce de metralla, y ni caso. Le dije que siquiera por el peso, pero él porfió que, por la cruz bendita, nada de nada. Luego le dije que, bien mirado, si ha tirado quince años sin sentirlo, lo mismo puede tirar treinta más, pero el gilí me salió, y con razón, que no es lo mismo saberlo que no saberlo, y que el propio doctor le había dicho que a poco que se mueva la bala puede entregarlas en un verbo. ¡Qué cosas! El hombre, como es de ley, andaba con rilis y cuando se largó caminaba encorvado, como si llevara a las espaldas un saco de cien kilos.

20 julio, martes

Le pregunté a León que qué tal, y él, que a ver, que aguantando. Vamos, que tampoco es vida. Me dicen a mí que tengo una bala de máuser en el corazón y la pringo sólo del susto. Lo que León dice que a estos asuntos, si no les echas presencia de ánimo, estás apañado.

Pasé por el salón. La cosa va tomando forma. Me dice el carpintero que de aquí a una semana listo. Me asomé al salón de la Alameda y es un desfile. Claro que hoy lloviznaba y no es ley. Me dicen que allí llevan también quince pesitos por el servicio.

22 julio, jueves

Abrí una cuenta en el Banco Nacional, a nombre del Efrén y mío. Da gloria caminar así con un talonario calentándole a uno el bolsillo.

La chavala, de mejor garbo, aunque se me hace a mí que la barriga se la ha bajado.

23 julio, viernes

Se me presentó el Efrén cuando me iba a la cama. Bien creí que habían surgido dificultades, pero no. La cosa es peor aún. Dativo la diñó esta tarde de una manera tonta. Según el Efrén, se le perforó el estómago y al mezclarse el alimento con la sangre se le envenenó el organismo. Estuve dudando entre ir o no ir por su casa, pero la Anita dice, y con razón, que yo no soy visita de él y que bien mirado no pinto nada allí. Verdaderamente la vida es un fandango y el que no lo baila es tonto. No somos nadie, órdiga. El sábado, sin ir más lejos, echando un cacho donde Lautaro, y ya ves: ¿quién le iba a decir a él que

no llegaría a otro sábado? Bien verdad es que padecía del estómago y todo lo que se quiera, pero precisamente ésos son los que no palman nunca. La noticia me ha dejado como sin sangre. Uno no es de piedra y estas cosas siempre impresionan, y no es que yo vaya a decir ahora que el Dativo fuese un íntimo, pero era un buen chavea que se hacía de querer. Ando achucharrado. Al acostarme me dio por pensar en todo lo de allá. Bien mirado, me gibaría dejar mis huesos en esta tierra.

24 julio, sábado

¡Qué vueltas da el mundo, Virgen! Bien mirado, cada día tiene su qué y si no fuese por esto ni valdría la pena de vivir, como yo digo. Estuve a dar tierra al Dativo y en el camposanto, que talmente es un jardín, ya me eché al tío a la cara. Me hice el tolondro pensando que sería cosa de poco, pero antes de meterle en el hoyo el tío se puso a hablar y no lo dejaba. Por lo visto es costumbre aquí. Le puso al Dativo por las nubes, y en éstas me echó una mirada y al tiro me di cuenta de que el huevón buscaba hacer las paces. Luego se puso a rajar Paulino, el de la cepilladora, y el tío seguía mirando sin dejarlo. A todo esto, yo quieto parado, haciéndome el leso. Después se pusieron a hablar toda la gallada por turno y venga de dar jabón al muerto, y, de repente, empezaron todos con que hablase el sobrino del patrón. Me quise resistir, pero porfiaron tanto que ya me determiné, no fueran a pensarse que uno es medio analfabeto. No sabía a ciencia cierta qué decir, pero no estuve mal, me parece a mí, y dije talmente lo que pensaba, que Dativo era un buen chavea y que precisamente por eso había cascado, porque ya se sabe que la muerte no tira bocados a lo loco sino que escoge siempre a los mejores. A todo esto el tío venga de mirarme y yo venga de hacerme el soca. Al final me arrimé a uno de los cabros de Dativo y le dije, con todo el corazón, que salud para encomendar su alma, pero el cipote de él saltó que para qué quería la salud una vez que su papá las había entregado. No son maneras, me parece a mí. Cuando ya me largaba, sentí que me tocaban las espaldas; me volví, y el tío. El mandria de él tenía los ojos relucientes y me dijo que ésta era su mano y que mi discurso había sido el más lindo, no más, y que él no tenía coraje para andar así con el marido de la hija de su hermano y que lo pasado, pasado, y que qué tenía que decir. Uno es un corazón sin hiel, ésta es la verdad, porque lo que me ha hecho a mí este crestón no tiene nombre, pero le choqué los cinco, y le dije que todo olvidado, y él me saltó con que la pieza estaba aguardándonos, pero yo ya le dije que parase la jaca, que él por su lado y yo por el mío, y él, entonces, que eso era guardarle mala ley, pues, y ya le dije

que lo llame como quiera, pero que cada uno es cada uno, y que mejor andaríamos cada cual en nuestra casa. El torda estaba dispuesto a pasar por todo, y que bueno, y que cómo andaba la ñata, que si había mejorado de la guagua, y que cómo me había defendido yo solo, y que se había pasado una semana sin pegar pestaña pensando en nosotros, y que sólo deseaba que yo le comprendiera, y que yo no era malo, sino una miaja corajudo, y que él por un cariño de verdad estaba dispuesto a lo que fuese. Al mandria de él se le nublaban los ojos y parecía sincero. Al cruzar frente a su casa me hizo entrar a saludar a la tía y yo pasé un sofoco porque la zorra de ella se me abrazó como una loba, y el crestón de él, delante, cayéndosele la baba, y ella venga de decir que la casita andaba como las tristes desde que las endilgamos y que habíamos de regresar, pues. Ya le dije que de eso ni hablar, tía, y, con toda la mala uva, que bien estaba olvidar lo pasado y no volvernos a acordar de ello, pero de lo otro, nanay. La guarra de ella me miraba de mala manera y me sonreía y, cuando salió a la puerta, me saltó con que volviera cuando me petase, que ésta era mi casa. ¡Gibar con la socia! Bien mirado, mal no ha de venirme el hacer las paces con el tío. Faltaría a su palabra si me cobrase los pasajes, digo yo. Claro que eso es lo de menos y si hay que pagarlos, se pagan, que primero de todo pone uno su amor propio.

La chavala ladraba a la luna cuando le conté lo de la tía. ¡No te amuela! Por más que porfié y le dije que yo no tuve culpa, ella, nada. ¿Pues no quería ir a su casa a dar el espectáculo? Ya le dije que me haga una escenita de ésas y no me vuelve a ver el pelo, como me llamo Lorenzo. La gilí esta aún no me conoce y el mejor día me destapo y voy a armar la de Dios. ¡Pucha la madre! Esto pasa por andarse uno con miramientos, eso. Si el primer día que me alza el gallo la largo una chuchada como Dios manda, está ahora la burra de ella más suave que un guante. Pero no. Uno anda con chorraditas y contemplaciones y la gilí se me sube al guindo. Más tonto soy yo que la vengo con cuentos. Si no me fuese del pico, otro gallo me cantara.

25 julio, domingo

Nos dimos un garbeo por la Alameda sin abrir el pico. ¡Vaya un plan! Le hice cuatro preguntas a la chavala, pero ella, «sí», «no», «no», «sí» y este cuento se ha acabado.

Por la tarde se presentaron los tíos. La chavala no le quitaba ojo a la tía y yo ni la miré la cara, no fuera a armarse un agarrón por un malentendido. El tío mojó la pestaña en cuanto que vio a la Anita y venga con explicaciones de que si no estaba bien que él fuera a retar con la hija de su hermano, y con que

él no tiene malas entrañas, pero como nadie hasta la fecha le regaló un chiche, era muy celoso de su plata, y que si tal y que si cual. Cuando terminó el disco, le dije lo del negocio y le enojó que no le pidiera la plata a él y sí a un extraño, pero el huevón ni pío de soltar los cuatrocientos para cerrar agujeros. ¡Mucho de boquilla, como yo digo! Luego se puso a darme consejos, y acabó por decirme que peso comido no pare, y peso invertido dobla. El tío será lo que sea, que en eso yo no me meto, pero para los negocios tiene un punto de vista muy majo. Bien pensado, si yo saco quince mil limpios y me los como, viviré mejor, pero a la postre, mierda. Si los invierto, al año pueden ser treinta mil que nos van a venir como por la mano. En definitiva, si lo que yo quiero es volver allá con plata y un carro que le zumba el bolo, no hay más que currelar y apretarse el cinturón.

La Anita, con la tía, como si se hubiera tragado el palo de una escoba.

27 julio, martes

El carpintero, que pasado mañana. Esto es el cuento de nunca acabar. El huevón prometió que diez días, pero ya me conformaría yo con que fuera un mes. El salón queda curioso y sólo por verlo se puede dar plata. El Efrén avisó a Gallito para que esté dispuesto para el día primero. Gallito ya tiene apalabrados a los otros dos.

Escribimos a los viejos con lo de los tíos. Parece que la chavala andaba hoy más animadilla.

29 julio, jueves

Ayer le vio a León un doctor de pago y le ha confirmado lo del otro. ¡Vaya un caso! El doctor ese dice que va a ponerlo en una revista. León andaba hoy con más garbo. Al huevón le cae en gracia eso de verse en los papeles como un bicho raro. Hay gustos para todo.

Va para largo que no echo un trago donde Lautaro. Ni tiempo le queda a uno para conversarse una botella.

30 julio, viernes

Se presentó la tía en la pensión después de comer. La gilí esta nos va a hacer la tana. La Anita, de que la vio, ya le puso cara de acelga. Ni sé cómo la otra aguanta. La mujer venía con un ajuar completo para la guagua. Lo que yo digo, a la chica, la tía no es mala, lo que pasa es que tiene un temperamento cachondo y con el tío no hay de qué. La chavala, que con su pan se lo coma, y

no le falta razón. Bueno, pues la tía salió con que el tío y ella querían apadrinar a la guagua, y yo miré para la chavala y la chavala no tuvo coraje para negarse. En el fondo todos vamos al interés y en cuanto que media un interés, a tomar por el saco las demás razones. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente.

Aprovechando la circunstancia, le dije a la tía que quería entregarle unas estampas a cuenta de lo del pasaje. Ella, de que me vio abrir el pico, empezó a ponerme caras, y yo veía a la Anita que la llevaban los demonios y quise dar marcha atrás, y la tía dijo entonces que si no quería enojar al tío no volviera a mentar la platita. Le prometí que no lo sacaría a colación, pero que sólo por él, ya que, si yo ando a dos velas, lo que me falta en plata me sobra en orgullo. La tía, que de sobra lo sabía ella. Cuando se largó, la chavala empezó que a cuento de qué sabía ella lo de mi orgullo, y ya le dije que a cuento de lo pasado, y la panoli, que qué era lo pasado, y yo, que lo pasado, y que a la vista estaba. En resumidas cuentas, que terminamos otra vez de morros. Verdaderamente esto no es vida. Antes de marcharme al café le dije a la Anita que si lo que la giba es América, en cuanto que dé a luz podía largarse con viento fresco, que yo no me iba a oponer. La gilí se puso a voces que lo que yo quería era que me dejara el campo libre y que si era así podía esperar sentado porque de pie me iba a cansar. ¡No te amuela! ¿Pero es que uno no va a tener agallas para sellarle un día los morros de una guantada? Llevo unos días con la cabeza como un bombo. Ni sé dónde tengo la mano derecha.

31 julio, sábado

Félix, el carpintero, salió esta noche que hasta más luego, que el lunes daría los últimos toques, pero me planté, tranqué la puerta y le dije que no se iba a acostar mientras no me entregase el local en condiciones. El huevón saltó entonces con que necesitaba herramienta y ya le dije que pidiera por esa boca, que el Efrén iría por ello. Avisé a la chavala y hasta las cinco la mañana, que se dice pronto, no salimos de allí. El local ha quedado regio. Lo que yo le digo al Efrén, que talmente parece una bombonera. Total, trescientos sesenta y cinco billetes, que tampoco es paja.

1 agosto, domingo

La Verdeja avisó a unas mujeres que han dejado el salón como una patena. Allí hemos andado hasta la hora de comer. A las seis vinieron los tíos y volvimos allá. Dice el tío que si voy a ponerme al frente y ya le dije que en lo que pueda, porque está también lo del Munich. Luego me preguntó si teníamos personal y le dije que sí, que seleccionado. Por no callar la boca a tiempo le conté que voy asociado con el Efrén, y me preguntó, al tiro, que si con Efrén el carretonero. Respondí que a ver, y él movió la cabeza, y yo le dije que qué, y él salió con que ya que le preguntaba debía decirme que el carretonero no era hombre capaz. Le dije que para lo que tiene que hacer, pero él salió con que si un socio no tenía que hacer en la sociedad, pronto se iba todo a la chuña. El marrajo iba con retintín, pero por no enredarla me salí por la tangente y le dije que llevaba la sacristía abierta, que es la fija. ¡Pucha la madre! Digo yo que si pusiera el mismo cuidado que en contar los billetes en cerrarse los botones, mejor le pintaría. De regreso a casa me llegué donde el Efrén y le dije que a ver si puede estar a las nueve en el salón para abrir, y que avise al Gallito y los otros dos. Me dijo que estuviera descuidado, que andaba en ello. Ya le advertí que yo me tiraré allí la tarde y así toda la semana. Por otro lado me tinca que esta noche va a llover. Dice el Efrén, y no le falta razón, que eso ya sería encontrar la Virgen amarrada en un trapito. Muy templado está el día; no sé, no sé.

3 agosto, martes

¡Lo que faltaba para el duro, vamos! A las diez de la mañana de ayer me llegó recado de la Verdeja que la chavala andaba sangrando y que la habían llevado a la clínica. Lo dije en recepción y salí al tiro. La tipa, todavía, que

dónde iba tan ligerito y que aguardara al suplente. Ya le dije que mi señora andaba sangrando no más y que corría prisa. La Verdeja no andaba en casa y me dijo don Juanito que me aguardaban en la clínica de San José. Aunque cogí una micro llegué allá echando el bofe. La Verdeja salió con que no podía ver a mi señora y allí pasé el rato consumiéndome. Al fin, sobre las dos, asomó la gaita el doctor y le dije que qué y él, que andaba de enhorabuena porque las trazas eran de una placenta previa, pero que el parto había empezado y todo andaba bien. Le pedí que me llevara junto a la chavala, pero él, que nanay. Me puse a voces, pero el cipote saltó con que no largara la pepa o me ponía en la calle. ¡La madre que le echó al huevón de mierda este! Yo no podía ponerme quieto y a cada enfermera que asomaba, venga de preguntarlas, pero ellas ni mus. Menos mal que sobre las cinco volvió la Verdeja, que, bien mirado, se está portando con nosotros como una madre. A las ocho asomó el doctor y que vamos arando. Me gustaría verle a él en mi caso. ¡No te amuela! A las nueve llegó el Efrén y me salió con que 87, y que para el primer día no estaba mal. Le pregunté que 87 qué, y que de qué me estaba hablando, y él, que de qué iba a ser, pues del salón. ¡No te giba! Lo que yo le dije, que el saloncito ahora, a esconder, que mi señora estaba sangrando y que lo primero es lo primero. ¡Vaya nochecita! La Verdeja marchó en un verbo a ponerle la cena a don Juanito y regresó al tiro. ¡Pucha madre! Lo que yo digo, como en casa, en ninguna parte. Allá es otra cosa, la verdad. Uno tiene un hijo y no le apartan de su señora como si fuese un apestado. Hay que comprender. Un hijo es un hijo, y te pones a mirar y el padre, después de la madre, es lo primero. Bueno, pues acá, mierda. Claro que el huevón este parece más tonto que Carracuca y a saber qué se piensa que puede ocurrir porque yo pase a dar dos achuchones a la chavala y unos poquitos de bríos. De seguro que mejor nos pintaría a todos; pues no, señor. ¡A esperar! Según amanecía me dio la pena y se me puso una cosa así, sobre la parte, que no podía parar. Le dije a la Verdeja que, o me enseñaban a la chavala, o le arrimaba al doctor un par de chuchadas que se iba a acordar. Ella porfió que tuviese calma, y gracias a la Verdeja, que si no al medicucho ese le saco la mierda, como me llamo Lorenzo. Bueno, pues venga de aguardar y uno sin probar bocado. Cada vez se me ponía peor cuerpo y hubo un momento que bien creí que iba a devolver. Digo yo que serían las aguas, porque otra cosa no. Al fin apareció el doctor, y que un niño. De principio me quedé quieto parado, así como si no fuera conmigo, pero, de seguida, me arranqué a llorar, me abracé a la señora Verdeja y los dos a moco tendido como dos vainas. El médico la gozaba y yo me separé y le di las gracias, y él, que muy gentil, y

que podía pasar a ver a mi viejita. Entré en la celda con una cosa sobre la parte como esta amanecida, y de que vi a la chavala tan blanca como las sábanas, me implé todo y me arranqué otra vez a llorar que no sabía dejarlo. Ella, con todo el coraje, que me sonase, que me iba a ir en agua, y que estaba tronzada, pero como unas pascuas. Entonces le pregunté por la guagua y que se la habían llevado. Me puse de mala uva y le dije que para qué, y ella, que era costumbre y que sólo lo traerían para darle la teta. Estuve un rato de cháchara con la chavala y luego pasó la Verdeja y yo me fui a conocer al chavea. El cipotín andaba en la cunita y tenía un número arriba. Había en la sala también más de diez críos, pero el mío era rubiales, me lo habían lavado y peinado y estaba rechute de verdad. Se me hace a mí que el crío se parece a mi señor. Toda esta cosa de la frente y las cejas es tal y como verle a él. Allí, ante la cunita de la guagua, se me iba el moquillo, ésta es la fetén, porque, lo que yo digo, un heredero es una cosa muy seria; es así como uno que sigue. Precisamente ahora me viene como por la mano, porque si un hijo no le empuja a uno, dejaría uno de ser hombre. Uno le ha hecho y uno ha de sacarle del atolladero; no hay que darle vueltas, es ley de vida. Me fui a despedir de la chavala y que les pusiera a los viejos cuatro letras y avisara a los tíos, pero que ojo con la tía, y yo me reí y le dije que tonto sería irme a los higadillos teniendo solomillo en casa. La fetén es que la Anita, ahora, sin la barriga, va a llevarme de apunte, como diría el otro.

Los tíos, como unas castañuelas. Él salió que por qué no avisé antes. Lo que yo le dije, que en ese trance no está uno para nada. La tía, en su sitio. Me besó, ciertamente, pero como pudiera hacerlo una madre, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. Quedé con ellos en encontrarnos en la clínica mañana a las diez.

4 agosto, miércoles

He dormido doce horas de un tirón. Ya podían caer rayos que yo ni enterarme. A las diez andaba en la clínica como un clavo. Le pregunté a la chavala por el amo de la casa y me salió con que se ha puesto amarillito como un canario. ¡Vamos, que también gibaría que la criatura se enfermase ahora! Dice la chavala que eso sucede siempre. Le pregunté si no pasaría gazuza y ella la gozaba, y dijo que lo dejase no más, que la guagüita aún no tiene edad de comer. ¡No te amuela! Lo que yo digo, para eso no hace falta edad; nacer y manducar es todo uno.

Luego llegaron los tíos, y él, de que le dije que el chavea de cejas arriba era tal y como ver a su hermano, se puso hecho un gimotero y que, puestos a

mirar, sacaba también a su papá por la forma de la calabaza. En cambio, yo, si digo mi verdad, no le saco hoy a nadie; sólo faltaría que la torda de la enfermera nos hubiera pegado el cambiazo. Vamos, que sería sonada.

El tío obsequió a la guagua una cadena con su medalla, todo ello en oro de ley y grabadito. Le pregunté qué quería decir la E, y él que, pucha, Egidio. Lo que yo le dije, que a cuento de qué Egidio. Él saltó con que si no era él el padrino, y yo que sí, pero que qué tenía que ver una cosa con la otra. Terció la tía con que no me gustaba el nombre, y ella, de acuerdo. Hombre, como gustar, gustar, pero ¡coño!, que no es un capricho, que es una cosa para toda la vida. El cipote del tío se quedó de un aire y luego salió con que si, por un casual, era feo el nombre de Egidio. Ya le dije que los nombres no son feos ni bonitos y que ésa es una cuestión de gustos. Él se ajisó y empezó con que si era la primera vez que le decían que fuese feo el nombre de Egidio, y yo, por no contrariarle, que no había tal, que, puestos a ver, el nombre era lindo, pero que, por una razón o por otra, no se me pegaba al oído. Total, que a un paso anduvimos de cabrearnos, y lo que yo le dije, para remate, que él era el padrino, pero yo el padre, y que el chiquito se llamaría Lorenzo y sanseacabó.

Les puse cuatro letras a los viejos diciéndoles que llegó el chilenito. También escribí a la Modes y a Melecio. Luego me pasé por donde Lautaro a dar la novedad. Mañana volveré por el Munich.

5 agosto, jueves

Don Herman, de entrada, se me puso chulillo: con que qué formas eran éstas de dejar mi obligación. Le dije, de buenos modos, que me bajó el apuro porque mi señora había sangrado, y el huevón, que todas sangraban. Le hubiera plantado que menos guasa, que la cosa era seria, pero, mirando ya por el chavea, le dije que disculpase, que me había atontolinado, que además es la fetén. Él, entonces, tan razonable. Al uso suelta una coz y deja la pata levantada para tirar otra, pero hoy no.

León me salió con que al tiro me lleve a la vieja a casa, pues una clínica aquí vale un riñón. Ya andaba yo en ello, pero de que dejé el ascensor me llegué al sanatorio y le dije a la chavala que espabilase, que mañana a ahuecar. El chavea, tan majo. Dice la Anita que ha salido con ganas de manducar y que agarra la teta con un ansia como si en diez años no hubiera comido caliente.

Me pasé por el salón. El Efrén me presentó al Joe, que es un gilí echaopalante. Él y Gallito y Gallito y él, venga con patroncito por acá y patroncito por allá, que le ponen a uno la cabeza loca. Cuando se largaron le

dije al Efrén que qué, y él que 79. No hay que engañarse, eso no es cifra. Por este camino, a la ruina. Y es que, bien mirado, esto no son formas. El Joe y el Gallito, el Gallito y el Joe andan llenos de mierda, y lo que yo digo, en estos asuntos la limpieza lo primero. Si tengo ganas de llevar a casa a la chavala y ordenar otra vez la vida es para ver de encarrilar el negocio.

6 agosto, viernes

Los tíos se presentaron en casa con una cunita para la guagua. A la legua se ve que el tío anda chalado por la criatura. Como a lo bobo, le dije que me iba a pasar por la clínica para liquidar, y él que ni a tarros, que ese asunto ya estaba saldado. Le dije que eso no, y él, que si no era la guagua el hijo de la hija de su hermano. Le dije que a ver, pero que así y todo era demasiado y que sólo la mitad, tío. Él se puso a reír y salió con que si es que también quería meter la cuchara en su bolsa. Le aclaré que éste no era el caso y él porfió que él era el padrino y a él le tocaba quitar el poto a la jeringa, y que para cuándo el bautizo, pues. La chavala, que para el 17, que yo tendré la tarde libre y ella estará más valiente.

Lo del salón no cuaja. Desde mañana me hago cargo del negocio. Al huevón del Efrén no le llega la camisa al cuerpo.

7 agosto, sábado

Pasé la tarde en el salón. Setenta y dos parroquianos, que no está mal. Bueno, pues el Gallito, que eso era el sábado y que otros días no hay caso. ¡También es casualidad, hombre! El cipote de él pestañeaba más de la cuenta. Lo cierto es que hoy, entre mañana y tarde, hicimos 105 servicios, que, a 15 pesitos, dejan 1575. Ponle 336 de los ocho tacones que cambiamos y de tres pares de cordones y te salen 1911. Ahora, si los gilís estos embolsan doce de los pequeños, resultan 1200 diarios, más unos 650 de seguros y contribución, 1850, hasta 1911 te quedan 61 chiches. ¡Una mierda! Lo que yo digo al Efrén, si de esto hay que echar una parte a amortización, al garete. Lo mires por donde lo mires, así no podemos seguir. Para ir tirando necesitamos como mínimo 150 clientes diarios. Todo lo que sea bajar de esa cifra es ir de culo. El Efrén, que no se le ocurría nada, la verdad. Lo que yo le dije, que, por primera providencia, el Gallito ese, con toda su jeta de leso y todo su golpe de pestañas, era más vivato de lo que parecía y que habríamos de atarle corto si no queremos que nos empiece por un pie. Luego está lo del uniforme. Cierto que serán unos pitos; pero lo que yo me digo, ¿quién rayos va a entrar a

lustrarse los zapatos donde unos gilís que llevan la culera rota? El Efrén, que lo que yo diga. Acordamos ponerles unos monos grises, con unos letreritos en rojo, así, sobre la tetilla izquierda, que diga: «Lustre Español». El Efrén se largó con mejor garbo. Lleva unos días que, aunque calle la boca, yo me sé que no le alcanza la sangre a los zancajos.

8 agosto, domingo

El chavea no ha abierto el ojo y ya nos lleva a todos en el pico. Desde que amanece ya andamos a ver qué gracia se le ocurre. Hoy le dio por pedorrear y para qué queríamos más fiesta. Luego anduvo mamando. ¡Vaya si es avaricioso el mozo! Le dije a la Verdeja que qué, y ella, que no creyó que la cabrita pudiera criarle con esos pechitos de picada de pulga. ¡No te amuela! Y lo que yo me digo, qué cosa será el ser madre que yo la veo ahora una teta a la chavala, y nada, y antes de la guagua, sólo de verla el empiece ya me ponía negro. Verdaderamente no hay cosa con cosa.

Los tíos vinieron a pasar la tarde con nosotros. La tía se emperró en echar un julepe conmigo en el comedor, pero la chavala tosió y le dije que nanay, que mejor era aguardar a que mi señora se levantase. ¡Bueno está lo bueno y tengamos la fiesta en paz!

9 agosto, lunes

Cuanto más le miro al chaval, más se me despega. El cipotín de él no se le parece a nadie y cada día que pasa ando más escamado. ¡Vamos, que también gibaría que me hubieran pegado el cambiazo! No lo quiero ni pensar, pero la fetén es que el día que nació había allá otras diez criaturas y que bien fácil es ponerle a uno un número por otro. ¡Pucha madre! Si esto fuera cierto me iban a oír. Te pones a ver y todo esto es una pendejada, pero tengo una cosa así por el cuerpo que no me deja parar.

Pasé la mañana en el negocio. Abel volvió por allá. El mandria hace limpios a los otros dos. Eso sí, mucho unte en el pelo como si fuera lila, pero en los pies se le podrían sembrar papas, como yo digo. Dos veces hube de retar al Joe; el gilí se cae de flojo. Y encima venga de reír y de hacerse leso, y que no da más. Con esta gente, si no estás encima, vas listo. Cuatro gallos se me largaron por no esperar. Les voceé que avivaran, pero saltó el Joe con que él no esquiva el poto, pero a dos manos tampoco sabe lustrar. Los gilís estos se los pisan, vamos. ¡Hay que ver la calma que se gastan! Setenta y tres

pasaron por la mañana y veintiocho por la tarde según el parte del Efrén. ¡Nada, en cuanto que se les deja solos!

La chavala se va entonando. Esta noche estaba de buen garbo y anduvimos cascando hasta las tantas. Yo tardé en dormirme dándole vueltas al asunto del crío. ¡Seré vaina!

10 agosto, martes

Con los buzos parecen otra cosa, pero ¡anda y que tampoco les costó arrancar ni nada! Los vainas se tumbaban a reír sólo de verse. ¡Serán panolis! Así se tiraron media mañana. Al Efrén le dije que había que ponerles unas alpargatas y él se echó a reír y dijo que de eso acá no hay y que hasta aquí llegamos, no más. A otra cosa, mariposa, porque seis mil pitos en zapatos no me gasto.

11 agosto, miércoles

Pasé la noche desazonado. Al levantarme, parece como que me pidiera el cuerpo. Prácticamente lleva uno más de cuatro semanas sin catarlo. Me llegué a la clínica y le pregunté al doctor que hasta cuándo, y el berzas, que deje pasar otra semana. Le dije si no habría cuidado entonces, y el vaina, que lo único otra guagua. Ya le dije que dejase estar y que no gibara la parte.

No debió verme muy pispo porque me preguntó que si alguna otra cosa, y entonces ya le dije que andaba con el recelo de que me hubieran cambiado la guagua, y él se tumbaba a reír y que también eran ideas, y yo, mosca, que cosas más difíciles se han visto, y que, bien mirado, en mi familia no se ve un rubio desde el siglo dos, y que por lo que respecta a mi señora sus papás eran renegridos como cucarachas, y que ve ahí. El huevón salió con que alguna madre tuvo que ser la primera, ¿no?, y que de ella salieron luego blancos, negros y amarillos. Eso también es cierto. Le dije que muy gentil y me largué más tranquilo. Parece como que me hubieran quitado un peso de las espaldas.

A la tarde ha caído un aguanieve muy maja. La Cordillera está imposible; se cae el poto sólo de verla. ¡Anda y que tampoco tiene majestad la tía! Hoy hicimos 99 clientes. Esto no cuaja. Vaya usted a saber qué tecla falla.

13 agosto, viernes

Este mediodía dio el ombliguito el crío. La chavala se levantó para festejarlo, pero a la hora se le puso el cuerpo cortado y se volvió a encamar. Dice don Juanito que vitaminas. Lo que yo le dije, jarabe de cepa y píldoras

de chon es lo que mi señora necesita. Sólo faltaba meternos en botica ahora. ¡No te giba!

En el hotel se han puesto de obras en el comedor. ¡Anda que tampoco hay mierda en las escaleras ni nada! Bien cierto es que a mí no me va a tocar fregarlas, pero uno es curioso por cuna y le cabrea moverse entre porquería. No hay más.

El salón, como las tristes. Te pones a ver y ni para cubrir gastos. Habrá que tomar una determinación.

15 agosto, domingo

Ahora que la chavala anda loca con la guagua veré de aprovechar para salir al campo. A uno se le agarrotan los dedos de estar mano sobre mano. Y lo que yo me digo, otro domingo como hoy y al camposanto. En todo el día de Dios he salido de casa sino para oír misa. Esto no es plan, la verdad. Bien está el chavea para un rato, pero te pones a ver y de momento no es más que un leño. Ni habla, ni conoce, ni nada de nada. La chavala porfía que sí, que hace dos noches, después de la mamada, reía a los ángeles, pero eso son las ganas que ella tiene. Un chavea de este tiempo, ya se sabe: comer, dormir y ensuciar pañales. Dicen que ahora nacen más espabilados; no digo que no, pero por ahí se andarán. Luego la chavala con la flojera, quita eso, trae lo otro, arrima lo de más allá. ¡Pucha la madre! Y no es que yo sea un zascandil, que te pones a ver y soy más bien casero, pero uno echa en falta el campo, que uno, después de todo, en él se ha criado.

A la tarde vinieron los tíos, y ya se sabe. El vejete con los consejos; la zorra de la otra con las miraditas y las chorradas. Y a la noche, por si fuera poco, cara a la pared y a dormir se ha dicho. ¡Vamos, que uno no es de cartón piedra! Esto no es vida, me parece a mí. Uno anda todo el dichoso día currelando y para desengrasar, esto. Si el domingo no salgo al campo, reviento. Y si la chavala se aburre, que se compre un mono.

16 agosto, lunes

Avisé al Oswaldo y a Lautaro para el bautizo. Al Efrén hace días que se lo tengo dicho. Estuve dudando si decirle o no algo a don Helio y finalmente le fui a ver. El mundo da muchas vueltas. Bien mirado, tengo ya más reprise que un coche americano. León, que no puede dejar el ascensor, y don Herman, que le representarán los cabros. ¡No te amuela! Ya ve usted qué van a pintar allí cuatro meones.

La chavala se levantó más entonadilla. Anduvimos de broma con don Juanito. El cipote se lió a contar chistes y nos meábamos de risa con él. Contó el del friolero, dos de loros y el de la puñalada, que son algo de libro, vamos. Para desengrasar empezó otra vez con el ají y menos mal que la señora Verdeja tiene correa para rato.

A la noche volvió el meneo. Ya hacía tiempo. Fue un temblorcito de nada, pero lo suficiente para que uno ande al quite. Por primera providencia, yo me agarré la guagua y me metí bajo el marco de la puerta. La chavala, que a ella que la parta un rayo, ¿no?, y lo que yo la dije, que dos patas tiene como yo para ponerse a cubierto.

17 agosto, martes

El bautizo a todo trapo. El tío, cuando quiere, sabe hacer las cosas. Primero se armó un boche por el cura, que no llegaba, pero finalmente se presentó. Luego fuimos toda la gallada donde los tíos. El Efrén andaba como acobardado, por aquello de ser la casa del patrón, pero, en cambio, el Oswaldo agarró de entrada una castaña que no había cristiano que le aguantase. Estuvieron también los Carballeira y él me contó otra vez su venida a Chile y me enseñó las manos vacías antes de decir que llegó con lo puesto, y ya me metí dos copas, le pregunté si tenía un fundo y, con toda la cara, que soltase un permiso. El huevón me puso jeta, pero no tuvo otro remedio que hincarla como es de ley. A media fiesta se me arrimó la tía y empezó con que estaba dije no más, tan curadito, y, sin más, puso la gramola y nos metimos con una samba que ni bordada. Ella emperrada en llevarme a los rincones y venga con que si la pieza era muy angosta y que dejáramos el centro a los invitados, pero yo me hice el leso y para el centro. La chavala no hacía más que toserme desde el sofá y yo, a pesar de los tragos, no me olvidaba que mañana se acabó la dieta. Después me metí con la Carballeira, que no sé por qué se me antoja que hace migas, y más que migas, con la tía, y la pingo de ella que, por dejarse llevar en mis brazos, daría plata. ¡Vaya dos! Don Helio andaba más despistado que un chivo en un garaje y yo me acerqué a él, y el cipote que qué tal el negocio. De primeras le solté que no me mentara la bicha, y él, que el ojo del amo engorda el caballo, y que más me valdría dejar lo del Munich. Ya le advertí que cerrara la boca, que los tres cabros que andaban por allí eran los chavales de don Herman. La cosa se fue calentando y a las doce, no sé quién dijo que seguir la farra, pero la chavala se plantó y que a la una tenía que dar el mostrador al nene y se acabó la fiesta.

En casa bien creí que iba a regañarme, pero nanay. Verdaderamente a la chavalilla le ha quedado una percha que no respondo.

18 agosto, miércoles

Estuve en el bar de enfrente del negocio y conté hasta catorce clientes en hora y media. El Gallito liquidó treinta y seis de tarde. ¡Vaya usted a saber! A la semana que viene me planto aquí como un clavo a las tres de la tarde y no me muevo hasta las ocho de la noche. No veo mejor manera de comprobar si el gilí este me la está pegando.

A la noche me puse a trastear a lo bobo con la chavalilla, y ella, que quita, loco, y que no enredase y, al fin, la gloria bendita. ¡Que venga luego el torda del Oswaldo con que la ilusión del matrimonio dura más de tres meses pero menos de seis! Será una guasa, digo yo. Te pones a ver y eso, como todo, va en temperamentos. Los hay que se acuestan con un pendón y, ve ahí, saciados para quince días. Yo, conciencia aparte, no puedo con eso, la verdad. No niego que soy muy asqueroso para la cama, pero otros lo son para otras cosas, que, a fin de cuentas, hijos de muchas madres somos.

20 agosto, viernes

Concluyeron las obras en el hotel. El comedor ha quedado curioso y a bien poca costa. Estos alemanes son aprovechados y serios como pocos. El alemán, allá donde va, pone el mingo, como yo digo. Y es que tienen otro concepto de la vida, como debe ser. Nada de empezar una cosa y luego darle largas, no, señor; lo que se empieza se acaba y mientras tanto nada de descabezar una siesta. Las cosas hay que hacerlas así y, si no, mejor es no hacerlas. Don Herman bailaba en una pata y me preguntó que qué me parecía y le dije, lealmente, que al pelo, y que lo más lindo las cornucopias, y él, que no había tal, que eran dos muchachas muy honradas que recién vienen llegando de Valparaíso. El torda este entiende por la bragueta, como los gigantones.

El negocio me trae loco. Cierto que aún no he echado toda la carne en el asador, pero, por mucho que me empaten los limpias, esto no cuaja. Todos los días, alrededor de los cien clientes, más bien por lo bajo. Lo que yo le digo al Efrén, todo lo que no sea llegar a los 150 diarios es hacer oposiciones a la culada.

21 agosto, sábado

Le dije a la chavala que mañana saldré al campo, y ella, que bien, que me divierta y gaste poco. Verdaderamente, desde hace tres semanas no tiene ojos más que para la guagua. Así es la vida. Y no es aquello de que a mí el chavea no me haga tilín, que te pones a ver y me lleva en el pico tanto como a ella o más, pero distingo. Porque lo que yo le digo, el cariño entre hombre y mujer tiene otro qué, pero hay que hacer compatible una cosa con la otra. Bueno, pues la gilí nada como el darle la teta al crío. También son caprichos.

Hubo carta de los viejos, tan conformes con que hayamos hecho las paces con el tío. Digo yo si no procederá devolverle al viejo las quinientas, por más que tampoco va a pasar nada si yo me hago el roncero.

22 agosto, domingo

El fundo de don Carballeira queda a poco trecho, en la misma falda de los Andes. Tiene árboles de más para ser un buen cazadero, pero, a cambio, es un espectáculo. A mí esto de los sauces me gusta por vivir, pero sólo de verlos tan mustios me entra la flojera. La Cordillera andaba blanca de nieve y de vez en cuando soplaba un viruji que se metía en los huesos. Todo el santo día anduvieron los cóndores planeando en lo alto. Los huevones vuelan en París y hay que hacer números para caer uno. Los jotes ya es otra cosa, pero matar un jote, como yo digo, no tiene más ciencia que bajar allá un grajo o un aguilucho. A la mañana hice dos perdices y dos tórtolas; las perdices, de los pies. No hay quien me saque a mí de la cabeza que estos bichos son medio maricas. La tarde, en cambio, a verlas venir. Había un resolillo muy majo y me senté a la abrigada y me entretuve comparando este panorama con el de allá. Verdaderamente no hay cosa con cosa, pero me dan a elegir y me buscan una empatadera. De que se metió el sol me puse murrio. Melecio no se me quitaba del pensamiento. Y también la Doly, y mi hermana, y todo, para qué nos vamos a engañar.

Encontré a la chavala chupada. El cabrito no hizo de vientre en todo el día. Antes de acostarnos la Verdeja le puso una calita con un fósforo untado en aceite. Al minuto soltó el mozo una pedorreta. Aguardamos un rato y, al cuarto de hora, ya había hecho el cipotín toda la necesidad.

23 agosto, lunes

Un mes hoy de lo de Dativo. Se dice pronto. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! Ni un minuto he tenido para recordarle. Así. ¡Pobre muchacho! Pero

el caso es que si quieres salir de pobre en estas tierras hay que darle de lado al sentimiento. Si andas con la compasión por delante vas listo. Cuanto más vive uno, más cuenta se da de que nada vale la pena de correr por ello. Y sin embargo corres, que éste es el chiste. Luego, un día revientas y te entierran con pellejo y todo.

Tuve el turno de madrugada. Después de comer me metí en el bar con papel y lápiz. Gallo que entraba en el saloncito, gallo que apuntaba. Al largarse, le ponía una cruz. Bueno, pues 68. Crucé y le pedí cuentas al Gallito. El cipote, que 51. Me puse de mala cueva y le pregunté si tenía yo cara de chuparme el dedo y el cachondo de él venga de hacerse leso, y yo, que 68, y que les había anotado uno a uno sin moverme del bar de enfrente, y él venga de parpadear y que dejémoslo no más, patroncito, que una cosa es entrar y otra lustrar y que unos entraron y se largaron por no aguardar, pero que el patroncito no debía ser desconfiado. No le pegué un sopapo no sé por qué, pero sí le dije que entraron chorreaditos y que yo mismo les había visto con estos ojos que se ha de comer la tierra. El gallo, que nones, patroncito, y que ya eran ganas de retar. Me revolvió la mierda y le dije que desde mañana, mientras yo no esté, Joe es aquí el encargado. El huevón, que a mandar, y al Joe un ojo se le iba y otro se le venía. Si esto sigue así, veré de dejar lo del Munich. Oficio nuevo, dinero cuesta, ya se sabe.

24 agosto, martes

Pasé cinco horas en el negocio y 69 clientes. En cambio, por la mañana, sin nadie al quite, 33. Lo que yo digo, el hacerse una parroquia es cuestión de aguante. Nada más. De regreso a casa me topé con don Helio. Me salió con la de siempre. Ya le dije que cuando uno controla, bien, pero de que uno se larga te toman por el pito de un sereno. Él porfió que deje el Munich o ponga aquí a mi señora. Tampoco es mala solución. Bien mirado, esto, como quien dice, no es trabajar. Si la coloco un mamparo al fondo, inclusive puede trasladar la guagua y hacer su vida aquí. La chavala, de que se lo menté me saltó con que de peinar qué, y ya le dije que ahora no se trata de hacer *sport*, sino de amasar un puñado de plata a poca costa. Además, lo que yo digo, la mañana o la tarde estaré yo, todo depende del turno. A la legua se ve que la chavala no ha aceptado de grado.

26 agosto, jueves

Ayer hicimos 113 parroquianos; hoy, 116. ¡Lo que es tener allá alguien a la mira! El carpintero ha quedado en despachar lo del mamparo para el primero de septiembre. Para entonces la chavala se puede traer al crío y se ahorra un paseo cada tres horas. De todos modos, los huevones estos son más flojos que la chaqueta de un peón. El Joe, desde lo de encargado, raja por cuatro. El panoli tiene su punto de vista y no hay quien le apee. Y lo cierto es que no le falta razón. El tío porfía que coño que llega acá, coño que viene con ansia de hacer plata, y que eso es como cuando a uno le pica, que siempre se quiere más. Yo le digo que menos cascar y más currelar, pero como si dijera misa.

Al chavea le dio esta noche por mamarse el fole. El cipotín lo hace con unas ganas como si en su vida hubiera comido caliente.

28 agosto, sábado

Pasé por donde Lautaro. Ya ha llovido desde la última vez. Lo cierto es que fuera del Efrén no cayó nadie por allí. Es lo que pasa con estas cosas. Como no sea una amistad de años, en cuanto uno, por pitos o por flautas, lo deja un par de semanas se gibó la reunión. Visto lo visto nos largamos al negocio. Le expliqué al Efrén lo del mamparo, y que de acuerdo.

Hoy fue un buen día: 137 parroquianos, que no está mal. El Efrén me salió con que en conjunto qué. Yo le dije mi verdad, que en esto de los negocios nunca se sabe lo que es momio y lo que no, pero que en la cuenta había cuartos y a fin de mes agarraríamos cinco mil pesitos cada y, luego, la que sea sonará. El torda, dale con que era buena señal, y ya le dije que ni a tarros, que eso es mi santo capricho y que lo único cierto es que mientras no lleguemos a los 150 diarios vamos de culo.

Casualmente hoy recibí carta de Crescencio. Ya se resolvió lo de la ayuda familiar para los funcionarios. En cuanto que yo me largué; es la fija. También soy oportuno, coño. Y la cosa no es de despreciar: 300 calas por la chavala y 200 por chavea. Peor es mascar lauchas, como diría el otro. El chalado dale con que le mande sellos. También el mandria este cuando coge una perra no sabe dejarla.

29 agosto, domingo

Estuvimos con la guagüita donde los tíos. Al huevón de él le sacaremos los pitos, que eso no lo niego, pero nuestros sudores nos cuesta. Hoy la tomó

con el salón y a aguantar se ha dicho. Dice que ha pasado dos veces por allá y que, dicho sea con verdad, no está bien ubicado y resulta demasiado angosto. Le dije que la cosa no cuaja y él, que cómo va a cuajar, que en estos negocios pequeños lo que procede es largar la gallada y hacérselo uno todo. Le pregunté si quería decir que yo debía ponerme a lustrar personalmente, y él, que eso, no más. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Uno no será un señorito de cuna, pero tiene su orgullo. Él salió con lo de las paltas y que era una faena dura, pues, y lo que yo le dije, que no es por no pegarme una chaqueta, que eso, si hay que hacerlo, es lo de menos, pero que hay trabajos y trabajos. Él porfió que cuando se determina uno a hacer la América no debe parar mientes en si allá era esto o lo de más allá, y que lo mismo hay que hacer a un roto que a un descosido. Le planté que bien, para que callase la boca.

La tía andaba hoy recaliente. Bien creí que se le había pasado, pero de que salí un momento a orinar, me la tropecé, de regreso, en el pasillo, que estaba a media luz, y me salió con que era un ingrato y que qué pronto la había olvidado. La hice ver que bien estaban las cosas para que ahora las fuésemos a enredar, y ella, que muchos cabros ha conocido, pero ninguno como yo. Ya le dije que eso va en temperamentos, y entonces la tipa de ella salió con que si su cuerpo no me decía nada. Cargado, callé la boca, la aparté y me fui a la pieza. La chavala no me quitaba ojo. De que salimos me dijo que dónde fue la tía cuando yo me levanté. Ya le dije que la sentí trajinar en la cocina y que no sabía. La fetén es que una vida aguantando las ansias de este pendón es una pejiguera. Para ella no reza que uno esté casado e, inclusive, que, grande o pequeña, tenga una familia.

1 septiembre, miércoles

El carpintero colocó el mamparo esta tarde. Treinta mil del ala; por cuatro cochinas tablas ya está bien, ya. Si le añades los diez mil que ayer retiramos el Efrén y yo, la cuenta se va a las pailas. De todos modos, desde que la chavala vigila y el Joe anda de encargado, no ha habido día que la parroquia baje de ciento.

El chavea medra. No es porque yo lo diga, pero si no ha doblado el peso, allá se andará.

3 septiembre, viernes

Te pones a ver y esto no es vida. ¡Pucha madre, el tiempo que hace que no veo una película! Y no es que yo corra por el biógrafo, que, bien mirado, me

la trae floja, pero al menos me distrae. La fetén es que el Joe tiene más razón que un santo. Fuera del ascensor y el salón uno no encuentra horizontes. Uno tiene el golpe de cepillo metido hasta la cueva. Esto no es plan, la verdad. Porque vamos a ver, poniéndonos en lo mejor, yo embolso al año quinientos mil y los ahorro. A los diez años, cinco millones; a los veinte, diez; a los treinta, quince, que traducido a pelas te quedan en millón y medio. Y esto tirando por lo largo. Bueno, dentro de treinta años uno ha amasado unos pitos, se compra un carro que le zumba el bolo y para allá. ¿Qué interés puede uno tener en conocer los nietos de los amigos? Porque, por vueltas que se le dé, uno está aquí provisorio y sólo le sostiene el ansia de regresar y si le quitas esa ansia, le matas el afán de currelar, y si le matas el afán de currelar, a la mierda todo. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente. Entre unas cosas y otras, yo podía salir ahora allá por las dos mil y no es que sea mucho, pero buenas son. Dos mil calas ganadas con la gorra y con una categoría no son de despreciar, me parece a mí.

Le dije a don Juanito de arreglar la radio a medias, y que de acuerdo. Va para tres meses que no oigo hablar español como Dios manda. Se dice pronto.

Hoy cumplió un mes el cabrito.

6 septiembre, lunes

De que me llegué al salón y me topé a un gilí pololeando a la chavala me subía por las paredes. El huevón dale con que era un churrito y que si tenía plan para la noche. ¡Pucha madre! Le agarré de las solapas y le dije que le iba a arrimar una mano de chuchadas que no le iba a conocer ni la zorra de su madre. El mandria iba hecho un paquete y saltó con que dejémoslo no más, que él no había querido ofender, y que no sabía que la señora fuese casada. Le hice meter la jeta por el ventano para que viera la guagua y le dije que ahora qué, y él, que bien, que dejémoslo no más, y que él ignoraba que la guagua fuera de mi señora. Se armó una rosca regular y lo que yo le dije, que si volvía a verle asomar la gaita le sacaba la mierda, como me llamo Lorenzo. ¡Faltaría más! No es que a uno le pete levantar el tarro, qué coño, pero que no me toreen porque si me implo ni yo mismo sé dónde puedo llegar. Me giba lo que nadie sabe que los huevones estos no distingan, porque, lo que yo digo, la que es pendón en la cara lo lleva escrito. Le pregunté a la chavala si por un casual ella había dado soga, y la tipa, como una leona, que por quién la había tomado, y lo que yo le dije, que no se pusiera así que tampoco era para tanto, y que desde hoy no porte por el salón aunque se vaya todo a la chuña. Ella salió con que si el mamparo. Ya le dije que primero de todo la honra, y que

ante eso, el mamparo y el salón, el salón y el mamparo podían irse a tomar por el saco. Me acosté cabreado. Anduve dando vueltas hasta las tantas. Verdaderamente, como en casa, en ninguna parte.

8 septiembre, miércoles

Desde que falta la chavala anda todo como las tristes. Le pregunté al Joe cómo se explica y el vaina, que la patroncita era un reclamo. No le sacudí una guantada por ser vos quien sois, pero ganas no me faltaron. ¡No te giba! Le dije si es que lo del otro día ocurría con frecuencia, y el huevón venga de reír y de hacer muecas a lo bobo. Le llevé tras el mamparo y le dije que se explicase. El torda, que la patroncita era dije no más, y que con la pollera amarilla todo el mundo era a decirle algo y que aquí, en su tierra, levantarle el ganso a un amigo tampoco es nada. Ya quemado, le pregunté si es que la patroncita daba gancho, y el cipote, que a todas las mujeres, pues, les agrada que se fijen en ellas. Me subí a la parra y le solté que era un roto de mierda y un crestón, y él, que dejémoslo no más, patroncito, y el mandria me desarmó y fui entonces y que disculpase. De que llegué a casa me fui derecho donde la chavala y la puse las peras a cuarto. La menté al chavea y la planté que no estaba en condiciones de hacer el zángano, y ella que a cuento de qué decía eso, y yo que, mientras no fuera de mi brazo, la pollera amarilla a esconder. La Anita terminó negra y me salió que a ver si yo podía pololear con la tía y ella nada, y lo que yo le dije, que la otra noche en el pasillo, para que callase la boca, la tía volvió a hacerme proposiciones y que con ella lo que quisiera porque se me da como agua y, sin embargo, yo, que nanay, porque primero que todo está la dignidad. Puse peor la cosa, se subió a la parra y me salió con que por qué le dije, pues, que marchó a la cocina. Finalmente, por no abanicarla, la planté que volviera a peinar a la mujer de don Helio a ver si nos hacíamos ricos, y que el salón se fuera a las pailas. Me acosté de mal café. A la hora, el chavea se puso bravo y no había Dios que parase. ¡Vaya nochecita!

10 septiembre, viernes

La radio ya está compuesta. Me la traje para casa y se lo dije a don Juanito, y el panoli, que al pelo, pero de aflojar la mosca ni pum. A ver si el cachondo de él me va a jugar la talquina, como dicen acá. Estos gallos son como Dios les ha hecho. Total, la friolera de mil doscientos del ala, que tampoco es paja. Si el huevón no se explica, como hay Dios que me la agarro y para la pieza. La pusimos después de cenar y lo que son las casualidades, lo

primero, *Cuando salí de mi tierra*. ¡Anda, y que tampoco tiene sentimiento la canción esa! Oyéndola, se pone uno a recordar y no acaba. Terminé murrio. Cuando me encamé tenía una cosa así sobre la parte que no me dejaba ni respirar.

11 septiembre, sábado

Abel no se presentó esta tarde. El Joe me dijo que andaba en las tomas y, lo que yo le dije, que buen viaje, pero que no vuelva por aquí, no se me suelte en una de ésas la izquierda y le vaya a partir los hocicos sin intención. Verdaderamente esto no es vida. Desde que ahuecó la chavala, no alcanzamos los ciento ni por casualidad. Y lo peor es que uno no sabe ya qué cara poner. De sobra te sabes que te están empatando, pero empezar a guantazo limpio tampoco es solución. Al torda del Efrén cada vez que le digo algo se le cae el poto, pero si espero que él resuelva la papeleta estoy fresco. Al crestón todo se le vuelve decir que es más difícil de lo que parece amasar un puñadito de plata. Lo que yo le digo, que en ninguna parte pagan por dormir…

Don Juanito, ni palabra. Digo yo si será otra gracia de las suyas esto de cargarme ahora con el muerto.

14 septiembre, martes

La Anita volvió donde don Helio. Por lo visto la recibieron bien y su señora le dio tarjetas para otras dos del barrio. Según ella, agrada como peina, y como fija unos precios arreglados malo será que no se haga una parroquia. Ya le digo que no apunte tan alto, no se vaya a marear, pero ella porfía que sabe por dónde se anda y que ya me lo dirá a la vuelta de unos meses. Por de pronto hoy me pidió plata para un estuche de uñas. Ya le dije que ojo, no termine con mis huesos en la cárcel, pero ella que la deje hacer. Por mí, bien dejada está, pero si no candamos la cartera no iremos a buena parte.

La Verdeja, ciega por el chavea. Bien mirado, una abuela no haría más. Gracias a eso, que, si no, de qué iba a andar la chavala toda la santa mañana como un zascandil. En esto hemos tenido chamba, que lo mismo que digo una cosa digo la otra.

16 septiembre, jueves

El tiempo se ha puesto raso. También joroba esto de empezar la primavera en septiembre. Uno no está hecho a estas cosas, la verdad, y le peta que todo venga a su tiempo y por sus pasos. Pero te pones a ver y aquí no hay cosa con

cosa. Cuando tú te levantas, allá andarán comiendo, y cuando sales del tajo, Melecio y toda la tropa se habrán tirado ya una horita de sueño como poco. Llevo una temporada como perro huacho. Todo lo veo negro, y raro será que yo me aclimate acá. A fin de cuentas, si hemos nacido en un sitio será por algo y no es cosa de ir a enmendarle la plana al Señor.

Don Juanito las endilgó con las valijas al norte sin explicarse. Más tonto soy yo por no abrir el pico a tiempo.

18 septiembre, sábado

Esta semana nos hemos defendido con Gallito y Joe y, después de todo, las entradas poco han bajado; en cambio, ahorramos cuatrocientos diarios del huevón de Abel. Claro que siempre resulta desairado un hueco, pero en estos asuntos hay que ir al grano. Lo malo del caso es que a la mañana, que hay mucha gallada, alguno se larga por no aguardar. Probaremos otra semana. Dice el Efrén que por probar nada se pierde, pero, lo que yo le digo, que en tanta probatura se le fue el virgo a Juana.

A la noche me salió la chavala con que un marinero de Valparaíso le vende a la señora de don Helio perfumes y otras pichanguitas de París y que es una oportunidad y que la anticipase unos pesos. Ya le dije que ni hablar del peluquín, que como decía un profesor del Centro, los ensayos con gaseosa y, como me olía, terminamos de morros. ¡Qué le vamos a hacer! Dos trabajos tiene.

22 septiembre, miércoles

Lleva tres días lloviendo con pica. Mientras caiga de estas formas de poco me vale andar despatarrado para echar fuera las cascarrias. Las mismas goteras te ponen perdidos los bajos de los pantalones. Yo confiaba que esto fuera bueno para el salón, pero nada. Claro que lo que ellos dirán, para lo que van a durar limpios. El Joe, que son las chaparraditas lo que atrae al cliente, pero no esto. La verdad es que llevo una temporada que no me lamo. Hoy por usted, mañana por mí, lo cierto es que ni clavo…

La guagua andaba esta noche desazonada. ¡Lo que faltaba para el duro, vamos! La Verdeja, que era la guatita, y anduvo poniéndole paños calientes. Hasta las dos no pegamos pestaña. La chavala se hizo hoy otro par de clientes. Mírala, a lo bobo, a lo bobo, va formando una parroquia. El domingo 26 cumple los veintiuno. Ya vamos para viejos. Veré de feriarla con algo de su gusto.

25 septiembre, sábado

Sin venir a cuento, hoy se las endilgó el Gallito. Me hice el leso. Si el mandria se pensó que iba a andar llorándole le ha salido rana. ¡Anda y que le den morcilla! Le pregunté al Joe si le podía sustituir para el lunes y me dijo que un tal Sergio, conocido suyo, quiere ponerse de fijo. De primera. En resumidas cuentas, más pelo echamos esta semana con dos que con tres, aunque ya le dije al Efrén que en estos asuntos todo lo que sea jugar a no perder no conduce a nada práctico. El huevón, que lo que yo haga bien hecho está. ¡Gibar! La verdad es que si espero una iniciativa de este mostrenco estoy aviado.

La obsequié a la chavala un estuche de una vez, para que lleve los trebejos del oficio. Si la mujer ha de andar en casas de postín con unas y con otras, no es cosa de que se presente de cualquier manera.

26 septiembre, domingo

La chavala, loca con el estuche. La gilí se pensaba que iba a olvidarme. Lo que yo le dije, si me olvido de estas cosas, qué me queda. Llevamos dulces a casa y, a la tarde, les dimos once a los tíos y luego al biógrafo. Ya metidos en el ajo, le dije a la chavala que después de dar el mostrador al mozo nos íbamos a cenar por ahí y luego de farra. El tío me salió con que debía tener buenas entradas, y lo que yo le dije, que de eso poco, pero que si hay que gastarse veinte pavos soy tan guapo como el que más para machacarlos con salero. El huevón, que edad tengo de saber lo que me hago, y yo, con todo el rostro, que a ver. Cenamos en el Aconcagua y, para desengrasar, al Trocadero de bailoteo. La tía se calentó y cada vez que la sacaba el tío, ella que «cambio de parejas» y me agarraba bien aunque la chavala se asaba. Así anduvimos hasta las tantas. La tía se arrimaba de más, pero, bien mirado, allí nadie llama la atención por eso. De que se echó al cinto dos tragos empezó con que su cabrito, y yo, que tía no me hace usted mucho favor, pero ella dale que dale. La tipa se curó a escape y empezó a gozarla a voces, y todo el mundo era a mirarla, y, cuando andábamos en éstas, se presentó la chavala más tiesa que palo de bandera y que se acabó la fiesta y que cada oveja con su pareja. El tío, ni agua. Menos mal que se cagó en la diferencia y pagó el gasto. La tía, ni mus. Con la salida de la chavala se la cortó el habla. Ya en la cama empezamos con la de siempre. Le dije a la Anita que no me malrotase el día, y ella que lo dejara, luego que no enredase, loco, y para remate, la gloria bendita. Bien mirado, hace mucho tiempo que no pasaba un día como éste.

29 septiembre, miércoles

El tal Sergio parece un hombre capaz. El huevón, con seis dedos en la mano derecha, maneja el cepillo como los ángeles. Sólo por verle se puede pagar plata. Claro que el cliente afloja la mosca porque le lustren y para diversión se marcha al circo. El Joe que qué, y yo le dije que bien, que su amigo trabaja seriamente y que creía que nos entenderíamos. El vaina venga de gozarla y patroncito por acá y patroncito por allá. ¡Gibar! A veces el huevón este se pone más pegajoso que las moscas. En resumidas cuentas, seguimos como antes. Me petaría que el tío se diese un garbeo por aquí y dijese esto falta y esto sobra y esto aquí y esto allá. Los hombres de negocios tienen un punto de vista, que vale un valer. Así se lo planté al Efrén, y el panoli que bien, pero que o mucho se equivoca o de esta hecha no salimos de pobres, y que ya hace ratito que se las anda parando.

Me acosté con mal cuerpo. Sólo me faltaba ahora enfermar.

30 septiembre, jueves

No había llegado al hotel y ya andaba de vuelta. De entrada empecé a sudar frío y en menos que se tarda en decirlo fui tres veces al váter. Inclusive me parece que tengo calentura. En casa me entró una tiritona que no se iba ni por cuanto hay. Cuando me acosté estaba como sin sangre. ¡Ay, madrica, qué malo me encuentro! ¡También gibaría que fuese uno a dejar sus huesos en esta tierra!

17 octubre, domingo

Me levanté por primera vez después de qué sé yo el tiempo. Miedo me da el mirarme al espejo. Tengo las corvas que talmente parezco un tísico. ¡La madre que me echó y qué apuradillo he andado! Decididamente, esta tierra no me pinta. ¡A santo de qué voy a agarrar yo allá un catarro intestinal! Y antes la gripe. Si apenas he salido de una y ya ando metido en otra. Y no es porque yo lo diga, pero hasta llegar acá ni sabía lo que era estar enfermo. ¡Pero anda que ahora! Ni la pluma puedo sostener. ¡Pucha madre! Y me he quedado en la espina Santa Lucía. Menos mal que amistades no me han faltado, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. Y que se han portado conmigo como si fueran los míos. ¡Qué digo!, ni la familia hace a veces lo que la señora Verdeja ha hecho conmigo, ve ahí. Así viva mil años le guardaré yo ley a esta mujer, que uno puede ser lo que sea, pero no es un desagradecido. Porque lo

que yo digo, los amigos para las ocasiones. Y ahí está el Efrén, que será lo que se quiera profesionalmente, que yo en eso no me meto, pero tiene un corazón tamaño grande. Y luego los tíos. Yo se lo decía ayer a la chavala, la tía tendrá un pronto cachondo, que yo ahí ni pincho ni corto, pero es de esas mujeres que si hay que darse no esquivan el poto. Eso por descontado. ¿Que luego tiene sus ventoleras? ¡Qui lo sa! Después de todo, nadie somos perfectos, como yo digo. La chavala, que menos historias. ¡También hay que verla a la gilí! De que me levanté me mostró el alijo de perfumes de allá. Lo que yo la dije, que ojo, pero ella me dio en los morros con un mazo de billetes. Quince mil del ala, que se dice pronto. ¡Hay que tocarse las narices! Esto lo hace la chavala a base de simpatía y un poquito de gusto, como yo digo, porque, vamos, por peinar nadie da hoy plata. Claro que también está lo de las uñas y los potingues. Con unas cosas y otras malo será que la chavalilla no se saque para sus gastos. Y después de todo, lo suyo no es más que un entretenimiento, porque, bien mirado, a esto no puede llamársele currelar.

A las seis se presentó el Efrén con la novedad de que el Sergio las enveló también. El huevón mojó la pestaña y lo que yo le dije, que ningún negocio vale tanto como para tomarse ese sofoco. No podía con mis huesos y me encamé. Anduve revisando papeles y sólo un día durante mi enfermedad pasaron de cien los clientes. El Efrén, que lo mejor será tomar el dos. Ya le dije que dé tiempo al tiempo y que encargue al Joe que se busque compañía. A la noche se presentó el tío y me dio la murga con que agarre yo el cepillo y no me ponga en manos de nadie. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

20 octubre, miércoles

Esta tarde salí por primera vez. ¡Pucha madre! Parece como que uno no mandase en sus piernas. De regreso no me tenía de pie. No quise asomar la gaita por el negocio para no pasar un mal trago.

A la Anita ya no la alcanza la mañana y tiene también sesión por las tardes. Hoy se retrasó y el chavea andaba loco. Tampoco es plan esto de que se lleve la despensa a cuestas. Así se lo dije, y ella, que porque el crío aguarde media hora tampoco va a pasar nada. Para todo encuentra salida la torda de ella. Otra cosa no, pero labia ya tiene para dar y tomar, como yo digo.

22 octubre, viernes

Cuando llegué al salón esta mañana estaba aquello animadillo. El Joe se ha echado una compañía que ni buscada con candil. ¡Anda y que tampoco

tiene mierda encima el tal Manuel! Le pregunté al Joe por qué no se ponía Manuel el buzo, y él, que es condición. ¡Lo que hay que aguantar! Pero, lo que yo le digo al Efrén, nada ganaremos con enfrentarnos. No hay más que achantar la mui y el que venga detrás que arree.

El chavea hace, no es porque yo lo diga. La chavala, que ya se sabe, niño vomitón, niño regalón, y así debe de ser. Por de pronto el mozo se está poniendo como un trullo.

Voy mejorandillo. Eso no quita para que cada día que pasa me acuerde más de la tierra. Esta tarde le puse unas líneas a don Basilio para dar fe de vida. El mundo da muchas vueltas y nadie sabe lo que puede pasar mañana.

25 octubre, lunes

Me topé con una cabrita muy dije a la puerta del hotel esta mañana. De que vio que me metía me chistó y me preguntó por León. ¡Mírale qué cacho lelo, qué callado se lo tenía! Así se lo planté, y él que ya va para mes y medio, y que ya me contará. Me tinca que el mandria de él, a la chita callando, se me ha puesto de novio.

El ascensor me ha dejado para el arrastre. Cuando me metí en la cama no me acordaba ni de mi nombre. La chavala, por no perder la costumbre, venga de cascar, pero yo ni caso.

28 octubre, jueves

Se me hace a mí que el torda de León ya no tiene remedio. A lo bobo se ha metido en harina y lo que pasa. Hoy me salió con que la chavala lo lleva de apunte y es hija de españoles. Entonces aproveché para decirle que la cría tiene dije, pero que la guaneaba yéndole a buscar al hotel. El vaina se enojó y me salió, de malos modos, que cada uno es cada uno, y que si yo pienso a lo burgués con mi pan me lo coma. Ya le dije que no era eso, que no me había explicado, pero el cipote dio media vuelta y adiós muy buenas. Me dejó pegado. ¡Anda y que te zurzan!

El chavea le ha cogido gusto a mamarse el fole y, si no, no hay quien haga vida de él. Ya le digo yo a la chavala que de aquí a un mes el dedito para el gato, pero ella como si no. La Anita anda a lo suyo y estas huevadas no la quitan el sueño.

El salón, de culo. Lo que es si espero hacerme rico con él, voy listo. Esta tarde me decía el Efrén que me veía preocupado. Lo que yo le dije, que anda

que tú. Verdaderamente ningún cagado se huele su mierda; no hay cosa más cierta.

30 octubre, sábado

Pasé un rato donde Lautaro, por no perder la costumbre. Le pregunté por Oswaldo y dijo que la otra tarde cayó por allí y que andaba cabreado conmigo desde lo del cacerío. Mira tú por dónde dos trabajos tiene. Me preguntó cómo llevaba la veda, y le dije si es que se ha cerrado, y él que si ahora me desayuno. Te pones a ver y hace meses que no salgo al campo, pero basta que ahora sepa que no puedo hacerlo para que me chinche más de la cuenta. La noticia me ha afectado. Hasta marzo a enfundar. Aunque, bien mirado, ni la escopeta me quita a mí el morro esta temporada. Le pedí un trago a Lautaro y trago va, trago viene, cuando me quise dar cuenta tenía encima una merluza de tente y no te menees. Luego anduve dos horas trotando calles para ventilar la terraza.

Así que llegué a casa, la chavala me dio en los hocicos con un fajo de veinte billetes. ¡Hay que fastidiarse! Que esté uno dándole al parche de la mañana a la noche para nada y luego llegue ella, que no sabe de la misa la media, y, con las manos lavadas, embolse veinte mil mensuales. La dije que ya tenía para sus gastos y ella salió que si estaba tonto, que a cuento de qué fundía ella veinte mil al mes, y que le abriese una libreta. Me da lacha sólo de pensar que algún día puedan decirme que vivo a cuenta de mi señora, pero la fetén es que la chavala tiene simpatía y sabe desenvolverse.

1 noviembre, lunes

Hoy, los Santos. Acá como si tal cosa. Yo me recuerdo allá, con las visitas al cementerio y el Tenorio por la tarde. Verdaderamente no hay cosa con cosa. Y luego el clima. Allá, el tiempo de las ánimas benditas es tiempo de nieblas, y como quien dice, la puerta del invierno. Te pones a ver y acá todo lo contrario. La nieve de la Cordillera va de capa caída y los árboles ya tienen brotes. Total, que la primavera se huele y celebrar los Santos y las ánimas parece cosa de coña.

He andado todo el día de Dios como achucharrado. Para acabar de gibarla recibí carta de Melecio. El panoli me cuenta de los dos primeros cacerías. Dice que la Doly es una cosa seria y que Pito, el de la armería, le daba dos billetes por el animal, pero que él ni por todo el oro del mundo. Abrió la temporada con los de Tochano, en Villalba, e hicieron veintidós perdices y

cuatro liebres entre cuatro escopetas. Ya es. Dice que el domingo 17 subió un rato con el Mele a los bacillares de Herrera y bajó dos perdices y una torcaz rezagada. El huevón, que ahora más que nunca me echa en falta. Vamos, y que uno tenga que andar aquí a la que salta, viviendo como un paria. El Melecio se cura en salud con que veintidós cazas para mí serán cosa de risa, pero que recuerde que allá no es tarea fácil. ¡No te amuela! Ni aquí tampoco, como yo digo; lo que pasa es que a uno le han metido los perros en silba, o sea que a uno, con todo su golpe de andar de vuelta, se la han pegado con queso.

No estaba para nada y me puse a oír la radio. La chavala que deje ahora de mirar atrás. Lo que yo le digo, que yo no me meto en sus cosas, y si a mí se me pone oír la radio de allá tampoco molesto a nadie. ¡No te giba!

4 noviembre, jueves

León se puso hoy de confidencias. El cipote anda en el bote, pero le da rilis por lo de la bala. Ya le dije que dentro de cien años todos calvos. Él dale con que el cálculo de probabilidades, y lo que yo le dije, acá no va a pasar nada sin que de Arriba lo ordenen, porque los médicos, con toda su ciencia, no son más que unos mandados. El torda, que no estaba mal visto, pero que le daba canguelo, la verdad, porque casarse para dejar al año una viuda tampoco es plan. Finalmente le convencí y el mandria me salió con que, al menos, decírselo, y ya le dije que ganas tenía de enredar, y que lo mismo que ha tirado quince años puede tirar cincuenta, que eso nunca se sabe, y que deje a la cabrita tranquila.

No sé qué demontre de fiesta sería hoy, pero los canutos anduvieron en la esquina dándonos la murga hasta las tantas. ¡Anda que tampoco hicieron pendejadas ni nada los tipos esos!

7 noviembre, domingo

Echamos la tarde donde los tíos. El huevón de él de que ve la guagua se pone más tierno que un pollo tomatero. ¡Tampoco le ha cogido ley al crío que digamos! Y lo que yo le digo a la Anita, lo que vamos a conseguir con esto es malcriarle y luego vaya usted a enderechar el árbol torcido. Bueno, pues para el tío no hay razones. El chavea se empeñó hoy en romper una ampolleta y hasta que no lo consiguió no se quedó tranquilo. Y si el mozo se emperra en dejarnos a oscuras, por el menguado de su tío no ha de quedar, eso ya se sabe. Ya le dije al tío que nos le estaba malenseñando, y él que dejémoslo no más, que la guagua era el amo de la casa y para él iba a ser todo, y que, al fin y al cabo, lo mismo daba antes que después. Luego el crío se meó por la pata abajo y el vaina venga de gozarla y que agua bendita. Y no es aquello de que haga un reguerín, que te pones a ver y el mozo se echa unas meadas como un general. Verdaderamente a los huevones estos no hay quien les entienda. Conmigo mucha exigencia y con la guagua todos los caprichos son pocos. Me parece a mí que esto no guarda proporción. De que el chavea se quedó dormido, echamos un julepe. Palmó el tío y cuando en la última ronda, con un pozo de veintiséis pitos, le solté tres meneos y la falsa y le pegué en los morros, bien creí que me abanicaba. ¡Chúpate ésa! Antes de largarnos me preguntó si había pensado lo de bombero, y que a él, por seguir la tradición, ya le petaría que me apuntara en la España. No le dije de entrada que nones por no enojarle, pero lo que es si aguarda verme con la manga de acá para allá, está fresco. ¡Vamos, que sólo me faltaba ahora disfrazarme de bombero!

9 noviembre, martes

Sí, ya me tincaba a mí que toda esta historia iba a acabar como las tristes. Una vieja cachonda que se encapricha por uno no puede llevar a buena parte, ya se sabe. Y si la chavala no se entera, menos mal. Pero anda que si la van con el cuento… Te pones a ver y lo del hotel me la trae floja. Después de todo, ocupaciones no me han de faltar. Lo que me giba es la cosa en sí y lo que el menguado del don Herman y el León y toda la gallada puedan pensarse. Claro que si se piensan lo que no es, peor para ellos. Te pones a ver y un hombre poco pierde con ello. ¿Que se han tomado a la tía por una patinadora? A mí plin. Bien mirado, no encuentro mejor manera de llamarla pendón. Después de todo, ella se lo ha buscado. Porque, vamos a ver, ¿quién

la manda hacer estas cosas? Ya de que la vi me dio un sofoco que para qué. La tipa iba más bonita que un San Luis, con unas pieles por la pechera y un casquete que no se lo salta un torero. Bueno, pues yo me hice el leso, y la digo: «¿Qué piso?». Y la tipa de ella se cuela en el ascensor y que el último, cabro. Y de que llego arriba, que abajo, cabro, y entre medias que no veía otra forma de conversar conmigo, y que yo era un gallo receloso. Así, por las buenas. Yo andaba al quite y la dije que qué, y ella que qué pensaba de lo nuestro, y yo con la de siempre, que el tío no merecía eso y que dejémoslo, no más. La pingo de ella, de que llegamos abajo, otra vez para arriba y que la abrazase. Yo me puse a traspirar y andaba todo asorochado, y fue la tipa entonces y me echó los brazos al cuello y uno, después de todo, no es de cartón piedra, y a ver, lo que pasa. La tunanta se las sabe todas y no dejaba tranquilo el ascensor, y cada vez que llegábamos arriba o abajo dejaba de apretarme el cuello y dale al botón, y en éstas se puso a sonar el cuadro y llamaban de todos los pisos y don Herman empezó a vocear, pero ella ni caso. Ya la dije que soltara o la atizaba una chuchada, y ella que dónde y cuándo nos veíamos, y que mientras no la respondiera no había nada que hacer. Se me calentaron los cachos, me olvidé que era una, la solté una galleta y paré el trasto. Como esperaba, don Herman se puso loco. La tía se largó tan templada y ni volvió la jeta cuando don Herman la voceó cuatro verdades. Luego el candongo la agarró conmigo y con que si para eso ya tenía mis asuetos y el Parque Japonés. No me dejaba abrir el pico y, ya cargado, me quité la americana con la insignia y le dije que me buscara sustituto y que me daba por cumplido. El berzas de él ladraba a la luna y el pestorejo se le ponía como la grana, y cuando se puso a zamarrearme le dije que soltara, no tuviéramos después algo que lamentar. El mejor de estos huevones debería estar ahorcado. Aunque ya me gustaría que la tía le hubiera oído explicarse. Porque lo que yo digo, todo lo que la cuelguen es pálido, pero ¿a cuento de qué voy a tener yo que aguantar mecha? Me las endilgué sin más. Cuando se me pasó el rebufe me quedaron los labios como entumidos. ¡Anda y que tampoco es ansiosa la socia esta!

Me llegué al negocio, pero no estaba a lo que estaba. A la chavala ni agua. Tiempo habrá, como yo digo.

10 noviembre, miércoles

Uno no es de esos gilís capaces de estarse de brazos cruzados viendo cómo los demás currelan. Así, de que llegaron esta mañana las apreturas, me calcé el buzo y a lustrar se ha dicho. ¿Que luego le sacan punta? Bueno, con

su pan se lo coman, que a mí no me se caen los anillos por cepillarle las botas a un prójimo. Te pones a ver y lo que yo me digo, en estos negocios pequeños lo mejor es no depender de nadie. Bien tonto he sido en no dejar antes lo del Munich. El torda del Efrén, que si no lo veo no lo creo; ya le dije que el trabajo honra y que más señorito he sido, pero que para poner el hombro me falta tiempo. El huevón, que no lo tomara por ahí, y que si es preciso que él se remangue, también sabe hacerlo. Ya le advertí que no lo dijera dos veces.

Al cerrar, el Joe, que vaya con el patroncito, y que si eso iba a ser una costumbre; le contesté que a lo mejor, y al vaina no le gustó un pelo. Al llegar a casa no daba más con las espaldas. La fetén es que ni aposta se encuentra mejor postura para castigar el cuerpo.

En la cama le dije a la chavala que he colgado lo del Munich. Me salió que a cuento de qué y la confesé que voy a llevar el negocio con mis manos. Ella, que si pensaba lustrar, y yo que a ver, y ella, que madre, qué vergüenza, y que prefería verme de barrendero. Lo que yo le dije, que nadie le daba a elegir, y que, después de todo, puestos a hacer la América, hay que dejarse de remilgos y huevadas. La gilí porfió que la daba lacha, y ya cargado la planté que, bien mirado, tanto me daba hurgarle a un prójimo en la cabeza como en los pies, y que si ella les arreglaba por una punta yo les arreglaba por la otra y todos contentos. Nos acostamos enojados. Tardé en agarrar el sueño dándole vueltas al asunto. Tal vez si el Efrén dejara la barraca y se pusiera a lustrar conmigo echáramos más pelo. He de hablar con el tío.

11 noviembre, jueves

El tío todo facilidades. Dice que, si la cosa no pita, el Efrén encontrará otra vez hueco en la barraca. Le dije lealmente que muy gentil y él que dejémoslo no más, que somos o no somos. Con el tío, por las buenas, lo que se quiera, ya se sabe. Te pones a ver y tiene mejor pasta él que ella. ¡Dónde va! ¿Que es un poco rácano y un poco así, cómo diría, agarradillo? De acuerdo, pero nadie somos perfectos, como yo digo. Luego, en buena hora. De que llegué al negocio, el Joe que se largaba y el Manuel cuate. Los huevones, que querían libertad. ¡No te giba! ¡Ya les veo venir yo a los marrajos estos! Lo que pasa es lo que pasa y si el patrón le quita el poto a la jeringa se acabaron los enjuagues. ¡Anda y que les den tila! Al Efrén no es que le haya dado por el palo del gusto, que digamos, pero calló la boca y ha pasado por el aro. Bueno, pues ciento diez gallos, que se dice pronto. Ni recuerdo una cifra igual desde que abrimos. Cierto que hemos sudado la gota gorda, pero lo que yo le digo al Efrén, en ninguna parte pagan por dormir. El

torda se quejaba de las espaldas. Lo que yo le dije, ¡hasta agujetas en los dedos tengo!

En casa he andado echando cuentas por encima, y de seguir así, a 25 000 mensuales por nuca, que no está mal. Siquiera para que la chavala no pare el gallo, que vergüenza para un hombre ha de ser que la viejita le mee en las entradas.

13 noviembre, sábado

En toda la santa mañana hemos parado. Y todavía un huevón que si eso era lustrar. Ya le dije que si sabe quien lo haga mejor, carta blanca tenía. El crestón, a voces, que le habíamos empatado. Le devolví la pasta y le dije mi verdad, que con quince pitos me limpio yo el ojete. Todavía el marrajo se largaba rutando y ya cargado le voceé que si quería encima una indemnización. ¡No te giba!

Casi a la hora de cerrar se presentó León y dale con que qué ocurrió el martes en el hotel. Se lo conté de pe a pa, pero de ella chitón, sólo que era una tía chalada que ni de vista la conocía. El gilí, si no le explico, revienta. Los hay que son peores que porteras, coño.

Tengo las manos para el gato. Le propuse al Efrén no abrir por la tarde y el panoli que al pelo. Después de todo es sábado y tampoco es cosa de que la avaricia le quite a uno las pocas satisfacciones que da la vida. Me marché con la chavala al biógrafo. ¡Anda que tampoco hacía tiempo que no veía una película ni nada!

14 noviembre, domingo

El chavea cada día más encachado. ¡Pucha y que tampoco es vivo el condenado! Las pesca al vuelo, como yo digo. Luego, si le da por reír, a partirse el pecho se ha dicho. Lo que yo le digo a la Verdeja, éste se la sabe entera. Ella que va para ministro, y no le falta razón. No tiene cuatro meses y el cipotín ya distingue, esto quiero y esto no quiero, y si no se le da por el palo del gusto, ya se sabe, a berrear. Lo que me llevan los demonios es que se mame el fole. ¡No puedo con ello, me cago en sandiez! Y la chavala que dejémoslo no más; no hay cosa más fácil. Pasé la tarde enredando con él. Los tíos no aparecieron vivos ni muertos.

A la anochecida me entró la murria y para espabilarla me quedé donde Lautaro. A lo bobo a lo bobo, me puse a soplar y cuando me quise dar cuenta estaba juma perdido. De que llegué a casa, la chavala, a voces, que si esto iba

a ser una costumbre. Ya la dije que a santo de qué salía con ésas y ella que el otro día calló la boca porque una vez al año no hace daño, pero que si pensaba acabar como mi cuñado, avisase a tiempo para tomar el portante. Yo no sé si las voces de la chavala o qué, pero se me puso la lengua gorda y terminé volviendo el cuajo. Me acosté desriñonado. Luego dormí el vino a modo y amanecí como un geranio.

18 noviembre, jueves

Lo del negocio no pita. A esto le falta el qué, como yo digo. Uno no está hecho al oficio y el cepillo le manca las manos y todo. Ni sé si son míos los dedos, o sea que, por la parte de dentro, tengo dos en carne viva, y con la anilina y el betún veo las estrellas. El Efrén, que con el tiempo nos saldrá callo y listos. ¡Valiente porvenir! Luego, las espaldas. Que no es vida, vamos.

Porque si siquiera rindiese, pero ¡de qué! Si hoy mal, mañana peor. A esto lo llaman en mi pueblo ir de culo. Después, lidiar con estos tipos, que si les tiznas los calcetines o que si no sacas bastante lustre. Ni saben lo que quieren. Yo soy el primero que me gusta ir bien puesto, pero todo tiene un límite. Y los gilís estos, si no se ven la jeta en la puntera no quedan conformes. Llevo una temporadita que para qué. Desde que estuve enfermo. Bien mirado, de entonces acá no levanto cabeza.

20 noviembre, sábado

Llevamos dos días que Manolo aprieta de firme. ¡Vamos, que la cosa tiene chiste, como yo digo! Al borde de diciembre, o sea invierno, y las cabras de manga corta por la calle Ahumada. Si no lo veo no lo creo. Y luego las flores, que está el Cerro y el Parque Japonés que no veas cosa más linda. Pero esto a su tiempo, porque a este paso me veo pasando la Nochebuena en la terraza de un café. Y eso no, vamos. Que uno, en el fondo, no es más que un animal de costumbres, ya se sabe, y te pones a ver y ni se diferencia de las perdices ni nada. Yo me recuerdo del bando de la Sinoba, si no lo hallabas en los bajos, andaba en la vaguada, en las pajas, y si tampoco paraba en las pajas, arriba, en el bacillar era la fija, ya se sabía. A uno, parigual, le arrancas de su rincón y, ve ahí, no se aclimata. Es la fetén. A uno le cabrea la rutina, pero le sacas de la rutina y anda más despistado que un chivo en un garaje.

Cada día marcho peor de las manos. Sólo faltaba que se me enconasen ahora las pupas para acabar de gibarla. Hoy la parroquia no llegó a setenta.

23 noviembre, miércoles

¡La tipa esta está para encerrar, vamos! Pero ¿es que no va a poder vivir uno tranquilo? La cosa es tan así, que uno no sabe qué determinación tomar. Hoy se me presentó en el negocio, se apotrincó en un sillón y que la lustrase. Yo no quería que el Efrén la conociese y la pegué dos cepilladas y que listo, pero ella, que embetunase, pues, y venga de recogerse la pollera y de restregarme las corvas. Cuando terminé la dije que tía no me vuelva a torear, y ella, que era libre de lustrarse los zapatos donde la viniese en gana. De que se largó, el Efrén que si no era la patroncita. Le dije que a ver, pero que no se pensase lo que no es. El vaina, que qué se iba a pensar, y yo que por si acaso.

Llegué a casa de mal talante y para acabar de gibarla la chavala venteándose y el cabrito berreando. De que regresó la armé una rosca regular. Ella, que si iba a tirar por la ventana esta oportunidad. Lo que yo la dije, que cuando no lleve la despensa a cuestas podrá hacer lo que quiera, pero que ahora, antes es la criatura que nada. La huevona se encarachó y terminamos de mala manera. Más tonto soy yo por consentirla lo que la consiento.

26 noviembre, sábado

La tía es un caso perdido. Hace cuatro días que no pierde comba. A las doce, clavada en el salón, ya se sabe. Y si el Efrén está libre y yo afanando, la pingo de ella, con toda la carota, a aguardar que yo concluya. La verdad es que uno no sabe a qué carta quedarse. La guarra de ella se ha encaprichado y mientras no me la calce o la suelte una mano de guantadas, que va a ser lo más práctico, no me va a dejar tranquilo. Lo cierto es que esto está para las cagas y más nos valdría a todos dar cerrojazo y terminar de un viaje.

29 noviembre, martes

Tres meneos en veinticuatro horas, tampoco es paja. Lo que yo le digo a la chavala, esto no es plan. Los dos primeros me agarraron en el negocio y aquello fue el descuece. El segundo sacudió a modo y la gallada, ahumando calle arriba, era un espectáculo. El tercero nos pescó cenando, se apagó la luz y se armó un boche regular. La chavala y yo tropezamos cuando íbamos por la guagua y a poco nos sacamos la cresta. La señora Verdeja, que a la puerta y venga de vocear. Hace falta ser de pasta flora para dormir después. Yo ya le he dicho a la Anita que esto no lo aguanto. Dificultades, las que me echen, pero esto de jugarse la vida a cada paso es una huevada, la verdad. Ahora sale

la señora Verdeja con que la tierra tiembla aquí trescientas veces por año, pero que algunas veces el temblorcito es tan liviano que no lo sentimos. ¡Pucha que es un lindo porvenir! El cipote del tío se presentó a las diez de la noche a ver qué había sido de la guagua. Dice que hubo desgracias y que los dos últimos sismos han sido tamaños de grandes. Aproveché para decirle que a ver si asoma por el negocio para darnos cuatro normas, porque aquello no hay Dios que lo levante. Quedó en pasarse mañana por allá. A ver si se tropieza con la candaja de la tía y matamos dos pájaros de un tiro. Al huevón de él le gusta que le consulte más que el comer con los dedos.

30 noviembre, miércoles

El tío se despachó a su gusto. Saltó con que la plata es como la caza, que toda la ciencia está en ubicarla y tener maña para engancharla luego. Le dije que se explicase, y el mandria, que en un mismo montecito uno hace dos piezas y otro diez y que con la platita parigual, unos aciertan a agarrarla y otros no, porque unos son capaces y otros no lo son. Le dije que en punto al negocio qué, y él, que el Efrén y yo, yo y el Efrén, por no consultar a tiempo, nos habíamos puesto donde no hay de qué, porque el negocio está mal ubicado y que no le veía fácil salida. ¡Para ese viaje…! En éstas andábamos cuando se presentó la tía. Bueno, pues como si tal cosa. Se besaron, y él la gozaba y venga con que la tía venía a echar una mano y que si todos los amigos hicieran lo propio, otro gallo nos cantara. ¡Será crestón el pellejo este! Pero ¡anda que la otra! Tampoco hace falta cara de cemento, como yo digo. El vaina de él aguardó a que la lustrase y ella buen cuidado de no levantarse la pollera. Finalmente, le dije al tío que qué, y él, que si habíamos repartido propaganda. Le contesté lealmente que nones, y él que pidiera el fichero en el Círculo Español, hiciéramos unas octavillas y las mandásemos a domicilio. Le dije que diciendo qué, y él, que el nombre del negocio y algo que llamara la atención, como «El sol de España en la punta de sus botas», o algo así. ¡No te amuela! Le dije que muy gentil, pero si espera que yo envíe a nadie esas huevadas, está fresco. Pero ¡qué coño de sol de España, si ni uno ni otro hemos agarrado un cepillo hasta anteayer! Muchas teorías, como yo digo, pero a la hora de ver el lado práctico de las cosas, cero al cociente. Por muchas vueltas que se le dé, esto no tiene solución, o sea, lo único, poner una fuente de soda, pero para eso hace falta plata y yo no arriesgo un peso más como me llamo Lorenzo.

A última hora me llegué donde Lautaro a echar un trago. Llevo una temporada que si no empino el codo no soy persona. Y no es que para esto del

vino sea un abusón, que la fetén es que nunca me dio por ahí, pero ahora si no lo cato parece como que me faltara algo. ¡También gibaría que a mis años me fuera a agarrar el vicio!

3 diciembre, sábado

Me levanté con mal cuerpo y, ya de mañana, tuve un agarrón con la chavala. Lo de peinar dará chiches, no lo discuto, que yo mismo conté anteayer treinta billetes juntos, pero está la guagua y ya se sabe que antes es Dios que todos los santos. Así se lo planté y ella empezó con toda la calma que no fuera vaina y que si prefiero que se establezca está determinada a ello. Ya le dije que ni a tarros, y ella que a qué ton, que le faltan manos para atender la parroquia y que mejor la pintaría así. Con todo el temple la solté que bien estaba lo suyo como pasatiempo, pero que dice muy poco en mi favor el tener a mi señora currelando, y que poner un establecimiento era tal y como dar dos cuartos al pregonero y que yo tengo mi orgullo y que por ahí no pasaba. La chavala se atufó y me salió con que lo que me escocía es que ella medrase y yo para atrás como el cangrejo, y eso me cabreó y le dije que ojo, que por ahí iba mal, pero ella porfió que el tío había dicho que era más capaz que yo y que eso era lo que me enojaba, y ya me sacó los chorros del canasto y la voceé, de segundas, que ojo y que como volviera a comparar la pegaba una mano de guantadas que se iba a acordar de la fecha. ¡Estaría bueno! A la marraja se le cayó el poto y apuntó en otra dirección; que me diera a razones, que treinta mil son una cifra y que no era cosa de decirle adiós por una cabezonada. Ya le dije que por ahí podíamos entendernos, que yo, lo único, el chavea, y que si atendía al chavea, inclusive podía establecerse en el salón de lustrar, que no va para atrás ni para delante y estaba bien ubicado. La torda de ella, que eso era una cochiquera y que para tanto como eso mejor dejarlo, y yo, que qué se había pensado, y ella, que de no establecerse como Dios manda prefiere seguir corriendo calles aunque se deslome. Lo que yo digo, muchos pájaros en la cabeza es lo que tiene ésta. La gilí no se da cuenta de que sin la de don Helio y otras como ella, o sea, por simpatía, no sacaría ni para la micro. Pues, no señor, ella un genio; ella monta una peluquería y tortas por entrar. Lo que ella dice: «Al saber lo llaman suerte». ¡Qué cosas!

Y no digo yo que sea capaz o deje de serlo, que en eso no me meto, pero lo que procede es aprovechar estos meses que anda con la chorrina en vez de alzar el gallo a cada paso, que uno, mal que le pese, todavía se viste por los pies.

6 diciembre, martes

Tú que no quieres caldo, taza y media. Ahora sale la chavala que lleva cuatro meses sin verlo y que si no será que la he sacado preñada otra vez. Ya le dije que si no lo había visto mal podía andar preñada, y ella que qué tiene que ver el culo con las témporas, que, sin ir más lejos, mi hermana empalmó cuatro criaturas sin verlo vivo ni muerto. ¡También gibaría! Yo porfiaba que eso no es posible, pero lo cierto es que me ha metido el resuello en el cuerpo y en todo el día de Dios se me ha ido la idea del pensamiento.

Hubo carta de los viejos. Los huevones, que muchas nieblas y que quién pudiera estar acá. A ojos cerrados hacía chamba con ellos. ¡No te amuela!

8 diciembre, jueves

Hoy, la Virgen. ¡Buen día de caza, me cago en sandiez! De fijo que la cuadrilla habrá salido allá, vaya usted a saber dónde. En cambio, uno acá como un tonto lilaila. Un paseíto por la Alameda, a ventearse, y a casita, que se pega el arroz. Bien mirado, esto no es vida.

Vinieron los tíos después de comer. Ya se sabe, la de siempre. El cipote, chocho por el crío. Dale con que él sí es capaz. Me giba lo que nadie sabe, porque el marrajo lo dice con retintín, como dando por supuesto que uno es un pelado. Y eso que se le quite de la cabeza. Malmeter a la criatura con su padre, de ningún modo. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

10 diciembre, sábado

Ahora que le iba cogiendo el qué al cepillo me está saliendo un uñero que cada vez que lo tropiezo es ver a Dios. ¡Pucha madre! Desde que salí de casa no hago más que amontonar desgracias. Y no es que el negocio vaya mejor ni peor, pero si tengo que cruzarme de brazos apañados estamos.

La Anita, como quien no quiere la cosa, sacó otra vez a colación lo de establecerse. Ya le dije que ve ahí tiene el salón, que si lo quiere lo coja y si no lo deje. La panoli, ni mus. A otra cosa, mariposa.

13 diciembre, martes

Trece y martes. ¡Toma del frasco! Cincuenta y tres clientes en todo el santo día. A última hora se me reventó el panadizo. ¡Anda y que tampoco solté forraje ni nada! A la salida, le dije al Efrén que habrá que pensar en

tomar el dos; esto no cuaja y es lesera porfiar. Sólo un buen traspaso nos sacaría de apuros.

Va para cuatro días que no veo a la tía. A saber qué preparará la guarra de ella. Aunque te pones a ver y cada vez me dice menos. Bien mirado, no es más que un saco de papas.

Anduve un rato donde Lautaro conversándonos una botella.

17 diciembre, sábado

En este país no hay cosa con cosa. Aquí todo es provisorio y uno puede acostarse de soldado raso y levantarse de general. La cosa tiene chiste, como yo digo. Y la fetén es que si no es por el Joe, aquí no ha pasado nada. Pero el tazado de él se me planta delante y yo bien me pensé que venía a pedir árnica, pero el pelado se apotrinca en el sillón y que le lustrase, patroncito. El mandria no hacía más que gozarla con dos rotos de mierda que quedaron a la puerta. Me puse negro y le dije que para lustrar, lo primero, tener zapatos y no los pingos que él calzaba. El huevón, venga de gozarla y venga de mirar a los gilís por la vidriera y que dejémoslo no más, y que le lustrase los pilches, patroncito. Ya le dije que aviado estaba, y él, entonces, saltó con que tenía quince pitos y quería lustrarse y le tenía que lustrar, no más, porque el saloncito era de todos. Ya cargado, le dije que le lustrase su padre, y que si él y los cantinflas de la puerta se querían divertir, que se comprasen un mono. El huevón, que un ratito no más, se largó y volvió con un carabinero y que le lustrase. Le mostré el reloj y le dije que era hora de cerrar, y él, que en ese caso, el lunes volvería. Si espera que yo la hinque está fresco. Me faltó tiempo para decirle al Efrén que ponga un anuncio de traspaso en *El Mercurio* y que yo lo pondré en el *Diario*, porque el salón no se vuelve a abrir, como me llamo Lorenzo. El Efrén, dale con que nos podíamos buscar un boche. Lo que yo le dije, nadie está obligado a pechar con un negocio que no rinde. ¡Sólo faltaría! Quedé con él mañana donde Lautaro.

A la tarde me llegué donde el *Diario* y andaban de obras, y le pregunté a un gicho que salía por el administrador, y él, de que me oyó hablar, que si español, y yo, que a ver, y de los finos, y él, que era el subdirector, y que para él España lo más grande, y ya pegamos la hebra y nos pusimos de palique y de que le conté mi historia, él, que cabalmente había en el diario un puesto de ordenanza y que, si me petaba, allí tenía una casa y un amigo, y yo, que muy gentil, y que tan pronto pasaran las fiestas volvería y que por quién debía preguntar, y él, que por don Rodrigo, y yo, que tanto gusto. Y sin más etiqueta me he comprometido. Porque, lo que yo digo, lo que más vale en la

vida es la consideración, y por un jefe que sea un caballero, plata se puede dar. Ya le digo a la chavala que mira tú por dónde se levanta uno de la cama de limpiabotas y se acuesta de periodista. Ella, que más vale así. Lo que yo le digo, que el que no currele aquí es que es más vago que la chaqueta de un peón caminero, porque lo que se dice facilidades, como de aquí a Penco. Lo de hacer plata, ya es otro cantar. Hoy en día, en ninguna plaza pagan por dormir y plata, lo que se dice plata, se puede hacer lo mismo aquí que en Lima, pero hace falta chamba, y en América igual que en todas partes. La chavala, que hay aquí más caso. Puede ser. Tocante a ella, lo que la sobra es garbo y simpatía, y lo mismo haría allá que acá, porque lo que se dice apreciar un buen peinado hoy no lo aprecia nadie; basta un poquito de gusto y otro poquito de remango. Ella porfía que ni hablar, que otras peinadoras hay muertas de risa, pero, precisamente a eso voy, ésas serán unas fomes, sin el dije y el qué que la chavala se gasta. Finalmente cerré el pico. Con la chavala si es cuestión personal, es tontería discutir.

Tardé en dormirme más de la cuenta dándole vueltas a lo del traspaso. Si nos cogemos los dedos va a ser la grande.

18 diciembre, domingo

Me encontré con el Efrén donde Lautaro. El gilí anda chupado y todo se le vuelve decir que todavía estamos a tiempo. Ya le advertí que sólo tengo una palabra. Finalmente le confesé mi verdad, o sea que yo no me echo a los pies de ese tolón así me paguen mi peso en oro. Pobre seré, pero tengo mi orgullo. ¡Miren no más! Al Efrén todo lo que le preocupa es perder sus veinte mil pitos. Ya le dije que peor eran los créditos, pero que siempre saldrá un huevón que pague un buen traspaso. Él, que mi boca sea un ángel. Andaba más murrio que otro poco, y lo que yo le dije, que ni acá ni en la quebrada del ajo hace plata quien quiere, sino quien puede y que nosotros teníamos vergüenza y que el tenerla es un lastre en los negocios. El cipote, que qué hubiéramos hecho de no tener vergüenza, y yo le dije que, bien mirado, también eso era cierto, y que llevaba razón, que el saloncito nació muerto y sólo Dios podía resucitarlo. Acordamos que yo le hablaré al tío para que él vuelva a la barraca. Parece que no, pero desde que he pegado cerrojazo al salón ando por la calle como si me hubieran quitado cien kilos de las espaldas. Así se lo planté a Lautaro, y el huevón, que había que festejarlo, y empezamos a darle a una frasca de tinto hasta que terminamos de mala manera. De que llegué a casa, la chavala ni mirarme a la cara.

21 diciembre, miércoles

El tío, que mal hecho, que las cosas hay que pensarlas, pues, y que mientras no salga un comprador, dar trancazo a un negocio es lesera. Ya le dije que tenía las manos imposibles y no era cosa de buscar nuevo personal para cuatro días. Luego me preguntó cómo habíamos salido. Bien mirado, aún no lo sé; depende del traspaso, pero ya me conformaría con que quedáramos a pre. Por de pronto, en la cuenta hay cien billetes, pero entre el don Helio y el Banco nos agarran en cuatrocientos. Más vale no pensarlo. El tío, que allí tengo un hueco y que el Efrén vuelva cuando le pete. Ya le dije que, por lo que a mí respecta, nada, pues me he apalabrado con un diario. Él, que cuál, y yo, que el *Ilustrado*, y él, que bien, pero que en sustancia cuánto; ya le dije que aún no lo habíamos determinado. El huevón candó el pico y me dijo que para la Navidad no me comprometa que celebraremos las fiestas juntos.

A la tarde se presentó en casa un gicho por lo del anuncio. Yo, que cuatrocientos, y él, que dejémoslo no más. Le eché cara al asunto y le dije que por mí no corría prisa. Se largó con viento fresco.

23 diciembre, viernes

Mañana, Nochebuena. ¡Tócate las narices! Y las chavalas, paseo abajo, paseo arriba, medio en pelotas. Verdaderamente, todo anda acá patas arriba. Te pones a ver y ni la primavera es primavera, ni la hora la hora fetén, ni las perdices, perdices. Llevo unos días que pienso demasiado en la vida. Luego está lo de la plata. Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que no hay nada que hacer. Por cada tipo que hace plata te tropiezas con ciento y la madre que andan a verlas venir. Para el caso, lo mismo que allá. Bien mirado, también en mi pueblo, con lo de la remolacha, les hay que se embolsaron un buen fajo en un par de años. Pero eso, como yo digo, es la excepción. Hay que desengañarse. A estas alturas en ningún sitio atan los perros con longaniza. Y aunque así fuese. Razón le sobraba al Joe cuando decía que el afanar para hacer plata tampoco es solución. Uno no para porque el ansia no le deja y el día que para, ¡coño!, al camposanto, se acabó lo que se daba. Que no, vamos. Es lo mismo que enmendarle la plana al de Arriba y decirle: «Tú me colocaste acá, bueno, pues yo me voy allá porque me sale». No son formas. Te pones a ver y el hombre no es más que un animal de costumbres, que ni se diferencia de la perdiz ni nada. Y si yo los tuviera bien puestos pegaría media vuelta, ¡march!, y si te he visto no me acuerdo. Pero, lo que

pasa. Uno cogió la pichicharra de América y les ha ido a los amiguetes con el cuento, que si hay perdices como escombro, y que si uno vive como un duque, y vete ahora a decirles que no hay de qué y que te vuelves porque la murria no te deja parar y porque no tienes donde caerte muerto. La fetén es que la Anita y yo, yo y la Anita nos hemos llevado un desengaño de órdago. ¿Que ahora toca tragar? Pues se traga, que uno sabe hacer a todo. Porque, lo que yo me digo, tampoco lo de ordenanza en un diario es una carrera como para echar pelo. Te pones a ver y allá mis entradas seguras tenía y, sobre las demás cosas, la categoría y, para más, uno andaba entre los suyos y malo sería que en la calle no pudiese echar un párrafo con éste, con el otro o con el de más allá. Y hay que dejarse de huevadas, la vida es eso y todo lo demás son coplas.

Pasé la tarde con la radio. Estoy murrio. Anda y que si se me diera volver a poner las cosas como estaban hoy hace un año tampoco iba a hacerle ascos. ¡La madre que me echó, quién lo pillara! Verdaderamente, como en casa en ninguna parte.

24 diciembre, sábado

¡Que no, pucha! ¡Que esto no es la Nochebuena! Aunque el torda del tío se emperre que es mejor que aquello. Pero, como yo le digo, de qué, tío, si no hay cosa con cosa. Que me diga que esto es como la noche de San Juan allá, pase, pero de lo otro, ni hablar. Una cerveza aquí, una horchata allá, un trago en el otro sitio, que no son formas, vamos. Luego los belenes; si les pones nieve, mal, si les pones calor, peor. Uno, mal que bien, tiene sus creencias y de esta manera parece como que todo fuese una coña. Y no es que uno sea un meapilas, pero las cosas serias, serias son y no hay por qué menearlas.

Terminamos cenando en el Aconcagua a toda orquesta. Y no es que yo vaya a decir que esto sea pecado, pero no pega, me parece a mí. En la cama se lo planté a la chavala, y ella, que de acuerdo. Andaba yo con media tajada y pensando en mi hermana y los chaveas y Melecio y toda la gallada, no podía agarrar sueño y ya fui y le dije a la Anita que si sabía lo que estaba pensando, y ella, que qué, y yo, que en dar la vuelta, y ella que qué dices, estás loco, y yo, que lo que oyes, y ella que ahora que empezaba a pintarla, y yo, que lo dejase, no más, que teniendo su gusto y su remango, lo mismo la pintaría allá, y que, sobre todo, por el cabrito. La chavala calló la boca, y lo que yo le dije, no me hagas mucho caso que cuando salga el sol ni me recordaré de esto; pero la fetén es que ando con una cosa así sobre la parte que ni sé lo que me digo.

27 diciembre, martes

Andaba descabezando una siestecilla cuando se presentó un huevón preguntando por la chavala. El mandria de él, que recién venía llegando de Valparaíso con el pedido de la siñorina. Ya le dije que ella andaba fuera y que lo dejase. Él, que a qué hora regresaba, y lo que yo le dije, que lo mismo podía ser a las cinco que a las seis. Él, que esperaría, y yo que se sentase, que de pie se iba a cansar. Luego empezó a cascar, abrió la valija y tenía dentro más potingues que una farmacia. ¡La Biblia en verso! Ya le dije que cualquier día le tocaría penar por esos enjuagues, y el cipote, que ni a tarros, que llevaba ya muchos años y conocía el oficio. De que llegó la chavala, todo confianza. Le hizo el gasto y en cuanto que el gicho se las endilgó, la planté que de aquí en adelante el gallo ese se las entendería conmigo. La chavala porfió que si la ato corto, adiós negocio, y lo que yo dije, que bueno, que ya me empieza a gibar de más eso de que ande todo el día de Dios macaneando. Ella se ajisó, y yo, ídem, y terminamos a voces. La chavala, con tantas novedades se ha salido de madre y lo que pasa. Pero ya me encargaré yo de que vuelva a la querencia. ¡Dejaría de ser quien soy!

La casa está como un horno. Ya se me había olvidado lo que es transpirar a modo. El chavea, desazonadillo; a ver, la criatura va para tres noches que no pega pestaña.

30 diciembre, viernes

Si uno fuera como se debe de ser, ya se hubiera determinado, pero ocurre que a uno le falta coraje para arrancar, no hay que engañarse. Porque la fetén es que uno ha intentado hacer la América y ha visto que no hay caso. El cimborrio del tío ya sabemos lo que da de sí, y uno no vale para andar haciéndole la rosca de por vida para luego, a lo mejor, una limosna. Luego está lo de la tía. Echas eso a un lado y ¿qué te queda? Cuatro cochinos empleos que ni te dan plata, ni categoría, ni relaciones, ni nada de nada. Allá no es que yo fuese un duque, ya lo sabemos, pero uno era alguien, me parece a mí. Tocante a caceríos, no hay ni que hablar. Luego, los amiguetes. Bueno, todavía está el Efrén, pero no se trata de eso, porque sales de él y hasta aquí llegamos. El Oswaldo, si te he visto no me acuerdo; el don Juanito, bien está para una tarde de broma; el León, hoy sí, mañana, no. Total, que para donde te vuelvas, te queda el poto atrás. Bueno, pues es lo que yo me digo, ¿por qué chuchas seguimos aquí? Que al tío, o al viejo, o a la misma chavala no les

peta, ¡que digan misa! En esta vida, lo primero es lo primero, que uno, al fin y al cabo, no es un animal de bellota y tiene sus exigencias, y acá no es que yo vaya a decir que no distingan, que también los hay finos, pero la mayoría es a amasar, y ya se sabe que el que está a amasar no está para otra cosa. La fetén es que esta semana sin dar golpe me ha enseñado mucho y uno ve cada día más difícil aclimatarse acá, porque para aclimatarse acá, una de dos, hay que haberlo mamado o decir nones al sentimiento. Cada día que pasa me alegro más de no haberme precipitado. Pidiendo la excedencia por más de un año y menos de diez, uno siempre deja cubierta la retirada.

La guagua, talmente como si las parara. Lleva unos días, desde que empezaron las Navidades, que no nos deja tranquilos. ¡Qué será el instinto humano! Al angelito le tira la tierra, eso no hay quien me lo saque de la cabeza por más que la chavala porfíe que son los dientes.

31 diciembre, sábado

Estuvimos en el Aconcagua a inaugurar el año. La chavala, que desarrugase el ceño, que lo mismo parecía un funeral. Ya le dije que llevo unos días con una tristeza a cuestas que no me lamo. Anduvimos de bailoteo hasta las quinientas y la tía, quieta parada. Desde que la chavala la paró el gallo parece como que la gachí se hubiera formalizado. La fiesta, a todo trapo, con farolillos y confetis y gorros de papel, pero, lo que pasa: uno no está para fiestas, y por si algo faltase, pasado mañana a currelar otra vez. Soplé más de la cuenta. El tío nos obsequió tres décimos para la Polla del día 10. Que ligue, es lo que hace falta. Me acosté con mal vino. El cabrito durmió bien por primera vez en siete días.

2 enero, lunes

Me presenté a don Rodrigo en el *Diario* y anduvo preguntando de dónde era y cosas de allá. Luego hizo las presentaciones y el director, tan campechano, que no le dijese señor Silva, sino don Lucho, como le dicen aquí. Son buenos gallos y le tienen ley a aquello; es cosa que sale de ojo. Me mandaron volver a las diez y entonces empezó el bureo con atender a la centralita, a la redacción, a los talleres y a todo. Uno no se puede dividir, como yo digo. Me acosté a las cuatro más molido que otro poco.

4 enero, miércoles

Me llamó la Verdeja por una visita y, de que salí, me tropecé con el baboso del otro día, y que trescientos por el salón. Le dije mi verdad, que si para eso me había despertado, y que ya sabe que son cuatrocientos, y que sólo tengo una palabra, y que, por si le interesaba, anda detrás del local una casa de cambios y ésos no lloran la munición. El huevón, que los cambistas podían pagarlo. Lo que yo le dije, que para los negocios el corazón a un lado. El vaina no se determinaba y ya, cargado, le dije que qué, y él, que lo pensaría y que chao. A poco se presentó el Efrén y lo que yo le dije, que había un gilí que anda que pico que no pico, pero que si le sacamos los cuatrocientos, aún quedan ochenta billetes para repartir. El pelado, que mi boca sea un ángel y que el tío anda toreándole para que abramos un quiosco. Ya le dije que no cuente conmigo, que una y no más, Santo Tomás, y que así me lo ponga a huevo yo no hago el leso dos veces.

La chavala, treinta y tres billetes este mes. Se dice pronto. No creo yo que con un peine y unas tijeras se pueda hacer esta cifra, la verdad. Así se lo planté, y ella, que los perfumes. Callé la boca por no armar la grande, pero el asunto no me huele bien desde hace una temporada.

En el diario es no parar. Sólo los viajes del teléfono al taller suman más de diez kilómetros por noche. ¡Pucha la madre!

5 enero, jueves

Se presentó otra vez el baboso de la agencia, y que trescientos cincuenta. Le voceé que cómo coños había que decirle las cosas, y el mandria, que no podía tirar la platita. Por no darle una mala contestación le dije que si de verdad de la buena le ha echado el ojo al local, ande al quite porque si se duerme en las pajas, ve ahí, a lo mejor mañana ya es tarde. El huevón terminó por rajuñarse el bolsillo y largarme un cheque. Cuando se lo participé al Efrén, el cipote bailaba en una pata. Me salió otra vez con lo del quiosco, y dale con la mula. Ya le dije que nanay, que soy gato escaldado. Le entregué sus veinte y los cuarenta que corresponden, y le advertí que el crédito del Banco queda saldado y que me llegaré donde don Helio para terminar de poner las cosas en orden. Mañana saldremos a feriarle cualquier pichanguita a la guagua.

6 enero, viernes

¿Y esto son los Magos? Lo que yo le digo a la chavala, no somos animales de bellota, y aunque parece que no, todo esto hace mella dentro. ¡Faltaría más! ¿Pues no te encuentras en cada esquina un papá Noel, o un viejito Pascuero, que para el caso todo es uno? ¡Que no, vamos! Esto es una guasa, y si los chaveas han de tener una fe hay que dejarse de huevadas y hacer las cosas como Dios manda. ¡Anda y que tampoco es espabilado el mozo! ¡Como para irle con estas pendejadas! ¡No te giba! Por no perder la costumbre le mercamos un muñequillo de goma. A ver si el condenado se encariña con él y deja de mamarse el fole.

De que llegamos a casa, la Verdeja nos llevó a la pieza calladito el loro. La guagua estaba más bonito que un San Luis, tumbado en un cochecito nuevo la mar de postinero. La chavala y yo nos quedamos tiesos al verlo. Y entonces los tíos, a la chita callando, salieron de la alcoba que qué nos parecía, y nosotros, que vaya un derroche, y él, que mejor es así que no aguardar a entregarlas, que entonces ni agradecido ni pagado, y que su abuelo todo se lo dio en vida, todas las pichanguitas y todo, y que él conservaba de su abuelo buena memoria sólo por eso. Al crestón se le humedecían los ojos como si fuese a llorar. El cipote, con todos sus arrebatos, no tiene malas entrañas. Mejor que ella, ¡dónde va!

La señora Verdeja, para no ser menos, salió con unos cascabeles y a poco se presentó el Efrén con un tamboril. ¡Anda y que tampoco ha estado festejado el pollo!

8 enero, domingo

La chavala, que no lo tome así. Lo que yo la digo, que me diga ella de qué otra manera puedo tomarlo. Lo que pasa es que el torda del viejo se ha ido del pico y vete a recoger velas ahora. Por la boca muere el pez, y antes que andar copuchando mejor que se metiera la lengua en el culo, como yo digo. Pues no, señor, con el cuento al primero que llega. Y luego, ese tono de ceremonia que se echa el candongo del Melecio a veces. Cuando el Melecio se pone protector no hay macho que le aguante. ¡Vaya cartita, me cago en sandiez! El cipote, dale con que si el viejo le ha contado todo y que de pasar privaciones acá, mejor dar media vuelta. ¡No te giba! ¿Pero quién está pasando privaciones, vamos a ver? Uno no tendrá el carro a la puerta, pero se desenvuelve y en menos de un año ha ganado su platita sin necesidad de arrastrarse. Y lo que yo le digo a la chavala, a estas horas lo sabrá ya todo Cristo y andaremos en lenguas, por no cerrar el viejo el pico a tiempo. Y

todavía, la huevona de ella, que lo dejara, que al fin y al cabo es su padre. ¡No te amuela! Mejor haría en meterse la sartén por la boca, a ver si aprende a callar de una puta vez. Será cosa de oír a la cuadrilla ahora. La cartita dichosa me ha puesto de mala cueva. La lástima es no tener a mano al viejo para cantarle cuatro verdades. ¡Iba a oírme, me cago en su sombra! Luego la pagó el don Helio. Al cipote le llevé las doscientas y quería palique, pero yo, «sí», «no», «no», «sí», y a otra cosa, mariposa. El que quiera informes, a la oficina del turismo. ¡No te giba! Después de todo, esto diste, esto te devuelvo. Uno no está obligado a más.

10 enero, martes

¡Cuajó! Te pones a ver y es la primera vez que me ocurre una cosa así en la vida. Esto sí que es encontrar a la Virgen amarrada en un trapito. En estas cosas lo mejor ni recordarte. Si yo ando pidiendo un capicúa, y aprendiéndome el número, y diciendo mañana se sortea, y dale con la mula, es fija que ni el reintegro. Yo me recuerdo allá. Tampoco es que sea una fortuna, pero cincuenta mil del ala ya alcanzan para cuatro caprichos. Mal pagados son cinco mil pelas, y con cinco mil pelas se pueden hacer cosas. Mira tú por dónde todavía va a resultar que ando con la chorrina.

De que me enteré, me llegué donde el tío, pero sólo estaba ella y nos pusimos de cháchara. Ni sé qué mosca la habrá picado. La marraja de ella muy formal, que la alegraba y que debía darme una explicación, no me fuera a pensar lo que no era. Yo que dejémoslo no más, tía, y ella empezó con que si el tío no cumplía y ella está en mala edad, con que se la va, que no se la va, y que se había pensado que un gallo como yo necesitaría otra cosa, y ve ahí, pero que respetaba mi orgullo y que de lo pasado ni agua. Yo que está bien, tía, y que muy gentil, y ella que si obró así fue porque se pensaba que era mejor para todos, y en éstas, se presentó el tío y le solté que nos había tocado y el huevón que, ¡pucha!, que sólo se reservó un decimito, pues, y lo que yo les dije, que para el domingo estaban invitados y a pedir por esa boca. La chavala, como un cascabel. A la señora Verdeja que comprara lo mejor de lo mejor, que había que festejarlo, y lo que son las cosas, media hora antes de comer se presentó el don Juanito. El chalado, con toda su sombra, que qué boda se celebraba, y lo que yo le dije, que boda no, pero sí un pellizco en el cuarto premio que no era moco de pavo.

Por la noche me vino a las mientes la carta de Melecio y me puse de mal café. Nunca falta una nube. El día que yo vuelva por allá y me llegue a la peña voy a ser la risión. ¡La madre que le parió al viejo ese de mis pecados!

12 enero, jueves

Entre unos y otros, el cabrito está muy mal enseñado y no acierta a estar sin gente. Si no anda alguien trasteando con él, ya se sabe, a berrear. Llevo unos días que sólo de verle ya me entra la murria. Uno, para los suyos, quisiera siempre lo mejor, es ley de vida. Y a uno le petaría criarle entre lo que estima y enseñarle desde chiquitín a manejarse con la escopeta y a patear el campo. Y luego la chavala. El casado casa quiere, ya se sabe. Y nada de una pieza en la ajena y andar trotando de la mañana a la noche por cuatro pitos. Bien mirado, la chavala no merece esto, y si te pones a pensar y el viejo ha corrido la bola allá, no hay nada que nos amarre.

De que cobré la lotería, parece como que los billetes tuvieran escrito su destino. Te pones a ver y cada día que pasa estoy más aliquebrado, y si nos largáramos de una vez, malo sería que no alcanzara todavía el último cacerío. Uno, por más que diga misa, sabe que anda aquí provisorio y que liará una estadía más o menos larga, pero terminará por dar media vuelta y si te he visto no me acuerdo.

Me fumé el periódico y, de que me acosté, le solté a la chavala, como de coña, que si sabía qué me iba a hacer con los pesos de la Polla y un poco más, ella que qué, y yo que mercarme dos pasajes para allá. Ella que si pensaba lo que decía, y yo que a ver, que llevo un mes dándole vueltas y que, en definitiva, si el viejo ha largado la pepa nada pintamos aquí ya. La chavala, de primeras, un poco roncera, pero de que la hablé de ver a los viejos, y de la casa con la azotea, y de los amiguetes, y de que tampoco íbamos a darnos pote ni nada con toda la cuadrilla, se fue calentando y acabó bajándole el apuro. Bien sabe Dios que yo empecé de broma, pero de que la vi a ella tan colada, y que no ponía pegas, la dije que para el mes que viene y que era cosa determinada. Sólo de pensarlo se me puso una cosa así sobre la parte que no me dejaba parar. Me levanté y me fui donde la señora Verdeja, que andaba trajinando, y se lo largué, y ella que no sabría vivir sin el cabrito, y fue y se puso tierna, y lo que yo la dije, que mil años que viviera, mil años que la llevaría aquí, porque había sido para nosotros como una madre y más que una madre también. En éstas se presentó la chavala y empezamos a rajar y entre unas cosas y otras se nos hicieron las cuatro. Luego ni podía agarrar sueño. ¡Pucha madre! Te pones a pensar y esto es lo que a uno le cuadraba desde que llegó, pero uno es cobarde y lo que pasa, le cuesta determinarse. ¡La madre que me echó y quién me verá a la vuelta de un par de meses paseando arriba y abajo la calle Principal! ¡Mentira parece aún!

13 enero, viernes

Me pasé por dos agencias. Para el 20 de febrero sale un vapor holandés de Buenos Aires. Cuatro mil calas por nuca. No me determiné. Antes he de hablar con el tío. No es que le dé vela en este entierro, pero siquiera por educación, como yo digo. He pasado el día como tolondro. No sé pensar en otra cosa y hasta se me olvida dónde tengo la mano derecha. Me baila una alegría dentro que para qué. El cabrito como si se diera cuenta. ¡Qué será el instinto humano!

15 enero, domingo

Me llevé a comer a los tíos a El Criollito y, al concluir, les dije que oído a la bomba, y ellos que qué, y yo, sin más, que habíamos determinado largarnos. Él saltó al tiro que si estaba loco, pues, y lo que yo le dije, que el sentimiento es lo primero y que no es cosa de tener el cuerpo aquí y el corazón en otra parte. El crestón que de hacer la América qué, y lo que yo le dije, que eso se acabó con la guerra, no más, y él que a qué ton, que no era así para quien era capaz y que ve ahí tenía a mi señora. Le planté que no me mentara la bicha y tuviéramos la fiesta en paz. Él que siquiera por la guagua y que, por si no lo sabía, su voluntad era que el día que faltaran la tía y él, todo lo suyo fuese para el cabrito, y yo que tío, muy gentil, pero que no podía aceptarlo, y que si daba este paso era, sobre todo, por el chavea precisamente, para que se enseñase en las costumbres de allá. El cipote se pasó dos horas porfiando y ya me cabreó de más y le dije que yo mandaba en lo mío y se me ponía largarme y me largaba, y que si, después de todo, él me hubiera colocado en la barraca donde debía, tal vez no se me hubiera pasado por las mientes esta determinación. El huevón se puso bravo y que ya conocía a la juventud de hoy, que la juventud de hoy quiere sentar plaza de capitán general sin pasar por sargento y que eso no. El mandria me levantaba la voz, y todo el mundo era a mirarnos, y otra vez salió con lo de las paltas y ya le dije, en plan cachondo, que esa película ya me la sabía y que me contara ahora la de risa. A voces empezó con que su pecado fue traernos en un vaporcito de lujo y que vería yo ahora lo que era navegar como chanchos y que entonces me acordaría del tío Egidio. En éstas metió la cuchara la tía con que déjalos, no más, que cada uno es dueño de su voluntad, y el huevón se levantó y que chao, que nos hiciéramos a la idea de que no le habíamos conocido. La chavala que corriera ligerito a disculparme y lo que yo le dije, que él era quien me había faltado y, por consiguiente, quien debía darme una

explicación. ¡Faltaría más! Luego empezó la Anita que, puestos a ver, yo soy un culillo de mal asiento, y la dije que en eso de acuerdo y que bastante desgracia es la mía, andar siempre buscando acomodo y no hallarlo. Camino de casa, la dije que puesto que estábamos decididos a largarnos, también era huevada prolongarlo más y que cogería pasajes para el primer vapor y que mañana sin falta dejaría lo del diario. Ella que no hay día más cerca. Bueno, pues no lo hay, si con eso queda contenta.

16 enero, lunes

Me ha bajado el apuro y ya no puedo parar. En el diario, que si ocurría algo. Por no dar explicaciones les dije que nos llamaba de allá el papá de mi señora y que, al parecer, había enfermado. Los gallos, muy comprensivos, me liquidaron no más y que felicidad. En la agencia que para el 30 tenemos el *Algerie* y que treinta y ocho mil pitos por nuca. El precio es arreglado. Por lo visto entra en Vigo el 27 del que viene. Tampoco es ninguna tontería ver ese puerto. No sé a santo de qué, pero desde chico me petó conocer Vigo. Tomé los billetes y luego la chavala que eso era muy poca plata y que se la temblaban los orificios sólo de pensar en el viaje que nos aguardaba. Me gibó la cosa y ya le dije que qué pensaba, y ella que por pensarse nada, pero que plata teníamos de sobra como para no ir amarrados. Tuvimos cuestión. Finalmente la convencí con que mejor era emplear la platita en cosas de más sustancia. Puse cuatro letras a don Basilio y Melecio, y la chavala a los viejos. Dentro de dos semanas a correr. ¡Pucha madre! ¡Mentira parece aún! Bien mirado, todavía llego a tiempo de soltar cuatro cohetes a las avefrías.

17 enero, martes

El Efrén, achuchado con la novedad. Le aguardé a la puerta de la barraca para no echarme a la cara al torda del tío. Quedamos en vernos el sábado donde Lautaro para conversarnos una botella.

La chavala currelando con las clientas. Pasé por donde las oficinas del transandino y el de la taquilla que para el 29 aún no despachan. Quedé en volver el lunes 23. Cada vez que pienso que estoy a un paso de allá, se me corta el resuello. La fetén es que no puedo ni con mi alma de la alegría. Le dije a la chavala que qué cara pondrá la Doly cuando me vea, y ella que si no tenía alguien más importante en quien pensar. Lo que yo la dije, que puede, pero que para mí ese animalito, con perdón, es como uno de la familia. La fija es que ni la chavala ni yo, ni yo ni la chavala pisamos firme estos días. Ella,

que estoy como el chico del esquilador. No digo que no, pero ¡anda que la neófita!

Ya tengo los papeles en el bolsillo.

19 enero, jueves

La Verdeja, la mujer, no está para nada. Sólo de verla se me encoge el ombligo. Es lo que pasa con estas cosas, uno se va amarrando y luego cuesta cortar. Por más que don Juanito porfía, la mujer como una estatua. A ver, uno se encariña, mayormente con los críos, y luego la separación escuece.

¡Gibar y qué poco corre el reloj! Estuve con la Anita haciendo una lista para los obsequios. La chavala dice, y no le falta razón, que hay que llegar allá como señores. Esta noche la gozaba y dice que va a fundir de un viaje toda la plata de la libreta. Yo que bien, pero que se ferie algo de fundamento. La gilí tiene entre ceja y ceja las pieles de Buenos Aires. No me parece mal. Después de todo ella se lo ha ganado.

21 enero, sábado

Tuve un mano a mano con el Efrén, donde Lautaro. El hombre andaba de poco garbo; a la legua se ve que mi marcha le ha afectado. No salía conversación y entonces le dije si quería algo para allá. El chalado que nones. Lautaro terció con que va para un año que me presenté por primera vez en el bar y me enojé porque me dijo coño. El huevón de él se reía las muelas. Ya metidos en recordatorios agarramos vuelo y la echamos larga. Bien mirado, no me llevo de acá más que buenos ratos y media docena de amiguetes de los fetén.

De regreso encontré a la chavala encamada. Me quedé tieso, pero al tiro me explicó que andaba otra vez con los mareíllos y que va para seis meses que no lo ve vivo ni muerto. ¡También gibaría que nos presentásemos allá con chilenito y medio! Cosas más difíciles hay, como diría el otro.

22 enero, domingo

A las seis ya estaba despierto y no había Dios que me hiciera pegar pestaña. He pasado dos horas dándole vueltas a lo de allá. Todo se me hace pensar en lo que le diré a mi hermana, y al Melecio, y a la Amparo, y a don Basilio, y a Polo. La fetén es que para todos tengo algo que contar. A las nueve se despertó la chavala con que había soñado con las Mimis. Ya la advertí que no empecemos.

Fuimos a misa de doce y luego a ver vidrieras. La chavala anda con más garbo. Mañana lunes saldremos de compras. Te pones a ver y parecemos chicos con zapatos nuevos. Después de comer anduvimos de arqueo. Ciento noventa mil y con los pasajes en el bolsillo, que no está mal. Ya le digo a la Anita que se reserve cien para sus caprichos, veinte para obsequiar a los amiguetes, y aún restan setenta para el tren, el vapor y los primeros gastos allá. No vamos mal, me parece a mí. La chavalina dice, y no le falta razón, que peor vinimos.

En éstas andábamos cuando se presentaron los tíos. El marrajo de él, por no perder la costumbre, con la bragueta abierta. De primeras le puse jeta, pero el mandria empezó a sonreír y que lo pasado, pasado, y no era cosa de despedirnos así por un malentendido y que ésta era su mano. Total, que hicimos las paces y, al cabo, el huevón se dejó caer con que por qué no le quedábamos la guagua, que nada le faltaría y que el día de mañana suyo sería todo. Lo que yo le dije, que ni a tarros, que un hijo es sagrado, y uno será un pobre, pero ni al mismo rey que se lo pidiera. ¡También son ideas! El huevón se quedó aliquebrado y luego preguntó que para cuándo, ya le dije que el 29 hemos de estar en Buenos Aires, y fue él, entonces, y dijo que no era cosa que la criatura pasase un sofoco en el tren y que nos obsequiaba con los pasajes del avión del sábado 28. Me dio lacha, la verdad, y porfié que no, tío, que sólo la mitad, pero el baboso se puso tierno y saltó con que si le quito ese capricho qué le queda. Verdaderamente. Terminé por decirle que bueno, y que él manda. Luego, el cipote, sólo de enredar con el chavea ya se le iba el moquillo.

Tardé en dormirme. Al cabo, como entre sueños, me pareció sentir el exprés de Galicia. ¡Qué no será el ansia de verme en casa!

23 enero, lunes

Si le doy soga a la chavala se merca todo Santiago. ¡Anda y que tampoco tiene la mano larga ni nada la gilí esta! Uno había presupuestado veinte para los amiguetes, pero fueron cuarenta y cinco y no acabamos con todos. A Melecio le ferié un extractor de palanca como no los hay allá. ¡A presumir se ha dicho! Anduvimos mirando chales de vicuña, pero pedían la luna y finalmente la chavala compró uno de pelo de vicuña que exactamente valen la décima parte y son más abrigados. También se ferió un abrigo de castorina que, no es porque yo lo diga, pero talmente parece nutria. Digo yo que en Buenos Aires ha de haberlos más económicos, pero ella porfía que no y que no la pesa. Bien mirado, la chavalina con el abrigo puesto parece una

duquesa. La Anita será lo que sea, pero chorrea señorío; hay que mirarla despacio, como yo digo. Después me dijo, y con razón, que para el avión no puede ir de cualquier manera y que quería feriarse un casquete, no más. Veremos a ver lo que da de sí el presupuesto.

Llegué a casa más molido que otro poco. Así y todo tardé en dormirme. Anduve dándole vueltas al asunto del chaval nuevo. Verdaderamente va a ser una complicación.

25 enero, miércoles

También uno es como Dios le ha hecho, órdiga. ¡Pues no me da la murria ahora de pensar que voy a dejar esto! Razón le sobra a la chavala cuando dice que soy un culillo de mal asiento. Sólo de mirar la Cordillera, se me pone una cosa así, sobre la parte, que no sé qué es ni qué no es. Uno, yo no sé a cuento de qué, quisiera tener a mano todo lo que conoce porque cada vez que deja algo le pica dentro. Bien mirado, esto de envelarlas ha sido un poco precipitado y uno debió antes intentar algo en el norte o en el sur, que por lo que se ve es donde anda la plata. Don Juanito dice que los de los nitratos y los del cobre tienen unas entradas muy aparentes. Aunque, si miras despacio, esto no son más que pamplinas y mi sitio está allá, en el Centro, sin complicaciones y con las zorras de las perdices a mano.

Esta noche se presentó León a invitarme a la boda. El chalado no sabía una palabra. Ya le dije que lo habíamos determinado recién y él que se daría con un canto en los dientes por hacer lo propio. ¡Pobre chavea! Luego me soltó que su chavalilla sabía ya lo de la bala y que aguanta. Me pidió que le llevara un paquete para una hermana suya de El Bierzo y le dije que de acuerdo, pero que ligerito porque, como quien dice, pasado mañana nos largamos.

La chavala me dio la murga con el avión. Yo callé la boca, pero sólo de pensar en meterme por encima de esos montes en un trasto de ésos se me cae el poto. Para acabar de gibarla, sobre las dos, arreó un temblorcito de los buenos. El chavea ni despertar. Ya le digo a la chavala que esto es la despedida.

26 enero, jueves

¡Esto está dando las boqueadas! Uno no acierta a parar quieto en ninguna parte. Compramos el casquete de la chavala, sencillo, pero de gusto. La plumilla esa le da un qué, que uno no sabe qué es, pero resulta. Yo me ferié

un saco de los de *sport*, del capricho de la chavala, porque yo no asomo la gaita así delante de Zacarías, pongo por caso. Eso lo saben en la quebrada del ajo. Con eso de la ropa ocurre una cosa chocante, como yo digo, uno se pondría una ropa para la mujer y otra distinta para los amigos, porque lo que está bien para ella, para ellos es de pijes, y lo que está bien para ellos, para ella es de guarros, o sea de descuidados. Ésta es la fetén, y el que diga lo contrario miente.

La Verdeja pasó la comida moquiteando. ¡Qué mujer esta! La tipa tiene un corazón tamaño grande y lo que pasa. A la tarde se presentaron los tíos. Ella como si estuviera curada. ¡Hay que ver lo que parló la socia! Él me entregó los pasajes. Dice que a las cinco de la tarde, no más, en Los Cerrillos, pero que no pase apuro que bajará con el carro a buscarnos. Luego nos fuimos a despedir de los Carballeira y de los gallos de la barraca. Hacía un calor del diablo y, al final, anduvimos venteándonos. Como quien no quiere la cosa yo le iba diciendo chao a la Alameda, y a la calle Ahumada, y al Munich, y al Negrito Bueno, y al Cerro, y a la Cordillera, y a la plaza del Cemento, y a todo. ¡La madre que me parió! ¡Los tipos de mi calaña no deberíamos nacer!

De regreso me aguardaba León con el encargo para su hermana. El panoli que si me importa que suba a Los Cerrillos. Ya le dije que a mí plin, pero que no vaya a buscarse complicaciones. Al huevón se le veía amurriado.

Hicimos las valijas antes de acostarnos. Le dije a la chavala que la anteúltima noche, y que todo acaba, y ella que callase la boca, y que no enredase, loco, y que así es como no lo ve vivo ni muerto desde hace seis meses.

Si me pinchan esta noche con un alfiler no sale tampoco una gota de sangre. También es fija.

27 enero, viernes

¡Menudo julepe! Esto ha sido no parar. Dejar las cosas para lo último es una gaita. Anduvimos de despedidas. No pensaba decirles nada ni al don Helio ni al Oswaldo, pero finalmente me acerqué. La vida da muchas vueltas. El Oswaldo que, pucha, recién llegado y ya de retirada. Lo que yo le dije, tampoco la perdiz roja se aclimata en estas montañas; es ley de vida.

A la tarde nos metimos de compras. ¡La Biblia en verso! Ni un momento paramos de mover las gambas. La chavala, luego, agarró una micro y a decir adiós a cuatro clientes de las fetén. Tengo una cosa dentro que me baila y no hay cristiano que la pare. ¡La última noche! Bien mirado, uno ya tenía hecho su hueco en la cama y la de allá ahora le va a extrañar. El Efrén, que subirá

también al aeropuerto. El huevón, que ha determinado montar un quiosco en la plaza de Armas y la que sea sonará, que todo no va a ser como el salón. No tenía ganas de discutir y le dije que bien y que suerte.

Cuando me acosté no daba más.

28 enero, sábado

Cuando vi desde lo alto las luces de Buenos Aires, le dije a la chavala que se animase y que ya andábamos más cerca. A la legua se la veía con mal cuerpo, pero mañana ni recordarse, como yo digo; todo por el cochino güisqui. Si la chavala no lo cata, de qué, pero se emperró, aunque ya de entrada porfió que olía a orines, y lo que pasa. Claro que te pones a ver y ya subió al trasto este con un poquito de canguelo. Luego las despedidas, que lo quieras o no, siempre afectan. ¡Y hay que ver el boche que se armó con los tíos, y el Efrén, y el León, y la Verdeja, y el don Juanito en Los Cerrillos! El torda del tío se presentó como un viejito Pascuero, todo para el condenado crío. ¡También es chaladura la de este hombre! Menos mal que conocía a uno de la Aduana y nos hicieron la vista gorda, si no de qué. Avisaron por el parlante para subir y todos que chao y felicidad y desde la azotea venga de decir adiós con los pañuelos. El despistado del tío, para no perder la costumbre, enseñando el faldistón de la camisa por la pretina. Me dio lacha, la verdad, ni le miré la cara.

Luego, el avión. ¡Menudo cigarro puro, como yo digo, el artefacto este! No hace falta que digan que es norteamericano. Y menuda chavala al cuidado. ¡De fantasía, vamos! Yo iba tan pancho junto a la Anita, que con la castorina y el casquete parecía una duquesa. ¡Pero anda que tampoco transpiró ni nada la mujer con las pieles dichosas! Cuando echamos para arriba un color se me iba y otro se me venía. Y, al minuto, la Cordillera. ¡La madre que la parió! Uno ha corrido ya mucho mundo, pero por mil años que viva no olvidará el espectáculo. El sol iba de retirada y las puntas de los picos nevados talmente como si fueran espejos. Detrás de los montes, más montes. No se veía el fin. Le dije a la chavala que atendiera y ella que qué creía que estaba haciendo. Fue entonces cuando la camarera se hizo cargo de la guagua y dijo lo del güisqui, y la chavala que al pelo. En éstas íbamos de cara a un pico que todavía levantaba más que nosotros y, de que llegamos a pocos metros, el avión empezó que me caigo que no me caigo y el parlante que saludábamos al Aconcagua, y entre esto y el güisqui, que la chavala se me puso a morir, agarró la bolsa y volvió el cuajo a modo. Faltó un pelo para decirle a la camarera que si no podían dejar de hacer el zángano, que hasta las pieles de

mi señora se habían malrotado y que si no nos habíamos desnucado no sería por falta de ganas. Si candé el pico fue por no armar la polca a aquellas alturas. Luego la chavala se serenó y se quedó un poquito traspuesta. Yo no acertaba a ponerme quieto y, en diez minutos de reloj, fui tres veces al váter. La camarera, que si me ocurría algo. Lo que yo le dije, que a qué ton, que sólo era a orinar y que, como iba camino de casa, no se me cocía el bollo. Luego me acomodé y me puse a pensar que aunque no hacía todavía el año que salí de casa, bien parecía una vida. Y, sin darme cuenta, empezaron a venirme a las mientes el Melecio, y la Modes, y los chaveas de mi hermana, y el Tochano, y el Zacarías, y el Polo, y el don Rodrigo, y todo Cristo, y yo venga de pensar lo que les diría, porque, en definitiva, el que mi señor haya largado la pepa poco nos puede perjudicar, me parece a mí. Como no sea el mala uva del Tochano, los demás punto en boca, ya se sabe. Al huevón del Melecio, o mucho me equivoco o nos le tropezamos en Vigo. ¡Anda y que tampoco va a presumir el mandria de él con el extractor de palanca ni nada! Lo que yo me digo, que si me le veo en el muelle aguardándonos con la boinilla en la mano no respondo. Y a saber la jeta de la Doly cuando me ponga la vista encima. Digo yo que el animalito ni me reconocerá siquiera. Y no tiene nada de extraño, que uno no le va a exigir a una perra lo mismo que a una persona. Pero ¡anda que en cuanto que me olfatee los bajos los pantalones va a ser ella! Te pones a mirar y ni con diez años hay suficiente para desembuchar lo que he visto. Quieras que no, el viajar da viso y el Tochano en lo sucesivo tendrá que achantar la mui cuando este menda se explique. No digamos el Zacarías. El cipote se andará ahora con más cuidado antes de soltar una trola. Pero si me alegro es, sobre todas las cosas, por el de Francés, el tío estreñido, que sólo por veranear en San Sebastián ya se cree alguien. Vamos, todavía hay clases, me parece a mí. Y con esto y con lo de la Conserjería, que estará al caer, el huevón empezará a darse cuenta de que uno no es un cero a la izquierda. Bueno, todo esto si el don Basilio no me ha hecho la marranada. ¡Vaya usted a saber! En cuanto al viejo, va a oírme, por más que, bien mirado, si él no se va del pico, allá seguiría moviendo las tabas como un paria. Bueno está lo bueno.

En éstas andaba cuando la camarera dijo que se veían las luces de Buenos Aires. Le di de codo a la chavala y ella que qué, y yo que ya estábamos más cerca, y ella que se la había puesto mal cuerpo y seguía con ganas de devolver. Lo que yo la dije, aguanta diez minutos y mañana como un geranio. Te pones a ver y como en casa en ninguna parte.

Diario de un jubilado

1995

Al doctor Carlos Almaraz.

5 octubre

Subí con Partemio donde don Francisco Javier a darle el acuerdo, o sea que bueno, que la baja voluntaria. Él nos miraba a uno y otro como preguntándonos qué había cambiado de ayer a hoy pero, antes de que abriese la boca, se lo planté, o sea, que había echado cuentas con la parienta, y más vale pela en mano que pavo volando. Puestos a ver, desde que dejé el Centro no he hecho otra cosa que currar, pero son los turnos lo que no aguanto. Esto aparte, sesenta tacos no es mala edad para descansar, por más que Partemio salga ahora con que la jubilación voluntaria no deja de ser una pepla, algo así como la inutilidad en la mili. ¿A santo de qué? La fetén es que en el país sobramos la mitad del personal y si, por un lado, te alargan la escuela, por el otro te anticipan la jubilación, de forma que, a la postre, todo cuadrado. El pensionista, por la cuenta que le tiene, callará la boca, sabe que los demás trabajan para él y, aunque cobre dos reales, todavía tiene que mostrarse agradecido. Así es la vida. De modo que Partemio y un servidor firmamos los papeles y nos fuimos donde Arcadio Ovejero, que hace un año nos ganó por la mano y se largó con seis kilitos y lo puesto. Según él, en la ciudad hay ya una taberna por cada tres habitantes y que pedir la baja para poner otra sería pasarse de listo. Le pregunté qué otra cosa cabía hacer con siete kilos en mano y lo que él me dijo: bebértelos y olvidarte de esta puta vida. ¿Y después?, le pregunté yo con las del beri. El cipote puso cara de mandria y añadió: «Después reventar y que te entierren con pellejo y todo». Partemio, que andaba con la pichicharra de la tasca, que inclusive había apalabrado local y todo, se fue a casa amorrongado. Estos tiempos traerán otros.

6 de octubre

De que acabó el culebrón en la tele, la parienta y yo nos pusimos a hacer números y ella salió con que si algo sentía era no tener veinte años menos para ponerse a peinar. Lo que yo la dije, que eso se acabó con la guerra y lo que procedía ahora era determinar dónde darían más sustancia los siete kilitos de la baja voluntaria. De primeras, ella mentó la taberna, pero de que le hablé de Arcadio Ovejero, saltó con que una churrería entonces, pero no al menudeo como la de su difunto padre, sino con veladores de mármol para servir desayunos y meriendas. Y lo que yo la dije, que un hombre que echó la barba en un centro de Segunda Enseñanza, que mal que bien ha hecho las

Américas, desmerece con una servilleta al hombro. Ella se atufó, que si es que me creía el conde de Romanones, y yo que eso tampoco, pero que, puesto que no nos poníamos de acuerdo, preferible pedirle parecer a mi sobrino José Antonio, que sabe el número que calza. Cuando la parienta se mosquea me recuerda a la chavalilla aquella de los años cincuenta, de novios digo, cuando íbamos los sábados a mover el solomillo a la cervecería. ¡Anda y que no ha llovido desde entonces!

8 octubre

Me pasé por el banco, donde mi sobrino José Antonio. Mentira parece que entre mi hermana Modes y el curda de Serafín fabricaran un individuo tan prudente como éste. Luego te salen con que los hijos de alcohólicos suelen ser subnormales. ¡Anda y que si el angelito llega a ser normal! ¡Pero si ve crecer la hierba! Eso sí, cada vez que me siento frente a él, en el sillón articulado, se me va la cabeza, la verdad. De primeras me aconsejó que no, que me olvide de los negocios y ponga los siete kilos en un plazo fijo al diez por ciento y a vivir. Echó cuentas y que con las noventa del paro y cincuenta de renta un matrimonio sin hijos puede defenderse hoy. Le hice ver que eso de sin hijos no iría por mí, que ya conoce al Lorencín, caprichoso como él solo, y que cuando él no necesita cambiar de coche, es a su hermana a la que le peta cambiar de piso. Así es que abrí el plazo, que es una manera como otra cualquiera de no tener el capital de brazos cruzados. A la salida, me merqué un cupón, un capicúa, un numerito que dice cosas. Y, para no variar, me topé con otra multa en el parabrisas por aparcar en doble fila. La agente estaba cuatro coches más allá y la hice ver que habían sido diez minutos, pero lo que ella dijo, que aún diera gracias de que no se lo hubiera llevado la grúa. ¡Toma del frasco, Carrasco! Guardé el papel para la colección.

14 octubre

Aunque la parienta piense otra cosa, la verdad es que no me pinta esto de estar sin pegar sello de la mañana a la noche. Te levantas y el cafelito, una ojeada al papel, los amiguetes, cuatro vasos donde el Arcadio, un meneo a las tragaperras y vuelta a casita, que se te pega el arroz. Hace treinta años aún me quedaba la caza, pero ¿quién es el tonto que se pega hoy una chaqueta ladera arriba para bajar una perdiz de granja? Deportes del tercer mundo, como yo digo. Y en cuanto a la tarde, tres cuartos de lo mismo. Esto no es vida. Te

queda la tele, es cierto, que menudo invento. A veces me pregunto qué diría la madre si levantara la cabeza.

21 octubre

¡Gibar con la parienta! Llega la tarde del sábado, nos colocamos el chándal y, ya se sabe, a ver residencias para el día que no podamos valernos. Y es lo que yo la digo: lo último, un asilo; antes me pego un tiro que meterme en un asilo, ya ves tú. ¿Y qué vas a hacer el día que yo te falte? Siempre la misma copla. Coño y ¿por qué no he de ser yo quien le falte a ella primero? ¿Y por qué regla de tres no ha de tocarnos antes una partida de millones en el *Un, dos, tres…* como le tocó al menguado ese de Guadix el otro día? En la vida, para que pinten oros hay que tener fe, que te pones a ver las pelas que reparte la tele, o la loto, o el cuponazo, o las quinielas mismas al cabo del año, y te caes de culo. Ahora, que la parienta se conforme con jugar los sábados un cartoncito al bingo, bueno está lo bueno. Pero ella dale que no me fíe del azar, y lo que yo la dije anoche, ¿de quién nos fiamos entonces, del gobierno? La Anita anda encandilada con la viuda de Zacarías, cuatro comidas diarias, su partidita, su médico… ¡a todo plan! Eso es lo que dice ella, pero ¿por qué no tiramos de la manta para ver lo que hay debajo?

25 octubre

Hubo carta del Lorencín con la de siempre, que no le alcanza lo que gana, que con dos meones en casa cualquier sueldo se queda corto, que si tal y que si cual. A la tarde, después del culebrón, me puse de palique con la chavala y la fetén es que la Soraya, o séase la nuera, tiene un agujero en cada mano y no le basta con nada. Que si veraneo en Benidorm, que coche nuevo cada tres años, que si el puente de Semana Santa… ¡Que me digan a mí qué sueldo puede aguantar ese ritmo de vida! Y encima, el tío con recochineo, que ya sabe que me han dado unos kilitos a cuenta de la jubilación anticipada y que a ver si se me ve un detalle. El chaval este sólo se acuerda de su padre cuando le ve con la bolsa bien herrada, ¡no te giba! Si hubiera seguido estudiando, como yo le aconsejé, otro gallo le cantara. Pero no señor, el peritaje y basta, que está uno de libros hasta los huevos. Y ¡hale!, al banco, que no hay cosa más fácil, sobre todo si dentro se tiene un primo que da la cara por él. Pero así son las cosas. Acordamos mandarle dos mil pavos, que siempre le giba a un padre que un hijo le mee en las entradas. Pero lo que la parienta dice, si empezamos a soltar la mano ¿dónde van las noventa del paro? Claro que,

puestos a hacer economías, también podríamos dejar el bingo, que, te guste o no, un cartón con otro, te metes en cinco billetes mensuales y hasta puede que me quede corto.

26 de octubre

Mandé un giro al Lorenzo. Postal, aunque él prefiera por banco. El guaje este siempre a lo grande. No puede negar que nació en las Américas, junto al tío Egidio. Pero ya ves para lo que le sirvió la fortuna al mandria del tío, que, al decir del escribano, ni para el entierro tuvo. Y es lo que no me canso de repetirle a la chavala, más que dinero lo que en la vida hace falta es salero para gastarlo.

Esta tarde escribimos diecisiete cartas al concurso de la tele *El precio justo*. A ver si esta vez hay suerte.

27 octubre

Me sinceré con la parienta y le dije mi verdad, o sea que no va conmigo esto de estarme todo el día de Dios mano sobre mano. Ella se quedó de piedra, que desde cuándo tan azacán, que antaño lavar un plato ya me fatigaba. Y lo que yo le dije, que una cosa es molerse uno los huesos y otra pasarse el día mirando; que yo con un apañito de un par de horas me arreglaba. Ella me advirtió que ojo con Magistratura, que ya se sabe que en este mundo, si los cabrones volaran, nublarían el sol. Bien mirado, razón no le falta a la chavala.

La tarde la echamos en Los Vados, un asilo con baño individual y televisor en todas las habitaciones. ¡Claro que noventa billetes no son de despreciar!

31 octubre

Me llegué al Hogar a echar una partidita con Tochano, Melecio y Partemio Roldán. Hacía un siglo que no veía al Tochano, pero el tío sigue a la que salta. Ahora se ha enchufado en Sindicatos y lo que yo le dije, quién te ha visto y quién te ve. Él se cabreó y que a cuento de qué le salía por peteneras, que él no había cambiado. Entonces le recordé cuando era mandamás en Educación y Descanso y él que a ver, que abrir las ventanas, que eso es lo que intentó en Educación y Descanso y en los demás cargos que desempeñó cuando Franco. Callé la boca por tener la fiesta en paz, pero el Partemio, que sabe jugar al abejón, le soltó con mucha sorna que si también en el año

cincuenta y ocho, en el aniversario de José Antonio, cuando se pasó la noche fusil al hombro delante del monolito, estaba abriendo las ventanas de la catedral. ¡No te giba!

1 noviembre

Me di una vuelta por el camposanto. Llevé unas flores a los viejos y al Tino, y otro ramo para la parte de ella, que no se diga. Recordé a la madre, a la Modes, al Pepe, a don Florián, el cura, al Zacarías, a toda la tropa. ¡Que tiempos, Dios! Ahora dicen que eran malos pero de joven todos los tiempos son buenos. Entonces no se pensaba tanto en los cuartos, creo yo. Se conformaba uno con lo puesto y punto. A la tarde, por no perder la costumbre, nos fuimos de asilos. Vimos uno apañado en Santobendito, al pie del cerro, junto al arroyo donde de chico pescaba cangrejos con el padre, pero dejará de ser un moritorio como los demás. Ya le digo a la chavala que convencerme no me va a convencer pero, si a ella le divierten estas visitas, para eso tiene un coche y un mecánico a sus órdenes. ¡Faltaría más!

13 noviembre

Hoy, San Estanislao, mi santo. La vieja, a saber por qué, me puso Estanislao de primero, y es el santo que siempre celebramos en casa. Invité a unos vasos al Melecio y al Partemio donde Ovejero. El bueno de Arcadio hizo unos pinchos de tortilla ex profeso, pues de sobra sabe que allí no entra un alma ni por equivocación. Como de costumbre, anda aliquebrado. Esta tarde se sentó con nosotros y salió con la de siempre, que la parroquia no da ni para la contribución y que si FUTESA le llamara mañana, volvería al tajo por la mitad del sueldo, aunque fuera al turno de noche. Visto lo visto, el Partemio piensa dedicar el local que tenía apalabrado a despacho de pan. El Partemio, a primera vista, parece un dormido, pero saca polvo debajo del agua. Como el pan de la Nueva Panificadora no le mola al personal, ha llegado a un acuerdo con el panadero de Castrillo, que es de los pocos que todavía hornean con ramera, para vender aquí pan de pueblo, lechuguino de cuatro canteros, más metido en harina que el pan industrial. La gente va hoy por la vida de capricho, dice. Y no le falta razón. Melecio callaba la boca, no metía el cuezo ni por cuanto hay. Sigue cuitado este hombre. La fetén es que no ha tenido suerte en la vida. El primer chaval la dobló de niño y al otro más le valiera haber palmado también. Pero no, enganchado a la droga anda, apandando dinero aquí y allá, cuando no robándoselo a su madre. Y luego, cacorro o

bisexual, como se diga, de esos que hacen a pelo y a pluma, que eso no hay cristiano que lo entienda. Yo me pienso que Melecio, si no fuera por la flauta, ya se habría pegado un tiro. El panoli se pasa las horas soplando y alguna sustancia debe sacarle cuando no se cansa. Una flauta no es un piano, conforme, pero menos da una piedra. De cuando en cuando yo se lo digo y él que sí, que la flauta le acompaña como me puede acompañar a mí el escribir estas cosas. Pero lo que yo le digo, que todavía, cuando cazábamos, mi cuaderno olía a tomillo y a hierbabuena, pero lo que es ahora, metidos ya en los sesenta, más parece un gorigori. A estas edades, ya se sabe, me dijo él, hasta la música sale rancia. Al caer la tarde, Ovejero trancó la puerta y no sé si por las penas del Melecio, las suyas o para festejar a San Estanislao, ya andábamos todos a medios pelos. Y como siempre que uno se mama, a partir de cierta edad, nos pusimos de recordatorios y nos dio llorona, como yo digo.

15 de noviembre

A la parienta no le salen las cuentas. Que si la luz, que si el teléfono, que si la comunidad, que si el plazo de la lavadora, que si el de la enciclopedia. Total, que abres los ojos el día 1 y antes de abrocharte la bragueta ya has fundido treinta mil pelas. Ésta es la fetén. Y eso que no cuenta el bingo, las quinielas y el cuponazo, que, entre unos y otros, suman otro renglón. Le pregunté de qué valdría la vida si le quitases cuatro caprichos, pero ella dale, que no nos engañemos, que así no hacemos el mes ni con ciento cincuenta ni con trescientos, que estamos comiendo de lo vivo, que con los siete kilitos en reserva nos hemos creído los condes de Romanones y así nos crece el pelo. Salí con la de siempre, que diera tiempo al tiempo, que ya me extrañaría que con mi educación y mi percha no encontrara una encomienda de un par de horas pagadas como Dios manda. Y ya, destrabada la lengua, se lo solté, o sea la dije que tampoco nos íbamos a arruinar si de los siete millones del plazo retirábamos un piquillo para un Renault—11, que hay que ver las prestaciones de ese coche y cómo está el Renault—6, madre mía, como para dárselo con cinco céntimos a un pobre.

21 noviembre

El periódico, aparte masajes y criadas, no anuncia ni una colocación por horas. Dos he visto en cuatro días para no mentir: la una para sereno de un almacén, y para limpiar una mercería la otra. ¡Anda y que les den morcilla!

Para tanto como eso no me tiré yo veinte años en un centro docente, como yo digo.

22 de noviembre

Me llegué donde don Juan Niño para ofrecerme de acomodador, oficio que ya desempeñé de joven. No es que rinda mucho pero menos da una piedra. Don Juan lo echó a barato, que su aspiración era jubilar a los dos que tiene, dividir el cine en tres y que cada espectador se acomode donde le pete. Le hice ver que siempre hará falta una cabeza organizadora, y él que a ver, que eso es lo que pretende, que únicamente con un hijo en los proyectores y él fiscalizando las entradas se puede comer dos veces al día.

La parienta me salió con que en la tintorería necesitan un chico para la limpieza en seco y lo que yo la dije, que gracias por el piropo, pero que lo que yo busco no es un puesto de chico sino un apaño para un tipo que ya anda rondando la tercera edad.

24 noviembre

Hemos leído el anuncio más de diez veces, pero, lo que yo la digo a la parienta, esto es la gata de Juan Ramos, o sea uno de esos reclamos con segundas, para entendernos. Ella que por preguntar nada se pierde, pero yo ya no me fío ni de mi padre que gloria haya. Así y todo lo recorté y lo metí en la cartera: «Caballero distinguido necesita acompañante por horas. Bien retribuido. Se exige discreción y buena presencia. Inútil sin informes». Eso dice. Durante la comida, la parienta volvió a la carga, pero lo que yo la dije, ¿a santo de qué no dice dónde debo acompañarle? ¿Por qué para hacer de lazarillo necesito buena presencia? Aquí hay gato encerrado. La parienta acabó atufándose y salió con que, si tanto desconfiaba, ella se acercaría un momento para informarse. Tampoco se trata de eso, me parece a mí.

25 de noviembre

Pasé más nervios esta tarde que un debutante en plaza. A las siete y media ya andaba paseando la calle, y a las menos cuarto cogí el ascensor y tiré para arriba con más miedo que vergüenza. La casa es vieja, de techos altos y gruesas alfombras, y en la sala donde aguardé había una partida de cuadros de esos oscuros que no les harían ascos en el museo. Doña Heroína, la señora que me atendió, es tan vieja como la casa, pero a la legua se ve que tiene clase. Me habló de su hermano, que había sido muy deportista, pero que

ahora, a causa de una lesión, trabucaba el paso y necesitaba un apoyo, y que ni ella ni sus hermanas, por razones de trabajo, podían prestárselo. Sus modales eran tan finos que yo andaba gustoso allí, oyéndola parlar, y, antes de que la preguntara por los cuartos, ya me estaba diciendo que me abonarían a setecientas cincuenta pelas la hora, tanto si salía de paseo como si me quedaba en casa, y que, unos días con otros, me necesitarían un par de horas, unos más y otros menos. Hablaba como pidiendo disculpas, y cuando me dijo que, debido a su impedimento, a lo mejor tendría que ayudar a su hermano a calzarse, le dije que tranquila, que no por eso se me iban a caer los anillos. Al cabo de un rato me preguntó si tenía automóvil, y cuando la dije que sí aclaró que a su hermano no le daban carné pero, debido a su condición de hombre público, necesitaría que le trasladase de un sitio a otro, abonando el kilómetro al precio convenido. Doña Heroína viste de lila y lleva una gargantilla de terciopelo en el pescuezo, y es tan sencilla de trato que de balde la hubiera servido yo. La dije mi verdad, que para el mes que viene vendería el R-6 y me mercaría un Renault—11, que era un coche con más prestaciones y más capaz, pero para mis adentros ya andaba yo calculando que, paseando un par de horas al impedido y haciéndole de taxi de vez en cuando, mal habrían de ir las cosas para no ingresar un mes con otro las cincuenta mil del ala. Un poco acobardada, la vieja me dijo que «le había hecho buena impresión», pero que los tiempos no eran de fiar y le gustaría algún informe, y así que le cité el Centro y FUTESA, veinte años en cada, se le subió el pavo y que disculpase, que eso era más que suficiente. Cuando se puso de pie, a poco agarro una liebre por adelantarme a ella y, ya en la puerta, me dijo que, si no me importaba, volviese el jueves a la misma hora y si, como esperaba, su hermano y sus hermanas lo aprobaban, enseguida podría empezar a trabajar. Me largué de allí con cara de pascua, aunque luego la parienta me bajara los humos con eso de que hoy en día una canguro se saca las mil por hora sólo con mirar y que si para tanto como eso había que comprar un coche, aviados iban los ahorros. Candé el pico por no poner peor las cosas.

28 noviembre

Doña Heroína me presentó hoy a la familia. Doña Asunción, la segunda, tiene el pelo azul y no es muy parlanchina que digamos, o sea lo contrario que doña Cuca, la tercera, tan flaca y fina de voz que en lugar de hablar parece gorjeara como los pájaros. Pero a la legua se ve que todas ellas son señoritas de cuna. Por el aquel de la educación, agaché la cabeza al darlas la mano como corresponde. Y, al cabo de un rato, doña Asunción salió y volvió con

don Tadeo, un viejo alto, flaco, de cara curtida y bigote blanco, pero tan torpe de movimientos que, a pesar del bastón, apenas si se tiene en pie. Y allí anduvimos de palique los cinco, él con el bastón entre las piernas, en la mano un solitario que no se lo salta un torero y una pulsera dorada en la muñeca izquierda para esas cosas de la reúma. Enseguida se nota que tuvo buenos pañales, como las hermanas, pero cuando me dijo que siempre fue buen deportista y lo de la pierna se lo hizo jugando al tenis, me dije para entre mí, a otro perro con ese hueso, porque lo suyo no viene de una lesión sino de arriba, de la azotea, de donde salen las órdenes, como yo digo. Yo no hacía más que mirarle el moreno de la cara, a saber si por el sol o por los rayos esos que usan ahora, pero cuando dijo que, si no me importaba, el mejor rato para salir era sobre mediodía, porque a primera hora de la mañana él escribía, se me hizo la luz y le pregunté si no sería él, por casualidad, don Tadeo Piera, el poeta. Él sonrió complacido, que a nadie le amarga un dulce, que talmente, pero no por casualidad, sino por la gracia de Dios, poeta e hijo predilecto de la ciudad. Le comenté que le había sacado por las fotografías de los periódicos y por la tele autonómica y, a juzgar por el guirigay de doña Cuca y las cabezadas de doña Heroína, les gustó que yo le reconociera más que comer con los dedos. Quedamos citados mañana a las doce para salir un rato y, si el tiempo está alborotado, ejercitar un poco las piernas por el pasillo. La Anita mandó hoy quince cartas al *Un, dos, tres…*, para sufridores. A ver si nos llaman de una puñetera vez.

29 noviembre

La chica me aclaró que era la mucama, y su gracia Prisca, y ya por los ojos la había sacado yo que era de allá, colombiana, guatemalteca o de donde sea, india. Me sonrió cuando le dije que también yo había estado un año en Chile. ¿Ahorita no más?, me preguntó. La desengañé, que estuve allá de recién casado y ahora tenía dos nietos, de modo que echase cuentas. Me pasó al despacho de don Tadeo. ¡Madre, este hombre debe ser un pozo de ciencia! Los libros no dejan ver las paredes y, entre ellos, mete los cuadros para que abulten más. Detrás de la mesa, en un cacho pared libre, tiene fotografías con gente importante, la última, de más joven, dando la mano al rey. Cuando salimos a la calle me di cuenta de la que me ha caído encima. El señor Piera da unos pasitos tan cortos como los de un niño y se agarra a mi brazo izquierdo como una lapa. Le dije que caminara tranquilo, que no le iba a dejar caer, pero a él todo se le volvía decir que le chocaba que yo fuese zurdo. Por distraerle, le pregunté, con segundas, si se produjo la lesión al cogerle la

pelota con los pies cambiados, y él que no, que cayó de espaldas al pegar un *smash* y se golpeó la cabeza. Entonces le pregunté, con las del beri, si la cojera no sería a causa del golpe, y él que nones, que la cabeza nada tenía que ver con el tema. Íbamos tan calmudos que el personal se paraba para vernos pasar y, como don Tadeo es un hombre público, la gente le saludaba. Desde la esquina de su calle hasta el quiosco donde compró el *ABC*, doscientos metros a todo tirar, la echamos larga, diecisiete minutos de reloj, que se dice pronto. Yo me ponía a mil, pero por dentro me decía para calmarme: paciencia, Lorenzo, hazte a la idea de que son dos billetes; pero ni por ésas, siempre he sido un culo de mal asiento y la pachorra me descompone. El paseo no ha llegado a las dos horas pero se me ha hecho una eternidad y el bíceps del brazo izquierdo lo tengo tronzado. Se lo dije a la parienta pero ella se subió a la parra, que a ver si lo iba a dejar ahora después de solicitar un Renault—11 nuevo, y lo que yo la dije, que nadie había hablado de dejarlo, pero que si uno ya no puede ni desahogarse en casa, mejor echarse una querida. Saltó como una pantera, los ojos bizcos. A la parienta nada como mentarla la competencia para sacarla de sus casillas. De novios ya las gastaba así.

1 diciembre

Estrené el Renault para llevar a don Tadeo al entierro de un colega. Aunque no dijo ni pío, el bote rodó como una seda, ésta es la verdad. Don Tadeo iba detrás, bien repantingado, y yo, conduciendo, con pantalón gris y cazadora negra, que no se diga que el luto de mi patrón me trae al fresco. Me interesé por el muerto y él, que el pobre hombre no valía ni el papel que manchaba, pero en provincias ya se sabe. A la puerta del camposanto me junté con el grupo de escritores, pero don Tadeo dio el brazo a un señor fuerte con voz de pito, y me dijo que yo no, que me quedara aguardando a la puerta. De regreso le pregunté por el señor fuerte con voz de pito, y él, que poeta también, un marmolillo que no sabía hacer una O con un canuto. Por seguirle la corriente, le dije que si peor todavía que el muerto, y él alzó los hombros y que tal para cual, del mismo paño, pero lo cierto es que, cuando el coche arrancó, se volvía del revés dándole de mano por la ventanilla.

2 diciembre

Mientras aguardaba a don Tadeo en su despacho reparé en una carpeta abierta, como al descuido, sobre la mesa. Estaba llena de recortes de periódicos, noticias, entrevistas y conferencias suyas. No hay quien me quite

de la cabeza que el gicho la ha dejado aposta, para que yo me entere de con quién me gasto los cuartos. ¡No te amuela! En un recorte de un periódico de Madrid le ponen por las nubes, ésta es la pura verdad, tal como si don Tadeo fuera Dios. Eminente, le llaman, y, luego, refiriéndose a su conferencia «El vate y su disciplina», dicen que es el breviario del poeta, que nadie podrá escribir en el futuro una poesía sin saberse de carrerilla estas páginas. De que le sentí llegar metí todo en la carpeta y me puse a mirar la fotografía del rey como si nada. Él sólo dijo que había dejado los papeles sin recoger y guardó la carpeta en la librería, delante de mis narices, para que yo sepa dónde está y pueda echarle un vistazo cuando me dé la gana.

4 diciembre

La fetén es que con este zorronglón a cuestas se queda uno como un sorbete. Hoy andaba el termómetro a cinco grados bajo cero pero el patrón ni enterarse. Pasito a paso echamos dieciséis minutos en llegar al quiosco a por el *ABC*. A la vuelta, le apremié para ganar tiempo, pero, a medio camino, se paró en seco y me preguntó si es que pretendía deshacerme de él. Le contesté que qué cosas, que si le llevaba más agudo era para evitar que cogiera un resfriado, pero él que eso no, que ha pasado media vida en la montaña y le agrada el viento de nieve o, por mejor decir, ni lo siente. Después me preguntó si no sería yo quien lo sentía, y entonces reconocí que estaba esmorecido. Y ahí me cogió el toro: ¿Es que no tiene usted abrigo?, me dijo. No gasto, le respondí lealmente, y él, pues ahora lo tendrá que gastar puesto que debe caminar al paso de un impedido y, si no lo tomase a mal, con gusto le regalaría uno. No tuve coraje para negarme y, a lo bobo, a lo bobo, me fue liando, que era un gabán de vestir, que se le quedó chico sin usarlo, que es de un paño de Béjar especial… Y, así que regresamos a casa, le preguntó a su hermana Heroína dónde estaba el gabán azul con cuello de terciopelo, y su hermana, en el ropero está, Tadeo, muerto de risa, y antes de que reaccionara, ya tenía el gabán puesto. La fetén es que siempre me dio por la ropa y del abrigo de don Tadeo se podrá decir lo que se quiera menos que no es una prenda bien cortada. De hecho me cae como un guante. Pero lo que yo digo, ¿dónde voy con este gabán si, quitando el del uniforme del Centro, no gasté uno en mi puñetera vida? Todavía intenté resistirme, más de boquilla que de otra cosa, pero con doña Heroína no vale de nada llorar con un ojo. Me dijo que me estaba pintado, que me lo llevase puesto y no hiciera tonterías. Luego, en casa, la Anita no se cansaba de mirarme, que qué prenda, qué corte, qué

hechuras, que me diera la vuelta, que ahora del otro lado, que parecía un figurín.

5 diciembre

Se me hace a mí que todo el mundo es a mirarme. Bien mirado, me la trae floja, pero ¿y si un buen día me topo con el Tochano en plena calle Principal? A Melecio y Partemio, por si las moscas, ya les he anticipado que me he colocado de acompañante con don Tadeo Piera, el poeta, que anda muy torpe, aunque no les dije palabra acerca del uniforme.

6 diciembre

Don Tadeo no mejora; es un madero. Esa cojera suya si no le viene de la terraza es de mala circulación, me juego doble contra sencillo. Porque, a fin de cuentas, el pie es lo de menos. Todo el costado izquierdo lo tiene como entumido y apenas si puede sostener el bastón con la mano de ese lado. A la mucama la veo cada mañana y cada mañana me sonríe y me dice lo mismo: ¿El señor? Recién viene llegando. Y yo le doy las gracias y la llamo Prisca, que también el nombrecito se las trae. Hoy le pregunté, a intención, por la pierna de don Tadeo, y ella que el día que le dio el telele anduvo muy enfermo, sin poder abrir los ojos ni nada, y las tres señoritas eran a llorar, que, más que hermanas, las tres parecen enamoradas. A la Prisca esta, o como se llame, no le falta razón: las tres viejas se miran en el hermano. De ordinario no las veo, pero cuando aparecen todo se las vuelve piropearle, arreglarle el nudo de la corbata o abrocharle el botón de la americana. Y el día que doña Cuca se quedó en casa resfriada, me estuvo enseñando todo el tiempo fotos de su hermano, de tenista, de esquiador y, sobre todo, de cuando la guerra, que se le caía la baba, que cómo le sentaba el traje de campaña, Lorenzo, que más parecía Gary Cooper que un señor corriente y moliente. Así nos tiramos media hora de reloj, que se dice pronto. Menos mal que, a efectos laborales, el tiempo de espera corre parigual que si estuviera currando.

7 diciembre

De mañana me telefoneó el Partemio que habían hospitalizado a Ovejero. El vaina no se aclaraba o no quería aclararse; que si la UVI, que si un lavado de estómago, que si veinte tabletas de barbitúricos, que si tal, que si cual. Estaba como un flan. Total, que Ovejero había decidido cortar por lo sano y se había atizado un tubo de somníferos. Para suerte que hoy entró en la

cantina un cliente a primera hora, lo encontró privado, envió razón y los médicos consiguieron volverle. Partemio se empeñó en facilitarme una tarjeta para visitarle, pero lo que yo le dije, que un sobrino del hermano de mi cuñado, que gloria haya, estaba en Urgencias, con lo que yo entraba y salía del hospital como Pedro por su casa. ¡Sólo faltaría! La señora y la suegra de Ovejero no hacían más que moquitear. Y lo que yo les dije, que la cosa no era para tanto y, visto lo visto, lo prudente era dar el traspaso a la cantina y vivir hoy del paro y mañana de la pensión. Que eso no se lo iba a quitar nadie. Que perder un par de kilitos malo es, pero no como para morir por ello. A última hora parecían tan campantes.

10 diciembre

Hoy solamente quince minutos y veinte segundos en llegar al quiosco a por el *ABC*. Un récord. De salida ya vi a don Tadeo más espabiladillo que de costumbre y así se lo dije: Esa lesión va pero que mucho mejor, don Tadeo. Le cogí en fuera de juego: ¿Qué lesión? Concho, ¿cuál va a ser?; la de su pierna, la del tenis, le dije. Se quedó quieto parado y durante cinco minutos no dijo esta boca es mía. Entonces fui y le hice un cambio de tercio. Le pregunté por qué ahora los versos no pegaban, que yo tenía entendido que siempre tenían que pegar, que eso era un verso, pero él que no, que la poesía no era la rima, que la poesía estaba en la combinación de las palabras, pegasen o no.

Luego se interesó por si yo había escrito poesía alguna vez. Y lo que yo le dije, de qué, don Tadeo, por más que en el Centro, donde anduve veinte años, tenía trato con gente culta y algo se pegaba, pero escribir versos, lo que se dice escribir versos, nunca me dio por ahí. Con unas cosas y otras se nos hizo la hora de comer en un verbo. Cuando el tiempo suavice todo será coser y cantar. Hoy se notaba el relente y me subí el cuello del gabán, pero don Tadeo me hizo ver que este tipo de abrigos de vestir no se prestaban a usos deportivos y que, si sentía frío en la garganta, él me regalaría un fular. Me bajé el cuello a escape y le dije que nones con tales bríos que no volvió a mentar el fular en toda la mañana. ¡Sólo me faltaba ahora un fular!

13 diciembre

Hoy ganó la chavala trece mil del ala, con un cartón, en el bingo de la esquina. No cabía en su pellejo. Lo que no cuenta son los billetes y los paseos que le ha costado ganar esa miseria.

14 diciembre

Amaneció Dios con cielo despejado y pasamos el rato en el parque tomando el sol. Don Tadeo había comprado el *ABC* y estuvo echándole un vistazo. En las primeras páginas venía una foto del Duque, muy puesto, y don Tadeo salió con que este tipo había sabido cambiar de chaqueta a tiempo, y que qué opinaba yo al respecto. Le dije mi verdad, que de política ni pun, o sea que no entendía, pero él dale que te pego, que lo que sí sabría es que ese pájaro había sido un poquito traidor. Le repliqué que yo tenía al señor Suárez por valiente desde la noche del 23-F, cuando se quedó sentado en el estrado, como si tal cosa, mientras sonaban los tiros y los demás se metían debajo de la mesa; y que fue el único. Don Tadeo se mosqueó y que único no, que el señor Carrillo hizo lo propio. Y entonces me recordé y le dije que tate, que los dos, sólo que el señor Carrillo estaba sentado de media anqueta echando un pito y más que la chola se le veía el humo del cigarrillo. De todas maneras, añadió él, el Duque dejó a mucho conmilitón en la estacada mientras se afanaba en hacer carrera. ¡Grande de España! ¿Se da usted cuenta de lo que significa hacer grande de España a un botarate semejante?

No sabía dónde quería ir a parar, pero sonreí para que no se alterara, y él entonces se levantó del banco y, sin aguardar respuesta, se puso a caminar. En los veinticinco minutos que tardamos en llegar a casa no me dirigió la palabra. ¡El que se pica, ajos come!

15 diciembre

Prisca, la india, me anunció que don Tadeo estaba escribiendo unas cartas y que demoraría un ratito. Le pregunté para qué quería el despacho y ella que en invierno el gabinete era más abrigado. Le dije que bien y anduve un rato curioseando en la carpeta de las entrevistas. A don Tadeo todo se le vuelve decir que la infancia es un tesoro, pero la vida es un desatino, y los niños no la disfrutan en su afán por hacerse hombres. Está bien traído. Más adelante tropecé con un recorte de cuando le hicieron hijo predilecto de la ciudad y en su discurso dijo que nunca sintió deseos de abandonarla cuando ayer, sin ir más lejos, me decía que su gran error había sido «afincarse de por vida en esta ciudad cochambrosa». ¡Échale hilo a la cometa! Me estuve aprendiendo algunas preguntas para luego hacérselas yo y ganar en su estimación. Así, por ejemplo, le pregunté por qué escribía, y aunque en la prensa responde que para comunicarse, a mí me dijo que para no morir del todo, que si el día de

mañana alguien recordara un verso suyo, eso significaría que aún seguía en el mundo. Me hice el tolondro y le participé que otros decían que escribían para comunicarse y él rompió a reír, me apretó la bola y que paparruchas, Lorenzo, que comunicarse con quién. En una de éstas se quedó quieto parado mirándome y me dijo que, si me lo propusiera, podría llegar a ser un buen reportero.

Pasé por el hospital a visitar a Ovejero pero el pájaro había volado. Mandamos otras nueve cartas a *El precio justo* pero nos ocurrirá lo de siempre. Para mí que estos concursos están conchabados de antemano.

17 diciembre

Telefoneó el Lorencín, que no me habría herniado con las diez mil del ala, pero lo que su madre le dijo, que qué nos daba él a cambio. El cipote confesó que esperaba un kilito de los siete de la jubilación, pero lo que la parienta le dijo, que el trabajo de toda una vida merecía un respeto. Luego, por hablar de algo, le conté lo de don Tadeo Piera, lo de acompañante, pero él lo tomó por donde quema y que si a mi edad no encontraba nada más digno que ponerme a servir a un viejo loco.

La Sorayita, la nena, anda con las anginas enconadas. Eso ya es peor. Total, que no vendrán para Nochebuena. La yaya se puso murria y que el Lorenzo siquiera llamaba aunque fuera para pedir, pero lo que es la otra ni llama, ni escribe, ni sabemos dónde para; año y medio que se largó y si te he visto no me acuerdo. Lo que yo la dije, una chavala de buen ver, a los veinte años, con un empleo bien retribuido y en una isla turística, ¿para qué necesita telefonear? La parienta se atocinó y que de veinte años nada, monada, que la Sonia no cumplía ya los veinticinco y en cuanto a lo del empleo no lo diría por las ATS, que sudar sí sudan la gota gorda, pero los ingresos no marchan en proporción. Al cabo salió con la de siempre, que por qué no se casa, que una mujer a esa edad no está bien sola. ¿Sola la Sonia?, pensé para mis adentros, pero candé el pico por no poner peor las cosas.

20 diciembre

Ovejero y el Partemio se han asociado para explotar el puesto de pan y fruta. Ovejero aportó los tres kilitos del traspaso del bar y el Partemio la diferencia. Los dos van a sueldo y los beneficios a partes proporcionales al capital. Gedeón Baruque, profesor mercantil, conocido de un primo de Ovejero, les ha hecho el trato. Así deben hacerse las cosas. Si Ovejero se

hubiese buscado un asesor a tiempo, se hubiera ahorrado los dos millones de la cantina. Medio en broma medio en serio les dije que, llegado el caso, aún podía arrimar yo otro par de kilos para lo que se terciase, pero Partemio, que es un rácano, que nones, que esto es empresa de dos, que para uno quedaba corta pero tres resultaban demasiados.

22 diciembre

Con ocasión de las fiestas, don Tadeo me dedicó esta mañana su último libro: *El paraíso enigmático*. Es un libro ensoñador, me dijo, cosa comprensible puesto que yo, en el fondo, soy un nostálgico. La verdad es que no entendía la dedicatoria, pues don Tadeo tiene una escritura así, más bien enrevesada, pero él, muy amable, me lo tradujo: «A Lorenzo, mis pies y mis manos, con afecto», dijo. Está bien traído, pero quizá sea un poco exagerado, don Tadeo, le comenté; como mucho digamos que soy su bastón. Paseamos un rato por la calle Principal, pero soplaba un regañón tan fino que acabamos sentándonos en la pajarera del Medellín. Me había olvidado ya del abrigo pero, con él puesto, el libro en el velador y la cerveza a mano, debía de parecer un señor. Y en éstas andaba cuando vi venir al Tochano con un tal Acisclo, también de la UGT, y me dije: «Tierra trágame». Pero el Tochano ya me había guipado y, al pasar, se asomó a la puerta de la pajarera y voceó con toda su alma: ¡Usted lo pase bien, don Lorenzo! Le hice señas disimuladamente con la mano para que se largara pero don Tadeo, intrigado, que quién era ese macarra, y lo que yo le dije, más que macarra, don Tadeo, un poco cheche. No me entendía y yo le expliqué que ese amigo porfiaba que fue siempre del PSOE pero lo cierto es que se crió a los pechos de la OJE y de Educación y Descanso. Don Tadeo saltó entonces que le dijera qué otra cosa había hecho el Duque, que no se quitó la sahariana blanca desde la primera comunión, y lo que yo le dije, otros también la llevaron, don Tadeo, desengáñese, pero el 23-F se metieron debajo de la mesa en cuanto sonó un tiro. Don Tadeo se atufó: Y dale con el 23-F; usted, Lorenzo, confunde al Duque con Supermán. Y lo que yo le dije, mire usted, don Tadeo, en esa circunstancia, el Supermán de seguro no le hubiera echado más valor. Se puso de morros y no volvió a hablarme en toda la santa mañana. ¡Anda y que le den morcilla! Si me ha contratado para que le diga a todo amén, está listo.

23 diciembre

Doña Asunción me recibió hoy con una libreta en la mano, me hizo sentar a la mesa del despacho, arrancó la primera hoja llena de sumas y restas y me la entregó, preguntándome si lo entendía. Y allí había anotado diariamente las horas desde que empecé a trabajar, mi servicio la mañana del funeral, mis esperas en la casa, todo con mucho primor, y, al final, ponía: A entregar: 54 560 pesetas. Se ve que esta señora habla poco pero se fija. Me preguntó si estaba conforme y yo que qué hacer, sí señora, y agradecido. Entonces ella puso sobre la mesa, billete a billete, las cincuenta y cuatro, y me dio las quinientas sesenta en calderilla. Antes de que las guardara dijo que estaban contentas conmigo, y su hermano tal cual, de modo y manera que si por mi parte no había queja, seguiríamos lo mismo hasta nueva orden. Ya en casa, la chavala, de que vio el fajo, se echó el abrigo por los hombros y se bajó un rato al bingo. Yo rellenaré mañana unas múltiples para hacer honor a la primera soldada.

24 diciembre

Justo al empezar el culebrón, sonó el timbre de la puerta. Un pobre, dijo la Anita. Conque me levanto, abro, y me topo con la Sonia y un individuo con un pendiente en la oreja y un montón de bolsas y bultos de mano. La Sonia, con mucho remango, me pegó dos besos y que allí estaba ella y aquí el Terry, su hombre, y que, ambos a dos, habían decidido celebrar las fiestas con nosotros. Yo me quedé quieto parado, la verdad, sin saber qué decir, pero la parienta, que había andado al loro, asomó como un cohete y que tan pronto pasaran por la vicaría allí tenía una cama ese señor Terry, faltaría más, pero mientras tanto, puerta. La Sonia siempre tuvo correa y le dijo al tal Terry que ya lo había oído, que se largara y la aguardase en la pensión, pero el otro que ni hablar del peluquín, que o se iban los dos juntos o de hoy en un año, que para tanto como eso no se había venido él desde Palma de Mallorca. La Sonia se puso arrabalera y que si quería aguardar, aguardase, y en caso contrario ya sabía el camino. Y él fue, entonces, agarró tres bolsas y una maleta y se marchó con viento fresco. La Sonia, como si nada, se puso a darme achuchones y yo le pedí una explicación, pero ella sólo dijo que al Terry le había conocido el día de la Virgen en una fiesta y que era un poquito gilipollas, pero que tipos de esa calaña los tenía así (y apiñaba los dedos) en la isla, con lo cual el Terry y su pendiente podían irse a tomar por el saco. Le comenté que vaya pico que se gastaba, y ella que qué tenía de extraño, que era el signo de los tiempos, que ella no lo había inventado. La Sonia quiso echar

una mano a su madre, pero como ésta no abría la boca, la otra se plantó y le dijo que si iba a estar así, chiticallando, los tres días de la visita, agarraba el dos y si te he visto no me acuerdo, que ella se había acercado a vernos y no a aguantar caras de guardia. La parienta, que tiene respuestas para todo, le dijo que de acuerdo, que ésta era su casa y tenía la puerta abierta, pero que la próxima vez que viniera a visitarnos dejara los tiburones en la isla.

26 diciembre

¡No te giba! Esta mañana la Sonia se arrancó a llorar en plena calle de que vio a don Tadeo colgado de mi brazo. Luego, en casa, me preguntó si tan apurados andábamos, y lo que yo le dije, que la jubilación anticipada estaba bien sabiéndola administrar, pero si cogías los siete kilos con una mano y los fundías con la otra te habías caído con todo el equipo. La Sonia salió entonces con la del otro, lo jodido que resultaba verme sirviendo a los sesenta años, pero lo que su madre le dijo, ¿y es que tú no sirves a los enfermos, no les lavas el culo y les quitas inclusive la mierda de los calzones? La Sonia, tan terne, que así era, pero ella no cobraba de los cagados sino del Estado; que era una funcionaria. Me hizo gracia la salida. ¿Es que quieres decir, le dije, que si fuese el Estado el que me pagara no estaría mal visto que yo pasease a un impedido? Tal cual, padre, así es la vida; y, para que te enteres, hoy en día todo lo que no sea servir al Estado es una forma de esclavitud. ¡Toma del frasco!

27 diciembre

Como quien no quiere la cosa, don Tadeo me preguntó hoy si había leído su libro. Le dije mi verdad, que lo había empezado pero se me hacía un poco trabalenguas. Él se perdió por el pico y me confesó que, de primeras, escribía clara su poesía, pero luego oscurecía los versos porque, de lo contrario, nadie le tomaba en serio. Le pregunté si es que la poesía debía ser enredosa, y él, que algo parecido a eso, que la poesía que se entiende a la primera es poesía facilona y hoy no hay poeta que se estime que quiera hacer poesía facilona. Tan entretenidos andábamos que don Tadeo pegó un traspiés y no besó el santo el suelo de verdadero milagro.

La Sonia se largó a media tarde. El capullo del pendiente vino a recogerla en un taxi.

28 diciembre

La parienta y yo nos pusimos de tiros largos para la inauguración de la tienda del Partemio. Por la mañana había lavado el bote pero no encontraba dónde aparcar y, para no retrasarnos más, lo metí en la acera en la calle La Libertad, que la tiene bien ancha. La chavala se había colocado la capota del velo y los zapatos de tacón alto y yo el traje azul y la corbata roja tornasolada. La verdad es que íbamos como dos pinceles y por eso nos gibó más que allí no apareciera un alma. A la parienta todo se le volvía decir que no lo entendía, porque Partemio había telefoneado dos veces en la mañana, hasta que caí yo y la dije si se había dado cuenta que era 28 de diciembre. El Partemio se pinta solo para estas camamas, aunque lo cierto es que ya no estamos en edad de jugar a los despropósitos. Como remate me encontré una multa en el parabrisas que guardé para la colección.

30 diciembre

Los sábados don Tadeo se lustra los zapatos en un limpia del Medellín. Y cada vez que le veo me recuerdo del Lustre Español que monté allá, en Chile, hace un montón de años, y las calamidades que pasé a cuenta de los rotos. Pero no sé si porque eran otros tiempos o porque las ideas de uno van cambiando con los años, hoy no veo bien que un hombre se tire a los pies de otro para sacarle brillo a sus zapatos. Don Tadeo, en cambio, se deja querer y cuanto más le soben los pinreles, mejor. Hoy le dije mi verdad, que cada vez que le lustraban parecía que entrara en trance, y él reconoció que así era, porque nada tan agradable como que un quídam nos sobe los pies por cuatro perras gordas.

2 enero

El año ha entrado tiritando. Se hiela la moquita, se hielan los charcos y el parque está blanco como después de una nevada. El hombre del tiempo aclaró ayer que eso no es nieve sino cencellas, pero en Pagoda, el pueblo de mi abuelo, llamaban carama a estas asperezas. En vista del tiempo, Prisca me anunció que el señor tomaría las once en la cama y que le aguardase en el despacho. Me senté a la mesa con la carpeta de los recortes y pasé el rato. El patrón es un tipo curioso. Los niños y los pobres son para él la única verdad del mundo. De los pobres dice que hay que cortar de arriba y añadir de abajo para que en el mundo reine la justicia. Pero lo que yo digo, el día que añadan de abajo ¿quién va a lustrarle las botas en la pajarera del Medellín? En una de

éstas cayó de entre los recortes una fotografía antigua. Era de don Tadeo, un don Tadeo joven y rubio, con el pelo planchado, y una sahariana blanca, saludando brazo en alto al Duque, que estaba tras una mesa. Y allí andaba con ellos don Ángel Lecumberri, el dueño del café del Norte, con treinta años menos, cantando. Remiré la fotografía y sin ninguna duda la sahariana mejor cortada, con diferencia, era la de don Tadeo. Luego, en el paseo, le dije que a él, por su edad, le tocaría hacer la guerra, y él que qué hacer, con Yagüe desde el primer día, y luego de alférez provisional, en El Pingarrón y la Marañosa, pero que ni en un sitio ni en otro se topó con el Duque, con todo su golpe de camisa vieja. Ya le advertí que, en aquellos entonces, el Duque sería un mamoncillo, si es que había nacido, pero él perdió la chaveta y que cuando uno tiene ideales y un par de compañones la edad no cuenta. El gicho la ha cogido modorra con el Duque.

5 enero

Sigue el frío. El parque parece de cristal y hasta el estanque se ha helado. Hoy se nos acercó un pobre y don Tadeo le largó con cajas destempladas. También puso a caldo al limpia del Medellín porque le untó de betún los bajos de los pantalones. La parienta sigue achucharrada. Desde el día de Navidad no levanta cabeza. ¿Es que se pensaba que la Sonia vivía en Mallorca como Santa María Goretti?

7 enero

Don Tadeo volvió a preguntarme si había leído su libro. Le dije que sí para que callara la boca, pero lo cierto es que me he saltado tres cuartas partes. ¿Y qué?, me preguntó. Le respondí que bien, que allí donde uno abre el libro todo está en orden. Lo dije a lo bobo, por las líneas cortas y las largas, tan parejas, pero coló, y él que gracias, que eso era lo más hermoso que podían haberle dicho, que cuando uno, a cierta edad, hace un ofertorio, el orden debe ser lo primero. Me animé al oírle y entonces le guiñé un ojo y le dije que también había su poquito de sexo, pero eso, en contra de lo que esperaba, no le gustó un pelo y volvió a lo del orden. Se quedó un rato mirándome y acabó diciendo que hasta ahora era lo más inteligente que le habían dicho sobre su libro y que me quedaba muy reconocido.

8 enero

Hoy se nos acercó otro pobre implorando una caridad. Don Tadeo le mandó repetir su muletilla, y el pobre le dijo entonces que una limosnita para poder comer. ¿Para poder comer o para poder beber?, le replicó riendo don Tadeo. Y me apretaba la bola para que yo riera también y que qué me parecía. Yo me encogí de hombros y se lo dije, o sea que, a mi entender, el gobierno había blanqueado las tapias pero dentro quedaba aún mucha miseria. Él dijo entonces si no sabía que los diputados querían subirse el sueldo en un treinta y tres por ciento mientras el Ministerio de Economía aconsejaba no subir los salarios más del seis si no queríamos arruinar al país. Volvió a amasarme el bíceps, que es cosa que siempre hace cuando se pone nervioso, y que qué opinión me merecía todo esto. Yo carraspeé, para ganar tiempo, y al fin le dije lealmente que lo prudente sería que los diputados repartieran duros entre los pobres para que pudieran comprarse bocadillos. Vamos, a mi entender.

Cuando camina distraído, el patrón se tortolea menos y va más agudo. Hoy invertimos quince minutos en llegar al quiosco, pero hasta que no bajemos del cuarto de hora no me quedo contento.

9 enero

Esta noche tuve una gresca con la chavala a cuenta del dichoso *Un, dos, tres*… Ella quería ir de protagonista pero ya la advertí que eso se quedaba para los niños bonitos, que a nuestra edad podíamos darnos con un canto en los dientes yendo de sufridores. Ella se puso en lo último, que si en una jaula, y lo que yo la dije, que a cambio de un chalé en Torrevieja y tres coches en batería no tendría inconveniente en dejarme encerrar en una jaula y con dos leones dentro. Ella que por qué no mandábamos fotos antiguas, o sea de novios o de recién casados, a ver si colaba, pero lo que yo la dije, y cuando descubran el pastel nos ponen de patitas en la calle. Total que nos enredamos a voces, esas zambras que cuanto más gritas, más grito, que no conducen a ninguna parte. Después de todo, la actitud de la parienta no es más que una cabezonada, ya que los sufridores se llevan el mismo premio que los protagonistas y sin necesidad de dar el callo además.

12 enero

Pasamos la tarde en casa. Al fin mandamos 26 cartas para sufridores al *Un, dos, tres*… La chavala estaba hoy más pajarera. Dice muy seria que si le toca la Ruperta se pone al tren.

13 enero

Esta mañana me confesó don Tadeo que las opiniones de los críticos no le preocupan; que lo importante es la opinión de la gente sencilla aunque no esté familiarizada con la poesía. Por eso antaño gozaba con los juegos florales, pero ahora los poetas progres se los han cargado porque no soportan el silencio reprobador del pueblo. Así me lo dijo. Le notaba nervioso, y en estos casos me pega unos pellizcos en el bíceps que me deja el brazo para el arrastre. Y cuando eso ocurre ya sé que hay algo que no marcha y que más tarde o más temprano terminará soltándolo. Pero hoy no cantó la gallina hasta después de comprar el *ABC*. Entonces, se apoyó en la esquina del quiosco y me preguntó de sopetón si yo creía que él era un poeta pirotécnico. Le respondí que no, aunque no comprendía bien la pregunta. Y él que suponía que un poeta pirotécnico sería un poeta colorista, de muchos adornos; un poeta de fuegos artificiales. Yo asentía con la cabeza, porque en esos casos nada como dejarle largar, ya que si le interrumpo me deja la bola hecha trizas. Y él dale con que un tal Juan Bernáldez escribía esta semana en *El Cocodrilo* que en *Paraíso enigmático* el señor Piera se despachaba con su pirotecnia acostumbrada y que qué entendería por pirotecnia el señor Bernáldez. A saber, le dije, y él que lo que digan los críticos se lo pasa por la entrepierna; que Tadeo Piera no será más grande ni más pequeño porque lo digan media docena de indocumentados. Camino de casa, don Tadeo se detuvo y me dijo que él tenía seguramente algo de barroco, y yo que quizá sí, señor Piera, y él que incluso bastante de barroco, y yo, que quizá sí, señor Piera. Y él fue entonces y dijo malhumorado: Barroco pase, pero de seguro un pirotécnico no soy.

16 enero

A don Tadeo se le cae el párpado de arriba del ojo izquierdo como si quisiera guiñarlo. Hoy se lo comuniqué a doña Cuca y me respondió que, desde Navidad, su hermano anda preocupado con el tema. A ella, en cambio, no le inquieta; o sea le parece un tic, una picardía juvenil. Además, ¡como es tan guapo!, me dijo con entusiasmo. Al parecer las tres hermanas están de acuerdo, inclusive doña Heroína cree que el tic acentúa el aspecto varonil de su rostro. A mí se me ocurre que el párpado se cae de puro viejo, pero ¿qué adelanto llevándolas la contraria? Lo curioso es que todo le viene a este hombre por el mismo lado y bien pudiera ser lo del ojo otra reliquia de lo de

la pierna. A mí él no me había dicho ni mus pero hoy, al dejarle en casa, me preguntó con mucha guasa si sabía por qué guiñaba el ojo izquierdo y, al contestarle yo que a saber, dijo con mucho retintín que para impedir que le deslumbrara su propia pirotecnia. El capullo la ha cogido modorra con el Bernáldez ese de los cojones. ¡Anda y que si le llegan a importar las críticas!

18 enero

Doña Heroína, que es el cerebro de la banda, me preguntó esta mañana si me importaría dedicar una hora del sábado o del domingo para llevar a misa a don Tadeo. Reconoció que ellas ya no podían con él y que cualquier día se les caía en plena calle y montaban el número. Me sorprendió el pedido, la verdad, pero ella debió de entender que titubeaba, porque se apresuró a decir que esa hora se pagaría al doble como extraordinaria que era. Pero lo cierto es que yo andaba pensando en los recortes, cuando don Tadeo le dice a un periodista que su ateísmo no era cosa de hoy, que ya se sentía ateo en el vientre de su madre. Así que le dije que de acuerdo, aunque tendría que consultar con mi señora qué día le iba mejor, si los sábados o los domingos.

22 enero

Doña Asunción me llevó discretamente al despacho y me entregó mis haberes y el recibo correspondiente escrito en el ordenador, sin deducciones ni coplas. Es mujer dispuesta ésta y, antes de marchar, me hizo firmar el recibo: 62 000 pelas líquidas. Me preguntó si estaba conforme y si me abrigaba el abrigo, y a las dos cosas le respondí que sí y que los que no opinaban lo mismo eran mis hijos. ¿Es que no les gusta el abrigo?, preguntó. Y lo que yo la dije, que no se trataba del abrigo, sino de que no les gustaba que me pagase por servirle el mismo imposibilitado. Ella dijo entonces que quién les gustaría que me pagase y yo que tenía entendido que el Estado o una empresa particular, pero que no me hiciera mucho caso, que a punto fijo no podía decírselo. Entonces doña Asunción me sugirió la posibilidad de extender la factura a nombre de Hijos de Edmundo Piera, la razón social de la joyería, y si me agradaba esa solución. Ya le dije que por mi parte no había inconveniente y que, aunque desconocía la opinión de mis hijos, podíamos probar. La fetén es que este mes, con las noventa del paro, las cincuenta del plazo y la soldada del patrón, la chavala y yo no necesitamos pedir limosna. Que me den los cuartos a nombre de la razón social o del impedido, a mí, personalmente, me la trae floja.

24 enero

Llevé a misa al señor Piera. Estuvo muy devoto el hombre, tanto que pensé que si los ateos son así cómo serán los creyentes. Intentó arrodillarse en la Elevación pero se lo saqué de la cabeza. No está usted para hacer títeres, le dije por lo bajo. Y es una verdad como un templo. La pierna izquierda no le aguanta y, en una de ésas, puede agarrar una liebre y pasar a la reserva. Hoy don Tadeo estaba tranquilo y llegué a casa con la bola en su sitio.

25 enero

Fuimos al médico por lo del ojo. Como es natural, yo no pasé a la consulta pero él y doña Heroína salieron tan ternes. Según ella, el doctor había dicho que lo del párpado era un tic y, a la edad de su hermano, los tics no se corrigen. Don Tadeo se atocinó, que no tomase el rábano por las hojas, que lo que el doctor había dicho era que lo de su ojo era una degeneración senil y que, al igual que los tics, no tenía tratamiento. Doña Heroína, que tanto daba, que con tic o sin tic, él seguía estando guapo y las chicas iban a rifárselo, porque el ojo guiñado le daba aires de conquistador. Total, que entre el paseo de la mañana y el médico por la tarde, hoy cayeron tres billetes que no son de despreciar.

29 enero

Esta mañana me encontré con el Toni en el vestíbulo, charlando con doña Heroína de cosas del negocio. Me lo presentó como el fornituras de la empresa. La verdad es que eso de fornituras suena mal en boca de una señora, pero si ella lo dice sus razones tendrá. El dichoso Toni es un tipo cuarentón, lampiño, con cara de arcángel, y una mirada brillante, un poco como de fiebre. Las manos son de manicura, eso fijo, y cuando don Tadeo le invitó a pasear con nosotros, le cogió del brazo y a mí me dejó tirado, de convoyante, como suele decirse. Al patrón todo se le volvía largar y reír a lo bobo, para llamar la atención del otro, pero se me hace a mí que al Tino o al Toni, o como se llame este capullo, el viejo le cae gordo o, por mejor decir, se la trae floja. ¡Vaya dos! Una vez en el parque, don Tadeo me mandó a por el *ABC*, y cuando volví hablaban del viaje del viernes y el viejo le animaba a retrasarlo porque le estaba haciendo un poema y quería leérselo de viva voz antes de que marchara. Toni salió con que le ponía en un brete y entonces don Tadeo le contó que Juan Bernáldez había dicho de él, en *El Cocodrilo*, que era un

pirotécnico y que qué pensaba él al respecto. El Toni se sorprendió, y que precisamente *Paraíso enigmático* era un canto a la desolación humana y en esos temas cabían pocos fuegos de artificio. El patrón se fue entusiasmando según hablaba y terminó diciéndole que por el bien de la poesía era necesario que se viesen más a menudo y que podría recomendarle a De Blas, el joyero de la plaza, si fuera preciso. A casa volví de convoyante, tal como había ido, pero, sin comerlo ni beberlo, cayó otro billete y medio, que no está mal.

31 enero

Con la remesa de don Tadeo, la Anita y yo subimos la cuesta de enero sin enterarnos. No sé si mi oficio será digno o no, pero yo creo que con sesenta billetes se paga la peonada. Hoy telefoneó Lorencín y aproveché para preguntarle si le parecía de mejor tono cobrar de la empresa de don Tadeo que del propio don Tadeo, y él que tranquilo, macho, que lo dejase estar, que lo que había que mirar en definitiva es si yo era un empleado o un criado. Que eso es lo único que interesa. ¡Toma del frasco!

11 febrero

Partemio se salió con la suya. Nada de senos para el pan y vasares para la fruta. Senos para todo. Eso sí, alicatados con baldosín blanco, de modo que cuando uno entra en la tienda no se le ocurre decir que está bonita, sino que está limpia, como debe ser. Con las cosas de comer no se juega. Pasé por allí antes de recoger al señor Piera y me cayó en gracia. La fruta la baja Arcadio del Mercado Central y no llama la atención ni por buena ni por mala, pero los lechuguinos de cuatro canteros son un monumento al trigo castellano. ¡Menudo pan! Le felicité al Partemio, aunque no estaba para nada. Los clientes se rifaban el género y, en lo que yo anduve allí, despachó más de docena y media de piezas. Parece ser que Justo Redondo, el panadero de Castrillo, o sea, el hijo, se los baja con la furgoneta antes de que amanezca. El negocio está bien traído y lo cierto es que con ocho kilitos han hecho milagros. Para San José, el santo de Pepita, la señora del Partemio, quieren inaugurarlo en el Don Sebastián con una fiesta por todo lo alto.

13 febrero

Acompañé a misa al señor Piera. El fantasmón de él no mejora. Yo le digo que sí pero no es cierto. Antes que una mentira lo que hago es una obra de caridad. Al quiosco no llegamos nunca en menos de diecisiete minutos. Pero

el día que le coge el carro podemos echarle tranquilamente los veinte. Hoy me vino a la cabeza preguntarle por qué no jugaba a las quinielas. Bien mirado, que juegue o que no juegue me la trae floja, pero él me contestó que no creía en el azar, ni le gustaba el fútbol. Dos buenas razones para que te toquen, le dije yo. Pero él que pobre de aquel país cuyas mayores aspiraciones fuesen las quinielas y el cuponazo. ¡Manda cojones! El cipote tira con bala.

16 febrero

El patrón andaba esta mañana de mal café. Dice que no se explica que ayer le salieran bien las cosas y hoy no, cuando en apariencia nada ha cambiado. Le dije que no se fiara, que yo de joven me dejé el bigote y del lado derecho arrancaba recio pero del izquierdo no hacía vida. Él me salió entonces con que qué tenía que ver el culo con las témporas y yo, como si no le hubiera oído, que en invierno el bigote se helaba como un geranio y no me quedó otro remedio que cortarlo. De vuelta a casa me pidió que a las ocho le llevara al Ateneo, que un conocido suyo, don Rufo Peralta, daba una conferencia. De modo que, a las menos cuarto, nos cogimos el Renault y a las menos cinco en el Ateneo. El tal don Rufo se armó un taco regular, con que si el novelista era un inventor de mentiras, y mientras inventaba vidas de mentira no vivía la suya que era de verdad. Bien mirado, no dijo más. El señor Piera le aplaudió a rabiar, pero cuando se acercó a la tarima a saludarle el tal don Rufo ni le reconoció. El jefe se quedó cortado. Luego, ya en el coche, me dijo que el dichoso conferenciante era un marmolillo, que toda su vida había sido un marmolillo que se creía un clásico y no era más que un buñolero.

17 febrero

Don Tadeo andaba hoy un poco resfriado y le aguardé en el despacho fisgando papeles. A las doce y media se presentó doña Cuca, que no pega ni sello, con un álbum de fotografías. Con su vocecita de pito me confesó que nunca tuvo novio porque siempre estuvo enamorada de su hermano, en plan platónico, desde luego, pero sobre todo le gustaba en traje de campaña. Y para demostrarme lo guapo que estaba vestido de soldado me traía el álbum de la guerra.

En éstas entró don Tadeo y que qué guerra ni qué ocho cuartos, que durante cuarenta años estuvieron haciéndole creer que ellos habían sido los buenos de la película, y ahora venían a decirle que no, que habían sido los

malos, y que qué pensaba yo sobre el asunto. Lo que yo le dije, que a saber, que eso nunca se sabe, que para unos serían buenos y para otros malos, que, a fin de cuentas, ésa era la sal de la vida y que aviados estaríamos si todos fuéramos a pensar de la misma manera. De repente terció doña Cuca, me mostró una fotografía del señor Piera y que si yo creía que se podía ser malo con esa cara de ángel. A don Tadeo le subió la sangre a la cabeza pero candó el pico por no joder la marrana.

18 febrero

Pasé por el banco a echar un párrafo con José Antonio. Decididamente no me hago a la butaca articulada. Gira tan suavecito que en cuanto da media vuelta se me va la cabeza. Le dije mi verdad, que hoy todo dios habla de los milagros del dinero negro y que si no podríamos oscurecer un poco mis siete kilitos. El guaje la cogió al vuelo, que si iba de broma o que si hablaba en serio, que el dinero negro, como los hombres negros, nace ya de esa condición, y el mío, todo el mundo lo sabía, procedía de mi jubilación anticipada. Le pregunté, entonces, si no podríamos aumentar una miaja el rédito y me respondió que podía darme por contento si no lo bajaban, que el Estado achucha sin piedad a los establecimientos de crédito y el momento no era bueno. Después me salió con que si tenía algo que ver con el señor Piera, que me había visto por la calle de su brazo y que ya era suerte conocer a un personaje semejante. Me finché como un pavo real y le dije que todos los días dábamos juntos un garbeo, que entre los dos existía una buena amistad. Entonces se puso a hablarme de él, de su categoría como poeta, de sus modales, de su modestia, y no lo dejaba. Me recitó un verso de un tirón y, al acabar, dijo: Es del maestro. ¿Lo conocía usted por un casual, tío?

19 febrero

Al marchar a casa, doña Heroína me preguntó si no podría ir un rato por la tarde, que venían a ver a su hermano dos señores extranjeros y habría que servirles alguna bebida y a las seis, con toda seguridad, una tacita de té. Fui sincero y la confesé que me había negado a montar una churrería precisamente por no hacer de camarero pero ella, muy amable, que no comparase, que su casa no era un establecimiento público y que todo lo que hiciera esa tarde sería como amigo de su hermano y no como sirviente. Me doró tan bien la píldora que terminé por aceptar y, luego, no me pesó, pues tanto don John como don Richard son dos auténticos señores. Don Tadeo me

presentó como su secretario y ellos don Lorenzo por arriba y don Lorenzo por abajo, eso sí, no me apearon del tratamiento. Prisca les hizo un té a las seis y yo se lo serví, muy claro y sin azúcar, aguachirle, como yo digo. El don John está escribiendo un libro sobre el señor Piera y no hacía más que hacerle preguntas que mi patrón contestaba muy despacito, con la mano en la frente, pensando las cosas, como debe ser. Estuvo muy atento con ellos y únicamente me dejó pegado cuando les habló de lo de la lesión de la pierna y que por ese motivo había reducido su actividad a la mitad. Don John le dijo entonces que afortunadamente un poeta no escribía con los pies y había de dar gracias a que la lesión no hubiera afectado a su cerebro. Al final, hablaron de cuando el señor Piera estuvo en América, y a las ocho seguían de cháchara pero yo ahuequé el ala. Con unas cosas y otras, mis emolumentos van aumentando y hay gente inteligente, como mi sobrino José Antonio, a quienes no sólo no les parece de mal tono que acompañe al señor Piera, sino que lo consideran un honor.

20 febrero

Si los ingresos siguen subiendo habrá que pensar en la parcelita. Desde chaval tengo metida en la sesera la idea de un chalé, y en El Sardón, el antiguo coto de Muro, venden parcelas a plazos, a precios arreglados.

21 febrero

Enchiqueraron otra vez al Mele. La droga dichosa puede más que él. Hoy arrastró calle abajo a una vieja de tres mil años, todo para quitarle el bolso con cuatrocientas pelas. Melecio no sabe qué determinación tomar; en cuatro años es la tercera vez que le enchironan y siempre sale peor que entró. Y lo que yo digo, ¿qué puede hacer un padre en una situación semejante? ¿Le va a arrimar candela al hijo a sus años? Porque el Mele ya no es un niño, los treinta y cinco ya no los cumple. ¿Y quién es el guapo que le hace cara y le dice que eso no, que se acabó? Conocí a una chavala española que la trincaron en Francia con dos papelinas, la metieron tres meses en la trena, bien vigilada, y volvió curada, sin mono ni leches; a puro huevo. En cambio aquí el que no se pincha fuera aprende a pincharse dentro, como yo digo.

El Melecio y la Amparo andaban esta tarde cada uno por su lado, como de costumbre. ¿Por qué no se juntan para buscar un remedio en vez de andar todo el día de Dios a la greña, echándose las culpas el uno al otro?

Al Melecio le conté lo del otro día, en casa de don Tadeo, con don John y don Richard, y él que es un mundo interesante ése, que si en mis apuntaciones acierto a dar una imagen íntima del señor Piera, lo mismo el día de mañana, cuando fallezca, le saco cuartos a mi cuaderno.

22 febrero

Doña Asunción me abonó la soldada, bien detallada, en una cuartilla: 65 700 cucas, que no está mal. Tres mil pelas me supuso la visita de don John y don Richard, casi seis las misas de don Tadeo y dos, peseta más, peseta menos, la conferencia de don Rufo Peralta. La Sonia puede decir lo que quiera, pero pesetas más fáciles de ganar no se encuentran en el mundo. La juventud anda implada de orgullo, pero mira dónde ha ido a parar el Mele con todo su orgullo.

La hoja roja

1959

Esta novela fue escrita con ayudade la Fundación March, a quien el autor expresapor estas líneas su reconocimiento.

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Aparte un capítulo de mi obra, «La hoja roja» es un libro con su pequeña historia propia, ajena por completo a la literatura.

La he contado alguna que otra vez, pero me gusta recordarla. Yo comencé a escribir este libro en los últimos meses de 1957*, trabajando a saltos, en ratos perdidos, ya que mis quehaceres empezaban a agobiarme. Tenía muy claro lo que quería hacer pero caminaba despacio. La jubilación de mi padre y de otros profesores de la Escuela de Comercio de Valladolid me dejaron un sabor agridulce. Hubo una, sobre todas, la del catedrático de Química, un hombre sin mujer, sin descendientes, que con la baja administrativa abocó a una soledad absoluta, sin ninguna compañía. El título del libro, «La hoja roja», lo tenía yo de tiempo atrás, y la situación desolada del catedrático de Química me facilitó un modelo vivo. Se trataba de un hombre que de la noche a la mañana se había quedado sin voz. De un par de horas de discurso diario había abocado al silencio, se había quedado sin interlocutor. Tras el día de la jubilación, caminaba ensimismado, con su bastoncito de adorno, siempre sonriente aunque con cierto aire de viejo boxeador sonado. De sus lecciones diarias durante cerca de cincuenta años había pasado a la mudez absoluta. Sentí muy hondo este drama pero seguía desarrollando su peripecia novelística lentamente debido a las circunstancias. Había vencido la objeción del editor Vergés sobre la cacofonía del título —paronomasia, hubiera dicho Quevedo—, buscada de propósito. Vi el camino libre pero no por ello aceleré la escritura, que continuaba con sus pausas y aplazamientos. Pero, de pronto, sucedió algo totalmente inesperado. La Fundación March —en torno a la cual funcionaba entonces la cultura española— convocaba unas becas de viaje para escritores que necesitaran hacerlo para escribir un libro. No vi en esto relación alguna con mi caso. Sin embargo, como tenía a mi cargo la asignatura de Historia del Comercio, sí vi una posibilidad de viajar por el Báltico y escribir un libro sobre la organización y métodos de la Hansa Teutónica, que desde hacía tiempo me había interesado. Me ilusionó la idea y solicité la beca. Nada perdía con ello. Cuando pocas semanas después me fue concedida, me propuse organizar la excursión, olvidando de momento que*

aquel apetecible viaje no resolvía mi problema de tiempo, sino que retrasaría aún más la culminación y publicación de la novela que traía entre manos.

Sin embargo, antes de darme cuenta de la nueva situación, recibí una propuesta del padre Félix García, factótum de la March, con una encarecida súplica: «Perdone mi intromisión —me decía—. ¿Por qué no cambia usted ese viaje de estudios y emplea la ayuda de la Fundación en escribir una novela? De cualquier modo la beca es suya». Le respondí sinceramente que para escribir la novela que me pedía yo no necesitaba viajar y, por tanto, la ayuda no procedía, mas él volvió a explicarme que la beca pretendía ayudar al escritor a liberarse de tareas no creativas, como conferencias, coloquios, prólogos y quehaceres semejantes que quizá le ayudaban a vivir pero no a realizar la obra que se esperaba de él. Entonces me sentí liberado de mis escrúpulos. Su ofrecimiento me parecía ahora, antes que sensato, milagroso. La Fundación venía a ofrecerme el tiempo que no tenía y, además, retribuido. Cogí, pues, a mi jubilado y le conduje hasta la soledad extrema. La convivencia con una muchacha pueblerina analfabeta acabaría por llenar el poso de vida que le quedaba. La novela, muy meditada, salió fácil, y mediado 1958*, a diez años del Nadal, puse el punto final.*

El padre Félix quedó satisfecho de su gestión. La March también y, por supuesto, yo, que renuncié de buen grado a navegar por el Báltico y salí del atolladero: «La hoja roja», como no pocos de mis libros, era un relato duro de fondo, pero tierno, humano, irónico y divertido, que se publicó en 1959*y cuyas ediciones se han ido sucediendo sin interrupción hasta la fecha. Es decir, he vuelto a disfrutar, como en tantas obras mías, del hecho de permanecer en los escaparates, como quien dice, la friolera de medio siglo.*

Esta novela, con otras dos, fue adaptada por mí al teatro y se estrenó en Valladolid en 1986*. La cosa no fue del todo mal, sin llegar al clamoroso éxito de «Cinco horas con Mario» y «Las guerras de nuestros antepasados», interpretadas respectivamente por Lola Herrera y Pepe Sacristán (y después por Galiana). La comedia tenía graves defectos de origen que, como el decorado desafortunado, la falta de una actriz que tuviera la salvaje adolescencia de la Desi y el hecho imposible de que al sargento del Picaza (al actor) le faltara una pierna, no ayudaron ciertamente a que la adaptación llegara más lejos. Resignación.*

M. D. *Octubre* 2007

I

Por tercera vez en la vida el viejo Eloy se erigía esta noche en protagonista de algo. La primera fue cuando su boda; la segunda cuando su intervención en la Sociedad Fotográfica allá por el año 1933. Tres años antes, su amigo Pepín Vázquez le dijo un día aquella cosa tremenda de que la jubilación era la antesala de la muerte. Pero, en 1933, Pepín Vázquez ya se había largado al otro mundo sin necesidad de guardar antesala.

En puridad, los mejores ratos de su vida los pasó el viejo Eloy con sus amigos de la Sociedad Fotográfica. A Pacheco, el óptico, su presidente, le decía: «Pacheco, si me gustaría ser rico es por la fotografía. Hoy día la fotografía es un lujo». Mas el viejo Eloy nunca logró pasar de aficionado. Una vez, allá por el año 1932, cuando Leoncito, el chico, ganó las oposiciones, se mercó una Contax a plazos, con una luminosidad de lente 3,5, y entonces advirtió su sensibilidad, su buena disposición para la plástica. Obtuvo alguna fotografía de mérito y se dio de alta en la Sociedad. Le atraían los problemas técnicos y asistía con avidez a las conferencias y las proyecciones.

Un día, Pacheco, el óptico, le dijo de improviso: «Don Eloy, el domingo actuará usted. —Él se sintió abochornado. Dijo—: No tengo nada que valga la pena, hijo». Pero Pacheco sonreía: «Lo dicho, —dijo. Insistió él, tenuemente —: Me explico mal y tengo poca voz». Sin embargo a Lucita le cayó en gracia la cosa. Lucita, su mujer, nunca debió casarse con él; debió hacerlo con un hombre un poco más decorativo. Él la hizo vivir en un plano de extremada modestia. En realidad, el viejo Eloy vivió treinta y seis años junto a Lucita, pero jamás llegó a comprenderla del todo. Aquel domingo, al regreso de las proyecciones, Lucita le dijo: «Para ese papel, más hubiéramos adelantado quedándonos en casa. —Él apuntó tímidamente—: Ya le advertí a Pacheco; yo no tengo ingenio ni tengo voz, pero él se obstinó». Dijo ella irritada: «No basta con decirlo».

El viejo imaginaba que tal vez la fotografía pudiera llenar el hueco de su jubilación. Se analizó detenidamente en la gigantesca luna y mentalmente se dio el visto bueno. Vestía el traje rayado que le confeccionara Téllez, el sastre real, en 1941, y la corbata de piqué agrisada que Lucita le regalara allá por el 1943. Mauro Gil, su compañero de negociado, le había dicho la víspera: «Asistirá el señor alcalde, don Eloy; él siempre le ha distinguido». Y él, ahora, se observó con ojos críticos, con ojos inquisitivos de señor alcalde.

Pareció satisfecho de su inspección. Tan sólo los zapatos negros, cargados del lado derecho, le azoraban un poco. Quince años arriba, cuando aún el frío no se asentaba en su cuerpo, el viejo sudaba por los pies y deformaba el calzado. Ahora el zapato izquierdo le lastimaba levemente en el empeine: «En cuanto los caliente cederá —se dijo—. Además, nadie tiene por qué mirar debajo de los manteles». Dio media vuelta y con lento ademán extrajo el pañuelo del bolsillo. Le brillaban tenuemente los agujeritos de la nariz en los bordes anteriores. El viejo se limpió sin sonarse, plegó el pañuelo y lo guardó de nuevo. Luego se asomó al pasillo y llamó:

—¡Desi!

—¡Señorito!

Le alcanzó la voz inflamada de la muchacha antes de que su rostro obtuso, de tez renegrida y frente cerril, traspusiera la puerta de la cocina:

—¡Ave María! —La chica hizo un borroso ademán, como si se persignase.

—¿Ocurre algo, Desi?

La muchacha sonrió y al sonreír se acentuó su expresión elemental.

—Ande y que tampoco se ha puesto usted chulo. ¿Va de fiesta? —dijo.

—Algo parecido a eso —respondió el viejo—. Voy a que me den el cese.

—¿El cese?

—El retiro, hija.

—¿El retiro?

—Es la ley.

—¿Qué es la ley, señorito?

El viejo carraspeó banalmente:

—Bueno, supongo que la ley es eso que se ha inventado para que los hombres no hagamos nunca lo que nos da la gana. ¿Me explico o no me explico, hija?

Ella levantó los hombros y sonrió. Tenía un aire desgalichado y torpe con la pobre bata que apenas le ocultaba las corvas, las pinzas en la cabeza y las manos rojizas, hinchadas como sapos, desmayadas sobre el vientre:

—¿Es mala la ley, señorito?

El viejo se arropó en el abrigo y se cruzó la bufanda sin responder. En determinados momentos, la curiosidad de la chica le irritaba. Dijo desde la puerta:

—Cuando sepas leer aprenderás todas esas cosas, Desi —dijo, y añadió —: No me esperes, hija, regresaré tarde.

Perdido en la noche urbana, pensó de nuevo en Lucita y en sus paseos vespertinos, cuando él analizaba críticamente las bocas de riego y las papeleras públicas y los rincones con inmundicias y ella le regañaba: «No estás trabajando ahora, Eloy; ésas son cosas de ellos». «Ellos» eran el señor alcalde y los concejales. Pero el viejo jamás se desentendía, en ninguna coyuntura, de su condición de funcionario municipal, aunque luego Carrasco, su compañero de negociado, le mortificase levantando el dedo índice y echándole en cara que él entró en la Corporación de gracia, en tanto ellos, los jóvenes, hubieron de someterse a las inciertas peripecias de una oposición.

Lucita, su mujer, le decía: «Deja quietas las basuras, Eloy, o no vuelvo a salir de casa». Mas su vocación era más fuerte que él mismo y sus paseos recataban siempre el objetivo de las necesidades municipales. Una tarde, el viejo Eloy se detuvo en la Plaza Mayor, con una sonrisa complacida colgándole de los labios. «¿Qué?», inquirió Lucita, siempre en guardia. Él le mostró las nuevas carretillas de la limpieza y los escobillones de brezo. Dijo orgullosamente: «Mujer, hemos estrenado material. —Lucita, su mujer, tampoco le comprendió entonces. Chilló enojada—: ¡Por Dios bendito, Eloy! Deja de pensar en las basuras o me volverás loca».

El tío Hermene, con quien el viejo, cuando aún no era viejo, convivió unos años, le decía que su afición por los asuntos municipales le venía de atrás, ya que su padre, cuando todavía no era su padre, se dirigía frecuentemente al diario local demandando civilidad. A veces el tío Hermene, que era un hombre mollejón y sedentario, le mostraba al viejo, cuando todavía no lo era, algún periódico amarillento de los últimos años del siglo. Había un recorte, en particular, que el tío Hermene leía con fruición, e indefectiblemente, al concluir de leerlo, decía: «Esto podría firmarlo Cervantes. —Pero no lo firmaba Cervantes sino Eloy Núñez y concluía así—: ¿No hay disposición que determine cuándo deben verificar la operación los encargados de verter las tradicionales ollas de la basura sin ofender uno de los cinco corporales sentidos de los transeúntes en la primeras horas de la noche?». El padre del viejo, al decir del tío Hermene, tuvo dotes de literato, pero los Núñez siempre malbarataron su talento.

Mauro Gil, su compañero de negociado, le esperaba junto a la botica de Diéguez. Enfrente había nacido un nuevo anuncio luminoso: «Gaspar. Droguería-Perfumería», que teñía el pavimento de un estremecido resplandor rojizo. Mauro Gil era un muchacho concienzudo y cabal, de una gravedad austera, que le había dicho la víspera: «Asistirá el señor alcalde, don Eloy; él siempre le ha distinguido». Mauro Gil era uno de esos muchachos ejemplares

que sólo ven en su mujer la madre de sus hijos y recortan sus ambiciones a la medida del escalafón de funcionarios. Y si Carrasco formulaba en la oficina una de sus ideas revolucionarias, como por ejemplo que el Montepío era un robo, allí estaba Mauro Gil para atemperarla, afirmando que no sólo no era un robo el Montepío, sino que era una hucha. Mauro Gil tenía la piel grisácea, como si su carne empezara a descomponerse, y vestía ropas oscuras porque, según él, las ropas claras eran tan incivilizadas como el hecho de deambular por las calles dando gritos o cantando a pleno pulmón.

Frente al bar Laureano se estacionaba un pequeño grupo y el viejo se apresuró y le dijo a Gil:

—Ya están ahí los de Arbitrios. Confío que el señor alcalde no haya llegado aún.

Pero el señor alcalde ya estaba en la sala, sentado a la mesa dispuesta para el banquete, y al ver al viejo se incorporó y fue hacia él y el viejo vaciló porque, a pesar de su experiencia, nunca supo la manera discreta de comportarse frente a una autoridad al margen del ejercicio de sus funciones, y fue y tendió una mano humilde y fría, surcada de abultadas venitas azules, pero el señor alcalde hizo caso omiso y le oprimió a todo él, entero, filialmente, contra su pecho:

—Creí que nos la jugaba, don Eloy —dijo envolviéndole en una ancha y campechana sonrisa.

El viejo, al sentarse a la mesa entre el señor alcalde y don Cástor, el jefe de negociado, saludó a todos amistosamente con la mano y bebió dos buches de vino blanco para entonarse. La presencia de Carrasco, frente a él, le mortificaba. Mas cuando repartieron las viandas y bebió otro buchecito de blanco, empezó a burbujearle dentro una euforia casi agresiva. Y para entrar en conversación le dijo al señor alcalde «que esperaba que todo eso del arrendamiento del servicio de limpieza no pasara de ser un rumor, porque tenían, desgraciadamente, una triste experiencia reciente». El señor alcalde asintió, mientras despachaba las viandas a dos carrillos, y don Cástor, el jefe de negociado, convino en que «lo del 48 fue un ensayo deplorable y que sujetar toda la plantilla a la legislación laboral suponía un enredo diabólico».

Carrasco, frente al viejo, elaboraba bolitas de miga de pan y las hacía rodar despiadadamente sobre el mantel. El viejo sabía que Carrasco quería decirle «pelotilla» pero no hizo caso y cambió de vino; sorbió un buche de tinto de la tierra porque, además, tornaba a mortificarle la frase de Pepe Vázquez de que la jubilación era la antesala de la muerte. Como a través de una niebla oía hablar a su derecha de los platillos volantes y a su izquierda de

una revisión de sueldos y jornales y entonces pensó en Goyito, su hijo menor, que se fue a los veintidós, como Vázquez, sin guardar antesala, y voceó para ofuscarse: «Dentro de cinco años viajaremos a la luna como si tal cosa. —Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios, le señaló con el pulgar y dijo—: Mira el abuelo», pero el señor alcalde reconoció que, en efecto, la era atómica podría revolucionar muchas cosas y, entre ellas, la higiene urbana. Martinito, el del coche-manga, exultó: «Los platillos volantes regarán las calles». Y don Cástor se mordió el labio inferior porque Martinito cuando regaba el parque solía aprovecharse para pasear a los chicuelos en el coche-manga por dos reales y la Corporación le había reconvenido reiteradamente por ello.

A poco, el señor alcalde golpeó discretamente el hombro de don Cástor por detrás del viejo, y don Cástor se incorporó y dijo con su voz destemplada, a causa de las cuerdas vocales que se le averiaron cuando el tifus, que despedían esta noche a don Eloy, pero no le decían adiós sino hasta luego y que don Eloy, después de cincuenta y tres años ininterrumpidos de servicio, encontraría siempre su casa en la Corporación porque por mucha que fuese su fuerza, la ley nada podía contra el sentimiento, y que había dicho.

A don Eloy le estimuló la efusión de don Cástor y el fervor de las palmadas de sus compañeros y, al invitarle el señor alcalde a pronunciar unas palabritas, se puso en pie levemente encorvado, carraspeó banalmente, se frotó la punta de la nariz con la punta del pañuelo y dijo con una punta de voz que, cuando acudía a este acto, le vino a las mientes el día que la Corporación estrenó carretillas para la limpieza y escobillones de brezo, y que él se detuvo y le dijo a su señora: «Mira, Lucita», porque Lucita era el nombre de su señora, y que su señora se irritó y le dijo que olvidara de una vez las basuras o la volvería loca. Pero él pensaba en las basuras porque un buen funcionario debe pensar en sus funciones a toda hora y no sólo en las del servicio, y que cuando le dijo a su señora: «Mira, Lucita», mostrándole un escobillón de brezo lo hacía con el mismo entusiasmo con que le hubiera mostrado un cepillo de dientes recién adquirido.

Carrasco rodó una nueva bolita de miga de pan sobre el mantel y el viejo cerró los ojos y se agazapó tímidamente tras el hombro de don Cástor. El señor alcalde aprovechó la pausa para cambiar de postura: pero, a medida que el viejo hablaba, su sonrisa condescendiente se iba trocando en una mueca ambigua. Y cuando el viejo repitió por tercera vez que un buen funcionario debía demostrar su condición a toda hora, porque la oficina debía ser la prolongación del hogar y el hogar la prolongación de la oficina, la mueca ambigua del señor alcalde se fue trocando en un gesto de impaciencia.

La voz del viejo era un bordoneo monótono. El viejo Eloy se sentía como en trance. Jamás, ni en su matrimonio, tuvo a nadie pendiente de sus palabras y, en su excitación, no advertía el cruel carraspeo de Martinito, el del coche-manga; ni la sonrisa reticente de Carrasco; ni la ostentosa manera de apretarse el nudo de la corbata de Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios; ni los reprimidos bostezos de don Cástor, el jefe de negociado; ni el *flash* del fotógrafo ametrallándole a quemarropa; ni, tan siquiera, los golpecitos impertinentes que el señor alcalde propinaba en la arista de la mesa con el pequeño envoltorio que había extraído del bolsillo de la americana. Y el viejo porfió que hoy día los jóvenes consideraban el trabajo como una maldición y que un buen funcionario se manifiesta antes en el asueto que en el servicio y que el día que él le mostró a su señora los nuevos escobillones de brezo lo hacía con un entusiasmo tan sincero como si le mostrase…

El señor alcalde desenvolvió el pequeño paquete y, al concluir, oprimió ruidosamente el papel de la envoltura. El viejo pareció despertar de súbito y posó sus pupilas fatigadas en las manos nerviosas del señor alcalde, y el señor alcalde consultó el reloj y, entonces, el viejo Eloy carraspeó banalmente, se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y dijo que, para terminar, sólo quería decir que él siempre vio en la oficina una prolongación del hogar y en el hogar una prolongación de la oficina y que, al dejar la Corporación, se sentía como si le hubieran puesto los muebles en la calle y que, en lo sucesivo, siempre que divisase el coche-manga, o bien el recoge-perros, o bien el carro-volquete, su corazón se iría tras ellos, porque para él el carro-volquete, o bien el recoge-perros, o bien el coche-manga, eran como su propio ser, y que no quería molestarles más y que había concluido.

El señor alcalde se incorporó con desgana, frenando en flor los desganados aplausos de la concurrencia y, sin dar tiempo a que el viejo plegara el pañuelo que acababa de pasarse por el extremo de la nariz, extrajo del estuche que acababa de desempaquetar una medalla de plata y se la impuso al viejo, al tiempo que decía formulariamente:

—El señor ministro ha considerado que su abnegación durante cincuenta y tres años ininterrumpidos de servicio le hace acreedor a esta distinción que yo le impongo en su nombre.

Le propinó una palmadita en la espalda, sonrió acremente, unió sus manos tres veces sin efusión, consultó de nuevo su reloj de pulsera y dijo confidencialmente al viejo: «Ha sido un acto sencillamente conmovedor».

Todos se pusieron en pie y el viejo, que se disponía a agradecer la recompensa, se conformó con sonreír y asentir dos veces con la cabeza. El

señor alcalde se colocó apresuradamente el gabán, el sombrero y los guantes y, al momento, todos le imitaron. En la puerta, Martinito, el del coche-manga, le palmeó los hombros al viejo Eloy y le guiñó un ojo: «Que la duerma usted bien, don Eloy, —dijo. Y todos rieron. Y entonces, se aproximó Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios, y dijo—: Que descanse; bien a gusto se habrá quedado usted». Y el viejo asentía sonriente y se dejaba estrujar pasivamente sus azuladas manos temblonas, y así desfilaron todos y, finalmente, Carrasco le abrazó con burdos aspavientos y le dijo: «Resumiendo, viejo, que tú te quedas sin plaza como yo me quedé sin padre». Y rompió en una carcajada, pero ya el grupo se disgregaba y volvió a descender sobre el viejo el frío, un frío extraño que le nacía dentro del cuerpo y se ramificaba luego por las venas y los músculos y los nervios para escapar a la noche a través de la piel. Se cerró la bufanda y carraspeó y el foco de la calle arrancó de la puntita de su nariz unos vivos destellos. Una fina neblina, aún sin cuajar, ascendía del cauce del río y el fondo de la calleja era como un tabique brumoso. Oyó las pisadas de sus compañeros perderse en la distancia y cuando Mauro Gil le oprimió el brazo por detrás volvió la cabeza sobresaltado:

—¡Ah, es usted! —dijo sonriente.

—El acto ha resultado simpático. Le felicito por su discurso, don Eloy —dijo Mauro Gil.

—Vaya —dijo el viejo, y añadió tras una tímida sonrisa—: ¿Cree usted… cree usted, de verdad, que estuvo bien?

La humedad ablandaba el ruido de sus pasos sobre el asfalto.

—Estuvo bien, ya lo creo —agregó Mauro Gil—. En casos así, lo oportuno es dejar hablar al corazón. Usted dejó hablar al corazón, don Eloy, y todo resultó bien. Es decir, todo resultó bien menos la metedura de pata de Martinito. Nunca debieron dejar venir a esa gente.

El viejo Eloy alzó el cuello del gabán para ocultar su satisfacción. Se sentía íntimamente halagado, como un niño que acabara de ser objeto de una mención honorífica. Dijo, de pronto, deteniéndose, tocando levemente en un brazo a Mauro Gil:

—Es posible que bebiera demasiado, pero yo traté de hablar con el corazón. Otra cosa no, pero yo creo que lo que dije es cierto porque hablé con el corazón, eso es.

Observaba a Gil con concentrada insistencia y Gil reinició la marcha tratando de arrastrar al viejo en pos de sí, pero el viejo Eloy, apenas avanzó unos pasos, tornó a detenerse y a mirar a Gil y dijo de súbito:

—¿Sabe usted lo que decía mi amigo Vázquez allá por el año treinta, y mire que ya ha llovido?

—¿Qué? —dijo Gil.

El viejo carraspeó:

—Vázquez decía que el retiro es la antesala del otro mundo, ¿qué le parece?

Mauro Gil se impacientaba. De nuevo trató de reanudar la marcha, mas la leve presión de la mano del viejo en su antebrazo le obligó a detenerse. Contempló sus ojos gastados:

—¡Bobadas! —dijo. Mas como el rostro del viejo vacilase, añadió con calor—: ¡Tonterías!

El viejo Eloy pareció animarse:

—Eso pienso yo. El mismo Vázquez se fue sin guardar antesala. Y ya ve usted, mi hijo Goyito, el segundo, a los veintidós.

Eran como dos sombras espectrales entre la bruma, erguidos en la plaza solitaria. El viejo constató que algo insidioso le reptaba por la garganta y, al fin, confesó:

—Puede que Vázquez exagerase —dijo—, pero de todas maneras a mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar, eso es.

Había en sus pupilas estremecidas un transfondo de complacencia. Añadió con un hilo de voz:

—Quedan cinco hojas.

Se dejó arrastrar por Gil, que le había tomado de un brazo. El viejo Eloy se movía a trompicones, ofreciendo una resistencia instintiva, mas cuando iba a insistir en su punto de vista, Gil le cubrió con sus palabras:

—Bobadas. Hoy un hombre a los setenta no es un viejo, métaselo en la cabeza, don Eloy. La ley dijo setenta como pudo decir noventa. El retiro es un premio. Hoy un hombre a los setenta no es un viejo. Usted ahora podrá dedicar su tiempo a lo que le plazca; a sacar fotografías, por ejemplo.

Mientras brincaba sobre el pavimento, el viejo Eloy observaba de reojo a su compañero cuya piel cetrina, debido, sin duda, a la tirantez muscular de la vigilia y a la luz mortecina de los focos, asumía una apariencia cadavérica. La presión de la mano de Gil era cada vez más firme en su antebrazo. Ante el portal de su casa cedió y el viejo Eloy aprovechó el momento para restregarse blandamente la nariz con el pañuelo. La idea de encerrarse a solas en su habitación le producía pavor. Dijo para ganar tiempo, tercamente:

—Quedan cinco hojas, Gil, convénzase.

Las llaves tintineaban en sus manos temblonas. Entonces Gil, para reanimarle, le tomó por los hombros y dijo:

—Ganas de hablar. Después de dormir pensará usted de otra manera. Es la cena y el vino y la medalla y todo. Que usted descanse, don Eloy.

Mas no había llegado a la esquina cuando sintió pasos tras de sí. El viejo Eloy trotaba torpemente por la calle en penumbra y al llegar a su altura jadeaba penosamente y le sonreía como pidiendo indulgencia. Guardó las llaves en el bolsillo y dijo anhelante:

—Si no le importa, Gil, ahora le acompañaré yo a usted. He cenado demasiado. Me vendrá bien dar un paseo, creo yo.

II

En la casa, del siglo pasado, se abría verticalmente un patio de luces de aspecto siniestro al que las voces y risas espontáneas de las chicas de servicio imprimían una alegre vivacidad. Para la Desi, la muchacha, aquel patio constituía una importante razón de existir. Diariamente pasaba varias horas acodada en el hierro del balcón, charlando con sus compañeras. Esto solía acontecer por las tardes, cuando el viejo salía de paseo con su amigo, el señorito Isaías. Y, a veces, la Marce, su amiga, la del tercero, le voceaba: «Vamos, maja, que a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree».

La Marce, su amiga, la del tercero, acostumbraba a meter la nariz donde no le importaba. La Marce, por ejemplo, afirmaba que el viejo estaba lleno de rarezas, pero lo decía con retintín y arrugando el morro como si en lugar de rarezas el viejo estuviera lleno de miseria. Pero la Desi sabía que todo el mundo tiene sus cosas, y la misma Marce, después de dar media docena de vueltas por el andén principal del parque las tardes de los domingos, había de sentarse en el bordillo de la acera, así fuese diciembre, porque tenía los pies planos y los zapatos la lastimaban.

Después de todo, el viejo no estaba más lleno de rarezas que cualquier otro mortal y, por si fuera poco, las rarezas del viejo no trascendían y a la Desi no la quitaban el sueño. Así, el que el viejo fuese friolero y superpusiera a la colcha los pantalones, el chaleco y la americana; o que durmiera con la faja y los calcetines puestos; o que permaneciese arrodillado durante media hora después de las comidas para facilitar la digestión; o que pasara los domingos soleados en el balcón tirando fotografías sin película, o que, en suma, en primavera y verano, madrugase con el alba para hacer de vientre en la espesura del parque, eran cosas que no ofendían a nadie y que a nadie perturbaban. Peor sería que al viejo le diera por pasear descalzo una hora al día por las baldosas humedecidas del cuarto de baño para descongestionar la cabeza, como hacía el señorito de la Tasia, o, simplemente, por salir al café después de cenar como hacía el señorito de la Marce. Claro que el señorito de la Marce no era viudo y ella no se quedaba sola en la casa aunque él marchase por las noches al café. La Desi no hubiera pasado por esto, porque, aunque no era cobarde, desde niña temió la soledad de la noche. De ahí que la víspera encareciera a la Marce que bajase a hacerle compañía porque al señorito le

iban a dar el cese y regresaría tarde. La Marce, como de costumbre, no se hizo de rogar, pero como el viejo se retrasara, al fin la dejó sola con el siniestro crujido de los muebles y el acelerado tictac del reloj de la sala.

La Desi no recordaba unas horas como éstas. Entre que era corta de respiración, como decía la Caya, su madrastra, y que se cubrió con las ropas hasta el pelo, anduvo varias veces a pique de ahogarse. Sin quererlo, la Desi pensaba en la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una tarde de nieve a la entrada del monte, y en el Moisés, el mozo pelirrojo, que se achicharró la cara en el horno de achicoria y durante las noches de ánimas, cuando repicaban las campanas, recorría las calles del pueblo envuelto en una sábana asustando a la gente. Hubo un momento en que la Desi no distinguía el acelerado tictac de su corazón del acelerado tictac del reloj de la sala y entonces pensó gritar pero no lo hizo y, en lugar de eso, se acurrucó en el lecho y empezó a rezar. Llegó a decir doscientas treinta y seis veces «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo», pero cada vez que concluía, volvía a aparecérsele la Adriana, la resinera. Esto se repitió hasta que oyó el llavín del viejo en la cerradura y se quedó plácidamente dormida.

No es que ahora ella le reprochara a la Marce el dejarla sola. La Marce trabajaba como una burra y entre esto y los pies planos terminaba la jornada como unos zorros. Después de todo, la Marce se portó siempre con ella como una hermana, y cuando Eutiquio, el guarda jurado, encontró muerto a su padre en el almorrón y ella le puso cuatro letras, desde el pueblo, la Marce contestó a vuelta de correo e incluso, dos semanas más tarde, en cuanto le mandó razón, salió a buscarla al coche de línea. La Marce era prima de Fifín, o sea su primo hermano, el del molino, y fue la propia Marce quien le buscó acomodo en casa del viejo. Bien mirado, la Marce, modales aparte, siempre se portó con ella como de la familia. Ella le leía las cartas de su hermana, la Silvina, la del Eutropio, y escribía asimismo las respuestas que le dictaba la Desi y cuya gestación se demoraba, en ocasiones, más de una semana. La Marce siempre estaba dispuesta a hacer un favor, ésa es la verdad. Inclusive cuando la Desi llegó del pueblo dos años atrás con un hatillo en la mano, la Marce, que salió al coche a esperarla, le prestó sesenta pesetas para que adquiriese a toda prisa una maleta y no se presentase donde el viejo como una cualquiera.

De otro lado, la Marce sabía de Manuel tanto como ella. Por el patio de luces seguían diciendo Manuel, en cristiano, aunque en el pueblo nadie lo conociera ya por tal nombre. El Picaza dejó de llamarse Manuel cuando, a los seis años, amaestró una urraca que había atrapado en la ribera del río. La Silvina, su hermana, la del Eutropio, le decía en su última que el Picaza

vendría a la mili para febrero a todo tardar, y cuando la Desi lo comentó con la Marce por el patio, terció la pingo de la Tasia, la del principal, diciendo que se sentase a esperarle, que de pie se iba a cansar. Entonces la Desi perdió los estribos, se asió crispadamente a los barrotes y voceó con voz inflamada: «¡Calla la boca tú, estropeabarrigas!».

Otras veces, la Tasia le decía por el patio que lo que ella pretendía era heredar al viejo. En realidad, la Tasia era un pingo y la Desi había vaticinado que de casarse subiría al altar con berretes. La Tasia disfrutaba de una fama turbia en la vecindad. Las más piadosas aseguraban que había abortado dos veces, pero la Marce, que no se llevaba mal con ella, afirmaba que la Tasia reglaba con coágulos y ésa era una desgracia lo mismo que el nacer coja. La Tasia no decía que sí ni que no; se dejaba querer. Todo lo más se reía o decía: «Porque puedo; anda ésta».

No; la Desi conocía muchas chicas y ninguna, a pesar de su talante, como la Marce. Sin duda, la Marce tenía sus flaquezas como el viejo y como la Caya, su madrastra, y como todo hijo de vecino, pero la Desi la disculpaba. Únicamente le mortificaba que la Marce, si la contradecía, le dijese con desprecio que era más bruta que la pila de un pozo. Eso le dolía en lo vivo, como le dolió, la noche antes, que la Marce le dijese de la colcha nueva que la clase no le parecía una cosa del otro jueves, ya que la Marce decía esto despechada, porque su salario era mayor que el de la Desi y nunca le alcanzaba para cosas de algún provecho.

A menudo, la Marce le decía:

—Tú ganarás dos reales, maja, pero bien los luces.

La Desi, en efecto, juntaba cosas para el día de mañana. En menos de dos años había reunido, además de la colcha, dos mudas, dos toallas, tres sábanas y la maleta. Y cuando la noche última extendió la colcha sobre la cama y la Marce la palpó y le dijo que la clase no le parecía cosa del otro jueves, estuvo a punto de saltar. Pero la Marce detentaba una autoridad sobre ella por el hecho de saber leer y escribir, de controlar su correspondencia y de llevar diez años en la ciudad. Por todo ello la Desi se comió el despecho, aunque, sin poderlo remediar, se quedó extasiada ante el suave tono azul de la colcha y confesó tímidamente:

—Es para la noche aquella.

—¿Con el Picaza?

Irguió la cabeza desafiante:

—¿Con qué otro había de ser?

—¿Y la Matilde, maja?

—Ésa para el gato. De que el Picaza venga a la mili ni se vuelve a acordar de ella, ya ves.

La Marce se recostó en el catre sujetando su blanca y carnosa rodilla con los dedos entrelazados. Entornó sus ojos acuosos, que eran como dos fragmentos de sifón mal encajados, y dijo:

—Para la noche aquella yo me mercaré un camisón trasparente como el de mi señorita.

La Desi se santiguó:

—¡Serás capaz!

—Anda, maja, ¿de dónde sales?

—Eso es muy indecente.

La Marce soltó una risotada:

—¡Mira ésta! En la noche aquella ya no hay decente ni indecente.

Más tarde conversaron sobre Argimiro, el cabo primero que estaba tras de la Marce; de la Tasia, del Picaza y de *El derecho de nacer*. Y si la Marce se subió antes de que el viejo regresara fue, sencillamente, porque, entre unas cosas y otras, la mujer ya no podía con los zancajos. Los domingos, en el paseo, le ocurría lo mismo; si no se sentaba, reventaba. Pero todo esto, y aun sus desplantes, lo sobrellevaba mejor la Desi que si la Marce la tomaba con el viejo y empezaba con que si estaba lleno de rarezas y con que si era un tío roñoso y que si tal y que si cual.

Bien mirado, la Desi no ignoraba que en otras casas daban más, pero ella tenía conciencia de su libertad y la valoraba. Además, el viejo podía pecar de cualquier cosa menos de roñoso. Ocurría, simplemente, que donde no hay no se puede sacar. Así se lo repetía a la Marce por el patio de luces, pero habían de cambiar de conversación porque la Tasia metía la cuchara y voceaba: «Tú lo que quieres es heredar al viejo, pero me parece a mí que estás fresca».

La Desi, la muchacha, podía decir muy alto que no había en la ciudad señorito menos pamplinero que el suyo. A la comida no le ponía reparo y de la limpieza ni se preocupaba. A la mañana no se desayunaba porque decía que el estómago es la víscera que más tarda en despertar y era malo sorprenderla. Por eso la Desi la gozaba si la Marce le decía: «Estoy negra, maja; hoy me han armado una fregadera del demonio». A ella jamás le armaban una fregadera del demonio y además, mientras trajinaba, podía cantar a voz en cuello sin fastidiar a nadie. Ella cobraría cuarenta duros, pero disfrutaba de unos privilegios de que otras carecían. Por lo demás, la Desi no era tragona y había noches en que, por no tomarse el trabajo de cascar un huevo, se metía en la cama sin cenar.

Últimamente, sin embargo, el viejo había cambiado; no cantaba mientras se afeitaba, ni tiraba fotografías sin película desde el balcón. Además, por si le sobrasen carnes, llevaba una semana sin tomar la leche antes de acostarse. Él le decía: «Los viejos vivimos del aire, hija, no te preocupes». Pero ella le regañaba:

—¿Es que está enfermo?

—No, Desi.

—Si lo está, dígalo.

—No, Desi.

—No empecemos con el no y luego vaya a resultar que sí.

—Que no, Desi.

—Será capaz. ¿Por qué no acaba la leche, entonces?

—No tengo gana, hija, eso es.

—Ande usted enredando, verá qué pantorrillas va a echar.

A la Marce no le contaba nada de esto. La Marce nunca comprendería que ella le tuviera ley al viejo. La Marce no entendería nunca que el afecto entre una mujer y un hombre nace la tercera vez que aquélla le lava a éste los calzoncillos.

La Desi intuía que el afecto dispone de múltiples variantes para manifestarse. Entre el que ella guardaba hacia el Picaza, el que le unía a su hermana la Silvina, la del Eutropio, y el impulso difusamente protector que la inclinaba hacia el viejo había mucha distancia. Y, sin embargo, todos ellos eran afectos.

III

Mientras el viejo Eloy escribía a Leoncito, el chico, en la mesa de la sala, la Desi, la muchacha, con el escobón y la bayeta de la mano, contemplaba extasiada por encima de su hombro cómo la pluma garrapateaba sobre el papel. La tinta fluía sumisamente sobre el pliego y ella, la muchacha, fruncía los párpados, como si el sol la deslumbrase, en un esfuerzo por descifrar aquellos caracteres. Desde niña, las letras la fascinaron. La maravillaba la extraña capacidad del hombre para atrapar las palabras y fijarlas indefinidamente en un papel, con la misma facilidad que don Fidel, el maestro, allá en el pueblo, arrancaba una flor y la prensaba entre las páginas de un libro.

A poco de llegar, la chica le dijo al viejo: «Daría dos dedos de la mano por aprender a leer, ya ve. —Entonces el señorito rompió a reír y dijo—: Hija, eso no cuesta dinero». Y se puso a la tarea. Pero la muchacha era roma y de lento discurso y necesitó un año y cinco meses y siete días para dominar el abecedario sin una vacilación. Y una tarde, de pronto, el endiablado mundo de las letras, que ella consideraba definitivamente sometido, se amplió hasta lo inverosímil. Le preguntó recelosa:

—¿Es cierto que esto también es una eme, señorito?

—Claro, Desi —respondió pacientemente el viejo—. La eme mayúscula.

—¿Cómo dijo? —inquirió la chica.

—Ma-yús-cula, hija —repitió el viejo. La muchacha se enojó como si le hubieran jugado una mala pasada:

—¿Y eso qué es, si puede saberse?

Y el señorito le explicó que las mayúsculas eran algo así como los trajes de fiesta de las letras, pero la Desi, la muchacha, porfió que para qué demontre requerían las letras traje de fiesta y él respondió que para escribir palabras importantes como, por ejemplo, «Desi» y, ante esto, la chica se palmeó el muslo sonoramente, como cada vez que reía recio, y dijo:

—No empiece usted con sus pitorreos.

Pero estaba decidida a leer o morir en el empeño y, en los últimos dos meses, el señorito consiguió que deletrease los gruesos y entintados titulares del diario.

Cada tarde le decía: «¿Qué dice aquí, hija?». Ella adelantaba su cerril rostro enrojecido, se mordía la punta de la lengua y, firmemente, sus

agrietados labios balbucían: «Fran-co-visi-ta-un-sal-to-de-a-gua-en-Lé-ri-da». Le miraba arrogante y jactanciosa, como si acabara de ejecutar una acción heroica, pero el viejo no le daba tregua para evitar que se enfriase: «¿Y aquí, hija? ¿Qué dice aquí?. —La chica bajaba la vista. Enrojecía. Se arrancaba, al cabo, tras una breve vacilación—: Los-ni-e-tos-del-Ca-u-di-llo-pa-sa-dos-por-el-man-to-de-laVir-gen-del-Pi-lar». Al concluir, alzaba de golpe la negra cabeza y soltaba una risotada: «¡Ay, madre, si la Silvina me viera!», decía.

Durante los últimos días, el viejo Eloy, al comprobar los progresos de la muchacha, la inició en los palotes. La chica engarfiaba los bastos dedos sobre el palillero y escribía con pulso débil y tembloteante. Aconsejaba el viejo: «Tira el palo de un trazo, hija. —Ella sacudía la cabeza con encono—: ¿Se puede saber con qué se come eso?». «¿Cuál, hija?, —inquiría él. Ella se enardecía—: ¡Concho, cuál!… Lo que acaba de decir». El viejo le explicaba pacientemente y la muchacha se reclinaba de nuevo sobre el papel, mordiéndose la lengua, comprometiendo en su quehacer los cinco sentidos.

Dos semanas atrás le brotó a la Desi una friera en la articulación del dedo índice y apenas podía valerse. Fue entonces cuando el viejo descubrió que estaba mal visto que una chica de servicio usase guantes, que los guantes, como la cartera y los zapatos de tacón, se reservaban para las señoritas y las fulanas. A pesar de todo insistió: «No puedes valerte con esos dedos, hija. —Pero la Desi cerró la discusión sin contemplaciones—: Aviada iba una si el jornal fuese para eso», dijo.

Ahora, la Desi observaba embobada por encima de su hombro la docta caligrafía del viejo. Dijo, de súbito, cruzando levemente los ojos:

—Daría dos dedos de la mano por escribir como usted, ya ve.

—¿Ah, eres tú, hija? —extendió la mano sobre los papeles y le alargó el recorte.

La chica analizó detenidamente el grabado. Había pocas cosas que tuvieran para ella tanto sentido como una fotografía:

—¡Vaya! —dijo al fin—. Bien majo le han sacado a usted, ¿no es cierto?

—Es para el chico —dijo él a modo de aclaración. Y añadió—: Ese que está a mi lado es el señor alcalde.

—¿Este fuerte que chupa del puro?

—Ése.

Soltó una risotada la Desi y se palmeó el muslo:

—No dirá que está de mal año.

Luego, el viejo le leyó la letra menuda y le enseñó la medalla. Notaba en esta comunicación un raro alivio. Había pasado la noche desazonado, no sabía

a punto fijo si soñando o pensando, pero en torno suyo se movían las borrosas figuras de Pepe Vázquez, Goyito, su hijo menor, y Lucita, su mujer. Después se le representaron los papeles. Fue un cruel ensañamiento el suyo. Los impresos que rellenara durante más de cincuenta años brotaban relevantes de la oscuridad, lo mismo que las siluetas de Galán y García Hernández que circularon en 1934 por la oficina y que se reproducían en el cielo o en la pared después de contar hasta veinte sin cesar de mirarles la punta de la nariz. Y los impresos decían: «SERVICIO DE LIMPIEZA. Mañana… salió del Parque… Llegó al primer puesto… Salió del último… Portes de basura al vertedero… etc.»; o bien: «PARTE DE TRABAJO correspondiente al día… Barrido… Riego… etc.»; o bien: «INFORME... El que suscribe, capataz de la zona… Debe informar a usted… etc., etc.».

Al despertar le tiraban las sienes y le dolía la cabeza. Comprobó si se le había aflojado la faja, pues solía soñar cuando se le enfriaba el estómago, pero la faja, en contra de lo que esperaba, estaba en su sitio. Hacía más de un año que dormía con ella y los calcetines puestos. La costumbre empezó al presentársele el dilema de qué prenda debía quitarse primero para no enfriarse: si se desprendía de los calcetines se resfriaba los pies; si de la faja, se resfriaba el vientre. Entonces decidió dormir con la faja y los calcetines puestos, e Isaías, su amigo, le dio la razón y le dijo que uno se enfría, no cuando hace frío sino cuando teme que va a enfriarse, porque el enfriamiento no era problema de temperatura sino, como todas las cosas, problema de sugestión.

El viejo Eloy, al verse perdido en la sala en la primera mañana de jubilado, pensó en Isaías. También pensó que el frío nacía en sus huesos, y aunque trató de mitigarlo colocando los pies en la débil franja dorada que se filtraba entre los visillos y, más tarde, al marchar el sol, enfundándolos en una vieja bufanda, todo resultó inútil. Por si fuera poco tampoco su cabeza lograba reaccionar. De joven soñó con la jubilación y ahora, de jubilado, soñaba con la juventud. El tiempo le sobraba de todas partes como unas ropas demasiado holgadas e imaginó que tal vez sus paseos vespertinos con Isaías terminarían por ceñir las horas a su medida.

Pero los primeros paseos con Isaías después del homenaje tampoco resolvieron nada. De un tiempo a esta parte Isaías se volvía egoísta y tan sólo pensaba en rebasar los ciento y en su vientre perezoso y en las muchachitas que cruzaban su campo visual. El viejo Eloy le confió la primera tarde: «¿Sabes, Isa? Me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar», pero Isaías no le hizo caso y le mostró, apuntándola impertinentemente con el

bastón, una muchacha que taconeaba a su lado. Dijo: «Atiende, atiende ¡vaya ejemplar! No había de éstos en nuestra época. —Al viejo Eloy se le iluminaron tenuemente los ojos y dijo dolido—: La Paquita Ordóñez no era nadie, claro». «¡Ah!, bueno», dijo Isaías y, sin cesar de mirar a la muchacha, dibujó a la Paquita Ordóñez en el aire con la contera de su bastón. El viejo Eloy volvió a la carga y le apuntó que Pepín Vázquez bebía los vientos por la Paquita Ordóñez y que recordara que Pepín Vázquez decía en 1930 que la jubilación era la antesala de la muerte, pero Isaías sonrió ostentosamente, mostrando sus tres dientes de oro, y dijo que Pepín Vázquez fue toda su vida un neurótico y que recordara él, a su vez, que, en sus depresiones, Vázquez migaba coco en el estanque del parque para envenenar a los peces de colores.

El viejo Eloy regresó insatisfecho, transido de un frío extraño. En las tardes siguientes no encontró en Isaías mayor apoyo. Isaías sonreía siempre porque no se consideraba viejo y decía fustigando el aire con su bastoncito: «Andando poquito a poco». Pero jamás descendía donde el viejo Eloy quería que descendiese. Por las mañanas el viejo Eloy tampoco conseguía equilibrarse. Tras la carta a Leoncito comprendió que nada le quedaba por hacer en la vida. Pasó tres días ordenando anacrónicas fotografías y pegándolas en un viejo álbum. Era una tarea lenta porque en torno a cada retrato el viejo Eloy recomponía prolijos recuerdos. De vez en cuando se interrumpía y se pasaba el pañuelo por la punta de la nariz. Hacía frío o lo criaba él, lo cierto es que el poco sol de la ventana o la bufanda arrebujada a sus pies no le servían de nada. De vez en cuando se llegaba a la cocina para dar una orden a la Desi y, en esos casos, la vaharada cálida de la pieza lo reconfortaba. También lo reconfortaba la voz llena de la muchacha, su avidez por aprender cosas elementales.

Al viejo Eloy no se le ocultaba que la Desi era una buena chica, aunque, como cada hijo de vecino, también tuviera sus rarezas. La Desi, por ejemplo, ofrecía al buen tuntún dos dedos de la mano derecha por aprender a escribir, siendo así que con tres dedos le sería mucho más difícil conseguir lo que no pudo lograr con cinco. Esto era una simpleza, como lo era, asimismo, imaginar que los guantes no eran prenda apropiada para una chica de servicio; que los guantes, como los zapatos de tacón y la cartera, sólo estaban bien vistos en las señoritas y las fulanas. Ésta era otra rareza, como lo era igualmente su manía de llenarse la cabeza de pinzas los miércoles y los sábados o la de tratarse el oído lastimado a sopapo limpio. Pero el viejo Eloy la disculpaba. No ignoraba que había otras chicas que rinden más pero no

faltaban las que rinden menos y, por añadidura, carecían de la brusquedad protectora y de la buena conformidad de la Desi.

Dos años atrás, el viejo Eloy pasó tres malos meses. El servicio doméstico andaba en baja y su casa no era golosa porque no ofrecía porvenir. Al fin, una mañana se presentó la Desi con el rostro congestionado, los cabellos adheridos a la frente, formando cuerpo con sus cejas, vacilando al compás de la maleta y le preguntó si era allí donde necesitaban chica y que la Marce daba la cara por ella. «¿La Marce?, —preguntó el viejo—. La del tercero —dijo la chica—. Lleva tres años en la casa y es de fiar». El viejo la invitó a pasar y la Desi se agachó para tomar la maleta, pero recordó de repente las instrucciones de la Marce y se incorporó y le preguntó a bocajarro por el jornal y las salidas. El viejo Eloy se desconcertó y, aunque pensaba dar treinta duros, le dijo: «¿Qué le parecen, hija, treinta y cinco duros y mantenida? Tocante a salidas aquí se acostumbra los jueves y los domingos pero, si usted necesita otro día, por eso no vamos a regañar». La muchacha esbozó una sonrisa cerril y frunció luego la frente y, finalmente, volvió a sonreír y dijo que bastaba porque, aunque le estuviera mal el decirlo, ella no suspiraba por la calle ni era bailona. Así llegaron a un acuerdo el viejo y la muchacha. Después la chica se mostró dócil y servicial y en premio a su disposición y a su buena voluntad el señorito le subió cinco duros para mayo haría un año.

La revisión de las viejas fotografías no satisfizo al viejo como había imaginado. La sala, por otra parte, era demasiado amplia y destartalada y el frío le mordía los pies. Había momentos en que el viejo Eloy se sentía como entumecido por dentro y por fuera, incapaz de pensar o de tomar una decisión. En esos casos veía abrirse ante sus ojos un abismo y había de sujetarse el estómago con ambos brazos para dominar el vértigo. Empezó a desconfiar de sí y una mañana, siete días después de su despedida, con la disculpa de mostrarle a la Desi una fotografía de Goyito vestido de marinero, se presentó en la cocina y la chica preguntó si era el difunto, y él asintió, y ella agregó que la Virgen lo tuviera en gloria y que se le daba un aire, y él respondió que era la primera vez que oía eso y que Goyito era un trasto de cuidado y que no había diablura que no se le ocurriera a él. Al llegar a este punto arrimó al fuego el taburete, se sentó en él y tomó posesión de la cocina.

Al principio, la chica lo extrañaba. Decía desabridamente: «Venga, ahueque. —O, si acaso—: Usted siempre en medio como el miércoles». O, si acaso: «¿Se puede saber qué se le ha perdido a usted aquí?». Pero el señorito se hacía el roncero y la muchacha terminó por habituarse, de forma que a los

tres días no hubiera acertado a desenvolverse sin el viejo allí a su lado controlando cada uno de sus movimientos.

Por la mañana, al presentarse en la cocina, preguntaba el viejo invariablemente:

—¿Llamó el cartero, hija?

—Ya va para rato.

—¿Y nada?

—Nada.

Se sentaba junto al fogón y observaba en silencio los desplazamientos de la muchacha. Un día la Desi le oyó murmurar entre dientes: «Estará muy ocupado; es mala época ésta».

Dijo entonces la Desi:

—¿De quién está hablando si no es mala pregunta?

—Del chico.

—Siempre anda ocupado su hijo.

—A ver, Desi. Es notario en Madrid.

Le enfocó la chica sus romas pupilas anhelantes:

—¿Y eso qué es?

Él trató de ilustrarla pero la chica desistió de comprenderle. Dijo:

—En Madrid anda la Alfonsina, mi hermana. También es casualidad.

Charlaban amigablemente pero el señorito rara vez ponía interés. A la Desi le dolía, de un tiempo a esta parte, su pasividad. El viejo había de meterse dentro del fuego para reaccionar. Le decía la chica: «¡Otra!, es usted más friolero que un gato agostizo». Él asentía sin palabras. Una mañana, tratando de complacerle, la Desi abrió el tiro pero él saltó como si le hubieran pinchado:

—Cierra, hija, el carbón se va sin sentirlo.

—¡Será capaz! —dijo la Desi—. ¿Es que le quitan el jornal al dejarle cesante?

—En un buen porcentaje, sí.

La chica levantó los hombros malhumorada:

—¿Y eso con qué se come?

—Si antes me daban como ciento ahora me darán como setenta y cinco, eso es.

—¿De duros?

—O de pesetas.

—¿Tanto da duros como pesetas, señorito?

—Entiéndeme, Desi, para explicar lo que es un porcentaje, sí.

—¿Un porcen…? ¿Cómo dijo? ¡También tiene usted cada cacho salida! —dijo ella riendo y golpeándose el muslo con ardor.

El viejo, sentado en el taburete, envuelto en su ajado batín gris, terminaba por enojarse:

—No quieras aprender todo de una vez, hija.

Desde el cese, el señorito estaba como ensimismado. La chica constataba su ensimismamiento en que el viejo no sentía formársele la moquita en la punta de la nariz y ella había de advertirle con frecuencia: «Señorito, el pañuelo». Él, entonces, musitaba un «gracias» inaudible y se limpiaba mecánicamente, un poco azorado. Había veces en que la Desi había de repetírselo tres veces para que él se diese cuenta. Mas, a pesar de su ensimismamiento, la Desi, a estas alturas, no temía ya que el señorito se chalase como el Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado. Lo había temido diez días atrás, cuando el viejo balbució una noche, con mirada absorta, algo de una hoja roja y un librillo de papel de fumar. La Desi se agitó toda y le voceó:

—¡Señorito! ¿Está usted bien?

Él pareció volver en sí:

—Bien, Desi. ¿Por qué voceas así? No soy sordo.

La chica respiró fuerte. Por un momento temió que le aconteciera como al Apolinar. Uno y otro tenían el mismo mirar un si es no es abstraído y amenazante. Así empezó el Apolinar y una noche, al llegar a casa, le dijo a su madre: «Madre, la yegua baya a poco me muerde. —A la señora Visi, al verle el mirar, le entró la temblequera—: ¿Qué yegua, hijo?», dijo. «Cuál ha de ser, madre, la baya; la que está en la cuadra», respondió él. Pero la señora Visi no tenía ninguna yegua ni ninguna cuadra sino solamente un pollino escuálido y seis pares de conejos. Sin embargo, le llevó la corriente: «Algo la habrás hecho, hijo, el animal es muy dócil. —Él prosiguió—: Darle el pienso como cada noche, madre, se lo juro. ¿Qué otra cosa iba a hacerle?». La señora Visi se llegó a la puerta y llamó. Al día siguiente recluyeron al Apolinar. En el pueblo aseguraban que se había trastornado porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción.

Pero lo del señorito había pasado sin más. En los últimos siete días no la volvió a mirar de aquella alterada manera, ni a decir entre dientes cosas sin sentido. De otro lado, la Desi ignoraba que el viejo lo único que ambicionaba era calor. Desde niño el viejo Eloy buscaba instintivamente el calor y desde niño, empujado por un sino tortuoso, se había visto obligado a cambiar de calor como de camisa.

IV

De todos modos, nada hubiera cambiado en la historia de la Desi sin la terrible riada del 52. Pero debía de estar escrito.

El viejo Eloy le decía cada mañana:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—¿Otra vez? —decía la chica—. ¡Cómo habrá que decirle las cosas!

—Perdona, hija; lo había olvidado.

El viejo se acercaba al fogón y extendía sus azuladas manos sobre la chapa:

—Hace bueno aquí.

La chica tomaba el gancho de la lumbre y escarbaba las brasas de la rejilla. Al viejo le brillaban intermitentemente los agujeritos de la nariz. El fuego se enfurecía. Advertía él:

—Ojo, Desi; cierra el tiro. El carbón se va sin sentirlo.

La muchacha se plantaba ante él; sus manos hinchadas y cortas descansaban sobre el vientre como sapos.

—Será capaz.

Decía el viejo:

—No bromeo, hija.

También la Caya, su madrastra, cuando Eutiquio, el guarda jurado, descubrió el cadáver de su padre en el almorrón, les decía: «Ahora, ya lo sabéis, a poner el hombro y a ayunar». Y también su hermana, la Alfonsina, aguardaba con impaciencia carta de la Valen cuando decidió ponerse a servir en Madrid. Y preguntaba cada día: «¿No tuve carta?. —Y respondía la Caya—: ¿Quién va a escribirte a ti, hocicos de rata?». Mas, al fin, la Alfonsina recibió carta de la Valen desde Madrid y le decía: «Aquí cobra una doble jornal y tiene donde gastarlo». Entonces la Alfonsina decidió marchar a Madrid, pero la Desi, que era la más sensitiva de las hermanas, se quedó en la ciudad porque la oprimían los viajes y porque le faltaba coraje para separarse tantas leguas del Picaza.

Todo esto aconteció después de la riada del 52 y, bien mirado, sin la terrible riada del 52 nada hubiera cambiado en la historia de la Desi. Pero debía de estar escrito. Y ahora, cuando el viejo entraba en la cocina cada mañana, envuelto en su ajado batín gris, e inquiría: «¿Llamó el cartero, Desi?», la chica se esforzaba en pensar en la Caya, su madrastra, y en su

oscura autoridad para percatarse de que había cosas peores en la vida que la tozudez del viejo y armarse de paciencia y no darle una mala contestación. A la Desi, la muchacha, sólo de imaginarse bajo la arbitraria potestad de la Caya, su madrastra, se le abrían las carnes.

Por contra, le placía recordar sus paseos vespertinos con el Picaza, cuando, sentados en la cuneta, o recostados en la paja de la era, entre dos luces, éste la cantaba a media voz *El relicario* y *Por qué tengo penas*. A la Desi le decía don Fidel, el maestro, que el Picaza tenía una hermosa voz pero en cambio le faltaba oído. Ella se reía recio y se palmeaba el muslo cada vez que lo comentaba con la Alfonsina y le decía: «Ya ves tú qué tendrá que ver una cosa con la otra. El tío Fideo anda de la chaveta». Y don Jerónimo, el párroco, consciente asimismo de la hermosa voz del Picaza, cerró un trato con él para que le ilustrase las primeras comuniones, las bodas, los funerales y los entierros. El funeral de primera era el Picaza. Y el entierro de lujo y la boda de postín eran, asimismo, el Picaza. El muchacho, de este modo, disponía de unos ingresos extra para llevar a la novia al cine o a bailar. Mas la Caya le dijo un día a la Desi: «En la plaza lo que quieras, pero si te veo bailar otra vez donde el cocherón te muelo los huesos».

Don Jerónimo, el párroco, era de la misma opinión y en misa y en los novenarios se hartaba de vocear desde el púlpito, moviendo los brazos como si fueran aspas, que el mejor destino del cocherón sería quemarlo. Al hablar de estos asuntos, que él decía «de la lujuria», se exaltaba mucho y le nacía una espuma blanca en las comisuras de la boca y en los aledaños del púlpito caía una lluvia menuda e incesante. Pero don Ulpiano, el dueño, no estaba por la labor. De esta manera le sacaba una renta al cocherón mucho más sustanciosa que cuando Marciano, el de la fábrica, y Tomás, el del estanco, cobijaban sus camiones allí. Y le decía al párroco: «Hay que desengañarse, señor cura; hoy lo que renta es la alegría». Y don Jerónimo, el párroco, le reconvenía reservadamente y le instaba a pensar en el alma, pero don Ulpiano reía y enseñaba, al reírse, hasta el estómago y le decía: «El alma no come, padre», y don Jerónimo se descomponía entonces, levantaba una tremenda mano de pelotari como si fuera a golpearle y, finalmente, la dejaba caer, sin usarla, sobre la polvorienta sotana.

Luego la Culohueco, el ama, iba diciendo por todas partes que el señor cura, por las noches, lloraba sangre, y una vez hasta enseñó a las comadres la funda de la almohada en el lavadero y en realidad estaba manchada de rojo, pero el Picaza, que con los menesteres del canto andaba siempre a la vera del

párroco, aclaró que, sin quitarle mérito al señor cura, él le había visto sangrar por la nariz cada vez que se mangaba un catarro.

Y, en vista de ello, la Desi y el Picaza frecuentaban el cocherón. La advertencia de la Caya no bastó para disuadir a la chica. Ella barruntaba que la Caya la aborrecía a ella y a sus hermanas, porque el Marcos, su único hijo, le salió inocente, tal vez porque cuando se casó con su padre ella ya había cumplido los cuarenta y cuatro. El Marcos, pues, a más de inocente, era un fruto tardío, y la Caya no les perdonaba a ella ni a sus hermanas que fueran despabiladas ni que el Galo, su marido, la dejara para plato de segunda mesa. A las vecinas solía decirles: «Sabe Dios lo que el Galo vería en la perro de mi hermana».

La Desi y sus hermanas nunca aceptaron de grado este apaño. Al Galo le decían los amigos en la taberna: «¿No tuviste bastante con una Rufa que ahora vas por la hermana?. —Y el Galo, a quien ninguna cosa de este mundo importunaba porque tenía la sangre espesa, asentía—: Es un remiendo de la misma tela». Pero ella, la Caya, no le dejaba quieto desde el día de la boda: «¿A qué ton tus hijas me dicen Caya? Diles que me digan madre. —Él decía, sin la menor convicción—: ¿Oísteis? Decidla madre». Pero ellas seguían diciéndole Caya y sacándole a relucir los trapos sucios y ella las golpeaba al menor motivo y, muchas veces, sin tomarse el trabajo de buscarlo.

De todos modos nada hubiera cambiado en la historia de la Desi sin la terrible riada del 52. En puridad, nada de lo de la riada iba con ella, pero Marcos, su mediohermano, que era inocente, se puso a vocear en la punta del teso:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y los hombres lo miraban torcidamente porque era el agua la causa de su infortunio. Y el río, que era un lánguido reguero con el cauce cubierto de espadañas durante once meses del año, se hinchaba, como si lo preñaran, cada primavera, y aquel año se hinchó tanto que se extendió por la hondonada como un mar y ellos, desde el cerro, no divisaban sus límites, ni su principio ni su fin, y apenas emergían del agua, con la torre de la iglesia y el nido de la cigüeña, cuatro tejados alabeados a punto de desplomarse. Y, sin embargo, Marcos, el Tonto, no hacía más que vocear, escrutando el cielo:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y en el corazón de los labriegos se iba cociendo un odio explosivo porque la lluvia había sido su desgracia. Y Práxedes, el Raposo, le dijo al fin a la Caya:

—Dile al chico que calle la boca; si no, no respondo.

La Caya se puso como una furia:

—¿Qué culpa tiene el pobrecito? Bastante desgracia lleva con ser inocente. ¡Vamos, digo yo!

Y don Jerónimo, el párroco, que con su palidez y su alta y rígida silueta y el barro de la sotana parecía un desenterrado, los instaba a hincarse de rodillas y rogar a Dios que las aguas remitieran y aseguraba que la inundación era un castigo del cielo por los innumerables pecados que se cometían los domingos y festivos en el cocherón. Mas, como a don Ulpiano le sorprendió la riada en la ciudad donde había ido por un neumático para el tractor, don Jerónimo no podía irritarse contra nadie en concreto y decía las cosas mansa, resignadamente, sin que le naciera la espuma en los extremos de la boca.

Pero Marcos, el Tonto, proseguía obstinadamente:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y el grupo oscuro, con los cuatro enseres salvados de la riada apilados en el teso, iba perdiendo el control de los nervios, y si algún rapaz se levantaba chillando espontáneamente: «¡Mira, la cabra del señor Poli!», señalando un bulto hinchado como una vejiga navegando sin rumbo por la bruñida superficie, surgía de alguna parte un brazo poderoso que lo sentaba de un manotazo cruel. Tan sólo el Marcos parecía disfrutar allí de una bula, pero Práxedes, el Raposo, se desquiciaba por momentos y cuando las aguas turbulentas arrancaron del corral su vaca tudanca y ésta fue avanzando, turgente como un globo, a compás de la corriente hasta detenerse, aprisionada entre las ramas más altas de la nogala, a veinte metros del teso, Práxedes, el Raposo, empezó a golpearse la cabeza con una piedra y a blasfemar entre dientes y cada vez que miraba a la vaca se convulsionaba como un poseído y cuando el Marcos dijo otra vez a voz en cuello: «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!», el Raposo se volvió a la Caya fuera de sí:

—¡Cállale o le callo yo!

Mas como nadie hiciera ademán, el Raposo se incorporó con toda su santa cachaza, agarró una horca que tenía a mano y la hundió tres veces en el vientre del muchacho mientras voceaba riendo a carcajadas: «Así aprenderá».

No es que la Desi le diera la razón al Raposo ni se la quitara. Tampoco se la daba ni se la quitaba a Marcos, su medio-hermano, que, a fin de cuentas, era inocente. La culpa era de la Caya por alumbrarlo a destiempo y de su padre por binar con una mujer así. Y el hecho de que el Práxedes ingresara en la cárcel, y de que las aguas remitiesen al fin, y de que la vida volviese a latir sobre el pueblo, no resolvió nada. La Caya, con la desgracia, se puso de los nervios y se pasaba el tiempo acariciando una de las botas que calzaba el

Marcos el día de la riada. Y si topaba con el Galo, a quien la desgracia no pareció afectar porque tenía la sangre espesa, le decía sollozando, con unos sollozos que más parecían balidos:

—¡Ay, qué hijo tan majo has perdido!

Y si en lugar del Galo era cualquiera de las chicas, la Caya balaba también y decía:

—¡Ay, qué hermano tan majo has perdido!

Un día a la Desi la cogió de mal temple y se revolvió:

—Un mediohermano y para eso tonto de nacimiento.

Entonces la Caya le sacudió tal bofetada que la chica permaneció cinco minutos privada junto al hogar. Desde entonces, cada vez que se iniciaba un invierno el oído derecho empezaba a zumbarle y a manarle y la chica se quedaba sorda de medio lado hasta la próxima primavera. No obstante, la Desi soportaba el desvarío de la Caya, hasta que una tarde, tres meses después, Eutiquio, el guarda jurado, encontró al Galo ahogado en el almorrón. De primeras, la gente del pueblo empezó a hablar de suicidio, pero don Federico, el doctor, certificó que no, que simplemente el Galo se había privado al ir a beber porque su sangre era ya tan espesa que no podía correrle por las venas; que era talmente como cuando la acequia se aterraba y el agua no fluía.

Entonces empezó la desbandada. La Doro, la mayor, se casó con el Antonio y se fue a vivir a La Parrilla. La Silvina, la tercera, anunció su compromiso con el Eutropio, que tenía una buena hacienda del otro lado del río, para el otoño, pero la Caya se plantó y dijo que mientras no cumplieran la mayoría allí no habría más bodas. El Eutropio, entonces, tiró por la calle del medio, sacó anticipada a la Silvina y la Caya, a trancas y barrancas, accedió a que les echaran las bendiciones. La Candi, la segunda, se largó un día del pueblo sin dejar rastro y la Desi empezó a planear con la Alfonsina la manera de ponerse a servir. A la Alfonsina la encandilaba Madrid porque la Valen le escribió al fin y le decía: «Aquí cobra una doble jornal y tiene donde gastarlo». Pero a la Desi, que era la más sensitiva de las hermanas, le escocía alejarse tantas leguas del Picaza y entonces decidió quedarse en la ciudad y le puso cuatro letras a la Marce, que se portó con ella como una hermana, le contestó a vuelta de correo y salió al coche a recibirla y aún le prestó sesenta pesetas para que no se presentase donde el viejo sin maleta, como una cualquiera.

La Desi, la muchacha, cada vez que evocaba su pasado se sofocaba y le dolía el oído y los pelos se adherían a la frente y formaban un solo cuerpo con

las cejas. Pero, inevitablemente, sonreía, se encaraba con el viejo, levantaba los brazos como si fuera a volar y los dejaba caer después sobre los costados en ademán de impotencia:

—Y aquí estoy porque he venido —decía.

El viejo, que mientras la Desi hablaba se dejaba arrullar por su voz inflamada y permanecía con los párpados entornados, como si dormitase, abría perezosamente un ojo y decía un poco sobresaltado:

—¿Y qué fue de ese muchacho?

—¿Qué muchacho?

—El Zorro, hija, el de la horca.

La chica se propinaba un sonoro palmetazo en el muslo y su rostro, de ordinario obstinado y cerril, se abría en una fulgurante risotada:

—¡Qué Zorro ni qué demontre! El Raposo querrá usted decir.

—Eso, hija, el Raposo.

—Lo empapelaron. Pero no es ningún muchacho, no se crea. Ése no cumple los treinta, ya ve.

El viejo suspiraba:

—¿Y aún sigue encerrado?

—La Silvina dice que para Pascua lo soltarán. El abogado dijo que estaba de la cabeza por lo de la vaca. Ya ve usted; los abogados enseguida lo arreglan todo.

—Eso.

Y la helada, fuera, entumecía los plátanos y hacía brillar los tejados y ponía sordina en las calles y plazas de la pequeña ciudad; y cuando la Desi, la muchacha, iniciaba una nueva historia, el viejo se dejaba mecer por su voz, extraía lentamente el pañuelo del bolsillo del batín, se limpiaba mecánicamente la punta de la nariz y, por último, cruzaba los débiles brazos sobre el estómago en ademán protector y entornaba suavemente los párpados como si dormitase.

V

Arrullado por la crepitación de la lumbre en el hogar, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia. La Antonia fue su primer calor, pues a su padre no llegó a conocerlo y de su madre no guardaba una idea exacta. En cuanto a su hermana Elena, con quien vivió unos años, era despegada, áspera y fría como un reptil. El viejo Eloy, como el Marcos, el medio-hermano de la Desi, fue un fruto tardío y precisamente vino a nacer el mismo día que enterraron a su padre, coincidencia que indujo a algún chusco a decir en el Círculo que don Eloy Núñez había muerto de parto. Sin embargo, la realidad era que don Eloy Núñez falleció del cólera morbo y, casualmente, al día siguiente de ser recibido el doctor Ferrán en el Congreso por los señores Castelar, Sagasta, Martos y Moret. La víspera, el señor Cánovas manifestó al doctor Ferrán que el Gabinete tomaba en consideración sus esfuerzos para librar a la Humanidad del terrible azote del cólera y había dispuesto dietarle con cien pesetas diarias para ayudarle en su tarea. Pero, a pesar de las dietas, don Eloy Núñez falleció del cólera morbo a la tarde siguiente y, al decir de la Antonia, lo enterraron con pellejo y todo.

Don Quintín Magro, el magistrado, recordó la anécdota en el entierro: «Ahora que el Congreso dieta a Ferrán por su triunfo sobre el cólera —dijo—; también es fatalidad. —Entonces Clemente Cid, el de la Peletería Hispanoamericana, se llegó a él reservadamente y le dijo—: ¿No sabe lo de Tortosa?». Al instante se formó un corro en torno al peletero y éste añadió: «Ferrán dice que va a Tortosa a ayudar a sus paisanos, pero sé de buena tinta que se larga porque su potingue no sirve». Fuera una cosa u otra, a don Eloy Núñez, el padre del viejo, se le acabó la cuerda en 1885 y, como decía la Antonia, lo enterraron con pellejo y todo.

El viejo Eloy le decía a la Desi:

—Ya ves, hija, no tenía yo una hora y mi padre de cuerpo presente. Lo que se dice ni conocerlo.

Los ojos sin pestañas de la muchacha se ensombrecían:

—Eso se llama tener la negra.

—Más o menos me sucedió lo que al rey.

—¿El rey?

—¿No sabes quién era el rey, hija?

Ella rompía a reír, recelosa:

—Con usted nunca sabe una cuándo habla en serio ni cuándo se pitorrea.

—No me pitorreo, hija. El rey era algo así como el amo del país. Mandaba en todas las cosas y decía: «Esto aquí y esto allá». «Esto me gusta y esto no me gusta». Y todos de cabeza a obedecerle.

La chica le escuchaba boquiabierta:

—¡Madre, ya sería rico! —decía.

—Figúrate, hija, lo que quisiera; pero, lo que son las cosas, en cambio no tenía padre.

La Desi vacilaba; no sabía si enfadarse o reír:

—No empiece —dijo, al fin—. Padre lo tiene hasta el más pobre.

—Pues el rey, hija, no lo tenía, así son las cosas. Murió cinco meses antes de nacer él y cuando nació lo arroparon ya con pañales negros. ¿Qué te parece?

La Antonia estaba al tanto de las desavenencias del matrimonio e incluso cada noche depositaba secretamente unas viandas en el aparador, pues desde que empezaron los disgustos, Elena, la hermana del viejo, se jactaba de no comer. Por su parte, el viejo Eloy, que entonces no era sino una breve y delicada criatura, hacía la vida en la cocina, con la Antonia, y la Antonia, para distraerle, le decía a cada rato: «¿Qué quieres que te cuente hoy, caraguapa?. —Y el niño respondía—: Lo de la Emabó, Antonia».

—¿Conoces la historia de la Emma Abbot, hija? —le dijo una mañana el viejo a la Desi, observando los tejados engarabitados por la escarcha y las chimeneas alentando penosamente contra el cielo plomizo.

—De qué, señorito —dijo la chica expectante—. Una se pasa la vida en el pueblo y ya sabe usted lo que son los pueblos.

Entonces el viejo Eloy la explicó que la Emma Abbot, la primadona, era una cantante hermosísima y cuando murió solamente en vestidos dejó una fortuna. Pero el vestido más hermoso, todo cuajado de perlas, brillantes y pedrería, le sirvió de mortaja y era el que lucía en su ópera favorita y cuando se lo acabaron de poner, después de muerta, abriéndolo por un costado, la prendieron fuego porque ella lo había ordenado así. Y una vez que la Emma Abbot ardió entera, con vestido y todo, de forma que no quedaron sino unas pocas cenizas, un amigo suyo encerró éstas en un cofre de oro repujado y se las llevó a una hermana de la Emma Abbot y le dijo: «*Miss* Clark, esto queda de su hermana».

La Desi, la muchacha, le recordaba a él cuando niño. Primero enrojecía paulatinamente, después se llevaba las manos a la boca y musitaba un «¡Virgen!» apagado, casi inaudible. Decía por último:

—¿Y qué respondió *Miss* Clark, señorito?

El viejo Eloy no hacía sino seguir las antiguas huellas de la Antonia:

—¡Vete a saber, hija! Diría, digo yo: «¡Qué poco somos!», o algo por el estilo.

Otras veces la Antonia, bajo el quinqué de luz mortecina, mientras aguardaban el regreso de su hermana Elena, le narraba la historia de Rovachol. A Rovachol le echaron el guante porque siempre andaba enredando y tramando perrerías y cuando lo atraparon le juzgaron y le condenaron a muerte. Y el día de la ejecución, el piquete le despertó a las tres y media y le dijo: «Rovachol, arriba, es la hora». Pero él dio media vuelta en el jergón porque tenía mucho sueño y el que mandaba el piquete hubo de zarandearlo seis veces y decirle otras seis: «Despabila, Rovachol, ya es la hora», para que se despertase. El niño Eloy no pestañeaba. Tampoco pestañeaba la Desi, la muchacha, cuando ahora el viejo Eloy le refería la historia. Decía el niño Eloy, antaño: «¿Y qué respondió Rovachol, Antonia?, —y la Antonia proseguía—: Dijo: "Está bien, sin apechugar"». Y Rovachol se vistió y se afeitó y se peinó e hizo del cuerpo delante de la guardia y, finalmente, dijo que listo y, entonces, se aproximó el cura y le preguntó: «Rovachol, Dios te espera, ¿quieres confesar tus pecados?. —Pero Rovachol escupió y dijo—: Los cuervos luego». Y uno le quiso vendar los ojos, pero él se apartó y dijo: «Ni se te ocurra. —Y cuando caía ya la cuchilla sobre su cuello, Rovachol volvió los ojos al cura y voceó—: ¡Viva la República popular!». Y su cabeza rodó al cubo y desde allí, separada ya del tronco, volvió a vocear desorbitando los ojos: «¡Viva la República popular!».

La Desi, la muchacha, contenía un estremecimiento:

—¿Es que puede hablar una cabeza sola, señorito? —decía.

—Por lo visto, hija. Un primo de la Antonia que formaba en el piquete decía que se muriese si la historia no era cierta.

Junto a la Desi, en la cocina, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia, un agridulce y ofuscante vaho de establo. En cambio, por las mañanas, al despertar, en el inmenso lecho, le atenazaba el hálito helado de su hermana Elena. Su hermana Elena, pese a los lazos de sangre y a llevarle veinticinco años, jamás dio un paso por asentarle en la vida o por proporcionarle un calor. El viejo Eloy, empero, no le guardaba mala memoria, porque Elena, su hermana, como Suceso, su nuera, la esposa de Leoncito, no escogieron su manera de ser y hay personas que nacen para dar calor y otras que nacen para recibirlo. Pero no era Elena la que surgía en su imaginación por las mañanas, en su desamparo, sino solamente la sensación de su frío de entonces. Era una

sensación imprecisa, pero el viejo, para espantarla, adoptaba instintivamente en el lecho la postura defensiva del feto, los ojos fijos en la esfera del despertador. De este modo, la sensación de Elena era sustituida, con una vaguedad de lejanía, por la conciencia de las pasadas obligaciones: «Las nueve y media —se decía—. A recoger el pliego de firmas. —Y poco después —: Las diez menos cuarto; pasar la relación a Secretaría General». Y más tarde: «Las diez, los partes de los capataces. —Y luego—: Las diez y media, relación de averías e informe a Registro General». En ocasiones, ya de mañana, se adormilaba, y entre las sombras de la duermevela, se destacaban en caracteres nítidos los impresos que durante cincuenta años cumplimentara minuciosamente: «SERVICIO DE LIMPIEZA», «PARTE DE TRABAJO», «VISADO DEL VIGILANTE DEL VERTEDERO».

Una noche soñó que Carrasco le enviaba un gigantesco rimero de impresos y Mauro Gil le decía con su habitual gravedad: «Mientras no los cumplimente no salga de la oficina; orden de don Cástor». Se despertó sobresaltado, envuelto en sudor, la lengua extrañamente indócil y enteriza. Desde la jubilación, el viejo Eloy sufría pesadillas sin necesidad de que se le aflojase la faja. Era una desagradable novedad. Solía soñar con el dedo acusador de Carrasco o con basuras que se amontonaban sobre él sin que pudiera mover un dedo ni hacer un ademán de protesta. Antaño, en vida de Lucita, su señora, soñaba, a veces, cosas estimulantes. Una vez llegó a soñar que le elegían alcalde y todos le llamaban Excelencia y él les rogaba que por los clavos de Cristo le apeasen del tratamiento y le dijeran sencillamente Eloy, o a lo sumo, don Eloy, pues de otro modo no sabría desenvolverse. Pero Lucita, su señora, le regañaba y le encarecía que dejara a los subalternos que le trataran de Excelencia pues, si daba confianza a la gente, terminarían sentándosele en la barriga. Mas, al despertar, le bastaba ver la cara de Lucita, su señora, cubierta con el velo para saber que todo había sido un sueño.

Lo mismo le sucedía ahora al ver el despertador. Pero ahora las pesadillas le perseguían aun despierto y él, para huir de ellas, se embutía en la bata con torpes movimientos y se refugiaba en la cocina. Una vez allí, el calor de la Antonia prevalecía sobre el frío de los impresos, y el frío de Carrasco y el frío de su hermana Elena. Y decía:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—Ya va para rato.

—¿Y nada, hija?

—Nada.

Se sentaba en el taburete y la crepitación de las brasas iba doblegando poco a poco su rigidez interior. Si cerraba los ojos, era como si aventase los últimos doce lustros de su vida.

—La Antonia no era mala, hija. Me decía, muchas veces: «Me duelen los riñones, caraguapa».

—¡Será capaz! Le decía caraguapa a usted.

El viejo le regañaba:

—Qué tiene de particular, Desi. Yo era una criatura entonces. Y yo le decía: «¿Dónde tienes los riñones, Antonia?». Y ella se desabrochaba el escote y me mostraba dos verrugas para que yo se las besase.

La Desi se llevaba a la boca el puño cerrado y movía la cabeza reiteradamente como si reconviniera a un niño:

—Vamos, que hace falta valor —decía.

—¿Para qué, hija? —inquiría el Viejo.

—¡Otra! ¿Todavía lo pregunta? —cortaba la muchacha.

En realidad, gracias a la Antonia pudo el viejo salvar cinco años de su infancia. Su cuñado se llamaba Alejo y él le decía tío. Y el tío Alejo tenía cuerpo de gigante y bracitos de enano y cada vez que regresaba embriagado llevaba un obsequio para su hermana, pero ésta salía a la puerta de la alcoba blandiendo una cruz y decía fúnebremente, como si lo exorcizase: «Aparta de mí, Satanás». Entonces el tío Alejo, dócilmente, se iba al cuarto del niño y se desvestía con la luz del pasillo para que, si acaso aquél velaba, no viera sus desnudeces. Algunas noches, sin embargo, en la penumbra, el niño distinguía sus formas hercúleas, sus bracitos como sin articulación en el codo, su vello frondoso y, cuando ya sin luz, oía a su tío hablar solo y, en ocasiones, llorar, experimentaba un terror reptante y angustioso y echaba en falta a la Antonia.

Durante los anocheceres, en la cocina, bajo la vacilante luz del quinqué, la Antonia arrimaba el cesto de la labor y le decía: «Enhébrame la aguja, caraguapa, ya no me alcanza la vista. —Al niño Eloy se le encendía el mirar —: ¡Con hilo rojo, Antonia!». Ella encogía sus fornidos hombros y sonreía: «Bueno, con hilo rojo; luego la desenhebras y me la enhebras con blanco, es para coserme unas bragas». Allí, sentado junto a la Antonia, escuchaba sus sombríos relatos o hablaban de sus problemas. El niño le decía a veces: «Anoche salió otra vez mi hermana con la cruz, ¿sabes, Antonia?. —Ella decía—: Ése es el cuento de nunca acabar». En una ocasión el niño añadió: «Anoche el tío se vino a dormir conmigo y cuando apagó la luz estuvo mucho rato hablando solo. —La Antonia dejó de coser y clavó los ojos en él—: ¿Y qué decía, caraguapa, qué decía?». Agregó el niño. «Decía: con esta mujer

está uno j…. —La Antonia se santiguó—: ¡Jesús, qué disparate! No digas a la señorita una palabra de esto, ¿me oyes?». «Sí, Antonia». «Es un pecado». «Sí, Antonia». «Pero un pecado muy gordo, criatura. Tú mismo has de confesarlo mañana por haberlo repetido ahora». «Era para decírtelo a ti —dijo el niño—, tú me lo preguntaste, Antonia». «No importa; has de confesarlo mañana». «Bueno, Antonia».

Meses después, cuando lo del sacrilegio, todo se lo llevó la trampa, y el viejo, que aún era un niño, se vio forzado a cambiar de calor. Su hermana marchó a Bilbao, de señorita de piso, al convento de su amiga Heroína, que es lo que siempre había deseado; su cuñado a Venezuela, en el *Rey Fernando*, y la Antonia donde la señorita Emilia, para sacar niños.

La Desi, la muchacha, observó al viejo sentado en el taburete, dando cabezadas. Dijo bruscamente:

—Se va usted a dormir, concho.

El viejo Eloy se sobresaltó:

—Descuida, hija.

Ella se tocó levemente la nariz:

—Señorito, el pañuelo.

Él se limpió maquinalmente.

—Vamos, cuente algo. Parece usted un funeral —agregó la chica.

—¿Y qué quieres que te cuente, hija?

La Desi se puso en jarras, sonriendo:

—Lo de la Emabó, señorito —respondió sin vacilar.

VI

Minucias aparte, la Marce se había portado con ella como una hermana y cuando le escribió desde el pueblo, la otra contestó a vuelta de correo y, más tarde, apenas le avisó, salió a esperarla al coche de línea, y, más tarde aún, la llevó por la ciudad, como quien dice de la mano, para que aprendiera a desenvolverse. En el fondo de su alma, la Desi veneraba a su amiga; admiraba su blanquísima piel; sus tibios, inexpresivos ojos azules; su lacio pelo rubio; su desenvoltura con los reclutas que la asediaban; su genio endiablado pero consecuente; su manera de exigir cuando la asistía un derecho y hasta los pies planos que la torturaban de más durante los interminables paseos dominicales y que, a la postre, la forzaban a sentarse en un banco o en el bordillo de la acera así fuese diciembre.

A la Desi, habituada a las pieles cetrinas, achicharradas por el sol, a espantarse los moscones a sopapo limpio, a reclamar a voces lo que le correspondía, los modales civilizados de la Marce le llenaron, primero, de sorpresa y, más tarde, de admiración.

Pero, a pesar de todo, el pueblo seguía en su sangre y, en ocasiones, la Desi decía deslumbrada:

—Madre, mira que la plaza esta si en lugar de estar aquí la llevaran a mi pueblo. ¡Vaya cara que pondrían!

Su pueblo, pese a distar de la ciudad apenas siete leguas, se le antojaba un lugar vago y remotísimo; sin embargo, el pueblo era su inevitable punto de referencia. La Marce le regañaba:

—Olvídate del pueblo, coña; parece que no hubiera más cosas en el mundo.

Pero la Desi no podía evitarlo; era más fuerte que su deseo; más fuerte que ella misma:

—Anda que si el cine éste en lugar de estar aquí estuviera en la plaza de mi pueblo.

Y abrumada de su propia audacia golpeaba sonoramente su dedo índice contra el dedo corazón y reía imaginando las caras del Picaza, que no había llegado más allá de Cerecilla, y la de la Matilde, y la de don Jerónimo, el párroco, y la de la Caya, su madrastra, y la de la Silvina, su hermana, y la del Fideo, y la de todos, si tal cosa aconteciese.

La Marce gastaba malas pulgas. Particularmente con el viejo se mostraba intolerante: «Vamos, a cualquiera que le digas que el tío roñoso ese te despacha con cuarenta duros no te lo cree. —La Desi callaba, o, a lo más, apuntaba tímidamente—: Mira, Marce, peor para mí; a nadie tengo que dar cuentas». En estos casos, la Marce se subía por las paredes: «Dile por lo menos que te compre ropa, que se rasque el bolso el roñoso de él». La Desi soportaba en silencio las andanadas de su amiga porque sabía que al viejo no le sobraba y no quería estrujarlo. No obstante, seis meses atrás, le pidió ropa, porque las dos batas que se trajo del pueblo estaban para dárselas con cinco céntimos a un pobre, y el viejo le compró un mandil y le prometió que con la paga extraordinaria le mercaría un vestido y unas alpargatas. Pero llegó la extraordinaria y el viejo no se explicó. La chica intuía que ahora, después del cese, no era momento propicio. Dos noches antes había sorprendido al señorito quitando las bombillas de la sala y el retrete. El viejo se azoró al verla y dijo desde lo alto de la silla: «Lo que haya de hacerse aquí lo mismo se puede hacer a oscuras, ¿no crees, hija?».

Luego la tomó con la máquina de retratar. A los veinte días de darle el cese, la Desi se lo encontró en la sala poniendo todo patas arriba. Antes solía pasar los domingos soleados en el balcón disparando la cámara sin película a diestro y siniestro, pero dentro de casa no solía enredar. Al ver a la chica le rogó que se recostara en el sofá y permaneciese quieta unos segundos porque iba a hacerle una fotografía con exposición. La Desi dejó la escoba y se situó muy rígida ante la cámara y le dijo sonriendo forzadamente, mirando de soslayo al objetivo:

—¿Va en broma o en serio, señorito?

Él entornó las maderas del balcón, buscando el efecto de luz:

—En broma, hija; hoy una película vale una fortuna.

Dijo ella:

—A ver si un día se tira un detalle y me saca una de verdad.

Ella, la Desi, soñaba con enviar un retrato suyo a la Silvina con objeto de que ésta se lo hiciera llegar al Picaza. Aunque a la Marce le decía que no, lo del Picaza con la Matilde le traía de cabeza. Y cuando se encontraba a solas no pensaba en otra cosa. Alguna noche, si veía abrirse el cielo con la estela de una estrella, decía para sí con gran fervor: «¡Que me quiera el Picaza! ¡Que me quiera el Picaza!». De niña le enseñaron que un deseo expresado en ese momento se cumplía indefectiblemente y para ella el anhelo más firme era que el Picaza la quisiera. Pero la Silvina, su hermana, la del Eutropio, le escribió últimamente: «Soy en decirte que el Picaza y la Matilde andan desde

el verano a partir un piñón». De ahí que la Desi, aun cuando siguiera confiando a las estrellas errantes el amor del Picaza, siempre, al concluir su trayectoria, musitara como para sí con los ojos levemente empañados: «¡Madre, qué perro de hombre!».

En puridad, la Desi, fuera de la Verbena de los Quintos y las fiestas de la Virgen de la Guía, y el día de Santa Águeda en que mandaban las mujeres, no echaba de menos el pueblo. Tampoco la ausencia del Picaza la lastimaba. El Picaza, evocado a distancia, era un compendio de virtudes. El Picaza, desde la ciudad, no hedía a establo, ni andaba como a la rastra, ni sus piernas estaban arqueadas, ni tenía los ojos juntos. A medida que la Desi se urbanizaba iba emergiendo en su imaginación un Picaza urbano y próspero, semejante, en cierto modo, a los galanes que ella, de tarde en tarde, admiraba en el cine.

La Desi no frecuentaba más los espectáculos para no malbaratar su salario: «Si nos metemos todos los días en el cine, adiós jornal, —decía a la Marce. Y la Marce le reconvenía—: Anda, roñosa; para lo que sirve el dinero». Pero a la Desi sí le servía el dinero. En tan sólo dos años y medio había juntado dos mudas, dos toallas, tres sábanas, una colcha azul y una maleta para su ajuar. De otra parte, la Silvina le había escrito: «Soy en decirte que, para febrero a más tardar, el Picaza irá a ésa para la mili». Y ella, la chica, para cuando el Picaza llegara, quería comprarse un cancán y una rebeca heliotropo. Eran muchos los gastos. Por eso prefería pasear del brazo de la Marce, calle abajo y calle arriba, estimulada por la conciencia de que el salario quedaba intacto para cosas de más provecho.

De otro lado, el paseo tenía sus alicientes. Los reclutas se renovaban cada año y ella admiraba a los militares, sus andares pausados, rítmicos, deliberadamente responsables. Inconfesadamente sentía predilección por los de caballería, porque de una manera vaga le recordaban al Picaza. La chica no analizaba las razones. De haberlo hecho hubiera llegado a la conclusión de que era el olor a establo lo que los identificaba. La Marce, en cambio, prefería los de infantería, tal vez porque sus extralimitaciones, en particular si provenían del cabo Argimiro, la hacían absurdamente feliz. La Desi, por contra, no toleraba ni a los de infantería ni a los de caballería la menor audacia: «Toca otra vez, cacho asqueroso, y te suelto un bofetón que no te va a conocer ni tu madre», decía, llegado el caso, con los ojos fuera de las órbitas.

La chica conservaba un ahincado sentimiento de la honestidad y lo defendía con bravura. Este principio, en rigor, no respondía a una base religiosa, ya que la Desi, en este aspecto, alentaba en su pequeño cerebro unas

ideas elementales. Para ella la Virgen de la Guía, la patrona de su pueblo, era lo más excelso del universo. Al acostarse y al levantarse, la chica apuñaba los dedos en los labios y lanzaba un rosario de besos a la estampa de la cabecera de su lecho y, luego, balbucía, humillando su mirada tierna y cerril: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo».

Estos nombres formaban un confuso tropel en su cerebro. Apenas asistió de muy niña a la escuela y, al morir su madre, los quehaceres la retuvieron en casa. La Caya, su madrastra, por otra parte, no se preocupó de fomentar sus sentimientos religiosos. En el pueblo existían muchos casos semejantes. Sin necesidad de remontarse demasiado la chica recordaba el año que don Jerónimo, el cura, pretendió actualizar la fiesta de San Roque y congregó, para ello, dos docenas de rapaces en el coro. Las piernecitas de los niños colgaban por entre los barrotes y sus bocas sonreían expectantes. Y les dijo el señor cura tan pronto llegó: «¿Quién es San Roque bendito?. —Y las dos docenas de voces atipladas corearon—: ¡Oh, San Roque bendito / que el Señor te escogió / para madre de Dios!». Don Jerónimo perdió el control: «¿Pero sabéis lo que estáis diciendo? ¿Quién es Dios Nuestro Señor?. —Dijeron a voces las dos docenas de rapaces—: ¡¡San Roque bendito!!». Don Jerónimo se encolerizó, empezó a almacenar espuma en las comisuras de la boca y los expulsó del templo. Renunció a festejar a San Roque. Fue entonces cuando se inició el pleito entre don Jerónimo y don Fidel, el maestro, quien regentaba, además, una fábrica de adobes en las afueras del pueblo. El choque no sobrepasó el aspecto personal, mientras el señor cura no se topó a los rapaces cantando por las calles embarradas:

Padre nuestro, pichilín, Dios nos tenga en un buen fin. Por entre unos olivarespasa una paloma blancamás blanca que los cristales.

Al día siguiente, el señor cura se trasladó a la ciudad para dar cuenta al señor Obispo de que el maestro hacía sarcasmo de lo más sagrado. Posteriormente intervino la Inspección y, aunque nada se pudo demostrar contra el maestro, que aducía que si los rapaces no comprendían las cosas naturales imaginaran su confusión al interpretar las sobrenaturales, don Fidel terminó por solicitar la excedencia por más de un año y menos de diez y dedicar su esfuerzo a la tejera. Don Jerónimo dijo que el maestro «hilaba muy delgado» y, a partir de entonces, en el pueblo empezaron a decirle don Fideo en lugar de don Fidel.

Años después, cuando lo del cocherón, el pleito se avivó. El párroco decía que parecía mentira que un hombre de carrera cooperase abiertamente con las

fuerzas del mal. A don Fidelín se le hincharon las narices y le dijo que él vendía adobes y nada más y que aviado iba si cada vez que le compraban un carro de ellos tenía que meterse a averiguar si eran para un váter o para un kiosko. Don Jerónimo empezó a vocear y, como era tan corpulento y tenía manos de pelotari, don Fideo no acertaba a argumentarle y se limitaba a decir formulariamente: «Bueno, ¿eh? Sin escupir». Y así andaban las cosas cuando la Desi se vino a la ciudad. Por lo demás, la chica proseguía barajando en su pequeña cabeza conceptos distintos aunque con un común denominador: Dios, San Roque, la Virgen de la Guía, el Espíritu Santo. Las ideas religiosas de la Desi únicamente se mostraban claras en dos puntos: el paraíso que aguardaba a los que eran buenos y rezaban todas las noches, sin un solo fallo, el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto…», y que ella, la muchacha, identificaba con un purísimo cielo azul, como su colcha, surcado por alguna que otra vaporosa nube sobre las que flotaban los bienaventurados, y un infierno tenebroso, con luz de llama, del que mantenía una idea precisa: el incendio de las eras de su pueblo, allá por agosto del 45. Un inmenso fuego, en el que ardían sin consumirse los cuerpos de los réprobos y de todos aquellos que, sin llegar a ser réprobos, hubiesen omitido por un descuido rezar alguna noche al acostarse o alguna mañana al despertar el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto…».

De aquí que la Desi, aun en las jornadas más arduas, dirigiera cada noche sus planos ojos a la Virgen de la Guía y murmurara devotamente: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo». Tan sólo una vez, cuando la gripe, omitió la chica su oración y a las tres de la madrugada se despertó sobresaltada, sollozando. Se arrojó del lecho y oró, pero le anidó en el pecho el escrúpulo, ya que el día concluía a las doce de la noche, y únicamente cuando el viejo le aseguró que eso era para los astrónomos y los científicos, pero que para el resto del mundo el sol era quien iniciaba el nuevo día, la muchacha se quedó tranquila.

De entrada, la ciudad la había desconcertado, y otro tanto le sucedió con su alcoba. Pero paulatinamente la ciudad fue haciéndosele familiar y su alcoba lo más personal e íntimo que la chica poseía. Allá, en el pueblo, jamás tuvo nada propio y por ello el ordenamiento de sus cosas, la posesión de su mísero tabuco despertaba ahora en su pecho un celo desproporcionado. No importaba que el aposento, con dos ventanillos de ordenanza en lo alto, preservados por una tela metálica y unos barrotes entrecruzados, fuera angosto y lóbrego. A la chica se le hacía asombrosamente luminoso y hasta consiguió insuflarle un acento personal «aunque su dinero le costara», como

le decía a la Marce cuando ésta dejaba caer, con cierta reticencia, que allí había de todo.

Por primera providencia la Desi colocó una tablilla junto al lavabo desportillado, a modo de repisa, compró dos reales de papel de goma transparente para fijar la estampa de la Virgen de la Guía a la cabecera del lecho y, sobre la apolillada cómoda, dispuso el caracol de piedra que de niña encontrara en el páramo y del que don Fideo decía que era un fósil, el papel de alfileres con las cabezas de colores y la foto de las fiestas del 50 donde borrosamente se definía el Picaza en una esquina, la hermana de la Desi, la Silvina, junto al Eutropio, y el Delfín, el chico mayor de Tomás, el del estanco, que andaba tras la Matilde. Al principio, la chica ocultaba esta fotografía junto a sus cosas reservadas, en una cajita de madera barnizada con una calcomanía en la cubierta y un espejo en el reverso. Pero después empezó a utilizar esta caja, cuya llavecita, enhebrada en un bramante rojo, colgaba de su cuello, para guardar las cartas de su hermana, la Silvina, la que la Marce le dirigiera al pueblo, meses atrás, una foto al minuto para el carnet de identidad y un recorte de un diario del año anterior sobre un accidente de automóvil en el que se mentaba a su pueblo, a don Jerónimo, el cura, a don Ulpiano y a don Federico, el doctor, aunque en el papel le decían equivocadamente don Francisco.

Pero lo que más estimaba la Desi era su tocador. Por consejo de la Marce que, pese a sus prontos, se había portado con ella como una hermana, y con el asentimiento de las chicas que se reunían con ellas los domingos en la misa de siete de San Pedro, la Desi adquirió una cajita de crema Bella Aurora para el cutis. Y, cada noche, antes de rezar el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto…», se extendía ante el espejo una pellita del tamaño de un garbanzo. La chica esperaba un milagro. La Marce, en principio, le dijo: «Es la manera de echar fuera el pueblo». Y ella aguardaba, impaciente, la transformación. Y cada jueves y cada domingo, le decía a su amiga con su corta mirada ilusionada:

—Marce, ¿eché ya fuera el pueblo?

La Marce adolecía de una brusquedad innata que apenas atemperaba ante los reclutas de infantería y, en especial, ante las audacias del cabo Argimiro. Decía:

—Anda, maja; no corres tú poco.

En la repisa, junto al estuche de crema Bella Aurora para el cutis, la Desi alineaba cuidadosamente una barra de labios, una docena de pinzas para el pelo, una bolsa de polvos, una cajita de betún y una pastilla de jabón de olor.

Todo su mundo se encerraba en aquel aposento y si algún día, por cualquier circunstancia, su espíritu flaqueaba o sus pies no pisaban firme, la muchacha se encerraba allí, se ponía a ordenar la repisa o la caja de la calcomanía, y así, poco a poco, iba recobrando la serenidad. Y si ni aun así se sentía llena de algo, prendida de algún estímulo, tomaba de sobre la cómoda la foto de las fiestas del 50 y la contemplaba fija, insistentemente, hasta que las figuras terminaban por animarse y el Picaza le sonreía o le guiñaba un ojo. En estos casos el rostro romo de la muchacha se ablandaba, se le ahuecaban los agujeros de la nariz, el agrietado labio inferior se estremecía levemente y sus ojos, de ordinario de una opacidad mate, se iluminaban con el brillo de una lágrima.

VII

Poldo Pombo, el sportman, solía decir en determinados raptos de romanticismo: «¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?». Por aquellas fechas, Poldo Pombo se ejercitaba ya con las poleas gimnásticas del doctor Sandon, recomendadas por las principales celebridades médicas para el desarrollo muscular, y no dudaba que el superviviente sería él. Pero lo que son las cosas, Poldo Pombo, pese a las poleas gimnásticas del doctor Sandon y a sus proezas sobre el biciclo, murió tísico el 8 de febrero de 1929.

Camino de la estación depuradora, el viejo Eloy se lo recordó a su amigo Isaías, e Isaías blandió el liviano bastón y dijo deteniéndose:

—El mejor recuerdo que guardo de Pombo es la vez que le regaló a mi hermana Lupe un lorito de pico blando. Lupe atravesaba un mal momento y el detalle de Pombo la ayudó a sobrellevarlo.

El viejo Eloy suspiró hondo. Se pasó fugazmente el pañuelo por la punta de la nariz. Últimamente, Isaías siempre se le escurría; no acertaba a cuadrarlo en su terreno. Era un raro fenómeno su amigo. De un tiempo a esta parte tan sólo le preocupaban el afán por llegar a centenario, el sol, las muchachas y, en particular, su vientre perezoso. El viejo Eloy le instaba a hacerlo en el campo pero él se resistía tenazmente. Decía el viejo Eloy: «En primavera y verano yo me regulo y marcho como un reloj. —E Isaías argüía—: Eso va en temperamentos, mira Aguado. Aguado se pone al corriente revisando legajos viejos. Él dice que es el polvillo, pero ¡vete tú a saber!».

Ya de chiquillo, Isaías era irregular, y su hermana Lupe le decía que recordaba a su madre aplicándole calitas de aceite a cada dos por tres y que ella lloraba pensando que habría de lastimarle. Desde niño fue Isaías la debilidad de su hermana Lupe. Por su parte, Isaías se justificaba con sus hermanas, afirmando que ellas eran la razón de su soltería y que, después de todo, su actitud nada tenía de heroica puesto que en su día tampoco ellas se casaron por atenderle a él. No obstante, en el Círculo, donde todo se sabía, aseguraban que Áurea, la menor, jamás tuvo una proporción, y en cuanto a Lupe, desde niña sorbió los vientos por Poldo Pombo, pero éste, fuera del detalle del lorito de pico blando, nunca le dio una esperanza. Estaba además lo del escándalo del guardia, que tampoco les hizo ningún favor.

Hubo un tiempo en que Poldo Pombo, Pepín Vázquez, que se fue sin guardar antesala, Isaías y el viejo Eloy constituyeron una sólida y apretada

entidad. Era el tiempo en que el probo y honesto ciudadano don Nicomedes Fernández Piña fue elevado a la dignidad de alcalde y, bajo su mandato, se acometió al fin la ingente obra del alcantarillado y el asfaltado de la plaza y vías principales. Era aquél el tiempo de las vacas gordas, y el alumbrado eléctrico sustituyó al alumbrado de petróleo y, para celebrar la grata innovación, el Ayuntamiento organizó una sensacional Exposición de Agricultura, Industria, Comercio y Arte que mereció la atención del mundo entero. Aún resonaban los ecos del magno certamen cuando el excelentísimo señor don Nicomedes Fernández Piña, al descubrir la estatua de Colón bajo una lluvia torrencial, cogió un resfriado que degeneró en pulmonía y cuatro días después falleció, resultando inútiles los remedios de la ciencia. El diario local destacó la dolorosa pérdida con un laconismo patético: «Don Nicomedes Fernández Piña. Alcalde de la Ciudad. Falleció en cumplimiento de su deber. D. E. P.».

Por aquellos días, el viejo Eloy iniciaba su actividad municipal aunque la pierna del tío Hermene, su segundo calor, empezaba ya a darle guerra. El tío Hermene le decía al pequeño Eloy que su afición por los problemas municipales le venía de herencia. El tío Hermene era un ser de una delicadeza vegetal, con un ingenio pronto para improvisar agudezas y defender causas perdidas. Pero era muy independiente y prefería no enredarse y si andaba entretenido con los naipes rehuía cualquier pleito alegando que estaba atareado. De cuando en cuando, el tío Hermene le leía las cartas que su padre dirigía al diario demandando civilidad e, inevitablemente, al concluir, afirmaba que aquellas cartas podría firmarlas Cervantes pero las firmaba Eloy Núñez porque la vida es así de voluble y caprichosa.

Frente a la estación depuradora, el viejo Eloy dio dos vueltas sobre sí, buscando la cara del sol, y le dijo a Isaías después de pasarse el pañuelo blandamente por el extremo de la nariz:

—Mi tío Hermene era un hombre comprensivo, eso es. Un día le dije que no quería ir a la escuela, y ¿sabes qué me contestó?

Isaías le enfocó su sonrisa dorada:

—¿Qué? —inquirió.

—Me dijo: «Haz lo que quieras, la vida es corta y si nos la amargamos unos a otros obligándonos a hacer lo que no nos gusta no valdría la pena vivirla». Por esa razón yo entré en el Ayuntamiento.

Los paseos cotidianos del viejo Eloy y su amigo Isaías databan de 1929, cuando la muerte de Poldo Pombo, el sportman. Hasta entonces su relación fue constante pero discontinua. A partir del 9 de febrero de 1929 se regularizó y

ambos se encontraban a las cuatro de la tarde en los soportales, junto a la papelería de Afrodisio Niño. Cinco lustros atrás andaban sin medida y platicaban con juvenil ardor. Pero, poco a poco, el ardor fue cediendo, y, con el ardor, la locuacidad y, con la locuacidad, la longitud de los paseos. A partir de los sesenta, sus caminatas rara vez rebasaban el cementerio, la estación depuradora o el merendero de Gasparín Márquez. A esas alturas, uno y otro caminaban despacito, como con desgana, y la conversación fluía asimismo despacito, como con desgana. Su relación estaba hecha de silencios y acuerdos tácitos. Se criaron juntos, crecieron juntos, vivieron el mismo ambiente y al cabo de los años ninguno de los dos se sentía ya capaz de sorprender al otro. Fue necesario llegar a la vejez para que de nuevo todas las cosas les parecieran asombrosas y dignas de ser contadas. Y con el recrudecimiento del diálogo llegó la discrepancia. Isaías no le entendía o no quería entenderle. Isaías se negaba a elaborar su presente con su pasado. Era cierto que los tiempos habían dado un viraje radical pero ello no justificaba que Isaías hubiera virado con ellos. Al viejo Eloy le dolía esta identificación de Isaías con una época que no era la suya, una época que no admitía parangón con la de su juventud.

En sus tiempos todo el mundo era más serio y los problemas serios se dirimían sin prisas, con la pertinente seriedad, y el propio Ayuntamiento de don Nicomedes Fernández Piña se reunió doce veces en pleno extraordinario en 1903 para decidir el asfaltado de la plaza, y catorce en 1904 para acordar la instalación del alcantarillado. Y no sólo eran serias las entidades, sino que con los funcionarios acontecía otro tanto. Cuando él ingresó en el Ayuntamiento, sus compañeros rara vez dedicaban sus ocios a hablar de mujeres y frivolidades. En su época se discutía la decisión del conde de las Almenas de apoyar la creación de los jurados mixtos o el paro general de Barcelona. El propio Isaías, que acababa de montar su agencia de publicidad en la calle de los Gremios, decía: «El primer efecto de los jurados mixtos será facilitar las relaciones entre patronos y obreros y establecer la debida armonía entre capital y trabajo». Las cosas eran así y, de repente, no se sabía a ciencia cierta por qué, cómo ni cuándo, todo había cambiado. El viejo Eloy constataba el hecho pero no acertaba a precisar sus causas. A veces pensaba en la guerra pero, a su juicio, la guerra no justificaba tal metamorfosis. Lo cierto era que los jóvenes actuales, como Carrasco, mataban la mañana haciéndoles muecas irreverentes a los viejos y si, ocasionalmente, adoptaban una actitud reflexiva y consciente era para afirmar, como hacía Mauro Gil, que una butaca de cine

le representaba a un funcionario tres horas de trabajo y que tal cosa no guardaba paridad.

De regreso de la estación depuradora, el viejo Eloy le recordó a su amigo Isaías su discusión con Pepín Vázquez por mor de los jurados mixtos y de la actitud del conde de las Almenas frente a la cuestión, pero Isaías golpeó el pavimento con la contera de su bastón y, sin dejar de sonreír al sol y a la vida, dijo displicentemente:

—Vázquez fue toda su vida un neurótico. Recuerda que en sus depresiones migaba coco en el estanque del parque para matar a los peces de colores.

El viejo Eloy conoció a Isaías a los seis años, en el colegio de *Madame* Catroux, la francesa. Isaías peinaba bucles entonces y los compañeros le decían «Isabelita, —mas él se engallaba y replicaba con su vocecita incipientemente meliflua—: Si soy niña, mejor para mí». A los nueve años su hermana Lupe le cortó los bucles pero le perfumaba y era aún peor. Ya de adolescente, las muchachas no le interesaban y si Poldo Pombo, el sportman, proponía merodear por la Casa de Baños para sorprender a la Paquita Ordóñez en *deshabillé*, él los aguardaba sentado en un banco de las proximidades. Aún Poldo Pombo no era famoso porque no había ido a San Sebastián en bicicleta en tan sólo dos etapas; ni a Madrid de un tirón, para la coronación del rey; aunque utilizara ya las poleas gimnásticas del doctor Sandon, recomendadas por las principales celebridades médicas para el desarrollo muscular.

Poldo Pombo, el sportman, vivía bajo la obsesión del vigor físico y cuando regresó de Madrid dijo decepcionado: «Bah, el rey es un alfeñique; para eso tanto ruido». Sus amigos le acosaron, interesados por el ceremonial, e inquirían si era cierto que los trenes porteaban viajeros hasta en los techos y los W. C., y si las habitaciones se pagaban a seis duros, y si asistieron príncipes extranjeros, y cómo resultaba la mezcla del gas con la maravilla de la electricidad y, en fin, si era cierto que Su Majestad trompicó en la alfombra al prestar juramento y que el marqués de la Vega Armijo le advirtió: «Majestad, un tropezón cualquiera lo da en la vida. Procure V. M. que sea el último». Pero Poldo Pombo se desentendía de todo, adoptaba un gesto hosco como si se sintiera estafado y al fin decía: «No tiene media guarra, os lo digo yo».

Isaías era la antítesis de Poldo Pombo. Isaías sonreía siempre, desde niño. Ahora, de viejo, mostraba al sonreír tres dientes de oro. A la Desi, la muchacha, los tres dientes de oro del señorito Isaías la tenían fascinada. A los

pocos días de llegar a la ciudad le dijo al viejo Eloy: «Se ve a la legua que el señorito Isaías tiene de aquí. —Hacía ademán de pasar billetes. Le dijo el viejo—: Hija, ¿por qué piensas esas cosas?». La chica se levantó el labio superior, como veía hacer a don Ulpiano con los caballos para mirarles la edad, y exhibió unos dientes amarillentos y desiguales: «¡Otra! —dijo—. Tiene tres piezas de oro. —Se soltó el labio, pero como el viejo no respondiera añadió—: Hace bien. Si yo tuviera capital, lo primero toda la boca de oro». Casi se lo echaba en cara al viejo Eloy porque la dentadura que éste depositaba por las noches en un vaso de agua no tenía ni siquiera una pieza de metal plateado. Pese a ello, también la dentadura movible de su señorito había asombrado a la muchacha a su llegada. Al principio la Desi pasaba largos ratos contemplando aquel artefacto con estupor, como hubiera mirado a un estómago haciendo la digestión por su cuenta en una pecera. Le sobrecogía la idea de que aquella armadura rosada donde se incrustaban las piezas pudiera ser carne, pero una mañana osó tocarla y al comprobar su rigidez se había desilusionado.

Isaías, su amigo, sonreía siempre, desde chico. Entre esto y su voz meliflua y su olor a perfume y su predilección por las corbatas llamativas y su repulsión por la Casa de Baños, cogió mala fama. Su amigo Eloy, sin embargo, juzgaba infundados los rumores que corrían por el Círculo, ya que la manera de ser de Isaías obedecía, a su juicio, al hecho de haberse criado entre mujeres. Él, muchos años antes, se esforzó en reivindicarlo, pero a Isaías cada vez le azoraban más las muchachas. Un día, sin dar cuenta a nadie, Isaías se ausentó de la ciudad y regresó a las dos semanas afirmando que la ciudad era como un colegio de párvulos, que, para frivolidad, París, que en París las muchachas no se vendían, se regalaban, que las *vedettes* con una hojita y pare usted de contar, y si alguno de sus amigos deslizaba una tímida alusión a las camareras del Fígaro, Isaías hacía una mueca despectiva y decía: «Para eso, París. —Y aunque Poldo Pombo, el sportman, recelaba y decía socarronamente—: Isaías mucho de boquilla», en el Círculo empezaron a respetarle, y para designarle se recurría al estribillo de «ese de la vida morigerada que, sin embargo, la corrió en París…».

Lucita, la mujer del viejo Eloy, experimentaba hacia Isaías una viva aversión. Con frecuencia le preguntaba a su marido qué veía en ese hombre para soportarlo a diario. Ella ignoraba que detrás de Isaías estaban *Madame* Catroux y su colegio de párvulos; y estaban Poldo Pombo y su biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon; y estaban la Antonia y su primer calor; y estaban el tío Hermene y sus lúcidos golpes de ingenio, y la Rosina, la hija

de la Fuensanta, la criada murciana; y estaban la Paquita Ordóñez y su frivolidad y la Casa de Baños; y estaba Pepín Vázquez y su melancolía; y estaban las chicas del Fígaro, y la pelea con los cadetes, y los jurados mixtos y, andando el tiempo, estaban incluso ella y Goyito, su hijo menor, que se marchó a los veintidós sin hacer antesala, y toda una vida.

Los paseos del viejo Eloy y su amigo Isaías concluían ordinariamente ante los viejos muros verdigrises de San Ildefonso, donde se remansaba el último sol. Esta tarde, en la plazuela se reunían muchos niños de corta edad y muchachas parlanchinas del tiempo de la Desi. El viejo Eloy golpeó a su amigo insistentemente en el antebrazo y, sin volverse del todo para no perder la caricia del sol, le dijo de medio lado:

—El superviviente está entre tú y yo, eso es.

Isaías entrecerró los ojos para protegerlos.

—¿El superviviente? —dijo.

—Claro —agregó el viejo Eloy—. Poldo Pombo decía: «¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?». ¿Es que ya no lo recuerdas?

Isaías se recostó en el viejo paredón, los ojos voluptuosamente cerrados.

—Pombo —dijo—. El mejor recuerdo que guardo de Pombo es la vez que le regaló a mi hermana Lupe un lorito de pico blando. Lupe atravesaba un mal momento y el detalle de Pombo la ayudó a sobrellevarlo.

Medio sol, un sol hinchado de color naranja, se ocultó allá, tras un cerro descarnado, y una progresiva paralización fue adueñándose de la plaza, que en pocos minutos quedó oscura, fría y en silencio. La piedra aún conservaba un resto de calor cuando el viejo Isaías abrió los ojos y vio a Eloy limpiándose maquinalmente la punta de la nariz con el pañuelo. Isaías acentuó su dorada sonrisa, fustigó el aire con el bastón, se encajó a tientas el sombrero y dijo con una sonrisa iniciando lentamente la marcha:

—Andando poquito a poco.

VIII

A mediados de noviembre, como cada año, se desató el norte. En unas horas el parque quedó desnudo y despoblado, a excepción de los gorriones y las urracas, que soportaban impávidos los rigores invernales. Los árboles, sacudidos por el viento, semejaban una zarabanda de esqueletos sobre una brillante alfombra de hojas amarillas. Dos días después el viento amainó. Empezaron a alzarse del río las nieblas del otoño y la ciudad se sumió en un estatismo agarrotado, precursor de las rígidas escarchas de diciembre. Mas antes que los hielos llegó este año la nieve. Se presentó embozada de unas metálicas nubes grises que en un santiamén cubrieron la ciudad y la bombardearon lenta, persistentemente, con sus copos ingrávidos, revistiendo de blanco las calles y tejados. Y, contra toda previsión, el temporal se prolongó cinco días con cinco noches. La vida en la pequeña ciudad se resumió en sí misma, como el caracol en su concha, aguardando mejor circunstancia para renacer.

El viejo Eloy, desde la cama, captaba cada mañana el glacial silencio de la calle. De vez en cuando emitía una bocanada de aliento sólo por el capricho de verlo cuajar por encima de él en deleznables nebulosas blanquecinas. Desde hacía una semana se levantaba más tarde que de ordinario. La jubilación no alcanzaba y había dado instrucciones a la Desi para no prender lumbre hasta las once. Ahora, acurrucado en el lecho, le parecía oír el blando posarse de los copos sobre el asfalto. Sentía frío, un frío impreciso que le hacía estremecer. Para mitigarlo refugiaba la punta del pie izquierdo tras la articulación de la rodilla derecha y luego cambiaba. Al fin, cansado de este juego, se rascaba áspera, obstinadamente el vientre por encima de la faja hasta sentir la concentración de sangre bajo la piel. Movía dubitativo la cabeza: «Gil asegura que hoy un hombre a los setenta no es un viejo; será un decir, creo yo».

Unos días antes se lo encontró en la plaza, pero Gil le tendió una mano desmayada y húmeda, abrió mucho sus ojos austeros y dijo sin detenerse: «Discúlpeme, don Eloy; llevo prisa. —Al alejarse murmuró entre dientes—: Demonio de viejo, en cinco semanas ha pegado un bajón de cinco años». No obstante, volvió la cabeza, agitó la mano y voceó: «¡Conservarse! ¡La jubilación le ha quitado a usted cinco años de encima!».

Mientras la nieve se descolgaba, el viejo Eloy pensó que la vida es una sala de espera y que como en las salas de espera hay en la vida quien va de la Ceca a la Meca para aturdirse y olvidarse de que está esperando. Hacía una semana que se recreaba en estas lucubraciones. Un día se le ocurrió que los viejos se ponen al sol porque ya llevan el frío de la muerte dentro. La depresión que en su ánimo pudieran producir estos pensamientos se compensaba por la creencia de que eran unas ideas lúcidas e inteligentes. Pero si meditaba algún tiempo sobre ellas, llegaba a la desoladora conclusión de que, inteligentes o no, las tales ideas no le eran propias. Ya Pepín Vázquez afirmaba en 1930 que la jubilación era la antesala de la muerte y, sin remontarse tanto, Carrasco, su compañero de negociado, cada vez que cruzaba ante los muros de San Ildefonso decía cínicamente que los viejos y los ajusticiados se arriman a la pared para tener donde apoyarse en el momento de la caída.

Propias o no, tan pronto estas ideas empezaban a desperezarse en su cerebro, el viejo Eloy se arrojaba de la cama tiritando, se embutía en su mustio batín gris y corría a refugiarse en la cocina. Allí, junto a la Desi, oyendo el dulce crepitar de la lumbre en el hogar, experimentaba una plácida sensación de equilibrio:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—Ande, ya va para rato.

—¿Y nada?

—Nada.

Movía la cabeza para disimular su contrariedad:

—Bueno, hija —añadía—. Ante todo buenos días, que no había saludado.

Se sentaba en el taburete, pegado al fogón, las manos tembloteantes y violáceas patéticamente abiertas sobre la chapa. Cualquier menudo incidente bastaba para establecer comunicación:

—¡Jolín!, me quemé.

—Anda con ojo, hija.

—¡Otra! ¿Y qué quiere que haga?

La Desi se embadurnaba el dedo lastimado con aceite crudo y harina. Explicaba:

—Allá en el pueblo, Marcos, mi mediohermano, se abrasó una vez las piernas cuando las hogueras de San Juan.

—¿Tienes un mediohermano, hija?

—Tenía. Práxedes, el Raposo, le sacó las tripas con una horca cuando la riada del 52.

—¡Vaya por Dios! ¿Es eso cierto?

—¡Mire! Tan cierto como que me llamo Desi.

—Dime, hija, ¿cómo fue eso?

Por un instante la muchacha interrumpía sus quehaceres. Observaba al viejo con un asomo de irritación, pero lo veía tan desmantelado que terminaba por reanudar su tarea y añadía pacientemente:

—El Raposo tampoco tuvo la culpa, no se vaya usted a pensar. El río le arrastraba la vaca y el Marcos, que era inocente, no hacía más que vocear: «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!». Y entonces fue el Raposo, agarró la horca y lo dejó en el sitio. Todo en menos de lo que se tarda en decirlo.

La Desi, al concluir, agitó la mano lastimada en el aire:

—¡Jolín!

El viejo arrugaba la cara:

—¿Duele, hija?

—¡Mire! Don Federico decía: «No hay cosa peor que una quemadura seca y una mancadura de zapato».

—¿Don Federico?

—A ver, el médico de mi pueblo.

—¡Ah!

Fuera, se descolgaba la nieve fúnebremente. En las ramas entumecidas de los plátanos se formaba una leve cenefa blanca. El viejo miró a la ventana y se estremeció. Luego cruzó los brazos sobre el estómago y dijo:

—Y ese muchacho, Desi, ¿qué fue de él?

—¿Qué muchacho?

—El Zorro, hija, el de la horca.

La chica soltó una risotada y se golpeó el muslo con la palma de la mano:

—¡Qué Zorro, ni qué demontre! El Raposo querrá usted decir.

—Eso, hija, el Raposo.

—Lo empapelaron. Pero no es ningún muchacho, no se crea. Apuesto a que el Práxedes no cumple ya los treinta, ya ve.

El viejo suspiró. Por un momento no se oía en la cocina sino el doméstico fragor de las cacerolas en el hogar. La mirada del viejo vagaba inquieta de un lado a otro. Al cabo se detuvo en la Desi. Dijo con tono soñoliento:

—También la señorita abrasó una vez a Goyito, mi hijo segundo, con una botella de agua caliente.

—¿El que murió?

—Ése. Era un diablo de chico. No había trastada que no se le ocurriera a él. Cuando mi mujer lo quemó no tendría arriba de dos semanas. Lo llevaba en el cochecito al médico y el chico se rebulló y se abrasó. Como lloraba, ella decía: «¿Qué le ocurrirá hoy?. —Pero el doctor dijo al desfajarlo—: Ajajá, esto es una quemadura de segundo grado». Y tanto Lucita, bueno, mi señora, como yo nos asustamos. Y ella, finalmente, se echó a llorar.

La Desi, en el centro de la cocina, observaba al señorito sin pestañear, las rojizas manos cruzadas sobre el regazo. A la chica se le antojaba que el viejo contaba muy bien las historias, pero siempre temía que las dejase inconclusas. Esto acontecía con frecuencia, cuando, sin motivo aparente, su mirada se volvía lejana y como translúcida. Ella le tendió un puente para evitarlo:

—¿Y murió de eso la criatura?

El viejo sacudió obstinadamente la cabeza:

—¡Oh, no! El doctor dijo que en una criatura tan tierna la cosa podía ser grave, pero le cortó la vejiga y le recetó un medicamento para… —Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó blandamente por la punta de la nariz— para espolvoreárselo con un pulverizador. Lucita, bueno, mi señora y yo nos turnamos toda la noche y a la mañana la herida estaba casi cicatrizada. Pero la criatura seguía berreando y al fin mi señora se dio cuenta de que hacía más de doce horas que no le daba de mamar.

La chica sonrió tenuemente.

—Para sabido —dijo—. Si a usted le dicen que el chico la doblaría joven ni se toma esa molestia, ¿no es cierto?

El viejo calló. Sus conversaciones con la muchacha tenían esta ventaja. Ella jamás exigía una correspondencia. Si él hablaba, ella se lo agradecía y nada más. Pero, en los últimos días, había ratos en que el viejo se impacientaba. Entonces se llegaba a la ventana para ver caer la nieve. De cuando en cuando decía como para sí: «Ahí vuelve Martínez del almacén. —O bien—: Don Estanislao no deja las cotizaciones así se hunda el mundo, eso es». O bien: «Ya va don Demófilo a la Escuela Normal. Las doce menos tres minutos».

Al quinto día de temporal, la Desi se asomó a la ventana con él. La ciudad, aletargada bajo la nieve, apenas dejaba trascender su vitalidad por las bocas de las chimeneas. El mundo era un enrarecido silencio. Cruzó un ciclista y, ante la ventana, la rueda trasera describió un fulminante zigzag. La muchacha se palmeó sonoramente el muslo y soltó una carcajada:

—A poco coge una liebre el pelado ese —dijo.

El viejo le reconvino:

—Hija, ¿por qué razón ha de ser un pelado?

—Ya ve, manías —dijo la chica.

El viejo se volvió, arrimó el taburete a la lumbre, se sentó y dijo, cruzando lentamente los brazos sobre el estómago:

—Poldo Pombo, un amigo mío, se fue hasta Madrid en bicicleta. No creo que fuera un pelado por eso, hija. Él sólo quería asistir a la coronación del rey.

La frente de la muchacha se frunció en un esfuerzo. Dijo al fin, cálidamente, la mirada encendida y como si diera de pronto con la solución de un problema largo tiempo perseguida:

—El rey es el que mandaba en todo, ¿no es eso, señorito?

—Así es, mandaba en todo menos en el destino. Ya ves, hija, un hombre que disponía de todas las cosas, en cambio no tenía padre.

A la chica se le enfrió la mirada:

—No empiece —dijo con cierta suspicacia—. Padre lo tiene hasta el más pobre.

—Pues él no lo tenía; así son las cosas, hija. Cuando nació lo envolvieron en pañales negros. La criatura, con todo su poder, jamás conoció a su padre.

La Desi se espantó de un manotazo un mechón de pelo de la frente. Dijo con reprimida animosidad:

—Ya está usted con la copla de siempre.

Fuera, la nieve continuaba descolgándose con una obstinación irritante. Una yerta rigidez cubría las calles y tejados. El viejo Eloy, cada vez que se arrimaba a la ventana, experimentaba la impaciencia propia de la reclusión. La blancura del panorama urbano le lastimaba los ojos. A veces, junto a la lumbre, se transponía, y la Desi, la muchacha, había de llamarle la atención: «Señorito, el pañuelo». Se tocaba delicadamente la nariz. Decía el viejo, sobresaltado, sacando apresuradamente el pañuelo del bolsillo del batín: «Gracias, hija». Algunos ratos, con objeto de distraerlo, la muchacha le contaba historias de nieve, como la de la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una noche a la entrada del monte, o la de las fiestas de los Quintos del 47, cuando se puso a nevar y los forasteros quedaron bloqueados y el pueblo entero se hartó de bailar durante cuatro días con cuatro noches, o la cacería del zorro con el Eutropio, su futuro cuñado, una noche de luna.

Decía la chica:

—El raposo hacía cada día una de las suyas y se zampaba una gallina del corral. El Eutropio, o sea, mi cuñado, decía: «Cualquier noche lo aguardo y va a pagar de una vez por todas. —Y aprovechó la nevada y la luna y va y nos

dice—: ¿Queréis subir?». Y subimos con él yo y mi hermana, la Silvina. Él se apostó en el ventano del gallinero y no decía palabra y yo y la Silvina venga de mirar por encima de su hombro.

El viejo observaba a la chica distraídamente:

—Sí —dijo.

Prosiguió la Desi:

—La nieve brillaba con la luna y los pinos a contrapelo parecían talmente negros. Allá anduvimos más de dos horas de reloj, que se dice pronto. Y de repente, el Eutropio se vuelve y nos chista y va y nos dice: «Ve, ahí viene, a callar». Y el pellejo de él se arrimaba de culo para arrancarse…

Cortó el viejo.

—Desi, hija, no digas disparates.

La muchacha se encampanó:

—¿Es que acaso está mal dicho?

—No es eso, Desi, pero se pueden decir las cosas de otra manera.

Súbitamente la cocina pareció inundarse de luz. La chica, que iba a replicar al viejo, levantó la cabeza de un golpe, como espantada, observó un momento atónita en derredor y, finalmente, corrió hacia la ventana, voceando con un leve acento histérico:

—¡El sol, señorito! ¡Es el sol!

Una brisa queda empezó a batir las yertas ramas de los plátanos y cuarteó el brillante cielo plomizo y, entre las hendiduras, se filtró una húmeda, amarilla luminosidad que fue henchiéndose paulatinamente a medida que el viento ahuyentaba a las nubes como el perro a las ovejas de un rebaño.

IX

El domingo 11 de diciembre, la Desi, la muchacha, cumplió veinte años. La víspera le había dicho a la Marce por el sórdido patio de luces con acendrada melancolía: «Marce, chica, ya voy para vieja». Y no era un decir, porque la Desi desde que tuvo uso de razón pensó que, en efecto, la vejez se inicia con la segunda decena de la vida, y la chica que no se casa antes de esa edad, de no espabilarse, se queda para vestir santos. Y para mitigar su depresión, la muchacha se refugió en su alcoba, los cerriles ojos clavados en la foto de las fiestas del 50, y por una inesperada circunstancia, el Picaza se resistió esa tarde a sonreírle o a guiñarle un ojo, y cuando el señorito la llamó para la lección, hubo de empolvarse la cara y sorber por dos veces la moquita para que él no advirtiera que había llorado. Y el viejo le tendió el diario, como de costumbre, señalándole con la uña uno de los negros titulares, y ella deletreó:

—El-Ca-u-di-llo-re-cha-za-pu-e-Es-pa-ña…

Dijo el viejo:

—No, Desi; no es «pue» sino «que». Si la letra que sigue está detrás de la barriga de la primera ésta es p y no q. ¿Comprendes?

—Sí, señorito —dijo ella sin ninguna convicción.

—Apréndelo de una vez, hija. Piensa una palabra que empiece por pe o por pi. Una palabra que te caiga en gracia, ¿oyes? De este modo no lo olvidarás.

La chica movía los labios como si rezara y sus párpados entornados delataban una dolorosa concentración. El viejo la observaba encarecidamente. De pronto, la muchacha se sofocó, redondeó los ojos, se llevó las dos manos a las rojas mejillas y volvió a él su cabeza triunfante:

—¡¡Picaza!! —dijo exaltada.

—Bueno, picaza, vale —dijo él—. ¿Cómo se te ocurrió una palabra tan rara, hija?

Ella sonreía azorada y seguía musitando «Picaza, Picaza» maquinalmente y, al fin, añadió:

—Es una amistad.

Dijo él:

—¿Una amiga tuya se llama con ese nombre?

Se acentuó el sonrojo de la chica:

—Es un mote ¿sabe? Y es un amigo, no una amiga, para que se entere.

—Está bien, hija.

Ahora, junto a la Marce camino de la iglesia, pensaba en lo diferente que era la p de la q y en lo divertido que resultaba que la i de Picaza se refugiase, como acobardada, tras la gran barriga de la P. Mas no le dijo nada a la Marce. Aunque a veces experimentaba deseos de revelar su secreto, era más fuerte su anhelo de sorprenderla.

Aún no había amanecido y la escarcha blanqueaba el césped del parque y las huellas de las muchachas quedaban impresas en el sendero. La Desi, embutida en su abrigo color ladrillo, prendía a su amiga por el brazo, a la altura del codo, y le decía confidencialmente que no creía que la Tasia se casara porque los hombres una vez que entran en el prado ya no se casan. El abrigo color ladrillo le venía muy justo a la Desi y por los bajos asomaba el percal de la bata. Antes lo usaron la Doro, la Silvina, la Candi y la Alfonsina, y ella lo heredó a los catorce años y aunque hoy cumplía los veinte y la prenda la venía estrecha, y estaba mustia y sudada por los sobacos, la chica pensaba prudentemente que aún podría tirar otras dos temporadas.

La iglesia se alzaba del otro lado del parque y en primavera y verano la Desi aprovechaba el despertar de los pájaros para migarles un pedazo de pan al tiempo que imitaba el silbido de los mirlos. Los gorriones y las palomas acudían a su silbido y rodeaban a la muchacha y, en ocasiones, si iba sola, se posaban confiadamente sobre sus manos y sus hombros. A la Marce la descomponía la actitud de su amiga: «Llevas el pueblo en la sangre», le dijo un día. Y la Desi pensó abandonar su costumbre, mas el domingo siguiente los gorriones la miraron con unos ojos tan suplicantes, gorjeando de un modo tan lastimero, que decidió volver a las andadas aunque la Marce se enojase. Pero la Marce se limitó a encogerse de hombros y sólo le dijo: «Eres más bruta que la pila de un pozo, maja».

Sin embargo, en invierno no amanecía Dios hasta las ocho dadas y no existía problema. Los pájaros aún dormían cuando ella atravesaba el parque. La Marce le había dicho en la escalera esta mañana: «Que cumplas muchos, maja», y la besó formulariamente en la mejilla. La Desi se sonrojó y le recordó que la invitaba a desayunar en la churrería, pero que no dijese una palabra a las otras porque ya sabía cómo las gastaba la Tasia y que hoy no estaba para pitorreos. En efecto, en la iglesia no acertó a concentrarse, ni sintió como otras veces, sobre su nuca humillada, cuando la elevación, la mirada de la Virgen de la Guía. De ordinario, la Desi permanecía en misa distraída, haciendo muecas a sus compañeras o riéndose de las trazas de los

cazadores que se alineaban con sus arreos, como un ejército, en los bancos de la izquierda. Únicamente se recogía devotamente cuando el monaguillo tocaba la campanita. En estos momentos la muchacha advertía que la Virgen de la Guía se filtraba a través de la alta cúpula y entonces se encogía sobre sí misma, sintiéndose polvo y ceniza, y se golpeaba rítmica, ardorosamente el pecho con el puño cerrado, mientras murmuraba: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo». Y reclinada sobre la madera recibía el impacto de los ojos de la Virgen como el pinchazo de una aguja sutilísima en la primera vértebra cervical; por unos instantes permanecía inmóvil, como petrificada, hasta que la campanita agitada reiteradamente por el monaguillo anunciaba que la Virgen había regresado al cielo a través de la alta cúpula, sin romperla ni mancharla, y ella, la Desi, podía tornar impunemente a sus codazos y sus muecas con las compañeras.

Al concluir la misa, las chicas comentaban en el atrio las novedades de la semana: los despidos, los ingresos, las enfermedades. O se hacían las presentaciones de las nuevas en el barrio, mientras en lo alto de la calle se iban borrando las estrellas.

—Aquí, mi hermana; aquí, una amistad.

O rodaban los consejos bienintencionados:

—Como eso de echarse otro novio de verano como hace la Nati. Eso, por mucho que ella diga, no está bien hecho.

O bien:

—No te metas algodones, Puri, hazme caso. Luego toca él y lo que pasa.

O bien:

—¿Sabes lo que me dice el Emiliano? Que si no le contesto, para el mes que viene pide relaciones a mi hermana, date cuenta.

Pero hoy la Marce no dio tiempo a comentarios porque, tan pronto el corro empezó a formarse, ella se situó en el centro y dijo señalando a la Desi:

—Chicas, hoy es el santo de ésta.

La Desi, la muchacha, apenas tuvo tiempo de turbarse porque dos docenas de compañeras se abalanzaron sobre ella, la prendieron por las orejas y el cabello y no pararon hasta hacerla rodar por las piedras del atrio, entre un cacareo aturdidor. Al incorporarse, la chica sangraba por las rodillas y con el pelo alborotado, derramado en greñas por el rostro, parecía un personaje cómicamente caracterizado. Mientras se sacudía el polvo del abrigo color ladrillo, oyó la voz de la Tasia:

—No sabía que fuera San Antón.

La Desi alzó la cabeza, hinchadas las venas de la frente, y dijo con voz sofocada:

—¡Calla la boca tú, estropeabarrigas!

Estaba a punto de llorar pero no lo hizo por amor propio. No obstante, camino de la churrería, a solas con la Marce, cuando Dios amanecía por encima de los tejados, le advirtió tímidamente:

—¿A qué ton hiciste eso, Marce? Ya te dije que hoy no estaba para pitorreos.

La Marce levantó los hombros:

—Vamos, maja, no te tomes las cosas tan a pecho.

La Marce andaba arrastrando los zapatos como un recluta y su fofo busto se movía a compás de cada zancada. La Desi, cuyas piernas eran más cortas, correteaba como un perrillo a su lado para parear el paso al de su amiga. No abrió la boca, sin embargo, hasta no verse sentada a la rústica mesa de la churrería. En un rincón había una cuadrilla de cazadores que hablaban a voces y en el mostrador un borracho noctámbulo bebía un vaso de aguardiente. En la mesa de al lado, cuidadosamente plegado aún, estaba el periódico del día. La Desi, la muchacha, lo miró de reojo. El titular más grueso de la primera plana podía leerlo de un tirón. Estuvo a punto de hacerlo, pero se aproximó el camarero y ella se dominó. Después de pedir los chocolates se volvió a su amiga:

—En un sitio como éste se celebran las bodas en mi pueblo.

La Marce estaba como distraída:

—¿No es donde el tío Boti? —dijo con desgana.

—Sí, donde el tío Boti. ¿Por qué lo sabes, Marce?

—Ya estuve allí.

La Desi olvidó súbitamente su rencor y aproximó su banqueta a la de su amiga:

—Digo —dijo con aire confidencial— que yo he de casarme en tal día como hoy. Desde que era una chavala lo tengo determinado. La boda el día de mi santo. ¿Tú, Marce?

—Ya veré.

—En vida de mi madre, ella decía: «A cada una os daré una gallina el día de la boda, como hacía mi difunta suegra». Pero ella se murió y la Caya, como no me envíe cuatro palos por correo, ya estoy dándole las gracias, ¿no te parece, Marce?

—A ver.

Se aproximó el muchacho con los chocolates y los churros. Los cazadores discutían a voces en el rincón y la perra canela se puso de manos sobre la mesa y uno de los cazadores la golpeó y le dijo conminatoriamente: «A echar, Doly», y el animal, entonces, se enroscó dócilmente bajo la mesa próxima y dirigió a su amo una mirada suplicante. Y dijo su amo jactanciosamente: «Allá en América la perdiz, nada. Como yo digo, es medio marica: para bajarla, basta con reportarse».

La Desi alzó la mirada hacia él y luego la bajó a la mesa próxima, hasta el diario, y deletreó mentalmente: «El-Ca-udi-llo-re-ci-be-al-re-y-Si-me-ón». Puso la mano sobre el brazo de su amiga y dijo con la boca llena:

—Allá en mi pueblo, el novio y el padrino van a buscar a la novia a casa. El vecindario anda a la puerta y aviada vas si no saludas con simpatía. A la Silvina yo no hacía más que repetirle: «Da de mano al vecindario. Da de mano al vecindario, mujer. —Y ella andaba revuelta y me voceaba—: ¡Quieres callar la boca!». Pero yo se lo decía por su bien. Si no, te cuelgan la fama de antipática y vas aviada. ¿Eh, Marce?

Dijo la Marce lánguidamente:

—En los pueblos ya se sabe.

—Y luego las vecinas que si le ponen el sostén a la novia, que si lo dejan de poner. ¡Es una juerga!

Las dos muchachas comían a dos carrillos. De nuevo tentó el diario a la Desi y para vencer la tentación la chica le dijo a su amiga:

—En la iglesia de mi pueblo hay dos filas de bancos, la de la derecha para los niños y la de la izquierda para las niñas. Y lo dice así en un pilar pero eso es para la misa de los domingos y en las bodas nadie hace caso y en los bancos de los niños se ponen los invitados de una parte y en los de las niñas los de la otra parte. Y, chica, algunas veces se miran así unos a otros como si se fueran a abanicar; ya ves qué cosas.

Salían los cazadores y la perra canela se les enredaba entre las piernas en su afán de no quedar rezagada. Voceó el churrero: «¡Que pinte bien!. —Y el grupo dijo a coro—: ¡Gracias!». A poco entró el retén de bomberos, cuyo parque estaba dos manzanas más allá. El borracho los miraba, pacíficamente recostado en el mostrador. La Desi se aproximó aún más a su amiga y acentuó el tono confidencial.

—Cuando la boda de la Silvina, todo Dios tenía algo que decirle. Y anda que al Eutropio no le dejaban parar. Y a la noche, la Culohueco, el ama del señor cura, con el Delfín y toda la cuadrilla, les hicieron la petaca en la cama. ¡Menuda juerga!, y menos mal que no se la desarmaron. A la Daniela, el día

que se casó le metieron un marrano bajo el colchón con una esquila y todos andaban en la calle aguardando y cuando sonó la esquila se subieron por el balcón y les pillaron… ¡Figúrate, Marce, cómo les pillaron!

La Marce ya no comía churros. Como de costumbre, sus ojos acuosos tenían un aire apagado y ausente. Dijo:

—Antes me quedo soltera que casarme en un pueblo, ya ves tú.

—Anda de ahí, Marce. Para sosas, las bodas de la capital. En mi pueblo te metes en juerga a las diez de la mañana y hasta las diez del día siguiente no has terminado. Primero el refresco, luego la comida, con orquesta y todo, y después la cena. Y no hablo de muertos, Marce; ve ahí tienes a mi hermana, que te lo puede decir.

La Marce bostezó. A la Desi le tiró un momento el diario desde la mesa vecina: «El-Ca-u-di-llo-re-ci-be-al-re-y-Sime-ón». La voz del borracho la salvó de nuevo. Se le habían caído los billetes al pagar y juraba mientras los recogía sentado en el suelo.

—Está bueno ése, ¿eh, Marce?

—Sí.

Sonrió la Desi con expresión remota. Dijo:

—Ahí es nada con la que se armó en mi pueblo en el refresco de la Silvina. Empezaron los mozos copa va, copa viene, y que «viva el señor cura», y que «vivan los novios», y que «vivan los padrinos» y que «vivan los invitados, —y ya sabes lo que pasa. Al final todo el mundo juma venga de cantar—: Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán, al que no le gusta el vino, es un animal». Y le hicieron corro a don Fidel, el maestro, que no bebe, y dale que le das. Hasta el párroco estaba en el corro, figúrate, Marce.

—Ya es humor.

—Ahora, lo mismo que digo una cosa digo la otra. Si yo no puedo dar refresco, comida y cena y llevar orquesta como Dios manda, no me caso. Yo siempre se lo digo a él, ¿eh, Marce?

—Sí.

—Lo mismo que la ropa. La Silvina se casó de cualquier manera. Y no es cosa de ir desnuda, como yo digo. No vas a ir el día de la boda sin camisa. Prefiero casarme de mañana y comprarme una camisa. ¿No te parece, Marce?

Le daba a su compañera con el codo:

—A ver —dijo su amiga.

La Desi se cortó un instante. Dijo luego:

—No estarás disgustada, ¿verdad, Marce?

—¿A qué ton voy a estar disgustada?

—Come más churros, guapa.

—No puedo meter uno más; estoy implada.

La Desi sonrió. De nuevo se le iban los ojos al diario. Los bomberos charlaban con voces adormiladas. El borracho salió haciendo eses. Repentinamente la Desi alargó la mano, atrapó el diario, se sofocó y dijo con unos redondos ojos iluminados:

—Marce, te voy a decir una cosa… ¡Ya sé leer!

Su amiga se mordió el labio inferior. Prosiguió la Desi:

—Atiende, verás.

Colocaba nerviosamente su basto dedo bajo la línea de gruesos caracteres cuando la Marce se puso en pie. Dijo sorprendida:

—Pero ¿sabes la hora que es, maja? Se sienta una a comer churros y se olvida hasta de su nombre. A estas horas podía ya tener levantadas dos habitaciones. ¿Has pagado?

X

Una tarde, arrodillado junto a la mesa-camilla como era su costumbre, el viejo Eloy decidió visitar a Pacheco, el óptico. El viejo Eloy alimentaba el prejuicio de que el día que no se arrodillaba durante media hora después de la comida se le retrasaba la digestión. A los setenta años cumplidos el viejo Eloy observaba sus propias normas para discurrir por la vida y si alguien le contradecía él apelaba a la razón y la experiencia para defenderlas. La primera vez que la Desi le sorprendió de rodillas en la sobremesa la muchacha cerró la puerta azorada. Él voceó: «¡Pasa, pasa, hija, no estoy rezando!». La chica no dijo nada pero en todo el tiempo no le quitó los ojos de encima y recordó con un escalofrío de terror al Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no se le ofrecía ninguna proporción.

Sin embargo, a su amigo Isaías, el viejo Eloy le decía que era razonable que el hombre hiciera mejor la digestión de rodillas que de pie porque en aquella postura el estómago permanecía más próximo del centro de la tierra y en consecuencia la gravedad tiraba de los alimentos con más fuerza y que observase la facilidad de digestión de los niños y que por qué creía que los niños hacían la digestión más rápidamente que los adultos. Luego le dijo que, observando rigurosamente esta precaución y evacuando el vientre diariamente en el parque, cualquier individuo normalmente constituido podía alcanzar la longevidad. A esto le respondió Isaías que cada cual disponía de sus recursos y que Aguado, sin ir más lejos, se regulaba revisando legajos viejos y que según él era por el polvillo, pero que eso nunca se podía saber. El viejo Eloy se reía de estos remedios y le animaba a que ensayase el suyo y a que probase, asimismo, de subir las escaleras de su casa doblado por la cintura en ángulo recto, ya que de este modo el diafragma se desplazaba y podían ascenderse cincuenta y hasta sesenta peldaños sin que los pulmones se fatigasen. Un día, subiendo así las escaleras, el viejo embistió a don Aurelio, el delineante, el señorito de la Marce, que en ese momento descendía, y se sintió turbado y se llevó tímidamente la mano al ala del sombrero, y don Aurelio sonrió muy comprensivo y sólo le dijo: «Creí que jugaba usted al toro, don Eloy». Desde entonces el viejo se detenía en cada tramo para escuchar si alguien bajaba y evitarse un nuevo sofoco.

De ordinario, las decisiones trascendentales las adoptaba el viejo Eloy mientras iniciaba la digestión arrodillado ante la mesa camilla. Así determinó una tarde visitar a Pacheco en la óptica y estimularle a reorganizar la actividad de la Sociedad Fotográfica. Dos días antes había resuelto visitar a sus compañeros de Corporación para felicitarlos por la rapidez con que actuaron los mangueros después de la gran nevada. No obstante, había sufrido entonces una dura decepción. Él imaginaba que su irrupción en el negociado tendría una acogida calurosa, pero don Cástor, el jefe, le dijo solamente: «¿Ha visto? La prensa nos ha echado encima a la opinión». Nadie levantó los ojos, excepto Carrasco, quien desde lejos mostró el dedo índice erecto y lo hizo girar un momento por encima de su cabeza. Dijo el viejo Eloy, limpiándose mecánicamente la punta de la nariz con el pañuelo: «Precisamente cuando la nieve el personal se comportó como los buenos. Yo venía a felicitarlos por ello». Don Cástor sólo tenía ojos para sus papeles. Tardó cinco minutos en responder al viejo Eloy y cuando lo hizo tampoco le miró a la cara: «Eso dice usted. Usted es parte —le salió la voz de bajo profundo, por lo de las cuerdas, al añadir—: Usted no es la prensa. Estamos pensando en una reorganización».

El viejo se apeó del tablado y se arrimó al radiador. Hubiera querido estar muy lejos de allí pero no se decidía a marcharse. Observaba la vieja oficina con sus suelos polvorientos y sus mesas carcomidas y sus gigantescos rimeros de impresos —«SERVICIO DE LIMPIEZA», «PARTE DE TRABAJO», «VISADO DEL VIGILANTE DEL VERTEDERO»— como si fuera la primera vez que los veía. Y, cosa extraña, se aferraba al radiador ávidamente, temiendo que su espontáneo entusiasmo y su antiguo afecto por la Corporación le traicionasen y le empujasen hacia una de las mesas donde sus compañeros trabajaban. Sintió alivio cuando vio a Mauro Gil incorporarse y venir hacia él, pero Gil no pretendía saludarle sino que le empujó levemente para poder pasar a Secretaría General: «Por favor, don Eloy. —Y al regreso le dijo, sin detenerse—: La prensa nos ha echado encima a la opinión. Dice que la ciudad está sucia. ¡Ya ve usted! Ahora andamos tras un reajuste de horarios y estudiando un aumento de personal».

El viejo se sentía abochornado. Le avergonzaba hallarse allí, ocioso, tontamente aferrado al radiador, mientras sus antiguos compañeros planeaban aquel gigantesco plan de reorganización del servicio municipal de limpieza, pero no se resolvía a marcharse. Y al intentar hacerlo, al fin, Carrasco se incorporó perezosamente y le salió al encuentro y le dijo: «Hola, abuelito», y después le tomó del brazo y le acercó a su antigua mesa y un muchachito pálido, de orejas como alas, que ocupaba su puesto alzó entonces la cabeza y

le dijo Carrasco: «¿Cómo entraste aquí, Pin? Díselo al abuelito. —El muchacho vaciló y quiso ponerse en pie, pero Carrasco le disuadió y le dijo —: No te molestes, el abuelito es de casa», y al fin el muchachito movió las orejas y dijo: «Por… por oposición. —Carrasco se encaró con el viejo Eloy —: ¿Eh? Ya lo oyes». Luego se volvió al chico: «Dile al abuelito cuántos ejercicios tuviste que hacer, anda, Pin. —El muchachito parecía un perrillo amaestrado—: Tres. Uno oral, otro escrito y otro práctico». Carrasco miró al viejo: «¿Eh, qué te parece?». El viejo temblaba. A veces pensaba que Carrasco era un ser perverso y que, en determinadas circunstancias, sería capaz de matar. De nuevo se dirigió Carrasco al nuevo: «Pin, dile al abuelito ahora cuántos kilos perdiste preparando la oposición, anda. —Dijo el muchachito, azorado, agitando otra vez las orejas como un gnomo—: Ocho… pero ya recuperé dos y medio». «Bueno —dijo Carrasco—, pues aquí tienes al abuelito. Entró en la Casa hace más de cincuenta años por el dedo y en premio a haber vivido toda su vida de guagua le dan un banquete y una medalla y una pensión vitalicia, ¿qué dices a esto, Pin?». El muchachito se sonrojó, movió las orejas y sonrió. Entendía que era una broma. También el viejo trató de sonreír echándolo a barato, pero sentía miedo y dijo: «Usted, Carrasco, siempre con su buen humor. —Pero Carrasco puso cara de juez para decir—: No bromeo, abuelito. Anda, Pin, dile al abuelito que no bromeo». Y Pin tornó a sonreír azorado y el viejo dijo: «Me marcho, se me hace tarde», y entonces Carrasco se inclinó con la temblona mano del viejo en la suya y se la besó ceremoniosamente.

El viejo Eloy, cada vez que recordaba esta escena, se consternaba. El recuerdo le despertaba una sensación como de asco o de miedo. Movía la cabeza de un lado a otro para aventarla. Sin mayor motivo la oficina ahora le aterraba. Era como si hubieran puesto a la puerta dos feroces perros guardianes. Pensó en Pacheco con alivio. «Él es otra cosa», se dijo.

Y, en efecto, Pacheco lo acogió cordialmente y hasta sus gafas, sin montura, de cristales impolutos, le sonreían abiertamente. En el Círculo aseguraban que Pacheco no precisaba lentes, pero los gastaba como propaganda de su establecimiento. Pacheco le dijo: «Cuánto bueno por aquí, don Eloy. ¿Qué hace que no nos vemos?». La óptica de Pacheco era un comercio tentador; un comercio plagado de objetos brillantes y celofanes y al que la habilidad decorativa de su dueño le imprimía un sugestivo ambiente de asepsia absoluta.

—Siéntese, don Eloy.

El viejo se sentó, se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y carraspeó banalmente. Dijo, al cabo:

—Recuerda usted, Pacheco, cuando mi intervención en la Sociedad allá por el año 33.

Pacheco asentía sonriendo, sus regordetas manos de uñas acicaladas depositadas sobre la vitrina:

—Yo le decía: «No tengo ingenio ni tengo voz», pero usted se obstinó y yo hice el ridículo. ¿Se acuerda usted, Pacheco?

Pacheco hizo un imperceptible ademán a una de las señoritas de bata blanca para que atendiese a un cliente. Después se acodó en la vitrina y miró al viejo. Sus gafas despedían unos destellos cegadores.

—¿Sigue usted con la Contax tres con cinco, don Eloy?

El viejo se sintió confundido. Dijo:

—Entre otras cosas de eso quería hablarle.

Pacheco frunció la frente, concentrándose, como si las palabras que esperaba del viejo fuesen para él de vital importancia.

—¿Qué vale hoy un carrete seis por nueve? —dijo el viejo mediante un esfuerzo y, al final, carraspeó como abriendo un paracaídas para que su pregunta no se desplomase de golpe, sino que cayese muellamente sobre su interlocutor.

Pacheco echó distraídamente sobre el mostrador un estuche amarillo:

—Éstos van bien. Son veinticuatro sesenta, pero van bien.

Le azoraban al viejo los destellos de las gafas de Pacheco. Le parecía que descubría con ellas hasta el fondo de su miseria.

—Todo ha subido —dijo—. Hoy la vida está por las nubes.

—Para usted no. Usted se lleva esto y lo paga cuando quiera, don Eloy. Usted en esta casa es el ministro de Hacienda.

—Gracias, hijo, pero no puedo aceptarlo.

—¿Cómo no? ¡Gemita, envuelva este carrete! No lo anote en caja. ¡Tenga! Un obsequio de la casa.

Cada vez que decía «Casa» a Pacheco se le hinchaban los carrillos, elevaba la voz y le imprimía un acento reverencial, algo así como si verificase la genuflexión ante un altar.

El viejo se sentía cada vez más aturdido. Intentó explicarle a Pacheco que su intención no era ésa, pero Pacheco sonreía con las gafas y no le daba tiempo a explicarse. Luego, para corresponder a su gentileza, el viejo estuvo hora y media recordándole pormenores de su actuación en 1933 y le dijo que Lucita, su señora, se irritó con él y le dijo que para ese papel más hubieran

adelantado quedándose en casa. Más tarde hablaron de la Sociedad y el viejo Eloy dijo bruscamente: «Está muerta», e inmediatamente advirtió que la frase era demasiado rotunda, ya que Pacheco era su presidente, y lo quiso arreglar, pero Pacheco no parecía ofendido y varias veces le dijo: «Disculpe, don Eloy», para atender a los clientes, y el viejo esperaba tranquilo y, cada vez que regresaba, Pacheco le decía: «Discúlpeme, pero éstas son horas de mucho ajetreo». Y el viejo asentía y, al despedirse, Pacheco extremó su amabilidad con el viejo Eloy y le animó a visitarle con más frecuencia y el viejo le dijo: «De mi actuación de 1933 sólo recuerdo con satisfacción que usted me dijo que entre mis trabajos había un par de fotografías de antología». Las gafas de Pacheco sonreían y aprobaban y el viejo Eloy le dijo que volvería por la óptica con alguna asiduidad, pues siempre era grato cambiar impresiones sobre la fotografía y entre los dos podían activar la vida de la Sociedad.

La semana anterior a la Navidad, el viejo Eloy bajó dos mañanas al parque con la Desi y la fotografió recostada en un banco, junto a la pajarera, migando pan a las palomas y en un estudio difícil a contraluz, sobre las brillantes aguas del estanque. El viejo procedía meticulosamente, medía los pasos tres veces, cambiaba la luz a cada fotografía y, generalmente, para evitar el temblor de sus manos, buscaba un punto de apoyo para la cámara. El tiempo había templado y un puñado de espectadores se arracimaba en torno. La Desi, la muchacha, se ponía furiosa porque los reclutas le gastaban chirigotas mientras posaba y ella se hartaba de llamarles «pelados» y «asquerosos» pero, a costa de ello, perdía la naturalidad.

Le voceaba al viejo:

—¡Vamos, señorito! Da usted tiempo a descabezar una siesta, concho.

El viejo volvía a medir los metros. Con la máquina en la mano le poseían unos vanidosos pujos de profesional.

—Paciencia, hija.

A los tres días volvió por la óptica y se sentó en la silla recostado en la columnita de espejos.

—Tres con cinco es hoy un objetivo anticuado, ¿no es cierto? —le dijo a Pacheco de súbito.

—Disculpe, don Eloy.

—Sí, hijo.

Pacheco atendía a la clientela. Al cabo se aproximaba al viejo:

—Zeiss envía hoy objetivos uno con ocho, pero son demasiado luminosos; hay que diafragmar mucho —decía.

El viejo se limpiaba el extremo de la nariz:

—Entiendo que la óptica azul es inevitable ya en cámaras de cierta calidad, ¿no es así?

—Disculpe, don Eloy.

—Sí, hijo.

Pacheco tardaba en regresar, pero el viejo le esperaba pacientemente contemplando las cámaras, las gafas, los prismáticos y los decorativos anuncios de las vitrinas: «Lentillas corneanas: únicas, sencillas, expresivas, limpias, adaptables, selectas. Amplia información; pruebas sin compromiso». «¡Utilice el nuevo Zeiss con exposímetro incorporado!». «Brújulas, estereóscopos, podómetros y termógrafos».

—Dice usted, el tres con cinco sigue siendo un objetivo cotizado —decía Pacheco—. Con el uno con ocho hay que diafragmar mucho.

—¿Sí?

—Claro.

—¿Y usted cree que una Contax como la mía…?

—Discúlpeme, don Eloy.

—Sí, hijo.

El viejo Eloy se hallaba a gusto en la óptica, envuelto en aquella atmósfera templada y aséptica, reconfortante. Mas Pacheco cada vez demoraba más el retorno a su lado. Cuando dos días después volvió con el carrete y se sentó, Pacheco dijo alarmado:

—¿Piensa usted aguardar, don Eloy?

El viejo se desconcertó; mas Pacheco era un hombre resuelto, de rápidas decisiones. Sonrió con el morrito fruncido, como un conejo:

—Pase al laboratorio y revele usted mismo, ¿eh? ¿Qué le parece?

El viejo temblaba como un niño pobre a quien le ponen de improviso un juguete caro entre las manos. Pacheco le acompañó al sótano y le ayudó a enfundarse en una bata blanca. «Bueno, —repetía el viejo Eloy—. Ensaye primero con una película estropeada. Tenga», advirtió Pacheco. «Descuide, hijo. —El viejo, al verse solo, pensó en la Desi. Cada mañana la chica le decía —: A ver si se luce usted, concho». La muchacha había pasado dos noches en claro pensando en las fotografías, pues el viejo aseguraba que saldrían tan bien como las portadas de las revistas. Al viejo le costaba acomodar sus ojos a la oscuridad; le era difícil, asimismo, hacerse a la idea de que disponía de un laboratorio para él solo, para revelar su propia obra. Desde muchacho, que trabajó unos meses en un daguerrotipo, era éste su sueño dorado. Finalmente la luz roja le permitió distinguir los líquidos y los recipientes. Primero ensayó con agua y una película estropeada y todo resultó bien. Luego desprendió la

película del chasis, cargó la cuba, vertió el revelador y agitó pacientemente. Sentía una emoción aguda y pertinaz sobre el estómago; la pura, decantada emoción del creador. Y cuando, al fin, levantó la película a la luz no vio más que un papel traslúcido, virgen, sin contrastes. Su decepción coincidió con la apremiante llamada de Pacheco a la puerta: «Don Eloy, abrevie; vamos a cerrar». El viejo corrió el pestillo y le mostró su obra y Pacheco confrontó los líquidos y dijo:

—Confundió usted el revelador con el fijador.

El viejo Eloy trató de sonreír cuando se desprendía de la bata blanca. Sus ojos se habían ablandado y denotaban una opacidad extraña. Pensó: «Tal vez Pacheco me regale otro carrete». Pero Pacheco, ya en la tienda, sólo dijo, señalándole los bajos de los pantalones:

—Además se ha manchado usted. Eso ya es peor. Esto no se quita.

Y el viejo Eloy pensó en la Desi y dijo:

—¡Qué le vamos a hacer!

XI

Cuando el viejo Eloy decidió celebrar la Nochebuena en compañía de la Desi y ordenó a la chica subir una botella de clarete de la taberna de la esquina tenía sus razones. El viejo Eloy rara vez actuaba a humo de pajas. Al dar este paso pensó que si había muchas cosas que olvidar, otras había que merecían ser celebradas. Una de las cosas a olvidar era, por ejemplo, el asunto de las fotografías; otra, el perdido calor de la Corporación; otra más, la hoja roja del librillo de papel de fumar; otra, en fin, el embrollado asunto de la manta. Este asunto de la manta había constituido para la Desi una de sus más crudas y hondas decepciones.

Dos días antes de la Nochebuena, y en combinación con el sorteo extraordinario de la lotería, le tocó a la muchacha una manta en la rifa anual de la Obra Pía. Sin embargo, cuando la chica fue a reclamarla del brazo de la Marce, el portero le informó que la manta correspondía al número 49 183 y no al 10 094, porque el premio decimoquinto no se contaba por el orden que daba el periódico sino por el orden de salida del bombo. La chica insistió, pero visto que de este modo no conseguía nada, se sofocó y le llamó a voces pendejo y tío granuja. El portero la amenazó con dar parte, pero la chica se acaloró aún más y la Marce hubo de sacarla de la conserjería a viva fuerza. Más tarde, ya en casa, la Desi se lo contó al viejo sollozando y le rogó que pasase él a reclamar la manta porque de una criada todo el mundo se pitorrea; pero si va un señorito, la cosa cambia.

El viejo se llegó por la tarde a la portería de la Obra Pía con el recorte del periódico y la papeleta, pero el portero reafirmó que el premio decimoquinto no se contaba por el orden que daba el periódico sino por el orden de salida del bombo y que, por lo tanto, el número premiado con la manta no era el 10 094, sino el 49 183. Aún intentó el viejo conmover el corazón del hombre, haciéndole ver que se trataba de una pobre chica de servicio, pero el portero dijo que de lengua no era tan pobre y que, por otro lado, él no era allí más que un mandado. En vista del fracaso, el viejo Eloy decidió celebrar la Nochebuena con la muchacha en la cocina, pero la chica, cuando él se lo propuso, se atropelló toda:

—Será capaz.

—¿Por qué no, hija? Aquí hace bueno. Además así podremos charlar.

Para entonces ya había una cosa que celebrar y la botella de clarete de la tierra no sólo constituía un lenitivo para las penas sino un nuevo estímulo de la alegría. El hecho ocurrió la víspera, inesperadamente, con la llegada del correo. La Desi, la muchacha, había voceado desde la puerta:

—¡Cartas, señorito! ¡Hay cartas!

Y él echó a correr a brinquitos indecisos y, en sus prisas, se golpeó la cadera contra la esquina de la mesa, pero no sintió dolor alguno. Después, al abrir el sobre, su respiración se tornó difícil y anhelante. A través de una lente de humedad, el viejo divisó el inefable portal y los muñecos coloreados y la primorosa orla y el «Felicidades» impreso en letras doradas y, abajo, en la caligrafía minuciosa y aprovechada que le era familiar, la firma: «León» y la infantil rúbrica, y, entonces, con el rostro distendido por un júbilo desproporcionado, levantó la tarjeta en alto y dijo:

—¡Es de mi hijo, Desi! El chico me escribe desde Madrid.

Todo su cuerpo se llenó de una viva ansiedad y volvió a mirar la tarjeta y cuando la Desi dijo con el rostro congestionado, a punto de estallar: «También yo tuve carta, señorito, —él murmuró—: Ya es coincidencia». Después la chica subió un momento donde la Marce y mientras estuvo ausente el viejo no apartó los ojos húmedos y reblandecidos de la cartulina, y cuando la Desi regresó le dijo: «¿Buenas noticias, hija?», pero la muchacha parecía en trance y él hubo de repetir la pregunta cuatro veces y ella, al fin, dijo como si de pronto despertara: «Buenas», y se llevó las manos al corazón y oprimió amorosamente la carta que acababa de ocultar en el seno.

Era de la Silvina, su hermana, la del Eutropio, y la Marce acababa de leérsela arriba de un tirón. Decía la Silvina: «Hermana, soy en decirte que para el 7 del que viene irá a ésa el Picaza para la mili, que cuando vaya a ésa el Picaza te llevará unos chorizos y unos bollos de los de casa». A la Desi, la muchacha, le faltó el aliento y trató de sujetarse el corazón y entonces lo sintió repicar bajo los huesos como una campana enloquecida. Al cabo de un rato tocó a su amiga en su blanco y rollizo brazo desnudo y dijo con la voz empañada: «Viene él, Marce, ¿te das cuenta?. —Dijo la Marce—: Sí, maja». Añadió la Desi: «Para dentro de quince días, ¿te das cuenta, Marce?. —Dijo la Marce sin cesar de trajinar—: Sí, maja». De pronto, la Desi se palpó ansiosamente las mejillas arreboladas y dijo: «Marce, por favor, ¿eché ya fuera el pueblo?. —Dijo la Marce sin mirarle la cara—: No corres tú poco, maja». La Desi sintió que el suelo y el techo se inclinaban y estuvo a punto de echarse a llorar. Dijo, no obstante, tras un esfuerzo: «Irás a Misa de Gallo mañana, ¿verdad, Marce?. —Su amiga se irritó. Dijo—: Tengo yo los

zancajos como para misas de Gallo». Entonces la Desi se marchó como sonámbula y, ya en casa, el viejo hubo de preguntarle cuatro veces que si buenas noticias, hija, para que ella se percatara.

El día siguiente amaneció quedo aunque frío y el ambiente de Nochebuena se filtraba a través de los cristales y encandilaba los sentidos. Y las iluminaciones de los escaparates y el altavoz de Ruiz Gandarias, el de los discos, cantando villancicos, y los cristales empañados de los cafés, y la esporádica agitación de las campanas, y la leve orla brillante de los plátanos, y la alegría como sobrecogida de los niños, subrayaban la importancia de la fecha. Por si fuera poco, el viejo Eloy pasó la tarde en la cocina, participando de los preparativos de la fiesta, y ordenó a la chica que subiera una botella de clarete de la tierra y, por fin, con todo dispuesto, le dijo: «Siéntate, Desi. —Mas ella hizo un mohín de recelo, como una recién casada en la primera noche, y dijo—: No sé qué me da, señorito». Él separó un poco el taburete: «¿Estás tonta, hija? Siéntate». Y ella, entonces, sumisamente, se sujetó contra las piernas el vuelo de la bata y se sentó. El viejo llenó los dos vasos de vino y levantó el suyo:

—¡Por las cartas! —dijo.

Y ella bajó los ojos:

—¡Qué cosas tiene usted, señorito!

Mas como el viejo aguardara, ella, al fin, tomó su vaso y lo apuró de un trago.

De pronto vio al Picaza más próximo y un júbilo gaseoso empezó a subirla del estómago al corazón. Dijo el viejo, mientras comía ruidosamente:

—Hace muchos años, en tal día como hoy, mi tío Hermene nos abría los armarios donde guardaba la ropa de sus antepasados y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la murciana, y yo y los amigos de los dos nos disfrazábamos y el tío hacía un concurso de chistes y otro de poesías y otro de villancicos y en cada uno daba un duro de plata de premio. ¿Recuerdas tú los duros de plata, hija?

—¿Qué duros?

—Los redondos.

Ella le miraba fijamente con su mirada desdibujada y el viejo, al observar sus ojos romos, desistía de proseguir:

—Come, hija.

Pensó el viejo, de pronto, que Suceso, su nuera, no firmaba la tarjeta, y lo fácil que le hubiera sido firmarla, y para matar la idea bebió otro buche de

clarete de la tierra y notó su ardor y su aspereza y su fuerza correrle piernas abajo. Y dijo:

—Madrid no se conquista en un día, es bobada.

—¿Madrid?

—A ver, hija. Una notaría en Madrid es un asunto más complicado de lo que parece.

La chica le miraba sin comprenderle. Pensaba que cuando el Picaza llegara cantaría *El relicario* y *Por qué tengo penas* a media voz, sólo para ella. Dijo:

—Allá en mi pueblo, en tal noche como hoy, Marcos, mi mediohermano, que era inocente, hacía una zambomba con el cuajo del lechón y nos daba la murga.

El viejo bebió otro buche de clarete para olvidarse de Pepín Vázquez y de sus lúgubres ideas sobre la jubilación. Cuando habló, la lengua se le trababa ligeramente al paladar:

—¿Tienes un mediohermano, hija?

Ella lo miró contrariada:

—Tenía —dijo, al fin—. Práxedes, el Raposo, le dejó en el sitio con una horca cuando la riada del 52.

El clarete de la tierra, y la serenidad de la noche y el lejano tañido de una campana iban ensanchando entre ellos un clima de intimidad. Dijo el viejo con voz tartajeante:

—Cuando yo nací mi padre también había muerto. Yo no cené una sola Nochebuena con mi padre. Me sucedió lo mismo que al rey.

—El rey es el que mandaba en todo, ¿no es eso, señorito?

—Así es, hija. Mandaba en todo menos en el destino. Ya ves, hija, un hombre que disponía de todas las cosas en cambio no tenía padre.

De nuevo bebió el viejo para olvidar su orfandad. Y bebió después otro buchecito para olvidarse de Goyito, su hijo menor, que se fue sin guardar antesala. Y dijo, al cabo:

—Poldo Pombo, un viejo amigo mío, fue a Madrid en bicicleta para asistir a la coronación del rey. El viaje le llevó dieciséis horas.

Su cabeza era un hervor. Los recuerdos brotaban como pompas de jabón y al hincharse rompían y se deshacían en el aire. La Desi, la muchacha, se iba encontrando a gusto así, junto al viejo, oyéndole parlar incesantemente, bajo la conciencia de que el Picaza estaría a su lado pocos días más tarde. Y cuando el señorito empezó a contarle la historia de la Antonia, su primer calor, la chica se olvidó de la comida. Y cuando el viejo contó las historias

que le narraba la Antonia a él, cuando niño, la Desi no pestañeaba. Y cuando el viejo le contó que su hermana Elena salía con la cruz a la puerta de la alcoba y el tío Alejo, su cuñado, que era un gigante con los bracitos de enano, se iba a dormir a su cuarto y hablaba solo y algunas veces incluso lloraba, a la Desi se le formó un doloroso nudo en la garganta. Y añadió el viejo:

—Come, hija —hizo una breve pausa para tragar, y añadió—: Luego vino lo del sacrilegio, que fue lo peor.

—¿El sacrilegio? —dijo la muchacha cerrilmente.

—Mi hermana salió con la cruz pero el tío Alejo venía más bebido que de costumbre, ¿sabes, hija?, y fue y dio un golpe a la cruz y la tiró y luego la pateó y la hizo astillas. ¿Me explico o no me explico, hija?

La Desi hizo un borroso ademán como si se persignase. Estaba roja como la grana:

—¡Virgen! —dijo sobrecogida.

—Y mi hermana decía a voces: «¡Sacrílego!», «¡Blasfemo!». Y fue él y se marchó de casa con el regalo. Al cabo se separaron y ella se fue a Bilbao, de señorita de piso, al convento de su amiga Heroína, que es lo que siempre quiso hacer. Y él se largó a Venezuela. A América, ¿sabes? Y yo me quedé solo. Pero no se lo tomé en cuenta y cuando ella murió le puse la papeleta en el diario y le dije un novenario de misas.

La voz del viejo iba haciéndose cascada y sin matizar. Levantó de pronto el vaso mediado y lo unió al de la muchacha y dijo:

—Por mi tío Alejo.

La muchacha se estremeció:

—Eso sí que no —dijo.

—Bueno, como quieras —dijo él. Y bebió solo.

Las campanas empezaron a dialogar vivamente por encima de los tejados brillantes de escarcha. En el ánimo de la muchacha iba asentándose una tibia y placentrado"a sensación de bienestar. Ahora el viejo comía besugo y separaba las espinas con los dedos y ella aprovechó el momento para beber y, al terminar, depositó el vaso sobre la mesa y dijo:

—Y de la Antonia, ¿qué fue, señorito?

El viejo vaciló.

—¿La Antonia?… ¡Ah! —Reaccionó vivamente—: Lo de la Antonia ya es harina de otro costal, hija.

—Eso. Pagó la chica. Siempre pagan justos por pecadores. Y las criadas llevamos la peor parte. La Marce lo dice siempre y no le falta razón.

—¿La Marce?

—A ver. Mi amiga, la del tercero —dijo la Desi, acalorada.

El viejo notaba una nube dentro de la cabeza que le despintaba las imágenes.

Se incorporó y dijo tozudamente, apoyándose en la pared y frunciendo el ceño para concentrarse:

—Eso es cierto. Justos por pecadores. Es muy cierto, hija. Mi hijo Goyito se fue a morir allá lejos y él no era responsable de nada. No es porque yo lo diga pero él nunca le hizo mal a nadie.

Se sujetó al respaldo de la silla:

—Vamos, siéntese —dijo la chica autoritariamente—. A ver si se cae usted ahora y se parte un hueso.

El viejo obedeció. Se sentó en el taburete torpemente porque le parecía que en lugar de dos piernas tenía muchos tentáculos, como un pulpo, y se le enredaban entre las patas de los muebles. Dijo la chica, señalándose la nariz: «Señorito, el pañuelo». «Ah, bien», dijo el viejo sin el menor pudor y agregó después de limpiarse y guardar el pañuelo en el bolsillo:

—A Leoncito le gustaban los libros pero era delicado y, para sobrealimentarlo, decidimos comprarle un jamón. Y cada vez que su hermano se arrimaba al jamón, el otro se ponía loco. Yo le decía a mi señora: «Este chico ha de ser más que yo». Y ya ves, hija, notario en Madrid a los cuarenta y dos años.

La Desi bebió otro sorbo de vino. Tenía las mejillas arreboladas y notaba la piel de la cara enteriza y poco flexible, como hule. Dijo:

—Marcos, mi mediohermano…

El viejo se volvió a ella, interesado:

—¿Tienes un mediohermano, hija?

Ella se revolvió entre irritada y perpleja. Dijo casi a gritos:

—No empiece usted con sus pitorreos.

El clamor de las campanas era cada vez más encendido y próximo. Penetraba a través de los cristales empañados como la Virgen de la Guía a través de la alta cúpula cada vez que el monaguillo agitaba la campanita los domingos, en la misa de siete de San Pedro. En la cocina hacía calor y bajo los ojos le habían nacido al viejo Eloy dos vivos rosetones. Observó a la chica, que acababa de ladear la cabeza y se golpeaba afanosamente la oreja con la palma de la mano:

—Vas a hacerte daño, hija.

—Ya empezó. Es como si tuviera un cínife dentro.

—A golpes no conseguirás nada.

Ella sonrió. Dijo:

—Un clavo saca otro clavo.

Mas el Picaza aleteaba en su subconsciente. Se le antojaba que las campanas anunciaban su advenimiento. Dijo de súbito:

—El día que yo me case, señorito, usted no faltará a mi boda.

El viejo la miró como si regresase de otro mundo. Sobre los ojos se le había formado como una película cristalina:

—¿Dónde, hija?

—¡Otra! En mi pueblo.

Se exaltó de pronto:

—Yo iré de padrino, ya lo creo ¡Yo seré el padrino de tu boda, hija!

—Trato hecho —dijo la chica. Y luego, tras unos segundos de silencio, añadió—: Buena se organiza en mi pueblo con el refresco. Los mozos empiezan copa va copa viene y luego arman un corro y cantan: «Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabánpampán al que no le gusta el vino es un animal». ¡Es una juerga!

El viejo Eloy se interesó:

—¿Cómo es eso, hija?

Dijo la chica:

—¿Cuál, el cantar? Pues eso: «Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán…».

El viejo se incorporó penosamente. Notaba en su pecho la alegre y melancólica excitación de las campanas:

—Vamos, Desi —dijo alargando los brazos como si la invitara a bailar.

La chica se puso en pie y el viejo la tomó por las manos y, bajo la pobre lámpara de 25 vatios, ambos empezaron a girar vertiginosamente y sus sombras se achataban y se agigantaban sin cesar sobre los muros, y sus voces desacompasadas clamaban contra la vaciedad y el aislamiento y el miedo:

—¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal!! ¡Con el pimpiribínpimpín, con el pamparabán-pampán…!

—¡Pare, me mareo…!

El viejo se reía. Cada vez oprimía más ansiosamente las bastas manos de la muchacha:

—¡¡Venga!! Otra vez, Desi. ¡¡Más fuerte!!

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán…!!!

La Antonia y Goyito, y Lucita y Pepín Vázquez, y Leoncito y la hija de la Fuensanta y Poldo Pombo y el tío Alejo bailaban en derredor, se aproximaban

y se desplazaban en un juego delirante y el viejo Eloy pestañeaba atónito y, al concluir, reía y voceaba:

—¡¡¡Más fuerte!!! ¡¡¡Más fuerte!!!

—¡Pare ya, señorito, me mareo!

Él apretaba aún más las sudorosas manos de la muchacha:

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán al que no le gusta el vino es un animal!!! ¡¡¡Con el pim…!!!

—¡Suelte, señorito, me hace daño!

Él no la oía:

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el…!!!

De pronto sonó el timbre de la puerta y automáticamente el viejo y la muchacha se detuvieron. El viejo Eloy se aferró crispadamente al respaldo del taburete y así permaneció un rato con la mirada clavada en el suelo tratando de afirmarse sobre sus débiles piernas. Dijo, al cabo de unos segundos:

—Han llamado, Desi; ve a abrir.

Salió la chica dando bandazos y cuando regresó el viejo estaba sentado en el taburete y sostenía la cabeza entre las manos. Al oír a la Desi levantó el rostro, un rostro repentinamente pálido y demacrado. Dijo la muchacha, avergonzada:

—Es la chica de abajo; que hagamos el favor de no meter bulla; que hay un enfermo…

XII

Aunque la víspera le esperó durante todo el día, así, al pronto, en la penumbra de la escalera y con aquella ropa y la visera haciéndole sombra en los ojos, la Desi no lo reconoció.

Dijo él, en tímida audacia, intentando conectar sus relaciones con el pasado:

—¿Q… qué dice la burra más burra de todas las burras?

—¡Picaza! —exclamó ella entonces, enternecida.

El Picaza portaba bajo el brazo una caja de zapatos con manchas de grasa, atada con un cordel. El muchacho permaneció unos segundos inmóvil en el umbral, justo el tiempo para que la Desi se habituase a la penumbra y lo analizase con la nueva indumentaria. A la chica no la bajaba el calor de la cara. Se llevó las manos a la boca y dijo, turbada:

—¡Ay, madre! ¿Quién me iba a decir? Anda, pasa.

Él avanzó jactanciosamente por el pasillo con sus cortas piernas arqueadas, arrastrando las botas negras de media caña sobre las desgastadas maderas. Ya en la cocina, se echó la gorra hacia atrás, se sentó en el taburete donde solía sentarse el viejo cada mañana y se acodó en los muslos. La chica lo contemplaba arrobada, las rojizas manos cruzadas sobre el regazo, sus zafias facciones iluminadas por una tierna sonrisa. Mas él, de súbito, se tornó cohibido, extrañamente desconcertado y ausente. La Desi trató de aproximarlo:

—¿Sabes que te cae bien la ropa de militar?

—P… puede.

Divisó ella las bombas doradas sobre los rojos rombos de las solapas:

—Vaya, me pensé que vendrías a caballería.

—U… un primo hermano de don Ulpiano me ha sacado de asistente, ve ahí —dijo él justificándose.

Entonces la chica cortó el cordel de la caja y le ofreció unos bollos. El Picaza engullía sin mirarla, esquinadamente, como un perro en casa ajena. Por dos veces intentó el muchacho adoptar una actitud desenvuelta, pero la ciudad, y la casa, y aquella ropa, le abrumaban. Entre ellos se levantaba una violencia inusual. Ella había pensado que el Picaza, tan pronto llegara, le contaría cosas de allá y le cantaría al oído, para ella sola, *El relicario* y *Por qué tengo penas*. Pero el Picaza no hacía más que comer, y si ella inquiría

algo, él respondía sin levantar la cabeza, contrariamente a lo que hacía en el pueblo cada vez que se arrancaba a hablar o cantar, que es cuando decía la Culohueco, el ama del señor cura, que se le veían los sesos por los agujeros de la chata nariz. Eso sí, el Picaza, lo mismo que allá, había de tomar carrerilla cada vez que decía algo, porque según don Jerónimo, que le guardaba mucha estima, le ocurría igual que a los aeroplanos, que necesitaba tiempo para despegar:

—A… al Caraplana, el de la Críspula, le ha salido Marruecos, ya ves.

—¡Virgen, cómo estará la Críspula!

—C… calcula.

De nuevo el silencio. El desasosiego se ensanchaba en el corazón de la Desi. Apeló a todos los recursos para establecer entre ambos una corriente comunicativa. Dividió un chorizo con el cuchillo:

—Come una raja de chorizo, Picaza; no te acobardes.

Él comía sin despegar los labios, sin dirigir a la muchacha una sola mirada de sus ojos, tan juntos que cuando miraban insistentemente parecían uno solo. La Desi pensaba en la Matilde y un bulto esquinado y doloroso se le iba formando en lo alto del pecho. Observaba fascinada la franja blanca, como cruda, junto al pelo, allí donde la boina preservaba la piel. Dijo en un último intento:

—Madre, qué color traes.

—L… la de siempre.

—Puede, pero llevando tiempo en la ciudad la cosa choca. Cuando termines la mili habrás echado fuera el pueblo; les pasa a todos.

—A… a saber. Eso nunca se sabe.

La muchacha ensayó nuevas formas de comunicación en vano. El Picaza se encerraba en un hermetismo salvaje. Al cabo de un rato, cuando menos lo esperaba, él se levantó. A la Desi apenas le salía la voz del cuerpo. Le dijo desde la puerta: «Vuelve, ya sabes el camino. —Y tan pronto se vio sola subió donde la Marce y se arrancó a llorar contra su pecho. Decía la Marce—: Vamos, maja, no te tomes ese sofoco». La Desi sollozaba: «No me quiere, Marce. Ya no me quiere. —La Marce le golpeaba formulariamente la espalda —: Otros hombres hay, mira tú». La Desi no se consolaba. Estaba hecha a las audacias del Picaza, a sus bravatas, y aquella su actitud, incomprensiblemente desmayada, la aturdía. «No es el mismo. La pingo de la Matilde me lo ha cambiado, ¿oyes, Marce?. —Decía la Marce—: Vamos, maja, déjalo ya; te vas a ir en agua».

La Desi pasó unos días malos desde que la Silvina, su hermana, la del Eutropio, le anunciara la llegada del Picaza. Salió tres tardes con la Marce y hasta la tercera no se decidió por la rebeca heliotropo. En cambio tuvo que renunciar al can-can. Últimamente, con lo del ajuar, se había metido en muchos gastos y el Picaza se presentó antes de lo previsto. Por otra parte se había hartado de hacer proyectos con la Marce por el sórdido patio de luces. Ello le costó regañar dos veces con la Tasia. La Tasia porfiaba que lo aguardase sentada, que de pie se iba a cansar. La Tasia nunca creyó que él existiese. De otra parte, se complacía en refrotarla por las narices su exceso de la Nochebuena: «Vamos, que buena la mangaste con el viejo; si no subo a tiempo echáis la casa abajo». La Desi, la muchacha, se enardecía y voceaba que callase la boca, que tenía por qué callar, y la llamaba pingo y estropeabarrigas, pero la otra estiraba el cuello, como las gallinas al beber, y decía: «Las verdades escuecen». Y la Desi temblaba sólo de pensar que el rumor trascendiera y el Picaza pudiera imaginarse lo que no era. Por eso prefería que la Tasia se burlara y dijese que podía aguardar sentada que de pie se iba a cansar y ella, la Desi, en estos casos, se hacía la que se irritaba más a fin de que la Tasia tirase por este lado y se olvidara de lo otro.

A la noche, al concluir de fregar los cacharros, la Desi subió de nuevo donde la Marce. No podía parar quieta. Estuvo más serena pero volvió a echar unas lágrimas. Le dijo a su amiga que no sabía qué podía haber ocurrido pero que el Picaza estaba medio alelado y ni hablaba, ni se reía, ni tocaba, ni nada. Sus labios agrietados se fruncían en un puchero para decir:

—¡Ay, Marce, con la guasa que se gastaba! Si no parece el mismo.

Pero a la tarde siguiente volvió el Picaza y el corazón de la Desi empezó a batir desacompasadamente al percibir aquel tufillo inconfundible, hecho de sudor humano, establo y cuero empapado en sebo. No es que fuera el Picaza de antaño con su jovialidad agresiva y sus bravuconadas pueriles, pero siquiera le contó alguna cosa de allá, como la historia del milagro y lo del nido de la cigüeña. Decía la Desi, estimulándole:

—Ya sería una coz.

—Q… quita de ahí. Tenía el corazón con las gotas de sangre y todo, y bien dibujado. Y el cura dijo que era cosa de estudiarlo porque la Tina, cuando se metió bajo las patas del macho para sacar a la criatura, dijo: «Corazón de Jesús, sálvala». Y cuando salió ya llevaba el corazón en rojo, arriba del brazo, y bien dibujado.

—Sí que es chocante.

—T… todo el pueblo anda alborotado con eso, ya ves tú. Si no han desfilado mil almas por casa la Tina, pocas faltarán.

—¿Y lo de la cigüeña?

—L… l… la mala pata, porque otra cosa no. Si cae un minuto antes, nada; si cae un minuto después, tampoco. Pero tuvo que caer cuando los mellizos andaban enredando bajo la torre, ya se sabe. Claro que el nido era una buena carga.

La Desi frunció su estrecha frente:

—Será cosa de oír a la Candelas ahora.

—C… calcula.

Luego el muchacho se desabotonó la guerrera, extrajo un papel mugriento del bolsillo interior y dijo:

—M… menuda la prepara el cura este año para la Virgen. Lo de otros años al lado de éste nada.

Desdobló el papel y lo leyó en un tono rutinario, salpicado de vacilaciones:

«E… e… en un justo anhelo de restaurar la grandiosidad de nuestras fiestas de la Virgen de la Guía de acuerdo con su hermosa tradición, hacemos un llamamiento a los hijos de este pueblo, seguros de encontrar el eco que nuestro propósito merece solamente concebido a la mayor gloria de Dios y de nuestra Santa Madre la Virgen de la Guía. PR… PRESUPUESTO DE GASTOS. P… por nueve misas cantadas, alumbrado todo el año, derechos párroco, coadjutor, velas, etc.: cuatro mil ciento cinco pesetas. P… por tres sermones 6, 7 y 8 de septiembre (cálculo aproximado, estamos en trámites con el padre Federico): tres mil. P… por fuegos artificiales: cinco mil. P… por refresco (cálculo aproximado): tres mil ciento setenta y cinco. P… por circulares y correspondencia: setecientas diez. T… total…: quince mil novecientas noventa pesetas. C… cada uno puede aportar la cantidad que desee y con arreglo a la aportación se hará una distribución proporcional para asistir al refresco. El distintivo de los colaboradores será una medalla de la Santísima Virgen de la Guía, pendiente de la solapa con un pequeño lazo con los colores nacionales. Todos los que aporten más de un duro tendrán puesto destacado en la función religiosa.

»¡A… a escote nada es caro!

»¡A… ayuda a la celebración de la festividad de la Virgen de la Guía!».

Cuando el Picaza concluyó, la Desi estuvo a punto de confesarle que ella también sabía leer, pero decidió no precipitar la sorpresa. Sin decir palabra se

incorporó, salió y regresó con una peseta cuidadosamente plegada en cuatro dobleces:

—Toma —dijo—. Se la mandas al señor cura de mi parte.

Él guardó la peseta con la circular en el bolsillo interior de la guerrera. Dijo:

—Y… y van por las diez mil quinientas. Con la subasta del pardillo se sacaron más de setecientas sólo en la escuela, mira tú.

La chica frunció el ceño:

—¿La subasta?

—E… el maestro llevó un pájaro y el Chicho, el de la Críspula, pujó hasta tres veinticinco y el maestro va y le dice: «Este dinero es para la Santísima Virgen, ¿quieres el pájaro o lo subastamos otra vez?». Y el rapaz se acobardó y dijo que otra vez, señor maestro, y que las tres veinticinco para la Señora. Y así hasta cuatrocientas, y en la de las niñas hasta trescientas, y como nadie se quedaba el pájaro lo pusieron al pie de la Virgen. Y ahora andan con que si otro milagro porque el pardillo no se vuela.

La chica le miraba atentamente:

—¿No se vuela el pardillo del pie de la Virgen?

El Picaza sonrió con suficiencia:

—A… ver. El maestro me lo dio y yo mismo le quebré las alas.

—Será capaz, ¿don Fidel?

—Q… qué don Fidel, el nuevo. Va para dos años que don Fidel se largó del pueblo. El párroco no lo podía ver ni en pintura. De lo de las alas no te vayas a ir con el cuento.

Cuando el Picaza se marchó, la Desi quedó más sosegada. A la noche, la chica en camisa y con los brazos en cruz, le pidió a la Virgen de la Guía que el Picaza la quisiera.

A la tarde siguiente estrenó la rebeca para recibirle y, aunque él no le dijo nada, ella pudo advertir en las furtivas miradas audaces de sus ojos que las cosas habían cambiado. Luego sí, le decía todo el tiempo midiéndola de arriba abajo:

—¿S… sabes que te prueba la capital?

La chica temió que le asomara la veta mala, aunque tal como andaban las cosas casi era preferible. La Culohueco, el ama del señor cura, afirmaba que el Picaza era un muchacho formal mientras no le asomara la veta mala, y que cuando le asomaba la veta mala era capaz de cualquier perrería. A veces, en los funerales de primera, el Picaza sacaba una tenebrosa voz de ultratumba sólo por el gusto de asustar a las viejas. Y ellas lo comentaban a la salida:

«Jesús, qué demonio de Picaza; hoy me metió el resuello en el cuerpo». Cuando mató a palos a la urraca amaestrada y cuando quebró las alas del pardillo y cuando acosaba a la Desi en el campo, el Picaza actuaba asimismo bajo el influjo de la veta mala. Pero después de su paralización del primer día, a la Desi, la muchacha, esto no la asustaba.

De pronto, el Picaza se arrancó a canturrear *Jalisco* y con una pierna montada sobre la otra seguía el compás con el pie. Ella no lo interrumpió. Cuando el Picaza se movía se llenaba la cocina de un hedor a sudor, establo y cuero ensebado. Fue él quien dejó de tararear por decisión propia y dijo con una jactanciosa sonrisa:

—M… mientras el Picaza ande en la mili se acabaron en el pueblo las bodas y los funerales de postín. El cura ha puesto un cartel diciéndolo así en la puerta de la iglesia. Si el Picaza no canta no hay nada que hacer, ya lo sabes.

Ella le golpeó amistosamente en el hombro:

—Chico, qué importancia.

—P… porque se puede, mira tú.

—A ver.

Se abrió una pausa y, para llenarla, la chica se oprimió repetidamente, ladeando la cabeza, el oído lastimado con la palma de la mano.

Dijo el Picaza:

—¿S… sigue eso?

—A ver. Sigue siempre. De que llega el invierno se pone a cantar y es como si tuviera un cínife dentro de la cabeza.

—Sí que la tía Caya te dejó una reliquia.

—¡Mira! ¿Y qué es de ella?

El muchacho volvió a cruzar las piernas y a bailar un pie.

—Como siempre, para encerrar.

—¿Volvió el Raposo?

—¡Anda! Para el veintiuno del que viene, un año.

El Picaza se desasosegaba. La Desi lo advertía en la frecuencia con que cambiaba de postura. Ella pensó: «De aquí a dos días el Picaza de antes». Pero él no aguardó tanto. Súbitamente se puso en pie y se le arrimó y la estrechó en una cálida mirada envolvente:

—M… me largo, me aguardan unos amigos —dijo y, sin razón aparente, posó su mano derecha en la cadera de la chica y la oprimió con fuerza—: ¿S… sabes que te pinta la capital?

Ella se retiró riendo:

—Mira, Picaza, no empecemos.

El hedor a cuero ensebado y a sudor y a establo la enervaba. Dijo él:

—M… mañana te aguardo en el portal.

—Bueno.

Caminaban hacia la puerta:

—A… a las cuatro.

—Bueno.

Ella tomó el picaporte pero él adelantó de nuevo la mano y ella saltó hacia atrás riendo a carcajadas, pero él la seguía y ella le golpeaba la mano y le decía:

—Anda, asqueroso, para quieto si puedes.

Al fin, el Picaza se fue y la Desi suspiró hondo, sofocada, reclinó la mejilla en la puerta sonriendo y allí permaneció inmóvil hasta que las pisadas del muchacho se extinguieron allá abajo, en lo profundo del hueco de la escalera.

XIII

Dijo el viejo Isaías fustigando el aire con su bastoncito y trocando su dorada sonrisa por una ambigua mueca de gravedad:

—¿Sabes quién anda apuradillo?

El viejo Eloy volvió a él sus pupilas gastadas y dijo con una punta de voz:

—¿Quién?

—Pintado, el ferretero.

—Ya tiene años Pintado.

—Andará por los setenta y cinco; no le pongo ni uno más.

El viejo Eloy se pasó el pañuelo por la punta de la nariz. Sus paseos cotidianos con Isaías databan de 1929. Hasta entonces, el viejo Eloy y su amigo Isaías se preguntaban al encontrarse: «¿Sabes quién ha tenido un heredero?». Desde 1929 el viejo Eloy y su amigo Isaías se preguntaban al encontrarse: «¿Sabes quién anda apuradillo?». La ciudad renovaba su caudal humano de manera incesante y el viejo Eloy, cuando en sus paseos se acercaban al cementerio, solía decir señalando con un dedo temblón las tapias del recinto:

—Tengo ya más conocidos ahí que fuera. Eso nos pasa siempre a los viejos.

Se limpiaba la nariz. Decía Isaías: «Tú siempre con tus cosas. —Desde hacía tres meses, el viejo Eloy replicaba indefectiblemente—: Lo quiera o no, me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Es un aviso».

Lucita, la mujer del viejo Eloy, jamás tragó a Isaías y en vida le decía a su marido que qué veía en ese hombre para soportarlo a diario. Mas ella ignoraba que detrás de Isaías estaba *Madame* Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos; y estaban Poldo Pombo y su biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon; y estaban Elena y el tío Alejo y la Antonia y la Emma Abbot y Rovachol y su primer calor; y estaban la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana, y la Paquita Ordóñez y su frivolidad y la Casa de Baños y Pepín Vázquez y sus negras ideas sobre las cosas; y estaban las muchachitas del Fígaro y los jurados mixtos y el conde de las Almenas y la coronación del rey; y estaban el tío Hermene y sus *puzzles* y el Banco Cooperativo y ahora, andando el tiempo, estaban incluso ella, Lucita, y Goyito, su hijo menor, y toda una vida.

Decía el viejo Eloy deteniéndose y buscando la cara del sol:

—A mi hermana Elena, tú lo sabes, nunca le tomé en cuenta lo que hizo conmigo. Y cuando murió encargué un novenario de misas y le puse la papeleta en el periódico como si tal cosa.

Isaías fustigó el aire con el bastón. Solían pasear durante hora y media, y luego, cuando declinaba el sol, buscaban refugio junto a los muros verdigrises de San Ildefonso, con todos los viejos cesantes y todos los niños irresponsables de la ciudad.

Decía Isaías de pronto:

—Andando poquito a poco.

Y reanudaban la marcha para interrumpirla de nuevo quince o veinte metros más allá.

Pero, en realidad, el calor de la Antonia lo perdió el viejo Eloy antes de lo del sacrilegio y, por lo tanto, antes de que su hermana Elena marchase de señorita de piso a Bilbao, al convento de su amiga Heroína. Y si la Antonia no se hubiera empeñado en llevarle aquella mañana al funeral de la condesa, ni en contarle luego lo del hombre que se disfrazó de criada para robar la casa de un rico, su calor hubiese muerto regularmente, por consunción. Pero la Antonia era muy aficionada a las honras fúnebres y solía aprovechar sus salidas a la compra para asomarse a los funerales de los personajes importantes y regodearse así sintiéndose viva y compadeciendo a los que tenían los ojos hinchados de tanto llorar en la presidencia. Y aquella mañana le dijo al niño: «Hoy te vienes conmigo a un funeral de postín, caraguapa». Y el niño se fue con ella. Los negros crespones cubrían el enorme catafalco y del coro goteaban unas tenebrosas letanías y la Antonia le arrimó los gruesos labios a la oreja y le dijo: «Bajo los paños están los muertos. Estate formal; hay un puñado de ellos. —El niño empezó a temblar y se apretó contra la Antonia—: ¿Cuántos habrá, Antonia?», preguntó en un susurro. «Lo menos ocho o diez. ¿No ves lo grande que es el cajón?, —respondió ella. El niño no acertaba a dominar sus nervios. Añadió—: ¿Por qué están ahí?». Decía ella: «Para que los curas les echen agua bendita y los demonios no les arrastren de los pelos al infierno».

Cuando salieron, el niño, que más tarde sería el viejo, respiraba roncamente, como si sollozase, y a cada ruido inesperado se estremecía. No obstante, todo lo hubiera olvidado si la Antonia no remacha horas más tarde en el mismo clavo contándole la historia del hombre que se disfrazó de criada para robar la casa de un rico y se metió dos toallas en el pecho y fue descubierto porque la señorita lo sorprendió una mañana afeitándose en la despensa y con las toallas sobre una silla. El niño sólo decía: «¿Sí, Antonia?».

Pero poco a poco iba separándose de ella, observando aterrado sus lacios bigotes y su nuca vigorosa y sus peludos antebrazos estremecidos de músculos, y cuando sonó el timbre de la calle escapó corriendo y se refugió en las piernas del tío Alejo y voceaba histéricamente: «La Antonia es un hombre disfrazado, tío. ¡Échala!. —La Antonia lo miraba asombrada y decía —: ¿Qué le pasa hoy a la criatura?». El niño porfiaba: «¡Échala, tío; es un hombre! Tócala, tiene dos toallas metidas ahí». Pero el tío Alejo, su cuñado, a pesar de que era un gigantón, no se decidía a palparle los pechos a la Antonia para comprobar si aquellos bultos eran toallas o no y su indecisión aumentaba el terror de la criatura. La excitación del niño era tan grande que hubo que trasladarlo provisionalmente a casa del tío Hermene hasta que días más tarde acaeció lo del sacrilegio y su hermana marchó a Bilbao de señorita de piso, el tío Alejo a Venezuela en el *Rey Fernando* y la Antonia, o lo que fuese, donde la señorita Emilia para sacar niños.

Pero el viejo Eloy, al confesarle a su amigo Isaías que él nunca le tomó en cuenta a su hermana Elena lo que hizo con él, no se refería a su distanciamiento sino a la cuestión de las joyas. El tío Hermene, sin la menor malicia, fue quien le dijo un día lo de las joyas de su madre; mas cuando el viejo Eloy, al cumplir los veintitrés, escribió a su hermana a Bilbao, aquélla le respondió que hacía diez años que donó las joyas para una custodia y que qué mejor destino, pero que si, a pesar de todo, él seguía en la idea de recibir su parte, vendería sus ropas y se estrecharía y le pagaría, pero que, en verdad, nunca pudo imaginar que su hermano fuese tan interesado. En vista de ello, el viejo respondió que no era eso, que lo que ella dispusiera él lo acataba y que qué sabía del tío Alejo, si seguía en Venezuela, pero jamás tuvo respuesta a esta carta.

El viejo Eloy, cada vez que se detenía, buscaba la cara del sol y se dejaba rebozar voluptuosamente por sus rayos. Le dijo a su amigo Isaías:

—El tío Hermene fue un gran hombre. Él decía que mi padre pudo ser una figura pero que los Núñez siempre derrocharon su talento.

Isaías le miró y sonrió y agitó el bastón y dijo:

—Andando poquito a poco.

A los lados del camino se erguían las acacias desnudas y detrás de las cunetas las primeras huertas y las primeras barracas suburbiales. El sol, pálido y blando, apenas tendía sombras sobre el asfalto. Los dos viejos avanzaban a pasitos muy cortos, ligeramente encorvados, sin apremios. Sabían que el sol tenía su horario y no podía jugársela.

Al pasar del calor de la Antonia al calor del tío Hermene, el viejo Eloy no advirtió diferencias de temperatura. Las noches de invierno, junto al brasero, el tío armaba complicados *puzzles* y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana, y él le ayudaban a buscar pedacitos y cuando uno de ellos casaba palmoteaban y se llenaban de regocijo y el tío Hermene decía: «Ojo, no lo echemos a rodar». Y en otras ocasiones se disfrazaban y, una vez que los tres estaban hechos unas fachas, jugaban a decir versos solemnemente, y el tío Hermene poseía una hermosa y profunda voz de recitador. Después, cuando llegaba el primer domingo de primavera, venía la gran fiesta del Banco Cooperativo. Se reunían muchos niños y niñas y padres y madres en la plaza y de allí a «Los Almendros en Flor» iban en alegre caravana entonando el himno de la institución:

Poco a poco, pionier, del Banco Cooperativo. Poco a poco, pionier, del Banco Cooperativo. Plantaremos arbolitos.

Algunos desafinaban o se precipitaban:

¡*Verás los senderos cubiertos de flores*!

Y entonces don Gregorio de la Toja, el presidente, se erigía en director de orquesta y lo hacía con tanto calor que a veces propinaba un coscorrón a alguno de los pequeños cantores que se desmandaba. Ya en «Los Almendros» empezaba la ceremonia de la repoblación y cada niño con una azadilla plantaba un arbolito y rodeaba su débil cintura con un cordel y una plaquita con su nombre y la fecha. Después venía la comida campestre y, por último, el discurso de don Gregorio de la Toja, el presidente, en el que cada año decía que había que despertar en los niños el amor por las plantas y que el niño que amaba las plantas sería el día de mañana un ciudadano ejemplar. Al atardecer regresaban con las piernecitas cansadas y las pupilas atiborradas de luz, pero don Gregorio encabezaba el grupo y al entrar en la ciudad, ya anochecido, los conminaba: «¡Ahora, venga!».

Y todos los niños entonces se arrancaban a cantar desganadamente con sus delgadas vocecitas adormecidas:

Poco a poco, pionier, del Banco Cooperativo.

Cada mes, mientras duraba el buen tiempo, el tío Hermene los llevaba a la Rosina y a él a «Los Almendros en Flor» a ver los progresos de sus arbolitos. Y la Rosina y él hacían de esto una competencia y regañaban ardorosamente. En los últimos años, cuando al tío Hermene se le hinchó la pierna de aquella bárbara manera y yació en cama durante meses y meses, la Rosina, la hija de

la Fuensanta, la criada murciana, era ya una señorita que más que los árboles amaba los pantalones y le decía a su padre adoptivo cada vez que salía a la calle: «Adiós, papá, que te diviertas». Y el tío Hermene, que andaba ya con unos dolores continuos y crueles que le hacían sudar blanco por la calva, respondía pacientemente: «Adiós, hija, que te alivies». Luego estos dichos se comentaban en el Círculo, e incluso algunos que no eran suyos se los atribuía la ciudad a pesar de todo y las gentes decían: «Son cosas de Hermene Núñez». Y cuando el tío Hermene, a punto de morir, los reunió en torno al lecho y todos aguardaban sus últimas disposiciones, él se limitó a decir: «No olvidéis que tengo mi traje gris en el quitamanchas». En ese instante se fue la luz y, cuando volvió, el tío Hermene era ya un cadáver que sonreía con su enorme calva rosada que paulatinamente iba trocándose cenicienta. Rosina, la hija de la Fuensanta, se obstinó en que era él quien había apagado la luz al marchar y en el Círculo se corrió la voz de que Hermene Núñez, aun después de muerto, seguía gastando bromas a los sobrinos. Fuese como quiera, Hermene Núñez se fue con su pierna enferma y su ingenio y, años más tarde, se fue la Rosina, de sobreparto, allá en Sevilla, donde se había casado con un ayudante de ingeniero forestal.

Y el viejo Eloy le decía ahora a su amigo Isaías durante sus paseos vespertinos:

—Mi tío Hermene aseguraba que mi vocación de funcionario municipal me vino de herencia. Mi padre no toleraba el desaseo urbano y escribía, por ese motivo, frecuentes cartas al diario. Recuerdo una que concluía así: «¿No hay disposición que determine cuándo deben verificar la operación los encargados de verter las tradicionales ollas de la basura sin ofender uno de los cinco corporales sentidos de los transeúntes en las primeras horas de la noche?». Decía el tío Hermene, y le sobraba razón, que esta carta podía firmarla Cervantes y, sin embargo, la firmaba Eloy Núñez porque el mundo no siempre da la fama a quien la merece.

Isaías levantaba su flexible bastoncito y decía sonriendo:

—Andando poquito a poco.

Una tarde, los dos viejos, apurando el último sol ante los muros de San Ildefonso, regañaron fuerte. La cosa empezó porque el viejo Eloy aseguraba que en sus tiempos había otra seriedad y que los problemas importantes se resolvían sin prisas y que recordase, sin más, que el propio Ayuntamiento, antes de decidir el asfaltado de la plaza o la instalación del alcantarillado, se reunió en pleno extraordinario doce veces para lo primero en 1903 y dieciséis para lo segundo en 1904. Posteriormente Isaías se quejó de que mediada la

digestión se le ponía una franja dolorosa entre el estómago y el intestino y entonces el viejo Eloy le recomendó que bajase a la espesura del parque a evacuar de madrugada porque la Naturaleza era el mejor regulador, pero su amigo Isaías replicó acalorado que eso no, que eso, como todo, iba en temperamentos y que recordase que Aguado, sin ir más lejos, se ponía al corriente revisando legajos viejos y que él decía que era el polvillo. De unas cosas pasaron a otras e Isaías le hizo ver que en sus tiempos no había mujeres como las de hoy y que observase y, al decirlo, le señalaba una prieta muchacha que atravesaba la plaza, pero el viejo Eloy puso tanta pasión en recordarle a la Paquita Ordóñez que se le soltó la dentadura y eso le enojó. Al separarse, la irritación de ambos era tan manifiesta que ninguno hablaba y en su fuero interno consideraban que su vieja amistad era un hecho que acababa de pasar a la historia.

Sin embargo, al día siguiente se encontraron como cada tarde en los soportales, junto a la papelería de Afrodisio Niño, y ninguno de los dos recordaba la controversia de la víspera y, en cambio, recordaban lúcidamente, aun en sus más nimios pormenores, la escuela de *Madame* Catroux, la francesa, fallecida cincuenta años atrás, y el viaje en biciclo de Poldo Pombo, y la creación de los jurados mixtos, y la Casa de Baños y la pelea con los cadetes y la coronación del rey. Y dijo Isaías, sonriendo al sol y a la vida con sus tres dientes de oro:

—Andando poquito a poco.

Veinte metros más allá, los dos viejos se detuvieron. El viejo Eloy se limpió mecánicamente la punta de la nariz y buscó la cara del sol. Dijo su amigo Isaías, fustigando el aire con su bastoncito:

—¿Sabes quién anda apuradillo?

El viejo Eloy levantó sus párpados reblandecidos y resignados:

—¿Quién?

—Pintado, el ferretero.

—Ya tendrá años Pintado.

—Andará por los setenta y cinco; no le pongo ni uno más.

En el aire se cernía un sol lánguido y plano que apenas dibujaba sombras sobre el asfalto.

XIV

El fotógrafo ocultó la cabeza bajo el trapo negro y dijo perentoriamente:

—Quietos, un momento.

El Picaza se colocó en su lugar en descanso; el pie izquierdo ligeramente retrasado, el mentón erguido, la mirada desafiante, las manos relajadas, superpuestas a la altura de la pelvis. La Desi, la muchacha, se encampanó rígidamente, como siempre que algo la apuntaba, lo mismo fuese un objetivo, un ojo o un revólver.

Dijo la sofocada voz del artista bajo el paño negro:

—Sonrían, por favor.

La Desi, la muchacha, esbozó una sonrisa enteriza y su incomodidad aumentó. El Picaza observó que se aproximaba un grupo de reclutas y le dijo al artista sin descomponer la postura, sin mover un solo músculo de la cara, sin mover apenas los labios:

—A… apure, ¡coña!

Entonces el artista destapó el objetivo, asomó la cabeza levemente congestionada y dijo:

—Son cuatro cincuenta.

El Picaza registró los fondos de los bolsillos de la guerrera, extrajo tres pesetas y, luego, contó, una a una, quince monedas de diez céntimos.

—Ha… hasta luego —dijo.

Se perdieron en lo profundo de los jardines. Un tibio, mortecino sol invernal, se arremansaba en el parque. El Picaza andaba con las piernas arqueadas, arrastrando las suelas de las botas, remoloneando en torno de la muchacha. La Desi, envuelta en su rebeca heliotropo, sentía frío, pero la conciencia de su propio decoro y su íntima satisfacción la abrigaban. El Picaza, transcurridos unos días, había vuelto a ser el mismo de siempre, con su osadía incisiva y su mala lengua y su vitalidad envolvente y su hermosa voz. Al cabo de unos minutos regresaron donde el artista y anduvieron un rato sentados en un banco riendo y comentando la fotografía.

—Vaya una cara que me ha sacado el tío baboso ese; parece una cualquier cosa —la chica se palmeaba el muslo y reía a carcajadas—: ¡Anda que tú, madre, qué facha!

Los jueves y domingos, el Picaza aguardaba a la muchacha a las cuatro, frente al portal, curioseando la vitrina de la relojería de Emeterio. Si el tiempo

era bueno recorrían los paseos del parque y, a la noche, daban un par de vueltas por la calle principal o permanecían, sentados muy juntos, en la oscuridad de los jardines. En estos casos, el Picaza le cantaba a la chica a media voz *El relicario* o *Por qué tengo penas*. Mas la Desi prefería pasear porque en la sombra de los jardines, sintiendo en su mejilla el aliento del Picaza y en el corazón los trémolos de su voz, temía que su resistencia flaquease. Paseando, en cambio, se evitaba este peligro, siquiera el Picaza, con su peculiar audacia, le enviase con frecuencia un azote o un pellizco intencionado. Ella se reía:

—Para quieto, Picaza.

Él le guiñaba un ojo:

—¡P… p… pelela!

—¡Asqueroso! —decía la Desi tiernamente, propinándole un empellón.

A menudo él le compraba pipas de girasol y mientras charlaban iban escupiendo las mondas sobre las espaldas de los transeúntes. Hablaban del pueblo, o de la Marce, o del cabo Argimiro, o del cuartel, o, simplemente, se contaban los argumentos de las películas. A veces el Picaza se extasiaba ante cualquier perspectiva urbana: «A… anda que si la plaza esta en lugar de andar aquí la llevaran a mi pueblo, —decía. Mas la Desi le reconvenía—: Vamos, olvídate del pueblo, concho; parece que no hubiera más cosas en el mundo». Al lado del Picaza la muchacha se sentía vívida y avezada.

En ocasiones, hacían cuarteto con la Marce y el cabo Argimiro. A la Marce no le agradaba el Picaza y así se lo plantó a la Desi en la primera oportunidad: «Madre, qué patas, maja; le pasa un perro por medio y ni se entera. —La Desi se encendió toda, pero le faltó coraje para enfrentarse. Dijo oscuramente—: Marce, guapa, todos tenemos defectos». En general, el físico del Picaza defraudó a sus compañeras y los domingos, a la salida de misa de siete en San Pedro, la Desi había de sostener acaloradas porfías. Un día la Tasia dijo de sopetón: «¡Vaya un tipo, ni buscado con candil se le encuentra más facha!». La Desi fue ciega hacia ella, pero terció la Marce y las separó; fue una suerte, porque en los pequeños y desguarnecidos ojos de la Desi brillaba un impulso homicida. Pero, de ordinario, la Desi se despachaba con cuatro frescas y se quedaba tan terne: «Envidia, eso es lo que tienes, que desde que murió tu padre no te se arrima un hombre».

Algunas tardes paseaban con la Marce y el cabo Argimiro, pese a que los galones del cabo intimidaban a la muchacha. Temía su autoridad, pero más que su autoridad temía que un día la ejerciese y sorprendiese al Picaza con la veta mala. El Picaza, en cambio, se permitía embromar al cabo sin

consideración a sus galones. En alguna ocasión se mostró tan audaz que la Desi se ofuscó toda, esperando un alboroto. No obstante, el cabo Argimiro, que era más largo que una peseta de tripas, por más que ella no se lo refrotase a la Marce, tenía correa para rato. Y con el Picaza no hacía malas migas. Algunas veces la Desi los había visto darse de codo y reír sofocadamente ante el escaparate de Leo Conde, donde se exhibían piernas anunciando medias y bustos de mujer con sujetadores de seda. En esos casos, los muchachos cuchicheaban y hacían muecas sin cesar y se reían por detrás de ellas.

La Marce, sin embargo, que recelaba que cualquier día el cabo Argimiro diese la espantada, le regañó una noche:

—Oye, maja, dice el Argimiro que un día el Picaza ese le va a cabrear de más y va a tenerle media hora firme en medio del paseo.

La Desi se asustó. No osó, empero, comunicarle nada al Picaza. Se lo imaginaba firme entre la multitud, asediado por las chirigotas de unas y otros, y estaba segura de que el Picaza no soportaría esta humillación. Sin necesidad de remontarse, ella recordaba cuando el Picaza le cortó la oreja al Velao, en la taberna del tío Boti, con la misma naturalidad con que un caballero se descalzaría un guante. El Velao andaba borracho y le dijo al Picaza que no era hombre como para cortarle la oreja y entonces el Picaza se puso en pie, abrió la navaja y de un solo tajo se la seccionó limpiamente. Eso acontecía cuando al Picaza le asomaba la veta mala, como decía la Culohueco, el ama del señor cura, pero lo tremendo era que al Picaza le asomaba la veta sin avisar y uno nunca sabía en qué disposición de ánimo iba a encontrarle.

De chico, cuando atendía aún por Manuel, capturó una picaza en la ribera del río y la crió con solicitud y le dispuso un pesebre en la cuadra de su cuñado con todas las comodidades imaginables. La urraca, ya de adulta, bajaba a comer a su mano e incluso el muchacho le enseñó a hablar y a silbar. Cada vez que le veía, el pájaro decía: «Ho… hola, Lolo», y el Picaza por las mañanas le daba suelta, y a la noche el animal regresaba a la cuadra con las garras cargadas de abalorios y cristalitos multicolores que iba depositando cuidadosamente en el pesebre. El Picaza la aguardaba cada atardecida y le daba de comer caracoles, gusanos, sapos y bayas silvestres. Al concluir el festín, la urraca se acostaba en el pesebre sobre su tesoro y ahuecaba las plumas como si tratara de empollarlo. Su cuñado, el Siestas, le decía que no se fiase de las picazas, que eran zalameras con los pájaros más fuertes que ellas y crueles con los pequeños y que se había dado el caso de que una urraca se emparejase con una corneja para matarla a traición mientras dormía, pero el Picaza no le hacía el menor caso.

A la primavera siguiente, el chico atrapó en la higuera del corral un nido de verderones con cuatro pollos y los enjauló y la madre venía a darles de comer a cada rato a través de los barrotes. Una mañana, le despertó al Picaza un frenético piar y al levantarse se encontró a las cuatro crías con los sesos al aire y a la madre piando y aleteando desaforadamente sobre la jaula. Nadie supo cómo ni en qué instante le cambió la veta al Picaza, que entonces sólo era un niño, pero sin decir palabra tomó una de las varas que hacían de apeo los años que los cerezos traían mucho fruto, se encerró en la cuadra y cuando salió llevaba la cara arañada y en la mano derecha portaba triunfante el cadáver de la urraca, que no era más que un revoltijo de plumas blancas, verdinegras y azules. Su cuñado, el Siestas, le preguntó qué había ocurrido, pero el chiquillo lanzó el cadáver por encima de la tapia y balbució escuetamente: «A… andaba celosa la muy zorra». Luego se sacudió una mano con la otra y no volvió a hablarse del asunto.

La Desi desconfiaba fundadamente de los prontos del muchacho; temía, en particular, que le asomase la veta mala si al Argimiro le daba por aplicarle su autoridad. La Marce la asustaba por las noches: «La mili no es cosa de broma, maja; que se ande con ojo, díselo, que se ande con ojo». Ella, la muchacha, no le decía nada, recelosa de desencadenar sin más una tragedia, pero cada vez que veía de cerca los galones rojos del Argimiro se le iba la sangre a los zancajos. Por otra parte, el Picaza tenía buen corazón y a las dos semanas de llegar a la ciudad se presentó en casa con un anillo de acero inoxidable con una P y una D caprichosamente entrelazadas. Ella estuvo a punto de arrancarse a llorar, se lo puso en el dedo índice, lo contempló enternecida y dijo brumosamente:

—Estás loco, Picaza. ¿A qué ton viene ese gasto?

—E… eres mi novia, ¿no?

—A ver.

—P… pues eso.

Le había costado siete noventa en un tenderete a la puerta del cuartel. El del carretillo le pedía nueve, pero él porfió que siete y finalmente partieron la diferencia. El Picaza había entrado en la mili con buen pie y desde que el sargento le oyó cantar le apuntó en el orfeón y le comprometió para participar en los actos del día de Santa Bárbara y en el desfile del Cristo de los Artilleros para Semana Santa.

—Anda y que no lo toman con tiempo —comentó la Desi.

Durante medio año, el Picaza ahorró en el pueblo para poder dilapidar en la ciudad. A la Desi la tenía deslumbrada. Cuando no era un anillo de acero

inoxidable, era una fotografía al minuto o seis reales de pipas. El Picaza no miraba la peseta. Los domingos salía en rebaño del cuartel con sus colegas y si pasaba una señorita de buen ver rebuznaban todos a coro. De dos a tres, para hacer tiempo, se iban todos en manada a ver las piernas y los pechos del escaparate de Leo Conde. Las piernas eran de madera, pero tenían ligas y todo y estaban bien conformadas, al igual que los pechos que se ocultaban pudorosamente tras un sujetador de seda que trasparentaba. Si iba con la Desi y con la Marce y el cabo Argimiro, se reprimía, limitándose a darle a éste con el codo y a reír por lo bajo, pero si iba con sus colegas decía, después de suspirar teatralmente:

—¡A… ay, madre! De una tía así no me separaba yo en todo el tiempo de la mili.

Decía Demetrio, el de Villacabrales, con la mirada empañada:

—Está buena, ¿eh?

—V… vaya si está.

Los soldados permanecían un cuarto de hora estacionados ante la vitrina, inmóviles, los pulgares prendidos en el negro cinturón, a los lados de la hebilla, como hechos a multicopia. Después se iban a ver las carteleras de los cines y el juego excitante y turbador continuaba. Una hora después la pagaban las chicas de servicio, inermes para contrarrestar la ardorosa ofensiva. De ordinario, los reclutas iban y venían, fluctuaban en una rutinaria y tediosa indecisión, arrastrando los zapatos, moviéndose por bloques, no por unidades. Mas a las cuatro en punto se iniciaba la desbandada, pues quien más y quien menos disponía de un portal donde esperar.

El Picaza solía hacerlo mirando los relojes de Emeterio, frente a la casa del viejo Eloy. El hermano de don Ulpiano, su comandante, le había dicho que cuando cumpliera, si se comportaba disciplinadamente, le pondría de chófer en un camión. Entonces ingresaría una buena soldada e incluso podría comprarse un reloj chapado en oro. De momento no cabía sino esperar. Mientras aguardaba a la Desi, el Picaza mordía un mondadientes o una boquilla de plástico. Con la boquilla había de andar al quite pues en un descuido podía abrasarse los hocicos como el Gumer, el de Valdecasas. Si no chupaba un palillo o la boquilla, mondaba, valiéndose de los dientes y la lengua, pipas de girasol. El caso era no parar quieto, como decía la Desi. Si le obsequiaban con un cigarrillo consideraba una desatención no lucirlo, antes de quemarlo, unos minutos atravesado en la oreja. Aprendió a hacerlo en los bautizos y las bodas de su pueblo y ahora en la ciudad continuaba haciéndolo. A la Desi la agradaban estas cosas, le parecían detalles que aumentaban el

natural atractivo del muchacho. La chica no veía arqueadas las piernas del Picaza, ni juntos sus ojos, ni roma su nariz. A ratos, cuando él caminaba escupiendo distraídamente mondas de girasol, ella le observaba con disimulo el perfil y su corazón sensible se aceleraba. Y si acaso en ese momento cruzaba un superior, particularmente si era un general, y el muchacho se cuadraba de un taconazo, la vista altiva en el infinito, el pecho saliente, el mentón recogido y la mano inmóvil en la sien, la chica se implaba de orgullo y a la noche le decía a la Marce, arrebatada: «Marce, tú no le has visto saludar, no le has visto saludar, parece una medalla. —La Marce reposaba en ella sus ojos abesugados—: Lo que tienes que decirle es que se ande con ojo. Un día le pica de más al Argimiro y se arma el trepe en el paseo, ya ves».

Entre semana, el Picaza subía un par de veces donde la Desi aprovechando los paseos del viejo. A la chica, el verse a solas con él en la casa silenciosa le ponía la cabeza como vacía. Su resistencia, en esos casos, era puramente instintiva. Ella aceptaba que el Picaza podía tocar con cierto decoro, porque sí, porque para eso era su novio, pero de eso a lo otro había distancia. Por eso prefería cortar en flor las extralimitaciones del muchacho:

—Quieto, Picaza.

O más contundente aún:

—¡Saca esa mano o te suelto un bofetón, vaya!

Una tarde la Desi hubo de revelar su secreto para contenerlo a pesar de que todavía no leía de corrido:

—Atiende, Picaza, ya sé leer.

Él arrimó aún más su taburete al de la chica y ella desplegó el periódico grasiento sobre el fogón:

—A… a verlo —dijo él.

La chica permaneció unos segundos con la lengua entre los dientes, clavados los ojos donde el dedo chato y rojizo parecía sujetar la sólida línea de gruesos caracteres y, finalmente, se arrancó:

—Fran-co-con-de-co-ra-do-con-el…

Se interrumpió de pronto, miró al muchacho con simulado disgusto y, sin separar el dedo del renglón, lo desplazó con el hombro:

—¡Quieto, Picaza! —Volvió los ojos al periódico y prosiguió—: …con-el-Co-llar-del…

Lo miró de nuevo la chica furiosamente:

—¿Quieres parar quieto de una vez, Picaza?

El Picaza sonreía cucamente. Ella se obstinó:

—… el-Co-llar-del-Mé-ri-to-E-cua-to-ria-no.

Al concluir se incorporó de un salto:

—¡Te estás quieto o te suelto una guantada, vaya!

Pretendía mostrarse airada pero, de pronto, rompió a reír en rojas risotadas, doblándose por la cintura, y golpeándose ardorosamente el muslo, mientras el Picaza la invitaba de nuevo a sentarse a su lado y ella, entre carcajada y carcajada, le decía que no con la cabeza. Cuando se le pasó la risa, la chica le contó cómo aprendió a distinguir la P de la Q y le preguntó si había reparado alguna vez en que la i de Picaza se refugiaba como acobardada bajo la gran barriga de la P. Mas el Picaza estaba a lo que estaba. Dijo:

—A… a propósito de barrigas, ¿sabes tú que a la Pruden la hizo una el Caraplana el otoño pasado? E… él dice que cuando regrese de la mili se casará con ella, pero eso todavía no lo he visto yo.

XV

En los últimos días el viejo Eloy advirtió una nueva luz en los macilentos ojos de la Desi. No es que la muchacha se hubiese tornado atractiva ni su rostro denotase la menor inteligencia, pero de pronto su persona emanaba como una expansiva vivacidad. Por las mañanas, cuando él se refugiaba junto al fogón, la chica canturreaba alegremente y sonreía como para sus adentros y se mostraba complaciente y cada vez que le dirigía la palabra era para preguntarle por su señora y sobre los pormenores de sus relaciones en el pasado:

—Señorito, no me vaya usted a decir que Lucita es un nombre cristiano.

—No, hija, su nombre era María Luz y le decíamos Lucita. Tú tampoco te llamarás Desi a secas, me imagino yo.

La chica le observaba atónita:

—¡Otra! Usted dirá, si no.

—Claro, hija. Eso son diminutivos cariñosos.

La Desi rompía a reír:

—Diminu… ¿cómo dijo?

—Diminutivos, hija.

—¡Será capaz!

Se palmeaba ruidosamente el muslo y soltaba una risotada:

—Usted siempre de broma.

Ya encarrilados, la muchacha inquiría dónde y cómo conoció a la señorita y lo que le dijo la primera vez y si se casó en la ciudad y si hubo muchos invitados el día de la boda. El viejo Eloy se dejaba llevar. En la vida siempre procuró dejarse llevar, pero a Lucita, su esposa, le enojaba que en el baile renunciase a la iniciativa: «Bailar contigo es lo mismo que hacerlo con un palo, Eloy, —le decía. Y él entonces procuraba enmendarse, pero ella le regañaba—: No me levantes en vilo, por Dios bendito, que pierdo el paso». El viejo Eloy relajaba la tensión: «Pero, alma de Dios, ¿es que la música no te dice nada?, —añadía ella. Él tornaba a erigirse en conductor, más Lucita le reconvenía nuevamente—: Si no aflojas acabaré desmayándome. Es que le cortas a una el resuello, ¿eh?».

De ordinario Lucita, su esposa, exhalaba un calor áspero pero confortable. No se parecía en nada al vaho cálido, un poco animal, de la Antonia, ni al sedante y vegetal del tío Hermene. Con Lucita, su fórmula de dejarse llevar

no le dio jamás buenos resultados. Ya de novios, ella le dejaba decidir para, después, hacerle responsable del fracaso. Algún sábado caían por el Royalty a oír a la Ruiseñora; pero Lucita siempre se disgustaba y decía que la Ruiseñora valdría para animar un regimiento de caballería, pero con gente fina no tenía nada que hacer, porque era una actriz que decía más con el cuerpo que con la boca. Ya casados, Lucita continuó fiel a su fórmula y si él decía a pasear, ella, de regreso, le echaba en cara que no pudo elegir tarde más fría; y si él decía al teatro, ella, Lucita, le censuraba su decisión alegando que la obra era mortalmente aburrida; y si él decía que a visitar a los Cobos, Lucita, tan pronto se veía en la calle, le recordaba que Isaías no era santo de su devoción y que, por lo que afectaba a su hermana Lupe, era tan sosa y vacua como una pava; y si él, algún día, trataba de sorprenderla con los nuevos carretillos de la limpieza o los escobillones de brezo, ella decía toda alborotada: «Deja quietas las basuras, Eloy, o me volverás loca».

En cualquier caso, Lucita era una mujer muy particular y exigía demasiado de la vida, y, cuando su marido la decepcionaba, le imponía duras penitencias que él cumplía dócilmente porque lo primero de todo era el calor del hogar. Por otro lado, Lucita, su esposa, no admitía presentarse en público sino en todo su saludable esplendor, y de aquí que, al menos cuatro días por mes, se recluyera en la cama sin querer ver a nadie. Lo mismo acontecía si le asaltaba un dolor de muelas o si quedaba embarazada. En estos casos, durante los nueve meses y la cuarentena del sobreparto, únicamente el viejo Eloy podía vulnerar su intimidad, aunque con la persiana entornada. Con alguna frecuencia, Lucita le decía: «Eloy, prométeme que cuando me muera me pondrás un velo por la cara para que no me vea nadie. —Él decía—: De acuerdo». Lucita porfiaba: «Júramelo. —Él decía—: Te lo juro». Ella aún recelaba: «Pero júramelo por algo, Eloy, con más calor. —Él inquiría—: ¿Y por qué voy a jurártelo?». Ella abría el camino: «Pues por la memoria de tus padres, o por los evangelios o por algo santo». Él obedecía, mas no transcurría una semana sin que Lucita le encareciese de nuevo con análogo ardimiento y él volviera a obedecer.

La Desi decía apasionada:

—¿Y le puso usted el velo por la cara, señorito?

—Hice lo que le había prometido, eso es.

—Madre, ya se necesita valor. ¿Sabe usted lo que le pidió uno a un vecino allá en mi pueblo?

—¿Qué, hija?

—Que una vez que la doblase le abriera las venas de las muñecas para que no le enterrasen vivo.

—¡Qué horror!

—Pues con toda su sangre fría fue y le cortó las venas, que luego el alcalde lo quería meter en presidio y todo, ya ve.

Era extraña la confianza que unía al viejo con la Desi. Muchos de sus recuerdos, que se había reservado durante setenta años, los revelaba ahora, ante aquella burda y elemental muchacha, sin hacerse la menor violencia, sin someterse a la menor presión. La chica se mostraba insaciable:

—¿Y qué le decía usted? ¿Qué le decía, señorito, cuando novios?

—Pues le decía, hija, todas esas cosas que se han dicho siempre, pero ella era especial. Ella decía: «Eloy, no es lo mismo decirle a una mujer “vida mía” que “mi vida”».

La Desi le miraba con el ceño fruncido. Rara vez comprendía las explicaciones del señorito y sus ojos delataban el esfuerzo de su cerebro. Mas el viejo Eloy no se tomaba el trabajo de aclarar los puntos oscuros. Tampoco le dijo nunca que Lucita, su esposa, falleció de una menopausia repentina y muy tardía, a los sesenta y dos años. Entonces se había jactado de ello con Isaías: «Era muy vital. A sus años no lo ha podido resistir. Ni el corazón ni las venas estaban preparados para ello». A la chica le decía:

—Lo importante, hija, es fundar una familia.

Los minúsculos ojos pardos de la Desi se inundaban de luz:

—¿Verdad usted que sí? Bueno, pues la Marce que antes se queda soltera que casarse en un pueblo, ya ve.

—¿La Marce?

—Mi amiga, la del tercero.

—Ah, bueno.

Junto a la chica, el viejo Eloy se sentía apaciguado y en calma. La espera no le impacientaba ni le ganaba el deseo de sacarle a la vida un rendimiento. Ahora, cada mañana le leía a la muchacha el anuncio de venta de la Contax. Le parecía que el periódico, con aquel anuncio insignificante, compuesto en redondas del seis, contenía un mensaje personal y que la ciudad entera había de captarlo.

—Atiende, hija —decía—: «Vendo Contax, objetivo tres cinco. Como nueva. Material antes de la guerra. Razón esta administración». Hoy viene el primero.

O si acaso:

—En la parte alta se ve mejor, ¿no crees, hija?

Había vuelto varias mañanas por la óptica de Pacheco, pero Pacheco vivía muy atareado. Le decía todo el tiempo: «Discúlpeme, don Eloy. —Él respondía—: Sí, hijo». Y, en tanto regresaba, se entretenía observando las lentes y los anteojos y los prismáticos de las vitrinas o miraba los vistosos anuncios: «Lentillas corneanas: únicas, sencillas, expresivas, limpias, adaptables, selectas. Amplia información; pruebas sin compromiso». «El nuevo Zeiss con exposímetro incorporado». «Brújulas, estereóscopos, podómetros y termógrafos». A veces, Pacheco demoraba el retorno más de una hora y, en tal caso, el viejo Eloy se acomodaba en la dorada silla de arpa, se recostaba en la columna de espejos y se quedaba dormido. En la óptica de Pacheco había buena temperatura. Un día, el viejo Eloy resbaló y cayó al suelo con silla y todo. Se armó un pequeño revuelo pero cuando Pacheco inquirió de él si se había hecho daño, el viejo observó en los impolutos cristales de sus gafas que estaba harto de él. Anteriormente, el viejo le instó a reavivar la actividad de la Sociedad Fotográfica, e incluso se le ofreció para ocuparse personalmente de pormenores de organización, pero Pacheco observó: «No hay tiempo. Hoy día nadie tiene tiempo para malgastarlo en frivolidades. —En los ojos del viejo Eloy se pintó el desamparo y entonces Pacheco añadió—: Excepto usted, claro». El viejo Eloy le dijo: «¿Sabe, Pacheco? A mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Es un aviso».

Después de su aparatosa caída, Pacheco recibía al viejo Eloy en la trastienda y le abandonaba allí, junto a la caldera, hasta la hora de cerrar. El viejo solía decirle: «Tengo ganas de charlar un día largo y tendido con usted. —Mas Pacheco decía—: Otro día, don Eloy, hoy ando muy ocupado». De esta forma el viejo fue demorando sus visitas a la óptica y terminó por no volver. La última vez le había preguntado a Pacheco qué podía pedir por su Contax y Pacheco dijo: «Esas cámaras no tienen precio. Sencillamente vale lo que le den a usted por ella».

A la Desi, cuando decidió no volver donde Pacheco, le dijo el viejo:

—¿Adónde irán tan deprisa, pienso yo?

—¿Quién va deprisa, señorito?

—Todos, hija; parece como que tuvieran miedo de no llegar.

Se quedó inmóvil, los brazos cruzados sobre el estómago, concentrado en sí mismo. La Desi observó la gotita que empezaba a formársele en la punta de la nariz y dijo con un expresivo gesto: «Señorito, el pañuelo». Él se limpió. Al concluir volvió a quedar silencioso, los brazos sobre el estómago. Cada vez que el viejo se ponía así, la chica recordaba al Apolinar, el primo del

Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción. Pero la Desi, esta temporada, no estaba para sutilezas y siempre terminaba por llevar el agua a su molino:

—¿Es cierto, señorito, que una criatura le cambia a una la vida?

El viejo le contaba de Leoncito y de Goyito, el menor, que se fue a los veintidós sin guardar antesala. Leoncito le llevaba seis años a su hermano y cuando éste nació le quiso ahogar con un gancho de abotonar los zapatos. Leoncito era el primero de la clase y el viejo solía decirles a su esposa y a sus amigos: «Este chico será más que yo». Ahora, al llegar a este extremo, hacía una pausa deliberada y le decía a la chica:

—Y ya ves, hija, notario en Madrid a los cuarenta y dos años.

La Desi hacía sonar su dedo índice contra los otros tres:

—¡Jolín! —decía vagamente admirada, con ánimo de que el viejo prosiguiera.

Y el viejo le contaba que, para que Leoncito fuese notario en Madrid a los cuarenta y dos años, él hubo de renunciar al tabaco y al café y suprimir el postre de por las noches. Añadía:

—El chico era delicado y mi esposa y yo, para sobrealimentarlo, decidimos comprarle un jamón. Y cada vez que su hermano se arrimaba al jamón el otro se ponía loco.

Carraspeaba banalmente y extendía las manos sobre la chapa. Al cabo de una pausa, agregaba:

—Goyito, el menor, era un trasto de cuidado. No había diablura que no se le ocurriera a él.

Con Goyito, el viejo no pudo hacer carrera. En la escuela sacaba el puesto 38 y el viejo le decía: «¿Cuántos sois, hijo?». «Cuarenta, —respondía la criatura con cierta petulancia. Mas enseguida añadía—: Esta semana hubo dos enfermos». A los doce años, Goyito sustrajo al viejo dos duros del portamonedas. El viejo Eloy se preocupó tanto que mandó llamar a Orestes, su cuñado, que era policía, y Orestes regañó al niño solemnemente y le puso unas esposas y un cartelón en la espalda que decía: «Me veo así por ladrón». A la noche encontraron a Goyito en la calle maniatado y con el cartel a la espalda y jactándose de su situación delante de los amigos.

Lucita decía de Goyito que era una criatura imposible y el viejo Eloy sufrió en su día por esta causa, mas ahora, en la lejanía de los años, sonreía conmovido al recordarlo. En todo caso, Lucita, su esposa, alumbrase un ladrón o un notario, le obligaba a cubrirle la cara con un velo durante el parto y al concluir le imponía un duro castigo porque decía que él pecaba y no era

justo que ella llevase la penitencia, porque a ella el acto matrimonial no le proporcionaba frío ni calor y que, al parecer, era él el único que sacaba de ello algún provecho. De cualquier modo, Lucita rara vez se encontraba visible porque, si no era su salud, eran sus trapos o sus zapatos, y si él decía en la calle: «Hombre, Pombo, —ella le azuzaba—: No te detengas, Eloy, no vengo calzada». Y si las cosas se torcían y él se veía obligado a detenerse, ella al llegar a casa le imponía un correctivo. Al final resultó que Lucita, pese a lo adormecido de sus instintos, fue mujer hasta los sesenta y dos y, si murió a esa edad fue sencillamente porque su corazón y sus venas carecían de la suficiente elasticidad para soportar la menopausia.

Decía la Desi:

—¡Qué perro debía ser el Goyito!

El viejo se pasaba el pañuelo por la punta de la nariz. La chica se golpeaba el oído:

—Deja eso, hija, vas a armarte una cantera.

—No hace más que cantar; no hago vida de él.

—Déjalo que cante.

—Qué fácil se dice.

El viejo cruzó los brazos sobre el estómago. Dijo tras una pausa:

—De todos modos, mis hijos tuvieron más suerte que yo: bueno o malo tuvieron un padre. Cuando yo nací el mío estaba de cuerpo presente; lo que se dice ni conocerlo.

La chica le miró llena de asombro:

—¡Será capaz!

—Como te lo digo, hija, me sucedió lo mismo que al rey. Cuando el rey nació tuvieron que envolverlo en pañales negros. Lo que es la vida. Un hombre que tenía todo, en cambio no tenía padre.

La muchacha se irritó.

—No empiece —dijo.

Él levantó sus pupilas gastadas, casi incapaces de reflejar su extrañeza. Dijo con un tono levemente contrariado:

—¿A qué ton no empiece? Yo no miento, hija. Lo que te digo es tan cierto como la luz del día.

XVI

Al octavo día de poner la fecha, la Desi concluyó la carta a su hermana la Silvina. Era la primera carta que redactaba en la vida y como aún desconocía todas las zarandajas del alfabeto y la gramática determinó escribirla en caracteres tipográficos que eran los que dominaba. Ahora, al releerla, experimentaba unos opresivos ahogos, no sabía si por la emoción de ver transcritos por vez primera sus sentimientos o por ser corta de respiración, como decía la Caya, su madrastra.

La carta decía:

SETIMADA REMANA CUATO LETAR PARA DECITE QUENOS ENCONTRA MOS VIEN GRACIA ADIO. REMANA RECIBI LO CHORICOS YLO BOYO. REMANA ME COMPARO UNA REBECA IES MUI BONITA Y VIA PICAZA IME DIGERO QUEL CARAPALNA IBA MARUECO. REMANA IASE ESCIRBI QUEL SEYORITO MENSEYA. REMANA ESTOI MA GORDA PESO 53. REMANA CUADO MESCRIBA MEDE LA SEÑA DELA AFONSINA EN MADIR. REMANA DISIAS MATAO CUATO A PESAO. REMANA DISI YUEVE PORAI SIACE FRIO. REMANA DE RRECUERDO ALO BECINO IDEN RRECUERDO ALA TIA CAYA IQUELO PASAO PASAO. REMANA SEDES PIDE TU REMANA QUE LO ES.

DESI SAJOSE

REMANA RRECIBI LO CHORICOS ILO BOYO IME PUSE MUI COTETA. REMANA MEMADE LA SEÑA DELA AFONSINA EN MADIR. REMANA SEDES PIDE.

DESI SAJOSE

Volvió a leerla y sintió un turbador estremecimiento. Le parecía mentira haber sido capaz de llenar por sí sola aquella cuartilla y que aquella cuartilla, sin más que encerrarla en un sobre y pegar en éste un sello de 0,80, llevase a su hermana sus pensamientos sin necesidad de intermediarios. Pensó que aquello era un prodigio y que la Marce podía irse al infierno, que ella para manejarse por el mundo no necesitaba de andaderas.

Diez días atrás había regañado con la Marce y por vez primera se acaloró y le cantó cuatro verdades. La Marce abusaba de su posición y bien claro le tenía dicho que de lo de la Nochebuena con el viejo ni una palabra, que el Picaza podía tomarse la cosa por donde quema. Pero a ella le faltó tiempo. Después de todo, si el Picaza se gastaba confianzas con el Argimiro a ellas ni les iba ni les venía. El Argimiro tenía una autoridad y si no se decidía a usarla con el Picaza sus motivos tendría. De otro lado, la autoridad no estaba bien que se emplease para ofender y al Argimiro nadie le dio pie para decirle aquello al Picaza, que si el Picaza era bajo, él, el Argimiro, era en cambio más

largo que una peseta de tripas. Pero el Argimiro veía la paja en el ojo ajeno y no veía la viga en el suyo y una tarde le dijo al Picaza sin más:

—Chaval, eres pequeño pero bajo.

Y el Picaza se puso como morado y se le engarfiaron los dedos de las manos y la Desi temió por un instante que le cambiara la veta, pero el Picaza, a Dios gracias, se conformó con decir:

—D… dejarse de bromas; pequeño y todo si hay que partirse el alma me la parto con cualquiera.

Por la noche, la Desi subió donde la Marce dispuesta a hablarle claro, pero la mirada roma de su amiga, su sentido de la anticipación la dejaron anonadada. Le dijo la Marce con vehemencia:

—El Picaza ese, maja, no hace más que comprometer. No va una tranquila con él, es verdad. No hace más que comprometer, maja; va una volada.

La Desi se desinfló y, como siempre que se sentía indefensa y sin recursos, le nació una raya horizontal en el angosto espacio que separaba el pelo de las cejas. Sin embargo, acertó a decir:

—No digo que no tengas razón, Marce, guapa, pero el Argimiro no debió decirle lo que le dijo. Las cosas como son.

La Marce se aproximó a ella airada. A medida que se excitaba parecía que toda ella se iba cociendo:

—Mira, maja, entérate de una vez. El Argimiro es un jefe y bastante hace con no tener al Picaza firme como un pasmarote todo lo que dura el paseo. Es verdad, que le pones a una negra con tus pamplinas. El Picaza no hace más que comprometer y un día, si no se anda con ojo, se va a encontrar con lo que no busca. Porque lo que yo digo, maja, si no sabe aguantar una broma, ¿con qué derecho las gasta?

La Desi, la muchacha, humilló los ojos. La otra se ensañó en su victoria. Le golpeó en un brazo y repitió:

—¿Eh, maja? ¿Con qué derecho las gasta?

Afortunadamente el Picaza era incapaz de rencor y al domingo siguiente hicieron cuarteto como si tal cosa. Sin embargo, al ir para casa, la Marce, sin venir a qué, le dijo al Picaza si le había contado la Desi la juerga que se trajo con el viejo la noche de Nochebuena, que tuvieron que subir los vecinos y todo porque de otro modo echan la casa abajo. La Desi, la muchacha, encajó tan hondo el impacto que se quedó sin habla durante unos instantes, la cabeza llena de sangre y los labios trémulos. Al fin, balbució:

—No le hagas caso, Picaza; está de broma.

Al Picaza se le apretó la boca hasta formar una línea y la Desi oyó cómo chascaba la boquilla lo mismo que un cacahuete. Le agarró una temblequera que se acentuó cuando el Picaza dijo sin mirarla: «Con Dios» y dio media vuelta y se largó. Y el Argimiro le voceó: «¡Aguarda!», y se largó con él y entonces la Desi, roja como una amapola, le voceó a la Marce en el portal que ésas no eran formas de comportarse y que qué ganaba con ello, pero la Marce la miraba plácidamente con sus ojos acuosos y le dijo: «Vamos, maja, pues no te tomas tú poco a pechos las cosas; si le dije eso fue por tu bien». La Desi, aunque un poco desarmada, insistió que eso no era de amigas y entonces la Marce dijo que si no se la pegaba él en el pueblo con la Matilde y que bueno era darles a los hombres unos pocos de celos. Pero la Desi, que se iba apagando a medida que subían los crujientes y desgastados peldaños, le dijo que el Picaza no era de esos que necesiten de celos, mas la Marce adujo que todos los hombres necesitan de celos porque todos los hombres son iguales, y la Desi, a quien las lágrimas le iban ablandando los ojos, le dijo que y si no volvía, ¿qué?

Mas a la tarde siguiente subió el Picaza:

—¿E… es cierto lo que cuenta la Marce? —le dijo.

Ella se sofocó:

—Según y cómo —dijo a punto de llorar.

Mas, de improviso, todo se resolvió:

—¿S… sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Q… que la Marce esa es una cuentera.

Fue hacia ella con la mirada turbia, ahuecados los agujeros de la nariz y, de improviso, todo se complicó:

—¡Suelta, Picaza, me haces daño!

—L… los demás no te hacen daño, ¿verdad?

Se le agolparon a la chica las lágrimas en los ojos:

—No hay demás, para que te enteres, Picaza.

—¿Y… y el viejo?

La Desi rompió a llorar:

—¡Si vas a dar oídos a todos los cuentos marcha y no vuelvas!

Sollozaba acongojadamente y el Picaza la soltó entonces y se quedó en pie, los pulgares en el cinturón, a los lados de la hebilla, mirando cómo la chica se sentaba en el taburete. La Desi pensó que al Picaza le dominaba la veta mala y voceó de nuevo, entre sollozos:

—Marcha y no vuelvas; ¿no me has oído?

La chica pasó tres malos días, suplicando a la Virgen de la Guía, cuya efigie a duras penas descifraba a través de las lágrimas, que el Picaza volviera. Fue en ese tiempo, asimismo, cuando decidió independizar su correspondencia de la tutela de la Marce. Su congoja era tan grande que hasta su señorito se dio cuenta: «¿Te ocurre algo, hija?, —le dijo una mañana. Ella respondió esquinadamente—: ¿A mí? ¡A qué ton!». Pero el jueves por la tarde el Picaza la aguardaba abajo en la calle como si no hubiera pasado nada. Cuando le sorprendió mirando los relojes de Emeterio, con el palillo entre los dientes, la chica creyó que se desmayaba. Había pensado no salir, pero se puso la rebeca heliotropo y se perfumó el escote con esencia de rosas y bajó. Al ver al Picaza fingió sorpresa:

—Ah, ¿eres tú?

—¿Q… quién si no?

—Nadie.

A fin de cuentas pasaron una hermosa tarde, mascando pipas y paseando, enganchados de un dedo, por el andén central del parque. El Picaza no habló del viejo ni ella aludió para nada a la pasada discusión. A los dos días, el muchacho le preguntó que si era su señorito el que subía cuando él bajaba la víspera y la Desi asintió:

—¿Y… y por qué sube así las escaleras? Parece un perro.

—Ya ves, manías.

—N… no sé por qué se me da a mí que el señorito ese tuyo debe andar un poco de la azotea.

La chica se exasperó:

—A qué ton; bien bueno que es, mira tú.

El Picaza llevaba en la mano un saquillo blanco y la Desi le preguntó qué era aquello y él dijo que la ropa para lavar y que Demetrio, el de Villacabrales, le había dado las señas de una lavandera.

La muchacha le arrebató la bolsa:

—Faltaría más, estando una aquí —le miraba entrañablemente conmovida —. Pasado mañana tienes lista la ropa, Picaza, ya lo sabes.

El domingo salieron juntos. Hacía un día invernal pero quedo y transparente, y pasearon por el parque durante largo rato. Por vez primera, él le confesó que el primohermano de don Ulpiano, su comandante, le daría un camión el día que le licenciasen, y entre esto y algún apaño en cualquier parte tendría la vida resuelta. La chica imaginó que iba a hablarle del porvenir pero el muchacho sólo dijo que para entonces podría mercarse un reloj chapado en oro, de los que exhibía Emeterio en el escaparate. Más tarde, al anochecer, se

pusieron de broma y la Desi le dijo al Picaza que andaba como un recluta y él le preguntó que en qué distinguía los andares de un recluta de los de un señorito y ella respondió que los reclutas andaban dos veces el camino, como los perros, y que además arrastraban las suelas de los zapatos.

—A… a ver —dijo él—; me están grandes las botas.

Todo marchó bien hasta el martes siguiente, en que el Picaza, cuando la muchacha le enseñaba la casa, sin ningún ademán que delatara sus miras, la derribó sobre la amplia cama del viejo y se lanzó sobre ella, los ojos brillantes, como de fiebre, y estremecidas las aletillas de la nariz. Fue todo tan inesperado, que la Desi le vio venir encima como una alimaña, lleno de torpeza y voracidad, y sintió sobre su carne la asechanza viril y entonces pataleó con todas sus fuerzas, le arañó y le mordió la cara y le insultó a voces. No era el Picaza en ese instante y a la chica no le fue difícil reprimir el ataque porque experimentaba unas oscuras náuseas al sentir en su rostro el furioso y ahogado jadeo del muchacho. Rodaron sobre el lecho, y, finalmente, el Picaza se incorporó derrotado. Ella se alisaba las faldas sin osar levantar la cabeza. La chica juraría que en los momentos más abruptos de la lucha había visto los sesos del Picaza por los agujeros de la nariz, talmente como decía la Culohueco, el ama del señor cura. Notaba dentro de sí un sentimiento nuevo, mezcla de orgullo, repulsión y perplejidad. Al levantar los ojos, observó que el Picaza sangraba por la frente y la mejilla. Le apremiaban unos inmoderados deseos de llorar; de estar llorando toda una vida, hasta vaciarse. Se oyó decir al fin, roncamente, tal como si la voz brotase de las paredes:

—Si vienes con esas intenciones, marcha y no vuelvas, Picaza.

Él se restañaba la sangre con la bocamanga del tabardo. Dijo:

—N… no te has hecho tú poco señorita.

—Yo soy una chica honrada, para que lo sepas.

—C… con quien te parece, ¿no?

Ella se arrancó a llorar:

—Si te has creído que todas vamos a ser como la Matilde, estás listo. Yo no soy de ésas.

El Picaza recogió el gorro del suelo. Se mostraba indeciso. Dijo cruelmente, entornando los ojos:

—Y… y él sí, aunque sea viejo, porque es señorito, ¿no es eso?

Ella fue hasta él ciega de rabia y le llevó a empellones pasillo adelante. El Picaza no cesaba de injuriarla volviendo un poco la cara:

—D… de que os venís a la ciudad todas iguales, eso. De que llegáis a la ciudad, todas unos pingos, ya se sabe. Y los pobres a esperar que los ricos se

cansen, ya ves tú…

Ella le abrió la puerta. Tenía las facciones descompuestas. Aún le voceó cuando él descendía las escaleras:

—¡Yo puedo volver al pueblo con la cabeza bien alta, entérate! ¡Entérate, Picaza! ¡Entérate…!

Cerró la puerta de golpe y se sintió ahogada por las lágrimas. Estuvo llorando sobre su mísero catre hasta la noche. El viejo la había llamado para la lección y ella le respondió que se encontraba enferma. Más tarde dio la luz y le dijo a la Virgen de la Guía que, a pesar de todo, deseaba que el Picaza volviera porque lo de la tarde fue un pronto y todo lo olvidaría en cuanto que le cambiara la veta. Después se acurrucó en el lecho sin desvestirse y empezó a decir: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo», muy devotamente.

Contaba con los dedos las veces que lo repetía y al llegar a la 637, sin saber cómo ni por qué, se quedó profundamente dormida.

XVII

En la segunda quincena de febrero, el viejo Eloy empezó a notar frecuencia en las micciones y un pasajero escozor y se dijo: «La próstata. —Al llegar a cierta edad, ya se sabía—: La próstata o la vida», o sea que él todavía andaba de suerte. A Isaías le dijo: «Me escuece al orinar, —pero Isaías le replicó—: Tanto tú como yo tenemos cuerda para los ciento, no te preocupes». Y sonreía al sol y a la vida con sus tres dientes de oro y le decía agitando en el aire su bastón: «Andando poquito a poco». Mas el viejo Eloy caminaba con aprensión, despatarrado, temeroso de exacerbar su padecimiento incipiente. En otra circunstancia hubiera acudido al médico, mas ahora pensaba que sus recursos no daban para esos lujos. Acababa de vender la Contax en ochenta duros y con ellos había tapado algunos agujeros; no era cosa de empezar otra vez.

Ensimismado en su preocupación, el viejo Eloy apenas advirtió la depresión de la chica. Las mañanas transcurrían en silencio, cada cual en su mundo, sin otra actividad que el afanoso trajinar de la Desi en el fogón. La muchacha seguía implorando a la Virgen de la Guía el retorno del Picaza, pero cuando se juntaba con la Marce su desesperanza acrecía. Le dijo ésta una noche: «Hoy le vi en la calle Principal, maja. Iba con Demetrio, el de Villacabrales, y dos chicas. Una de ellas era la Yaya, ¿no sabes? Esa pequeñita que le regalaron un reloj de pulsera por dormir una semana con el niño. —La miraba fijamente la Marce con sus ojos insípidos—. No caigo», dijo la Desi. Añadió la Marce: «Sí, mujer, la de las pecas, esa pequeñita que no para en ninguna casa, gallega ella, que dice que tiene la abuela de guardabarrera en Villacarriedo». «No caigo», insistió la Desi, aunque tampoco hacía por caer. Le era indiferente que fuese una u otra. Se le formó una bola en el tubo de respirar y preguntó penosamente, como sin darle importancia: «Oye, Marce ¿iban las chicas juntas o apareados?». «Apareados», respondió la Marce sin vacilar, y ella hubo de marcharse rápidamente para llorar a gusto, a solas en su alcoba.

Una mañana, el viejo Eloy pareció salir de su abismo y le preguntó a la chica:

—¿Te pasa algo, hija?

Ella respondió, cortada:

—¿A mí? ¡A qué ton!

Insistió el viejo:

—Se me hace como que tuvieras los ojos hinchados, hija.

Ella intentó sonreír y apenas consiguió una mueca ambigua:

—Será de sueño, porque otra cosa… —dijo.

Por las tardes, Isaías no le escuchaba y, en cambio, pretendía que él se hiciera cargo de sus trastornos. Últimamente Isaías se quejaba de mareos y el viejo Eloy inquirió si marchaba bien del vientre y su amigo Isaías confesó que regular y entonces el viejo Eloy le recomendó que bajase por las mañanas al parque, porque la Naturaleza era el mejor regulador. A todo esto Isaías le hizo ver que eso no, que eso, como todo, iba en temperamentos y que Aguado, sin ir más lejos, se ponía al corriente revisando legajos viejos y que él decía que era el polvillo, pero que eso nunca podría saberse.

A la tarde siguiente, Isaías no acudió a los soportales como de costumbre, junto a la papelería de Afrodisio Niño, y el viejo Eloy, tras esperarle en vano durante media hora, se encaminó a su casa. Encontró a su hermana Áurea, la menor, llorando apagadamente en el vestíbulo. Todo se le volvía decir:

—¡Ay, Eloy, qué desgracia tan grande!

Y mordía un breve pañuelo ribeteado de encaje. No acertaba a explicarse; pero salió Lupe, la mayor, la que estuvo en tiempos por Poldo Pombo, según decían en el Círculo, y le dijo que a Isaías le había dado una congestión y estaba muy grave.

El viejo Eloy encontró a su amigo hecho un ovillito, el rostro exangüe, la boca quebrada en una torva sonrisa. De puntillas se aproximó a él y se sentó en la descalzadora, junto a la almohada, y le dijo por tres veces al oído, levantando la voz de una a otra:

—Isaías, soy yo, Eloy, ¿me oyes?

Isaías roncaba de una manera acompasada y remota. Lupe le veía hacer, erguida a los pies de la cama, altísima y seca, con los brazos cruzados sobre el pecho. El viejo Eloy se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y repitió la llamada otras tres veces:

—¡Isa, Isa! ¿No me oyes? ¡Soy yo, Eloy!

Se sentía tan impotente como si le llamase desde otro planeta y, al propio tiempo, tan abandonado como un niño que viera a su madre extraviarse en la espesura del bosque. De repente, Isaías levantó el brazo derecho y se santiguó en un brusco garabato. Dijo el viejo Eloy mirando a Lupe, estupefacto:

—Se ha persignado.

—Sí —dijo Lupe, fríamente—. Es lo único que hace.

Entonces el viejo le preguntó qué había dicho el médico y ella respondió que de vivir quedaría tullido, paralítico, o tonto, o mudo, y que para tanto como eso mejor sería que Dios se lo llevase, pero el viejo Eloy dijo que eso no, que lo importante era conservar a Isaías con ellos y que él mismo le sacaría en un carrito a tomar el sol si no podía valerse o le daría conversación si quedaba mudo, pero que si se iba ya nada tendría remedio. Luego se quedó aguardando la respuesta de Lupe, anhelante, como si de ella dependiera la vida de su amigo, mas Lupe nada dijo. El viejo Eloy se sentó en la descalzadora y permaneció allí hasta que la oscuridad se hizo en el balcón. Y cada vez que su amigo se santiguaba, el viejo Eloy le miraba insistentemente, tratando de penetrar en el difuso mundo intermedio en que Isaías se movía ahora, y se decía: «Él ve algo y, sin embargo, a mí no me oye». Después le colocó un pañuelo entre la almohada y la mejilla y su amigo cesó de roncar y él le dijo a Lupe que se iba a avisar a la chica y que pasaría allí la noche.

Cuando el viejo se lo propuso a la muchacha, la Desi palideció, pensando en la Adriana, la resinera, y en Moisés, el que se abrasó la cara en el horno de achicoria, y le dijo que se iba con él y que qué le había sucedido al señorito Isaías. El viejo le explicó.

Dijo la chica mientras bajaban las escaleras:

—El cuadrante es la esperanza de los viejos, ya se sabe.

—¿El cuadrante?

Ella sonrió:

—El hoyo, si así lo entiende mejor.

Inmediatamente aclaró que, por su parte, echaría una mano y todo lo que hiciera falta, pero que no se pensase el viejo que ella iba a entrar donde el señorito Isaías, pues no podía resistir los muertos ni los enfermos graves una vez que empiezan a oler.

—¿A oler, hija?

—Ande, no se haga de nuevas. El enfermo que va a doblarla huele que tira para atrás.

En el vestíbulo, Lupe le comunicó que el médico había dicho que de subirle la fiebre todo estaba perdido. Olía a medicinas y el viejo miró a hurtadillas a la Desi y la chica afirmó gravemente con la cabeza y él se sentó junto a su amigo hasta que llegó la monja. En realidad, el fenómeno de la muerte no sobrecogía al viejo Eloy, aunque le espeluznasen su rigidez y sus lúgubres atributos. Le sobrecogía, en cambio, esta media muerte de Isaías, ese estar con un pie aquí y con el otro en el otro mundo sin hallarse definitivamente ni en un sitio ni en otro. Y le sobrecogía, en especial, su

obstinación en santiguarse como si deseara espantar algo o granjearse el favor de alguien. Desde hacía muchos años, su amigo Isaías se desentendió de toda preocupación religiosa y al viejo Eloy, salvo las misas dominicales, le aconteció otro tanto. La actitud de su amigo, en su media muerte, le producía una viva conmoción interior. Ensayó, de nuevo, llamarlo, pero en vano. El viejo Eloy se decía: «Él ve algo y a mí no me oye. Lo que Isaías vea ahora está del otro lado». Una congoja insidiosa le ascendía garganta arriba y él había de carraspear para no ahogarse. Minutos antes de llegar la monja, le puso el termómetro. Salió de la habitación muy excitado:

—Treinta y siete dos; eso no es fiebre. De la misma cama le pueden subir unas décimas; ¿no le parece, Lupe?

Lupe metía un dedo bajo el gollipín como si quisiera aliviar su respiración. Apoco, entre los dos y la Desi, hubieron de reducir a Áurea, que se empeñaba en que había visto esconderse a la muerte y que si miraban con atención aún podrían ver la punta de la guadaña por encima de los cortinones. Le dieron un calmante y la acostaron. La Desi, la muchacha, cada vez que Áurea decía lo de la muerte y la guadaña, la miraba aterrada y decía: «Vamos, señorita, déjese de coplas».

El viejo Eloy pasó la noche entre la sala y la habitación del enfermo. Lupe permaneció con él y, en la soledad confidencial que brindaba la madrugada y la mesa-camilla y el común afecto por Isaías, el viejo Eloy le confesó que le había salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Pero Lupe no le comprendía y se lo dijo así y él quiso explicarle que era como un aviso y que la vida, bien mirado, era como una sala de espera, pero ella insistió que no lo entendía y el viejo Eloy, azorado, concluyó que la cosa no tenía mayor importancia y que era un decir. Más tarde hablaron de sus tiempos y el viejo Eloy le dijo que cuando el cuarteto Pombo, Vázquez, Isaías y él, Poldo Pombo se complacía en preguntarse quién de los cuatro sobreviviría a los demás. Fue la suya una torpeza porque Lupe lo escrutó profundamente como diciéndole que él era el superviviente pero su mirada era tan implacable que parecía que le acusara de alguna cosa. Para romper la tirantez, el viejo Eloy le contó que Pepín Vázquez, en sus momentos de depresión, migaba coco en el estanque para matar a los peces de colores, y ella dijo que ignoraba que el coco tuviera esas propiedades y, sin venir a cuento, dijo que Pombo era un muchacho extraordinariamente abierto y un gran sportman. Al hablar de Pombo, su rostro antipático y enjuto se animaba, y hasta esbozó una fugaz sonrisa al recordar el día que Poldo le regaló un lorito de pico blando, allá por el año cinco. Luego salieron a relucir la pelea con los cadetes, y la Paquita

Ordóñez, y las fiestas de la coronación del rey, y doña Pura Catroux, y el Banco Cooperativo; y cuando sobre el garaje de Ismael Abril empezó a alzarse una claridad lechosa y Lupe dijo, tornando a la realidad, que era la hora de los muertos, el viejo Eloy se levantó y volvió, al cabo de un rato, diciendo que, bien mirado, treinta y siete grados y medio no eran calentura y que medio grado sube de la misma cama. Después el viejo Eloy se marchó a su casa a descabezar un sueño.

Cuando retornó donde su amigo Isaías caía ya la tarde y en el vestíbulo encontró a Áurea, la menor, aparentemente tranquila, y el viejo Eloy le dijo, con el rostro transido de amargura, que la vida era como una sala de espera y que todos andaban en ella y que, de cuando en cuando, alguien decía: «El siguiente», y de esta manera, poco a poco, el mundo se iba renovando, porque unos entraban y otros salían, pero que más tarde o más temprano a todos les llegaría el turno. Fue una imprudencia la suya porque los ojos de Áurea, la menor, según hablaba, empezaron a desorbitarse y a ponerse blancos y, al fin, se llevó las manos a las orejas y empezó a chillar y a implorarle que no dijera aquellas horribles cosas y que ella estaba la primera y le tocaba ya, pero no podía esperar con calma que alguien le gritase: «El siguiente», y entonces apareció Lupe, la mayor, e inquirió qué ocurría y el viejo Eloy dijo que la enfermedad de Isaías había trastornado a su hermana y que era preferible que durmiera.

Isaías continuaba inmóvil, respirando por la boca entreabierta fatigosamente, y cuando él le llamó poniendo en sus palabras el mayor anhelo, no le hizo caso y, en cambio, se santiguaba a cada rato, y al concluir dejaba caer su brazo inerte sobre las ropas. El viejo Eloy pasó la noche en la sala junto a Lupe y él le habló de Leoncito y que desde que era chico él le decía a su esposa: «Este chico ha de ser más que yo, —y luego agregaba—: Y ya ve, Lupe, notario en Madrid a los cuarenta y dos años». De madrugada le puso el termómetro a Isaías y salió diciendo que treinta y ocho grados no era una temperatura como para alarmar y que hoy día la penicilina obraba milagros.

A la mañana siguiente se fue a dormir a su casa. Durmió profundamente y, al despertar, sintió hablar en la cocina y salió enfundado en el batín y la Desi charlaba con un recluta que se puso marcialmente de pie al entrar él y la Desi dijo, muy sofocada, tras unos segundos de confusión:

—Aquí, mi señorito; aquí, una amistad.

Dijo el viejo Eloy:

—Siéntese, siéntese, hijo.

Y cuando el soldado se sentó en el taburete, la Desi exultó:

—Del pueblo, sabe.

Todo había acontecido inesperadamente. Cuando la chica sintió llamar a la puerta no pensó que pudiera ser el Picaza. Pero él dijo al abrir ella, como si nada hubiera sucedido: «¿Q… qué dice la burra más burra de todas las burras?. —Y ella, entonces, le dijo conmovida—: ¡Picaza!», y permaneció un momento contemplándolo. La chica no lograba vencer su aturdimiento. Dijo finalmente: «Anda, pasa, no te quedes ahí parado como un pasmarote». Él pasó y le entregó el saquillo con la ropa sucia.

Al quinto día, el viejo Isaías abrió unos ojos lejanos, como atónitos y sin vida. Lupe se lo dijo al viejo Eloy al llegar éste y el viejo Eloy entonces se sentó en la descalzadora y anduvo llamándole pacientemente por su nombre, con ligeras pausas, durante un cuarto de hora. Pero Isaías no reaccionaba y sólo, de tarde en tarde, levantaba el brazo para persignarse. A las cinco de la madrugada falleció.

El viejo Eloy vivió las veinticuatro horas siguientes como un autómata. Conocía todos los pasos a dar y los cumplió puntualmente; la funeraria, el Registro, el periódico y la parroquia. Tenía como una nube dentro de la cabeza y le parecía que estaba viviendo un sueño tenebroso. Cuando se presentaron los chicos de Flora Martín con el ataúd, ayudó a Lupe a amortajar a su amigo y, minutos después, condujo a don Rodrigo Palomino, el médico del Registro, ante el cadáver para que le mirase la pupila y certificase. Acto seguido, Lupe le dijo que quería que afeitasen a su hermano antes de ponerle un pañuelo para que no se le demudase el rostro. El viejo Eloy llamó a Mamés, que les arreglaba a Isaías y a él desde hacía veinte años, y Mamés, al concluir, dijo que eran siete duros. Lupe armó un altercado con el barbero y el viejo se puso de parte de ella y le dijo a Mamés que de vivo le cobraba menos de uno y Mamés dijo entonces que no fuera a comparar. Le dijo el viejo:

—Pero, hijo, ¿qué tiene un muerto que no tenga un vivo?

Y Lupe no hacía más que repetir:

—Hace usted de él lo que quiere, si le corta no protesta, ¿por qué regla de tres va a pagar un muerto lo que siete vivos?

Pero Mamés, el muchacho, afirmaba que no fueran a comparar, que el propio don Abilio, el patrón, decía que muy necesitado había de verse para rasurar a un cadáver, y que si él lo había hecho, aparte las dificultades de la vida, había sido por lo que había sido. Finalmente, Lupe, la mayor, le abonó seis duros por el servicio y Mamés se largó escaleras abajo refunfuñando. Y Áurea, la menor, andaba espantada por la casa y solamente decía, mordiendo

el pañuelo de encajes: «Ay, Dios, ay, Dios…». El viejo Eloy, de cuando en cuando, se iba donde el muerto y le hablaba confidencialmente, en voz muy tenue. Al bajar la noche se fue a su casa con la Desi. La muchacha le hablaba gesticulando mucho por el camino, mas como advirtiera la absoluta pasividad del viejo, le dijo:

—Ande, si no es pariente ni nada, ¿a qué ton se pone usted así?

Él la miró un instante con ojos sanguinolentos, esmaltados de angustia. Pareció que iba a hablar, pero no dijo nada. Continuó andando como un autómata con la cabeza baja. Era difícil tratar de hacer comprender a la chica que no era el amigo, sino el calor, y que no era sólo un hombre lo que yacía en el ataúd, sino *Madame* Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos, y Poldo Pombo y su anacrónico biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon, y su hermana Elena, y la Antonia, y el tío Alejo y sus bracitos de enano; y la Rosina, y el tío Hermene y el Banco Cooperativo; y Pepín Vázquez y la Paquita Ordóñez y la Casa de Baños; y Lucita y Goyito, su hijo menor, y toda una vida. Era muy complicado empezar a explicarle a la muchacha todo aquello de que el hombre precisa un calor por dentro y otro por fuera y que cuando se inventó el fuego todo iba bien, porque los hombres se sentaban en torno y surgía una intimidad que provenía de las mismas llamas, pero desde que vino el progreso y el calor se entubó, la comunidad se había roto porque era un contrasentido servirse de un fuego sin humo. Era todo tan complicado que ni él mismo sabía dónde iría a parar si empezaba a hablar. Por eso prefirió callar y continuar andando y cuando la muchacha, ya en casa, le puso ante las narices el vaso de leche y le dijo que no tomara las cosas tan a pecho, que con ello no adelantaba nada, él denegó obstinadamente con la cabeza:

—Deja, hija, no tengo apetito.

XVIII

El viejo Eloy sabía que el hombre es un animal de corta vida por larga que sea la que se le conceda. Ya de chico hizo unos cálculos y conocía el promedio de vida normal de un hombre: 25 000 días, es decir, poco más de medio millón de horas. Ahora, el viejo Eloy calculaba los días de vida de un hombre que muere a los 75 años y llegó a la conclusión de que rondaban los 27 375, que correspondían a 657 000 horas, o sea 39.420 000 minutos, o sea 2.365.200 000 segundos. Pero considerando que el hombre duerme un promedio de ocho horas diarias, que transcurrían en un estado de muerte provisional, venía a resultar que el hombre que muere a los 75 años había vivido tan sólo 18 250 días, o sea 438 000 horas, o sea 26.280 000 minutos, o sea 1.576.800 000 segundos. Mas si descontaba, como era de ley, los días, las horas, los minutos y los segundos que el hombre pasa en la inopia de la primera infancia, la vida consciente de un hombre que vive 75 años se reducía a 15 695 días, o sea 376 680 horas, o sea 22.600 800 minutos, o sea 1.356.048 000 segundos. Ahondando en su caso concreto, el viejo Eloy llegaba a la conclusión de que viviendo hasta los 75 años, le quedaban por vivir 1220 días, que correspondían a 29 280 horas, o sea 1.756 800 minutos, o sea 105.408 000 segundos. Muy poca cosa en el mejor de los casos.

La chica le veía morder la contera del lapicero y anotar cifras parsimoniosamente. Le dijo:

—¿Qué es lo que hace, si puede saberse?

—Cuentas, hija.

—¿Es difícil hacer cuentas, señorito?

—Aun siendo las mismas cifras, unas son más complicadas que otras, hija; ya ves qué cosas.

La Desi fruncía la frente en una solitaria, profunda arruga horizontal. Esbozaba, luego, una sonrisa cerril:

—Ci… ¿cómo dijo?

—Cifras, Desi.

La muchacha movió la cabeza descorazonada:

—Ande y que tampoco le quedan a una cosas por aprender.

El viejo Eloy no respondió. La chica trató de animarle en vano. El señorito había pasado dos horas mirando fijamente por la ventana la casa de enfrente. Después, a las doce y media, se puso con las cuentas y no sabía

dejarlo. De vez en cuando sacaba el pañuelo del bolsillo de su macilento batín y se lo pasaba por la punta de la nariz.

La víspera acudió al entierro del señorito Isaías y la chica estuvo con el Picaza metida en un portal viendo el fúnebre desfile. A la noche le había dicho al viejo:

—Yo me pensé que el señorito Isaías tenía capital, ya ve.

El viejo Eloy le enfocó unos ojos patéticamente huecos:

—¿Por qué creías esas cosas, hija?

Ella descubrió sus dientes amarillentos y desiguales:

—Tenía tres piezas de oro —dijo.

Observó al viejo, pero como éste no respondiera, ella añadió que la caja era pobre y la carroza llevaba tan sólo dos caballos muertos de hambre y una corona, pero el señorito continuó mudo, como si la cosa no fuese con él. Entonces la muchacha le preguntó si le habían quitado los dientes de oro antes de enterrarlo, porque hoy tres dientes de oro representaban un capital, pero ante la expresión de espanto del viejo determinó callar la boca. Al cabo le preparó el vaso de leche y el señorito dijo:

—Deja, hija, no tengo ganas.

Ella entonces le dijo:

—Esfuércese, concho. Sí que va a echar usted pantorrillas, si no.

Mas él no hizo ademán. La Desi se acaloró entonces:

—Vamos, si por un amigo se pone usted así, ¿qué deja para uno de la familia?

El viejo levantó los ojos y la exploró lejanamente. Dijo: «Hija, es su primera noche», y ella advirtió en sus pupilas tal extravío que recordó al Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado y dijo:

—Coma, coma, no se deje; no tengamos mañana algo que lamentar.

El viejo Eloy presidió el entierro de su amigo con Felino Crespo, el de la gestoría. El viejo Eloy encargó una corona sencilla, con un lazo negro y una breve leyenda en trazos dorados que decía: «De tu amigo Eloy». Luego estuvo dando cabezadas automáticamente a la puerta de la parroquia y en pocos minutos se quedó solo con Felino Crespo, quien le dijo que tenía contratado un taxi, y el viejo, sin más, se metió en el coche con él. La carroza negra, con unos ángeles dorados en las esquinas, les precedía dando tumbos, y uno de los caballos, al pasar por la Audiencia, se desahogó impunemente y dejó sobre el pavimento un collar de cagajones. La tarde tenía un evasivo color ceniciento y después de que el cura del camposanto rezara un responso ininteligible frente a la pequeña capilla, Felino Crespo le dijo al viejo que

regresaba, que le aguardaba una visita, y le preguntó si tenía coche donde volver, pero el viejo Eloy le respondió que no se preocupase de su persona y que ya se arreglaría. En el cementerio en silencio se sentía el paso del aire por entre las ramas prietas de los cipreses. Un hombre empujaba el carricoche con el féretro encima y una de las ruedas traseras chirriaba agriamente a cada vuelta. Luego, cuatro hombres tomaron el féretro y lo depositaron en lo hondo del hoyo con la misma rutinaria frialdad que un campesino depositaría una semilla en lo hondo del surco.

De pronto el viejo Eloy se vio solo en el amplio y sobrecogedor recinto, custodiado por fantasmales cipreses, y se volvió y sus ojos toparon con una lápida: «¡Cree y espera! Propiedad de Diego Blanco Fanjul». Diego Blanco no renunciaba a la propiedad ni después de muerto. A Diego Blanco lo mató en duelo a espada francesa Rodríguez de Llano, porque Diego Blanco no aceptó el fallo del jurado de la batalla de flores en 1905, y entonces se dirigió a la tribuna y abofeteó a Rodríguez de Llano en público y le dijo que había votado la carroza de Cesáreo Gaytán porque en ella iba la hija de su querida. Rodríguez de Llano lo desafió, pero Diego Blanco decía en el Círculo: «A este cerdo lo ensarto yo. —Mas apenas dijo el juez de campo—: Adelante, señores», tras un fulminante *corps* a *corps*, Diego Blanco cayó con un pulmón atravesado.

Detrás de la capilla de Blanco se hallaba la tumba de Pepín Vázquez, asfixiada por los yerbajos, y decía: «Aquí yace José M.ª Vázquez Palomero (10-4-1922). Descanse en paz». Pero no decía nada del coco, ni de los peces de colores del estanque, ni de que se marchara sin guardar antesala. Tampoco en la tumba de Doro Peña se hablaba de su talento, ni de que en 1906 capitanease la comisión de estudiantes de Medicina que exigió del Ministro de Instrucción la derogación del decreto de 31 de julio, ni de que declarase la huelga del hambre hasta ver logrado su propósito. Ni la tumba de la niña Tomasita Espeso —«Hija, tus papás no te olvidarán nunca»—, poco más allá, hablaba de sus terrores nocturnos, ni de que se colgara de una encina el 15 de mayo de 1910 para no presenciar el escalofriante choque de la Tierra con el cometa Halley, que la prensa anunciaba para el 18. Ni la tumba del domador de pulgas —«Jesús mío, misericordia»—. Trifón Lasalle González (3-3-1921), hablaba nada de su habilidad, ni de su monótono pregón: «Si puga no tiga de cago, cago no anda. Pasen, señogues, pasen». Ni de que la gente pasase a empellones para ver a través de las lentes de aumento cómo las pulgas amaestradas arrastraban una minúscula carroza versicolor. Ni la tumba de Heliodoro Rojas —«Recuerdo de tus hijos»— decía que fuese el refundidor

de La Sandovala, la campana de San Benito, cuyo casco de bronce dio en la báscula 72 arrobas de peso neto. Ni decía la de Fernando Marín (12-2-1933), que se hubiese arruinado por seguir al torero Gallito, ni de que fuese él el primer ciudadano que asistió a una corrida nocturna en Barcelona, el 24 de junio de 1903, en la que estoquearon, con aquél, Machaquete y Morenito de Algeciras. Ni decía la de Generoso González Prat —«Piedad, Señor, piedad— —nada de su agencia de matrimonios—: Señoras y señoritas ricas, decentes y honradas de la corte y muchas de provincias desean legalmente casarse; de 1000 a 50 000 duros de dote. Dirigirse formalmente y con sello para la contestación al acreditado Generoso Glez. Prat, calle de La Sota, número 8, Madrid». Ni la tumba de don Buenaventura Salgado, párroco de San Ginés —«Te sirvió, Señor, en la Tierra, dale tu descanso eterno»—, decía una palabra de su celo apostólico, ni de su oposición terminante a abrir una gran vía en la ciudad a costa de derruir su parroquia, ni de sus famosas palabras al Excelentísimo Reverendo Señor Arzobispo que decidieron el pleito en 1900: «Excelencia, no está bien que la Casa de Dios desaparezca para comodidad de los hombres». Ni la tumba de doña Pura Catroux —«Ici repose»— decía nada de sus prendas didácticas, ni de la caja de anises que depositaba como una tentación cada mañana en el pupitre, ni de que en su colegio se hubiera educado el párvulo Eloy Núñez. Ni decía la tumba de Eutiquio Gomero, poco más lejos —«Aquí yace en la paz del Señor»—, que él fuera el inventor de los brillantes de boro, las perlas nakioquímicas y la oralina, nuevo metal, aleación de oro puro con bronce y aluminio, de excelente resultado. Ni decía, en fin, la tumba de don Nicomedes Fernández Piña que hubiese sido un alcalde concienzudo y honesto que antes de decidir el asfaltado de la plaza reuniera doce veces el pleno en 1903, y dieciséis en 1904 para dilucidar el asunto del alcantarillado.

Cuando sonó la campana del camposanto, el viejo Eloy levantó la cabeza y dio dos vueltas sobre sí mismo antes de incorporarse a la realidad. Saltando de tumba en tumba, de recuerdo en recuerdo, le había sorprendido la puesta del sol. Los cipreses negreaban sobre el cielo brumoso por encima de su cabeza. Torpemente se desabotonó el abrigo, extrajo el pañuelo y se limpió el extremo de la nariz. Le temblaban las manos azuladas y después de guardar el pañuelo permaneció unos segundos indeciso. Apenas reconocía si era joven o viejo ni el motivo por el que se encontraba allí. De pronto recordó a Isaías y se volvió hacia el campo de cruces que se perdía en la distancia y balbució vagamente:

—Ahí os dejo a Isa, atendedle; es su primera noche.

En la puerta tropezó con el cura del cementerio. Vestía una sotana raída y tenía unos ojos perpetuamente sorprendidos y la boca desdentada. A su lado había una carroza fúnebre y le dijo el auriga:

—Vamos, don Abel, se me hace tarde.

El cura miró compasivamente al viejo Eloy:

—¿Tiene dónde volver?

El viejo denegó con la cabeza.

—Suba entonces, hermano —le dijo el cura.

Y el viejo Eloy, sin darse bien cuenta de lo que hacía, se apoyó en el posapié y se encaramó en la carroza. El cura se arremangó la sotana y subió ágilmente tras él. Volvió un poco la cabeza:

—¡Tira, Pastor!

El auriga fustigó los caballos y el viejo Eloy, sentado en la meseta rectangular donde de ordinario reposaban los ataúdes, le dijo al cura que era la primera vez que montaba en un coche de éstos, y el cura sonrió con las encías y le dijo: «No será la última». Entonces el viejo Eloy le dijo amargamente, señalando con el dedo las tapias del camposanto, que tenía ya más amigos allí que en la ciudad, y el cura respondió que era ley de vida y sin venir a qué añadió que nunca, en toda su carrera, desempeñó una profesión más hermosa que la actual. El carro brincaba en los baches y el viejo se asió a una de las negras columnas en espiral y le dijo que él se pensaba que había de ser triste aquel oficio, pero el cura contestó que pasaportar almas para el otro mundo era la misión más excelsa a que podía aspirar un sacerdote. El viejo Eloy le dijo repentinamente si sabía los días que vivía un hombre que muere a los setenta y cinco años, y el cura respondió que no, y el viejo Eloy le dijo que más o menos, sin quitar las horas de sueño, unos veinticinco mil y pico, y el cura agregó entonces que la vida era un soplo pero que los hombres se llenaban de codicia como si hubieran de ser eternos.

Terminaba el paseo de cipreses y la carroza, con los famélicos caballejos al trote, accedía a los primeros suburbios. Entre las barracas brillaban luces amarillentas y los chiquillos desarrapados jugaban en los desmontes. El cura observó la indecisión del viejo Eloy. Dos veces se volvió hacia él y dos veces tornó a su estática posición inicial. Se limpió la nariz con el pañuelo nerviosamente. Al cabo, tras un movimiento brusco, le preguntó qué podía ver un hombre sin conocimiento, perdido totalmente el uso de los sentidos y casi sin movilidad, para santiguarse a cada paso, y el cura, después de un carraspeo, respondió que bien podía ser al Señor en su trono aguardándole a

juicio, y entonces el viejo se encogió sobre el estómago, como si le hubieran golpeado, y le pidió que le confesara.

La Desi, la muchacha, le veía ahora afanarse con el lapicero y le dijo:

—¿Pero se puede saber qué escribe usted?

—Cuentas, hija.

—¡Déjese de cuentas, concho! Se le van a volver los sesos agua.

Él no hacía caso. Calculaba el número de entierros a que había asistido desde su juventud y le resultaban mil trescientos, aunque el cálculo no dejara de ser convencional. Tomó de nuevo el lapicero y escribió más números. Al concluir, los revisó y levantó los ojos hacia la muchacha y le dijo con un esbozo de sonrisa:

—¿Sabes, hija, los días que te llevo?

—¿Que me lleva dónde?

—Que te llevo yo a ti, por la edad.

La Desi reflexionó un momento. Dijo, al fin:

—¡Déjese de coplas!

—¿Es que no me entiendes, hija?

La chica divisó sus ojos ausentes, desplazados, y se asustó. El viejo había desistido. No obstante, atacó por otro lado:

—¿Sabes, hija, los días que vive un hombre?

—A saber… eso nunca se sabe.

—Aproximadamente.

La chica se encogió de hombros pero le miró interesada. Añadió él:

—Pon quince mil.

La Desi abrió dos ojos como platos y sacudió los dedos sonoramente:

—¡Jolín!

—¿Te parecen muchos, hija?

—¿Y a usted no? Ya tiene una tiempo de aburrirse. ¡Virgen!

XIX

La Desi, visto que transcurrían los días sin que al Picaza le cambiara la veta, llegó a pensar que la mili le había metido definitivamente en cintura. La Marce, por contra, no las tenía todas consigo:

—Mientras le laves la ropa, todo irá bien, maja —decía.

A la Desi, la muchacha, no se le alcanzaba dónde quería ir a parar su amiga. El último domingo estuvieron los cuatro bailando en el Paipai y la Marce terminó sentándose, reventada, en el tablado de los músicos y quitándose los zapatos. De regreso le confesó que tenía los zancajos en carne viva. Al día siguiente, la Desi preguntó a la Marce por el siniestro patio de luces cómo seguía de los pies, pero terció la Tasia y le voceó que ya sabía que el amigo del viejo la había palmado y que el día que menos se lo pensase su señorito iría detrás porque, a decir verdad, no estaba para muchos trotes. La Desi, la muchacha, se encorajinó y le gritó pingo y estropeabarrigas y le dijo que no metiese la nariz donde no le importaba, pero la Marce, sin que al parecer reparase en la disputa, le dijo a la Desi que tenía en el pie derecho una mancadura y que el jueves no saldría porque no aguantaba los zapatos.

De este modo, el jueves salió la Desi a solas con el Picaza. Anduvieron en el Paipai hasta el anochecer y el muchacho, que empezó con muchos miramientos poniéndole un pañuelo a la espalda para no sudarle la rebeca, terminó perdiendo la compostura y arrimándose de más. La muchacha le regañaba y, recordando las cosas de su señorito y de su señorita, le decía que no apretase tanto que la cortaba el resuello y que si no aflojaba un poco terminaría por desmayarse. Al salir, el Picaza la empujaba hacia el parque y la Desi le dijo que bueno, pero que a lo oscuro no.

—C… coña, ni que te fuera uno a comer.

—Mira, por si acaso.

Él la pellizcó audazmente:

—No empecemos, Picaza.

—¿N… no somos novios?

—A ver.

—¿N… no nos vamos a casar?

A la chica se le mudó el color:

—Picaza, ¿es eso cierto?

—¿Q… qué te pensabas si no?

La empujaba a lo oscuro y ella no reparaba ya en sus intenciones:

—¿Y para cuándo, Picaza? —preguntó como en éxtasis.

—D… de que pase la mili, mira. M… mi comandante me ha prometido un camión para el día que cumpla.

Se sentaron en un banco en la penumbra. La exploración obstinada y nerviosa de las manos del muchacho la dejaba sin aliento; la chica carecía de fuerzas para oponerse. Dijo ahogadamente:

—¿Viviremos en la capital, Picaza?

La voz del Picaza sonaba como si se tapase la boca con un pañuelo:

—M… mejor que en el pueblo, ¿no?

—¿Y lo de cantar?

—E… eso se acabó.

—¿Es que no piensas volver a cantar?

—N… no digo eso. Si sale una chapuza se aprovecha y a vivir.

Se hizo un silencio. De los bancos próximos brotaban unos delgados, tenues cuchicheos. La chica dio un respingo:

—Eso sí que no; ¡quita esa mano, Picaza!

—E… está bueno eso, ¿no nos vamos a casar?

—Pues para entonces. Me has roto un botón, para que te enteres.

La Desi, la muchacha, estaba ya en sus trece, encampanada en su dignidad:

—A la hija de mi madre no la llevas tú al altar con berretes, Picaza, eso que te se quite de la cabeza.

Aún porfiaron un rato y, finalmente, el muchacho se puso en pie y dijo enfurruñado:

—C… caminando.

La Desi, la muchacha, después de este forcejeo se pensó que el Picaza no volvería, pero el sábado se presentó con el saquillo de la ropa sucia como si tal cosa. Se hallaba allí el señorito y la Desi pasó un sofoco del demonio porque ni el Picaza ni el viejo se arrancaban a hablar. Pero el Picaza se largó enseguida y en la puerta le dijo que el domingo la aguardaría abajo, a las cuatro, como de costumbre.

La Desi le había contado, toda turbada, a la Marce la proposición de matrimonio del Picaza. A la Marce se le cruzaron imperceptiblemente los ojos: «¿Eso te ha dicho? —dijo—. De los hombres no creas una palabra, maja, te lo digo yo». Mas la Desi aclaró que se casarían tan pronto él cumpliera y la Marce respondió que eso no lo había visto ella todavía. «No todos los hombres van a ser iguales, Marce, guapa», decía la Desi. Pero la

Marce le apuntaba con su fofo dedo, fruncía los labios, entornaba los párpados y decía: «Fíate».

Por lo que respecta al viejo, a la Desi no la sorprendió su silencio con el Picaza. Durante la última semana, desde la muerte del señorito Isaías, el viejo Eloy apenas pronunció palabra. Por las mañanas se sentaba en el taburete, la espalda encorvada, los brazos cruzados sobre el estómago, buscando instintivamente la postura del feto. Allí, inmóvil, dejaba transcurrir las horas contemplando la casa de enfrente. Si ella le tiraba de la lengua y le preguntaba por el rey, o por la señorita, o por Goyito, su hijo menor, él apenas respondía con cortados monosílabos. Parecía una estatua y si se movía era para limpiarse la nariz o para hacer cuentas enrevesadas en las márgenes del periódico. En estos casos se animaba un poco y le decía a la chica: «¿Sabes, hija, los minutos que ha vivido el señorito Isaías?. —O bien—: ¿Sabes, hija, cuánta gente ha desaparecido de la ciudad desde que yo nací?». O bien: «¿Sabes, hija, los segundos que han pasado desde que falleció el pobre Isaías, los segundos que él no ha vivido ya?». La chica no contestaba porque no le comprendía.

Una mañana le dijo el viejo de súbito: «Desi, ¿te confiesas tú, hija?». «Ande, señorito, a ver, por la cuenta que me tiene, —respondió la chica. Él agregó, tras una pausa—: Confesado es más fácil esperar». Ella le miro sorprendida: «Esperar, ¿a quién?». Pero aunque la muchacha aguardaba su respuesta con ansiedad evidente él no contestó.

De repente, un día, amaneció su señorito cambiado, alegre y expansivo, como en los buenos tiempos. Le dijo que había decidido marchar a Madrid y que le había puesto cuatro letras al chico. A la Desi, instantáneamente, se le representó la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una anochecida a la entrada del monte, y el Moisés, el mozo que se abrasó la cara en el horno de achicoria y cada noche de ánimas, cuando las campanas repicaban, recorría las calles del pueblo envuelto en una sábana asustando a las mozas, y le preguntó al viejo qué pensaba hacer con ella, y el viejo respondió que pagarle y darle de comer como si trabajara, pero la Desi declaró que lo decía porque era corta de respiración y le daba miedo el quedarse sola, mas a renglón seguido pensó en la Marce y le dijo que, bien mirado, no se preocupase por ella y que ya se apañaría.

El viejo Eloy pasó dos días abstraído en los preparativos, lleno de dudas y vacilaciones: «Ande, señorito, dónde va usted con el cepillo de los zapatos, ¿es que su hijo no va a tener cepillo?, —decía la Desi. Y él contestaba—: Por si acaso, hija. Uno nunca sabe». Otras veces él le daba consejos: «Para ti sola

no prendas, hija, dentro de cuatro días ya no hará frío. —No podía parar quieto, metía y sacaba objetos de la maleta. De repente se interrumpía—: Si vienen los de la Fotográfica me das de baja, hija. Les dices… o mejor no les des explicaciones, me das de baja y se acabó». La chica le seguía a todas partes, como un perrillo faldero: «Está bien, vaya descuidado», decía pacientemente.

El día de la marcha el viejo Eloy se tiró de la cama a las siete y media. La chica se santiguó al verlo:

—¡Virgen! ¿Se puede saber dónde va usted tan de mañana?

El viejo andaba nervioso. Hacía diez años, desde la boda de Leoncito, que no tomaba un tren:

—Déjame, hija, tengo muchas cosas en que pensar.

—¿No sale el tren a las cinco?

Él no contestó. Anduvo toda la mañana dando vueltas de un lado a otro. De cuando en cuando llamaba a la chica: «Digo que para ti sola, hija, no hace falta que prendas estos días. No hace frío ya». «Está bien, vaya descuidado. —Y al cabo de un rato—: Desi, digo que si vienen los de la Fotográfica me das de baja. Les dices que ya sé que todo sube… o mejor, no les des explicaciones, me das de baja y se acabó». «Está bien, vaya descuidado», decía ella.

A las doce se hizo servir la comida y apenas la probó. A cada paso consultaba el reloj.

—Pero, señorito, ¿no sale el tren a las cinco?

—No te pienses que sobra tanto tiempo, hija.

Fue donde la maleta, mas algo recordó de pronto porque a mitad de camino regresó a la cocina:

—Digo, hija, que a lo mejor el chico no me deja regresar. En ese caso, te pondré una tarjeta.

La chica levantó los hombros:

—A decir verdad poco se acordó de usted hasta ahora.

Pero el viejo no la escuchaba. A las tres, dio la orden de partida. La muchacha se vencía de un lado por el peso de la maleta.

—¿Pesa, hija?

—A decir verdad, como un muerto —dijo la chica honradamente, espantándose un mechón de la frente sudorosa con el dorso de la mano.

Ante el rótulo de un establecimiento se detuvo.

Dijo malhumorada:

—¿Qué dice ahí? Daría dos dedos de la mano por leer de corrido, ya ve.

—¡Desi! —dijo el viejo cerrándose la bufanda.

—¿Qué quiere? A mí me saca de las letras gordas del diario y no sé por dónde me ando.

—Dice —dijo el viejo—: «El Palacio de las Camas, —y más abajo—: La casa que mejor y más barato vende».

La chica dio un traspiés y depositó la maleta en el suelo. De nuevo se pasó el dorso de la mano por la frente. Le dijo súbitamente al viejo:

—Ahí me mercaré yo el colchón el día que me case, ya lo sabe.

—¿Tienes novio, Desi?

El rostro de la muchacha se congestionó:

—A ver.

—¿El militar ese?

—A ver.

—No parece mal muchacho, hija.

Ella asintió con la cabeza. Observó:

—Lo único, la veta.

—¿La veta?

—Los prontos, ya ve.

El viejo se impacientaba:

—Vamos, hija. Si llegamos a tiempo ya charlaremos en la estación.

El peso de la maleta abultaba las sienes de la muchacha y la piel de su rostro se tornaba levemente violácea. Al subir los bordillos, sus rodillas cedían y había de hacer un esfuerzo para conservar el equilibrio.

—Desi —dijo el viejo.

A la chica, agobiada por el peso de la maleta, apenas le nacía la voz del cuerpo:

—Diga.

—Estoy pensando que si van los de la Fotográfica me das de baja. Mejor no darles explicaciones, hija, me das de baja y se acabó.

La muchacha dejó de golpe la maleta en el suelo. Se limpió el sudor y sonrió cerrilmente:

—La verdad es que no puedo ni con mi alma.

El viejo se encorvó sobre la maleta:

—Trae que te ayudo.

—¿Usted?

—A ver, hija.

—Deje, a ver si se quiebra.

—Se hace tarde, anda.

Ella levantó la maleta de su lado:

—¿No sale el tren a las cinco?

El viejo vacilaba bajo el peso del mamotreto. Pasaron dos reclutas y los cuatro ojos se fueron tras las pantorrillas de la Desi.

—Morena, ¿te echo una mano?

La chica alzó sobre la maleta una mirada descompuesta por la irritación y el esfuerzo:

—¡A tu madre, cacho asqueroso! —gritó.

Dijo el viejo:

—Desi, hija, modera esa lengua.

—Será capaz; de sobra sabe usted lo que ésos van buscando.

No lograban acompasar sus esfuerzos y el viejo Eloy trompicó y soltó la maleta bruscamente cargando el peso del lado de la muchacha:

—¡Avise, concho! —chilló ella irritada—. A poco más beso el suelo.

El reloj de la estación tenía las cuatro menos veinticinco y el viejo le dijo a la Desi que podía marcharse, pero a la muchacha le distraía ahora contemplar aquella desconocida actividad. Permaneció a su lado en silencio observando atentamente las maniobras de los trenes y los hombres con las gorras de plato y las banderolas rojas y los carritos cargados de bultos. Sin embargo le oprimía el olor de la carbonilla que ella identificaba con los adioses y las separaciones.

Dijo:

—Vamos, que ya hace falta coraje para irse tan lejos.

—No es lejos Madrid, hija.

—También más de cinco leguas.

—Eso sí, hija.

—Será capaz, ¿y aún dice que no es lejos?

El viejo estaba nervioso y ella se puso a deletrear el rótulo en blanco y negro: «Ca-ba-lle-ros». De pronto, el señorito se volvió a ella y le dijo, limpiándose la nariz:

—Si el chico no me dejara volver te pondré una tarjeta, hija —sonrió—. A lo mejor Leoncito no me deja volver; según le dé.

—Está bien, vaya descuidado.

Silbó un tren y la muchacha palideció y, al concluir el silbido, se golpeó la oreja. Dijo el viejo:

—Deja el oído, hija.

—Ese baboso me ha dejado sorda —levantó la mano derecha y su rostro expresó dolor—: ¡Jolín! —dijo—. Tengo el brazo molido; no sé si es mío o

del vecino.

El viejo la miró con lejana ternura:

—¿De la maleta, hija?

—A ver.

Vaciló el viejo. Finalmente se desabotonó el gabán y sacó la cartera, y, después de rebuscar entre los papeles, alargó a la muchacha un billete de peseta:

—Toma, hija; te lo has ganado.

—Vamos, deje, sólo faltaría.

Mas el viejo insistió y la muchacha tendió, al fin, una mano rojiza y achaparrada:

—Vaya, pues muchas gracias —dijo ocultando el billete en el seno. Y añadió candorosamente—: Si fuera tan fácil ganar una peseta no habría pobres en el mundo, ¿no es cierto, señorito?

XX

Al verse en Madrid, en las nuevas calles, ante perspectivas no familiares que parecían recién lavadas, el viejo Eloy pensó que aún podía estabilizarse e, incluso, volver a empezar. Particularmente a la hora del desayuno, en el pequeño jardín, bañado por el dulce sol naciente, el viejo pensaba que no era ingrata la espera y aun que el escozor y la frecuencia en las micciones bien podían constituir un accidente primaveral. La primavera no andaba lejos y Madrid, con su pequeño sol estancado, preservado de los rigores del norte por la muralla de la sierra, parecía que la anticipase. El viejo, entonces, hacía por olvidarse de todo menos de la inmediata proximidad de Leoncito. Aquellas primeras horas del día en las que Suceso les dejaba solos porque padecía alergia al sol mañanero le recordaban tiempos remotos. Sin embargo, al viejo Eloy le había nacido ahora una nueva preocupación: el apagamiento prematuro de Leoncito. Tres mañanas estuvo a punto de contarle los pormenores de su jubilación, con la asistencia del señor alcalde e incluso, al levantarse, se echó al bolsillo la medalla con intención de mostrársela, pero el chico estaba como ensimismado y no le atendía. Cada vez que el viejo lo intentaba decía Leoncito, cortándole:

—Me levanto como con una nube dentro de la cabeza. Es una sensación rara… De inestabilidad, ésa es la palabra… Me parece que en cualquier momento pueda desmayarme. Luego esa cosa que me muerde aquí, en la misma boca del estómago —ponía cara de repugnancia—: No sé.

Desayunaban juntos y el viejo Eloy hacía por distraerle. Ahora se explicaba por qué el chico no salió a esperarlo a la estación. Tampoco Suceso lo hizo con el coche pequeño, pero Suceso, su nuera, era una muchacha muy ocupada. No obstante, Leoncito le había besado al llegar, tal vez porque el viejo se arrojó en sus brazos sin ningún miramiento. Suceso, en cambio, apenas le tendió la mano y le llamó Eloy, por su nombre de pila, en lugar de decirle padre. Él siempre soñó, tal vez porque nunca tuvo una hija, con que una muchacha hermosa le dijera padre.

Ahora se inclinaba sobre Leoncito y le decía que Isaías, su viejo amigo, había muerto. Pero Leoncito arrugó la frente y le dijo desorientado:

—¿Isaías? ¿Qué Isaías?

—El de la gestoría, hijo, lo recordarás, un hombre flamante, siempre con su bastón y sus corbatas llamativas. Me habrás visto a menudo con él.

Leoncito se encogió de hombros:

—Bueno, ya tendría años supongo.

—Acababa de cumplir los setenta y dos.

—A esas edades ya se sabe.

Se le arrugaba la cara de pronto. El viejo decía alarmado:

—¿Te ocurre algo, hijo?

—La nuca, me punza la nuca, soy una calamidad.

Después del desayuno, Leoncito leía los periódicos y, al concluir, trabajaba parsimoniosamente durante una hora en el jardín, hasta el primer sudor, y luego se encerraba en el cuarto de baño hasta la hora de comer.

El viejo Eloy le preguntó una mañana por la notaría:

—No soy hombre de oficina, yo. A veces pienso que uno arrastra toda la vida el esfuerzo de la oposición. La oposición es un degolladero. Un degolladero, ésa es la palabra justa.

Para el viejo Eloy empezaban los apuros con el almuerzo. No estaba hecho a aquellas costumbres. Y cuando el muchacho le aproximaba las bandejas, le decía a Suceso: «Si no te importa, hija, sírveme tú». Y Suceso, su nuera, se encogía cada vez que él le decía «hija» como si la escupiera en la cara. Ella le decía al muchacho «Pepito», y Leoncito afirmaba que la institución del autista-camarero, de origen italiano, era una de las más ventajosas conquistas de la civilización. No obstante, al viejo Eloy, la presencia de aquel hombre le incomodaba y le ponía nervioso. No le gustaba que le observasen cuando forcejeaba con los cubiertos, útiles que nunca llegó a manejar con soltura. Mas Suceso, su nuera, si no hablaba de automóviles con su marido, charlaba con Pepito, el camarero, y hacía guasa de él y se reía porque Pepito decía que nunca en su vida vio un muerto o que le asustaban los hombres mal hablados. El viejo luchaba por aproximarse a Suceso, pero Suceso se movía en otro mundo.

Decía:

—Leo, en la recta de Madrid el coche se ahogaba y quise meter la primera pero arañaba de tal modo que desistí y entonces se caló.

Leoncito le aconsejaba que en esos casos hiciera el doble embrague, es decir, con un acelerón por medio, y Suceso le escuchaba atentamente, como si le leyera el Evangelio. Otras veces la inquietaba alguna anomalía del automóvil pero Leoncito todo lo resolvía. El viejo Eloy le observaba con una mezcla de orgullo y humildad:

—Si el carburador escupe —afirmaba Leoncito— ya se sabe, la junta de la culata o las válvulas.

Su nuera prescindía de él y el viejo llegó a recelar que le estorbaba. Una tarde le oyó decir: «¿Por qué los viejos no se bañan, Leo? Tu padre tiene ese olorcillo característico de la gente humilde». Pero Leo bostezó y no le hizo ningún caso y el viejo Eloy subió de nuevo a su habitación y volvió a bajar para hacer tiempo y que Suceso no sospechara que le había oído. De ordinario, si se hallaba bajo la mirada de Suceso o de Pepito, el viejo se apocaba, se encogía sobre sí mismo y no osaba pronunciar palabra. Algunos días, en la mesa, Suceso le hablaba a Leoncito en francés, y una tarde, después de mucho hablarle en francés, Leoncito le dijo a su padre que aquella noche esperaban gente y que él debía acostarse temprano pues la reunión seguramente le marearía. Al viejo se le iluminó la mirada:

—¿Una fiesta?

—Bueno, no lo llames así; un *party*, cuatro amigos, ¿comprendes?

El viejo Eloy pensó que el *party* al menos serviría para ahuyentar la melancolía de Leoncito y le dijo que se divirtiera mucho y que él se acostaría temprano como deseaban, pero no se acostó sino que se refugió en su habitación y cuando sintió voces y ruido abajo se asomó con cuidado al vano de la escalera para ver sonreír a Leoncito, pero fue a Pepito a quien primero divisó con una bandeja de plata llena de copas y a los hombres vestidos de oscuro y a Suceso, yendo de grupo en grupo, y oyó la música encendiendo el ambiente y el zumbido de las conversaciones, y cuando la música cesó, se oyó la voz de Suceso sobre las demás voces: «Y yo le dije: "¡Mierda!. —Y él me dijo, entonces—: ¿Sabes que estás como una chota, hermana?"». Y Suceso reía y un hombre de aquellos, que parecían todos iguales, la tomó por los hombros desnudos y rió con ella y en el rincón opuesto, junto a la biblioteca, una muchacha que no aparentaba más de veinte años preguntó quién le había pellizcado y añadió que deseaba saberlo porque si por casualidad era su marido le iba a propinar un escarmiento. Mientras, Leoncito, en un rincón, charlaba confidencialmente con otra chica, las miradas confundidas y turbias. Mas Leoncito no sonreía sino que se señalaba alternativamente la nuca y el estómago, y entonces el viejo Eloy se encerró en su habitación y se acostó lleno de congoja.

A la mañana siguiente orinó un poco de sangre y a la hora del desayuno le confió su preocupación a Leoncito:

—Tienes suerte —dijo Leoncito—. Yo daría lo que tengo por padecer una enfermedad localizada. Esto de los nervios no lo entiende nadie, nadie.

Se oprimía la frente con la palma de la mano. Dijo el viejo Eloy:

—De todos modos, hijo, a mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

—¿La hoja roja?

—Un aviso, quedan cinco hojas, eso es —dijo resignadamente el viejo.

Leoncito permaneció un momento perplejo. Se diría que contaba las crestas lejanas de la sierra. Después dijo con oscura voz:

—Yo digo que estas cosas se ensañan con los hombres que nos hemos hecho a nosotros mismos. El hacerse uno a sí mismo entraña un esfuerzo psíquico disparatado. Al final viene el relajamiento; después, el desequilibrio, ¡qué sé yo!

El viejo Eloy pensó en la carrera de Leoncito y en su oposición y en sus pequeños ahorros, pero dijo apuradamente, con una punta de voz:

—Estudiaste demasiado, hijo; no terminabas nunca de estudiar. Yo le decía a tu madre: «Este chico, Lucita, si no se trastorna, acabará siendo un sabio».

Sonrió. Leoncito ni le miraba:

—Luego esa tensión insidiosa: «Sé, pero ¿sé que soy el que más sé? Uno nunca sabe si vendrá otro más preparado y le quitará la plaza».

Apuntó el viejo:

—Precisamente, el señor alcalde, la noche de mi despedida…

Mas Leoncito proseguía monótonamente, como en un monólogo:

—La duda, ahí está la fuente del mal. La duda le va royendo los nervios a uno. Domino el cuestionario, tengo seguridad, soy brillante en la exposición, en una palabra, sé, pero ¿sé que soy el que más sé?

Esa tarde el viejo Eloy se quedó solo en la casa. Bajó al salón e intentó poner en marcha el tocadiscos pero algo fallaba. De cuando en cuando miraba con recelo hacia la puerta temeroso de que apareciera Pepito. Deseaba oír música y enloquecerse, pero de repente vio a Fausto, el gigantesco gato siamés, sobre la mesa, observándole obstinadamente con sus pupilas amarillas, arqueando el lomo. El viejo fue reculando y entonces el gato saltó sobre el sillón a un metro de él, erizando los pelos del espinazo y maullando suavemente. El viejo, con las manos abiertas y crispadas contra el tabique, avanzó de lado tímidamente hacia la puerta pero Fausto saltaba de mueble en mueble sin cesar de mirarle, cortándole la retirada. El viejo Eloy pretendió volver a la biblioteca, mas sus movimientos eran cada vez menos serenos y conscientes. El corazón le golpeaba las costillas y un miedo serpenteante se le enroscaba en la garganta. El acoso de Fausto era cada vez más estrecho y obstinado y entonces chilló, voceó «Pepito» muchas veces hasta que el criado

apareció y entonces no pudo hablar, se limitó a señalar jadeante al gato en acecho, pero Pepito se echó a reír, recogió al animal y dijo que el pobrecito estaba en celo y sólo deseaba que lo acariciasen.

Esa noche, cuando antes de la cena Leoncito le ofreció un *whisky*, el viejo Eloy aceptó y luego pidió otro, y, por último, bebió tres copas seguidas de jerez. A poco se sintió locuaz y dijo que le había salido la hoja roja del librillo de papel de fumar y Suceso inquirió qué era eso y él dijo: «Quedan cinco hojas», e inmediatamente relacionó lo rojo y lo blanco con la sangre en la orina y afirmó que era un aviso y le recordó a Leoncito cuando Lucita, su madre, y él le compraron un jamón para que no se debilitase y cada vez que Goyito, el menor, se acercaba al jamón, él se ponía loco. Y Leoncito dijo a Suceso: «Son tonterías, no sabe lo que dice, no le hagas caso. —Mas él empezó a contarle a Suceso los pormenores de su vida de entonces y su hijo decía—: Es mejor no recordarlo, padre; resulta demasiado sórdido», pero, por primera vez, el viejo veía reír a Suceso con sus palabras y ella inquiría más y más detalles y Leoncito le decía: «Está mareado, ha bebido un par de *whiskys* y no tiene costumbre. No dice más que tonterías; está mareado». Y el viejo sentía que le subía de las entrañas una euforia insolente y le dijo a Suceso que su amigo Isaías acababa de morir y no le quedaba ya ni el recurso de la Corporación —donde le habían jubilado— porque Carrasco, un compañero, andaba todo el tiempo haciéndole muecas recordándole que él ingresó allí por el dedo y no tenía motivo alguno para sentirse orgulloso. Suceso se reía a carcajadas y Leoncito decía que debían acostarlo, pero ella afirmó que nunca le vio tan divertido y que le dejase un ratito más y el viejo Eloy hizo una pausa y le preguntó si sabía los días que vivía un hombre que muere a los 75 años y ella respondió que por supuesto no, y él dijo que 15 695, y si las horas, y ella respondió que no, y él dijo que 376 680, y si los minutos, y ella respondió que no, y él dijo que 22.600 800, y si los segundos, y ella, muerta de risa, respondió que, por supuesto, tampoco, y él dijo, casi sin aliento, que 1.356.048 000.

El viejo Eloy jadeaba y Suceso le dijo a Leoncito que le diera otra copa, que en su vida se había reído tanto y, mientras se la servía, entró Pepito y ella le dijo que atendiese y vería cosa graciosa. Y, entonces, el viejo Eloy dijo que la vida era una sala de espera y que todos andamos aguardando, intentando distraernos, y no atendemos cada vez que dicen: «¡El siguiente!», porque nos asusta pensar que un día el siguiente seremos nosotros, pero Pepito empezó a temblar y dijo que no le agradaba jugar con esas cosas, y Suceso, tendida en el diván, se retorcía de risa en violentos espasmos. De pronto, el rostro del

viejo Eloy se llenó de sudor, se tornó lívido y, sin apenas contracción, vomitó copiosamente sobre la alfombra. A continuación se quedó como muerto, recostado en el sillón y mostrando los dientes, y Leoncito se incorporó, le tomó por los sobacos y les dijo a Suceso y a Pepito que le ayudaran.

En la escalera le volvió el conocimiento al viejo Eloy y dijo que el cura del camposanto decía que los hombres se llenan de codicia como si hubieran de ser eternos. Sin embargo, Suceso ya no reía y él pensó que estaba importunando y cuando en la habitación le despojaron de la americana, recordó bruscamente que no se había quitado los pantalones del pijama para no enfriarse y dijo: «Mañana me bañaré, oye, Pepito». Ahora querían sacarle los pantalones y Suceso fruncía la nariz y él dio un respingo y dijo que no, que se encontraba bien y que le dejasen y que si le habían tomado por un niño y ellos, al ver su terquedad, desistieron y el viejo se sacó los zapatos pisándose los contrafuertes y, tambaleándose, se metió en la cama. Oía los latidos de su corazón en las sienes y los sobacos y todo le daba vueltas y más vueltas y para estabilizarse entornó los párpados y Suceso, su nuera, mató la luz del centro y dejó sólo la de la cabecera y entonces el viejo le pidió a Leoncito que le besase la frente, casi sin rozarle con los labios, como cuando niño, y Leoncito le besó y el viejo Eloy entreabrió los ojos y miró turbiamente a Suceso y le dijo con puerilidad obstinada:

—Ahora tú, ahora tú, hija.

Y ella se inclinó con la naricita arrugada pero le besó en la frente y, a poco, el viejo se quedó plácidamente dormido.

XXI

—¡Mierda! —dijo el Picaza con vehemencia.

—Anda —respondió la Desi—, si tú dices en el pueblo, pues en el pueblo, Picaza, mira; yo no soy como la Marce, que antes se queda soltera que casarse en un pueblo, ya ves tú. Yo no soy de ésas.

Escupían automáticamente las mondas de las pipas sobre las espaldas de los paseantes y la Desi, al sentir el relente, se cruzó las puntas de la rebeca heliotropo sobre el estómago.

Dijo el Picaza, tras un silencio:

—L… la Marce esa está como una chota.

—Eso no, Picaza, cada uno es cada uno y ella tiene sus manías como cualquiera. A mí me das una boda bien en el pueblo y no puedo ni compararla con las de la capital. Y lo que yo digo, la cocina del tío Boti, lo que es si el tío Boti quiere, ni comparar con la de un hotel de postín, Picaza, ya ves.

La chica, para vigorizar sus afirmaciones, las acompañaba de un manoteo exagerado. Hizo una pausa y añadió:

—Si algo siento es lo de la gallina, mira; lo demás me tiene sin cuidado.

El muchacho se detuvo, las piernas arqueadas, la visera sombreándole los ojos, los pulgares ocultos en el negro cinturón, junto a la hebilla.

—¿Qué gallina? —inquirió.

Dijo la Desi:

—Mi madre, que gloria haya, nos prometió una gallina a cada hija el día que nos casáramos. Y parece que no, Picaza, pero mira, una gallina es el avío de una casa; es un huevo diario, que se dice pronto…

El Picaza reanudó la marcha.

—T… tampoco nos vamos a morir sin la gallina, digo yo —dijo malhumorado.

La Desi sonrió. Llevaba unos días viviendo fuera de la realidad. Apenas ayudaba a la Marce por las mañanas en el barrido y, después de las comidas, a despachar la fregadera. El resto del día era suyo y si no lo destinaba a charlar con la Marce sobre el porvenir, salía de paseo con el Picaza o proyectaba su ajuar. A veces bajaba sola a su piso y desplegaba sobre el catre sus tesoros: dos mudas, dos toallas, tres sábanas y la colcha azul. Los contemplaba extasiada, confrontaba la calidad de los tejidos con los dedos y por último se decía con íntima satisfacción: «Bien mirado no hay ni una sola cosa fea».

A los dos días de marchar el viejo, la Desi, la muchacha, adquirió unas bragas de nylon y un almohadón. Después de la cena le dijo a su compañera:

—Marce, guapa, ¿me enseñas de un momento a hacer la vainica?

A la Marce le descomponían los preparativos de la Desi. El cabo Argimiro no se explicaba y a menudo la chica pensaba que si salía con ella era sólo por pasar el rato:

—No te han entrado a ti pocas prisas, maja.

—A ver, Marce, él cumple dentro de un año y tres meses —decía con el rostro radiante—. El tiempo se va sin sentir, ni te das cuenta.

Una tarde, la Marce le enseñó a hacer vainica y la Desi, la muchacha, pasaba desde entonces las horas muertas sobre la labor. Por la noche, se acostaban en la misma cama y la Desi le hacía confidencias. Una vez, la Desi le preguntó extrañada: «¿Tú no rezas, Marce?. —La otra casi se enfadó—: ¿Para qué? ¿Para que no me roben? Pierde cuidado, maja, hoy nadie quiere alhajas con dientes». Pero a la Marce le enconaba sobre todas las cosas que el Picaza hubiese hablado de matrimonio a la Desi. A la Tasia le decía: «Las hay que nacen de pie, ¿qué puede ver un hombre en esa facha, como yo digo?. —Pero a la Desi le decía—: Desi, maja, que digas que tú eres como eres, pero lo que es yo todavía no he mirado a un raso a la cara». La Desi, la muchacha, se encogía en la cama para hacerle sitio: «No todos van a ser jefes, Marce, guapina, compréndelo; después de todo, una tampoco es una señora».

En otras ocasiones, la Marce se mostraba aún más cruel: «Vete a saber qué ves en él, maja, ¡madre, un hombre que no sabe hacer una O con un canuto!. —La Desi no se achicaba—: El Picaza lee de corrido, Marce, para que te enteres», decía. Pero la Marce, que en enaguas era como un queso temblón, añadía moviendo dubitativa la cabeza: «Paja no sé si comerá, pero cebada seguro».

Algunos días bajaban juntas al piso vacío del viejo Eloy y la Marce husmeaba en todos los rincones, se introducía en la habitación del señorito, abría y cerraba muebles y levantaba agrios comentarios: «¿Ésta es la difunta?, —preguntaba señalando un retrato. La Desi sonreía—: A ver». La Marce hacía un mohín de desprecio: «Vaya cara de perro, maja; suerte has tenido en no conocerla. —La Desi no contestaba. Otras veces la Marce le hacía objeto de un ataque directo y personal—: ¡Qué suelos, maja!, para meter el arado». «¿A qué ton sales con eso ahora, Marce?, —inquiría la Desi ingenuamente. La Marce reía—: Por lo limpios, no te amuela». La Desi se avergonzaba y explicaba que el señorito no era exigente y un día por otro iba dejando las cosas por hacer. Entonces la Marce estallaba: «Para lo que te paga, de más,

porque, vamos, a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree. —La Desi trataba de justificar al señorito, pero la Marce no le daba tregua—: Que te haga ropa, que se rasque el bolso el roñoso de él». La Desi cambiaba de rumbo y sacaba a colación su próxima boda, pero, en esos casos, la Marce se encerraba en un hermético mutismo o, si abría la boca, era solamente para escarnecerla.

De ahí que la Desi, la muchacha, aun de una manera intuitiva, procurara pasar en la calle el mayor tiempo posible. Con el Picaza salía cada tarde y, al anochecer, el muchacho procuraba arrastrarla a lo oscuro aunque ella se resistía. Sin embargo, si el Picaza mentaba la boda, la chica se quedaba como hueca y perdía la voluntad y el dominio de sí misma y aun el sentido del riesgo. Amartelados en un banco en penumbra, con el corazón hinchado por la esperanza, la chica hilvanaba proyecto tras proyecto:

—Hay que armarla sonada, Picaza. El Boliche que no vaya, la orquesta esa no vale dos reales.

—P… por mí, yo no corro por el baile, ya lo sabes.

Se hacía un silencio:

—¿Te casarás con el caqui, Picaza?

—A… ver, me ahorro un corte, ¿no?

—Para quieto, deja las manos.

—D… digo que tampoco estaría mal la fiesta en el soto.

—Para quieto, Picaza.

—Cl… claro que allí baja todo Dios, los críos y todo y te…

La chica se ponía en pie de un brinco:

—¡Se acabó! ¿Es que no vas a aprender nunca a dejar quietas esas condenadas manos?

De ordinario, sus paseos vespertinos concluían así. La chica, que generalmente, si el Picaza mentaba la boda, permanecía sumisa e indefensa, terminaba por sentir un puntazo en la nuca si el muchacho se excedía en sus audacias, talmente como lo sentía en la iglesia de San Pedro los domingos cuando el monaguillo agitaba la campanilla. La chica atribuía este fenómeno a la intervención sobrenatural de la Virgen de la Guía y por las noches le daba gracias arrodillada a los pies de su catre. Al Picaza, no obstante, parecía atraerle ahora la entereza de la muchacha. No le tomaba a mal sus desaires y si ella se plantaba y decía a pasear, él la obedecía dócilmente, y si ella decía al Paipai, pues al Paipai, y si ella le decía a cantar *El relicario*, pues a cantar *El relicario* y, en cualquier caso, nunca escatimaba el detalle de la peseta de pipas de girasol o de castañas asadas. La Desi vivía en un nebuloso estado de

exaltación y únicamente, de tarde en tarde, recordaba al señorito y se decía con secreta ternura: «¿Qué se hará a estas horas? Habrá que verle tan chulo por Madrid». Pero, por lo general, no tenía ojos ni oídos más que para el Picaza.

Una mañana el muchacho la sacó al vermú y la chica regresó transfigurada:

—Marce, no te imaginas cómo estaba la calle y los bares y todo. ¡Madre, el personal! Si parecía fiesta.

La Marce se engalló:

—Ni que acabaras de llegar del pueblo, maja.

La Desi calló para no confesar que era la primera vez en tres años que salía de casa a esas horas.

Otro día hizo una escapada con la Marce para ver regresar al Picaza de la instrucción. Los reclutas andaban cansinamente, levantando una nube de polvo y cantando desafinadamente una marcha militar, mas la voz del Picaza sobresalía de las demás voces y la Desi se estremeció toda y oprimió el brazo de su amiga y balbució: «Mírale, Marce, que requetemajo va». La misma ternura le invadía cada sábado, al restregar en la pila la camiseta y los calzoncillos del muchacho y, en esos casos, se juraba que así se le diera ponerle las piernas derechas al Picaza o alargarle la nariz, ella no lo haría porque en ese caso el Picaza dejaría de ser el Picaza y ella a quien quería era al Picaza con sus defectos y todo.

El domingo, diez días después de marchar el viejo Eloy, la Marce acordó con la Desi bajar al piso vacío el gramófono de su señorita y bailar allí. «Luego daremos un barrido y listo. El viejo tampoco se va a enterar», le dijo la Marce. Pero el cabo Argimiro y el Picaza quedaron a las cuatro y se retrasaban. Por llenar el tiempo, la Marce le dijo a la Desi que para la primavera se haría un traje marengo, pero la Desi desaprobó con un gesto y la Marce dijo suficientemente: «Eso no se pasa, maja». Mas la Desi se obstinó:

—Perdona que te diga, Marce, pero para mí el marengo ni es color ni es nada.

Las fofas carnes de la Marce retemblaron como electrizadas:

—¡Qué sabrás tú! Mi señorita lo lleva y no me irás a decir ahora que mi señorita no viste.

Por disimular su sofoco se levantó y puso el gramófono en marcha.

La Desi, sentada en una silla de la sala, las manos superfluas sobre el regazo, porfió:

—Eso, el color de las señoritas que es, y que lo digas. Las señoritas se han aburrido de todo y, a ver, visten de aburridas.

Entonces la Marce voceó que llevaba el pueblo metido en la sangre y la Desi replicó que sobre gustos no había nada escrito y esto acabó de irritar a la Marce, quien le dijo, levantando la voz por encima de la música, que era más bruta que la pila de un pozo y que, después de todo, nadie le había pedido parecer.

Durante media hora estuvieron oyendo la música sin hablarse. Finalmente la Desi se volvió a su amiga y le dijo, tocándole tímidamente su blanco y esponjoso brazo, que eran más de las cinco y si les habría ocurrido algo. La espera iba haciéndose tensa y a las cinco y media las dos muchachas se asomaron al balcón. La Marce dijo que siempre se le habría ocurrido al Picaza una de las suyas, pero la Desi dijo que lo de la veta era cosa pasada y que nunca en la vida le vio ella tan formal y que lo único un arresto. Cuando dieron las seis en el reloj de San Ildefonso, la Marce insinuó que era preferible lanzarse a la calle y que algún compañero les informaría. Y cuando andaban decidiendo llegó el cabo Argimiro desgreñado, el semblante amarillo, la gorra en la mano y pidió un vaso de agua y se sentó derrumbado en el taburete de la cocina y la Desi, la muchacha, dio la luz porque ya anochecía y porque intuyó que de esta manera hacía menos sombríos los acontecimientos por venir. Y la Marce zarandeó al Argimiro por los hombros y le voceó:

—¡Habla, coña! ¿Qué demontres ha pasado?

Entonces el cabo Argimiro rompió en un chorro de incoherencias, mas, poco a poco, sus palabras se engranaban y cobraban un sentido y dijo que todo había sido donde la Caprichitos, con una de las chicas, pero que si el Picaza no se tropieza con la rata muerta en la calle no hubiera sucedido nada, pero agarró la rata del rabo y cuando llamaron salió la Domi, la tuerta, y entonces el Picaza le arrimó la rata a la cara y la chica se arrancó a llorar y le voceó que eso a la zorra de su madre, y el Picaza, de que ella le mentó a su madre, que retirase esas palabras, pero la chica andaba loca y le voceó otra vez que eso a la zorra de su madre, y él que retirara esas palabras, y la chica que a la zorra de su madre y que a la zorra de su madre, y él que retirara esas palabras y ella dale que le das hasta que el Picaza, que llevaba dos copas de más, se cabreó, abrió la navaja y la degolló allí mismo, en el umbral, en menos de lo que se tarda en decirlo.

Se alzó un lóbrego silencio y, al cabo, se oyó la voz de la Desi, la muchacha, como un siseo:

—¡Virgen!…

Parecía una estatua de sal, el dedo rígido cruzando los labios, los ojos desorbitados. Agregó Argimiro:

—La tía sangraba como un cerdo. ¡Madre, qué espectáculo!

Se cubrió los ojos con las manos y el silencio se prolongó unos minutos. El ronco sollozo de la Desi removió lo más profundo de sus entrañas. Acto seguido se arrancó a gemir, y a llorar, y a implorar, pero la Marce se acercó a ella y le sacudió por el brazo despiadadamente:

—Con eso no adelantas nada, Desi, ¡calla la boca!

Mas la Desi clamaba que era él lo único que le quedaba en el mundo y que era más bueno que todas las cosas y entonces la Marce le dijo furiosamente, tratando de dominar su histerismo, que eso no, que el Picaza fue siempre un comprometedor, que no hacía más que comprometer y que había pasado lo que tenía que pasar. La Desi, de pronto, se soltó y la miró lejanamente, como a una desconocida, y, luego, sollozó de nuevo y, de pronto, terció el Argimiro y dijo que por lo que respectaba al Picaza se había quedado tranquilo en la Prevención, pero que lo más fijo es que le juzgaran por lo militar y le cayeran una pila de años. A la Desi, la muchacha, le fallaba el mundo y el universo y gritó agudamente, y empezó a decir que era la veta y que ella le diría al señor juez que era la veta, y la Culohueco y hasta el señor cura vendrían del pueblo a certificar que era la veta y ellos mismos podían decir que era la veta pues, cuando no, el Picaza tenía buenas entrañas, pero la Marce la sujetó por los brazos y le dijo crudamente:

—La veta, la veta, siempre andas con la coña de la veta a vueltas, maja; que es un comprometedor, eso es lo que le ha perdido, Desi, métetelo en la cabeza.

La Desi le propinó un empujón y sin conciencia de lo que hacía se lanzó escaleras abajo y, ya en la calle, notó la caricia del último frío del invierno y, según corría, los latigazos acerbos de los escaparates y los parpadeos multicolores de los luminosos, y los ojos atónitos de los transeúntes y las voces y los ladridos y las campanas y el zumbido incesante de la ciudad ociosa le fustigaban el rostro, mas ella no lo advertía, ni advertía la loca carrera en sus músculos, ni en sus pulmones, a pesar de ser corta de respiración como decía la Caya, y cuando accedió al juzgado, la desesperanza, la fatiga y el miedo descendieron simultáneamente sobre ella y apenas acertaba a hablar y cuando, al fin, se explicó, le dijo el policía que suerte que aún el señor juez no le había incomunicado y que lo más probable, tratándose de un militar, era que el asunto pasara a Capitanía pero que podía

bajar un momento, y que se despidiera porque la cosa era fea e iba a tardar en verlo.

Ahora la Desi, la muchacha, se ahogaba al descender los húmedos escalones, sintiendo a dos palmos de su cabeza el techo abovedado y, temerosa aún de que le dejaran ver al Picaza, saludó a la pareja de la Policía Armada con una sonrisa reverenciosa y uno de ellos la condujo ante el muchacho, que fumaba, con la nueva boquilla, sentado en una silla, con gesto altanero y desafiante.

El Picaza no se inmutó al verla. Dijo la Desi con voz quebrada:

—Picaza, ¿qué es lo que has hecho, Picaza, di?

Él fumaba sin cesar. Dijo, la mirada hundida, con cierto orgullo:

—Y… ya lo ves.

—Picaza, ¿no ves que te has perdido?

Él callaba. La Desi se ofuscó. Agregó sollozando:

—¿Qué te se había perdido a ti donde esas mujeres, Picaza, di? ¿Qué pintabas tú allí?

El Picaza levantó los ojos, unos ojos todavía revueltos e incisivos:

—L… la marrana mentó a mi madre, y eso no.

La chica insistió:

—¿Qué pintabas allí? ¿Di?

—Y… ya lo ves.

La chica se impacientaba. Miró de reojo a la pareja, bajó la voz y dijo gravemente:

—¿Les has dicho ya lo de la veta, Picaza? —dijo—. ¿Se lo has dicho?

Él dio una profunda chupada al cigarrillo y no contestó. La Desi, entonces, se adelantó, lo agarró crispadamente por los brazos y empezó a zarandearlo:

—¿Qué tenías tú que hacer allí, Picaza, con esas mujeres? ¿Qué pintabas tú allí, di?

Le cayó la lumbre del cigarrillo sobre el pantalón, y el Picaza se desasió de un brazo y se sacudió las ascuas a manotazos.

La Desi lo contemplaba paralizada, con un tierno, desesperado estupor, pero cuando el guardia se aproximó y la tomó por un brazo y le dijo: «Vamos», la muchacha experimentó una sacudida y pretendió arrastrar al Picaza consigo, mas el muchacho tiraba de un lado y el guardia del otro y, al fin, ella le soltó y, en ese instante, creyó enloquecer y volvió la sucia cara y voceó entre las lágrimas:

—Si necesitas algo, Picaza, manda razón, ¿oyes? La ropa o lo que sea, Picaza.

Se le quebró la voz, pero se rehizo y chilló aún con mayor aflicción conforme ascendía las escaleras:

—Picaza, ¿no ves que te has perdido? ¿Qué pintabas tú, Picaza, donde esas mujeres?… ¿Qué pintabas, di?

XXII

Las crestas de granito desfilaban vertiginosamente detrás de la ventanilla y el viejo Eloy las contemplaba desde su asiento, con plebeya fascinación. El asiento era rígido y duro y él se sentó en el borde para proteger la próstata de su empuje, pero de este modo se le dormían los pies y de vez en cuando había de levantarse para estirar las piernas y facilitar la circulación. A menudo le asaltaba a contrapelo el recuerdo de Madrid y el viejo lo espantaba con un movimiento brusco de cabeza. En cambio, si pensaba en su casa, en la lumbre crepitante y en el taburete junto al fogón, sonreía de manera imperceptible, con esa sonrisa de los viejos más parecida a una mueca que a una sonrisa, y evocaba a la Desi con inefable ternura e imaginaba lo que haría si, al llegar a casa, la chica le había abandonado.

En fuerza de tratar de representársela, los rasgos de la muchacha se debilitaban y el viejo Eloy recreaba una figura ingrávida, dulcemente laboriosa y sumisa, casi angelical. Frente a él, dormitaba un campesino de manos rudas y la niña que le acompañaba pellizcaba, de cuando en cuando, un enorme pedazo de pan.

A Suceso, su nuera, le habló el viejo Eloy de la Desi tres días después de su indisposición y cuando le dijo que cada tarde dedicaba un par de horas a enseñar a la chica a leer y escribir, Suceso se reía a golpes intermitentes, con un ritmo casi mecánico, y le preguntó a Leo que, como de costumbre, recostaba la nuca sobre la oreja del sillón, por qué no le dijo nunca que su padre fuese un hombre tan divertido. Pero, a la larga, Suceso, su nuera, acabó cansándose de él:

—Eloy, no te esfuerces. No lograrás ponerte tan simpático como la otra noche —le decía.

En los días siguientes, Suceso se lo repitió varias veces, aunque el viejo no trataba de ser simpático sino de atraerse a su nuera y que ella le llamase padre. A ratos pensaba que si esto ocurriera podría enseñarse a aquellas costumbres e incluso a vivir en aquella casa. Mas en el fondo sabía que tal cosa no era factible, ya que él constituía un estorbo, soportable precisamente por su carácter provisional.

Aún el viejo Eloy no había decidido regresar. Sufría mucho en las sobremesas porque, habituado a arrodillarse después de las comidas, las digestiones le pesaban más de la cuenta. Pero él lo sobrellevaba todo

resignadamente en la esperanza de ver un día sonreír a Leoncito o de que Suceso le llamara padre. Su hijo, sin embargo, se mostraba cada día más reconcentrado y hosco. En ocasiones, la mañana transcurría en el jardín sin que lograran encontrar un solo tema de conversación. El viejo Eloy había desistido de mostrarle la medalla de su homenaje, pues Leoncito casi no hablaba y, si lo hacía, era para comunicarle sus sensaciones indefinidas y desagradables. Él trataba por cualquier medio de estimularlo:

—Tienes una hermosa carrera y una hermosa mujer y una hermosa casa, hijo —le decía—. ¿Qué más puedes pedir?

Leoncito ponía cara de repugnancia:

—Una hermosa carrera, ¡bah!, para lo que me vale. Piensa con la cabeza, padre. Yo agarro una testamentaría de cien millones, bueno ¿y qué? En cuanto a la cara bonita de mi mujer no sirve para atenuar uno solo de mis padecimientos, créeme.

El viejo se inclinaba hacia él:

—¿No será que tienes más de lo que podías desear, hijo?

Leoncito no contestaba, se pellizcaba una y otra vez el bigote nerviosamente con dos dedos y así dejaba pasar el tiempo contemplando pasivamente las crestas nevadas y brillantes de la sierra. Durante la comida, en cambio, platicaba extensamente con Suceso y con frecuencia lo hacían en francés y si, en estos casos, su nuera se reía, el viejo Eloy experimentaba una borrosa sensación de malestar. Pero generalmente hablaban de automóviles y Suceso decía:

—Desde que cambié las bujías, cuesta arriba no me pasa un Rolls, Leo. ¿Cómo es posible que una cosa tan pequeñita tenga tanta importancia?

Leoncito le explicaba y ella seguía sus palabras con atención infantil. Cada mañana salía en el automóvil hasta la hora de almorzar. Un día regresó muy excitada:

—He topado a una tía coja, Leo. Se atravesó sin mirar. ¿Qué hará en la calle una tía coja, Leo, digo yo? ¿No se podía quedar en casita en lugar de salir a entorpecer la circulación?

El disgusto le duró toda la tarde y cada vez que el viejo Eloy trataba de entretenerla ella recordaba a la coja y se enfurecía. Al fin, el viejo determinó callar. Divisaba por el amplio ventanal la nítida nieve de las cumbres y, con la nieve, pensó en Goyito, su hijo menor, y el recuerdo cada vez más vívido afloró, remozado, a la mañana siguiente, y como llegara a desbordarle, se lo comunicó a Leoncito con ánimo de repartir su carga, pero Leoncito la rechazó:

—Gregorio jugó su baza y perdió, padre, no le demos más vueltas —dijo.

El viejo suspiró:

—Era un idealista —apuntó tímidamente.

—¡Idealista, ja! Dejémonos de tonterías, padre. Él quiso hacer a tiros su carrera, como tantos otros, porque era incapaz de agarrar un libro ni de mancharse las manos. Él era su ideal. Eso es, exactamente: él se defendía a sí mismo, luchaba por su propio provecho y se quedó allá, donde nadie lo llamaba. A muchos les sucedió así.

Fue en ese instante cuando el viejo Eloy decidió regresar a casa. Su nuera le acompañó a la estación pero al despedirle le dijo Eloy y no padre como él deseaba, y él entonces pensó en la Desi y se angustió ante la idea de no encontrarla en casa. Ahora, al ver en el tren las bastas manos de la pequeña campesina arañando el pan, el viejo Eloy volvió a pensar en la Desi y a impacientarse ante la posibilidad de no hallarla. Pero sí la halló, y sus ojos patéticamente vacíos se llenaron, de improviso, con el dolor de la muchacha:

—¿Qué ha ocurrido hija?

Ella se arrancó a llorar:

—Él… ¡ya ve!

Difícilmente se mantenía en pie y por último se arrojó sobre el pecho del viejo sollozando. El viejo Eloy dio un traspiés y apoyó la espalda en el tabique. Apenas conservaba fuerzas para sostenerse solo pero, en este trance, no podía abandonarla. La dejó llorar sobre él y, al cabo, la chica se lo contó todo. Él decía blandamente: «Vamos, vamos. —Y ella decía acongojada—: Fue la veta, ¿sabe usted? Él tiene buenas entrañas, pero la veta le perdió». El viejo contemplaba atónito, por encima de la negra cabeza de la chica, su viejo hogar, con las viejas tablas, y los viejos muebles, y las viejas y vivas huellas, y percibía, confusamente, su latido. Se sentía más firme y entero y casi fue feliz cuando dijo:

—Hija, ¿por qué no nos vamos al cine esta tarde tú y yo?

Ella se rehízo en un movimiento brusco. Sonrió cerrilmente entre las lágrimas:

—Sólo faltaría —dijo—. ¿Está mal de la cabeza?

—Vamos, arréglate.

—Será capaz.

—Anda, no me hagas hablar tanto.

La chica, ya en la penumbra de la sala, le dijo: «Vamos, señorito, que cualquiera que nos vea. —Dijo el viejo, mientras forcejeaba para sacar el pañuelo—: Deja, hija». Y ella, más tranquila, se extasió ante las imágenes.

Unas veces reía alto y otras se asía crispadamente a los brazos de la butaca. Poco a poco, se dejaba arrancar de su obsesión. Había pasado cinco días negros, buscando en vano un asidero que evitase su naufragio. La Marce no le servía ya. La Marce había insultado al Picaza y no deseaba volver a verla. Desde la tarde del crimen la Desi durmió sola en el piso y no sintió miedo de la Adriana, la resinera, ni de Moisés, el mozo que se abrasó la cara en el horno de achicoria. Una tarde pretendió serenarse y extendió las prendas de su ajuar sobre su catre, pero la vista del almohadón con la vainica inacabada le revolvió el sentimiento y estuvo llorando más de cuatro horas seguidas estrujando la tela entre los dedos y sonándose con ella. Al día siguiente oyó a la Marce comunicarse con la Tasia por el patio de luces y la Marce gritó recio para que ella le oyera que el Picaza no sabía hacer una O con un canuto y era un cantamañanas y un comprometedor, que no hacía más que comprometer y que había acabado como tenía que acabar, pero ella, la Desi, se hizo violencia para no asomarse al patio y lo consiguió. Tras su triunfo, la chica tuvo clara conciencia de que lo suyo con la Marce había terminado.

Fue dos días después de su regreso cuando el señorito le hizo la insólita proposición de ahorrar en las comidas y frecuentar más el cine. A la Desi, la muchacha, se le redondearon los ojos: «Mire, lo que es por mí». Y aquella misma tarde se enfundó de nuevo en la rebeca heliotropo y se perfumó el escote y se fue con el viejo a una sala del centro. Le dijo el señorito aspirando con delectación: «Qué bien hueles, hija». Ella sonrió complacida. Caminaban en silencio y la Desi, al entrar en el cine, se azoró levemente para decirle: «Señorito, el pañuelo». Él se limpió y musitó un «gracias» inaudible. Ya en la butaca, la muchacha perdió la noción de la realidad. Vivía la farsa con sus cinco sentidos y a ratos sollozaba y a ratos reía frenéticamente golpeándose el muslo con la palma de la mano. Le decía el viejo: «Modérate, Desi. —Respondía ella sin mirarle—: Vamos, señorito, que el zángano ese del bigote tiene cada cacho golpe». Él le advirtió: «No me llames señorito, hija; eso en casa. —La muchacha no respondió. A la salida le dijo—: Ande, señorito, que no hace falta valor para pegarse esos besos delante de la gente». «¿Qué besos, hija?, —preguntó él—. ¡Otra! Los del cine —añadió la muchacha—: El Picaza decía… el Picaza decía que todas las del cine son toreras, ya ve». El viejo Eloy meneó la cabeza: «No generalices, Desi. —Ella abrió mucho los ojos—: No ¿qué?». Aclaró el viejo: «Generalices, hija. No todas van a ser iguales». La chica levantó los hombros. Al cabo se detuvo, la mirada prendida en el muro ciego. Dijo:

—Señorito, ¿qué dice ahí?

El viejo carraspeó banalmente:

—Dice —dijo—: «Prohibido fijar carteles y jugar a la pelota».

—¿Y debajo?

Él entrecerró los ojos. Dijo:

—No me alcanza la vista, hija.

Ya en casa comentaban las incidencias de las películas. La Desi decía «él» y «ella» para referirse a los protagonistas y del traidor decía siempre «el pelado ese. —Inquiría el viejo—: ¿Qué pelado, hija?». Ella se sofocaba: «¡Ande, no se haga ahora de nuevas!».

Dos días después llegó la primavera y el viejo le dijo a la muchacha que para celebrarlo cenaría con ella en la cocina como el día de Nochebuena. La Desi se ofuscó:

—¿Está usted en sus cabales?

Insistió él:

—Vamos, hija, apura.

Ella le observaba con ojos atónitos, las bastas manos cruzadas sobre el regazo:

—No empiece —dijo.

El viejo no la oía. Hurgó en la cartera y le alargó un billete:

—Llégate a la cantina y sube una botella, anda.

La Desi no se movió.

—¿No oyes? —insistió él, limpiándose la nariz.

La chica tomó el billete.

—Le advierto —dijo— que no tengo el cuerpo para fiestas.

El viejo se alteró todo:

—No se trata de eso ahora, hija —dijo—. Haz lo que te digo.

Y cuando bebieron dos vasos, la chica rompió a reír y le dijo que había pensado días atrás que no volvería a reírse como lo estaba haciendo, pero que estando él en casa no se sentía tan sola. Entonces el viejo le explicó que él ya nació solo, porque a su padre le enterraron cuando su madre le estaba alumbrando y que peor todavía que lo suyo fue lo que le sucedió al rey.

La chica dijo:

—No empiece con sus pitorreos.

Agregó monótonamente el viejo:

—No bromeo, hija. Cuando el rey nació hubieron de envolverlo en pañales negros. Ya ves, hija, un hombre que tenía de todo, en cambio no tenía padre. Así son las cosas.

Levantó la cabeza y advirtió el torpor y la audacia del alcohol operando sobre él y le preguntó a la muchacha si sabía los segundos que vivía un hombre, y sin aguardar respuesta bebió otro trago y, después, otro y entonces pensó que lo importante en la vida era tener calor, pero que el hombre precisa dos calores, pero que, puestos a ver, los dos calores eran un solo calor y por esta simple razón el hombre inventó el fuego y una vez inventado todo iba bien, y los hombres se reunían en torno y apareció una intimidad que provenía de las llamas e iba a las llamas después porque aquello era un doble calor, un extraño calor de ida y vuelta. Quiso explicar aquello a la Desi pero sus palabras surgían enrevesadas y sin sentido.

La chica lo miraba atentamente, sin comprenderle y por un instante pensó en el Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción, mas inmediatamente alargó la mano y separó la botella del alcance del viejo. Dijo autoritaria:

—Usted no prueba una gota más, vaya.

El viejo reposó sus ojos fatigados en la muchacha:

—Desi, hija, eso no viene a qué.

Hubo un silencio durante el cual se oyó, con breves intermitencias, el gotear del grifo en la pila. Al fin el viejo se arrancó y su voz brotaba como un chorro delgado pero firme y empezó a decir que los hombres creyeron que con meter el calor en un tubo habían resuelto el problema y en realidad no hicieron sino crearlo porque era inconcebible un fuego sin humo y de esta manera la comunidad se había roto.

Su absorbente mirada enloquecida se clavaba pesada y contumaz en la muchacha, pero ella no experimentaba miedo ahora sino una pungente compasión y cuando el viejo le sujetó por el brazo crispadamente y le pidió a gritos que no lo abandonase, ella, la chica, dijo serenamente:

—¡Otra! ¿Habló alguien de marcharse?

Él añadió:

—Hija, ¿por qué no hemos de compartir lo poco que yo tengo?

La frente de la muchacha se plegó en una profunda, solitaria arruga horizontal. Dijo:

—¿Puede saberse con qué se come eso, señorito?

Agregó el viejo como si no la oyera:

—Tendrás estorbo por poco tiempo, hija. A mí me ha salido ya la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

Ella alzó los hombros aturdida:

—Como no se explique más claro…

Aún insistió el viejo:

—El día de mañana estos cuatro trastos serán para ti —y respiró fuerte.

Ella vaciló y, finalmente, tomó un vaso y lo apuró hasta el fondo. Al terminar, sus manos temblaban y en sus ojos obtusos se había hecho repentinamente la luz. Puesta en pie, miró dócilmente al viejo, que también se había levantado, y sus ojos se llenaron de agua. Dijo apenas con un hilo de voz:

—Como usted mande, señorito.

Las ratas

1962

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

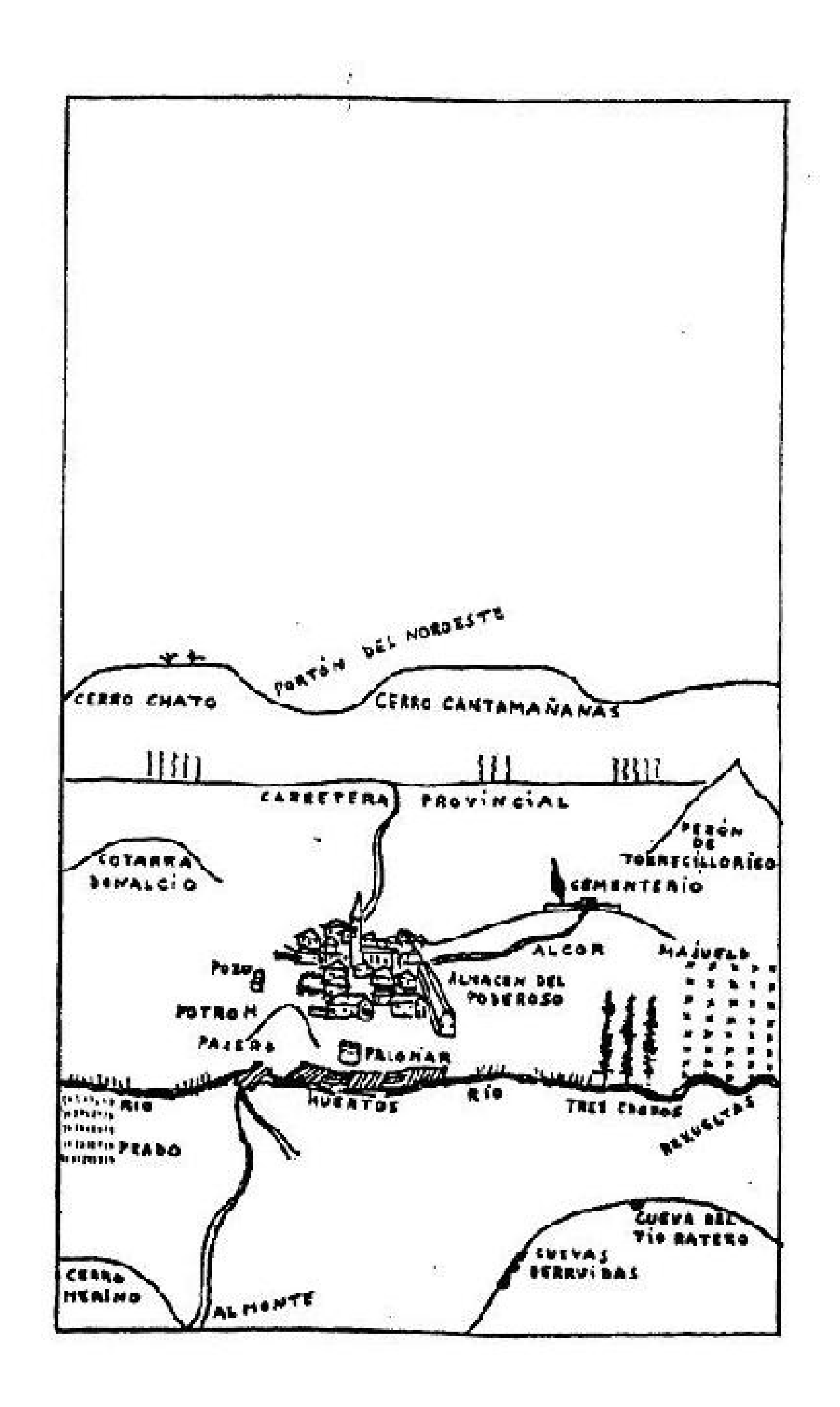
Bien puedo decir que mi novela «Las ratas» me la puso en bandeja la censura del periódico. Trataré de aclararlo. La campaña de «El Norte» sobre el abandono de Castilla terminó de mala manera: de un portazo ministerial. Sobre este asunto no podíamos volver a hablar; se había acabado. ¿Qué cabía hacer? Afortunadamente los organizadores de la censura eran más inteligentes que los mismos censores. Los cortes, que eran diarios en películas y periódicos, a causa de su fácil difusión, eran menos frecuentes en los ensayos y novelas, y prácticamente inexistentes en los libros de poesía, de tirada muy corta e interpretación difícil, y en los que no cabían —a juicio de la institución— posibilidades de adoctrinamiento. Yo podía ser, pues, condenado diariamente por la censura del periódico, pero esto a los otros censores les traía sin cuidado. El grave problema del abandono rural, que había sido aireado durante mucho tiempo en mi periódico «El Norte de Castilla», ante el cerrojazo definitivo, a mí, como escritor, únicamente me dejaba una carta por jugar: apelar a la novela. Escribir una novela de un pueblo de Castilla ahogado por sus necesidades. El libro venía a ser así la culminación de nuestras denuncias, remataría nuestra campaña dignamente.

Un niño sabio, al que otorgué el protagonismo, suavizó la aspereza de la exposición pero no la dureza de la denuncia. Una víctima habitual de los censores de prensa, aunque casi inmune a los censores de libros, se tomaba la revancha y ponía los puntos sobre las íes. Aquel pueblecito de barro sin comunicaciones, olvidado, sin el menor atisbo de confortabilidad, resumido en un libro, despertó a la Administración y fui llamado urgentemente a Madrid por los ministros de Agricultura y Obras Públicas. El problema salía al fin de los despachos de la censura de prensa y alcanzaba dimensión más alta. El Gobierno terminó por admitir nuestras denuncias y la necesidad de adoptar medidas urgentes. De esta entrevista arrancó el estudio del Plan Tierra de Campos, que no llegó a buen puerto, pero cuyos preliminares — nuevos precios de los frutos del campo, comunicaciones, primeras máquinas — aliviaron la situación dramática de la vieja Castilla. Una victoria pequeña, incompleta, pero victoria al fin.

M. D. *Octubre de 2007*

Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos…

Marcos, 9, 35-38


PORTÓN DEL NORDESTE
CERRO CHATO
CERRO CANTAMAÑANAS
CARRETERA PROVINCIAL
PEÑÓN DE TORRECILLORICO
CEMENTERIO
ALCOR
MAJUELO
POZO
ALMACEN DEL PODEROSO
POTRON
PAJERA
PALOMAR
RIO
HUERTOS
RÍO
TRES CHOPOS
REVUELTAS
PRADO
CUEVA DEL TÍO RATERO
CUEVAS BERRUIDAS
CERRO MERINO
ALMONTE

I

Poco después de amanecer, el Nini se asomó a la boca de la cueva y contempló la nube de cuervos reunidos en concejo. Los tres chopos desmochados de la ribera, cubiertos de pajarracos, parecían tres paraguas cerrados con las puntas hacia el cielo. Las tierras bajas de don Antero, el Poderoso, negreaban en la distancia como una extensa tizonera.

La perra se enredó en las piernas del niño y él le acarició el lomo a contrapelo, con el sucio pie desnudo, sin mirarla; luego bostezó, estiró los brazos y levantó los ojos al lejano cielo arrasado:

—El tiempo se pone de helada, Fa. El domingo iremos a cazar ratas —dijo.

La perra agitó nerviosamente el rabo cercenado y fijó en el niño sus vivaces pupilas amarillentas. Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llegaban a adultos conservando los ojos; solían dejarlos entre la maleza del arroyo, acribillados por los abrojos, los zaragüelles y la corregüela.

El tío Ratero rebulló dentro, en las pajas, y la perra, al oírlo, ladró dos veces y, entonces, el bando de cuervos se alzó perezosamente del suelo en un vuelo reposado y profundo, acompasado por una algarabía de graznidos siniestros. Únicamente un grajo permaneció inmóvil sobre los pardos terrones y el niño, al divisarlo, corrió hacia él, zigzagueando por los surcos pesados de humedad, esquivando el acoso de la perra que ladraba a su lado. Al levantar la ballesta para liberar el cadáver del pájaro, el Nini observó la espiga de avena intacta y, entonces, la desbarató entre sus pequeños, nerviosos dedos, y los granos se desparramaron sobre la tierra.

Dijo, elevando la voz sobre los graznidos de los cuervos que aleteaban pesadamente muy altos, por encima de su cabeza:

—No llegó a probarla, Fa; no ha comido ni siquiera un grano.

La cueva, a mitad del teso, flanqueada por las cárcavas que socavaban en la ladera las escorrentías de primavera, semejaba una gran boca bostezando. A la vuelta del cerro se hallaban las ruinas de las tres cuevas que Justito, el Alcalde, volara con dinamita dos años atrás. Justo Fadrique, el Alcalde, aspiraba a que todos en el pueblo vivieran en casas, como señores.

Al tío Ratero le atosigaba:

—Te doy una casa por veinte duros y tú que nones. ¿Qué es lo que quieres, entonces?

El Ratero mostraba sus dientes podridos en una sonrisa ambigua, entre estúpida y socarrona:

—Nada —decía.

Justito, el Alcalde, se irritaba y, en esos casos, la roncha morada de la frente se reducía a ojos vistas, como una cosa viva:

—¿Es que no te da la gana entenderme? Quiero acabar con las cuevas. Se lo he prometido así al señor Gobernador.

El Ratero encogía una y otra vez sus hombros fornidos, mas luego, en la taberna, Malvino le decía:

—Ándate al quite con el Justito. El tipo ese es de cuidado, ya ves. Peor que las ratas.

El Ratero, derrumbado sobre la mesa, le enfocaba implacable sus rudos ojos huidizos:

—Las ratas son buenas —decía.

Malvino fue Balbino en tiempos, pero sus convecinos le decían Malvino porque con dos copas en el cuerpo se ponía imposible. Su taberna era angosta, sórdida, con el suelo de cemento y media docena de mesas de tablas, con bancos corridos a los costados. Al regresar del arroyo, el Ratero se recogía allí y se merendaba un par de ratas fritas rociadas de vinagre, con dos vasos de clarete y media hogaza. El resto del morral se lo quedaba el Malvino, a dos pesetas la rata. El tabernero solía sentarse junto a él mientras comía:

—Cuando los hombres no están contentos con lo que tienen arman un trepe, ¿eh, Ratero?

—Eso.

—Y si están contentos con lo que tienen nunca falta un tunante que se empeña en darles más y arma el trepe por ellos. Total, que siempre hay función, ¿eh, Ratero?

—Eso.

—Mira tú que andas a gusto en tu cueva y no te metes con nadie. Bueno, pues el Justito dale con que te vayas a esa casa cuando más de seis y más de siete se matarían por ella.

—Eso.

La señora Clo, la del Estanco, afirmaba que el Malvino era el Ángel Malo del tío Ratero, pero el Malvino replicaba que se limitaba a ser su conciencia.

El tío Ratero, desde la boca de la cueva, vio ascender al Nini por la falda del teso, con el cuervo en una mano y el cepo en la otra. La perra se adelantó

al descubrir al hombre y brincó una y otra vez sobre él, tratando de lamerle la tosca mano de dedos todos iguales, como tajados a guillotina. Mas el hombre, cada vez, le oprimía distraídamente el hocico y el animal gruñía entre furioso y retozón.

Dijo el niño mostrándole el grajo:

—El Pruden me lo encargó; los cuervos no le dejan parar los sembrados.

El Pruden siempre madrugaba y anticipándose a la última semana de lluvias hizo la sementera. El Pruden, en puridad, era Acisclo por bautismo, pero se quedó con Pruden, o Prudencio, por lo juicioso y previsor. En mayo araba los barbechos y, de este modo, llegado noviembre, ya tenía dada vuelta a la tierra. Al concluir el verano, poco antes de que la hoja amarilleara, desmochaba los tres chopos escuálidos de la ribera y guardaba la hoja empacada para alimentar las cabras durante el invierno. Al Nini, el chiquillo, le traía de cabeza: «Nini, rapaz, ¿viene agua o no viene agua?», «Nini, rapaz, ¿traerá piedra esa nube o no traerá piedra?», «Nini, rapaz, la noche anda muy queda y el cielo raso, ¿no amagará la helada negra?».

Dos tardes atrás, el Pruden se acercó al niño como de casualidad:

—Nini, hijo —le dijo en tono plañidero—, los cuervos no me dejan quietos los sembrados; escarban la tierra y se llevan la simiente. ¿Cómo me las arreglaré para ahuyentarlos?

El Nini recordó al abuelo Román, que para espantar los pájaros de los sembrados colgaba boca abajo un cuervo muerto. Las aves huían del lúgubre espectáculo; del inmóvil, atrabiliario luto de la tierra por florecer.

—Déjalo de mi mano —le dijo el niño.

Ahora, el Nini, mientras devoraba las sopas de pan a la puerta de la cueva, contempló el grajo despeluzado, las plumas rígidas, aceradas, reposando sobre un tomillo. La perra, agazapada junto a él, le observaba fijamente, y si el niño rehuía su atención, el animal le golpeaba insistentemente el antebrazo con la pezuña delantera. Tras la perra, bajo el teso, se abría el mundo; un mundo que la Columba, la mujer del Justito, juzgaba inhóspito tal vez porque lo ignoraba. Un mundo de surcos pardos, simétricos, alucinantes. Los surcos del otoño, desguarnecidos, formaban un mar de cieno tan sólo quebrado por la escueta línea del arroyo, del otro lado del cual se alzaba el pueblo. El pueblo era también pardo, como una excrecencia de la propia tierra, y de no ser por los huecos de luz y las sombras que tendía el sol naciente, casi las únicas en la desolada perspectiva, hubiera pasado inadvertido.

A cosa de un kilómetro, paralela al riachuelo, blanqueaba la carretera provincial, hollada tan sólo por las caballerías, el Fordson de don Antero, el

Poderoso, y el coche de línea que enlazaba la ciudad con los pueblecitos de la cuenca. Una cadena de tesos mondos como calaveras, coronados por media docena de almendros raquíticos, cerraba el horizonte por este lado. Bajo el sol, el yeso cristalizado de las laderas rebrillaba intermitentemente con unos guiños versicolores, como pretendiendo transmitir un mensaje indescifrable a los habitantes de los bajos.

El otoño avanzado estrangulaba toda manifestación vegetal; apenas el prado y la junquera, junto al cauce, infundían al agónico panorama un rastro de vida. Una gama uniforme de suaves transiciones enlazaba los tonos grises, cárdenos y ocres. Únicamente encima de la cueva, en el páramo, el monte de encina del común prestaba un seguro refugio a los pájaros y las alimañas.

El niño, con el grajo en la mano, corrió cárcava abajo seguido de la perra. En el último tramo de la pendiente, el Nini levantó los brazos como si planeara sobre el camino. Aún no calentaba el sol y las chimeneas alentaban lánguidamente un humo blanquecino, y el áspero aroma de la paja quemada se cernía sobre el pueblo como un incienso pegajoso. El niño y la perra franquearon el rústico puentecillo de tablas y entraron en la Era. Junto al Pajero se alzaba el palomar del Justito, y el niño, al cruzar frente a él, palmeó fuerte dos veces y el bando de palomas se arrancó alborotadamente con un ruido frenético de ropa sacudida. La perra ladró inútil, jubilosamente, mas la irrupción del Moro, el perro del Rabino Grande, el Pastor, la distrajo de inmediato. El bando de palomas describió un amplio semicírculo por detrás del campanario y tornó al palomar.

El Pruden asomó por la trasera abotonándose los pantalones.

—Toma —dijo el Nini alargándole el pájaro.

El Pruden sonrió evasivamente.

—¿Así que lo atrapaste? —dijo. Tomó el grajo de la punta de un ala, como con recelo, y agregó—: Anda, pasa.

Contra la tapia del corral se apoyaban el arado herrumbroso y los aperos y el tosco carromato, y sobre la cuadra se abría la gatera del pajar. El Pruden entró en la cuadra y la mula negra pateó el suelo, con impaciencia. Depositó el pájaro en el suelo, y mientras eliminaba los pajotes de los pesebres le dijo al Nini, sin volverse:

—Vaya un pico. Así es que donde caen estos tunantes hacen más daño que un nublado. ¡La madre que los echó!

Una vez limpios los pesebres, se encaramó ágilmente en el pajar y arrojó al suelo con la horca unas brazadas de paja. Después se descolgó, tomó la criba y cernió el tamo en rápidos movimientos de vaivén. Seguidamente

repartió la paja entre los dos pesebres y la cubrió, luego, con un serillo de cebada. El niño le miraba hacer atentamente y cuando acabó de repartir el grano le dijo:

—Cuélgalo patas arriba; si no, en lugar de ahuyentarlos hará de cimbel.

El Pruden se sacudió una mano con otra y agarró de nuevo el pájaro por la punta de un ala y penetró en la casa por la puerta de la cocina. El niño y la perra entraron tras él. La Sabina se revolvió furiosa al ver el cuervo.

—¿Dónde vas con esa basura? —dijo.

El Pruden no alteró su voz templada y paciente.

—Tú calla la boca —dijo.

Y depositó el pájaro sobre la mesa. Después se arrimó al hogar y dio la vuelta a las mondas de patata que cocían a fuego lento. Al cabo las apartó, se sentó con el balde entre las piernas y espolvoreó el salvado de hoja sobre las mondas y comenzó a envolverlo pacientemente.

El niño agarró la puerta para marcharse y el Pruden, entonces, se incorporó y dijo:

—Aguarda.

Le siguió por el pasillo de rojas baldosas hurgándose en los bolsillos del pantalón y, una vez en la calle, le alargó una moneda de peseta. El Nini lo miraba fijamente, con precoz gravedad, y el Pruden se desconcertó, levantó los ojos al cielo, un cielo blanquecino, tímidamente azul, y dijo:

—No lloverá más, ¿verdad, rapaz?

—Ha arrasado. El tiempo se pone de helada —respondió el niño.

Al regresar a la cocina, el Pruden analizó el grajo con concentrada atención y después continuó envolviendo en silencio el pienso de las gallinas. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo:

—Digo que el Nini ese todo lo sabe. Parece Dios.

La Sabina no respondió. En los momentos de buen humor solía decir que viendo al Nini charlar con los hombres del pueblo le recordaba a Jesús entre los doctores, pero si andaba de mal temple, callaba, y callar, en ella, era una forma de acusación.

II

El Nini siguió avanzando por la calleja solitaria, arrimado a las casas para eludir el lodazal. Restregaba la moneda que portaba en la mano contra los muros de adobe y al llegar a la primera esquina examinó el brillo nacido en el borde con pueril fruición. El barrizal era allí más espeso, pero el niño lo atravesó sin vacilar, sumergiendo sus pies desnudos en el cieno entreverado de estiércol y escíbalos caprinos, en la pestilente agua estancada de los relejes. Cruzó el pueblo y antes de divisar los establos del Poderoso oyó la voz caliente de Rabino Chico charlando con las vacas. El Rabino Chico estaba al servicio del Poderoso y tenía fama de comprender el lenguaje de los animales.

El Rabino Grande, el Pastor, y el Rabino Chico, el Vaquero del Poderoso, eran hijos del Viejo Rabino, el que, al decir de don Eustasio de la Piedra, el Profesor, era una prueba viva de que el hombre provenía del mono. En efecto, el Viejo Rabino tenía dos vértebras coxígeas de más, a la manera de un rabo truncado, y el cuerpo cubierto de un vello negro y espeso, y cuando se cansaba de andar sobre los pies podía hacerlo fácilmente sobre las manos. Por todo ello, don Eustasio de la Piedra le invitó por San Quinciano, allá por el año 33, a un Congreso Internacional, sin otra mira que demostrar ante sus colegas que el hombre descendía del mono y que aún era posible encontrar ejemplares a mitad de la evolución. Después de aquello, don Eustasio le llamaba a la capital cada vez que recibía una visita de cumplido y le hacía desnudar y dar vueltas sobre las manos, muy despacito, encima de una mesa. Al principio, el Viejo Rabino sentía vergüenza, pero pronto se habituó e incluso permitía que don Eustasio, que era un sabio, le tentara las dos vértebras coxígeas sin inmutarse. A partir de entonces, cada vez que un forastero mostraba interés por su particularidad, el Viejo Rabino se soltaba la pretina y se la enseñaba.

Con estas relaciones, el Viejo Rabino, al decir del Undécimo Mandamiento, se torció y dejó de frecuentar la iglesia. Don Zósimo, el Curón, que por entonces andaba de párroco en el pueblo, le decía: «Rabino, ¿por qué no vienes a misa?. —El Viejo Rabino se encampanaba y respondía—: No hay Dios. Mi abuelo era un mono. Don Eustasio lo dice». Y cuando estalló la guerra, cinco muchachos de Torrecillórigo, capitaneados por el Baltasar, el del Quirico, se presentaron con los mosquetones prestos a la puerta de su

casa. Era domingo y el Viejo Rabino apareció con su humilde traje de fiesta y sus zapatos apretados, y el Baltasar, el del Quirico, lo empujó con el cañón del mosquetón y le dijo: «Ahora voy a enseñarte yo dónde deben pastar las cabras. —El Viejo Rabino parpadeaba y sólo dijo—: ¿Qué quieres?». Y el Baltasar, el del Quirico, dijo: «Que te vengas con nosotros». El Baltasar llevaba una cruz en el pecho y la Rabina miraba hacia ella como implorando, y luego miró para el Viejo Rabino, que, a su vez, se miraba a los pies calzados con zapatos, y dijo humildemente: «Aguarda un momento. —Al regresar de la alcoba vestía el traje de pastor y calzaba las alpargatas de goma y dijo—: Hasta luego». Después le dijo a Baltasar: «Cuando quieras».

Al día siguiente, el Antoliano encontró el cadáver en las Revueltas y cuando se presentó con él en la casa, al Rabino Chico, que apenas era un muchacho, aunque con dos vértebras coxígeas de más, se le cerró la boca y no había manera de hacerle comer. Don Ursinos, el médico de Torrecillórigo, dijo que el mal era nervioso y que le pasaría. Y cuando le pasó, el Rabino Chico se llegó donde don Zósimo, el Curón, y le dijo: «¿No es la cruz la señal del cristiano, señor cura?». «Así es, —respondió el Curón. Y agregó el Rabino Chico—: ¿Y no dijo Cristo: Amaos los unos a los otros?». «Así es, —respondió el Curón. El Rabino Chico cabeceó levemente. Dijo—: Entonces, ¿por qué ese hombre de la cruz ha matado a mi padre?». La desbordada humanidad de don Zósimo, el Curón, parecía reducirse ante el problema. Se ajustó automáticamente el bonete antes de hablar: «Escucha —dijo al fin—, mi primo Paco Merino era párroco de Roldana, en el otro lado, hasta anteayer. ¿Y sabes cómo ha dejado de serlo?». «No, —dijo el Rabino Chico—. Pues atiende —añadió el Curón—: le amarraron a un poste, le cortaron la parte con una gillete y se la echaron a los gatos delante de él. ¿Qué te parece?». El Rabino Chico cabeceaba, pero dijo: «Los otros no son cristianos, señor Cura. —Don Zósimo entrelazó los dedos y dijo pacientemente—: Mira, Chico, cuando a dos hermanos, sean cristianos o no, se les pone una venda en los ojos, pelean entre sí con más encarnizamiento que dos extraños». Y el Rabino Chico dijo por todo comentario: «¡Ah!».

Desde entonces empezó a rehuir a las gentes y a salir a los cuetos con el ganado hasta que don Antero, el Poderoso, lo contrató de vaquero. Por contra, el Rabino gustaba de charlar con las vacas y, según decían, poseía el don de interpretar sus mugidos. Fuera como fuese, él había demostrado ante los más escépticos lugareños que la vaca a quien se le habla tiernamente mientras se la ordeña daba media herrada más de leche que la que era ordeñada en silencio. En otra ocasión descubrió que la vaca que reposaba sobre una colchoneta

rendía también más que si reposaba sobre la paja desnuda, y ahora andaba en pintar de verde los muros del establo porque presumía que de este modo aumentaría también el rendimiento.

El Nini divisó al Rabino Chico vuelto de espaldas y voceó:

—Buenos días, Rabino Chico.

El Rabino Chico se movía pesadamente, como un hombre grueso y maduro, y nunca miraba de frente. Una vez el Nini le preguntó por qué hablaba con las vacas y no con los hombres y el Rabino Chico respondió: «Los hombres sólo dicen mentiras». Ahora, el Rabino Chico se volvió al niño y le dijo:

—Nini, ¿es cierto que el Justito os quiere largar de la cueva?

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

El niño se encogió de hombros. Dijo:

—¿Terminaste de pintar el establo?

—Ayer tarde.

—¿Y qué?

—Da tiempo al tiempo.

El Nini dobló el recodo de la iglesia. Los relejes eran allí más profundos y el agua estancada, pese al frío, expandía una fetidez nauseabunda. En las tapias de la señora Clo, frente a la iglesia, un cartelón de letras de brea decía en caracteres muy gruesos: «Vivan los quintos del 56». La señora Clo barría briosamente los dos peldaños de cemento que daban acceso al Estanco. De pronto levantó la cabeza y vio al niño restregando la moneda contra las piedras del templo.

—¿Dónde vas tan de mañana, Nini?

El niño dio media vuelta y se quedó con las piernas abiertas mirando para la mujer. El cieno había dejado sobre una de sus pantorrillas una sucia huella como un calcetín oscuro. La señora Clo se apoyó en el palo de la escoba, sonrió con toda su ancha cara y dijo:

—El tiempo está de cambio, Nini. ¿Cuándo matamos el chon?

El niño la miró reflexivamente. Dijo:

—Aún es temprano.

—Mira que tu abuela no lo pensaba tanto.

El Nini movió decididamente la cabeza:

—Deje, señora Clo, antes de San Dámaso no es bueno hacerlo. Ya avisaré.

Reanudó su camino y como viera a la perra merodeando la casa de José Luis, el Alguacil, le silbó tenuemente. La Fa acudió a su llamada y se situó dócilmente tras él, mas en la esquina se lanzó sobre el bando de gorriones que picoteaban entre el estiércol. Los pájaros levantaron el vuelo y desde los bajos aleros piaban ahora desaforadamente y la perra los miraba levantando la cabeza y moviendo nerviosamente el rabo cercenado.

La Sierra del Antoliano ya se sentía y el Nini se asomó a la puerta, abierta incluso en los días más crudos del invierno, y desde allí lo vio, oblicuo sobre el banco, su mano poderosa afirmada en el mango de la sierra. El taller era un tabuco mezquino, lleno de virutas y aserrín, y con cuatro listones crudos colocados verticales en un rincón. En la pared, junto a la ventana, un reclamo de perdiz daba vueltas incesantemente sobre sí mismo picoteando los barrotes de la jaula. Hubo un tiempo en que el Antoliano se ganaba la vida fabricando celemines y medias fanegas, pero desde que el Servicio empezó a medir el cereal por kilos, el Antoliano andaba de parado, arrimando el hombro a lo que saliera. Visto de perfil, el rostro del Antoliano mostraba una exuberante irregularidad en la nariz, como si el apéndice hubiera tratado de formarse sobre la ternilla y luego, a medio hacer, hubiera desistido de jugarle esa mala pasada. En todo caso, la nariz del Antoliano parecía la de un boxeador y para él, que se ufanaba de fuerte y arriscado, era aquello una humillación. A menudo, sin que nadie se lo pidiera, se justificaba: «¿Sabes quién tuvo la culpa de que mi nariz sea como un buñuelo? Estas condenadas manos». Las manos del Antoliano, nevadas ahora de aserrín, eran enormes, como dos palas y, según él, paseando una noche cerrada con ellas en los bolsillos tropezó y se dio de bruces con el brocal del pozo del Justito antes de tener tiempo de sacarlas.

—Hola —le dijo el niño desde la puerta.

La perra penetró en el tabuco y se agachó en el rincón, junto a los listones recién cepillados.

—¡Chita! —dijo el niño.

El Antoliano soltó una breve risa sin levantar los ojos del tablón que aserraba.

—Déjala —dijo—. Eso no hace daño.

El Nini se recostó en el umbral. Un dulce sol de otoño caía sobre la calleja y alcanzaba media puerta de la Sierra. Dijo el niño, entrecerrando perezosamente los ojos al sol:

—¿Qué haces?

—Mira. Un ataúd.

El Nini volvió la cara sorprendido:

—¿Hay un difunto? —dijo.

El Antoliano denegó, sin cesar en su trabajo.

—No es de aquí —dijo—. De Torrecillórigo es. El Ildefonso.

—¿El Ildefonso?

—Ya estaba viejo. Cincuenta y siete años.

El Antoliano dejó la sierra sobre el banco y se limpió el sudor de la frente con el antebrazo. El cabello enmarañado blanqueaba de aserrín y todo él emanaba un suave y reconfortante aroma a madera virgen. Dijo:

—En la capital llevan cada día más caro por esto. Y tú ves lo que son: cuatro tablas.

Su mirada se ensombreció al añadir:

—Claro que nadie necesita más.

Se sentó a la puerta, en el poyo de piedra, junto al niño, y lió pausadamente un cigarrillo:

—Adolfo me trajo ayer la simiente. La bodega ya está lista —dijo, pasando cuidadosamente la punta de la lengua por el filete engomado.

—Ahora has de preparar una cama caliente —dijo el niño.

—¿Caliente?

—Primero una capa de estiércol; luego otra de tierra bien cernida.

El Antoliano prendió el cigarrillo con un chisquero de mecha y agregó con los labios apretados:

—¿Estiércol de vaca o de caballo?

—De caballo si la cama ha de ser caliente; después tendrás que regar.

—Bueno.

El Antoliano dio una larga chupada al cigarrillo, pensativo. Dijo, expeliendo el humo deleitosamente:

—Digo que si el champiñón ese se diera bien en la bodega, he de poner más en las cuevas de arriba.

—¿En la de los abuelos?

—Y en la del Mudo y en la de la Gitana. En las tres.

El chiquillo desaprobó con la mirada:

—No debes hacerlo —dijo—. Esas cuevas se caen cualquier día.

El Antoliano hizo una mueca despectiva:

—Hay que arriesgarse —dijo.

El gallo blanco se encaramó inopinadamente sobre las bardas del corral, rayano a la Sierra, ahuecó sus plumas al sol, estiró el pescuezo y emitió un ronco quiquiriquí. La Fa comenzó a brincar en el barro de la calle ladrándole

furiosamente y entonces el gallo inclinó la cabeza y empezó a bufarla como un ganso. Dijo el Nini:

—Ese gallo se tira. Un día te da un disgusto.

El Antoliano se incorporó, arrojó la colilla al barro y la hundió de un pisotón. Dijo:

—Mira, alguien tiene que guardar la casa.

Ya iba a entrar en el taller cuando pareció recordar algo y volvió a salir.

—¿Dices que la capa de tierra sobre la capa de porquería?

—Sí. Y bien cernida —respondió el niño.

El Antoliano ladeó un poco la cabeza y antes de entrar en el taller hizo un amistoso ademán con su mano gigantesca. El Nini silbó a la perra y se perdió calle abajo, camino del río.

III

La señora Clo, la del Estanco, atribuía al Nini la ciencia infusa, pero doña Resu, o como en el pueblo le decían, el Undécimo Mandamiento, afirmaba que la sabiduría del Nini no podía provenir más que del diablo, puesto que si el hijo de primos es tonto, mayor razón habría para que lo fuera el hijo de hermanos. La señora Clo aducía que el hijo de primos es lelo o espabilado, según, y a esto terciaba el Antoliano afirmando: «Pero, doña Resu, ¿qué es un tonto más que un listo que se pasa?. —Y decía doña Resu escandalizada—: Ya estás tú con tus teorías». Y decía el Antoliano: «¿Es que acaso está mal dicho?. —Y decía doña Resu—: No sé si está mal o bien, pero así te crece a ti el pelo».

Fuera como fuese, el saber lo que sabía se lo debía el Nini únicamente a su espíritu observador. Sin ir más lejos, si los niños y los mozos se arrimaban al tío Rufo, el Centenario, sólo por el capricho de verle temblar la mano y luego reír, el Nini lo hacía empujado por la curiosidad. El tío Rufo, el Centenario, sabía mucho de todas las cosas. Hablaba siempre por refranes y conocía al dedillo el santo de cada día. Y si bien no recordaba con exactitud los años que contaba, podía, en cambio, hablar lúcidamente de la peste de 1858, de la visita de S. M. la Reina Isabel y aun del arte de Cúchares y El Tato, aunque jamás hubiera presenciado una corrida de toros.

El Nini, sentado junto a él en el poyo de la puerta, no reparaba en sus movimientos nerviosos. A veces ni siquiera decía sí o no, pero al Centenario le estimulaban sus ojos expectantes, su inquisitiva atención y, en su caso, el aplomo maduro de sus preguntas y respuestas.

Generalmente, el viejo se arrancaba por el santoral, el tiempo o el campo, o los tres en uno: «En llegando San Andrés, invierno es», decía.

O si no: «Por San Clemente, alza la tierra y tapa la simiente».

O si no: «Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana».

Una vez roto el silencio, el Centenario tenía cuerda para rato. De este modo aprendió el Nini a relacionar el tiempo con el calendario, el campo con el santoral y a predecir los días de sol, la llegada de las golondrinas y las heladas tardías. Así aprendió el niño a acechar a los erizos y a los lagartos, y a distinguir un rabilargo de un azulejo y una zurita de una torcaz.

Y otro tanto le aconteció al niño, en tiempos, con sus abuelos. El Nini, el chiquillo, en contra de lo que suele ser usual, tuvo tres abuelos por partida

doble: dos abuelos y una abuela. Los tres vivieron juntos en la cueva vecina y, a veces, de muy niño, el Nini inquiría del tío Ratero cuál de ellos era el abuelo de verdad. «Todos lo son», decía el tío Ratero entreabriendo tímidamente su sonrisa entre estúpida y socarrona. El tío Ratero rara vez pronunciaba más de cuatro palabras seguidas. Y si lo hacía era mediante un esfuerzo que le dejaba extenuado, más que por el desgaste físico, por la concentración mental que aquello le exigía.

El Nini acompañaba al abuelo Abundio, el Podador, a Torrecillórigo, donde don Virgilio, el Amo, reunía cincuenta hectáreas de viñedo y una hermosa casa con emparrado y un almacén inhóspito, con el tejado de uralita agujereado, que era donde pernoctaban ellos, los perros de los pastores y los extremeños que, por entonces, andaban levantando el monte. La primera noche, el abuelo Abundio no se acostaba; solía pasarla reparando el tejado con chapas y lajas, para evitar el frío y la humedad.

Al Nini le placía Torrecillórigo por cambiar de ambiente, aunque le asustaran los extremeños con las historias que referían junto a la lumbre, mientras guisaban la frugal cena y los perros de los pastores dormitaban, enroscados, a sus pies. También le asustaban jurando por las mañanas, cuando el abuelo, antes de amanecer, hacía chirriar la bomba del pozo y chapoteaba para lavarse. Los extremeños le amenazaban con partirle el alma, pero llegado el caso nunca se decidían, tal vez porque fuera hacía frío.

Ya en el campo, el Nini veía negrear los sarmientos entre los terrones y cada vez le producían la impresión de algo vivo y doliente. El abuelo Abundio cortaba, empero, sin compasión y, según saltaban las ramas inútiles, por encima de su hombro le aleccionaba:

—Podar no es cortar sarmientos, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Cada cepa tiene su poda, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Un majuelo de verdejo de treinta años llevará dos varas de empalmes, dos nuevas, dos o tres calzadas y dos o tres pulgares, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Con el jerez o el tinto no lo harías así. Con el jerez o el tinto dejarías dos varas pulgares, dos yemas y un sacavinos, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

Al concluir cada cepa el viejo enterraba cuidadosamente las ramas cortadas al pie del sarmiento para que le sirviera de abono. El niño se complacía en la obra de su abuelo e imaginaba que su obsesión por la higiene

le venía del oficio: de tanto aligerar las parras de todo lo sucio, inútil o superfluo.

A pesar de ser hermanos, el abuelo Román era la antítesis del abuelo Abundio. Jamás se arrimaba al agua sino en enero, y esto porque, según decía el tío Rufo, el Centenario, «la liebre, en enero, cerca del agua». Se dejaba crecer las barbas y cada año, allá para mayo, se las rapaba, generalmente el 21, la víspera de Santa Rita. La última vez que se las cortó, a instancias de su hermano, fue en invierno y el hombre no pudo ni contarlo. El abuelo Román le decía al abuelo Abundio cada vez que lo sorprendía lavándose en la herrada: «Aparta, Abundio, hueles a ranas». Si pensaba, o hacía que pensaba, el abuelo Román introducía un dedo bajo la churretosa boinilla y se rascaba áspera, insistentemente, el cráneo. Así, una vez, cuando el Nini cumplió cuatro años, el abuelo Román le dijo:

—Mañana te vienes conmigo al campo.

Y salieron, bajo un sol de membrillo, y ya en los barbechos el abuelo Román se trocó en una especie de animal acechante. Andaba doblado en ángulo recto, aspirando sonoramente el viento por las narices, con una cachaba en cada mano, y hasta sus barbas parecían dotadas de una sensibilidad táctil. De cuando en cuando se detenía y observaba furtivamente en derredor, sin mover apenas la cabeza. Sus ojos, en esos casos, parecían cobrar vida independiente. En ocasiones, el abuelo Román ladeaba la cabeza para escuchar o se echaba al suelo y examinaba atentamente las piedras, los terrones y las pajas de los rastrojos. En una de sus inspecciones recogió una oscura bolita de sobre una lasca y sonrió golosamente como si fuera una perla y el niño se sobresaltó:

—¿Qué es, abuelo?

—¿No lo ves? La freza, Nini. No andará lejos, está todavía reciente.

—¿Qué es la freza, abuelo?

—¡Ji, ji, ji, la cagada! Pero ¿así andas?

De súbito, el abuelo Román se inmovilizó, con un dedo bajo la boina, los ojos fijos como dos botones, y dijo sin mover los labios:

—Ve, ahí está.

Lentamente se fue incorporando, clavó en el suelo una de las cachabas y colocó la gorra sobre el mango. Después, como sin querer la cosa, fue describiendo un pequeño semicírculo mientras, a media voz, daba instrucciones al niño:

—No te muevas, hijo, se marcharía. ¿Ves esa lasca blanca a dos metros de la cacha? Ve, ahí está aculada la zorra de ella. No te muevas, ¿oyes? ¿No ves

qué ojos tiene la indina? Quieto, hijo, quieto.

El Nini no acertaba a ver la liebre, mas conforme el abuelo se aproximaba enarbolando la otra cachaba, la divisó. Los ojos amarillos del animal, clavados en la boina del abuelo, fosforecían entre los terrones. Poco a poco iban definiéndose para el niño los difusos contornos del animal: el hocico, las azuladas orejas pegadas al lomo, el trasero respaldado en la insignificante prominencia. La liebre, como las casas del pueblo, en prodigioso mimetismo, formaba un solo cuerpo con la tierra.

El abuelo se aproximaba a ella de costadillo, sin mirarla apenas, y cuando se halló a tres metros le lanzó violentamente la cayada describiendo molinetes en el aire. La liebre recibió el golpe sobre el lomo, sin moverse, y súbitamente se abrió como una flor y durante unos segundos se estremeció convulsivamente en el surco. El abuelo Román saltó sobre ella y la agarró por las orejas. Sus pupilas relampagueaban.

—Es como un perro de grande, Nini. ¿Qué te parece?

—Bien —dijo el niño.

—Fue todo limpio, ¿no?

—Sí.

Mas al chiquillo no le agradó la faena del abuelo. Por principio le repugnaba la muerte en todas sus formas. Con el tiempo apenas se modificó su actitud; es decir, sólo concebía muertas a las ratas que eran su sustento y a los cuervos y las urracas porque su fúnebre plumaje le recordaba el entierro del abuelo Román y la abuela Iluminada, los dos ataúdes juntos sobre el carro de la Simeona. Por la misma razón odiaba el niño a Matías Celemín, el Furtivo. El abuelo, al menos, se enfrentaba con las liebres a cuerpo limpio, en tanto el Furtivo las achicharraba en la cama, volándoles el cráneo de una perdigonada, sin darles opción.

A pesar de todo, el Furtivo no perdía la esperanza.

—Nini, bergante, dime dónde anda el tejo. Un duro te doy si aciertas.

Los ojos del Furtivo eran grises y pugnaces como los de un águila. Su piel, quemada por el sol y los vientos de la meseta, se fruncía en mil pliegues cuando reía, que era cada vez que se dirigía al niño, y su boca mostraba, en esos casos, unos atemorizadores dientes carniceros.

Junto al abuelo Román, el Nini aprendió a conocer las liebres; aprendió que la liebre levanta larga o se amona entre los terrones; que en los días de lluvia rehúye las cepas y los pimpollos; que si sopla norte, se acuesta al sur del monte o del majuelo y, si sur, al norte; que en las soleadas mañanas de noviembre busca la amorosa abrigada de las laderas. Aprendió a distinguir la

liebre de los bajos, parda como la tierra de la cuenca, de la del monte, roja como la tierra del monte. Aprendió que la liebre ve lo mismo de día que de noche e, incluso, cuando duerme; aprendió a distinguir el sabor de la liebre cazada a escopeta, del de la cazada a golpes y del de la cazada a galgo, un si es no es incisivo y ácido a causa de la carrera. Aprendió, en fin, a descubrirlas en la cama con la misma rotundidad que si se tratara de un cuervo, y a definir, en el espeso silencio de la noche, su llamada áspera y gutural.

Pero también aprendió el niño, junto al abuelo Román, a intuir la vida en torno. En el pueblo, las gentes maldecían de la soledad, y ante los nublados, la sequía o la helada negra, blasfemaban y decían: «No se puede vivir en este desierto». El Nini, el chiquillo, sabía ahora que el pueblo no era un desierto y que en cada obrada de sembrado o de baldío alentaban un centenar de seres vivos. Le bastaba agacharse y observar para descubrirlos. Unas huellas, unos cortes, unos excrementos, una pluma en el suelo le sugerían, sin más, la presencia de los sisones, las comadrejas, el erizo o el alcaraván.

Pero una vez —para Santa Escolástica haría dos años— el abuelo Román se rapó las barbas y enfermó. A la abuela Iluminada, que le velaba cada noche en la cueva, la encontraron tiesa un amanecer, sentada en el tajuelo, sin descomponer el gesto ni la figura, tal como dormida. La abuela Iluminada hacía cada año la matanza para los pudientes de los alrededores y ella se vanagloriaba de que ningún cerdo gruñía más de tres veces después de asestarle el golpe de gracia, y de que nunca, en su larga vida, hizo mierda al sajar la membrana del animal.

Al llegar a la cueva el carro de la Simeona con el ataúd, el abuelo Román había muerto también y hubo necesidad de bajar por otro. El borrico de la Simeona arrastraba alegremente los dos féretros cárcava abajo, pero al llegar al puentecillo la rueda izquierda se hundió en una de las juntas y cayó al río. El ataúd de la abuela Iluminada se abrió entonces y ella apareció mirándoles tranquilamente, la boca abierta, como sorprendida, y las manos en el regazo. Pero allí, dentro del cajón, flotando en las sucias aguas, parecía una mujer en conserva. La señora Clo, la del Estanco, al comentar la serena pasividad del cadáver, decía que a la Iluminada, hecha a vivir bajo tierra, la muerte no la espantaba.

Cuando el Nini y el tío Ratero regresaron del camposanto, el abuelo Abundio se había largado ya, nadie sabía dónde, con sus navajas y sus tijeras de podador.

IV

El tío Ratero se reclinó, aplastó una oreja contra el suelo y auscultó insistentemente las entrañas de la tierra. Al cabo se incorporó, apuntó con el pincho de hierro la hura junto al cauce y dijo:

—Aquí la hay.

La perra agitó el muñón y olfateó con avidez la boca de la hura. Finalmente se alebró, la pequeña cabeza ladeada, y quedó inmóvil, al acecho.

—Ojo, chita —dijo el Ratero, y de un solo golpe hundió el pincho de hierro a un metro de la ribera.

La rata cruzó rauda junto al hocico del animal, escabulléndose, con un rumor de hojarasca, entre los carrizos resecos de la orilla.

El Nini voceó:

—¡Hala con ella!

La Fa se arrancó como una centella tras la rata. El hombre y el niño corrían por el ribazo, estimulando con sus gritos al animal. Se originó una persecución accidentada entre los despojos de los carrizos y la corregüela. La perra, en su frenesí, quebraba los frágiles tallos de las espadañas y las mazorcas se desplomaban sobre el riachuelo y la corriente las agitaba mansamente en un movimiento de vaivén. La perra, de pronto, se detuvo. El tío Ratero y el Nini conocían su situación exacta por las esbeltas espadañas erectas, allí donde concluía la oquedad abierta entre la maleza.

—Tráela, Fa —dijo el Nini.

Las espadañas se agitaron un momento, se oyó un sordo rumor de lucha y, al cabo, un breve gruñido, y el tío Ratero dijo:

—Ya la tiene.

La perra regresó junto a ellos, con la rata atravesada en la boca, moviendo el rabo cercenado jubilosamente. El tío Ratero le quitó a la perra la rata de la boca.

—Es un buen macho —dijo.

Los dientes de la rata asomaban bajo el hocico en una demostración de agresividad inútil.

Desde San Zacarías, el hombre y el niño bajaban al cauce cada mañana. Esto fue así desde que el Nini tuvo uso de razón. Había que aprovechar la otoñada y el invierno. En estas estaciones, el arroyo perdía la fronda, y las mimbreras y las berreras, la menta y la corregüela formaban unos resecos

despojos entre los cuales la perra rastreaba bien. Tan sólo los carrizos, con airosos plumeros, y las espadañas con sus prietas mazorcas fijaban en el río una muestra de permanencia y continuidad. Las ralas junqueras de las orillas amarilleaban en los extremos, como algo decadente, abocado también a sucumbir. Sin embargo, año tras año, al llegar la primavera, el cauce reverdecía, las junqueras se estiraban de nuevo, los carrizos se revestían de hojas lanceoladas y las mazorcas de las espadañas reventaban inundando los campos con las blancas pelusas de los vilanos. La pegajosa fragancia de la hierbabuena loca y la florecilla apretada de las berreras, taponando las sendas, imposibilitaban a la perra todo intento de persecución. Había llegado el momento de la veda y el tío Ratero, respetando el celo de las ratas, se recogía en su cueva hasta el próximo otoño.

El tío Ratero no pretendía exterminar a las ratas. En ocasiones, si la perra hacía una muestra y él observaba a la entrada de la hura cuatro yerbajos resecos, la disuadía:

—Está anidando, vamos.

La perra se retiraba sin oponer resistencia. Entre ella, el Nini y el tío Ratero existía una tácita comprensión. Los tres sabían que destruyendo las camadas no conseguirían otra cosa que quedarse sin pan. Las ratas se reproducían cada seis semanas y de cada parto echaban cinco o seis crías. En definitiva, una camada suponía, por lo bajo, cuarenta reales, que no eran cosa de desdeñar. Análoga actitud pasiva adoptaba la Fa si la cueva se abría bajo el nivel del agua, a sabiendas de que su participación era inútil. En esos casos, el tío Ratero había de valerse por sí mismo. Colocaba la mano derecha en el cieno del fondo adaptando la concavidad de la palma a las dimensiones de la hura; luego pinchaba con la izquierda y el brusco chapoteo de la rata al huir le advertía su presencia. A poco sentía en la piel un cosquilleo viscoso y entonces cerraba de golpe su mano poderosa e izaba triunfante a la superficie la presa asida por el morro. Le bastaba un violento tirón del rabo para quebrarle el espinazo.

Por San Sabas le mordió una rata al tío Ratero. Para entonces hacía casi cuatro semanas que en el pueblo había concluido la sementera. El señor Rufo, el Centenario, solía decir: «Después de Todos los Santos, siembra trigo y coge cantos», y los campesinos ponían un cuidado supersticioso en no rebasar esa fecha. Y este año, como si obedecieran una consigna, flameaba en cada parcela, clavado en una estaca, boca abajo, el cadáver de un cuervo. Los grajos merodearon dos días desconcertados por las inmediaciones y

finalmente levantaron el vuelo en dirección norte. Virgilín Morante, el de la señora Clo, se reía en la taberna:

—Los de Torrecillórigo nos lo van a agradecer —decía.

Pero se fueron los cuervos y, a cambio, la lluvia empezó a demorar. Y decía el Rosalino, el Encargado de don Antero, el Poderoso:

—Si no llueve para Santa Leocadia habrá que resembrar.

Y el Pruden, a quien las adversidades afinaban la suspicacia, le contestó que el mal era para los pobres, puesto que utilizando la máquina, como hacían ellos, bien poco costaba hacerlo. El señor Rosalino, que alcanzaba con la cabeza y sin empinarse las primeras ramas de los chopos de la ribera, soltó una carcajada:

—A voleo no siembran ya más que los mendigos y los tontos —dijo.

Por la tarde, el Pruden se había presentado en la cueva desolado:

—Nini, no llueve, ¿qué demonios haríamos para llover?

—Esperar —dijo el niño gravemente. Y el Pruden bajó los ojos porque la serena mirada del Nini lo confundía.

Por San Sabas, cuando la rata le mordió un dedo al tío Ratero, flotaba en el cielo quedo de otoño un sol rojo y turgente como un globo. De la parte del pueblo una tibia calina se fundía con el humo rastrero de la paja quemada en los hogares. El alcotán palomero se cernía sobre el campanario agitando frenéticamente las alas, pero sin avanzar ni retroceder.

El niño oteó el cielo en la línea de los cerros y dijo:

—Lo mismo llueve mañana.

—Lo mismo —dijo el Ratero, y se sentó pesadamente en el ribazo.

El tío Ratero abrió la alforja y sacó medio pan con tocino dentro. Lo partió y ofreció la mitad al niño. Luego fue dividiendo el tocino y llevándose los pedazos a la boca pinchados en la punta de la navaja.

—¿Duele eso? —dijo el niño.

El Ratero se miró el dedo encallecido con los tres puntazos sanguinolentos:

—No duele ya —dijo.

Detrás de la telera que abonaba las tierras de Justito, el Alcalde, sonó el cascabeleo del rebaño del Rabino Grande, el Pastor. El Moro, el perro, se había anticipado y les miraba comer moviendo resignadamente la cola. Al cabo de un rato se aproximó a la perra y la Fa le gruñó mostrándole los colmillos.

El Rabino Grande traía el poncho de piel de oveja sobre un hombro y dijo después de mirar al sol:

—¿Es que no queda ya en el cielo una gota de agua?

Lió un cigarrillo sin aguardar respuesta, lo prendió, dio dos profundas chupadas y se quedó mirando para el chisquero de yesca con resentimiento:

—¿Pues no salen ahora con que hay que pagar por esto? —dijo.

El tío Ratero ni le miró. Agregó el Rabino Grande:

—Antes lo tiro al río, ya ves tú.

Fumaba de pie, apoyado en la cayada, inmóvil, la vista en el infinito, como una estatua. Las esquilas de las ovejas sonaban en derredor. Dijo el Ratero súbitamente:

—¿Viste a ése?

Señalaba con el dedo pulgar en dirección a Torrecillórigo.

—Aún no salió este año —dijo el Pastor sin alterar la postura.

—Malvino le vio —dijo el Ratero.

—No es cierto eso.

—Malvino le vio —insistió el Ratero.

En la taberna, Malvino le había advertido la víspera: «Ojo con ése, Ratero; viene a quitarte el pan. Antes de que él naciera ya andabas tú en el oficio».

El Rabino Grande, el Pastor, lanzó la colilla al río. Dijo, después de mucho pensarlo:

—Ponme un par de ratas, tú, anda. A siete reales, ¿verdad?

—A ocho —dijo el Nini.

—Bien, pero dame aquel macho.

El tío Ratero se incorporó, se estiró perezosamente y oteó a lo largo del cauce, protegiéndose del sol con la mano.

Dijo el Pastor enojado:

—Te digo que no salió, Ratero. ¿No basta con mi palabra?

—Malvino le vio —insistió entre dientes el Ratero.

El Rabino Grande palpó golosamente los lomos de las ratas antes de guardarlas. Dijo al marchar:

—Que pinte bien.

Al caer el sol, el hombre y el niño regresaron al pueblo. La calina se adensaba sobre las casas, y los sembrados y los barbechos endurecidos crujían bajo los pies. La perra, aspeada, caminaba tras ellos cansinamente. Las palomas del Justito ya se habían recogido, y apenas cuatro rapaces animaban con sus juegos las yertas calles del pueblo.

En la taberna, por contra, había cierta animación. Una desnuda bombilla derramaba su luz amarillenta sobre las mesas. Frutos, el Jurado, jugaba en la

del fondo su interminable partida de dominó con Virgilín Morante, el marido de la señora Clo, que canturreaba maquinalmente y subrayaba los finales de estrofa golpeando el tablero con las fichas.

Dijo el Pruden apenas les vio:

—Malvino, pon un vaso para el Ratero.

Era un hecho anómalo, pues el Pruden tenía fama de mezquino. Pero el Pruden esta noche parecía soliviantado. Tomó al Nini nerviosamente por el pescuezo y le explicó confusamente algo sobre un plan de regadío de que hablaba el diario y que alcanzaría hasta el pueblo. Dijo impulsivamente al niño, según se sentaba en el banco del fondo:

—Date cuenta, Nini, si llueve como si no. Cuando el Pruden quiera agua no tiene más que levantar la compuerta y ya está. ¿Te das cuenta? Dejaremos de vivir aperreados mirando al cielo todo el día de Dios.

Se hizo una larga pausa. Tan sólo se sentían los golpes de la fichas de dominó y, enlazándolos, el reiterado estribillo de Virgilín Morante. Al cabo, dijo el Centenario con su voz chillona desde la esquina opuesta:

—Si los planes hicieran cundir los trigos, a estas horas no quedaría sitio en las paneras.

Se abrió otra pausa. El Pruden miraba fijamente al Nini, pero el Nini no despegó los labios. Dijo con sorna un hombre con los hombros encogidos, en la mesa inmediata:

—Pon dos vasos. Antes de que llegue el agua vamos a terminar con el vino.

Fuera era ya oscuro y una luna glauca y enfermiza asomó tras el Cerro Colorado y fue elevándose lánguidamente sobre un cielo alto, extrañamente mineralizado.

V

Por San Dámaso, la señora Clo, la del Estanco, mandó razón al Nini y lo condujo hasta la pocilga:

—Tienta, hijo; ya está metido en arrobas, creo yo.

El niño midió el marrano:

—Tiene una cuarta de lomo —dijo.

Pero llovía y nada se podía hacer. Para San Nicasio escampó, mas el Nini oteó el cielo y dijo:

—Deje, señora Clo, todavía hay blandura. Hemos de aguardar a que el cielo arrase.

Desde que tuvo uso de razón, el Nini siempre oyó decir que la señora Clo, la del Estanco, era la tercera rica del pueblo. Delante estaban don Antero, el Poderoso, y doña Resu, el Undécimo Mandamiento. Don Antero, el Poderoso, poseía las tres cuartas partes del término; doña Resu y la señora Clo sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de la cuarta parte restante, y la última cuarta parte se la distribuían, mitad por mitad, el Pruden y el puñado de vecinos del lugar. Esto no impedía a don Antero, el Poderoso, manifestar frívolamente en su tertulia de la ciudad que «por lo que hacía a su pueblo, la tierra andaba muy repartida». Y tal vez porque lo creía así, don Antero, el Poderoso, no se andaba con remilgos a la hora de defender lo suyo y el año anterior le puso pleito al Justito, el Alcalde, por no trancar el palomar en la época de sementera. Bien mirado, no pasaba año sin que don Antero, el Poderoso, armara en el pueblo dos o tres trifulcas, y no por mala fe, al decir del señor Rosalino, el Encargado, sino porque los inviernos en la ciudad eran largos y aburridos y en algo había de entretenerse el amo. De todos modos, por Nuestra Señora de las Viñas, la fiesta del pueblo, don Antero alquilaba una vaca de desecho para que los mozos la corriesen y apalearan a su capricho, y de este modo se desfogasen de los odios y rencores acumulados en sus pechos en los doce meses precedentes.

Tres años atrás, con motivo de esta circunstancia, el Nini estuvo a punto de complicar las cosas. Y a buen seguro algo gordo hubiera ocurrido sin la intervención de don Antero, el Poderoso, que aspiraba a hacer del niño un peón ejemplar. El caso es que el Nini, compadecido de los desgarrados mugidos de la vaca en la alta noche, se llegó a las traseras de don Antero, el Poderoso, y le dio suelta. En definitiva de bien poco sirvió su gesto, ya que

cuando el animal tornó al redil, tras una accidentada captura en el descampado, llevaba un cuerno tronzado, el testuz sangrante y el lomo literalmente cubierto de mataduras. Pero aún pudo embrollarse más el asunto cuando Matías Celemín, el Furtivo, apuntó aviesamente: «Esto es cosa del bergante del Nini». Menos mal que don Antero conocía ya sus habilidades y su ciencia infusa y le dijo al señor Rosalino, el Encargado: «¿No es el Nini el hijo del Ratero, el de la cueva, ese que sabe de todo y a todo hace?». «Ése, amo, —dijo el señor Rosalino—. Pues déjale trastear y el día que cumpla los catorce lo arrimas por casa».

Durante el invierno, helaba de firme y don Antero, el Poderoso, asomaba poco por el pueblo. Tampoco la señora Clo ni el Undécimo Mandamiento asomaban por sus tierras en invierno ni en verano, ya que las tenían dadas en arriendo. Pero mientras doña Resu cobraba sus rentas puntualmente en billetes de banco, lloviera o no lloviera, helara o apedreara, la señora Clo, la del Estanco, cobraba en trigo, en avena o en cebada si las cosas rodaban bien, y en buenas palabras si las cosas rodaban mal o no rodaban. Y en tanto el Undécimo Mandamiento no se apeaba del «Doña», la estanquera era «la señora Clo» a secas; y mientras el Undécimo Mandamiento era enjuta, regañona y acre, la señora Clo, la del Estanco, era gruesa, campechana y efusiva; y mientras doña Resu, el Undécimo Mandamiento, evitaba los contactos populares y su única actividad conocida era la corresponsalía de todas las obras pías y la maledicencia, la señora Clo, la del Estanco, era buena conversadora, atendía personalmente la tienda y el almacén, y se desvivía antaño por la pareja de camachuelos, y hogaño por su marido, el Virgilio, un muchacho rubio, fino e instruido, que se trajo de la ciudad y del que el Malvino, el Tabernero, decía que había colgado el sombrero.

El Nini, el chiquillo, tuvo una intervención directa en el asunto de los camachuelos. Los pájaros se los envió a la señora Clo, todavía pollos, su cuñada, la de Mieres, casada con un empleado de Telégrafos. Ella los encerró en una hermosa jaula dorada, con los comederos pintados de azul, y los alimentaba con cañamones y mijo, y por la noche introducía en la jaula un ladrillo caliente forrado de algodones para que los animalitos no echasen en falta el calor materno. Ya adultos, la señora Clo sujetaba entre los barrotes de la jaula una hoja de lechuga y una piedrecita de toba, aquélla para aligerarles el vientre y ésta para que se afilasen el pico. La señora Clo, en su soledad, charlaba amistosamente con los pájaros y, si se terciaba, los reprendía amorosamente. Los camachuelos llegaron a considerarla una verdadera madre y cada vez que se aproximaba a la jaula el macho ahuecaba el plumón

asalmonado de la pechuga como si se dispusiera a abrazarla. Y ella decía melifluamente: «¿A ver quién es el primero que me da un besito?». Y los pájaros se alborotaban, peleándose por ser los primeros en rozar su corto pico con los gruesos labios de la dueña. Aún advertía la señora Clo si regañaban entre sí: «Mimos, no, ¿oís? Mimos, no».

Para San Félix de Cantalicio haría cuatro años, el Nini regaló a la señora Clo un nido vacío de pardillos, advirtiéndola que los camachuelos procreaban en cautividad, y la mujer experimentó un júbilo tan intenso como si le anunciara que iba a ser abuela. Y, en efecto, una mañana, al despertar, la señora Clo observó estupefacta que la hembra yacía sobre el nido y cuando ella se aproximó a la jaula no acudió a darle el beso acostumbrado.

El animalito no cambió de postura mientras duró la incubación y al cabo de unos días aparecieron en el nido cinco pollitos sonrosados y la señora Clo, enternecida, se precipitó a la calle y comenzó a pregonar la novedad a los cuatro vientos. Mas fue la suya una ilusión efímera, pues a las pocas horas morían dos de las crías y las otras tres comenzaron a abrir y cerrar el pico con tales apremios que se diría que les faltaba aire que respirar. La señora Clo envió razón al Nini y, aunque el niño, en las horas que siguieron, vigiló atentamente a los pájaros y se esforzó por hacerles ingerir bayas silvestres y semillas de todas clases, de madrugada murieron los otros tres pequeños camachuelos y la señora Clo, inconsolable, marchó a la ciudad, donde su hermana, para tratar de olvidar. Doce días más tarde regresó, y el Nini, que estaba junto a la Sabina, que había quedado al encargo de la tienda, observó que los ojos de la señora Clo resplandecían como los de una colegiala. Le dijo a la Sabina con torpe premura: «Para San Amancio estás de boda, Sabina; él se llama Virgilio Morante y es rubio y tiene los ojos azules como un dije».

Y cuando el Virgilio Morante llegó al pueblo, tan joven, tan crudo, tan poca cosa, los labriegos lo miraron con desdén y el Malvino empezó a decir en la taberna que el muchachito era un espabilado que había colgado el sombrero. Pero de que el Virgilio se tomó dos vasos y se arrancó por *Los Campanilleros* e hizo llorar al tío Rufo, el Centenario, de sentimiento, cundió entre todos la admiración y un lejano respeto, y así que le echaban la vista encima le decían:

—Anda, Virgilín, majo, tócate un poco.

Y él los complacía o, si acaso, argumentaba:

—Hoy no, disculpadme. Estoy afónico.

Y durante la matanza, las conversaciones en casa de la señora Clo dejaron de tener sentido. La gente acudía allí sólo por el gusto de oír cantar a Virgilín

Morante. Y hasta el Nini, el chiquillo, que desde el fallecimiento de la abuela Iluminada ejercía de matarife, se sentía un poco disminuido.

Por San Albino el cielo arrasó y el Nini bajó al pueblo y paseó el cerdo de la señora Clo durante una hora y le dictaminó una dieta de agua y salvado. Dos días más tarde cayó sobre el pueblo una dura helada. Por entonces los escribanos y los estorninos ya habían mudado la pluma, luego era el invierno y los terrones rebrillaban de escarcha y se tornaron duros como el granito y el río bajaba helado, y cada mañana el pueblo se desperezaba bajo una atmósfera de cristal, donde hasta el más leve ruido restallaba como un latigazo.

Al llegar el Ratero y el Nini con el alba donde la señora Clo, reinaba en la casa un barullo como de fiesta. De la ciudad habían bajado los sobrinos y también estaban allí la Sabina y el Pruden y su chico, el Mamertito, y la señora Librada, y Justito, el Alcalde, y el José Luis, el Alguacil, y el Rosalino, el Encargado, y el Malvino, y el Mamés, el Mudo, y el Antoliano y el señor Rufo, el Centenario, con su hija la Simeona, y al entrar ellos el Virgilio se había arrancado con mucho sentimiento y todos escuchaban boquiabiertos y al concluir le ovacionaron y el Virgilio, para disimular su azoramiento, distribuyó entre la concurrencia unos muerdos de pan tostado y unas copas de aguardiente. La lumbre chisporroteaba al fondo y sobre la mesa y los vasares la señora Clo había dispuesto, ordenadamente, la cebolla, el pan migado, el arroz y el azúcar para las morcillas. Al pie del fogón, donde se alineaban por tamaños los cuchillos, había un barreñón, tres herradas y una caldera de cobre brillante para derretir la manteca.

En el corral, los hombres se despojaron de las chaquetas de pana y se arremangaron las camisas a pesar de la escarcha y de que el aliento se congelaba en el aire. El Centenario, en el centro del grupo, arrastraba pesadamente los pies y se frotaba una mano con otra mientras salmodiaba: «En martes ni tu hijo cases ni tu cerdo mates. —La señora Clo se volvió irritada al oírle—: Déjate de monsergas. Y si no te gusta, te largas». Luego se fue derecha a su marido, que se había arremangado como los demás y mostraba unos bracitos blancos y sin vello, y le dijo: «Tú no, Virgilio. Podrías enfriarte».

El Antoliano abrió la cochiquera y tan pronto el marrano asomó la cabeza le prendió por una oreja con su mano de hierro y le obligó a tumbarse de costado, ayudado por el Malvino, el Pruden y el José Luis. Los chiquillos, al ver derribado el cochino —que bramaba como un condenado y a cada berrido se le formaba en torno al hocico una nube de vapor—, se envalentonaron y comenzaron a tirarle del rabo y a propinarle puntapiés en la barriga. Luego,

entre seis hombres, tendieron al animal en el banco y el Nini le auscultó, trazó una cruz con un pedazo de yeso en el corazón y cuando el tío Ratero acuchilló con la misma firmeza con que clavaba la pincha en el cauce, el niño volvió la espalda y fue contando, uno a uno, los gruñidos hasta tres. De pronto, el Pruden voceó:

—¡Ya palmó!

El Nini, entonces, dio media vuelta, se aproximó al cerdo y, con dedos expeditos, introdujo una hoja de berza en el ojal sanguinolento para reprimir la hemorragia y, finalmente, abrió la boca del animal y le puso una piedra dentro.

Los hombres hacían corro en derredor de él y las mujeres cuchicheaban más atrás. Se oyó apagadamente la voz de la Sabina:

—¡Qué condenado crío! Cada vez que lo veo así me recuerda a Jesús entre los doctores.

El Nini procuraba ahuyentar el recuerdo de la abuela Iluminada para no cometer errores. Diestramente forró el cadáver del animal con paja de centeno y le prendió fuego; tomó una brazada ardiendo y fue quemando meticulosamente las oquedades de los sobacos, las pezuñas y las orejas. Se alzó un desagradable olor a chamusquina y, al concluir, el Mamertito, el chico del Pruden, y los sobrinos de la señora Clo descalzaron al bicho y comieron las chitas.

Había llegado el momento de la prueba, no porque el sajar al cerdo fuera tarea difícil, sino porque en esta coyuntura la referencia a la abuela Iluminada era inevitable. Al Nini le tembló ligeramente la mano que empuñaba el cuchillo cuando el Malvino voceó a su espalda:

—¡Ojo, Nini, tu abuela en este trance nunca hizo mierda!

El niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir delicadamente la telilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración. El hedor de los intestinos era fuerte y nauseabundo y él los volcó en herradas distintas y, para terminar, introdujo en la abertura dos estacas haciendo cuña. Al cabo, el Antoliano y el Malvino le ayudaron a colgar el marrano boca abajo. Del hocico escurría un hilillo de sangre fluida que iba formando un pequeño charco rojizo sobre las lajas escarchadas del corral.

La señora Clo se aproximó al Nini, que se lavaba las manos en una herrada, y le dijo cálidamente:

—Trabajas más aprisa y más por lo fino que tu abuela, hijo.

El Nini se secó en los pantalones. Preguntó:

—¿Habrá que bajar al descuartizado, señora Clo?

Ella tomó una herrada de cada mano:

—Deja, para eso ya me apaño —dijo.

Se dirigió hacia la casa donde acababan de entrar los hombres y desde la puerta voceó, ladeando un poco la cabeza:

—Pasa a comer un cacho con los hombres, Nini.

En la cocina los invitados hablaban y reían sin fundamento, excepto el tío Ratero, que miraba a unos y otros estúpidamente, sin comprenderlos. Las narices y las orejas eran de un rojo bermellón, pero ello no impedía que los hombres se pasaran la bota y la bandeja sin descanso. De súbito, el Pruden, sin venir a qué, o tal vez porque por San Dámaso había llovido y ahora lucía el sol, soltó una risotada y después se dirigió al Nini en un empeño obstinado por comunicarle su euforia:

—¿Es que no sabes reír, Nini? —dijo.

—Sí sé.

—Entonces, ¿por qué no ríes? Échate una carcajada, leche.

El niño le miraba fija, serenamente:

—¿A santo de qué? —dijo.

El Pruden tornó a reír, esta vez forzadamente. Luego miró a uno y otro, como esperando apoyo, mas como todos rehuyeran su mirada, bajó los ojos y añadió oscuramente:

—¡Qué sé yo a santo de qué! Nadie necesita un motivo para reír, creo yo.

VI

Pero el Nini reía a menudo, aunque nunca lo hiciera a tontas y a locas como los hombres en las matanzas, o como cuando se emborrachaban en la taberna del Malvino, o como cuando veían caer el agua del cielo después de esperarla ansiosamente durante meses enteros. Tampoco reía como Matías Celemín, el Furtivo, cada vez que se dirigía a él, frunciendo en mil pliegues su piel curtida como la de un elefante y mostrando amenazadoramente sus dientes carniceros.

El Nini no experimentaba por el Furtivo la menor simpatía. El niño aborrecía la muerte, en particular la muerte airada y alevosa, y el Furtivo se jactaba de ser un campeón en este aspecto. En puridad, a Matías Celemín le empujaron las circunstancias. Y si tuvo alguna vez instintos carniceros, los ocultó celosamente hasta después de la guerra. Pero la guerra truncó muchas vocaciones y acorchó muchas sensibilidades y determinó muchos destinos, entre otros el de Matías Celemín, el Furtivo.

Antes de la guerra, Matías Celemín salía a las licitaciones de los pueblos próximos y remataba tranquilamente por un pinar albar cuatro o cinco mil reales. El Furtivo prejuzgaba que no se cogería los dedos porque él sabía barajar en su cabeza hasta cinco mil reales y sumar y restar de ellos la cuenta de los apaleadores y, en definitiva, si sacaría o no de su inversión algún provecho. Pero llegó la guerra y la gente empezó a contar por pesetas y en las licitaciones se pujaba por veinte y hasta por treinta mil y a esas cifras él no alcanzaba porque además había de multiplicarlas por cuatro para reducirlas a reales, que era la unidad que manejaba; en las subastas se le llenaba la cabeza como de humo y no osaba salir. Empezó a amilanarse y a encogerse. No bastaba que le dijeran: «Matías, la vida está diez veces. —El Furtivo, pasando de los cinco mil reales, era un ser inútil, y fue entonces cuando se dijo—: Matías, por una perdiz te dan cien reales limpios de polvo y paja y cuatrocientos por un raposo, y no digamos nada por un tejo». Y, de repente, se sintió capaz de pensar tan derecha o tan torcidamente como los raposos y los tejos, y aun de jugársela. Y se sintió capaz, asimismo, de calcular el precio de un cartucho fabricando la pólvora en casa con clorato y azúcar y cargándolo con cabezas de clavos. Y a partir de aquel día se le empezó a afilar la mirada y a curtírsele la piel, y en el pueblo, cuando alguien lo mentaba, decían: «Huy, ése». Y doña Resu, el Undécimo Mandamiento, era

aún más contundente y decía que era un vago y un maleante, un perdido como los de las cuevas y como los extremeños.

Matías Celemín, el Furtivo, solía velar de noche y dormir de día. La aurora le sorprendía generalmente en el páramo, en la línea del monte, y para esa hora ya tenía colocados media docena de lazos para las liebres que regresaban del campo, un cepo para el raposo y un puñado de lanchas y alares en los pasos de la perdiz. A veces aprovechaba el carro de la Simeona o el Fordson del Poderoso para arrimarse a un bando de avutardas y cobrar un par de piezas de postín. El Furtivo no respetaba leyes ni reglamentos y en primavera y verano salía al campo con la escopeta al hombro como si tal cosa, y si acaso tropezaba con Frutos, el Jurado, le decía: «Voy a alimañas, Frutos, ya lo sabes. —Y Frutos, el Jurado, se limitaba a decir—: Ya, ya», y le guiñaba un ojo. Para Frutos, el Jurado, la intemperie era insana porque el sol se come la salud de los hombres lo mismo que los colores de los vestidos de las muchachas y, por esta razón, se pasaba las horas muertas donde el Malvino jugando al dominó.

Con frecuencia, la astucia del Furtivo era insuficiente y, entonces, recurría al Nini:

—Nini, bergante, dime dónde anda el tejo. Un duro te doy si aciertas.

O bien:

—Nini, bergante, llevo una semana tras el raposo y no le pongo la vista encima. ¿Lo viste tú?

El niño se encogía de hombros sin rechistar. El Furtivo, entonces, lo zarandeaba brutalmente y le decía:

—¡Demonio de crío! ¿Es que nadie te ha enseñado a reír?

Pero el Nini sí sabía reír, aunque solía hacerlo a solas y tenuemente y, por descontado, a impulso de algún razonable motivo. Llegada la época del apareamiento, el niño subía frecuentemente al monte de noche, y, al amanecer, cuando los trigos verdes recién escardados se peinaban con la primera brisa, imitaba el áspero chillido de las liebres y los animales del campo acudían a su llamada, mientras el Furtivo, del otro lado de la vaguada, renegaba de su espera inútil. El Nini reía arteramente y volvía a reír para sus adentros cuando, de regreso, se hacía el encontradizo con el Furtivo y Matías le decía malhumorado:

—¿De dónde vienes, bergante?

—De coger níscalos. ¿Hiciste algo?

—Nada. Una condenada liebre no hacía más que llamar desde la vaguada y se llevó el campo.

Repentinamente el Furtivo se volvía a él, receloso:

—No sabrás tú por casualidad hacer la chilla, ¿verdad, Nini?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

En otras ocasiones, si el Furtivo salía con la Mita, la galga, el Nini se ocultaba, camino del perdedero, y cuando la perra llegaba jadeante, tras de la liebre, él, desde su escondrijo, la amedrentaba con una vara y la Mita, que era cobarde, como todos los galgos, abandonaba su presa y reculaba. El Nini, el chiquillo, también reía silenciosamente entonces.

En todo caso, el Nini sabía reír sin necesidad de jugársela al Furtivo. Durante las lunas de primavera, el niño gustaba de salir al campo y agazapado en las junqueras de la ribera veía al raposo descender al prado a purgarse aprovechando el plenilunio que inundaba la cuenca de una irreal, fosforescente claridad lechosa. El zorro se comportaba espontáneamente, sin recelar su presencia. Pastaba cansinamente la rala hierba de la ribera y, de vez en cuando, erguía la hermosa cabeza y escuchaba atentamente durante un rato. Con frecuencia, el destello de la luna hacía relampaguear con un brillo verde claro sus rasgados ojos y, en esos casos, el animal parecía una sobrenatural aparición. Una vez el Nini abandonó gritando su escondrijo cuando el zorro, aculado en el prado, se rascaba confiadamente y el animal, al verse sorprendido, dio un brinco gigantesco y huyó, espolvoreando con el rabo su orina pestilente. El niño reía a carcajadas mientras lo perseguía a través de las junqueras y los sembrados.

Otras noches el Nini, oculto tras una mata de encina, en algún claro del monte, observaba a los conejos, rebozados de luna, corretear entre la maleza levantando sus rabitos blancos. De vez en cuando asomaba el turón o la comadreja y entonces se producía una frenética desbandada. En la época de celo, los machos de las liebres se peleaban sañudamente ante sus ojos, mientras la hembra aguardaba al vencedor, tranquilamente aculada en un extremo del claro. Y una vez concluida la pelea, cuando el macho triunfante se encaminaba hacia ella, el Nini remedaba la chilla y el animal se revolvía, las manos levantadas, en espera de un nuevo adversario. Había noches, a comienzos de primavera, en que se reunían en el claro hasta media docena de machos, y entonces la pelea adquiría caracteres épicos. Una vez presenció el niño cómo un macho arrancaba de cuajo la oreja a otro de un mordisco feroz y el agudo llanto del animal herido ponía en el monte silencioso, bajo la luz plateada de la luna, una nota patética.

Para San Higinio, Matías Celemín, el Furtivo, cobró un hermoso ejemplar de zorro. Por esas fechas habían terminado las matanzas y transcurrido las Pascuas, pero el clima seguía áspero y por las mañanas las tierras amanecían blancas como después de una nevada. Aparte mover el estiércol y desmatar los sembrados, nadie tenía entonces nada que hacer en el campo excepto el Furtivo. Y éste, según descendía del páramo, aquella mañana, se desvió ligeramente sólo por el gusto de pasar junto a la cueva y mostrar al niño su presa:

—¡Nini! —voceó—. ¡Nini! ¡Mira lo que te traigo, bergante!

Era una hermosa raposa de piel rojiza con un insólito lunar blanco en la paletilla derecha. El Furtivo la apretó una mama y brotó un chorrito de un líquido consistente y blanquecino. Levantó luego el animal en alto para que el niño lo contemplara a su capricho.

—Hembra y criando —dijo—. ¡Una fortuna! Si el Justito no se rasca el bolso en forma, me largo con ella a la ciudad, ya ves.

Las pulgas abandonaban el cuerpo muerto y buscaban el calor de la mano del Furtivo. El Nini persiguió al hombre con la mirada, lo vio atravesar el puentecillo de tablas, con la raposa muerta en la mano, y perderse dando voces tras el Pajero del pueblo.

A la noche, tan pronto sintió dormir al tío Ratero, se levantó y tomó la trocha del monte. La Fa brincaba a su lado y, bajo el desmayado gajo de luna, la escarcha espejeaba en los linderones. La madriguera se abría en la cara norte de la vaguada y el niño se apostó tras una encina, la perra dócilmente enroscada bajo sus piernas. La escarcha le mordía, con minúsculas dentelladas, las yemas de los dedos y las orejas, y los engañapastores aleteaban blandamente por encima de él, muy cerca de su cabeza.

Al poco rato sintió gañir; era un quejido agudo como el de un conejo, pero más prolongado y lastimero. El Nini tragó media lengua y remedó el chillido repetidamente, con gran propiedad. Así se comunicaron hasta tres veces. Al cabo, a la indecisa luz de la luna, se recortó en la boca de la madriguera el rechoncho contorno de un zorrito de tres semanas, andando patosamente como si el airoso plumero del rabo entorpeciese sus movimientos.

En pocos días el zorrito se hizo a vivir con ellos. Las primeras noches lloraba y la Fa le gruñía con una mezcla de rivalidad atávica y celos domésticos, pero terminaron por hacerse buenos amigos. Dormían juntos en el regazo del niño, sobre las pajas, y a la mañana se peleaban amistosamente en la pequeña meseta de tomillos que daba acceso a la cueva. Pronto se corrió la noticia por el pueblo y la gente subía a ver el zorrito, mas, ante los

extraños, el animal recobraba su instinto selvático y se recluía en el rincón más oscuro del antro, y miraba de través y mostraba los colmillos.

Decía Matías Celemín, el Furtivo:

—¡Qué negocio, Nini, bergante! A éste me lo zampo yo.

A las dos semanas el zorrito ya comía en la mano del niño, y cuando éste regresaba de cazar ratas el animal le recibía lamiéndole las sucias piernas y agitando efusivamente el rabo. Por la noche, mientras el tío Ratero guisaba una patata con una raspa de bacalao, el niño, el perro y el zorro jugaban a la luz del carburo, hechos un ovillo, y el Nini, en esos casos, reía sin rebozo. Por las mañanas, a pesar de que el zorrito se hizo a comer de todo, el Nini le traía una picaza para agasajarlo, y al verle desplumar el ave con su afilado y húmedo hocico, el niño sonreía complacidamente.

La Simeona le decía a doña Resu, el Undécimo Mandamiento, a la puerta de la iglesia, comentando el suceso de la cueva:

—Es la primera vez que veo a un raposo hacerse a vivir como los hombres.

Pero doña Resu se encrespaba:

—Querrás decir que es la primera vez que ves a un hombre y un niño hacerse a vivir como raposos.

El Nini temía que, al crecer, el zorrito sintiera la llamada del campo y le abandonase, aunque de momento el animal apenas se separaba de la cueva, y el niño, cada vez que salía, le hacía una serie de recomendaciones y el zorrito le miraba inteligentemente con sus rasgadas pupilas, como si le comprendiese.

Una mañana, el chiquillo oyó una detonación mientras cazaba en el cauce. Enloquecido, echó a correr hacia la cueva y antes de llegar divisó al Furtivo que descendía a largas zancadas por la cárcava con una mano oculta en la espalda y riendo a carcajadas:

—Ja, ja, ja, Nini, bergante, ¿a que no sabes qué te traigo hoy? ¿A que no?

El niño miraba espantado la mano que poco a poco se iba descubriendo y, finalmente, Matías Celemín le mostró el cadáver del zorrito todavía caliente. El Nini no pestañeó, pero cuando el Furtivo se lanzó a correr cárcava abajo, se agachó en los cascajos y comenzó a cantearle furiosamente. El Furtivo brincaba, haciendo eses, como un animal herido, sin cesar de reír agitando en el aire, como un trofeo, el cadáver del zorrito. Y cuando se refugió, al fin, tras el Pajero del pueblo, aún se lo mostró una vez más, lamentablemente desmayado, sobre los tubos de la escopeta.

VII

A medida que se adentraba el invierno, el Pajero del común iba mermando. Los hombres y las mujeres del pueblo se llegaban a él con los asnos y acarreaban la paja hasta sus hogares. Una vez allí la mezclaban con grano para el ganado, o la hacían estiércol en las cuadras, o simplemente la quemaban en las glorias o las cocinas para protegerse de la helada. De este modo, al finalizar diciembre, el Nini divisaba desde la cueva, por encima del Pajero, el anticuado potro donde se herraron las caballerías en los distantes tiempos en que las hubo en el pueblo.

Por San Aberico, antes de concluir enero, se desencadenó la cellisca. El Nini la vio venir de frente, entre los cerros Chato y Cantamañanas, avanzando sombría y solemne, desflecándose sobre las colinas. En pocas horas la nube entoldó la cuenca y la asaeteó con un punzante aguanieve. Los desnudos tesos, recortados sobre el cielo plomizo, semejaban dunas de azúcar, de una claridad deslumbrante. Por la noche, la cellisca, baqueteada por el viento, resaltaba sobre las cuatro agónicas lámparas del pueblo, y parecía provenir ora de la tierra, ora del cielo.

El Nini observaba en silencio el desolado panorama. Tras él, el tío Ratero hurgaba en el hogar. El tío Ratero ante el fuego se relajaba y al avivarlo, o dividirlo, o concentrar o aventar las brasas, movía los labios y sonreía. A veces, excepcionalmente, salía a recorrer los tesos sacudidos por la cellisca y, en esos casos, como cuando soplaba el matacabras, se amarraba la sucia boina capona con un cordel, con la lazada bajo la barbilla, como hacía en tiempos el abuelo Román.

Para poder encender fuego dentro de la cueva, el tío Ratero horadó los cuatro metros de tierra del techo con un tubo herrumbroso que le proporcionó Rosalino, el Encargado. El Rosalino le advirtió entonces: «Ojo, Ratero, no sea la cueva tu tumba». Pero él se las ingenió para perforar la masa de tierra sin producir en el techo más que una ligera resquebrajadura que apeó con un puntal primitivo. Ahora, el tubo herrumbroso humeaba locamente entre la cellisca, y el tío Ratero, dentro de la cueva, observaba las lengüetas agresivas y cambiantes de las llamas, arrullado por los breves estallidos de los brotes húmedos. La perra, alebrada junto a la lumbre, emitía de vez en cuando un apagado ronquido. Llegada la noche, el tío Ratero mataba la llama, pero dejaba la brasa, y al tibio calor del rescoldo dormían los tres sobre las pajas, el

niño en el regazo del hombre, la perra en el regazo del niño y, mientras el zorrito fue otro compañero, el zorro en el regazo de la perra. El José Luis, el Alguacil, les presagiaba calamidades sin cuento: «Ratero —decía—, cualquier noche se prende la paja y os achicharráis ahí dentro como conejos». El tío Ratero escuchaba con su sonrisa socarrona, escépticamente, porque sabía, primero, que el fuego era su amigo y no podía jugársela, y, segundo, que el José Luis, el Alguacil, no era más que un mandado de Justito, el Alcalde, y que Justito, el Alcalde, había prometido al Jefe terminar con la vergüenza de las cuevas.

En estas circunstancias, el Nini respetaba el silencio del Ratero. Sabía que todo intento de plática con él resultaría inútil, y no por hosquedad suya, sino porque el hecho de pronunciar más de cuatro palabras seguidas o de enlazar dos ideas en una sola frase le fatigaba el cerebro. El niño bautizó Fa a la perra, aunque prefería otros nombres más sonoros y rimbombantes, por ahorrarle fatiga al Ratero. Tan sólo cuando el Ratero, por desentumecer la lengua, soltaba una frase aislada, el niño correspondía:

—Esta perra está ya vieja.

—Por eso sabe.

—No tiene vientos.

—Deje. Todavía las agarra.

Luego tornaba el silencio, y el quedo pespuntear de la cellisca sobre el teso y el gemido del viento se entreveraban con los chasquidos de la hoguera.

Una mañana, tres después de San Aberico, el Nini se asomó a la cueva y divisó una diminuta figura encorvada atravesando la Era, camino del puentecillo:

—El Antoliano —dijo.

Y se entretuvo viéndole luchar con el viento que concentraba los diminutos copos oblicuos sobre su rostro y le obligaba a inclinar la cabeza contra la ladera. Cuando entró en la cueva se incorporó, hinchó los pulmones y se sacudió la pelliza con sus enormes manazas. Dijo el Ratero, sin moverse de junto al fuego:

—¿Dónde vas con la que cae?

—Vengo —dijo el Antoliano, sentándose junto a la perra, que se incorporó y buscó un rincón oscuro, donde nadie la molestase.

—¿Qué te trae?

El Antoliano extendió sus manos ante las llamas:

—El Justito —dijo—. Va a largarte de la cueva.

—¿Otra vez?

—En cuanto escampe subirá, ya te lo advierto.

El Ratero encogió los hombros:

—La cueva es mía —dijo.

El Justito visitaba con frecuencia a Fito Solórzano, el Gobernador, en la ciudad, y le llamaba Jefe. Y Fito, el Jefe, le decía:

—Justo, el día que liquides el asunto de las cuevas, avisa. Ten en cuenta que no te dice esto Fito Solórzano, ni tu Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil.

Fito Solórzano y Justo Fadrique se hicieron amigos en las trincheras, cuando la guerra, y ahora, cada vez que Fito Solórzano le encarecía que resolviese el enojoso asunto de las cuevas, la roncha de su frente se empequeñecía y se tornaba violácea y se diría que palpitaba, con unos latidos diminutos, como un pequeño corazón:

—Déjalo de mi mano, Jefe.

De regreso, ya en el pueblo, Justito, el Alcalde, le preguntaba expectante a José Luis, el Alguacil:

—¿Qué piensas tú que quiere decirme el Jefe cuando sale con que lo de las cuevas no me lo dice Fito Solórzano, ni el Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil?

El José Luis respondía invariablemente:

—Que te va a recompensar, eso está claro.

Mas en casa, la Columba, su mujer, le apremiaba:

—Justo —le decía—, ¿es que no vamos a salir en toda la vida de este condenado agujero?

La roncha de la frente de Justito se agrandaba y enrojecía como el cinabrio:

—¿Y qué puedo hacerle yo? —decía.

La Columba se ponía de jarras y voceaba:

—¡Desahuciar a ese desgraciado! Para eso eres la autoridad.

Pero Justito Fadrique, por instinto, detestaba la violencia. Intuía que, tarde o temprano, la violencia termina por volverse contra uno.

Por San Lesmes, sin embargo, el José Luis, el Alguacil, le brindó una oportunidad:

—La cueva esa amenaza ruina —dijo—. Si largas al Ratero es por su bien.

Volar las otras tres cuevas fue asunto sencillo. La Iluminada y el Román murieron el mismo día y el Abundio abandonó el pueblo sin dejar señas. La Sagrario, la Gitana, y el Mamés, el Mudo, se consideraron afortunados al

poder cambiar su cueva por una de las casitas de la Era Vieja, con tres piezas y soleadas, que rentaba veinte duros al mes. Pero para el tío Ratero cuatrocientos reales seguían siendo una fortuna.

Por San Severo se fue la cellisca y bajaron las nieblas. De ordinario se trataba de una niebla inmóvil, pertinaz y pegajosa, que poblaba la cuenca de extrañas resonancias y que, en la alta noche, hacía especialmente opaco el torturado silencio de la paramera. Mas, otras veces, se la veía caminar entre los tesos como un espectro, aligerándose y adensándose alternativamente, y en esos casos parecía hacerse visible la rotación de la Tierra. Bajo la niebla, las urracas y los cuervos encorpaban, se hacían más huecos y asequibles, y se arrancaban con un graznido destemplado, mezcla de sorpresa e irritación. El pueblo, desde la cueva, componía una decoración huidiza, fantasmal que, en los crepúsculos, desaparecía eclipsada por la niebla.

Para San Andrés Corsino el tiempo despejó y los campos irrumpieron repentinamente con los cereales apuntados; los trigos de un verde ralo, traslúcido, mientras las cebadas formaban una alfombra densa, de un verde profundo. Bajo un sol aún pálido e invernal, las aves se desperezaban sorprendidas y miraban en torno incrédulas, antes de lanzarse al espacio. Y con ellas se desperezaron Justito, el Alcalde, José Luis, el Alguacil, y Frutos, el Jurado, que hacía las veces de Pregonero. Y el Nini, al verlos franquear el puentecito de tablas, tan solemnes y envarados con sus trajes de ceremonia, recordó la vez que otro grupo atrabiliario, presidido por un hombrecillo enlutado, atravesó el puentecillo para llevarse a su madre al manicomio de la ciudad. El hombrecillo enlutado decía con mucha prosopopeya Instituto Psiquiátrico en lugar de manicomio, pero, de una u otra manera, la Marcela, su madre, no recobró la razón, ni recobró sus tesos, ni recobró jamás la libertad.

El Nini los vio llegar resollando cárcava arriba, mientras el dedo pulgar de su pie derecho acariciaba mecánicamente a contrapelo a la perra enroscada a sus pies. La visera negra de la gorra del Frutos, el Pregonero, rebrillaba como si sudase. Y tan pronto se vieron todos en la meseta de tomillos, el Justito y el José Luis se pusieron como firmes, sin levantar los ojos del suelo, y el Justito le dijo al Frutos, bruscamente:

—Léelo, anda.

El Frutos desenrolló un papel y leyó a trompicones el acuerdo de la Corporación de desalojar la cueva del tío Ratero por razones de seguridad. Al terminar, el Frutos miró para el Alcalde, y el Justito, sin perder la compostura, dijo:

—Ya oíste, Ratero, es la ley.

El tío Ratero escupió y se frotó una mano con otra. Los miraba uno a uno, divertido, como si todo aquello fuera una comedia.

—No me voy —dijo de pronto.

—¿Que no te vas?

—No. La cueva es mía.

La roncha de la frente de Justito, el Alcalde, se encendió súbitamente.

—He hecho público el desahucio —voceó—. Tu cueva amenaza ruina y yo soy el Alcalde y tengo atribuciones.

—¿Ruina? —dijo el Ratero.

Justito señaló el puntal y la resquebrajadura.

—Es la chimenea —agregó el Ratero.

—Ya lo sé que es la chimenea. Pero un día se desprende una tonelada de tierra y te sepulta a ti y al chico, ya ves qué cosas.

El tío Ratero sonrió estúpidamente:

—Más tendremos —dijo.

—¿Más?

—Tierra encima, digo.

El José Luis, el Alguacil, intervino:

—Ratero —dijo—. Por las buenas o por las malas, tendrás que desalojar.

El tío Ratero los miró desdeñosamente:

—¿Tú? —dijo—. ¡Ni con cinco dedos!

Al José Luis le faltaba el dedo índice de la mano derecha. El dedo se lo cercenó una vez un burro de una tarascada, pero el José Luis, lejos de amilanarse, le devolvió el mordisco y le arrancó al animal una tajada del belfo superior. En ocasiones, cuando salía la conversación donde el Malvino, aseguraba que los labios de burro, al menos en crudo, sabían a níscalos fríos y sin sal. En todo caso, el asno del José Luis se quedó de por vida con los dientes al aire como si continuamente sonriese.

Justito, el Alcalde, se impacientó:

—Mira, Ratero —dijo—. Soy el Alcalde y tengo atribuciones. Por si algo faltara, he hecho público el desahucio. Así que ya lo sabes, dentro de dos semanas te vuelo la cueva como me llamo Justo. Te lo anuncio delante de dos testigos.

Por San Sabino, cuando retornó a la cueva la comisión, batía los tesos un vientecillo racheado y los trigos y las cebadas ondeaban sobre los surcos como un mar. El Frutos, el Jurado, iba en cabeza y portaba en la mano los cartuchos de la dinamita y la mecha enrollada a la cintura. Al iniciar la

cárcava, el Nini les enviscó la perra y el Frutos se enredó en el animal y rodó hasta el camino jurando a voz en cuello. Para entonces, el Ratero había hablado ya con el Antoliano, y así que el Justito le conminó a abandonar la cueva, se puso a repetir como un disco rayado: «Por escrito, por escrito». El Justito miró para el José Luis, que entendía algo de leyes, y el José Luis asintió y entonces se retiraron.

Al día siguiente, el Justito le pasó una comunicación al tío Ratero concediéndole otro plazo de quince días. Para San Sergio concluyó el plazo y a media mañana irrumpió de nuevo en la cueva la comisión, pero así que vocearon en la puerta, el Nini respondió desde dentro que aquélla era su casa y si entraban por la fuerza tendrían que vérselas con el señor juez. El Justito miró para el José Luis y el José Luis meneó la cabeza y dijo en un murmullo: «Allanamiento; en efecto es un delito».

Al día siguiente, San Valero, ante Fito Solórzano, el Jefe, Justito casi lloraba. La mancha morada de la frente le latía como un corazón:

—No puedo con ese hombre, Jefe. Mientras él viva tendrás cuevas en la provincia.

Fito Solórzano, con su prematura calva rosada y sus manos regordetas jugueteando con la escribanía, trataba de permanecer sereno. Meditó unos segundos antes de hablar, metiéndose dos dedos en los lagrimales. Al cabo, dijo con ostentosa humildad:

—Si el día de mañana queda algo de mi gestión al frente de la provincia, cosa que no es fácil, será el haber resuelto el problema de las cuevas. Tú volaste tres en tu término, Justo, ya lo sé; pero no se trata de eso ahora. Queda una cueva y mientras yo no pueda decirle al Ministro: «Señor Ministro, no queda una sola cueva en mi provincia», es como si no hubieras hecho nada. Me comprendes, ¿no es verdad?

Justito asintió. Parecía un escolar sufriendo la reprimenda del maestro. Fito Solórzano, el Jefe, dijo de pronto:

—Un hombre que vive en una cueva y no dispone de veinte duros para casa viene a ser un vagabundo, ¿no? Tráemelo, y lo encierro en el Refugio de Indigentes sin más contemplaciones.

Justito adelantó tímidamente una mano:

—Aguarda, Jefe. Ese hombre no pordiosea. Tiene su oficio.

—¿Qué hace?

—Caza ratas.

—¿Es eso un oficio? ¿Para qué quiere las ratas?

—Las vende.

—¿Y quién compra ratas en tu pueblo?

—La gente. Se las come.

—¿Coméis ratas en tu pueblo?

—Son buenas, Jefe, por éstas. Fritas con una pinta de vinagre son más finas que codornices.

Fito Solórzano estalló de pronto:

—¡Eso no lo puedo tolerar! ¡Eso es un delito contra la Salubridad Pública!

El Justito trataba de aplacarlo:

—En la cuenca todos las comen, Jefe. Y si te pones a ver, ¿no comemos conejos? —Hizo una pausa. Luego agregó—: Una rata lo mismo, es cuestión de costumbre.

Fito Solórzano golpeó la mesa con el puño cerrado y saltaron las piezas de la escribanía:

—¿Para qué quiero alcaldes y jefes locales si en vez de resolver los problemas vienen todo el tiempo a creármelos? ¡Busca tú una fórmula, Justo! ¡Coloca a ese hombre en alguna parte, haz lo que sea! ¡Pero piensa tú, tú, con tu pobre cabeza, no con la mía!

Justito reculaba hacia la puerta:

—De acuerdo, Jefe. Déjalo de mi mano.

Fito Solórzano cambió repentinamente de tono y añadió cuando Justito, vuelto de espaldas, abría ya la puerta del despacho:

—Y cuando liquides este asunto, avisa. Ten en cuenta que no te dice esto Fito Solórzano ni tu Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil.

VIII

Por San Baldomero el Nini descubrió sobre el Pezón de Torrecillórigo el primer bando de avefrías desfilando precipitadamente hacia el sur.

Durante tres días con sus tres noches, los bandos se sucedieron sin interrupción y el vuelo de las aves era cada vez más vivo y agitado. Volaban muy altas, componiendo una gran V sobre el impávido cielo azul, chirriando excitadamente con un estremecido deje de alarma.

Antaño, el Pezón de Torrecillórigo se llamó la Cotarra del Moro, pero la Marcela, la madre del Nini, la rebautizó pocos meses antes de dar con sus huesos en el manicomio. Ya desde el parto, la Marcela no quedó bien y cada vez que el Ratero la sorprendía mirando embobada para los cuetos y le decía: «¿Qué miras, Marcela?, —ella ni respondía. Y únicamente si el Ratero la zarandeaba, ella balbucía al fin—: El Pezón de Torrecillórigo». Y señalaba el cono de la Cotarra del Moro, torvo y lóbrego como un volcán. «¿El Pezón?, —inquiría el Ratero, y ella agregaba—: Somos muchos a tirar de él. No da leche para tantos». Meses después el tío Ratero sorprendió a su hermana aserrando una pata del taburete. «¿Qué haces, Marcela?, —le dijo. Y ella respondió—: El taburete banquea». Dijo él: «¿Banquea?». Y ella no respondió, pero a la noche había aserrado las cuatro patas. Aún aguantó el tío Ratero unos años más. Por aquel tiempo el Nini ya había cumplido los seis y el Furtivo le decía cada vez que lo encontraba: «Explícate, bergante. ¿Cómo es posible que la Marcela sea tu tía y tu madre al mismo tiempo?», y se reía con un ruidoso estallido como si estuviera lleno de aire y, de repente, se deshinchase. Y el día que el tío Ratero se decidió a horadar el techo de la cueva con el tubo que le regalara Rosalino, el Encargado, y le pidió a la Marcela arena para la mezcla, su hermana le aproximó la horca que sostenía a duras penas. «Toma, —dijo—. ¿Cuál?», dijo el Ratero. «Arena. ¿No pedías arena?, —dijo ella—. ¿Arena?», dijo el Ratero. Ella añadió: «Apura, que pesa. —El Nini la miraba atónito y al cabo dijo—: Madre, ¿cómo va a coger usted arena con una horca?». Una semana después, por Santa Oliva haría cuatro años, se presentó en el pueblo un hombrecillo enlutado y se la llevó al manicomio de la ciudad, pero la Cotarra del Moro no volvió a recobrar su nombre y fue en adelante y para siempre jamás el Pezón de Torrecillórigo.

Ahora las avefrías sobrevolaban el Pezón y el Nini, el chiquillo, bajó al pueblo a informar al Centenario:

—No las veo pero las siento gruir —dijo el viejo—. Eso quiere decir nieve. Antes de siete días estará aquí.

El Centenario, con el trapo negro cubriéndole media cara, era como una reseca momia bajo el sol. Antes de ponerse el trapo, el niño le preguntó una tarde qué era aquello:

—Nada de cuidado; un granito canceroso —dijo el viejo sonriendo.

El Nini, cada vez que le asaltaba alguna duda sobre los hombres, o sobre los animales, o sobre las nubes, o sobre las plantas, o sobre el tiempo, acudía al Centenario. El tío Rufo, por encima de la experiencia, o tal vez a causa de ella, poseía una aguda perspicacia para matizar los fenómenos naturales, aunque para el Centenario los gorjeos de los gorriones, o el sol en las vidrieras de la iglesia, o las nubes blancas del verano, no eran siempre una misma cosa. En ocasiones, hablaba de su «viento de cuando rapaz», o «del polvo de la era de cuando mozo», o de «su sol de viejo». Es decir, que en las percepciones del Centenario jugaba un papel preferente la edad, la huella que produjeron en él, a determinada edad, las nubes, el sol, el viento o el polvo dorado de la trilla. El Centenario sabía mucho de todo, a pesar de que los mozos y los chiquillos del pueblo no se arrimaban a él más que para reír de sus aspavientos nerviosos o para alzarle el trapo negro en un descuido y «verle la calavera» y hacer, luego, mofa de su enfermedad.

—Son jóvenes, pero eso se pasa —solía decirle al Nini, resignadamente, en esos casos, el Centenario.

La misma Simeona, su hija, no le guardaba al viejo ninguna consideración. Desde que el Centenario empezó a envejecer, la Simeona se hizo cargo de la casa y las labores. Ella atendía al ganado, sembraba, aricaba, escardaba, segaba, trillaba y acarreaba la paja. A causa de ello se hizo irritable, roñosa y suspicaz. El Undécimo Mandamiento afirmaba que todo el mundo se vuelve roñoso y suspicaz tan pronto advierte lo que cuesta ganar una peseta. No obstante, la Simeona se mostraba excesivamente irreductible para con su padre. En las contadas ocasiones en que comadreaba con sus convecinas decía: «Cuanto más viejo más goloso, no puedo con él. —La señora Clo la miraba envidiosamente y comentaba—: Suerte la tuya, con lo mal que me come a mí el Virgilín». Para la señora Clo, la del Estanco, todas las preocupaciones se centraban ahora en el Virgilín. Lo cuidaba como a un hijo y, por su gusto, lo hubiera confinado en una jaula y hubiera colgado ésta de la viga de la tienda, como hizo en tiempos con los camachuelos.

La Simeona, en cambio, trataba a su padre desconsideradamente. Su desconfianza aumentaba por días y ahora, cada vez que se ausentaba de casa,

trazaba una raya con el lapicero en el reverso de la hogaza y metía el dedo en la cloaca de las gallinas, una por una, para cerciorarse de si el Centenario comía un cacho de pan o se merendaba algún huevo durante su ausencia. Al regreso decía: «Ha de haber tres huevos, padre; a ver dónde los ha puesto».

Y si acaso faltaba alguno, los gritos y los improperios rebasaban las últimas casas del pueblo, y si el tiempo era quedo y, con mayor razón, si soplaba viento favorable, las voces ascendían hasta la cueva y el Nini se compungía y decía para sí: «Ya está la Simeona regañando al viejo».

De todos modos nadie podía decir nada de la Simeona, que a más de sostener sobre sus huesos un padre centenario, una labranza y una casa, aún sacaba energía para la piadosa tarea de enterrar a los muertos del lugar. Utilizaba para ello un carrito destartalado, arrastrado por un asnillo de muchos años al que la Sime apaleaba sin duelo cada vez que conducía a un difunto al camposanto. En la trasera del carro amarraba al Duque, el perro, con un cordel tan corto que casi lo ahorcaba. El animal gañía, ladeando un poco la cabeza para evitar la tensión, pero si alguien le hacía alguna advertencia a la Simeona, ella replicaba: «Mejor. Así hasta al más desgraciado no le falta un perro que le llore».

La Simeona juraba y maldecía como un hombre y en los últimos tiempos, al referirse a la voracidad de su padre, hacía escarnio del cáncer y decía: «El viejo tiene ahora que comer para dos».

El Centenario, aun trampeando, iba todavía de acá para allá, mas en las horas de sol era fijo encontrarlo sentado en el poyo de la trasera de su casa, los ojos entornados, oxeando incansablemente unos pollos imaginarios. El Nini bajaba con frecuencia a buscar su compañía y a consultarle sus dudas o a oírle las viejas historias en las que inevitablemente volcaba sus nostalgias de «su sol de cuando rapaz», «el polvo de la era de cuando mozo», o «los inviernos de Alfonso XII».

Últimamente al Nini llegó a fascinarle aquel trapo negro que ocultaba parte de la nariz y la mejilla izquierda del tío Rufo, y, cada vez que se sentaba a su lado, experimentaba la tentación casi invencible de levantarlo. Era la suya la misma impaciencia que atosigaba a los rapaces del pueblo cuando, al iniciarse el otoño, aparecían los húngaros con los títeres en la Plaza y llegada la hora gritaban a coro: «¡Que son las cuatro, que se alce el trapo!». No obstante, el Nini dominaba la incitación; veneraba al viejo y de una manera inconsciente agradecía sus enseñanzas.

El Centenario le dijo, por el Santo Ángel, cuando las avefrías sobrevolaban el Pezón de Torrecillórigo, que la nieve estaba próxima, tal vez

a menos de una semana, y para San Victoriano, o sea, cinco días más tarde, los copos empezaron a descolgarse con silenciosa parsimonia y, en unas horas, la cuenca quedó convertida en una inmensa mortaja. La blancura lastimaba los ojos y los adobes del pueblo y las bardas que cobijaban las deleznables tapias de los corrales se hacían más ostensibles bajo la nieve. Pero la vida parecía haber huido del mundo y un silencio sobrecogedor, cernido y macizo como el de un camposanto, se desplomó sobre la cuenca.

Las alimañas se aletargaron en sus huras y los pájaros, desconcertados, se acurrucaban en la nieve hasta que el calor de sus cuerpos la fundía y tomaban, de nuevo, contacto con la tibieza de la tierra. Allí, en sus agujeros, permanecían inmóviles, asomando sus cabezas de redondos ojos atónitos, oteando hambrientos en derredor. A veces, el Nini se distraía merodeando por las proximidades del pueblo y las urracas y los tordos y las alondras tardaban en arrancarse y, en última instancia lo hacían, pero tras un breve vuelo vertical, como un rebote, tornaban apresuradamente a sus yacijas.

Por San Simplicio, el niño y la perra sintieron la engañosa llamada de la nieve y salieron al campo. Sus pisadas crujían tenuemente, mas aquellos crujidos detonaban en el solemne silencio de la cuenca con una sorda opacidad. Ante sus ojos se abría un vasto, solitario y mudo planeta mineral, y el niño lo recorría transido por la emoción del descubrimiento. Dobló el Cerro Merino y, al iniciar el ascenso de la ladera, el Nini atisbó el rastro de una liebre. Sus leves pisadas se definían nítidamente en la nieve intacta y el niño las siguió, la perra en sus talones, el hocico levantado, sin intentar siquiera rastrear. De pronto las huellas desaparecieron y el niño se detuvo y observó en torno y al divisar el matojo de encina doce metros más allá, sonrió tenuemente. Sabía, por su abuelo Román, que las liebres en la nieve ni se evaporan ni vuelan, como dicen algunos cazadores supersticiosos; simplemente, para evitar que las huellas las delaten, dan un gran salto antes de agazaparse en su escondrijo. Por eso intuía que la liebre estaba allí, bajo el carrasco, y al avanzar hacia él con la sonrisa en los labios, gozándose en la sorpresa, brincó la liebre torpemente y el niño corrió tras ella, torpemente también, riendo y cayendo, mientras la perra ladraba a su lado. Al cabo, el niño y la perra se detuvieron, en tanto la liebre se perdía tras una suave ondulación, los amarillos ojos dilatados por el pánico. Jadeante aún, el Nini experimentó una súbita reacción y se puso a orinar y la tierra oscura asomó en un pequeño corro bajo la nieve fundida. Poco más lejos se agachó y erigió en pocos minutos un monigote de nieve, le colocó su tapabocas y azuzó a la perra:

—Fa, mira, el Furtivo, ¡anda con él!

Pero a la perra le asustaba el muñeco y reculaba ladrando, sin cesar de mirarlo esquinadamente, y entonces el niño formó unas bolas y lo destruyó de cuatro pelotazos. Soltó una carcajada estridente y el cristalino eco que despertó su risa en la nieve lo animó a repetir y, luego, a gritar una y otra vez, cada vez más fuerte. Experimentaba, al hacerlo, una grata sensación de plenitud. Ascendió la loma sin dejar de gritar y entonces divisó al Furtivo, en carne y hueso, allá abajo, en la cuenca, recorriendo pesadamente los barbechos de la señora Clo. El Nini enmudeció y sintió recorrerle el cuerpo una oleada de ira. La ley prohibía cazar los días de nieve porque los animales rastreros denunciaban su presencia por las huellas y la perdiz, sin comer, no resistía más allá de un corto vuelo. Sin embargo, el Furtivo andaba allí y, por si la nieve no fuera bastante, portaba la escopeta en guardia baja por si algo se arrancaba. El niño le vio venir hacia él e intentó rehuirle pero el Furtivo le atajó. Matías Celemín era práctico en andar por la nieve y viéndolo de lejos deslizarse ágilmente contra la centelleante claridad de los tesos parecía el único poblador del mundo. Al llegar a su altura, le dijo el Furtivo mostrándole sus aterradores dientes carniceros:

—¿Eras tú quien chillaba ahí arriba, bergante?

—Sí.

—Bien reías, ¿eh? Tú ríes cuando estás solo, como los locos.

El niño procuraba caminar deprisa porque la compañía del Furtivo le era ingrata. El morral del Furtivo abultaba como dos liebres. Le dijo al Nini:

—¿No viste huellas, rapaz? ¿Dónde diablos se meten los tejos en este pueblo?

—No sé.

—No sé, no sé; apuesto a que sí lo sabes.

El niño se encogió de hombros. Añadió el Furtivo:

—Os larga Justito de la cueva, ¿eh? ¿Dónde os vais a meter, bergante? Si a un conejo le ciegas el bardo, a morir; ya se sabe. Eso te va a pasar a ti por candar el pico.

De la loma descendían las pequeñas huellas de los pies descalzos del Nini junto a las de las enormes botazas claveteadas del Furtivo y las ingrávidas de la perra. La tierra, desolada y lívida, apenas abultada por las formas redondas de los cuetos, era como una superficie láctea en el momento de iniciar la ebullición.

El tío Ratero, acuclillado junto al fuego, levantó los ojos al oír los pasos del niño.

—¿Viste a ése? —dijo con reprimida avidez.

—No —dijo el niño.

—Malvino lo vio.

—No es cierto —añadió el Nini—. No hay un alma en el campo.

La huidiza mirada del Ratero se afiló bajo los párpados y se clavó en las brasas, pero no dijo nada. También el niño guardó silencio. Desde hacía cuatro semanas el tío Ratero no pensaba en otra cosa sino en la competencia. El Nini intentaba a veces disuadirlo, convencerlo de que el arroyo era de todos, pero el Ratero se obcecaba en su testarudez salvaje: «Las ratas son mías; ése me las roba», decía; y resollaba de fatiga y exasperación.

Por San Melitón salió el sol y fundió la nieve y, al caer la tarde, apenas si unos deleznables retazos blancos circuían las faldas de los tesos en su vertiente norte. Esa anochecida se encamó, al fin, el Centenario, y el Nini, al enterarse, bajó un rato a hacerle compañía. Sobre el camastro pendía una lavativa y, a su lado, la pobre lámpara, y sobre la pobre lámpara un cromo de la Virgen. Le dijo el viejo sin volver la vista, sin mover un solo músculo de la cara:

—Esta tarde, antes de acostarme, quise oír el viento en los plumeros de las espadañas, como cuando mozo. Me tumbé junto al arroyo y aguardé, pero el viento no sonaba igual. Todo se va; nada se repite en la vida, hijo.

El niño comenzó a hablarle de la nieve y del Furtivo y de la liebre encamada bajo el carrasco y, finalmente, quedó en silencio, las pupilas en el trapo negro que ocultaba media cara del viejo. La respiración de éste era entrecortada y anhelante, mas, al concluir el niño, no hizo comentario. A la tarde siguiente el Nini volvió junto a él y, al anochecer, se incorporó y dio la lámpara de la cabecera del lecho. Durante una semana el Nini visitó diariamente al enfermo. Apenas cambiaban unas palabras, pero tan pronto el día agonizaba en la ventana, el Nini, sin que nadie se lo pidiera, encendía la luz. A la séptima noche, tan pronto el niño dio la luz, el Centenario agarró el trapo negro con dos dedos temblones, lo levantó y dijo:

—Ven acá.

El corazón del Nini latía desacompasadamente. La cara del viejo bajo el trapo era un amasijo sanguinolento socavado en la misma carne y en la parte superior de la nariz, junto a la sien, amarilleaba el hueso. El Centenario rió sordamente y dijo al observar la faz descolorida del muchacho:

—¿No viste nunca la calavera de un hombre vivo?

—No —convino el niño.

El Centenario volvió a reír quedamente y dijo:

—A todos cuando muertos nos comen los bichos. Pero es igual, hijo. Yo soy ya tan viejo que los bichos no han tenido paciencia para aguardar.

IX

Hacia San Segundo caían todos los años, desde hacía cuatro, por el pueblo, los extremeños. Componían una abigarrada caravana con la recua de borricos enjaezados y llegaban cantando, como si, en lugar de acabar de hacer quinientos kilómetros en diez días a uña de asno por caminos polvorientos, terminaran de emerger de un baño tibio tras un sueño reparador. La cuadrilla de extremeños se alojaba en los establos del Poderoso, a quien pagaban cinco reales diarios por cabeza, y como permanecían en el pueblo casi seis meses y formaban una partida de doce, don Antero se embolsaba anualmente cerca de once mil reales por este concepto.

Doña Resu, el Undécimo Mandamiento, los sintió llegar y cerró de golpe la ventana:

—Ya están ésos aquí; Dios nos tenga de su mano —le dijo a la Vito, la sirvienta.

Durante los dos primeros años, el Nini acompañó a los extremeños a talar el monte de la vaguada y desenraizar los matos de encina. Antes hicieron esto en Torrecillórigo, aunque ahora eran empleados del Estado dedicados a la ardua tarea de la repoblación forestal. La repoblación forestal era la obsesión de los hombres nuevos, y cuando la guerra, apenas a las veinticuatro horas de estallar, se organizaron brigadas de voluntarios con el fin de convertir la escueta aridez de Castilla en un bosque frondoso. No había tarea más apremiante y los prohombres decían: «Los árboles regulan el clima, atraen las lluvias y forman el humus, o tierra vegetal. Hay, pues, que plantar árboles. Hay que hacer la revolución. ¡Arriba el campo!». Y todos los hombres de todos los pueblos de la cuenca se desparramaron ilusionados, la azada al hombro, por las inhóspitas laderas. Pero llegó el sol de agosto y abrasó los tiernos brotes y los cerros siguieron mondos como calaveras.

Guadalupe, el capataz de los extremeños, que, pese a su nombre, era un muchacho atezado y musculoso, con bruscos y ágiles ademanes de gitano, les dijo de entrada a los mozos del pueblo en la taberna del Malvino que venían dispuestos a convertir Castilla en un jardín. El Pruden se había sonreído escépticamente y el Guadalupe le dijo: «¿Es que no lo crees?. —Y el Pruden respondió melancólicamente—: Sólo Dios hace milagros».

Los extremeños comenzaron el trabajo por la Cotarra Donalcio y en pocos meses la motearon de pimpollos, como la cara de un hombre picado de

viruelas. Pero tan pronto concluyeron, un sol implacable derramó su fuego sobre la colina y los incipientes pinabetes comenzaron a amustiarse y a las dos semanas un setenta por ciento de los arbolitos trasplantados estaban resecos y chascaban al pisarlos como leña. Los supervivientes se defendieron unas semanas aún, pero al poco tiempo perecieron también calcinados y la faz de la Cotarra Donalcio volvió a ser tan adusta y hosca como antes de dejar su huella allí los extremeños. El yeso cristalizado brillaba en el borde de las hoyas de greda, y Guadalupe, el Capataz, al divisar los guiños del cerro desde los bajos juraba y decía:

—Todavía se cachondea el marica de él.

Hablaban de los cerros con rencor, pero, pese al estéril resultado, no cejaban en el empeño. A veces aparecía por el pueblo el ingeniero, que era un hombre campechano aunque con esa palidez que contagian las páginas de los libros a quien ha estudiado mucho, y entonces se reunía con los doce extremeños en la taberna del Malvino y les arengaba como el general a los soldados antes del combate:

—Extremeños —decía—, tened presente que, hace cuatro siglos, un mono que entrara en España por Gibraltar podía llegar al Pirineo saltando de rama en rama sin tocar tierra. Con vuestro entusiasmo, el país volverá a ser un inmenso bosque.

El Pruden y el Malvino cambiaban una mirada de inteligencia. Tras la visita del ingeniero, que bebía con ellos como un igual, los extremeños acrecían sus esfuerzos, ahondaban las hoyas de cada pimpollo para que sirviera de recipiente a las aguas pluviales y les protegiera del matacabras, pero las lluvias no se presentaban y, al llegar julio, el pimpollo se asaba en el hoyo como un pollo en su propio jugo.

El Nini frecuentaba a los extremeños porque, aparte de ser maestros en el arte de desarraigar una encina o de plantar un pinabete mediante un cortado movimiento de muñeca, le recordaban los tiempos de Torrecillórigo con el abuelo Abundio, cuando, al anochecer, en el almacén agujereado, narraban turbulentas historias de asesinatos. De vez en cuando, se presentaba en el pueblo algún conocido:

—Nini, chavea, ¿qué fue del abuelo?

—Se fue.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¡Condenado viejo! Con sus lavatorios no nos dejaba pegar ojo en toda la noche. ¿Recuerdas?

Pero en el pueblo no querían a los extremeños porque estimaban su labor inútil, impedían el acceso de las ovejas a las colinas y les atribuían toda clase de vicios. Durante su estancia los nativos disfrutaban de una absoluta impunidad. Ante cualquier desaguisado la gente decía:

—Habrán sido los extremeños.

El Undécimo Mandamiento iba más lejos. Y si aparecía un billete de cinco duros en el cepo de la iglesia, o se tenía conocimiento de cualquier buena acción, decía:

—De seguro, los extremeños no han sido.

Pero el Nini sabía que los extremeños eran buena gente y con su herramienta, un cacho de pan y un cacho de tocino salvaban la jornada y no pedían más. El jornal marchaba íntegro para Extremadura, donde durante seis largos meses les aguardaban pacientemente sus mujeres y sus hijos. Nada de esto modificaba la opinión del Undécimo Mandamiento, para quien los extremeños, en cualquier circunstancia, eran unos individuos indeseables. Y si callaban, le parecían peligrosos; y si cantaban, ineducados. Y si al cruzar frente al almacén oía sus animados coros, llamaba aparte al Guadalupe y le decía.

—Guadalupe, el undécimo no alborotar.

Guadalupe, el Capataz, se plantaba:

—¡Está bueno eso! Y si no cantan ¿qué van a hacer, señora?

—Rezar.

Guadalupe cruzaba sus atezados brazos sobre el pecho y meneaba la cabeza de arriba abajo, como queriendo demostrar que callaba para no enconar más las cosas.

Por San Braulio, doña Resu se topó en la Plaza con el tío Ratero:

—Me alegro de verte, Ratero —le dijo—. ¿Sabes que el chico anda todo el tiempo entre los perdidos de los extremeños y bebe de la bota y oye palabrotas y cuentos obscenos?

—Déjele estar, doña Resu —respondió el Ratero con su sonrisa indescifrable.

—¿Eso dices tú?

—¡Eso!

—¿Y no andaría mejor en la escuela que aprendiendo lo que no debe?

—Él ya sabe.

—¿Crees tú que sabe?

—Todos lo dicen.

—¿Todos? Y si ellos no saben de la misa la media, ¿cómo saben si saben los demás?

El Ratero metió un dedo bajo la boina y se rascó ásperamente el cogote.

La voz de doña Resu adquirió, de súbito, un tono conciliador:

—Escucha, Ratero —agregó—. El Nini tiene luces naturales, ya lo creo que las tiene, pero necesita una guía. Si el Nini se lo propusiera podría saber más que nadie en el pueblo.

El Undécimo Mandamiento consultó su relojito de pulsera e hizo un ademán de impaciencia:

—Llevo prisa, Ratero —terminó—. Algún día he de hablar contigo despacio sobre el asunto.

No era ninguna novedad la mala opinión que el Nini le merecía a doña Resu, pero antes de llegar este año los extremeños el Undécimo Mandamiento se limitaba a pensar mal de él o a regañarle tibiamente. Esto no impedía que apelara a sus servicios cuando lo necesitaba, como aconteció, para San Ruperto y San Juan haría dos años, con el asunto de los conejos:

—Nini —le dijo entonces—, ¿no crían las conejas todos los meses?

—Así es, doña Resu.

—¿Qué le ocurre entonces a esta mía que lleva seis emparejada y como si no?

El Nini no respondió, abrió la conejera y examinó reflexivamente a los animales. Después de un rato, los encerró de nuevo, se incorporó y dijo gravemente:

—Son machos los dos, doña Resu.

El Undécimo Mandamiento se sofocó toda y lo expulsó a empellones del corral.

Ya en vida de don Alcio Gago, su marido, doña Resu era inflexible y dominante. Don Alcio, por cosas de la tensión, se negaba a dar un paso, pero, como recelaba de los caballos, doña Resu los adquiría en la ciudad de los desechos de las funerarias. Los caballejos que tiraban de las carrozas eran animales dóciles, incapaces de una mala acción. A pesar de todo, don Alcio les respetaba la correa dorada y el plumero negro de la cabeza por si acaso al prescindir de estos aditamentos extrañaban la anomalía y se alborotaban. Y los campesinos, al cruzarse con él de esta guisa, se santiguaban porque presumían que un animal tan lúgubremente enjaezado no podía acarrear más que desgracias. Al ponerse el sol, don Alcio solía detenerse sobre el cerral y allí, inmóvil, a contraluz, sobre el caballo empenachado, semejaba una aparición fantasmagórica. A partir de entonces, el cerral comenzó a llamarse

la Cotarra Donalcio. Mas don Alcio, a pesar de la tensión, enterró cuatro caballerías antes de morir él, y al ocurrir esto doña Resu le llevó un luto riguroso, negándose incluso a participar en la fiesta de la Pascuilla y asistiendo durante dos años a misa los domingos a través de la rejilla del confesonario.

Don Ciro, que era el párroco de Torrecillórigo, que por necesidad binaba en el pueblo, era demasiado joven y tímido para contradecirla: «Si su conciencia queda más tranquila, hágalo así», le decía. Don Ciro se presentaba los domingos sobre las once, en el tractor del Poderoso, y rezaba una misa sencilla y trataba de explicar sencillamente el Evangelio. El Mamertito, el chico del Pruden, que hacía de monaguillo, jamás tocaba segundas mientras no divisara desde el campanario la nube de polvo que levantaba en la carretera el Fordson del Poderoso.

El Mamertito, desde muy niño, empezó a decir que antes de dormirse se le aparecía San Gabriel. A los seis años se le aleló la cara y la Sabina, su madre, decía que era a causa de las apariciones. Pero dos años después el rapaz se cayó del trillo y expulsó de la nariz un piñón con raíces y todo y mucha sangre y pus y, de este modo, se le avivó el semblante de nuevo y la Sabina, decepcionada, le voceó que si volvía a mentarle a San Gabriel le cruzaba la cara de un bofetón. Por San Jonás, doña Resu mandó llamar al Nini:

—Pasa, pequeño —le dijo—. La perra déjala fuera.

El niño la miró serenamente y dijo con aplomo:

—Si ella no entra, yo tampoco, doña Resu, ya lo sabe.

—Está bien. Entonces, hablaremos en el corral.

Pero se quedaron en el zaguán, sentados en una vieja arca de nogal tan alta que los pies del Nini no alcanzaban el suelo. El Undécimo Mandamiento utilizaba esa tarde con él unos modales melifluos y reprimidos:

—Dime, hijo, ¿por qué andas siempre tan solo?

—No ando solo, doña Resu.

—¿Con quién, entonces?

—Con la perra.

—¡Alma de Dios! ¿Es alguien un animal?

El Nini la miró sorprendido y no respondió. Prosiguió doña Resu:

—¿Y la escuela? ¿Por qué no vas a la escuela, Nini?

—¿Para qué?

—Mira qué preguntas. Para aprender.

—¿Se aprende en la escuela?

—¡Qué cosas! En la escuela se educa a los pequeños para que el día de mañana puedan ser unos hombres de provecho.

Sonrió doña Resu al observar el desconcierto del niño y añadió:

—Escúchame. Los ignorantes del pueblo y los perdidos de los extremeños te dirán que sabes muchas cosas, pero tú no hagas caso. Si ellos no saben nada de nada, ¿cómo saben si sabes tú?

Se miraron uno a otro en silencio y doña Resu, para no perder su ventaja inicial, agregó al fin:

—¿Sabes acaso, pequeño, lo que es la longanimidad?

El niño la miraba perplejo, con el mismo estupor con que dos tardes antes mirara al Rosalino cuando le pidió desde lo alto del Fordson que diese un golpecito al carburador porque la máquina rateaba. Como el Nini no se inmutara, Rosalino le preguntó: «¿No sabes, acaso, dónde anda el carburador?. —Finalmente el niño se encogió de hombros y dijo—: De eso no sé, señor Rosalino; eso es inventado».

Doña Resu lo contemplaba ahora con un punto de orgullo, una sonrisa apenas esbozada en las comisuras de los labios:

—Di —insistió—. ¿Sabes, por casualidad, qué es la longanimidad?

—No —dijo bruscamente el niño.

La sonrisa de doña Resu floreció como una amapola:

—Si fueras a la escuela —dijo— sabrías esas cosas y más, y el día de mañana serías un hombre de provecho.

Se abrió una pausa. Doña Resu preparaba una nueva ofensiva. La pasividad del niño, la ausencia de toda reacción empezaba a desconcertarla. Dijo de súbito:

—¿Conoces el auto grande de don Antero?

—Sí. El Rabino Grande dice que es macho.

—Jesús, qué disparate. ¿Es que un automóvil puede ser macho o hembra? ¿Eso dice el Pastor?

—Sí.

—Otro ignorante. Si el Rabino Grande hubiera ido a la escuela no diría disparates. —Cambió de tono para proseguir—: ¿Y no te gustaría a ti cuando seas grande tener un auto como el de don Antero?

—No —dijo el niño.

Doña Resu carraspeó:

—Está bien —dijo seguidamente—, pero sí te gustaría saber de plantar pinos más que Guadalupe, el Extremeño.

—Sí.

—O saber cuántos dedos tiene el águila real o dónde anida el cernícalo lagartijero, ¿verdad que sí?

—Eso ya lo sé, doña Resu.

—Está bien —dijo el Undécimo Mandamiento en tono intemperante—, tú quieres que a doña Resu la pille el toro. Eso quieres tú, ¿verdad?

El niño no respondió. La Fa lo contemplaba pacientemente desde la línea dorada de la puerta. Doña Resu se incorporó y puso al Nini una mano en el hombro:

—Mira, Nini —le dijo maternalmente—, tú tienes luces naturales pero al cerebro hay que cultivarlo. Si a un pajarito no le dieras de comer todos los días moriría, ¿verdad que sí? Pues es lo mismo.

Carraspeó bobamente y agregó:

—¿Conoces al ingeniero de los extremeños?

—¿A don Domingo?

—Sí, a don Domingo.

—Sí.

—Pues tú podrías ser como él.

—Yo no quiero ser como don Domingo.

—Bueno, quien dice don Domingo dice otro cualquiera. Quiero decir que tú podrías ser un señor a poco que pusieras de tu parte.

El chiquillo alzó la cabeza de golpe:

—¿Quién le dijo que yo quiera ser un señor, doña Resu?

El Undécimo Mandamiento elevó los ojos al techo. Dijo, reprimiendo su irritación:

—Será mejor que vuelva a hablar con tu padre. Eres muy testarudo, Nini. Pero ten presente una cosa que te dice doña Resu: en este mundo no se puede estar uno mano sobre mano mirando cómo sale el sol y cómo se pone, ¿me entiendes? El undécimo, trabajar.

X

El Rabino Grande se levantaba antes de apuntar la aurora e inmediatamente hacía sonar el cuerno desde el centro de la Plaza y los vecinos, al oír la señal, tiraban, entre sueños, del cordel enganchado al picaporte de la cuadra y las ovejas y las cabras acudían por sí solas a concentrarse en torno al Pastor haciendo sonar jubilosamente sus esquilas. Por su parte, el Rabino Chico, a esas horas, ya regresaba del cauce de abrevar el ganado y ambos hermanos se cruzaban en la Plaza y se saludaban levantando lentamente una mano en ademán amistoso, como si fueran dos desconocidos:

—Buenos días.

—Buenos nos los dé Dios.

Luego, el Rabino Chico se encerraba en el establo, limpiaba los pesebres y preparaba las posturas, en tanto el Rabino Grande ascendía con el rebaño por el camino del alcor y la primera claridad del alba lo sorprendía, de ordinario, faldeando los tesos. Durante el otoño y el invierno, los primeros seres que el Rabino Grande divisaba abajo en la cuenca, entre los hoscos terrones, arrimados a la tira plateada del arroyo, eran el tío Ratero y el Nini. Los distinguía, claramente aunque diminutos, y por sus actitudes adivinaba cuándo escapaba la rata o cuándo la atrapaban.

Sentado en una laja, a medio teso, mientras almorzaba, seguía ahora sus evoluciones con una atención indiferente y fría.

Abajo, en la cuenca, el Ratero se apartó de la hura malhumorado:

—No está sobada —dijo.

El riachuelo, en estiaje prematuro, discurría penosamente entre los carrizos y las espadañas y, a los lados, bajo un sol pugnaz, blanqueaban los barbechos sedientos, en contraste con la engañosa plenitud de los cereales apuntados.

El niño estimuló a la perra:

—¡Tráela, Fa!

El animal, el hocico a ras de tierra, olfateaba las veredas y los pasos de las riberas y al cruzar de una orilla a otra chapoteó en el agua ruidosamente. De pronto se plantó, el muñón erecto, la pequeña cabeza ladeada, fijos los ojos, el cuerpecillo tenso e inmóvil:

—¡Ojo, chita! —dijo el Ratero enarbolando el pincho.

La perra se arrancó ciegamente con un breve ladrido, quebrando, como una exhalación, las berreras y carrizos que se alzaban a su paso. Durante unos segundos corrió en línea recta, pero, de súbito, se detuvo, volvió sobre sus pasos, olisqueó tenazmente en todas direcciones y, al cabo, irguió la cabeza desolada y jadeó ahogadamente.

—La ha perdido —dijo el Nini.

—Es vieja ya; no tiene vientos —dijo el Ratero.

El Nini lo miró dubitativo. Dijo tras una pausa:

—Está preñada. Eso le pasa.

El hombre no respondió. La perra ganó de un salto la ribera, se agachó y, al concluir, escarbó nerviosamente con las manos hasta cubrir de tierra la pequeña mancha de humedad. Cada vez que orinaba en el campo procuraba no dejar rastro. En la cueva bastaba que el niño la señalara la entrada con un gesto para que el animal saliera y se desahogara. De muy joven lo hacía levantando la pata junto a las esquinas, como los perros, pero tras el primer parto, el animal se asentó y adquirió consciencia de su sexo. Antes, el Antoliano la cercenó el rabo de un solo golpe con el formón. Pero, en todo caso, el muñón de la Fa era un muñón alegre y expresivo, como esos hombres sobre quienes se acumulan las desgracias y, sin embargo, sonríen. Por el muñón de la Fa sabía el Nini dónde había ratas y dónde no las había, si estaba alegre o triste, dónde anidaban la abubilla y el alcaraván o si rondaba un peligro.

—Es del perro del Centenario —aclaró el Nini, tras una pausa, sin que el hombre le hubiera pedido explicaciones.

—¿Del Duque?

—Sí. Por la noche la Sime le da suelta.

El Ratero movió la cabeza enojado. Tenía la hirsuta barba a corros sin afeitar, y la sucia boina capona calada hasta las orejas. Sus ojos se enturbiaron al decir:

—No hay ratas ya.

Amagaba la primavera y los morrales eran cada vez más exiguos y laboriosos. Ningún año ocurrió así. Las ratas abundaban en el arroyo —a veces hasta cinco o seis en una hura— y raro era el día que el tío Ratero no conseguía un morral de tres docenas. Ahora, a duras penas lograban la tercera parte. El Ratero decía, apretando las encías deshuesadas: «Ése me las roba. —Malvino, en la taberna, le malmetía cada noche—: Las ratas son tuyas, Ratero, métetelo en la cabeza. A ese granuja nadie le dio vela en este entierro». «Eso», decía el Ratero, y los músculos del cuello y de los brazos se

le tensaban hasta casi saltar. Aún añadía el Malvino: «Quiere quitarte el pan; no dejes a ese gandul que te pise el terreno». Luego, hasta la tarde siguiente, el Ratero no hacía más que rumiar sus palabras pese a que el Nini se esforzaba en convencerle de que las ratas eran como los trigos, que unos años vienen mejor y otros peor, y culpaba de la escasez a los hurones y las comadrejas. «Algo han de comer —decía—; conejos no hay». A veces el niño imaginaba que las ratas podían estar afectadas por la peste de los conejos, pero por más que investigó no consiguió dar con una rata enferma. Conejos, en cambio, se hallaban con facilidad en el páramo, las trochas o los senderos del monte, la cabeza aleonada, los párpados hinchados, el hocico erizado de pústulas. El animal contagiado era un ser indefenso que moría de inanición: ciego y sin olfato era incapaz de encontrar alimento.

El Nini cavó una cueva anidada y llamó la atención del Ratero:

—Mire —dijo.

Entre las pajas se movían dos minúsculos cuerpos sonrosados. Tenían aún los ojos cerrados pero, en cambio, abrían unas bocas desproporcionadas:

—Ya ve, dos crías —añadió el niño—. Nadie tiene la culpa.

De ordinario, las camadas de las ratas eran de cinco a ocho. Dijo el Ratero, luego de observarlas atentamente:

—Son de esta noche.

El niño cubrió el nido, cuidando de no aplastarlas. Insistió:

—Es año bisiesto. Nadie tiene la culpa.

A la mañana siguiente, cuando acechaba a la nutria, en el cauce, el Nini se topó con el ratero de Torrecillórigo. Era un muchacho apuesto, de ojos vivaces y expresión resuelta, que vestía una americana de pana parda y botas claveteadas como las del Furtivo. Su perro olisqueaba sin convicción entre las berreras. El hombre sonrió al niño y dijo, acuclillándose e hincando el pincho de hierro en el suelo:

—¿Qué pasa que no hay ratas este año?

—Qué sé yo —dijo el niño.

—El año pasado había un carro de ellas.

—Éste, no. Las comadrejas las sangran; y los hurones.

—¿Los hurones también?

—A ver. No hay conejos arriba. La peste acabó con ellos. Algo tienen que comer.

Luego permaneció en silencio un rato junto al cauce, observándolo. La Fa también lo miraba hacer y, de vez en cuando, rutaba con encono mal reprimido. El Nini reparó en la bolsa flácida, en la cintura del hombre:

—¿No cogiste ninguna?

El otro sonrió; su sonrisa era muy blanca en contraste con su rostro atezado:

—Ni las vi tampoco —dijo.

El niño hincó los codos en las rodillas y sujetó la cara entre las manos:

—¿Por qué lo haces? —inquirió al fin.

—¿Por qué hago qué?

—Cazar ratas.

—Para entretenerme, mira. A mí me gustan las ratas.

—¿Las vendes?

El otro rompió a reír francamente:

—Está bueno eso. Con sacar para merendar ya me conformo —dijo.

Entonces el niño le sugirió que cazara en el término de Torrecillórigo. El muchacho parecía muy divertido:

—¿Es vedado esto?

El niño continuó mudo. El hombre, entonces, se sentó en el ribazo, lió un cigarrillo, lo prendió y se tumbó bajo el sol. Guiñaba los ojos, no se sabía si por el humo del cigarrillo o por la fuerza del sol y, de pronto, se enderezó y dijo:

—Parece que no quiere llover.

El Pruden, desde San Juan Clímaco, decía cada tarde en la taberna del Malvino: «Si no llueve para San Quinciano, a morir por Dios». El Rosalino y el Virgilio, y el José Luis y el Justito y el Guadalupe y todos los hombres del pueblo no decían nada, pero cada madrugada, al despertar, alzaban los ojos al cielo y al contemplar el azul infinito barbotaban juramentos y maldecían entre dientes. No obstante, se aviaban y salían con el primer sol a aricar los sembrados o a binar los barbechos y, al terminar, se sentaban silenciosamente en la taberna a esperar el agua y, si es caso, trataban de olvidar el riesgo y decían: «Anda, Virgilio, tócate un poco; siquiera tendremos música». Y otro tanto acontecía en septiembre cuando aguardaban pacientemente que lloviera para alzar. Los hombres del pueblo trataban de acorazarse contra la adversidad y jalonaban el curso del año con fiestas y romerías. Pero el agua, o el nublado, o el pulgón, o la helada negra siempre venían a trastornarlo todo. Por las Marzas, que este año cayeron por San Porfirio, el pueblo parecía un funeral. Sin embargo, los mozos se dividieron, como de costumbre, en dos coros, y ambos se peleaban por el Virgilio Morante, pero a poco de prender las hogueras se presentó la señora Clo y dijo que había relente y que el Virgilio andaba constipado y que mejor estaría en casa. Los coros, sin el

Virgilio, apenas acertaban a entonar y las mozas se reían desde los balcones de sus esfuerzos disonantes. Luego, en las bodegas, no había ratas para todos y una vez más se cumplió la vieja profecía del Centenario: «Vino con holgura, tajada con mesura. —Y el José Luis le dijo brutalmente al tío Ratero —: Ya no sirves; tendrás que pedir plaza en el Asilo». Y dijo el Ratero: «No hay ratas ya; ése me las roba».

Apenas regresó el Nini de acechar a la nutria, le dijo el Ratero maquinalmente:

—¿Viste a ése?

El Nini no respondió. El tío Ratero levantó los ojos del puchero:

—¿Le viste? —insistió.

Aún tardó el niño un rato en responder:

—No sabe —dijo al fin—. Y el perro tampoco.

El Ratero le prendió del pelo y le obligó a levantar la cabeza:

—¿Dónde andaba, di?

El niño crispó la boca en un gesto de dolor:

—En las Revueltas —dijo—. Pero no sabe. En toda la tarde agarró una rata, ya ve.

El tío Ratero le soltó, pero sus dedos seguían crispados y finalmente los entrelazó con los de la otra mano, como si atenazara la garganta de alguien.

—Si lo cojo, lo mato —dijo.

Luego quedó resollando por el esfuerzo.

Por San Andrés Hivernón, perdió un ojo la perra. Ocurrió el mismo día que el Rabino Grande, el Pastor, mató a palos a una culebra de metro y medio que mamaba a la cabra del Pruden después de hipnotizarla. A la Fa la perdió el ansia del tío Ratero, su afán porque husmease entre las junqueras, los carrizos y los zaragüelles. El tío Ratero no se cansaba: «Busca, chita», decía. Y el animal rastreaba dócilmente entre las berreras y la corregüela.

Al salir de la maraña con el ojo herido gañía tenuemente. El tío Ratero dijo: «No sirve ya; está vieja». Y el niño la tomó en sus brazos y pasó la noche aplicándole compresas de áloe y pimienta. A la mañana siguiente, le bañó el ojo con jugo de ciruela, pero todo resultó inútil; la perra quedó tuerta, con una expresión extraña en la cara, entre pícara y taciturna.

Por San Juan de Ante Portam Latinam parió la perra; echó seis cachorrillos moteados y uno de pelaje canela. El Nini bajó donde el Centenario a darle la buena nueva.

—Ya somos parientes, ¿no? —le dijo el viejo.

—¿Parientes, señor Rufo?

—A ver. ¿No son los cachorros del Duque y de tu perra?

—Sí.

—Pues entonces.

El niño no se habituaba ahora a la soledad. Echaba en falta a la perra, a su lado. Cada vez que salía de la cueva el animalito le seguía con la vista dudando entre abandonarle a él o abandonar a sus crías. Una tarde, al regresar de sus correrías, la encontró aullando lastimeramente. Bajo ella, oculto entre las ubres, jugueteaba solitario el cachorro canela. El Ratero le dijo con una sonrisa maliciosa:

—Éste ve bien.

El Nini le miró sin responderle. Agregó el tío Ratero:

—Tiene los ojos bien listos.

El niño vacilaba:

—¿Y los otros? —dijo al fin.

—¿Los otros?

—¿Dónde los puso?

En la cara del tío Ratero se dibujó una mueca entre estúpida y socarrona:

—¿Dónde? Por ahí.

La perra gañía a su lado y el Nini tomó el cachorro en sus brazos y salió de la cueva. La Fa le precedía rastreando en la cárcava, atravesó el camino y por la linde del trigal se llegó al prado, levantó el hocico al viento, y al cabo, sin vacilar, se dirigió al río en línea recta. Una vez allí se alebró, la cabeza gacha, como entregada. Entonces divisó el Nini entre las espadañas el primer cachorro. Uno a uno recuperó los seis cadáveres y allí mismo, en el prado, cavó una hoya profunda y los enterró. Al concluir puso una cruz de palo sobre el montón de tierra y la Fa se ovilló a su lado, mirándolo apagadamente con su único ojo agradecido.

XI

La cigüeña casi siempre inmigraba a destiempo, lo que no impedía que el Nini anunciase su presencia cada año con varios días de antelación. En la cuenca existía desde tiempo el prejuicio de que la cigüeña era heraldo de primavera, aunque en realidad, por San Blas, fecha en que de ordinario se presentaba, apenas iba mediado el duro invierno de la meseta. El Centenario solía decir: «En Castilla ya se sabe, nueve meses de invierno y tres de infierno». Y raro era el año que se equivocaba.

El Nini, el chiquillo, sabía que las cigüeñas que anidaban en la torre eran siempre las mismas y no las crías, porque una vez las anilló y al año siguiente regresaron con su habitual puntualidad y los aros rebrillaban al sol en la punta del campanario como si fueran de oro. Tiempo atrás, el Nini solía subir al campanario cada primavera, por la fiesta de la Pascuilla, y desde lo alto de la torre, bajo los palitroques del nido, contemplaba fascinado la transformación de la tierra. Por estas fechas, el pueblo resurgía de la nada, y al desplegar su vitalidad decadente asumía una falaz apariencia de feracidad. Los trigos componían una alfombra verde que se diluía en el infinito acotada por la cadena de cerros, cuyas crestas agónicas se suavizaban por el verde mate del tomillo y la aliaga, el azul aguado del espliego y el morado profundo de la salvia. No obstante, los tesos seguían mostrando una faz torva que acentuaban las irisaciones cambiantes del yeso cristalizado y la resignada actitud del rebaño de Rabino Grande, el Pastor, ramoneando obstinadamente, entre las grietas y los guijos, los escuálidos yerbajos.

Bajo el campanario se tendía el pueblo, delimitado por el arroyo, la carretera provincial, el Pajero y los establos de don Antero, el Poderoso. El riachuelo espejeaba y reverberaba la estremecida rigidez de los tres chopos de la ribera con sus muñones reverdecidos. Del otro lado del río divisaba el niño su cueva, diminuta en la distancia, como la hura de un grillo, y según el cueto volvía, las cuevas derruidas de sus abuelos, de Sagrario, la Gitana, y del Mamés, el Mudo. Más atrás se alzaba el monte de encina del común y las águilas y los ratoneros lo sobrevolaban a toda hora acechando su sustento. Era, todo, como una portentosa resurrección, y llegada la Conversión de San Agustín la fronda del arroyo rebrotaba enmarañada y áspera; los linderones se poblaban de amapolas y margaritas, las violetas y los sonidos se arracimaban

en las cunetas húmedas y los grillos acuchillaban el silencio de la cuenca con una obstinación irritante.

Sin embargo, este año, el tiempo continuaba áspero por Santa María Cleofé, pese a que el calendario anunciara dos semanas antes la primavera oficial. Unas nubes altas, apenas tiznadas, surcaban velozmente el cielo, pero el viento norte no amainaba y las esperanzas de lluvia se iban desvaneciendo. Junto al arroyo, en las minúsculas parcelas donde alcanzaba el agua, sembraron los hombres del pueblo escarola, acelgas, alcachofas y guisantes enanos. Otros segaron los cereales de las tierras altas para forrajes verdes y dispusieron la siembra de trigos de ciclo corto. Las yeguas quedaron cubiertas y con la leche de las cabras y las ovejas se elaboraron quesos para el mercado de Torrecillórigo. En las colmenas recién instaladas se hizo el oreo para evitar la enjambrazón prematura y el Nini, el chiquillo, no daba abasto para atender las demandas de sus convecinos:

—Nini, chaval, mira que quiero formar nuevas colonias. Si no cojo trigo siquiera que coja miel.

—Nini, ¿es cierto que si no destruyo las celdillas reales el enjambre se me largará? ¿Y cómo demontre voy a conocer yo las celdillas reales?

Y el Nini atendía a unos y a otros con su habitual solicitud.

Por San Lamberto, las nubes se disiparon y el cielo se levantó, y sobre los campos de cereales empezaron a formarse unos corros blanquecinos. El Pruden dio la alarma una noche en la taberna:

—¡Ya están ahí las parásitas! —dijo—. La piedralipe no podrá con ellas.

Le respondió el silencio. Desde hacía dos semanas no se oía en el pueblo sino el siniestro crotorar de la cigüeña en lo alto de la torre, y el melancólico balido de los corderos nuevos tras las bardas de los corrales. Los hombres y las mujeres caminaban por las sórdidas callejas arrastrando los pies en el polvo, la mirada ensombrecida, como esperando una desgracia. Conocían demasiado bien a las parásitas para no desesperar. El año del hambre el «ojo de gallo» arrasó los sembrados y dos más tarde el «cyclonium» no respetó una espiga. Los hombres del pueblo decían «cyclonium», entrecruzando los dedos mecánicamente, como veían hacer a don Ciro cada vez que soltaba cuatro latines desde el púlpito de la iglesia. A los más religiosos se les antojaba una blasfemia que se llamara «cyclonium» una parásita tan cruel y devastadora. No obstante, fuese su nombre propio o impropio, el «cyclonium» se ensañaba con ellos, o, al menos, amagaba todos los años por el mes de abril. El tío Rufo decía: «Si no fuera por abril no habría año vil». Y en el fondo de sus almas

los hombres del pueblo alimentaban un odio concentrado hacia este mes versátil y caprichoso.

Por San Fidel de Sigmaringa, en vista de que la sequía se prolongaba, doña Resu propuso sacar el santo para impetrar la lluvia de lo Alto, siquiera don Ciro, el párroco de Torrecillórigo, con su excesiva juventud y su humildad, y su indecisa timidez, no les pareciera eficaz a los hombres del pueblo para un menester tan transcendente. De don Ciro contaban que el día que el Yayo, el herrador de Torrecillórigo, mató a palos a su madre y, tras enterrarla bajo un montón de estiércol, se presentó a él para descargar sus culpas, don Ciro le absolvió y le dijo suavemente: «Reza tres Avemarías, hijo, con mucho fervor, y no lo vuelvas a hacer».

Con todas estas cosas la nostalgia hacia don Zósimo, el Curón, se avivaba todo el tiempo. Don Zósimo, el antiguo párroco, levantaba dos metros y medio y pesaba 125 kilos. Era un hombre jovial que no paraba nunca de crecer. Al Nini, su madre, la Marcela, lo asustaba con él: «Si no callas —le decía—, te llevo donde el Curón, a que le veas roncar». Y el Nini callaba porque aquel hombre gigantesco, enfundado de negro, con aquel vozarrón de trueno, lo aterraba. Y cuando las rogativas, el Curón no parecía implorar sino exigir y decía: «Señor, concédenos una lluvia saludable y haz correr por la sedienta faz de la tierra las celestiales corrientes» como si se dirigiera a un igual en una conversación confianzuda. Y con aquella su voz atronadora, hasta los cerros parecían temblar y conmoverse. En cambio, don Ciro, ante la Cruz de Piedra, se arrodillaba en el polvo y decía humillando la cabeza y abriendo sus débiles brazos: «Aplaca, Señor, tu ira con los dones que te ofrecemos y envíanos el auxilio necesario de una lluvia abundante». Y su voz era débil como sus brazos, y los vecinos del pueblo desconfiaban de que una petición tan desvaída encontrara correspondencia en lo Alto. Y otro tanto sucedía en las Misiones. Don Zósimo, el Curón, cada vez que subía al púlpito era para hablarles de la fornicación y del fuego del infierno. Y peroraba con voz de ultratumba y, al concluir el último sermón, los hombres y mujeres abandonaban la parroquia empapados en sudor, lo mismo que si hubieran compartido con los réprobos durante unos días las penas del averno. Por contra, don Ciro hablaba dulcemente, con una reflexiva, cálida ternura, de un Dios próximo y misericordioso, y de la justicia social y de la justicia distributiva y de la justicia conmutativa, pero ellos apenas entendían nada de esto y si aceptaban aquellas pláticas era únicamente porque a la salida de la iglesia, durante el verano, don Antero, el Poderoso, y el Mamel, el hijo mayor

de don Antero, se enfurecían contra los curas que hacían política y metían la nariz donde no les importaba.

No obstante, el pueblo acudió en masa a las rogativas. Antes de abrir el alba, tan pronto el gallo blanco del Antoliano lanzaba desde las bardas del corral su ronco quiquiriquí, se formaban torpemente dos filas oscuras que caminaban cansinamente siguiendo las líneas indecisas de los relejes. Paso a paso, los hombres y las mujeres iban rezando el rosario de la Aurora y a cada misterio hacían un alto y entonces llegaba a ellos el dulce campanilleo de las ovejas del Rabino Grande desde las faldas de los tesos. Y como si esto fuera la señal, el pueblo entonaba entonces desafinada, doloridamente, el «Perdón, oh Dios mío». Así hasta alcanzar la Cruz de Piedra del alcor ante la cual se prosternaba humildemente don Ciro y decía: «Aplaca, Señor, tu ira con los dones que te ofrecemos y envíanos el auxilio necesario de una lluvia abundante». Y así un día y otro día.

Por San Celestino y San Anastasio concluyeron las rogativas. El cielo seguía abierto, de un azul cada día un poco más intenso que el anterior. No obstante, al caer el sol, el Nini observó que el humo de la cueva al salir del tubo se echaba para la hondonada y reptaba por la vertiente del teso como una culebra. Sin pensarlo más dio media vuelta y se lanzó corriendo cárcava abajo, los brazos abiertos, como si planeara. En el puentecillo de junto al arroyo divisó al Pruden encorvado sobre la tierra:

—¡Pruden! —voceó agitadamente, y señalaba con un dedo la chimenea, a medio cueto—: El humo al suelo, agua en el cielo; mañana lloverá.

Y el Pruden levantó su rostro sudoroso y lo miró como a un aparecido, primero como con desconcierto pero, de inmediato, hincó la azuela en la tierra y sin replicar palabra se lanzó como un loco por las callejas del pueblo, agitando los brazos en alto y gritando como un poseído:

—¡Va a llover! ¡El Nini lo dijo! ¡Va a llover!

Y los hombres interrumpían sus tareas y sonreían íntimamente y las mujeres se asomaban a los ventanucos y murmuraban: «Que su boca sea un ángel», y los niños y los perros, contagiados, corrían alborozadamente tras el Pruden y aquéllos gritaban a voz en cuello: «¡Va a llover! ¡Mañana lloverá! ¡El Nini lo dijo!».

En la taberna corrió el vino aquella noche. Los hombres exultaban y hasta Mamés, el Mudo, se obstinaba en comunicar su euforia haciendo constantes aspavientos con sus dedos sobre la boca. Mas la impaciencia no les permitía a los hombres del pueblo traducir su lenguaje y Mamés gesticulaba cada vez más vivamente hasta que el Antoliano le dijo: «Mudo, no vocees así, que no

soy sordo». Y todos, hasta el Mamés, rompieron a reír y, a poco, el Virgilín comenzó a cantar *La hija de Juan Simón* y todos callaron, porque el Virgilín ponía todo su sentimiento, y sólo el Pruden le dio con el codo al José Luis y musitó: «Eh, tú, hoy está cantando como los ángeles».

Al día siguiente, la Exaltación de la Santa Cruz, un nubarrón cárdeno y sombrío se asentó sobre la Cotarra Donalcio y fue desplazándose paulatinamente hacia el sudeste.

Y el Nini, apenas se levantó, lo escudriñó atentamente. Al fin se volvió hacia el Ratero y le dijo:

—Ya está ahí el agua.

Y con el agua se desató el viento y, por la noche, ululaba lúgubremente batiendo los tesos. El bramido del huracán desazonaba al niño. Se le antojaba que los muertos del pequeño camposanto, conducidos por la abuela Iluminada y el abuelo Román, y las liebres y los zorros y los tejos y los pájaros abatidos por Matías Celemín, el Furtivo, confluían en manada sobre el pueblo para exigir cuentas. Pero esta vez el viento se limitó a desparramar la gran nube sobre la cuenca y amainó. Era una nube densa, plomiza, como barriga de topo, que durante tres días con tres noches descargó sobre el término. Y los hombres, sentados a las puertas de las casas, se dejaban mojar mientras se frotaban jubilosos sus manos encallecidas y decían mirando al cielo entrecerrando los ojos:

—Ya están aquí las aguarradillas. Este año fueron puntuales.

A la mañana del cuarto día, el silencio despertó al Nini. El niño se asomó a la boca de la cueva y vio que la nube había pasado y un tímido rayo de sol hendía sus últimas guedejas blancas y proyectaba un luminoso arco iris de la Cotarra Donalcio al Cerro Colorado. Al niño le alcanzó el muelle aroma de la tierra embriagada y tan pronto sintió cantar al ruiseñor abajo, entre los sauces, supo que la primavera había llegado.

XII

A partir de San Gregorio Nacianceno, el canto de los grillos se hacía en la cuenca un verdadero clamor. Era como un alarido múltiple y obstinado que imprimía a los sembrados, al leve cauce del arroyo, a las míseras barracas de barro y paja, a los hoscos tesos que festoneaban el horizonte, una suerte de nerviosa vibración que se ensanchaba en ondas crecientes, como una marea, en los crepúsculos, para amainar en las horas centrales del día o de la noche. Mas en todo caso el canto de los grillos tenía un volumen y una densidad, se filtraba por todos los resquicios, ponía un fondo estridente a todas las faenas, pero los hombres y las mujeres del pueblo lo desdeñaban; era un algo, como el aire o el pan, que sostenía su ritmo vital sin que ellos se apercibiesen. Tan sólo la Columba, la del Justito, se llegaba en ocasiones a su marido, las manos abiertas, crispadas sobre el pecho, y sollozaba:

—Esos grillos, Justo. Esos grillos no me dejan respirar.

Por lo demás, la irrupción de los grillos significaba para el pueblo el comienzo de una larga expectativa. Los sembrados, aricados y escardados, verdegueaban en la distancia como una firme promesa y los hombres miraban al cielo insistentemente, pues del cielo bajaban el agua y la sed, la helada y las parásitas y, en definitiva, a estas alturas, únicamente del cielo podía esperarse la granazón de las espigas y el logro de la cosecha.

Con la irrupción de los grillos la Columba, la del Justito, solía avisar al Nini para separar la gallina y confiar los polluelos al pollo capón. De ordinario no le pagaba el servicio, porque, según la Columba, el dinero en el bolsillo de los rapaces sólo servía para maliciarlos; se conformaba con darle de merendar una pastilla de chocolate y un pedazo de pan y, luego, charlaba con él a distancia, junto al arcén del pozo, y así que el niño marchaba la invadía una sensación de desasosiego, como un picor inconcreto que iba extendiéndose por todo el cuerpo. Claro que esto le ocurría cada vez que se arrimaba a cualquiera de sus convecinos, razón por la cual la Columba terminó por no relacionarse con nadie. En puridad, la Columba echaba en falta su infancia en un arrabal de la ciudad y no transigía con el silencio del pueblo, ni con el polvo del pueblo, ni con la suciedad del pueblo, ni con el primitivismo del pueblo. La Columba exigía, al menos, agua corriente, calles asfaltadas y un cine y un mal baile donde matar el rato. Al Justito, su marido, lo traía de cabeza. Le decía:

—Justo, así que me levanto de la cama, sólo de ver el mundo vacío me dan ganas de devolver.

El Justito se desazonaba:

—¿Y dónde vamos a ir que más valgamos?

A la Columba le blanqueaban mucho los ojos:

—¡Al infierno! ¡Donde sea! ¿No se fue el Quinciano?

—Valiente ejemplo, el Quinciano, de peón a Bilbao a morirse de hambre.

—Mejor muerta de hambre en Bilbao que de hartura en este desierto, ya ves.

Para la Columba, el pueblo era un desierto y la arribada de las abubillas, las golondrinas y los vencejos no alteraba para nada su punto de vista. Tampoco lo alteraban la llegada de las codornices, los rabilargos, los abejarucos, o las torcaces volando en nutridos bandos a doscientos metros de altura. Ni lo alteraban el chasquido frenético del chotacabras, el monótono y penetrante concierto de los grillos en los sembrados, ni el seco ladrido del mochuelo.

Con el Nini, la Columba no congeniaba. Se le antojaba un producto más de aquella tierra miserable, y cada vez que se lo encontraba lo miraba con desdén y desconfianza. De ahí que la Columba no recurriera al Nini sino en circunstancias extremas, como en caso de catar la colmena, o capar el marrano, o separar la gallina y confiar la pollada al pollo capón. Mas ella concretaba sobre el Justito su soledad y su desamparo:

—¿Y el Longinos, di? ¿No se marchó el Longinos? ¿Y quién había más desgraciado que él en estos contornos?

—Ése es otro cantar. El Longinos se fue con su hermana a León. Ése fue a mesa puesta.

—Eso, di que sí. Todos tienen sus razones menos nosotros.

Sin embargo, cada vez que Fito Solórzano, el Jefe, le decía lo de las cuevas, Justito, el Alcalde, veía surgir un punto de luz en el horizonte:

—Si el Jefe me ayudara… —decía—. Pero antes he de acabar con las cuevas.

La Columba se excitaba:

—Lo que es yo iba a andarme con contemplaciones.

—Tú, tú…, tú todo lo arreglas de boquilla. ¿Qué harías tú, di?

—Pondría un cartucho y prendería. Verás con qué garbo se arrancaba el Ratero.

—¿Y si no se arranca?

—Tampoco se pierde nada, mira.

Justito, el Alcalde, no obstante, tropezó dos mañanas antes, en la Plaza, con la señora Clo, la del Estanco, y ella y lo llamó a un aparte:

—Justito —le dijo—. ¿Es cierto que queréis largar al Ratero de su cueva? ¿Qué mal hace ahí?

—Ya ve, señora Clo. Un día se hunde y tenemos en el pueblo una desgracia.

Ella dijo:

—Arréglasela; eso es bien fácil.

La roncha de la frente de Justito, el Alcalde, enrojeció a ojos vistas:

—En realidad, no es eso, señora Clo. En realidad, es por los turistas, ¿sabe? Luego vienen los turistas y salen con que vivimos en cuevas los españoles, ¿qué le parece?

—Los turistas, los turistas… ¡déjeles que digan misa! ¿No van ellos por ahí enseñando las pantorras y nadie les dice nada?

Por si esto fuera poco, el José Luis, el Alguacil, le hizo ver un día al Justito la imposibilidad de volar por las bravas la cueva del Ratero. El José Luis, después de un prolongado parlamento con el juez de Torrecillórigo, llegó a la conclusión de que el Ratero, sin soltar una peseta, era el dueño de su cueva.

—¿Dueño? —dijo perplejo el Justito—. ¿Puede saberse a quién ha pagado dos reales por ella?

El José Luis adoptó una actitud de suficiencia:

—¡Dinero! —dijo—. Para la Ley no solamente vale el dinero, Justo, no la fastidiemos. También cuenta el tiempo.

—¿El tiempo?

—A ver. Atiende, tú tienes una cosa un tiempo y un día, sin más que correr el tiempo, te haces el amo de ella. Así como suena.

El Justito frunció el entrecejo y la roncha le palpitó como una cosa viva:

—¿Aunque la hayas robado?

—Aunque la hayas robado.

—Estamos apañados, entonces —dijo el Justito desoladamente.

A partir del pleito de la cueva, la Columba empezó a mirar al Nini torcidamente, como a su más directo, encarnizado enemigo. Así y todo, el Nini, el chiquillo, parecía ignorar tal disposición y jamás se le pasó por las mientes que pudiera llegar un día en que tuviese que adoptar una resolución tan arriesgada como la de verter un bidón de gasolina en el pozo del Justito. Sin embargo, las cosas vinieron rodadas, y cuando por San Bernardino de Sena, la Columba mandó razón al Nini, como cada año, para separar la

gallina, el niño acudió sin recelo, desplumó el pecho del pollo capón, le arrimó una mata de ortigas y lo depositó luego en el cajón sobre los pollos inquietos para que se calmase. La gallina, mientras tanto, lo miraba hacer estúpidamente tras los barrotes de la jaula, como si nada de todo aquello fuera con ella. Pero así que el niño terminó, la Columba, en vez de darle el pan y el chocolate, como de costumbre, se le quedó mirando con la misma estúpida expresión que la gallina. La Columba decía a veces que el Nini tenía cara de frío incluso de Virgen a Virgen, fechas en que más arreciaba la canícula. El Malvino explicaba que eso les pasa a todos los que piensan mucho, porque mientras los sesos trabajan la cabeza se caldea y la cara se queda fría, ya que las calorías del cuerpo están tasadas y si las pones en un sitio, de otro sitio has de quitarlas. El Rabino Grande, cuando estaba presente, apoyaba al tabernero y recordaba que cuando don Eustasio de la Piedra, que era un sabio, le tentaba las vértebras a su padre, tenía también cara de frío. Pero el Nini, ahora, ante la mirada impasible de la Columba, sólo acertó a decir:

—Bueno; esto está listo.

Entonces ella pareció despertar, le puso al niño la mano sobre el hombro y le dijo:

—Nini, ¿por qué no os largáis de la cueva?

—No —dijo hoscamente el niño.

—¿No os largáis o no puede saberse?

—Las dos cosas.

—¡Las dos cosas, las dos cosas! —Lo zamarreó la Columba, y su voz airada fue subiendo gradualmente de tono—: Un día el reuma te roerá los huesos por vivir bajo tierra y entonces no podrás abrir la boca ni menear un pie.

El Nini no se inmutó:

—Mira los conejos —dijo serenamente.

La Columba, entonces, perdió los estribos, levantó la mano y le propinó al niño dos solemnes bofetones. Después, como si ella fuera la ofendida, se llevó las dos manos a las mejillas y empezó a llorar con bruscas sacudidas.

Esa misma noche, el Nini robó un bidón de gasolina del sotechado del Poderoso y lo vació en el pozo del Justito. A la mañana, como de costumbre, la Columba se bebió un vaso de agua en ayunas y, al concluir, chascó la lengua:

—Esta agua tiene gusto —dijo.

—Vaya por Dios —dijo pacientemente el Justito.

—Te digo que tiene gusto —insistió la Columba.

Y al arrimar la nariz a la herrada, al Justito le temblaban visiblemente los dedos:

—¿Sabes que tienes razón? El agua esta huele a gasolina.

Prendió un fósforo y el líquido de la herrada ardió furiosamente y el Justito comenzó a golpearse el pecho con los puños y a reír con gruesas carcajadas. Parecía muy alterado al coger la bicicleta y le dijo a la Columba con muchos aspavientos:

—De esto nada, ¿oyes? Hay petróleo aquí abajo. Voy a avisar al Jefe. Esto es más importante que las cuevas. Pero mientras no venga el Jefe, ni una palabra, ¿oyes?

Por la tarde se presentó el Jefe en el coche pequeño.

El sol aún no se había ocultado, pero a esas horas ya se sentían los agudos silbidos de los alcaravanes en la falda del Cerro Merino y los grillos aturdían con su canto frenético desde las tierras.

El Justito, con manos temblorosas, hizo la demostración y el Jefe, al ver arder la herrada, se sintió recorrido por un frío paralizante que, paradójicamente, le hacía sudar a chorros por la calva:

—Bueno, bueno… —dijo al fin con un nervioso guiño de complicidad—, esto tiene que verlo un técnico. Esto puede ser un hallazgo. Ni yo mismo puedo prever las consecuencias. Mañana volveré. Hasta tanto, mucha discreción.

Ya anochecido, el pueblo entero se estacionó ante la casa del Justito. Rosalino, el Encargado, tomó la palabra y dijo que tenían noticias de que había estado allí de incógnito el señor Gobernador y que el Antoliano y el Rabino Chico habían visto el coche y que algo importante debía de ocurrir en el pueblo y que Justo era su Alcalde y tenía el deber de informarles.

Tras su discurso, el encendido clamor de los grillos descendió de los cerros como un aroma sofocante y lo inundó todo, y Justo, el Alcalde, vaciló y, al fin, dijo:

—Nada, no ocurre nada, os lo digo yo.

Pero la señora Librada, la madre de la Sabina, la del Pruden, chilló con su vocecita estentórea:

—Vamos, Justo, no te hagas de rogar.

Y dijo la Dominica, la del Antoliano:

—Eso está muy feo, Justo.

Y Justo se volvió a ella:

—¿Cuál está feo, Dominica?

Y Dominica dijo:

—Hacerse de rogar.

Entonces el Justito levantó las manos en actitud conciliadora y dijo:

—Está bien.

Y con afectada parsimonia se llegó al pozo, extrajo un acetre de agua y le prendió fuego. Las llamas ascendieron caracoleando hacia el alto cielo oscurecido y el Justito sacó de lo hondo del pecho el vozarrón de Alcalde y dijo:

—¡Amigos! De la Cotarra Donalcio al Pezón de Torrecillórigo hay un mar de petróleo aquí debajo. El Jefe lo ha dicho así. Mañana seremos ricos. Ahora sólo os pido una cosa: calma y discreción.

Un alarido de entusiasmo coreó sus palabras. Los hombres y las mujeres se estrujaban, volaban al aire las sucias boinas caponas y el Pruden se despojó de la raída americana de pana parda y brincaba sobre ella como enloquecido. De vez en cuando se apartaba y decía: «Pisa, Dominica. Debajo está la fortuna. Hay que abrigarla. —Y Mamés, el Mudo, babeando se dirigió al Alcalde, como si fuera a echar un discurso, pero sólo dijo—: Je», y por la comisura de la boca le escurría una espuma amarillenta. Y volvió a repetir: «Je. —Entonces la Sabina, como trastornada, voceó—: ¡El Mudo ha hablado! ¡El Mudo ha hablado!». Y la señora Librada, negra y fruncida como una uva pasa, dijo: «Es un milagro. El Mudo ha hablado. —Y el Virgilio, encaramado en los hombros del Malvino, chilló—: ¡Frutos, los cohetes!». El Frutos, el Jurado, regresó del Ayuntamiento en un santiamén y los cohetes rasgaron las tinieblas del cielo con su estela iluminada y detonaban en lo alto con una explosión breve, como abortada. La señora Clo avanzaba hacia la Sabina a trompicones, abriéndose paso entre el gentío, pero al ver al Virgilio en los hombros del Malvino le voceó: «Baja, Virgilio. Te vas a caer. —Luego le preguntó a la Sabina—: Sabina, ¿es cierto que habló el Mudo?», y la Sabina dijo: «Ha dicho “olé”; todos lo oyeron». Doña Resu, a sus espaldas, se santiguó. Tan sólo el Guadalupe y sus hombres parecían descentrados en aquella algarabía, cerrados en corro, cabizbajos. El Capataz, al fin, se abrió paso a empellones y se encaró con el Justito. Dijo oscuramente:

—¿Y nosotros, Justo? ¿Qué vamos a sacar nosotros de todo esto?

El Alcalde exultaba. Le dijo:

—Os daremos una parte, claro. Aquí hay petróleo para todos. Os traeréis vuestras mujeres y vuestros hijos y viviréis con nosotros.

Nadie durmió aquella noche en el pueblo y, a la mañana, tan pronto se presentó el señor Gobernador con dos hombres graves y enigmáticos en el coche grande, la multitud excitada y soñolienta hizo corro en derredor de

ellos. Mas cuando Justito prendió un fósforo y lo arrimó al acetre y el fósforo se apagó, se difundió en torno un murmullo de decepción. El Justito había empalidecido, pero aún insistió tres veces con el mismo resultado, hasta que, finalmente, el señor Gobernador le invitó a entrar en la casa con la herrada y los dos hombres graves y enigmáticos. Al salir, el gentío le rodeó expectante, y el señor Gobernador, a quien Justito empujaba por las posaderas, se encaramó torpemente al brocal del pozo y dijo con voz engolada:

—Campesinos: habéis sido objeto de una broma cruel. No hay petróleo aquí. Pero no os desaniméis por ello. Tenéis el petróleo en los cascos de vuestras huebras y en las rejas de vuestros arados. Seguid trabajando y con vuestro esfuerzo aumentaréis vuestro nivel de vida y cooperaréis a la grandeza de España. ¡Arriba el campo!

Nadie aplaudió. Al descender del arcén del pozo el señor Gobernador se pasó nerviosamente un pañuelo blanquísimo por la calva reluciente, propinó un golpecito amistoso al Justito y murmuró: «Lo siento. —Luego levantó la voz y dijo—: De veras que lo siento». Y dirigiéndose a los dos señores graves y enigmáticos, dijo, señalándoles el automóvil: «Cuando gusten». Un mecánico uniformado les abrió la portezuela y el coche grande se perdió en el camino tras una nube de polvo.

XIII

Al rebasar la línea de sombra, el tío Ratero entornó los párpados, deslumbrado por los destellos del sol naciente. Desde el interior de la cueva, a contraluz, parecía más rechoncho y macizo de lo que era, y su inmovilidad y la boina capona hundida hasta las orejas le daban la apariencia de una estatua. Los brazos le pendían a lo largo del cuerpo, y las manos, de dedos todos iguales como tajados a guillotina, le alcanzaban holgadamente las rodillas. Al cabo de unos segundos, el hombre abrió los ojos y posó la mirada sobre los vastos campos de cereales incendiados de amapolas. El reiterativo canto de los grillos tenía ahora un ritmo tonificante, como una energía por primera vez desplegada. Los ojos del Ratero se fueron elevando poco a poco hasta los grises tesos lejanos, como barcos con las desnudas quillas al sol y, finalmente, resbalaron por las peladas laderas hasta detenerse en el puentecillo de tablas que enlazaba la cueva con el pueblo:

—Habrá que bajar —dijo entonces con un gruñido casi inaudible.

El Nini se adelantó hasta él, seguido de los perros, y se detuvo a su lado. Sus ojos estaban aún adormilados, pero el dedo pulgar de su pie derecho acariciaba mecánicamente a la perra tuerta a contrapelo y la Fa permanecía inmóvil, complacida, mientras el Loy, el cachorro, jugueteaba alocadamente en torno suyo.

—Será peor —dijo el niño—. Desbarataremos las camadas y no adelantaremos nada.

El hombre se sonó alternativamente las ventanas de la nariz y después se pasó por ella el dorso de la mano. Dijo:

—Algo hay que comer.

Desde que las ratas empezaron a escasear se acentuó el hermetismo del tío Ratero. La sucia boina calada hasta las orejas le dibujaba la forma del cráneo y el niño se preguntaba a menudo qué es lo que se fraguaría allí debajo. Años atrás por estas fechas, tras la merienda de Santa Elena y San Casto, el Ratero había hecho los ahorros suficientes para salvar el verano, pero la temporada última fue mala y ahora, llegada la veda, el hambre se alzaba ante ellos como un negro fantasma.

—Por San Vito se abre el cangrejo. Tal vez venga buen año —insistía el niño.

El tío Ratero suspiró hondo y no dijo nada. Sus pupilas se habían elevado de nuevo y se clavaban en los mondos cerros grises que cerraban el horizonte. Agregó el Nini:

—Para el verano subiremos al monte a descortezar las encinas; el Marcelino, el de los curtidos, lo paga bien. Será mejor aguardar.

El Ratero no respondió. Silbó tenuemente y el Loy, el cachorro, acudió a su silbido. Entonces el Ratero se acuclilló y dijo sonriendo: «Éste ve bien», y comenzó a hacerle zalemas y el Loy gruñía con simulada cólera y hacía que mordía sus toscas manos. Los días de ocio eran largos y, de ordinario, el Ratero los llenaba adecentando la cueva, o adiestrando al cachorro en el cauce, o charlando parsimoniosamente, al caer el sol, en el poyo de la puerta del Antoliano o en la taberna del Malvino. Algunas noches, antes de retirarse, iban todos juntos al establo a ver ordeñar al Rabino Chico. Y le decían: «Hoy sin hablar, Chico. —Y cuando el Rabino Chico concluía se decían entre sí—: Dio menos leche, date cuenta». Y al siguiente día le decían: «Háblale a la vaca mientras la ordeñas, Chico». Y entonces el Rabino Chico iniciaba un monólogo melifluo y conseguía una herrada más y ellos se daban de codo y se decían con ademanes aprobatorios: «¿Qué te parece? Está chusco eso». A veces, mientras fumaban indolentemente en el establo o en el poyo del taller del Antoliano, la conversación recaía en el ratero de Torrecillórigo y el Antoliano decía: «Sacúdele, Ratero. ¿Para qué quieres las manos?. —Entonces el tío Ratero se estremecía levemente y farfullaba—: Deja que le ponga la vista encima». Y decía el Rosalino: «Al hijo de mi madre le podían venir con ésas». Y si la tertulia era en la taberna, el Malvino se llegaba al tío Ratero y le decía:

—Ratero, si un pobre se mete en casa de un rico, ya se sabe, es un ladrón, ¿no?

—Un ladrón —asentía el Ratero.

—Pero si un rico se mete en casa de un pobre, ¿qué es?

—¿Qué es? —repetía estúpidamente el tío Ratero.

—¡Una rata!

El Ratero denegaba obstinadamente con la cabeza:

—No —decía al fin—. Las ratas son buenas.

El Malvino porfiaba:

—Y yo digo, Ratero: ¿es que sólo se puede robar el dinero?

Los ojos del tío Ratero se enturbiaban cada vez más:

—Eso —decía.

Por Santa Elena y San Casto no hubo ratas para nadie y la fiesta de despedida de la caza resultó deslucida y triste. El Ratero fue sacando del morral una a una hasta cinco piezas:

—No hay más —dijo, al cabo.

El Pruden se echó a reír displicentemente:

—Para ese viaje no necesitabas alforjas.

El Ratero giró la sombría mirada en derredor y repitió:

—No hay ratas ya. Ése me las roba.

El Malvino se adelantó hasta él y dijo encolerizado:

—Y aún da gracias, porque a la vuelta de un año no te queda una para contarlo.

Los antebrazos del tío Ratero se erizaron de músculos cuando engarfió los dedos y dijo con una voz súbitamente enronquecida:

—Si lo cojo, lo mato.

En esos casos, el Nini procuraba calmar su excitación:

—Si no hay ratas, cangrejos habrá, no haga caso.

El Ratero no respondía, y llegada la noche ascendía a la cueva y el hombre prendía el candil y se sentaba a la puerta silencioso. Los grillos se desgañitaban abajo, en los sembrados, y los mosquitos y las mariposas nocturnas giraban en círculos concéntricos alrededor de la llama. De vez en cuando cruzaba sobre sus cabezas una ráfaga como un crujido de madera reseca. El niño levantaba los ojos y los perros rutaban.

—El chotacabras —decía el Nini a modo de explicación.

Pero el Ratero no lo oía. Al día siguiente, el Nini, como cada mañana, se esforzaba por hallar una solución. Con el alba abandonaba la cueva y pasaba el día cazando lagartos, recolectando manzanilla, o cortando lecherines para los conejos. Algunos días, incluso, alcanzaba las cumbres de los tesos más adustos de la cuenca para recoger almendras silvestres. Mas todo ello, en junto, rendía poco. Los lagartos, aunque de carne delicada y sabrosa, apenas tenían qué comer; la manzanilla la adquiría don Cristino, el farmacéutico de Torrecillórigo, a tres pesetas el kilo, y en cuanto a los lecherines, se los compraban la señora Clo, el Pruden o el Antoliano a real la brazada sólo por hacerle un favor. En alguna ocasión, el Nini trató de ampliar la clientela, pero la gente del pueblo se mostraba demasiado sórdida:

—¿A real la brazada? ¡Pero, hijo, si los lecherines andan tirados por las cunetas!

Una tarde, la víspera de San Restituto, el Nini se encontró de nuevo al muchacho de Torrecillórigo en el cauce. El niño trató de rehuirlo pero el

muchacho se le acercó sonriente golpeándose la palma de la mano con el dorso de la pincha de hierro. La Fa olisqueaba el rabo del perro entre los carrizos. Dijo el muchacho:

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Nini.

—¿Sólo Nini?

—Nini, ¿y tú?

—Luis.

—¿Luis? Vaya un nombre más raro.

—¿Te parece Luis un nombre raro?

—En mi pueblo no hay nadie que se llame así.

El muchacho se echó a reír y sus dientes blanquísimos destellaban en la tez oscura:

—¿Y no serán los de tu pueblo los que son raros?

El Nini levantó los hombros y se sentó en el ribazo. El muchacho se aproximó al cauce donde el perro rastreaba entre la maleza y dijo rutinariamente:

—Dale, dale.

Luego volvió donde el niño y se sentó a su lado, sacó la petaca y el librillo y lió un cigarrillo. Al prenderlo con el chisquero de yesca lo miró y, bajo el sol, sus ojos se estriaban como los de los gatos. Le dijo el Nini:

—Ya no deberías cazar.

—¿Y eso?

—Destruyendo las camadas terminarás con las ratas.

El muchacho empinó la pincha de hierro y la sostuvo unos segundos en equilibrio sobre el dedo índice sin sujetarla. Después retiró repentinamente la mano y la atrapó en el aire como quien atrapa una mosca. Se echó a reír:

—Y aunque así fuera, chaval —dijo—, ¿quién va a llorarlas?

El sol caía tras los cerros y los grillos aturdían en derredor. A intervalos se sentía entre los juncos, muy próxima, la llamada de la codorniz en celo.

—¿No te gusta cazar? —inquirió el Nini.

—Mira, es una manera de matar el rato. Pero también me gusta salir al campo con una chavala.

Al ponerse el sol, el Nini regresaba de sus correrías y se reunía con el Ratero en el poyo de la puerta del Antoliano, o en los establos del Poderoso, o en la taberna del Malvino. En cualquier caso, la actitud del Ratero no variaba: mudo, la mirada huidiza, los antebrazos descansando sobre los muslos, inmóviles, como acechantes. Si acaso la tertulia se celebraba en los establos,

el Ratero, recostado en un pesebre, observaba al Rabino Chico y cuando éste terminaba de ordeñar movía la cabeza en un vago gesto afirmativo y murmuraba: «Está chusco eso». Y su vecino, fuese el Pruden, el Virgilio, el Rabino Grande o el Antoliano, le daba de codo y le decía: «¿Qué te parece, Ratero?. —Y él volvía a repetir—: Está chusco eso».

Por Santa Petronila y Santa Ángela de Mérici, el Undécimo Mandamiento tornó a llamar al tío Ratero:

—¿Has reflexionado, Ratero? —le dijo al verlo.

—El Nini es mío —dijo el Ratero hoscamente.

—Escucha —agregó el Undécimo Mandamiento—. Yo no trato de quitarte al Nini sino de hacerlo un hombre. Doña Resu sólo pretende que el chico se labre un porvenir. Así, el día de mañana tendrá el «don» y ganará mucho dinero y se comprará un automóvil y podrá pasearte a ti por todo el pueblo. ¿No te gustaría, Ratero, pasearte en automóvil por todo el pueblo?

—No —dijo secamente el tío Ratero.

—Está bien. Pero sí te agradaría dejar un día la cueva y levantarte una casa propia con azotea y bodega sobre la Cotarra Donalcio, que gloria haya, ¿verdad que sí?

—No —dijo el Ratero—. La cueva es mía.

Doña Resu se llevó las dos manos a la cabeza y se la sujetó como si temiera que echase a volar.

—Está bien —repitió—. Está visto que lo único que a ti te divierte, Ratero, es que a doña Resu le pille el toro. Pero antes debes saber que con un poco de voluntad el Nini podría aprender muchas cosas, tantas cosas como pueda saber un ingeniero. ¿Te das cuenta?

El Ratero se rascó ásperamente bajo la boina:

—¿Ésos saben? —preguntó.

—¡Qué cosas! Cualquier problema que le sometas a un ingeniero te lo resolverá en cinco minutos.

El Ratero dejó de rascarse y levantó la cabeza de golpe:

—¿Y los pinos? —dijo de pronto.

—¿Los pinos? Mira, Ratero, ningún hombre por inteligente que sea puede nada contra la voluntad del Señor. El Señor ha dispuesto que las cuestas de Castilla sean yermas y contra eso nada valen todos los esfuerzos de los hombres. ¿Te das cuenta?

El Ratero asintió. Doña Resu pareció animarse. Ablandó la voz para seguir:

—Tu chico es inteligente, Ratero, pero es lo mismo que un campo sin sembrar. El chico podría ir a la escuela de Torrecillórigo y el día de mañana ya nos apañaríamos para que estudiara una carrera. Tú, Ratero, únicamente tienes que decirme sí o no. Si tú dices sí, yo me cojo al chico…

—El Nini es mío —dijo el Ratero, enfurruñado.

La voz de doña Resu se destempló:

—Está bien, Ratero, guárdatelo. No quisiese que el día de mañana te arrepintieras de esto.

Al atardecer, cuando en el pueblo se encendieron las primeras luces y los vencejos se recogían, chillando excitadamente, en los aleros del campanario, doña Resu se llegó al Ayuntamiento:

—Esta gente —le dijo al Justito malhumorada— mataría por mejorar de condición, pero si les ofreces regalada una oportunidad, te matarían porque no les obligasen a aceptarla, ¿te das cuenta, Justo?

El Justito, el Alcalde, se golpeó tres veces la frente con un dedo y dijo:

—Al Ratero le falta de aquí. Si no rebuzna es porque no le enseñaron.

El José Luis terció:

—¿Y por qué no le hacemos un test?

—¿Un test? —dijo doña Resu.

—A ver. Esas cosas que se preguntan. Si hay un médico que dice que está chaveta o que es un retrasado, se le encierra y en paz.

Al Justito se le iluminó la cara:

—¿Como al Peatón? —preguntó.

—Tal cual.

Dos meses atrás, al regresar un domingo de Torrecillórigo, el Agapito, el Peatón, atropelló a un niño con la bicicleta y para dictaminar sobre su responsabilidad se le sometió en la capital a un cuestionario y los doctores llegaron a la conclusión de que la inteligencia del Peatón era pareja a la de una criatura de ocho años. Al Agapito le divirtió mucho la prueba y desde entonces se volvió un poco más locuaz y, a cada paso, utilizaba las preguntas en la cantina como acertijos. «¿Te hago un “test”?, —decía. Otras veces se ufanaba de su actuación y decía—: Y el doctor me dijo: “Si en los accidentes de ferrocarril el vagón de cola es el que da más muertos y heridos, ¿qué se le ocurriría a usted para evitarlo?. —Y yo le dije—: Si no es más que eso, doctor, bien sencillo es: quitarlo”. La gente de la capital se piensa que los de los pueblos somos tontos».

—Si el Jefe lo autoriza, un test podría ser la solución —dijo el Justito.

Doña Resu bajó los ojos y dijo:

—Al fin y al cabo, si nos tomamos estas molestias es por su bien. El Ratero tiene el caletre de un niño y no adelantaremos nada tratándole como a un hombre.

XIV

Por la Pascuilla, estuvo a punto de ocurrir en el pueblo una gran desgracia. Poco antes de comenzar la fiesta, el badajo de la campana golpeó la nuca del Antoliano y el Mamertito, el chico del Pruden, se deslizó desde la torre con el cable amarrado alrededor de la cintura.

Felizmente, el Antoliano se rehízo a tiempo, pisó el cable y el Mamertito quedó penduleando en el vacío, con la ajada túnica azul celeste arrebujada en los sobacos y sus alitas blancas de plástico quebradas por la violencia del tirón.

El Nini, desde la Plaza, contemplaba el incidente sobrecogido, pues hacía tan sólo dos años era él quien desempeñaba el papel del Mamertito, pero Matías Celemín, el Furtivo, pese a que la víspera se le había muerto la galga, soltó una risotada a sus espaldas y dijo: «Parece un sisón alicortado, el bergante». La cosa, sin embargo, no pasó a mayores y doña Resu, el Undécimo Mandamiento, ordenó al Antoliano que izase de nuevo a la criatura, ya que faltaban los extremeños y la fiesta no podía comenzar.

A doña Resu, el Undécimo Mandamiento, le costó transigir con las imposiciones de Guadalupe, el Capataz, pero la decepción causada en los hombres del pueblo por el asunto del petróleo no se había disipado del todo y según le dijo el Rosalino, el Encargado, «este año no tenían humor para hacer el payaso». Sólo tras laboriosas gestiones logró doña Resu reclutar a seis apóstoles, mas Guadalupe, el Capataz, se mostró irreductible en este aspecto:

—Todos o ninguno, doña Resu, ya lo sabe. Los extremeños somos así.

Y antes que permitir que la Pascuilla se desluciese, doña Resu autorizó a los doce extremeños para que vistiesen los remendados sayales de los Apóstoles.

Sobre la Plaza polvorienta se cernía un sol henchido y pegajoso, y muy altos, allá donde el rumor del gentío no alcanzaba, evolucionaban perezosamente dos buitres negros. El Nini, el chiquillo, ignoraba dónde habitaban aquellas aves, pero bastaba el cadáver de un gato o de un cordero en los barbechos para que irrumpiesen por encima de los cuetos. Bajo ellos, las bandadas de vencejos se lanzaban en espasmos inverosímiles contra los vanos de la torre, acompañando sus movimientos de un chirrido ensordecedor.

Finalmente, tras la esquina de la iglesia, aparecieron los extremeños. El Nini los vio aproximarse con sus pesados andares, asomando bajo las túnicas polícromas los bastos pantalones de pana y las botazas embarradas de greda. Las pelucas despeluzadas, torpemente superpuestas, se derramaban sobre sus hombros y, no obstante, el grupo aparentaba una bíblica prestancia que acrecía sobre el fondo de casas de adobe y las sarmentosas bardas de los corrales.

El pueblo les abrió calle y los extremeños desfilaron cabizbajos y silenciosos por ella y, al llegar a las escaleras del templo, se desperdigaron entre la multitud y comenzaron a abrir puertas, y a saltar tapias, y a levantar piedras, en una enfebrecida búsqueda, hasta que doña Resu, ataviada con la túnica azul y el velo blanco de la Virgen, hizo una señal imperceptible al Antoliano y el Mamertito comenzó a descender, pausadamente ahora, desde lo alto de la torre, oscilando sobre el gentío, las alas aún desfasadas, pero lleno de unción y transcendencia.

Al divisar al Ángel, la Virgen, los apóstoles y el pueblo se prosternaron llenos de estupor y se abrió un silencio espeso y sobre el chillido histérico de los vencejos se alzó la voz del Mamertito:

—No le busquéis —dijo—. Jesús, el llamado Nazareno, ha resucitado.

El Mamertito evolucionó aún sobre la Plaza unos instantes, en tanto los fieles se persignaban y el Antoliano iba, poco a poco, recogiendo cable. Tan pronto desapareció el Ángel tras el vano de la torre, doña Resu se incorporó penosamente y dijo:

—Alabámoste Cristo y bendecímoste.

Y el pueblo devoto coreó:

—Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Acto seguido, todos penetraron en el templo y se postraron de hinojos, mientras arriba, en el coro, Frutos, el Jurado, daba suelta a una paloma del palomar del Justo. El animal, desconcertado, sobrevoló unos minutos la multitud, golpeándose varias veces contra las vidrieras, y, al final, fue a posarse aturdidamente sobre el hombro derecho de la Simeona. Entonces el Undécimo Mandamiento se volvió al pueblo desde las gradas del altar y le dijo a la Sime campanudamente:

—Hija, el Espíritu ha descendido sobre ti.

La Sime meneaba el hombro disimuladamente, tratando de ahuyentar a la paloma, pero en vista de que era inútil se resignó y empezó a tragar saliva con unos ruiditos extraños, como si se ahogara, y por último se dejó conducir por doña Resu hasta el hachero y, una vez allí, el pueblo desfiló ante ella y unos

le besaban las manos, y otros hacían una genuflexión y los más tímidos dibujaban subrepticiamente sobre sus rostros requemados un garabato, como una furtiva señal de la cruz. Terminado el homenaje, la Sime, custodiada por los Apóstoles y precedida por la Virgen y el Ángel anunciador, que marcaban el paso a los acordes de la flauta y el tamboril, desfiló por las calles del pueblo, mientras la noche caía blandamente sobre los cerros.

Al iniciarse la procesión, el Nini corrió junto al Centenario, que apenas era ya un revoltijo de huesos bajo la lavativa:

—Señor Rufo —le dijo jadeante—, la paloma se le posó a la Sime esta tarde.

El viejo suspiró, levantó dificultosamente un dedo hacia el techo y dijo:

—Los buitres ya andan arriba. Los sentí esta mañana.

—Yo los vi —dijo el niño—. Volaban sobre la torre. Vienen por la galga del Furtivo.

El Centenario denegó obstinadamente con la cabeza. Al cabo dijo, con un gran esfuerzo, señalándose el hombro izquierdo:

—Ésos vienen a posarse aquí.

Y en efecto, a la tarde siguiente, San Francisco Caracciolo, falleció el Centenario. La Sime acostó el cadáver en el suelo del zaguán, boca arriba, sobre una arpillera, y le quitó el trapo de la cara de forma que el hueso rebrillaba a la luz de los cirios. En derredor se congregó el pueblo enlutado y silencioso y la Sime le dijo al Nini apenas entró:

—Ahí lo tienes. Al fin descansamos los dos.

Mas el tío Rufo no parecía descansar, con su único ojo y la boca patéticamente abiertos. Ni la Sime parecía descansar tampoco, porque tragaba saliva sin cesar, con unos ruiditos ahogados, como la víspera cuando el Espíritu descendió sobre ella. Pero a cada uno que llegaba le endilgaba la misma cosa y cuando el moscón, luego de estar posado diez minutos en las descarnaduras del Centenario, empezó a volar sobre la concurrencia, todos hacían aspavientos para ahuyentarlo excepto la Sime y el niño. Y el moscón retornaba sobre el cadáver, que era, sin duda, el más desapasionado de todos, pero cada vez que reanudaba el vuelo, los hombres y las mujeres abanicaban disimuladamente el aire para que no se les posase, y de este modo producían un siseo como el de las aspas de un ventilador. Media hora más tarde se presentó el Antoliano con el cajón de pino oliendo todavía a resina, y la Sime pidió que le echasen una mano, pero todos ronceaban, hasta que entre ella, el Nini y el Antoliano lograron encerrarlo, y como el Antoliano, por ahorrar material, había tomado las medidas justas, el tío Rufo quedó con la cabeza

empotrada entre los hombros como si fuese jorobado o estuviera diciendo que a él ninguna cosa de este mundo le importaba nada.

A media tarde, llegó don Ciro, el Cura, con el Mamertito, roció el cadáver con el hisopo y se postró a sus pies y dijo angustiosamente:

—Inclina, Señor, tu oído a nuestras súplicas con las que imploramos tu misericordia a fin de que pongas en el lugar de la paz y la luz al alma de tu siervo Rufo al cual mandaste salir de este mundo. Por Nuestro Señor Jesucristo…

—Amén —dijo el Mamertito.

Y en ese instante el moscón se arrancó del cadáver y voló derechamente a la punta de la nariz de don Ciro, pero don Ciro, con los ojos bajos, las manos cruzadas mansamente sobre la sotana parecía en éxtasis y no reparó en ello. Y el acompañamiento se daba de codo y murmuraba: «El cáncer le roerá la nariz», pero don Ciro proseguía imperturbable, hasta que, sin amago previo, estornudó ruidosamente y el moscón, asustado, buscó refugio, de nuevo, en el cadáver.

Al concluir las preces, la señora Clo se presentó con el libro apolillado y la Sime dijo:

—¿Qué? Era del viejo.

En la primera página decía: «Sermones para los misterios más clásicos de las festividades de Jesucristo y de María Santísima. El autor es el licenciado en Sagrados Cánones don Joaquín Antonio de Eguileta, presbítero y capellán mayor de la Iglesia de San Ignacio de Loyola de esta Corte. Tomo III. Madrid MDCCXCVI. Con las licencias necesarias».

La Sime levantó los ojos y repitió:

—¿Qué? Era su libro.

—Mira —dijo la señora Clo.

Y abrió por la mitad y apareció un papel plegado, envolviendo un billete de cinco pesetas. Y en el papel, torpemente garrapateado, decía: *Reserbas para conparme la dentadura*. Y en la página siguiente había otro billete de cinco pesetas, y otro en la otra, y así hasta veinticinco. La señora Clo se ensalivó el pulgar, repasó el dinero expertamente, billete a billete, y se lo entregó a la Simeona.

—Toma —le dijo—, esto que te tienes. La dentadura de nada puede servirle al viejo.

Al día siguiente, San Bonifacio y San Doroteo, cuando los mozos izaron las andas, los comentarios del pueblo giraban en torno al hallazgo de la señora Clo, pero más aún que los billetes sorprendió el hecho de que el Centenario

tuviera un libro en su casa. Y decía el Malvino, con evidente escepticismo: «Luego que si sabe o deja de saber. ¿Y quién no sabe teniendo un libro a la mano, digo yo?».

Hasta la iglesia, los mozos hicieron tres posas con el ataúd y, en cada una, don Ciro rezó los oportunos responsos, mientras la Sime se impacientaba sobre el carrillo, junto al Nini, y el Duque, el perro, amarrado a la trasera, con la soga como un dogal, gañía destempladamente. Una vez en la iglesia, apenas los hombres depositaron el féretro en el carro, la Sime azuzó el borrico y éste emprendió veloz carrera entre el estupor de la concurrencia. La Sime llevaba el cabello desgreñado, la mirada brillante y las mandíbulas crispadas, pero hasta alcanzar el alcor no despegó los labios. Le dijo, entonces, al Nini:

—Y tú, qué pintas aquí, ¿di?

El niño la miró gravemente:

—Sólo quiero acompañar al viejo —dijo.

Ya en el camposanto, entre los dos, arrastraron el ataúd a la zanja y la muchacha empezó a echar sobre él paletadas de tierra con mucho brío. La caja sonaba a hueco y los ojos de la Sime se iban humedeciendo a cada paso, hasta que el Nini se encaró con ella:

—Sime, ¿es que te ocurre algo?

Ella se pasó el envés de la mano por la frente. Dijo luego, casi furiosa:

—¿No ves la polvareda que estoy armando?

Al salir, junto a la verja, el Loy olisqueaba el rabo del Duque y sobre los tesos se extendía una indecible paz. La Sime señaló al Loy con la pala:

—Ni se da cuenta que es su padre; ya ves.

De regreso, el borrico sostenía un trotecillo cochinero que se hizo más vivo al descender del alcor. Pero la Sime condujo el carro por la senda de la Cotarra Donalcio y entró en el pueblo por la iglesia en lugar de hacerlo por el almacén del Poderoso. Le dijo el Nini:

—Sime, ¿es que no vas a casa?

—No —dijo la Sime.

Y ante la puerta del Undécimo Mandamiento detuvo el carrillo, se apeó y llamó con dos secos aldabonazos. Doña Resu, al abrir, tenía cara de dolor de estómago:

—Sime, mujer —dijo—, el undécimo no alborotar.

El Nini esperaba que la Sime respondiera desabridamente, pero ante su sorpresa, la muchacha se humilló y dijo en un susurro:

—Disculpe, doña Resu; si no le importa, acompáñeme a la iglesia. Quiero ofrecerme.

El Undécimo Mandamiento se santiguó, luego se apartó de la puerta y dijo:

—Alabado sea Dios. Pasa hija. El Señor te ha llamado.

XV

Por Nuestra Señora de la Luz brotaron las centellas en el prado y el Nini se apresuró a enviar razón al Rabino Grande para que alejara las ovejas, pues, según sabía por el Centenario, la oveja que come centellas cría galápago en el hígado y se inutiliza. Aquella misma tarde, el Pruden informó al niño que los topos le minaban el huerto e impedían medrar las acelgas y las patatas. Al atardecer, el Nini descendió al cauce y durante una hora se afanó en abrir en el suelo pequeñas calicatas para comunicar las galerías. El Nini sabía, por el abuelo Román, que formando corriente en las galerías el topo se constipa y con el alba abandona su guarida para cubrirlas. El Nini trabajaba con parsimonia, como recreándose, y, en su quehacer, se guiaba por los pequeños montones de tierra esponjosa que se alzaban en derredor. La Fa, repentinamente envejecida, lo veía hacer jadeando desde un sombrajo de carrizos, mientras el Loy, el cachorro canela, correteaba en la cascajera persiguiendo a las lagartijas.

Al día siguiente, San Erasmo y Santa Blandina, antes de salir el sol, el niño bajó de nuevo al huerto. La calina difuminaba las formas de los tesos que parecían más distantes, y en las plantas se condensaba el rocío. Junto al ribazo voló ruidosamente una codorniz, en tanto los grillos y las ranas que anunciaban alborozadamente la llegada del nuevo día, iban enmudeciendo a medida que el niño se aproximaba. Ya en el huerto, el Nini se apostó en un esquinazo junto al arroyo y, apenas transcurridos diez minutos, un rumor sordo, semejante al de los conejos embardados, le anunció la salida del topo. El animal se movía torpemente, haciendo frecuentes altos, y, tras una última vacilación, se dirigió a una de las calicatas abiertas por el niño y comenzó a acumular tierra sobre el agujero arrastrándola con el hocico. El Loy, el cachorro, al divisarlo, se agachó sobre las manos y le ladró furiosamente, brincando en extrañas fintas, pero el niño lo apartó, regañándole, tomó el topo con cuidado y lo guardó en la cesta. En menos de una hora capturó tres topos más y apenas el resplandor rojo del sol se anunció sobre los cuetos y tendió las primeras sombras, el Nini se incorporó, estiró perezosamente los bracitos y dijo a los perros: «Andando». Al pie del Cerro Colorado, el José Luis, el Alguacil, abonaba los barbechos y poco más abajo, en la otra ribera del arroyo, el Antoliano ataba pacientemente las escarolas y las lechugas para que

blanqueasen. Desde el pueblo llegaba el campanilleo del rebaño y las voces malhumoradas y soñolientas de los extremeños en el patio del Poderoso.

Veinte metros río abajo, al alcanzar los carrizos, se arrancó inopinadamente el águila perdicera. Era un hecho anómalo que el águila pernoctase en los juncos y el Nini no tardó en descubrir el nido burdamente construido sobre una zarza con cuatro palos entrelazados recubiertos con una piel de lebrato. Dos pollos, uno de mayor tamaño que otro, le enfocaban sus redondos ojillos desconfiados, levantando sus corvos picos en actitud amenazadora. El niño sonrió, arrancó un junco y se entretuvo un rato provocándolos, aguijoneándolos hasta hacerlos desesperar. Arriba, en el azul del cielo, el águila madre describía grandes círculos, por encima de su cabeza.

El Nini silenció su descubrimiento, pero cada tarde descendía a la junquera para observar el progreso de los pollos, las evoluciones de la madre, que, de vez en cuando, retornaba al nido apresando entre sus garras rapaces un lagarto, una rata o una perdiz. A cada incursión, el águila, encaramada en lo alto de la zarza, oteaba desafiante y majestuosa los alrededores, antes de desollar la pieza para entregársela a sus crías. El niño, oculto entre los juncos, espiaba sus movimientos, la avidez descompuesta de los aguiluchos devorando la presa, la orgullosa satisfacción del águila madre antes de remontarse de nuevo en la altura. De este modo los aguiluchos iban emplumando y desarrollándose, hasta que una tarde el Nini descubrió que el más pequeño había desaparecido del nido y el grande había sido amarrado con un alambre al tronco del zarzal. Mientras cortaba la atadura precipitadamente, pensó en Matías Celemín, el Furtivo, y, a poco, ya no pensó en nada porque el águila picaba en vertical sobre él desde una altura de trescientos metros y la Fa y el Loy ladraban mirando a lo alto sin cesar de recular. El águila, en su descenso, apenas rozó el nido, sujetó entre sus garras la cría liberada y se remontó de nuevo con ella en dirección al monte.

Dos días más tarde, el Triunfo de San Pablo, salió el norte y el tiempo refrescó. Los crepúsculos eran más fríos y los grillos y las codornices amortiguaron sus conciertos vespertinos. Al día siguiente, San Medardo, amainó el viento y, al atardecer, el cielo levantó y sobre el pueblo se cernió una atmósfera queda y transparente. Ya noche cerrada, asomó la luna, una luna blanca y lejana, que fue alzándose gradualmente sobre los tesos. Cuando el Ratero y el Nini llegaron a la taberna, el Chuco, el perro del Malvino, ladraba airadamente a la luna desde el corral y sus ladridos tenían una resonancia cristalina. El Malvino se descompuso. Dijo:

—¿Qué le ocurre a este animal esta noche?

Poco a poco, sin acuerdo previo, fueron llegando a la cantina todos los hombres del pueblo. Entraban diseminados, uno a uno, la negra boina capona calada hasta las orejas, y antes de sentarse en los bancos miraban en torno medrosos y desconfiados. Tan sólo, de tiempo en tiempo, se sentía el golpe de un vaso sobre una mesa o una airada palabrota. La atmósfera iba llenándose de humo y, cuando el Pruden apareció en la puerta, veinte rostros curtidos se volvieron a él patéticamente. El Pruden vaciló en el umbral. Parecía muy pálido e inseguro. Dijo:

—Mucho brillan los luceros, ¿no amagará la helada negra?

Le respondió el silencio y, al fondo, el enconado y metódico ladrido del Chuco, en el corral. El Pruden miró en torno antes de sentarse y entonces oyó el juramento del Rosalino, el Encargado, a sus espaldas y, al volverse, el Rosalino le dijo:

—Si yo fuera Dios pondría el tiempo a tu capricho sólo por no oírte.

Tras la oscura voz del Rosalino, el silencio se hizo más espeso y dramático. El José Luis, el Alguacil, rebulló inquieto antes de decir:

—Malvino, ¿no podrías callar ese perro?

Salió el tabernero y desde dentro se oyó el puntapié y el aullar dolorido del animal en fuga. En la estancia pareció aumentar la tensión al regresar el Malvino. Dijo, brumosamente, Guadalupe, el Capataz, al cabo de un rato:

—¿Dónde se ha visto que hiele por San Medardo?

Los cuarenta ojos convergieron ahora sobre él y Guadalupe, para ahuyentar su turbación, apuró el vaso de golpe. Malvino se llegó a él con la frasca y se lo llenó sin que el otro lo pidiera. Dijo luego, con la frasca en la mano, encarándose ya, decididamente, con lo inevitable:

—Eso no. Va para veinte años de la helada de Santa Oliva, ¿os recordáis? El cereal estaba encañado y seco y en menos de cuatro horas todo se lo llevó la trampa.

El hechizo se rompió de pronto:

—No llegarían a diez fanegas lo que cogimos en el término —añadió el Antoliano.

Justito, el Alcalde, desde la mesa del rincón voceó:

—Eso ocurre una vez. Un caso así no volveremos a verlo.

El Antoliano accionaba mucho con sus manazas en la mesa inmediata explicándole al Virgilio, el de la señora Clo, el desastre:

—Las argayas estaban chamuscadas, ¿oyes? Lo mismo que si el fuego hubiera pasado sobre ellas. Lo mismo. Todo carbonizado.

El tabernero llenaba los vasos, y las lenguas, al principio remisas, iban entrando en actividad. Se diría que mediante aquella ardiente comunicación esperaban ahora conjurar el peligro. De pronto, dominando las conversaciones, se oyó de nuevo el lastimero aullido del Chuco en el patio.

Dijo el Nini:

—El perro ese ladra como si hubiera un muerto.

Nadie le respondió y los aullidos del Chuco, cada vez más modulados, recorrieron las mesas como un calambre. El Malvino salió al patio. Su blasfemia se confundió con el llanto quejumbroso del perro y el portazo del Furtivo al entrar. Dijo Matías Celemín, resollando como si terminara de hacer un largo camino:

—Buena está cayendo. Los relejes están tiesos como en enero. En la huerta no queda un mato en pie. ¿A qué viene este castigo?

De todos los rincones se elevó un rumor de juramentos reprimidos. Sobre ellos retumbó la voz del Pruden excitada, vibrante:

—¡Me cago en mi madre! —chilló—. ¿Es esto vivir? Afana once meses como un perro y, luego, en una noche… —Se volvió al Nini. Su mirada febril se concentraba en el niño, expectante y ávida—: Nini, chaval —agregó—, ¿es que ya no hay remedio?

—Según —dijo el chiquillo gravemente.

—Según, según… ¿según qué?

—El viento —respondió el niño.

El silencio era rígido y tenso. Las miradas de los hombres convergieron ahora sobre el Nini como los cuervos en octubre sobre los sembrados. Inquirió el Pruden:

—¿El viento?

—Si con el alba vuelve el norte arrastrará la friura y la espiga salvará. La huerta ya es más difícil —dijo el niño.

El Pruden se puso en pie y dio una vuelta entre las mesas. Andaba como borracho y reía ahora como un estúpido:

—¿Oísteis? —dijo—. Aún hay remedio. ¿Por qué no ha de salir el viento? ¿No es más raro que hiele por San Medardo y, sin embargo, está helando? ¿Por qué no ha de salir el viento?

Cesó repentinamente de reír y observó en torno esperando el asentimiento de alguien, pero repasó todos los rostros, uno a uno, y no vio más que una nube de escepticismo, una torva resignación allá en lo hondo de las pupilas. Entonces volvió a sentarse y ocultó el rostro entre las manos. Tras él, el Antoliano le decía al Ratero a media voz: «No hay ratas, la cosecha se pierde,

¿puede saberse qué coños nos ata a este maldito pueblo?. —El Rabino Chico tartamudeó—: La tie… La tierra —dijo—. La tierra es como la mujer de uno». El Rosalino gritó desde el otro extremo: «¡Tal cual, que te la pega con el primero que llega!». Mamés, el Mudo, hacía muecas junto al Furtivo, unas muecas aspaventeras como cada vez que se ponía nervioso. Matías Celemín voceó de pronto: «¡Calla, Mudo, leche, que mareas!. —El Frutos, el Jurado, dijo entonces—: ¿Y si cantara el Virgilio?». Y, como si aquello fuera una señal, vocearon simultáneamente de todas las mesas: «¡Venga, Virgilio, tócate un poco!». Agapito, el Peatón, empezó a palmear el tablero acompasadamente con las palmas de las manos. El Justito, que desde hacía dos horas bebía sin parar del porrón, levantó su voz sobre los demás: «¡Dale, Virgilio, la que sea sonará!», y el Virgilio carraspeó por dos veces y se arrancó por *El Farolero* y el Agapito y el Rabino Grande batieron palmas y, a poco, el Frutos, el Guadalupe, el Antoliano y el José Luis se unieron a ellos. Minutos más tarde, la taberna hervía y las palmas se mezclaban con las voces enloquecidas entonando desafinadamente viejas y doloridas canciones. El humo llenaba la estancia y Malvino, el tabernero, recorría las mesas y colmaba los vasos y los porrones sin cesar. Fuera, la luna describía sigilosamente su habitual parábola sobre los tesos y los tejados del pueblo y la escarcha iba cuajando en las hortalizas y las argayas.

El tiempo había dejado de existir y al irrumpir en la taberna la Sabina, la del Pruden, los hombres se miraron ojerosos y atónitos, como preguntándose la razón por la que se encontraban allí congregados. El Pruden se frotó los ojos y su mirada se cruzó con la mirada vacía de la Sabina y, entonces, la Sabina gritó:

—¿Puede saberse qué sucede para que arméis este jorco a las cinco de la mañana? ¿Es que todo lo que se os ocurre es alborotar como chicos cuando la escarcha se lleva la cosecha? —Avanzó dos pasos y se encaró con el Pruden —: Tú, Acisclo, no te recuerdas ya de la helada de Santa Oliva, ¿verdad? Pues la de esta noche aún es peor, para que lo sepas. Las espigas no aguantan la friura y se doblan como si fueran de plomo.

Repentinamente se hizo un silencio patético. Parecía la taberna, ahora, la antesala de un moribundo donde nadie se resolviera a afrontar los hechos, a comprobar si la muerte se había decidido al fin. Una vaca mugió plañideramente abajo, en los establos del Poderoso, y como si esto fuera la señal esperada, el Malvino se llegó al ventanuco y abrió de golpe los postigos. Una luz difusa, hiberniza y fría se adentró por los cristales empañados. Pero nadie se movió aún. Únicamente al alzarse sobre el silencio el ronco

quiquiriquí del gallo blanco del Antoliano, el Rosalino se puso en pie y dijo: «Venga, vamos. —La Sabina sujetaba al Pruden por un brazo y le decía—: Es la miseria, Acisclo, ¿te das cuenta?». Fuera, entre los tesos, se borraban las últimas estrellas y una cruda luz blanquecina se iba extendiendo sobre la cuenca. Los relejes parecían de piedra y la tierra crepitaba al ser hollada como cáscaras de nueces. Los grillos cantaban tímidamente y desde lo alto de la Cotarra Donalcio llamaba con insistencia un macho de perdiz. Los hombres avanzaban cabizbajos por el camino y el Pruden tomó al Nini por el cuello y a cada paso le decía: «¿Saldrá el norte, Nini? ¿Tú crees que puede salir el norte?». Mas el Nini no respondía. Miraba ahora la verja y la cruz del pequeño camposanto en lo alto del alcor y se le antojaba que aquel grupo de hombres abatidos, adentrándose por los vastos campos de cereales, esperaba el advenimiento de un fantasma. Las espigas se combaban, cabeceando, con las argayas cargadas de escarcha, y algunas empezaban ya a negrear. El Pruden dijo desoladamente, como si todo el peso de la noche se desplomara de pronto sobre él: «El remedio no llegará a tiempo».

Abajo, en la huerta, las hortalizas estaban abatidas, las hojas mustias, chamuscadas. El grupo se detuvo en los sembrados encarando el Pezón de Torrecillórigo y los hombres clavaron sus pupilas en la línea, cada vez más nítida, de los cerros. Tras la Cotarra Donalcio la luz era más viva. De vez en cuando, alguno se inclinaba sobre el Nini y en un murmullo le decía: «Será tarde ya, ¿verdad, chaval?. —Y el Nini respondía—: Antes de asomar el sol es tiempo. Es el sol quien abrasa las espigas». Y en los pechos renacía la esperanza. Pero el día iba abriendo sin pausa, aclarando los cuetos, perfilando la miseria de las casas de adobes, y el cielo seguía alto y el tiempo quedo y los ojos de los hombres, muy abiertos, permanecían fijos, con angustiosa avidez, en la divisoria de los tesos.

Todo aconteció de repente. Primero fue un soplo tenue, sutil, que acarició las espigas; después, el viento tomó voz y empezó a descender de los cerros ásperamente, desmelenado, combando las cañas, haciendo ondular como un mar las parcelas de cereales. A poco, fue un bramido racheado el que sacudió los campos con furia y las espigas empezaron a pendulear, aligerándose de escarcha, irguiéndose progresivamente a la dorada luz del amanecer. Los hombres, cara al viento, sonreían imperceptiblemente, como hipnotizados, sin atreverse a mover un solo músculo por temor a contrarrestar los elementos favorables. Fue el Rosalino, el Encargado, quien primero recuperó la voz y, volviéndose a ellos, dijo:

—¡El viento! ¿Es que no lo oís? ¡Es el viento!

Y el viento tomó sus palabras y las arrastró hasta el pueblo, y entonces, como si fuera un eco, la campana de la parroquia empezó a repicar alegremente y, a sus tañidos, el grupo entero pareció despertar y prorrumpió en exclamaciones incoherentes y Mamés, el Mudo, babeaba e iba de un lado a otro sonriendo y decía: «Je, je». Y el Antoliano y el Virgilio izaron al Nini por encima de sus cabezas y voceaban:

—¡Él lo dijo! ¡El Nini lo dijo!

Y el Pruden, con la Sabina sollozando a su cuello, se arrodilló en el sembrado y se frotó una y otra vez la cara con las espigas, que se desgranaban entre sus dedos, sin cesar de reír alocadamente.

XVI

Los diminutos huertos de junto al arroyo quedaron abrasados por la helada negra. No obstante, los hombres del pueblo descendieron obstinadamente a sus parcelas y sembraron las tierras de acederas, berros picantes, escarolas rizadas, guisantes tiernos, perifollos, puerros y zanahorias tempranas. Rosalino, el Encargado, aligeró el majuelo de raíces y rebrotes en los patrones injertados y el Nini, el chiquillo, se ocupó de eliminar los zánganos de las colmenas y seleccionar los conejos para la reproducción. Un sol, todavía clemente, estabilizó la temperatura, y bajo sus rayos los cereales terminaron de encañar y de granar y se secaron en pocos días. En el pueblo acreció entonces la actividad. A toda hora, los hombres y las mujeres limpiaban las eras y preparaban los aperos para la trilla y, al atardecer, desinfectaban los graneros dispuestos para recibir el cereal. Sobre el cielo, de un azul intenso, volaron un día las cigüeñas nuevas de la torre anticipándose al dicho del difunto señor Rufo: «Por San Juan, las cigüeñas a volar». Así y todo, cada mañana, las miradas de los hombres del pueblo se concentraban en el Portón del Noroeste, que en la primera decena del mes se mantuvo sereno y despejado. El Pruden decía a cada paso: «Lo que hace falta ahora es que no llueva. —El difunto Centenario solía apostillar con su proverbial contundencia—: Agua en junio, trae infortunio». Y los hombres de la cuenca aguardaban el sol cada mañana con la misma vehemencia con que aguardaban la lluvia por Nuestra Señora de Sancho Abarca o por San Saturio. Sin embargo, entre el vecindario cundió un optimismo prematuro por San Basilio el Magno. El hecho de haber salvado el cereal de la helada negra les imbuía una locuacidad desbordada. «Mal que bien, la cosecha va salvando, —decían. Pero la señora Librada, más vieja o más precavida, advertía—: Aguarda a tener el trigo en la panera antes de hablar».

Por su parte, el tío Ratero no esperaba nada del tiempo. Su hermetismo era cada vez más hosco e irreductible. Durante el día apenas despegaba los labios y por las noches, al acostarse en las pajas, le decía invariablemente al Nini:

—Mañana habrá que bajar.

El niño le frenaba:

—Aguarde. Por San Vito se abre el cangrejo.

—¿El cangrejo?

—Lo mismo viene buen año. ¿Quién sabe?

Una semana atrás, por Santa Orosia, las cosas estuvieron a punto de resolverse cuando Justo Fadrique, el Alcalde, que se había colocado una corbata verde y roja como en las grandes solemnidades, le dijo al Ratero a bocajarro en la taberna del Malvino:

—Ratero, ¿qué dirías si te ofreciera un jornal de treinta pesetas y mantenido?

El Ratero se pasó la punta de la lengua por los labios agrietados. Después se rascó ásperamente el cogote bajo la boina. Se diría que iba a exponer un largo razonamiento, pero sólo dijo:

—Según.

—¿Según qué?

—Según.

—Mira, basta con que subas a las cuestas a hacer hoyas con los extremeños —señaló al Nini—: Por supuesto, el chaval puede subir también y comer contigo.

El Ratero reflexionó unos instantes:

—Vale —dijo al fin.

Justo Fadrique se pellizcó mecánicamente la barbilla recién afeitada. Lo mismo hizo dos tardes atrás, en la ciudad, cuando el abogado le dijo: «Si ese sujeto no ha cambiado últimamente no hay razón alguna para someterle a un test y privarle de la patria potestad». Ahora el Justito miró al Ratero largamente y dijo con afectada indiferencia:

—Sólo te pongo por condición que dejes la cueva.

El Ratero levantó los ojos:

—La cueva es mía —dijo.

Justo Fadrique se acodó en la mesa y añadió pacientemente:

—Date a razones, Ratero. La casa de la Era Vieja renta veinte duros y tú vas a ganar ciento ochenta y mantenido. ¿Qué te parece?

—La cueva es mía —repitió el Ratero.

Justo Fadrique estiró los antebrazos sobre el tablero y dijo haciendo un esfuerzo por suavizar la voz:

—Está bien, te la compro. ¿Qué quieres por ella?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni mil?

—No.

—Tendrá un precio; algo valdrá, digo yo.

—Algo.

—¿Cuánto? ¡Di!

El Ratero sonrió socarronamente:

—La cueva es mía —dijo.

Justo Fadrique meneó la cabeza de un lado a otro y, al fin, fijó en el Ratero sus pupilas encolerizadas:

—Yo podría conseguir —dijo— que Luisito, el de Torrecillórigo, no te quitara las ratas. ¿Qué te parece?

El rostro del Ratero se transformó en un instante. Las aletillas de la nariz se dilataron y sus labios se apretaron hasta quedar exangües:

—Ya lo haré yo —dijo.

Justito se levantó:

—No tienes agallas —dijo—. En todo caso, piénsatelo. Si tú lo quieres, yo podría ayudarte.

A partir de entonces, el Ratero pasaba las horas vigilando el cauce. Vivía en un estado de exaltación reprimida y por las noches no acertaba a conciliar el sueño. Algunas mañanas ascendía al Pezón de Torrecillórigo y desde la cumbre oteaba incesantemente las márgenes del arroyo. Al anochecer se refugiaba en la taberna, o en los establos, o en el poyo del taller del Antoliano. Y el Antoliano le decía: «Dos manos tienes, Ratero. Nadie necesita más. —Y el Rosalino inclinaba la cabeza en dirección a Torrecillórigo y añadía—: Lo que es a mí me podía venir con ésas». El Malvino, en la taberna, le apremiaba: «El río es tuyo, Ratero. Antes de que él echara los dientes ya andabas tú en el oficio».

Mientras tanto, el Nini se desvivía resolviendo las dificultades de sus convecinos, pero rara vez el eliminar los zánganos de una colmena, o el capar un marrano, o el seleccionar los conejos defectuosos de un conejar le proporcionaba más allá de dos reales en junto. El Malvino le decía: «Fija una tarifa, leche. ¿No lo hacen así los médicos y los abogados?». El Nini se encogía de hombros y le miraba con tan grave aplomo que el Malvino se desconcertaba y terminaba por callar.

Por San Vito se abrió la veda del cangrejo y el Nini bajó al río con las arañas y los reteles. Cebó las arañas con lombrices y los reteles con tasajo, y al caer el sol llevaba embuchadas cinco docenas y los cangrejos seguían acudiendo al engaño con facilidad. Al echarse la noche, el niño prendió el farol y sustituyó el tasajo de los reteles por tripas de gallina. Los grillos cantaban en torno y sobre su cabeza, en el primero de los tres chopos, palmoteaba una lechuza. A medianoche, el Nini recogió los bártulos, despertó a los perros y antes de regresar a la cueva dejó tendida en el arroyo una

cuerda para la anguila. Los cangrejos se escurrían dentro del saco y producían un rumor húmedo y untuoso.

El tío Ratero le esperaba, acuclillado en la boca de la cueva, bajo el candil.

—¿Viste a ése? —dijo antes de que el Nini coronase la meseta de tomillos.

—No —dijo el niño.

El Ratero rumió algo entre dientes. Agregó:

—¿Y los cangrejos?

—Once docenas y media —dijo el Nini. Y por primera vez en varias semanas el tío Ratero entreabrió los labios en una sonrisa—. Si la Sime no baja este año todo irá bien —añadió el niño.

La Sime fue en tiempos su más fuerte competidora. La Sime pescaba a mano, remangándose las sayas, dejando al descubierto unos muslos blancos y amorcillados. El dedo índice de su mano derecha tenía la yema encallecida y era éste el que introducía sin recelo en las cuevas o entre las berreras y donde el cangrejo se agarraba con voraz fruición. Con una técnica tan simplista hubo años que la Simeona capturó más de quinientas docenas. Adolfo, el del coche de línea, llevaba luego los cangrejos a la ciudad, clasificados por tamaños, para venderlos en el mercado. Pero este año la Simeona se había espiritualizado. Se soltó el pelo sobre los hombros y se enfundó en una bata negra, larga hasta los pies. Su atuendo era el mismo que usara la Eufrasia cinco años antes, la primera ofrecida que recogió en su casa el Undécimo Mandamiento. La Sime, como la Eufrasia, pasaría tres años con doña Resu, realizando las tareas más arduas y humillantes, preparándose para profesar. El Malvino, en la taberna, solía decir: «Es la manera de tener criada gratis». El cambio repentino de la Simeona despertó, empero, la codicia de los hombres del lugar, que aprovechaban cualquier coyuntura propicia para demandarla: «Sime, ¿qué harás del carro?». «Lo necesito, —respondía invariablemente la Simeona—. ¿Y del borrico?», agregaban. «Lo necesito también, —respondía ella. Ellos se rascaban la cabeza y preguntaban al fin—: ¿Y puede saberse para qué necesitas un carro y un borrico para el monjío?». La Sime contestaba sin vacilar: «Para el dote». En los últimos tiempos, el Nini rehuía a la Simeona porque cada vez que la encontraba ella se agachaba y decía: «Humíllame. —El niño denegaba con la cabeza—: Yo no sé de eso», decía al fin. «Escúpeme, —añadía ella. El pequeño se negaba—. ¿No oyes? —insistía ella—. Te digo que me escupas. Aprende a obedecer a las personas mayores». El niño se resistía, pero, a veces, terminaba por simular que lanzaba un

escupitajo. Ella no se conformaba: «Así no. Más grande y a la cara. ¿Oyes?». Otras veces, la Sime se tumbaba en el suelo y le suplicaba que la pisara. Poco a poco el niño empezó a experimentar un repeluzno supersticioso hacia la Simeona.

Últimamente a la muchacha le dio por presagiar su muerte y decía, retorciéndose las manos, que «la cosa iba a ser tan rápida que ni tiempo tendría para lavarse». Al Nini le hacía depositario de su última voluntad.

—Atiende, Nini —decía—. Si yo muero quiero que el carro y el borrico sean para ti. El carro lo vendes y el importe me lo aplicas en misas. Del borrico, dispón. Lo puedes montar para salir al campo, pero cada vez que lo montes te acordarás de la Sime y me dirás una jaculatoria.

—¿Qué es eso, Sime? —inquiría el niño.

—¡Jesús! ¿Así andas? La jaculatoria es una pequeña oración. Tú dices: «Señor, perdona a la Simeona». Nada más, ¿oyes? Pero cada vez que montes el borrico, ¿me entiendes?

—Sí, Sime, descuida —asentía el niño. Ella se quedaba un momento pensativa. Luego agregaba:

—O mejor todavía. Tú dirás cada vez que montes el burro: «Señor, perdona los pecados que la Sime cometiera con la cabeza, luego con las manos, luego con el pecho, luego con el vientre y así cada vez con una cosa hasta llegar a los pies». ¿Me entiendes, Nini?

El Nini la miraba serenamente. Al cabo dijo:

—Sime, ¿es que con el vientre se pueden cometer pecados?

De pronto la Sime rompió a llorar. Tardó un rato en responderle. Al fin, dijo:

—A ver, Nini, los más graves. El mío se llamaba Paquito y está en el camposanto junto a mi padre. ¿Es que no lo sabías?

—No, Sime —replicó el niño.

Ella se echó el cabello para atrás en un ademán impaciente. Dijo:

—Claro, eras muy crío entonces.

Pero por San Protasio y San Tribuno, la Sime enfermó de verdad y el Nini, al verla hundida en el jergón, recordó al Centenario muerto. Le dijo la muchacha:

—Óyeme, Nini. Si yo muero quiero que el carro y el borrico y el Duque sean para ti, ¿entiendes?

—Pero Sime… —apuntó el niño.

—Nada de Sime —cortó ella—. Si yo muriese el dote no lo voy a necesitar.

—Tú no vas a morirte, Sime. Ya se murió tu padre.

—Calla la boca. Ningún padre se muere por uno, ¿oyes?

—Bueno, Sime —dijo el niño acobardado.

Ella añadió:

—A cambio sólo te pido que no olvides lo que te dije, ¿recuerdas?

—Sí, Sime. Cada vez que suba al borrico le diré al Señor que perdone tus pecados empezando por la cabeza.

La Sime suspiró, aliviada:

—Está bien —dijo—. Ahora humíllame. No me queda mucho tiempo para lavarme. Tengo prisa.

—¿Qué, Sime?

—¡Escúpeme! —dijo ella.

—No, Sime.

Ella hizo unos rápidos visajes con la cara:

—¿Es que no me oyes? ¡Escúpeme!

El niño reculaba hacia la puerta. En las afiladas facciones de la Simeona veía ahora al Centenario y a la abuela Iluminada muertos:

—Eso sí que no, Sime.

En ese instante se filtró por las rendijas de la ventana un alarido agudo y quejumbroso. La Sime se quedó inmóvil, guiñando levemente los ojos en un nervioso parpadeo y, de pronto, se cubrió el rostro con las manos y se arrancó a llorar histéricamente:

—Nini, ¿oíste? —dijo entre dos sollozos—. Es el diablo.

El niño se aproximó.

—Es el búho, Sime, no te asustes. Caza ratones en el tejado.

Entonces ella se tumbó de espaldas, soltó una risotada y se puso a decir cosas incoherentes.

Por Santa Edeltruda y Santa Agripina, la Simeona se restableció. El Nini, el chiquillo, se la encontró en la Plaza, todavía pálida y vacilante, y por primera vez desde que se ofreció no le encareció que la humillara. El Nini le preguntó:

—¿Estás bien, Sime?

—Bien, ¿por qué?

—Por nada.

Se quedaron un rato frente a frente, como observándose con reticencia.

Al fin, el Nini añadió:

—¿No bajarás este año a cangrejos, Sime?

—¡Huy, hijo! —dijo ella—. Eso se acabó. Yo ya no estoy para fiestas.

A partir de esa noche, los cangrejos empezaron a mostrarse esquivos con los reteles y las arañas del Nini. Era lo mismo que el tiempo se mantuviese quedo o que soplara el sur o el noroeste. Al atardecer, los cangrejos abandonaban sus cuevas o sus cobijos bajo las berreras y merodeaban en torno a los reteles, pero sin decidirse a salvar el aro. El Nini, por más que se esforzaba, apenas conseguía atrapar más allá de una docena. Al llegar a la cueva le decía al tío Ratero:

—La Sime me echó mal de ojo.

El Ratero se rascaba insistentemente el cráneo bajo la boina:

—¿Nada? —inquiría.

—Nada.

—Habrá que bajar entonces.

Mas el Nini, antes de destruir las camadas de primavera, prefirió volver a los lecherines y los lagartos. Hizo un esfuerzo por ampliar su clientela ofreciendo los lecherines de puerta en puerta. Una tarde se llegó donde el Furtivo, a pesar de que su sonrisa carnicera le aterraba.

—Matías —le dijo—. ¿No necesitarás tú lecherines para los conejos?

—¿Lecherines? ¡Estás tú bueno, bergante! ¿Es que no sabes que largué los conejos de que empezó la peste?

El Nini parpadeaba desconcertado y, de repente, el Furtivo le agarró por el pescuezo y añadió, entornando los ojos como si le molestase la luz:

—A propósito, ¿no sabes tú quién fue el bergante que soltó el aguilucho del nido de la junquera?

—¿Un aguilucho en la junquera? —inquirió el niño—. Las águilas no anidan en la junquera, Matías, tú lo sabes.

—Pues esta vez anidó, ya ves; y un hijo de perra cortó el alambre con que amarré la cría, ¿qué te parece?

El Nini alzó los hombros y sus pupilas resplandecieron de inocencia. Agregó Matías Celemín, soltándole y cruzando solemnemente los brazos sobre el pecho:

—Oye una sola cosa y a ver si aprendes de una vez por todas. Aún no sé quién es ese tal, pero si un día lo agarro le voy a sacudir una mano de guantadas que no le van a quedar más ganas de entrometerse.

XVII

Un despiadado sol de fuego se elevó sobre los tesos por la Preciosa Sangre de Nuestro Señor y abrasó la salvia y el espliego de las laderas.

En tan sólo veinticuatro horas, el termómetro rebasó los treinta y cinco grados y la cuenca se sumió en un enervante sopor canicular. Los cerros se resquebrajaron bajo los ardientes rayos y el pueblo, en la hondonada, quedó como aprisionado por un aura de polvo sofocante. En torno crepitaban los trigos maduros, mientras los corros de cebada ya segados, con las morenas esparcidas por los rastrojos, denotaban un anticipado relajamiento otoñal. Bajo el bochorno, la vida languidecía y el infernal silencio de las horas centrales apenas se rompía por el piar lastimero de los gorriones entre los altos carrizos del arroyo. Al ponerse el sol, una caricia tibia descendía de las colinas y las gentes del pueblo aprovechaban la pausa para congregarse a las puertas de las casas y charlar quedamente en pequeños grupos. De los campos ascendía el seco aroma del bálago envuelto en el fúnebre lenguaje de las aves nocturnas, mientras las polillas golpeaban rítmicamente las lámparas o revoloteaban incansables en torno a ellas en órbitas desiguales. Del Cerro Merino llegaban los silbidos de los alcaravanes y, a su conjuro, los cínifes se desprendían de la maleza del río y bordoneaban por todas partes con agresiva contumacia. Era el fin del ciclo y los hombres, al encontrarse en las calles polvorientas, se sonreían entre sí, y sus sonrisas eran como una arruga más en sus rostros requemados por el sol y los vientos de la meseta.

No obstante, por San Miguel de los Santos, los cuetos amanecieron envueltos en una pegajosa neblina que fue acentuándose a medida que el día ensanchaba. Y el Pruden, al advertirlo, cruzó el puentecillo de troncos y ascendió penosamente la cárcava y, una vez en la meseta de tomillos, llamó al Nini a grandes voces:

—Nini, rapaz —dijo cuando éste apareció en la boca de la cueva, desperezándose—, esa calina no me gusta. ¿No amagará el nublado?

El Loy olisqueaba los talones del hombre y la Fa, alebrada junto al niño, se dejaba acariciar a contrapelo por su sucio pie desnudo. El Nini oteó el horizonte, los cerros ligeramente neblinosos y, finalmente, sus ojos se detuvieron en el azor, aleteando sobre el Pezón de Torrecillórigo. Al cabo de un rato, descendió por la cárcava al cauce sin decir palabra. El Pruden y los perros le seguían con la misma confiada docilidad con que siguen al médico

los parientes de un enfermo grave. Una vez en el arroyo, el Pruden desató la lengua y en tono plañidero le dijo al Nini que los trigos secos y raspinegros no aguantarían la piedra. El niño aparentaba no oírle, se ensalivó el dedo corazón y observó atentamente de qué lado se secaba antes. Luego se introdujo entre los carrizos y las espadañas y analizó detenidamente los esbeltos tallos. Las hormigas aladas trepaban incansablemente por ellos y al alcanzar el extremo tornaban a descender. El Pruden lo contemplaba ahora silencioso y expectante y cuando el niño salió de entre los carrizos le consultó con la mirada:

—Hay niebla y la brisa es sur —dijo el niño pausadamente—. Las hormigas de alas andan en danza. Si antes de mediodía no cambia el viento, de aquí a mañana tronará. Harías bien en avisar a la gente.

Mas al Pruden nadie le hizo caso. Le dijo el Rosalino:

—Antes de San Auspicio no empiezo.

—El Nini dice… —apuntó el Pruden.

—Aunque lo diga María Santísima —atajó el Encargado. Sin embargo, un cuarto de hora más tarde, cuando el Frutos dio el pregón desde la Plaza pidiendo agosteros para el Pruden, los hombres reprimieron un estremecimiento. Tan sólo el Rosalino, para desalojar la inquietud de su pecho, comentó:

—Aviva, Pruden, que te se quema el arroz.

Pero a media tarde irrumpió sobre el Cerro Merino una nubecilla blanca y tras ella otras nubes más densas y apelmazadas. Los hombres del pueblo no quitaban ojo al cerro y al oscurecer, Justito, el Alcalde, dio orden al Frutos de preparar los cohetes contra el nublado. A esas horas el cielo se había encapotado totalmente y el Pruden, con la Sabina, el Mamertito, el Rabino Chico y el Críspulo —el chico mayor del Antoliano—, terminaban de amontonar en morenas el trigo de su parcela. Un viento cálido se desató al ponerse el sol e hizo ondear los campos sin segar y provocó violentas tolvaneras en los caminos. El cielo se mostraba cada vez más sombrío y el Nini despachó en un momento el frangollo preparado por el Ratero y se acuclilló a la puerta de la cueva. La noche se había echado de repente y la atmósfera era cada vez más pesada e irrespirable. Empero, no llovía aún, ni tronaba, y el primer resplandor del rayo asustó al chiquillo. La Fa levantó de golpe la cabeza y rutó cuando el estrépito del trueno descendió dando tumbos cárcava abajo. Un hedor a azufre se mezcló con el seco aroma del bálago y de la mies madura. El tío Ratero asomó a la boca de la cueva, miró a lo alto, a lo oscuro, y dijo:

—Buena se prepara.

Al Loy se le erizaron los pelos del espinazo y al elevarse en el cielo el primer cohete, apuntando al gran vientre tenebroso de la nube, ladró airadamente sin saber a qué. El estampido del cohete semejó al agudo grito de un niño en una acalorada discusión de adultos. Tras él, el cielo se abrió en una luz vivísima que hizo destellar la cadena de tesos como si fueran de plata. El trueno siguió a la luz sin transición y fue un trallazo fulminante y quebrado como un latigazo.

—Va a ser peor que la de San Zenón. ¿No recuerda? —dijo el Nini.

Un segundo cohete fue lanzado desde la Plaza y a éste siguieron otro y otro, sin interrupción ni método, a la desesperada. Se diría un cazador disparando chinas con un tiragomas contra una manada de elefantes. Un nuevo relámpago inundó la cuenca de una claridad lívida y al estruendo del trueno siguió el gemido del huracán barriendo los cuetos y los campos, levantando densos remolinos de polvo que se empinaban hacia el cielo, girando en espirales inverosímiles. Al ceder el viento empezaron a caer las primeras gotas; eran unas gotas prietas, turgentes, como uvas, que restallaban en la tierra reseca y, al fraccionarse en minúsculas partículas, se evaporaban de nuevo sin dejar huella. Dijo el Ratero tras el Nini:

—Más vale así.

—¿Qué vale más?

—El agua.

—¿El agua?

—En seco sería peor.

El niño denegó con la cabeza sin cesar de mirar abajo, a las casas del pueblo:

—Será lo mismo —dijo sentenciosamente—. Tal como están los trigos será lo mismo.

Los relámpagos desgarraban el firmamento por todas partes, encadenándose en una suerte de fantástico duelo. Los truenos horrísonos del noroeste se confundían con las exhalaciones del sudeste y con el repiqueteo del pedrisco que rebotaba sobre la piel tirante del teso como palillos batientes sobre el parche de un tambor. Eran granos del tamaño de huevos de paloma, pero, pese a su volumen, el viento los arrastraba para amontonarlos allí donde un matojo o una quebrada del cueto les prestaba su abrigo.

—Se han juntado dos nublados —dijo el niño.

—Dos —respondió el Ratero.

—Como en el cincuenta y tres por San Zenón, ¿no recuerda?

—Lo mismo.

Poco a poco cedía la canícula y se elevaba de los campos castigados el tonificante vaho de la tierra húmeda. La granizada remitía a intervalos y entonces, a la cruda luz de las exhalaciones, el Nini distinguía a los hombres oscuros, como mudos muñecos, moviéndose alocadamente en la Plaza. Ya no era sólo el Frutos, sino el Justito, y el José Luis, y el Virgilio, y el Antoliano, y el Matías, y el Rabino Grande, y todos los hombres del pueblo quienes rivalizaban en lanzar al aire los cohetes en un desesperado intento por ahuyentar la amenaza. Mas los cohetes, cuando ascendían, eran una efímera estela, sin brillo ni potencia, que estallaba sordamente contra un cielo bajo y opresivo. La cuenca, en derredor, asumía una apariencia fantasmagórica a la cárdena luminosidad de los relámpagos y, a ratos, los ramalazos de granizo formaban una cerrada cortina, tupida e impenetrable. El Nini decía:

—Es aún peor que la del cincuenta y tres.

El Ratero, inmóvil tras él, en las tinieblas replicaba:

—Peor.

La furia del cielo se desató sobre la cuenca y durante cinco horas se prolongaron las luminarias de las exhalaciones, los sordos retumbos de los truenos, el martilleo contumaz de la piedra sobre los campos. A las cuatro de la madrugada cesó repentinamente de llover y las nubes se concentraron al norte, sobre el Pezón de Torrecillórigo, y una luna alta y húmeda rasgó súbitamente los últimos flecos de la borrasca. La tierra toda que abarcaba la vista parecía cubierta de nieve, y los granizos, al deshacerse en el suelo, producían un rumor viscoso, como el de los cangrejos dentro de la sera. De cuando en cuando, tras el Pezón de Torrecillórigo, aún se abría el cielo en una culebrilla incandescente, pero el retumbo del trueno tardaba ahora en llegar y era algo redondo, uniforme, sin aristas.

El Nini bajó al pueblo tan pronto amaneció. La cárcava estaba húmeda y resbaladiza y el niño se desvió por la ladera para sujetar sus pies en los tomillos. Abajo los campos parecían muertos. La huerta y los tres chopos de la ribera erguían tímidamente su patética desnudez y los graznidos de las chovas en los vanos del campanario hacían más ostensible el gran silencio. Los trigos, arracimados desordenadamente por la violencia cambiante del ciclón, se acostaban mansamente sobre el lodo. A trechos, entre las espigas decapitadas, rebrillaban las charcas. Por los caminos y junto a las linderas yacían los cadáveres de los trigueros y las alondras, rígidos sobre los granos de trigo y los cascabillos desparramados. Los barbechos del Poderoso emanaban unas alacres fumarolas, como las que despedían los sembrados en los días soleados del invierno tras una noche de helada. Un pesado hedor a

cieno entremezclado con el del bálago se cernía sobre los campos. Dos urracas, envalentonadas con el desastre, jugueteaban sobre el viejo potro, esponjándose al sol incipiente.

Al entrar en el pueblo, el Nini sintió el llanto resignado de las mujeres a través de los postigos. Al pie de la trasera del Pruden, medio enterrada en el cieno, había una golondrina. En el alero, asomando sus cabecitas blanquinegras por la abertura del nido, piaban incansablemente las crías. Las callejas estaban desiertas y en los relejes había más barro que en pleno invierno. En la Plaza, la señora Clo barría briosamente los dos escalones de acceso al Estanco. En la tapia de adobes, bajo las bardas del corral, un cartelón de letras desiguales decía: «¡Vivan los quintos del 56!». El Loy se detuvo, olisqueando en el zaguán del José Luis, y el Nini le silbó tenuemente. La señora Clo lo vio entonces, se apoyó en la escoba y le dijo moviendo la cabeza de arriba abajo y mordiéndose el labio inferior:

—Nini, hijo. ¿Qué te parece este castigo?

—Ya ve.

—¿Es que somos tan malos, Nini, como para merecer esto?

—Eso será, señora Clo.

Frente a los establos, salpicado de barro, estaba el automóvil del Poderoso, y en la misma esquina don Antero y varios desconocidos hablaban dramáticamente con los hombres del pueblo. El Justito, y el José Luis, y el Matías Celemín, y el Rabino Chico, y el Antoliano, y el Agapito, y el Rosalino, y el Virgilio se encontraban allí, los ojos patéticamente abiertos, las espaldas vencidas como bajo el peso de un enorme fardo. Y don Antero, el Poderoso, decía:

—El seguro por descontado. Pero no hay que dormirse, Justo. Hoy mismo debe salir un pliego solicitando créditos y moratorias. De otro modo será la ruina, ¿oyes?

El Justito asintió débilmente:

—Por mí no ha de quedar, don Antero, ya lo sabe.

El Nini pasó de largo, los perros pegados a sus pies, pero antes de alcanzar el majuelo, oyó la voz tartajosa del Antoliano:

—Yo… yo no tengo seguro, don Antero.

Y la de Matías Celemín, el Furtivo, extrañamente fúnebre:

—Tampoco yo.

Un rumor de voces arrastradas se unió a la del Furtivo como un coro: «Ni yo», «Ni yo», «Ni yo».

Ya en el camino del majuelo, el Pruden le salió al paso. Pareció brotar de la tierra como un fantasma:

—Nini —dijo—. Tengo el trigo en morenas y no se ha desgranado —hablaba como disculpándose—: Yo…

El niño habló sin detenerse:

—No trilles hasta que seque —dijo—. Pero tampoco lo retrases, no sea que se nazca.

El Pruden le sujetó por un hombro:

—Aguarda —dijo—. Aguarda. ¿Tú crees que puedo yo ponerme a trillar delante de la miseria de los demás?

El Nini se encogió de hombros. Dijo, mirándole serenamente a los ojos:

—Eso es cosa tuya.

El Pruden se frotó las manos sin entusiasmo, tratando de dominar su nerviosidad. Luego hundió la derecha en el bolsillo y le tendió una peseta:

—Toma, Nini, por lo de ayer —dijo—. Más te daría, pero tengo aún que pagar tres jornaleros, hazte cuenta.

Bordeando el majuelo, desnudo por el pedrisco, el Nini se llegó al cauce. Poco más allá, del otro lado de los chopos, se encontró con Luis, el de Torrecillórigo. El muchacho le sonreía con sus dientes blanquísimos sin dejar de azuzar al perro.

—Dale, dale.

—¿Qué haces?

—¡Otra! ¿No lo ves? Cazar. ¿Crees tú que por este año se puede hacer otra cosa en el campo?

Le señalaba los trigos rotos, acostados en el barro: los dilatados campos convertidos en un pajonal.

—¿También en Torrecillórigo?

El hombre flanqueaba el arroyo a compás de la marcha del perro, entre los carrizos quebrados. Dijo:

—La nube no dejó tiesa una espiga.

El niño observó al perro moteado:

—Ese perro no se aplica —dijo.

—¿Lo hacen mejor los tuyos?

El niño señaló la cabeza jadeante de la Fa:

—Ésta es vieja y está tuerta, pero el cachorro ya las conoce y el año que viene se aplicará.

El muchacho de Torrecillórigo se echó a reír y se golpeó varias veces la bota con el extremo de la pincha de hierro:

—También el mío es nuevo —dijo.
—El año ya tiene.
—Por San Máximo lo cumple. ¿En qué lo has conocido?
—En los ojos. Y en la boca. ¿Cómo se llama?
—Lucero, ¿te gusta?
El niño denegó con la cabeza.
—¿Por qué no te gusta el nombre?
—Es largo.
—¿Largo? ¿Cómo se llaman los tuyos?
—La perra Fa.
—¿Y el cachorro?
—Loy.
El hombre volvió a reír.
—Para llamar a un perro cualquier nombre es bueno —agregó displicentemente.

De pronto, el muchacho levantó los ojos y su risa se fue contrayendo en la boca hasta convertirse en una mueca de estupor. El Nini oyó los pasos apresurados y alzó los ojos y vio al tío Ratero, aplastando en largas zancadas las cañas desmayadas del trigal. Llevaba la pincha en alto y gritaba algo inarticulado que no llegaban a ser palabras. Al alcanzar el borde del arroyo no se detuvo. Saltó en el agua, chapoteando como impulsado por una fuerza irracional y se echó sobre el muchacho con el hierro en alto. El Nini apenas tuvo tiempo de incorporarse, asirle de la raída americana y tirar hacia atrás con todas sus fuerzas, mas el muchacho de Torrecillórigo prendía ya la muñeca del Ratero manteniendo su pincho distante, mientras voceaba: «Date a razones, ¡coño!. —Pero el Ratero mascullaba palabrotas y murmuraba obcecadamente—: Las ratas son mías. Las ratas son mías». De súbito, la Fa se arrancó sobre el muchacho, mordiéndole sañudamente las pantorrillas, pero el Lucero, a su vez, se lanzó sobre la perra y ambos animales se enzarzaron, mientras el Loy, el cachorro, ladraba desconcertado, sin saber qué partido tomar. El Nini, persuadido de la imposibilidad de separar a los hombres, los seguía en las evoluciones que provocaba la lucha, los ojos desorbitados, intentando aplacarlos con sus voces, pero el Ratero no le oía. Una fuerza ciega le empujaba y como para darse coraje se repetía una y otra vez: «Las ratas son mías. Las ratas son mías». Los perros peleaban aviesamente, se mordían con enconado ensañamiento mostrando sus colmillos blanquísimos, sin cesar de gruñir. En una ocasión rodaron por el barrizal hechos un ovillo y el Ratero tropezó en ellos y cayó entre los trigos, el cuerpo de su adversario

montado sobre él. El muchacho de Torrecillórigo trató de reducirlo hincándole las rodillas en los bíceps y en su tenso esfuerzo murmuraba: «Da-te-a-ra-zo-nes-co-ño», pero el Ratero le ganó la acción, se arqueó sobre el estómago y lo lanzó hacia atrás golpeándole luego con las botas en el vientre. Los dos hombres se incorporaron, observándose de soslayo, jadeando, las pinchas levantadas, mientras los perros seguían ferozmente enlazados. Fue el Ratero quien de nuevo tomó la iniciativa, pero el muchacho atajó su golpe con el hierro y durante unos momentos cruzaron sus pinchos y las chispas saltaron en el aire. El Ratero, la espalda rebozada de barro, observaba ahora a su adversario con los párpados entornados como una alimaña y amagó con el pincho dos veces y le lanzó luego una patada brutal que le alcanzó en el pecho y lo derrumbó sobre las mieses acostadas. El Ratero corrió hacia él, pero el muchacho, en un esguince felino, esquivó el cuerpo y el Ratero cayó de bruces sobre el fango. Al ponerse en pie su jadeo era áspero, acongojado, como un rugido. De vez en cuando repetía como un autómata: «Las ratas son mías, las ratas son mías». Una gruesa costra de barro le cubría el rostro y sus ojos adquirían, entre los párpados ennegrecidos de tierra, una viveza singular. El muchacho de Torrecillórigo, doblado por la cintura, aguardaba serenamente una nueva ofensiva y su mirada penduleaba entre los ojos del Ratero y la pincha que sujetaba entre sus dedos crispados. Otra vez el Ratero se arrojó sobre él, la cabeza gacha, el pincho hacia la garganta, mas el muchacho desvió a tiempo la trayectoria del hierro, que no le produjo más que un rasguño en la mejilla que súbitamente se llenó de sangre. También la Fa sangraba por las orejas y el lomo, pero el animal no cejaba en su empuje. Los cuerpos de los perros desaparecían a veces entre la espesura de las pajas acostadas, para reaparecer siete metros más allá peleando con el mismo encarnizamiento. El Loy, pasado el desconcierto inicial, se pegó a las piernas del niño, erizados los pelos del espinazo, estremecidos sus miembros por un extraño temblor. Los hombres se habían enzarzado de nuevo, los pinchos en alto, murmurando maldiciones ininteligibles. El muchacho de Torrecillórigo tenía las mejillas cubiertas de sangre y por los agrietados labios entreabiertos se veía la boca reseca, aspirando el aire a bocanadas, como un pez moribundo. En un esfuerzo trató de herir a su contrincante, pero apenas si el filo del pincho pudo rasgar la chaqueta de pana del Ratero quien, al sentir en la piel el cosquilleo del metal y aprovechando el pasajero desmayo del otro, descargó un golpe contundente de abajo arriba y el hierro se hundió en el costado de su adversario hasta la empuñadura. Todo fue instantáneo como un relámpago. Las manos del muchacho se distendieron y el pincho, al caer, quedó oculto en

el barro. El Ratero se separó de él resollando y, entonces, el muchacho de Torrecillórigo avanzó hacia el Nini torpemente, dando traspiés, los ojos desorbitados y, al pretender hablar, un borbotón de sangre le cortó la palabra. Permaneció unos segundos inmóvil, tambaleándose y, al cabo, cayó del lado derecho y cerró los ojos como si descansara. Aún se estremecieron sus piernas convulsivamente dos o tres veces. Luego le sobrevino un nuevo vómito y, como si quisiera impedirlo, volvió el rostro lentamente y ocultó sus facciones en el fango.

El Nini levantó los ojos espantados hacia el Ratero, pero éste, resollando aún, se aproximó al cadáver y rescató su pincho de hierro. Después se encaminó a donde los perros se revolcaban, sujetó al Lucero por la piel del cuello y de un tirón lo separó de la Fa. El animal intentó en vano morderle la muñeca, revolviéndose furioso, pero el Ratero le acuchilló tres veces el corazón sin piedad y, finalmente, lanzó su cadáver sobre el del muchacho.

La Fa gañía y se lamía sin cesar las mataduras del lomo cuando el Ratero se acercó al cauce y lavó la sangre del pincho meticulosamente. El Nini se sentó en el ribazo y se acodó en los muslos. La Fa se llegó a él y se alebró a sus pies temblando, en tanto el Loy miraba rutando los dos cadáveres, cuyas heridas se iban llenando paulatinamente de moscas.

Al regresar el tío Ratero junto al Nini, media docena de buitres aparecieron de improviso volando muy altos sobre el Pezón de Torrecillórigo. El niño miró al Ratero, que jadeaba aún, y el Ratero dijo a modo de explicación:

—Las ratas son mías.

El Nini señaló con el dedo al muchacho de Torrecillórigo y dijo:

—Está muerto. Habrá que dejar la cueva.

El Ratero sonrió socarronamente:

—La cueva es mía —dijo.

El niño se levantó y se sacudió las posaderas. Los perros caminaban cansinamente tras él y al doblar la esquina del majuelo volaron ruidosamente dos codornices. El Nini se detuvo:

—No lo entenderán —dijo.

—¿Quién? —dijo el Ratero.

—Ellos —murmuró el niño.

Tras el alcor se veía flotar el campanario de la iglesia y en torno a él fueron surgiendo, poco a poco, las pardas casas del pueblo, difuminadas entre la calina.

El loco

1953

I

Mi querido Davicito:

¡Oh, mi pobre Davicito, corazón! Ya estoy otra vez contigo. Si tú eres testarudo yo lo soy también, que lo mismo soy hijo de mi madre; pero entre hermanos eso no es correcto, no está bien visto, y si tú no vienes a mí yo voy a ti, que los resultados van a ser los mismos. Cuando se lo dije a Sánchez, él me dijo: «Tonto serás; eso es hincar el pico. —Yo respondí—: Somos hermanos». «Aunque así sea, —dijo Sánchez. Yo vacilé, Davicito, te lo confieso, y sólo cuando Aurita me dijo—: ¿A qué esperar para ponerle cuatro letras a tu hermano?», me decidí del todo, y pensé: «Aurita tiene razón».

Y ya me tienes aquí, Davicito, un poco trastornado por las cosas que últimamente me han ocurrido. Aún no sé dónde llega la verdad o la mentira, ni lo que pudo ser verdad ni lo que pudo ser mentira. Únicamente sé que hubo una gran confusión y de la confusión nacieron las cosas de otra manera.

Siéntate, pues, Davicito, prende un cigarrillo si es que fumas (aunque yo no te lo aconsejo. Por aquí está cada vez más extendida la creencia de que el tabaco es una de las principales causas originarias del cáncer), y léete estas páginas con atención, que yo te iré explicando todo a mi manera.

II

La cosa empezó la tarde del 13 de octubre, al salir yo de la oficina, agobiado por ese bobo decaimiento que desde niño me ha producido el otoño. El centro de la ciudad, a esas horas, era poco adecuado a mi estado interior, deprimido y más bien melancólico, y no sé si por esto o porque estaba de Dios que yo tomase ese rumbo, fui y tiré por la primera bocacalle a mano izquierda. Yo creo que al tirar por esa calle buscaba mi propia tranquilidad, por más que luego haya pensado que si tiré por esa calle fue en virtud de la misteriosa atracción que en ciertos momentos de la vida se establece entre los hombres y las cosas. Anduve durante un buen rato sin rumbo, hasta que me vi en un rincón solitario y desconocido, y entonces se me metió por los ojos un cartelón, mal iluminado por una bombilla, que decía: «Vinos, —y yo pensé —: ¿Qué tal un trago?». Y fíjate, Davicito, en la cadena de coincidencias, que a mí no me gusta el vino, ni busco jamás en el alcohol un alivio, ni me parece honrada la bebida a deshora; no vayas a pensar por este dato que tu hermano sea un borracho. Pero el caso es que entré en la taberna, me senté a una mesa alargada y pedí un blanco.

Hasta pasados unos minutos no reparé en el hombre que empinaba el codo en el mostrador y daba conversación al mozo repeinado que le servía. Era un hombre muy corpulento y producía la sensación de algo espeso y mal trabajado. Iba embutido en un abrigo negro que le ajustaba las formas del cuerpo como si fuera una salchicha. El abrigo le quedaba corto y, por debajo, asomaban los pantalones con unas bolsas enormes en las rodillas. A pesar de que al hablar manoteaba alocadamente, y como con cierta impaciencia, daba la impresión de un hombre pesado, de movimientos embarazosos y solemnes como los de un elefante. Pero fue su rostro lo que más me impresionó, Davicito, con un ojo caído y la pupila descentrada. Eran, sus ojos, de un tono gris desvaído, casi blancos y con una blandura dentro que daba grima. Tenía unos labios muy rojos o lo parecía, debido a la palidez de la piel, y el inferior, cuando hacía una pausa, se le descolgaba penosamente como un peso muerto.

III

Fue tan grande mi impresión, que volví el vaso a la mesa sin llegar a probarle. Resulta extraño, Davicito, lo que por mí pasó en aquel momento. Era algo así como si, de repente, mi vida actual se conectase con otra vida anterior mía. Raro, ¿verdad?

El ganglio me duele tratando de aclararte mi estado de ánimo en aquel momento; me resulta penoso y difícil. Bueno, sin ir más lejos, a ti te habrá ocurrido alguna vez, Davicito, que al escuchar una frase o contemplar una escena que consideras la primera de tal género en tu vida, presientes que esa frase o esa escena la has vivido ya o la has contemplado en otra ocasión, aunque por más que te esfuerces no aciertas a concretar cuándo ha sido, ni siquiera si ha sido en sueños. Sólo sabes que es «repetida», y entonces recelas si no habrás disfrutado de otra vida anterior en la que oirías la misma frase o presenciarías la misma escena que oyes o ves ahora con la conciencia plena de ser la primera de tal clase en tu vida de hoy. Sin embargo, te dices: «Esto no es enteramente nuevo para mí».

Esto te ha ocurrido más de una vez, ¿no es cierto, Davicito? Y por más que te comprimes el cerebro, el cerebro no da chispa y te deja en la duda, lo mismito que estabas. Luego te olvidas y no te vuelves a acordar de ello. La impenetrabilidad del misterio termina por aburrirte y vencerte. Pues bien, Davicito, una impresión así, pero muy acusada y violenta, experimenté yo frente a aquel hombre, y, a pesar de que su físico me repugnaba, yo notaba la necesidad de mirarle, como si sus ojos me atrajeran o, en cierto modo, tirasen de mi voluntad, como dominándola.

IV

El mozo del mostrador miraba de reojo al hombre y sonreía para sí como con malicia y remordimiento. El mozo tenía una chaquetilla blanca, arrugada, con manchas de vino en las bocamangas y un cabello negro y reluciente de brillantina tirado hacia atrás.

Dijo el hombrón obeso, como si reanudara una conversación:

—No hay cosa peor, ¿eh? Ten en cuenta que el pestillo va por fuera, y cuando te despiertas y quieres flexionar las rodillas, chocas con el cajón, y el porrazo produce un sonido opaco que te sorprende. Entonces piensas: «Bueno, me levantaré a pulso», y vas a hacerlo y, ¡pom!, te golpeas la frente con la tapa y te haces un chichón, y en vista del fracaso, piensas que no estás bien despabilado y abres bien los ojos para ver qué cosa extraña ocurre allí, pero los ojos te duelen y empiezas a dudar si los tienes abiertos o cerrados, porque todo está oscuro y el ojo de uno no alcanza a divisar la mano de uno ni la pechera de uno, ni nada…

Hizo una pausa y bebió otro vaso. Se movía pesadamente, más con un fondo de energía, y su voz era poco fluida, como con grumos. Más tarde advertí que tenía un desagradable matiz nasal. El mozo le sonrió con una expresión agridulce de membrillo, y como si ello le espoleara, el hombre corpulento añadió:

—No puede haber cosa peor en la vida, ¿entiendes? No sólo es la oscuridad. Es… ¡todo! Al ver que no puedes levantarte intentas rebullirte, y tampoco puedes, porque tu padre o tu hermano o quienes dicen que bien te quieren, te tomaron las medidas justas, en parte porque siempre gusta presumir de que allí se hace todo a la medida; en parte, porque la madera cuesta cara, y hacer las cosas grandes es un derroche. El caso es que no te puedes ni rebullir, y entonces piensas que estás encerrado y sobreviene la angustia y haces otro esfuerzo, pero otra vez te topas con las tablas, y, además, el hábito y los ropajes que te han puesto tu mujer o tu hermano son embarazosos y te encadenan aún más. Y, de repente, notas la soledad… Eso es lo peor: la soledad. Oyes el silencio que llega en bandadas como negras aves. Y por entre los resquicios de las tablas entra el silencio, y tú gritas recio, entonces, para matar el silencio o contrarrestarle; pero el grito se enreda entre los tablones y es una cosa desfibrada que apenas trasciende tres metros en torno; y vuelves a gritar una y otra vez hasta que te exasperan tus gritos sordos, porque hacen más espeso el silencio que te rodea. Tú piensas, de pronto: «¡Dios mío, me han enterrado vivo!». Y te muerdes las manos y clavas las uñas en las tablas que te impiden incorporarte y juras y juras hasta que te hartas. Después lloras como un perro y notas que empieza a faltarte el aire y haces otro esfuerzo para romper la tapa; pero tu mujer o tu hermana o quienes dicen que te quieren, han comprado género de castaño o de nogal para que aguante bien y para que los amigos digan: «Vaya, al pobre le han tratado con toda consideración hasta el final». Y te fastidian, ¿eh? Te irrita que no compraran género más blando, pino, por ejemplo, y te irrita aún más el pensar que eso lo hicieron por bien tuyo, para que te conserves mejor y tus restos no se desparramen en cuatro días… Angustioso, ¿eh?

V

Le brillaban ahora al hombre, en la frente, unas minúsculas gotas de sudor. Jadeaba. A la legua se advertía que vivía su relato. El mozo dejó de

sonreír. Se limpió las manos en la chaquetilla blanca, y dijo:

—Parece que lo ha vivido usted, caramba.

Yo no me pude reprimir, y dije:

—¡Otro blanco!

El hombre, que bebía, volvió la cabeza hacia mí. Hasta ese instante no había advertido mi presencia. El fondo del vaso desorbitaba su ojo extraño, dándole unas dimensiones exageradas. A través del cristal llegaba a mí la obsesiva fijeza de su pupila dilatada. Permaneció un rato así, como observándome a través de una lente. El desequilibrio entre su ojo normal y el que el cristal agrandaba promovía una impresión desagradable. Se diría, Davicito, que mi persona producía en él algo semejante a lo que produjo en mí la suya. El mozo repeinado volvió tras el mostrador después de servirme, e insistió:

—Lo pinta con tanto detalle que parece que lo haya vivido usted, ¡cuerno!

El hombre dejó de mirarme y se volvió a él, lenta, solemnemente.

—Lo sueño cada noche —dijo—. Eso es peor que haberlo vivido.

Hizo una pausa. Luego agregó:

—¿No conoces la historia de aquel hombre que iban a hacerle santo y no le hicieron por haber perdido a última hora la virtud de la paciencia?

El mozo repeinado denegó con la cabeza. Se abrió un silencio tirante. Me agobiaba la tensión y grité:

—¡Otro blanco!

El hombre se volvió de nuevo a mirarme. Le trastornaba que le interrumpieran. Me sirvió el mozo de mala gana y regresó tras el mostrador. El hombre dijo:

—Querían canonizarle por sus hermosas virtudes, y al exhumar su cuerpo advirtieron que el rostro y las manos y todos sus miembros estaban contraídos, y las uñas se clavaban como garras en las tablas del ataúd. Lo enterraron vivo, y en su impotencia se había desesperado. Eso es todo. Espeluznante, ¿eh?

El mozo quiso sonreír y no consiguió más que una mueca ambigua. El hombre del sobretodo añadió atropelladamente:

—Yo quiero que antes de enterrarme me den dos tiros en la cabeza. O, para mayor seguridad, que me lleven a la Facultad de Medicina y allí me hagan pedacitos para que los estudiantes se entretengan observándolos.

Al mozo parecía que, de repente, le asaltaban las náuseas. Tardó en responder, cuando el hombre, sin la menor transición, se echó mano al bolsillo del chaleco, y dijo:

—¿Qué te debo?

Tan pronto salió el hombrón del establecimiento me incorporé y pregunté al mozo del mostrador:

—¿Quién es?

—¡Qué sé yo! Robinet —dijo.

—¿Francés?

—¿A qué ton francés? O austríaco o ruso. Él vive aquí.

Le eché un duro sobre el mostrador y salí corriendo a la calle. Apenas había un alma, y de Robinet no se veía ni rastro.

VI

Aurita es una buena chica. Si tropezaras en la vida con una chica así no dudes en casarte, Davicito. El hombre sólo da de sí cuanto lleva dentro cuando encuentra en su camino una buena chica. Aurita es una buena chica, o a mí me parece una buena chica. Creo que entre estos dos extremos no hay la menor diferencia. Yo, de mí, sé decirte que estoy contento. Nada significa que ella se alborotase la noche que conocí a Robinet, en primer lugar porque llegaba tarde, y en segundo, porque, según ella, apestaba a vino. Le quise hacer comprender que tomar una copa no es un pecado, y ella respondió que el mero hecho de decir una cosa así ya era prueba de que yo estaba borracho. Le dije que no fuese tonta y no alborotase; pero ella se encerró en la alcoba, se tumbó en la cama y rompió a llorar.

Claro que imaginarás, Davicito, nuestro comportamiento en su circunstancia, ya que has de saber que antes Aurita no era así, sino todo lo contrario, y cuando yo regresaba del Banco con los pies fríos tenía las babuchas al pie del brasero y, sobre la mesa, un café bien calentito, y al acostarme, nunca me faltó una silla donde colgar la americana para que no se deformen los hombros, que es cosa ésta que me irrita mucho. De otra parte, no creas que me enfurezca su actitud actual, que si algo me produce es compasión, porque Aurita se pasa el día entre vómitos, mareos y extraños pinchazos. Y yo le digo: «¿Sufres, hija?, —con todo el buen corazón, y ella se irrita y responde—; Di. ¿Por qué te diriges a mí en tono de broma?».

Yo sé, Davicito, que es una chiquilla y nada más que una chiquilla, y sin que vaya a decirte que Aurita sea una belleza, ni una de esas muchachas que los hombres se vuelven a mirar, sí te aseguro que tiene un atractivo, que no sé

qué es ni qué no es, pero que me desarmó desde que la conocí, y esto sí que fue una de las grandes casualidades de la vida.

VII

Figúrate que estando un día en la cola de un cine se me acerca una muchacha y me dice: «¿Le importaría mucho sacarme dos butacas?. —Yo me azoré, y dije casi a gritos—: ¡Todo lo contrario!». Entonces se me ocurrió una trastada. Pensé que podía pedir mi butaca al lado de las suyas, por más que siempre pensara ir arriba que son algo más baratas. La sola idea ya me puso nervioso, y, luego, aguardé a que apagaran la luz para que ella no advirtiese mi azoramiento, y cuando en la penumbra me senté a su lado, y ella me miró de reojo, noté como si llevara una piedra dentro del vientre.

Y lo que son las casualidades, la película trataba de un empleadillo de Banca que se enamora de una millonaria, y la millonaria aparenta ser otra empleadilla para que el empleadillo la quiera por ella y no por su dinero. No me pude contener, Davicito, y me aproximé a ella, y aunque se me nublaba la voz, dije: «También yo soy empleado de Banca. —Ella sonrió, y dijo a media voz—: Desde luego yo no soy millonaria». Yo me sentí audaz, y añadí: «Tanto mejor». Al salir la acompañé a casa, y en los días sucesivos vigilé sus salidas, y una tarde que estaba ella en la cola de otro cine me hice el encontradizo, y la dije: «Señorita, ¿le importaría sacarme una localidad?». Y, pásmate, que eso le hizo gracia, y a partir de ese momento nos hicimos buenos amigos y nos veíamos con frecuencia, y yo estaba bien harto de la patrona, que andaba liada con un estudiante jovencito, y no le cobraba el pupilaje; y del belga, que se emborrachaba con cerveza y orinaba, cada noche, dentro de la bañera. ¡Figúrate qué cochinada!

Una noche me bebí tres copas y le dije a Aurita que sería feliz casándome con ella y viviendo en un pisito con tres habitaciones y baño. Aurita rompió a reír, y dijo: «Bueno; pues seamos felices entonces». Y empezamos a hacer cálculos, y, en teoría, el presupuesto alcanzaba holgadamente, y Aurita dijo, entonces: «Chico, no olvides que mi pasión es el cine». Tenía los ojos húmedos y los párpados entornados, Davicito, y yo sentí en ese instante unos diabólicos deseos de besarla.

VIII

Por lo demás, si Aurita me muestra ahora algún desabrimiento, sé disculparla, porque no olvido que cuando yo me encontraba en la ciudad solo y desamparado, ella me tendió una mano y fue cariñosa conmigo. Y la noche que se enfurruñó por que llegaba tarde y olía a vino, me conformé y cené solo pensando en Robinet, hasta que me di cuenta que Robinet era una obsesión y Aurita también advirtió algo raro en mí; y, hasta Sánchez, mi compañero en el negociado de Valores, me dijo un día:

—¿Qué te ocurre, Lenoir, que no das pie con bola desde hace un par de semanas?

Por primera vez, al oír a Sánchez, reparé, Davicito, en que mi apellido era francés como Robinet, y me dije: «He ahí otro punto de relación. —Mas, a la salida, pensé—: ¿Qué tiene de particular mi apellido francés?». Porque yo recordaba perfectamente, Davicito, la historia del abuelito Lenoir, cuando vino a tender el tramo de ferrocarril Reinosa-Santander, y en un pueblecito donde perforaba un túnel, conoció a la abuela, y el bisabuelo, que era violentamente nacionalista, decía: «Mi hija no será para un francés». Pero el abuelito Lenoir, acostumbrado a perforar la roca, no encontró obstáculo serio en el corazón de la abuela. Él le decía, en sus entrevistas secretas: «Ma cherie, mon amour est aussi grand, aussi ferme, et definitif que une de ces hautes montagnes». Más tarde, el bisabuelo cedió porque el abuelito Lenoir le amenazó con pegarse un tiro a la puerta de su casa si al tercer silbido no se asomaba la abuela al balcón. Claro que, dirás tú, Davicito: «¿Qué relación puede tener esta historia con *monsieur* Robinet?». Eso mismo me decía yo, y, no obstante, le di mil vueltas, de tal modo, que llegué a configurar al abuelo Lenoir con la misma cara de Robinet y hasta no me hacía raro imaginar a éste diciendo, súbitamente enternecido: «Querida mía, mi amor es tan grande y tan firme y tan definitivo como una de esas altas montañas».

Pero la verdad es que Robinet estaba cada día más lejos de mí, Davicito, y yo empeñado en establecer entre ambos una relación salvadora y teniendo cada día menos apetito, y más insomnios, y más enfebrecimiento, y Aurita denostándome y aconsejándome una aspirina y diciéndome, a cada paso, que lo que ella llevaba dentro era tanto suyo como mío y veníamos obligados a compartir las consecuencias.

IX

Por eso prefería reflexionar sobre mis cosas en el Banco, aprovechando el sitio tan recogidito y agradable que me han asignado. Figúrate, Davicito, que es un rincón, con un bufete ante el ventanal y detrás, justo detrás, hay un radiador cuyo calorcito noto constantemente en los riñones. De este modo estoy aislado, y a no ser que alguien venga ex profeso a buscarme, nadie necesita topar conmigo. Allí me daba las grandes panzadas a pensar en Robinet y tomaba notas para orientarme y urdía conjeturas que luego, por las noches, no me dejaban pegar el ojo, y, en fin, fueron unos días de una actividad cerebral tan intensa y, al propio tiempo, tan sin sentido, que me debilité y me salió un bulto en el cuello. El médico del Seguro dijo que era un ganglio, y me recomendó comer mucho y descansar diez horas; mas Aurita me armó una tremolina y me dijo que si por un bultito así tomaba tales precauciones, qué no tendría que hacer ella con el suyo. La irritaba verme tan preocupado y absorto, hasta que una tarde estalló, se puso a preparar las maletas y dijo que se iba a casa de su madre. Yo traté de contenerla, y ella dijo:

—¿Es que una ha de aguantar hasta que su marido tenga una amante?

—¡Oh!, no digas esas cosas —dije.

—No, ¿verdad? ¿Y en qué piensas a todas horas y qué te desvela y qué te quita el apetito, si puede saberse?

Yo me había prometido no decirle nada, Davicito, porque sé que de un susto puede nacer un monstruo, pero al verla así le conté todo de pe a pa, y ella me dejó hablar, y al fin dijo:

—A mí me ocurre cien veces ver a un hombre en la calle y no saber en qué tienda despacha. Eso son boberías y preocupaciones de chico pequeño.

Intenté hacerle ver que no era lo mismo, y ella insistió en su punto de vista del dependiente que la desorienta en la calle; mas como en los días sucesivos no viera en mi actitud un cambio apreciable, Aurita empezó a decirme a cada paso, llorando e increpándome, que no podía soportar el que prefiriera a Robinet que a ella.

X

Davicito, por favor, ponte en mi lugar. Una corazonada, un presentimiento… Nada más, ésta es la verdad. Y mi mujer en contra, y mi salud en contra, y todo en contra y yo tieso en mis trece. Sánchez, mi compañero de negociado, también advirtió mi desazón, y un día me dijo: «Ojo, Lenoir. No te dejes obsesionar por una idea fija, pues una idea fija en la sesera sin tener el estómago lleno puede acabar contigo en el manicomio». Yo me asusté un poco, Davicito, porque realmente mi excitación era muy grande; pero, al fin, se impuso de nuevo mi obsesión a mis temores y me propuse no descansar hasta encontrar a Robinet.

Y, sin decir nada a Aurita, cada tarde, al salir de la oficina, recorría las callejas próximas a la taberna del joven repeinado. A Aurita le decía que teníamos una diferencia, que es cosa que en verdad ocurre con frecuencia y nos entretiene mucho. Una de esas tardes, cansado de indagar de manera tan cándida y vana, empujé la puerta de la taberna y entré.

—Hola —dije al mozo repeinado.

—Hola —dijo él.

—¿Y Robinet?

—¿Por qué tiene usted ese empeño en ver a Robinet?

Yo, Davicito, estaba dispuesto a pagar sus servicios y le puse un duro en la mano. Me dolió su risa estridente y cortada y su manera de flamear el duro por encima de la cabeza. Chilló, de pronto:

—Si quiere coger a Robinet, búsquelo; a mí no me hizo nada malo.

Y cuando creí que iba a ceder me arrojó el billete a la cara todo humedecido y lamigoso. Yo me armé de paciencia y salí de allí, y al llegar a casa, Aurita me arrancó violentamente de mis cavilaciones:

—De dónde vienes, ¿di? —me dijo.

—De la oficina —dije—. Ha habido una diferencia.

—¡No es cierto! —gritó ella.

Y advertí que en mi hogar existía un equívoco desde la aparición de Robinet. Aurita recelaba de mi fidelidad.

—Te llamé desde la tienda —agregó—. Me dijeron que hacía hora y media que habías salido.

Me azoré, Davicito, como siempre que me pillan en un embuste.

—Bien —dije, al fin—. Busco a Robinet.

—¿Otra vez ese hombre? —dijo Aurita, irritada.

—Son cosas que no se pueden remediar —agregué mientras me quitaba el abrigo.

En ese momento, Davicito, me apeteció mi mujer, y sus hombros, y su garganta, y me senté en el brazo del sillón que ocupaba y la pasé la mano por la cintura y sentí el estremecimiento eléctrico de su cuerpo bajo mi palma. Ella me dejaba hacer pasivamente y ello me enardecía más. Me miró a los ojos de súbito.

—Dime que no volverás a pensar en Robinet —dijo—. ¡Si no, no!

Y se lo prometí como en ese momento la hubiera prometido tirarme de cabeza a un pozo. Pero yo te pregunto: «Davicito: ¿Crees tú válida una promesa hecha en tales circunstancias?».

XI

El practicante venía cada mañana a ponerme unas inyecciones de yodo muy dolorosas. Se me hacía que me atravesaba, y un día se lo dije así. Él era un hombre pequeñito y afilado, como sus agujas, y tenía mal talante. Me respondió: «Pare quieto, no le vaya a enhebrar el ciático». Y desde entonces le dejé hacer.

Así y todo, el bulto del cuello no decrecía; era como una dureza dolorosa. Algo así como un quiste, pero menos concreto y limitado. El practicante decía que no tenía importancia; pero yo le aseguraba que a mí, particularmente por las tardes, me ocasionaba un malestar y un decaimiento grandes. Él dijo que era por las décimas y que debería vigilarme la temperatura.

No te vigiles nunca la temperatura, Davicito. Un día tienes 37’2, y piensas: «A ver si baja mañana. —Y al día siguiente tienes 37’1, y piensas—: Vaya, mañana sin fiebre; esto está espabilado». Pero al día siguiente tienes 37’3, y piensas: «Este trasto tiene que estar mal». Y entonces te da por comprobar el termómetro con todos los que te rodean, y sólo tú tienes unas décimas y presientes que esas décimas pueden ser tu ruina, la de tu hogar y la de toda tu dinastía.

A Aurita le molestaba que me vigilase la temperatura y decía que, a la postre, lo que hay que ver es si se tiene buen cuerpo o mal cuerpo. Yo dije que tenía mal cuerpo y por eso me ponía el termómetro, y ella contestó que era la aprensión por las décimas lo que me provocaba el mal cuerpo. No entiendo mucho de estas cosas, Davicito; pero yo no me encontraba bien, no sé si por la aprensión, por las décimas o simplemente porque tenía mal

cuerpo; pero entiendo que la diferencia es tan vaga, que tanto da someterse a tratamiento de una aprensión, unas décimas o un mal cuerpo.

De todos modos, el ganglio no me impidió, al principio, seguir yendo a la oficina. Sánchez me dijo un día que su suegro tuvo en una ocasión un bulto igual que el mío que le nació sin darse cuenta; que el tiempo era el mejor médico y que lo que no curaba el tiempo no lo curaba el médico. Yo le dije: «Pero tu suegro no tendría décimas. —Él respondió—: No sé si tendría décimas o no; lo que sí tenía era un bulto en el pescuezo igual al tuyo». Yo no le hice caso a Sánchez porque pensaba que el yodo, la buena comida y el buen descanso son cosas de Dios, y las cosas de Dios bien podían ayudarle al tiempo a sacarme del apuro.

XII

Yo creo que con todas estas cosas hubiera olvidado a Robinet y hubiera cumplido la promesa que hice a Aurita si no me tropiezo con él cuando menos lo esperaba. Ocurrió la noche que Fando, un compañero del negociado de C. C., nos dio la despedida de soltero. Fando es un muchacho muy poca cosa, con la piel oscura y la cara picada de viruelas. Viste siempre de marrón y es muy ordenado y meticuloso y se coloca unos manguitos negros para trabajar. Nos dio bien de comer y de beber y, a la salida, yo me quedé con Sánchez y Berrigortúa cuando los otros se fueron de picos pardos.

Llevaba la cabeza cargada, y aun cuando la noche era fresca, notaba mucho calor. Me dije: «Anímate; esta cena le ha de ir al pelo a tu ganglio». Y al decirme esto, vi un bulto amorfo que atravesaba la calle, en dirección a una boca del «Metro. —Pensé, como entre nieblas—: A ese hombre le conozco». Perdí un tiempo precioso hasta que me dije: «Majadero, ese hombre es Robinet. —Y sólo dije a mis compañeros—: Perdonad, ¿eh?», y apreté a correr como un poseído; y el torpón de Robinet corría delante y yo le grité que se detuviera, pero no me hizo el menor caso y desapareció por la boca del «Metro. —Mientras corría, yo pensaba—: Ese hombre tiene una cuenta conmigo, por eso huye». En las escaleras frené un poco. El vino de Fando se me bamboleaba en la cabeza y bajé despacito para no romperme la crisma. En la estación no había nadie, sólo una quietud entre agarrotada y misteriosa, y, de repente, casi al tiempo que las voces de Sánchez y Berrigortúa llamándome desde arriba, percibí un ruido de pisadas a mi derecha, dentro del túnel. En un

instante me decidí, salté a la vía y apreté a correr endiabladamente en la oscuridad. Le chillaba a Robinet con todas mis fuerzas, pero no obtenía más contestación que el eco del túnel. Al principio seguía los rieles de la vía que rebrillaban en la oscuridad; pero, al poco, las tinieblas se cerraron y entonces empecé a notar en el ganglio las palpitaciones de mi corazón. Pensé: «Ojo, puede venir un tren. —Y decidí mentalmente—: Saltaré a la otra vía». Y el demonio del miedo me dijo entonces: «¿Y si viniera uno por cada vía?». Y yo me dije, para serenarme, aunque el fantasma del miedo me subía hasta la garganta, como una serpiente enroscándose: «No dará esa casualidad, ¡concho! A estas horas casi no circulan trenes». En ese momento silbó un tren y sentí la trepidación de los hierros arrastrándose bajo el túnel. Sonaba el ruido tras de mí y yo vigilé la aparición de la luz con el vientre contraído. Acechaba con todo el cuerpo en tensión por si descubría un ruido semejante en dirección contraria y, al comprobar que no, salté a la otra vía y aproveché el resplandor de las ventanillas para galopar frenético tras Robinet, al que veía desplazarse a lo lejos.

Más tarde volvieron las tinieblas y, al cabo, se descubrió, al fondo, el arco luminoso de la estación inmediata. Oí el crujir de otro tren al tiempo que vi a Robinet encaramándose dificultosamente en el andén. Inmediatamente, el tren llegó con un silbido y se interpuso entre los dos. Di dos gritos instintivos hasta que me dije: «Si las cosas se detuvieran por tus gritos, ¿qué?. —Y yo mismo hube de contestarme—: Nada». Y debió ser la conciencia que me insinuó al oído: «¿Por qué gritas, pues, de esta manera?». Me confesé, entonces, que era por el afán de echar el guante a Robinet, aunque no supiera a ciencia cierta la razón por la que quería echarle el guante a Robinet.

XIII

El 3 de mayo de hace dos años murió mamá, Davicito. Se apagó como un pájaro, sin estridencias ni agonías, y puede decirse que de repente, aunque desde hacía una temporada se encontraba un poco pachucha. La enterré sin aparato, con toda sencillez, en primer lugar por falta de recursos, y en segundo, porque estoy seguro que a ella ni muerta le hubiese gustado la ostentación.

En estos dos años he pensado mucho en mamá, Davicito. Ella no fue feliz con papá, y luego tu marcha la hizo muy desgraciada. A última hora sufrió de

una ciática pertinaz y, poco antes de morir, consultó a un curandero, quien la recetó sumergir la pierna en un cocido de hierbas, y aunque el tratamiento la mejoraba, la producía frecuentes catarros, porque la pobre se empeñaba en dormir con la pierna dentro del caldero. De otro modo, el dolor la impedía descansar. Yo no creo, Davicito, que me haya portado mal con mamá, aunque a veces, con este tonto temperamento mío, me asalten remordimientos y escrúpulos infundados.

Mamá, en los últimos años, era muy aficionada a charlar, y como tantos otros viejecitos sólo vivía de recuerdos. Cada dos días me contaba su encuentro con papá, con tal lujo de pormenores, como si no me lo hubiera contado antes. La pobre se enternecía al decir: «Y cuando le quise devolver el cristal ahumado para que él viese el eclipse, me dijo mirándome fijamente a los ojos: “Es inútil; para mí el sol no se nublará esta mañana”». Siempre hacía una larga pausa después de esta confesión. En cambio, si me hablaba de Pau y de nuestra estancia en Francia, lo hacía de prisa, como si deseara acabar pronto. Ella allí fue muy infeliz, Davicito, porque entonces papá ya se había olvidado del eclipse y sólo se preocupaba del casino y de sus modelos. Yo le decía a mamá: «¿Y por qué fue el irnos a Pau?. —Ella decía—: Papá me dijo un día: “Aquí un artista no tiene campo. He de colgar mis cuadros en París y Toulouse”». Pero yo me sospecho, Davicito, que papá colgaba algo más que sus cuadros en París y Toulouse. Yo tiraba a mamá de la lengua, porque advertía su laconismo respecto a esta etapa de nuestra vida. Una noche me confesó: «Cuando naciste tú me atendí yo sola hasta que subió *madame* Louvois, la portera». Y yo, Davicito, sentía avivárseme dentro del pecho un odio cargado y caliente hacia la memoria de papá. Y este odio mío no se extinguió hasta que mamá no me contó el lamentable final de la historia. Ella siempre decía: «Al morir papá…. —Yo la pregunté en una ocasión—: ¿Y de qué murió papá?». Ella repitió como si no me hubiera oído: «Al morir papá…». Y yo no dije nada hasta mucho tiempo después. Ella volvía a desenlazar la historia de la misma manera: «Al morir papá…. —Y yo dije—: ¿Y de qué murió papá, mamá?». Ella dijo: «Se suicidó». Yo no me moví porque aquella desgracia hacía mucho tiempo que pugnaba dentro de mí. Mamá emitió un suspiro, y añadió: «Se disparó un tiro en el estudio una mañana, hace veinte años. Davicito no lo pudo soportar. Huyó. No he vuelto a verle desde entonces».

Yo me quedé callado, Davicito; pero me propuse escarbar en aquella circunstancia. Otra tarde, le pregunté: «¿Jugaba mucho papá?». «Más de lo que tenía, —dijo mamá. Yo agregué—: ¿Por qué no me enteré yo de todo

entonces?». «¡Oh, querido! —respondió mamá—. Sólo tenías cuatro años. Jugabas en el descansillo ante la puerta del estudio y llorabas cuando subimos. El ruido del disparo te asustó». «¿Y Davicito?, —dije. Dijo ella—: Se marchó. No lo pudo resistir».

XIV

Cuando lo de Robinet, yo quise recordar, Davicito, algo de aquella Francia que conocí de niño, y me decía: «Es muy posible que ese contacto que presiento date de entonces». Pero no lograba evocar otro recuerdo que el de unos desaliñados jardines y unas ardillas jugueteando en las copas de unos árboles gigantescos. A veces, si me esforzaba mucho, tenía una lejana conciencia de una ciudad gris, envuelta en un vaho gris, donde el aire era inmóvil y transparente, como de cristal.

Colocado en este trance, me dije: «Es posible que todo me venga de papá». Somos prolongación de otros, Davicito, y nada de cuanto creemos nuestro ha nacido en nosotros por generación espontánea. Todo lo hemos heredado. Por eso empecé a convencerme de que papá pudo transmitirme la sensación de Robinet lo mismo que me comunicó su boca grande y su pelo indómito. No soy supersticioso, Davicito; pero creo que a pesar del radar y la televisión, la Humanidad no se halla aún ni a la mitad de su desarrollo. No te rías, Davicito. Mamá creía que el temperamento impulsivo de papá era debido a la mezcla de sangres, ya que era hijo del abuelito Lenoir y la abuela de la Montaña. Y era tan fuerte su convicción, que un día se lo preguntó al curandero. «He visto en casos semejantes producirse reacciones de este tipo», dijo aquél, y la cobró cinco duros. Mamá se los dio muy a gusto, Davicito, porque nada persiguió con tanto celo en la vida como encontrar una justificación a los excesos de papá.

De otra parte, yo he visto a veces a profesores de hipnotismo realizar experimentos escalofriantes y he comprobado entonces la existencia de una energía misteriosa, algo como un lenguaje inarticulado que pone en comunicación a dos seres a distancia, sin necesidad no ya de hilos, sino de palabras. Yo he pensado en estas ocasiones, Davicito: «El día que se conozcan el origen y las posibilidades de esta comunicación, se revolucionará el mundo». Te confieso que meditaba en todo esto sin demasiada confianza, con un recelo que ni a mí mismo me permitía confesarme; y, por descontado,

sin dar cuenta a Aurita de mis razonamientos y desvelos. Sólo a Sánchez le insinué algo una noche que me sentí especialmente comunicativo, y Sánchez me dijo: «Anda con ojo, Lenoir, que otros más asentados que tú acabaron en un manicomio». Al pronto, me molestó la salida de Sánchez, y así se lo dije, ya que tengo con él confianza suficiente; pero al poco rato me dio por pensar que Sánchez era excesivamente bondadoso al decir aquello, porque yo no sólo estaba en el camino, sino loco de remate.

No sé si acertaré a exponerte mi estado de ánimo en aquellos días, Davicito. Supongo que tú te habrás encontrado más de una vez ante un crucigrama del que tienes todo resuelto menos una palabra, y de esa palabra cuentas con varias letras y, además, esa palabra te suena o entrevés en ella algo familiar, algo que te dice que es corriente y que tú, sin ir más lejos, la empleas varias veces todos los días. Y te torturas y le das mil vueltas y pruebas de poner diversas letras en los huecos y las pronuncias en voz alta por si el sonido próximo te da la expresión exacta de ella. Pero como si nada. La palabra se cierra obstinadamente y parece que te desafía y se riera de ti. Y unas veces se te antoja que estás cerca de ella y otras que se aleja, se aleja, y es como si alguien te insinuara al oído: «Caliente, caliente» o «frío, frío», y en todo caso te irrita bien la proximidad, bien la lejanía, porque ni en un caso ni en otro logras dar con ella.

Esto, exactamente, me ocurría a mí con Robinet, mas no podía desentenderme de la obsesión, Davicito, porque tenía la absoluta convicción de que Robinet había intervenido en mi vida, para bien o para mal, pero era como la palabra del crucigrama que sabes que no te es desconocida, pero no aciertas a dominarla plenamente.

XV

A Aurita, naturalmente, nada le dije de lo ocurrido la noche de la cena de Fando. Mas en los días siguientes yo sentía miedo, porque mis nervios estaban tensos y notaba también los de Aurita a flor de piel, y me dije que si llegaba el contacto iba a armarse allí una buena marimorena. Procuraba, por tanto, dejar pasar las cosas y cumplir mis deberes domésticos con discreción y en silencio. Mas hay cosas, Davicito, que parecen especialmente hechas para saltar los nervios del más templado. Yo deseo saber cómo reaccionaría un hombre equilibrado que cada mañana encontrase el desagüe del lavabo

obstruido por un mechón de pelos, el tubo de la pasta dentífrica descubierto o tropezase con el camisón de su mujer en una silla del gabinete. Yo, de ordinario, acepto sumisamente estas contrariedades; pero tres días después de lo de Fando, el lavabo no desaguaba y el tiempo apremiaba porque me levanté tarde, y no sé si te he dicho que en la oficina llevan todo eso de los retrasos a punta de lanza y hay firma, y al que llega tarde le apuntan una mala nota, como en la escuela. Lo desatranqué con una horquilla, y cuando quise lavarme los dientes, encontré el tubo destapado y una costrita oreada en la boca impedía fluir la pasta. Apreté, y como si nada. Volví a apretar, y el tubo se puso tieso en la salida, pero la pasta no fluía. Tenía prisa, Davicito; y apreté de nuevo con toda mi alma y, de pronto, saltó un churrete blanco, largo como una culebra, y se adhirió al espejo, curvándose de una graciosa manera. Me fui a la alcoba y desperté a Aurita malhumorado:

—¿Es que nunca aprenderás a tapar la pasta de dientes? —dije.

—Bueno. ¿Para eso me despiertas, tonto?

—¿Es que no habrá nunca orden en esta casa?

—¿A qué llamas tú orden?

—¡Al orden!

—¡Oh, cariño! Se te hará tarde si no te das prisa —me dijo.

Y eso me desarmó; ya ves, Davicito, y me acerqué a ella y la abracé y la besé y le dije que perdonara, y ella me dijo bajito: «¿Quieres que te haga un sitio?. —Y me lo hizo. Y me decía—: ¿No es ya bastante desgracia tener tan mala cabeza?», y fui yo y la acaricié y la besé y la abracé. Tenía puesto el camisón de novia, muy bonito y lleno de encajes, y ella me lo recordó. E hicimos honor al camisón de novia.

XVI

Llegué muy tarde a la oficina y habían retirado el pliego de firmas, y me fui al conserje y le dije:

—¿Hasta cuándo va a durar esto de que nos traten como a colegiales?

—Pregúntele al director —dijo él.

—No tengo nada que hablar con el director.

—Bueno.

—¿Qué? —pregunté yo, irritado.

—Nada —dijo.

—¡Ah! —dije yo.

Miré para dentro y ni me reconocí, Davicito. Pensé: «Robinet tiene la culpa de todo». Vi a Sánchez que me miraba sorprendido de mis modales, y me fui a él y le dije:

—¿Necesitabas algo, Enrique?

—No, ¿por qué?

—Como me mirabas sin dejarlo creí que me necesitabas.

—No te necesito para nada, gracias.

Y entonces empecé a notar las palpitaciones de la sangre en el bulto del cuello y que me ardía la cabeza, y dije:

—Me largo; hoy no quiero trabajar.

Debí decirlo en tono muy alto, porque todos levantaron la cabeza y me miraron asombrados. Sánchez acudió solícito:

—Vamos; no hagas tonterías —dijo.

—No son tonterías, Enrique. Hoy no quiero trabajar.

El inspector vino hacia mí y yo me crucé con él, sin detenerme, y dije:

—Hasta luego.

Te juro, Davicito, que nada de esto lo tenía yo pensado, sino que fue saliendo así porque tenía que salir, y ya en la calle, pensé: «¿Sería yo más feliz sin tener que desatrancar el lavabo cada mañana o si el director suprimiera el pliego de firmas?. —E inmediatamente pensé en Robinet, y me dije—: Papá, mamá o Davicito me sacarían de dudas respecto a Robinet. Y ninguno está. Esto es una confusión».

Entré en un café y bebí un vaso de vino, y luego anduve merodeando por las callejas inmediatas a la taberna del mozo repeinado. Después, volví al centro y, en otro bar, bebí otro vaso de vino. Más tarde empecé a sentirme culpable y abandonado, y con la cabeza llena de calor y de ideas distintas. Todo ello me mareaba y me ocasionaba una especie de atonía en el vientre. Es curioso, Davicito, que yo siempre acuso las sensaciones en el vientre. Es mi flaco, por lo visto, eso del estreñimiento. Lo cierto es que sin hacer un propósito previo me vi dentro del Banco y advertí en todos los rostros como una vaga expectativa de diversión. Pero yo me fui derecho al despacho del inspector y le hablé de Aurita y de mi ganglio, y de la fiebre, y del hijo que esperaba, y de la exaltación que todo ello me producía y le llevé, forzándole, la mano a mi cuello y él dijo: «Sí, sí, efectivamente, esto está abultado; —y luego se la llevé a la frente y tocó, y dijo, un poco desconcertado—: Bien podría haber unas décimas». Yo advertí: «Seguramente más que décimas,

señor inspector», y aludí a mis diez años de servicio, sin una ausencia y con tres solos retrasos, y él se fue ablandando, ablandando, hasta que dijo:

—Está bien, Lenoir; pase por esta vez, pero que no se repita.

Le di las gracias y salí del despacho, y Sánchez me dijo: «¿Qué hay, Lenoir?. —Respondí—: Nada hay». Sánchez me observó con cierta compasión, y dijo: «Estás tú bueno».

XVII

Cuando el doctor dijo que oía el corazón del crío noté un pulso de inmortalidad en la sangre. Debía ser la emoción de la inminente paternidad. Después le pregunté a Aurita si el chico pataleaba y Aurita dijo que no. El doctor dijo que no estaba ni mediada la gestación. Aurita le preguntó si vendrían dos, y él dijo que en qué fundaba su sospecha. Aurita se ruborizó y se encogió de hombros. Y a mí me hizo gracia, de súbito, pensar que Robinet y yo habíamos estado alguna vez encerrados en un vientre, y, a poco, noté una extraña trasudación, me puse serio, y pensé: «Es en algún sitio pequeño y cerrado como un vientre donde yo he visto a Robinet». Era una nueva corazonada, Davicito, pero que me agarró también con la fuerza de una positiva certeza. El médico recetó a Aurita vitaminas y unas inyecciones de calcio.

Sánchez me advirtió cuando se lo conté: «No le des vitaminas antes de dar a luz. ¿No es mejor que el chico se haga grande fuera que dentro?». Me convenció su manera de ver las cosas, la verdad, y al llegar a casa se lo dije a Aurita. Ella me preguntó: «¿Es médico Sánchez?». «Ya sabes que no, —dije—. Pero tiene la fea manía de meterse donde no le importa, ¿no es así?». Los nervios empezaron a tirarme y me armé de paciencia, y le dije que hiciera su voluntad, y ella respondió, para irritarme más, que no hacía su capricho, sino el consejo del doctor.

Llevábamos una mala temporada, Davicito, y yo sabía que la causa no era Aurita, ni yo, sino Robinet. La obsesión me llevaba a extremos reprobables y hasta llegué a pensar que Robinet y yo nos habíamos encontrado en una vida anterior, ignoraba en qué forma, de qué manera y en qué lugar, pero bien mirado esto eran boberías mías, porque yo soy cristiano, Davicito, y no creo esas paparruchas de la metempsicosis, la transmigración y demás. Me venían a la cabeza de puro desesperado que estaba, pero no las creía de buena fe. Lo

que sí llegué es a dudar de mi propio equilibrio cerebral. A veces me latían las sienes con tal violencia, que los latidos sonaban en la almohada como trallazos, y yo me incorporaba asustado buscando algo sólido donde asirme. Pero lo peor de todo era que el mal fuese progresivo. Ya no podía desentenderme de Robinet. Si entonces hubiera podido olvidarlo, Davicito, te juro que lo hubiera hecho, pero Robinet era para mí lo que el vino para el borracho: una necesidad.

Ocurre con el vino que mientras tomas un par de vasos y te entonas, y te estimula, y te pone alegre, todo va bien y te apetece el vino, porque puedes dejarlo cuando te venga en gana; pero, de pronto, se hace vicio y te agarra bien y te pone enfermo, y ya no es que te apetezca, sino que te es preciso, y aunque quieras dejarlo ya no puedes, porque te has enfangado en él y te atrae con una fuerza que no puedes resistir y, entonces, darías dinero por no sentir esa atracción más fuerte que tú, por no sentirla, digo, porque sabes que si la sientes estás perdido sin remedio. Así andaba yo tras Robinet, Davicito, como el borracho tras el vino. Con frecuencia pensaba que los sesos iban a hacérseme agua de tanto cavilar, pero, a pesar de todo seguía cavilando y, a pesar de todo, no resolvía nada, sino detallarme mi vida al pormenor desde mi primer recuerdo racional hasta el día que tropecé con Robinet en la cantina.

Mi estado era de suma debilidad y el termómetro subía a veces hasta 38 grados, y por las noches notaba como un peso áspero en los párpados y un acentuado escozor en los ojos. Debía ser la fiebre, Davicito, aunque a mí se me hiciera que era la incomprensión de Aurita.

Una noche olvidé comprarle unas cintitas para adornar la ropa del niño y traté de apaciguarla de antemano:

—Perdona —dije—. Lo he olvidado.

—Para qué vales, ¿di? —me dijo llorando.

—Bien, Aurita, no digas disparates. La cosa no tiene mayor importancia. Mañana lo compraré y asunto concluido.

—Sí, ¿verdad? —agregó ella—. Pensarás que es más provechoso andar todo el día haraganeando que dar un solo gusto a tu mujer.

Dije yo, conciliador:

—Calma, Aurita, por favor; desde hace días esta casa es un infierno.

Dijo ella, irritada:

—¿Quién es el demonio aquí?

El ganglio tuvo la culpa, Davicito. La punzada fue fuerte e inoportuna. Me soliviantó la existencia del ganglio y, sobre todo, que el médico me recetase tranquilidad como mejor procedimiento de cura. Me confortó el peso muerto

del vaso entre los dedos y me llenó la mano y sentí recorrerme la palma como una comezón, y entonces lo lancé contra la pared de enfrente con gran violencia y gusto. Mi gesto y el chasquido del vidrio, al quebrarse, paralizaron a Aurita. Mas fue algo pasajero, y yo, al momento, me arrepentí de lo hecho y de grado hubiera dado marcha atrás a los acontecimientos, porque me parecía que llevaba mi autoridad demasiado lejos. Y me asaltó como un miedo cosquilleante y se me endureció el vientre al ver correr a Aurita por el pasillo llamándome «bruto, bruto, bruto», con una reiteración automática.

Y es lo que me sucede a mí, Davicito. Quizá si yo arrojo entonces contra la pared el otro vaso de agua y aun la jarra y la sopera, sentara en casa un sólido principio de autoridad. Pero lo cierto es que al minuto de una débil tentativa por asentar este principio, experimento una especie de remusguillo de arrepentimiento y me digo que Aurita tiene razón, y que el sujetarse a vivir con una criatura como yo debe comportar las penas del purgatorio. Y acabo rindiéndome y echando un mal parche a nuestra armonía doméstica y tirándome por los suelos, y así resulta que he perdido terreno en vez de ganarle, y mi autoridad se debilita.

Así, aplaqué a Aurita e hicimos honor al camisón de novia, por más que yo notara esta vez que no me entregaba del todo, ni era del todo sincero al pedirle perdón y que seguía viva en mí la idea de una rebeldía, y que si hacía todo aquello era simplemente por instinto de aborrecimiento a la tensión, los gritos y el desorden.

Todo este proceder desconcertante no dejaba de asombrarme, y yo me decía íntimamente: «No te engañes; éste es el proceso de la locura». Y me asaltaba un pavor hondo y frío, porque nada en el mundo, Davicito, me asusta tanto como un ser privado de razón. Y yo constataba la sensación casi física de que la razón se me iba y me venía a intervalos, y últimamente se me iba más que me venía, ésta es la verdad. Entonces me preguntaba: «¿Es por Robinet?. —Me respondía—: A Robinet que le den tila». Pero me traía sin cuidado que le dieran o no tila a Robinet, y yo lo que quería, verdaderamente, era encontrarle.

XVIII

Una mañana tuve una idea, y me presenté en el consulado francés, y a un jovencito rubio le pregunté por el cónsul, y aunque el cónsul me hizo esperar

no me importó demasiado, porque me encontraba muy a gusto recostado en el sofá del recibidor. El cónsul era un hombre de gafas fuertes y una frente sin fin, que suavizaba los finales de las palabras como si fueran melodías. Al preguntarle por Robinet, tocó un timbre y acudió un funcionario que, al recibir instrucciones, se marchó y regresó con un libro. Entonces me preguntaron por la edad de Robinet, su fecha de entrada en España, su ocupación, su antigua residencia en Francia, y yo respondía a todo: «Lo ignoro, lo ignoro. —El cónsul dijo, al fin—: Ese sujeto no está inscrito en el Consulado».

Experimenté una gran decepción, y por la tarde, después de cobrar en la oficina, me fui a la taberna del mozo repeinado, y al verme ante su sonrisa agridulce, me sentí disminuido. Pero estaba decidido a sonsacarle. Dije, como si viniese a pelo:

—Y de Robinet, ¿qué?

—No está —dijo—. Marchó.

—¿Dónde?

—Bien. No está a su alcance. ¿Es lo que quiere saber?

—¿Volvió a su país?

—Exactamente —dijo.

Cuando salí de allí, Davicito, una sensación nueva me bailaba por dentro e intuía que estaba más cerca de Robinet, aunque él se hubiera alejado, y al llegar a casa y sentarme en mi butaca favorita, ocurrió un fenómeno muy chocante, y fue que, al mirar la vista que papá pintó de Pau, observé en el cuadro algo fuera de lo corriente, algo vivo y vagamente familiar. Me quedé un rato ensimismado y, de pronto, como si alguien me lo insinuara al oído, «vi» que era allí donde estaba Robinet, y era donde Robinet se conectó con mi historia, y Robinet y el cuadro formaban, de improviso, un todo inseparable. Lo vi tan claro, Davicito, como ahora veo los renglones sobre estos pliegos. Mi cerebro entró como en un delirio febril y quería ir más allá de lo que podía y de lo que el cuadro, espontáneamente, me brindaba. Era, sencillamente, como si, de repente, diera con otra letra de la última palabra del crucigrama.

Debí perder el color o cosa por el estilo, porque Aurita se incorporó asustada y vino hacia mí y se arrodilló a mi lado, y chillaba: «¡Por amor de Dios, no bizquees así, no bizquees así, animal, que me asustas!». Yo, la verdad, Davicito, no tenía idea de que bizquease, y para mí fue aquello una revelación, y lo que sí me sentía era como transportado, como si flotara en una atmósfera de nubes o algo semejante. Mas en mi semiinconsciencia

seguía identificando a Robinet con el cuadro, estableciendo entre ambos una relación de parte a todo.

XIX

¡Jesús!, y qué malos días pasé desde entonces, Davicito. Me convertí en un hombre de una idea fija: Robinet. Su rostro blando, amorfo, estaba constantemente delante de mis ojos. Aurita descolgó del gabinete el cuadro de Pau, porque me obsesionaban aquellos trazos. La fiebre me subía por días y sentía en la cabeza como un torpor de vino o de insomnio. En mi rinconcito de la oficina se me escapaban las horas sin dar pie con bola. Menos mal que Sánchez me estimulaba y me ayudaba, y con ello mi apatía pasaba un poco inadvertida.

Una tarde me dio como un vahído y me caí de la banqueta hacia atrás, y estuve a punto de abrirme la cabeza contra el radiador. Sánchez me cogió, y dijo: «¡Por amor de Dios, Lenoir! ¿Estás tonto?». No le respondí, pero algo como tonto sí estaba, Davicito, y al salir por la tarde de la oficina, ya cerquita de casa, vi correr a un hombre corpulento y apreté tras él, y le gritaba: «¡Robinet, eh; Robinet, espera!», y cuando le alcancé vi que no era Robinet, ni se parecía en nada a Robinet, y tenía el rostro tan blanco como el mío, y fue y me dijo: «Mi mujer se muere; está sangrando». Le acompañé a buscar un médico, Davicito, porque hice mía la desgracia de aquel hombre, y luego fuimos todos juntos a su casa. El médico dijo: «Es una placenta previa». Y llevaron a la mujer al hospital en una ambulancia, y yo, al verme solo, pensé que todo el mundo era asco y dolor, y me metí en un bar y pedí vino y más vino, y, de repente, me acordé del niño mío que iba a nacer, y empecé a llorar sobre el mostrador y a decir: «Voy a tener un hijo desgraciado».

La gente se reía de mí y no me hacía caso, a pesar de que yo hablaba con el alma y me desgarraba por dentro. Después me dio por pensar en papá, Davicito, y me sentí culpable por los dos extremos, por mi padre y por mi hijo, y me vino la idea de que yo corrompía cuanto tocaba y que era yo la causa y el origen de todo mal.

A la mañana siguiente vino el médico a casa y me dijo: «Hay que guardar cama, amigo; esto va mal». Me dictó un régimen muy severo, advirtiéndome que si el bulto no tendía a resumirse por sí solo tendría que sustituir el contenido por líquidos transformadores. «¿Cómo?, —le dije yo. Él respondió

—: Pinchando y sacando, primero, y pinchando y metiendo, después». Yo permanecí callado, y él agregó: «En quince días no se levante».

Fue ésa una difícil temporada, Davicito; y mientras lucía el sol, y llegaba a mí la actividad de la calle, no me costaba dormirme y hacía sueños tranquilos y reparadores; pero por la noche me desvelaba, obsesionado por una casa en construcción, que se levantaba, frente al balcón abierto, y cuyos tonos pasaban, en lenta transición, del negro opaco al gris, al violáceo y al anaranjado. Una tarde que Sánchez me acompañaba, le dije:

—Ahora esa casa se hará negra, más tarde gris, luego violeta y al fin anaranjada. Entonces ya me puedo dormir.

Sánchez me miró con una suerte de lejana conmiseración.

—Esa casa es siempre naranja, Lenoir —dijo—. Acostúmbrate a esa idea. Si cambia de color es por la luz del día.

Reflexioné un rato y luego le dije:

—Tú piensas que esté loco, ¿no es cierto, Enrique?

—¡Bah! —dijo él—. ¿Qué importa lo que yo piense? —Y me dio unas palmaditas amistosas en el hombro.

Si me dormía de noche, a los malos sueños con Robinet se mezclaban las pesadillas de hijos y de ganglios, y soñaba que me nacían bultitos semejantes al del cuello por todo el cuerpo, y cuando me llenaba de bultitos, empezaban a estallar uno a uno, como globos, y de cada globo reventado salía un niño chiquirritín pataleando, y, entonces, le aparecían a Aurita otros tantos bultitos con unos pezoncitos diminutos en la punta, y los niños iban arrastrándose por la cama y se ponían a mamar de Aurita, cada uno de un bultito, y Aurita enflaquecía de tal modo, que el médico tenía que inyectarla a toda prisa líquidos transformadores para compensarla. Los niños eran como gatitos aferrados ávidamente a la madre, y a mí me producían escalofríos y repulsión, y había de moverme con mil precauciones y cuidado para no aplastar ninguno. Me despertaba sudando, con una sensación opresiva en el pecho. Una mañana le dije al médico del Seguro:

—Mi mujer está embarazada. ¿Cree usted que serán dos?

—¿Por qué han de ser dos?

—A veces son dos, ¿no?

Él no me hizo caso. Me manoseó el ganglio, y dijo:

—Esto mejora. Puede usted levantarse; pero nada de trabajar. Si tiene oportunidad, le vendría bien cambiar de aires.

XX

Yo deseaba levantarme, Davicito, más que nada para inspeccionar a fondo los cachivaches que fueron de papá y mamá y que guardamos arriba, en una trastera muy decorosa por la que pago duro y medio de renta. Como no tengo tiempo y llevaba quince años sin caer enfermo, nunca curioseé con detenimiento todos aquellos cachivaches y recuerdos. Te confieso que los dedos me temblaban al revisar uno a uno los bocetos y cuadros de papá y los libros de cuentas y las anotaciones de mamá.

Al volver un cuadro tuve que sentarme en un cesto viejo, Davicito, para no desplomarme. ¡Allí tenía a Robinet! Sí, era él, Davicito, con sus ojos vacuos y su labio inferior desmayado y sus orejas al aire. ¡No cabía duda! Me agarró una excitación tan grande que durante cinco minutos no hice otra cosa que mirar mis manos temblar y temblar como las hojas de los árboles. Después, atropelladamente, comencé a volver todos los cuadros con avidez, buscando, mecánicamente, una nueva evidencia, pero no conseguí más que excitarme más, llenarme de polvo y ofuscar mi cerebro. Al concluir, volví junto al retrato y le quité cuidadosamente el polvo con el pañuelo. Estaba fechado en Pau y tenía la firma de papá. Al mirarle, yo sonreía como si, al fin, hubiera logrado atrapar a Robinet. Él también me miraba insolentemente con sus pupilas acuosas, y yo volví a pensar que papá me transmitió el conocimiento y la sensación de Robinet, puesto que yo de Pau no recordaba otra cosa que unos jardines desolados y unas ardillas jugueteando en las copas de unos árboles gigantescos.

Tomé el retrato bajo el brazo y descendí a casa, y le dije a Aurita:

—Encontré arriba un retrato de Robinet.

Advertí que le hacía mella el descubrimiento y que le recorría los nervios algo así como un miedo supersticioso.

—Mira —añadí, mostrándoselo—. Es raro todo esto, ¿verdad?

Por primera vez la vi interesada en la cuestión, y se acercó y se alejó del cuadro varias veces y musitaba: «No lo vi en mi vida. En mi vida he visto yo a este hombre. —En unos minutos yo había tomado una decisión, y le dije—: Iremos una semana a Francia. El médico dijo que me vendrá bien cambiar de aires». «¿Cómo?, —dijo Aurita, entusiasmada. Recordé las palabras del mozo repeinado, y dije—: Robinet está allí». Aurita añadió, cada vez más exaltada: «Mientras preparas los papeles deberíamos estudiar francés. —Yo dije—: Sabemos bastante para defendemos».

XXI

Después resultó, Davicito, que Aurita y yo nos encontrábamos entre los franceses como dos palominos atontados, y ya en el tren, yo no sabía decir otra cosa que *Je ne comprends pas, monsieur*, o *Je ne comprends pas, madame*, y nada más pasar la raya, pensé: «Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar». Pero a Aurita se le veía en los ojos un inconsciente entusiasmo y ponía posturas de turista, y, a veces, me decía: «Somos turistas, ¿no es así?. —Yo contestaba—: Naturalmente», y no quería amargarla confesándole que acababa de pedir dos pagas anticipadas.

Al empezar a hablar con los vecinos de compartimiento es cuando yo me di cuenta de que un idioma es música y letra, Davicito, y que aun conociendo la letra, como me ocurría a mí, de poco vale cuando se ignora la música. Por el contrario, Aurita, que sabía menos vocabulario que yo, se defendía mejor, porque se adaptaba al ritmo y al tono, y acertaba a deslindar mentalmente las palabras. Pero a mí, si me decían, por ejemplo: «*Mais on n'y peut rien*…», no sabía a ciencia cierta si era algo relativo a un «pero» o a una «casa» a lo que se referían.

Ello no me impidió, tan pronto divisé desde el tren el viejo castillo de Henri IV y sus frondosos jardines, localizar las ardillas de mis recuerdos, y al hacerlo, un algo como la nostalgia de una infancia bruscamente rota se removía en mi interior. Simultáneamente constaté que Pau era, como imaginaba, una ciudad gris, envuelta en una atmósfera gris y quieta, y reposada como si hubiera sido abandonada de sus habitantes.

Yo llevaba las señas de la pensión, porque previamente había escrito a la tía Cándida y ella me facilitó, igualmente, la dirección de nuestra antigua casa en la ciudad. De aquí que, al subir por el Boulevard des Pyrénées, Davicito, yo tuviera la tranquilidad del destino previo. Aurita y yo andábamos despacito, admirándolo todo y sin importarnos el «qué dirán». Nos deteníamos en los cruces de las calles y deletreábamos los rótulos, y en la esquina de la rue de Cordeliers preguntamos por la rue Duplaa a un viejecito que nos dijo: «*Tout droit jusqu'à Saint Jacques. Une fois là, renseignez vous*. —Yo apreté el brazo de Aurita y dije—: No he entendido». Ella se echó a reír y dijo: «Todo derecho hasta San Jacobo. Luego, ya veremos».

Aurita, evidentemente, no advertía sus trastornos habituales, y yo, por mi parte, me encontraba más apaciguado, como si la presentida vecindad de Robinet me infundiese ánimos. La ciudad desconocida nos aproximaba uno al

otro y se diría que los últimos nubarrones que amenazaban la paz de nuestra casa se habían disipado.

En la plaza de Albert I había unos jardincitos y unos bancos de madera y, sentados en los bancos, unos novios de carne y hueso que se besaban y se apretujaban como si tuvieran frío. En el centro de los jardines se levantaba la estatua de Albert I, pero sin Albert I, porque los alemanes se llevaron la efigie para fundirla. El pedestal estaba tan desairado con su membrete Albert I, y era todo como una broma de mal gusto, como si quisieran decir que Albert I no fue más que aire, un pobre y triste don nadie. Mas a los novios en torno no les enfriaba esta idea, y viéndoles en su fiebre, yo me preguntaba, Davicito, cómo es posible que de dos años a esta parte venga decreciendo la población en Francia.

Así llegamos a la pensión, que tenía un inmenso portalón, sin luz, y al final, un destartalado patio con cocheras. Supuse que allí se guarecerían parte de los Citroën, Renault y Peugeot que viera, con sus discretas luces amarillas, recorrer las calles. A mano izquierda arrancaban las oscuras escaleras, y al subirlas, Aurita se apretó a mi brazo, y dijo: «Estoy asustada. —Yo reí sin ganas, y dije—: ¡Qué tontería!». Pero en el fondo estaba un poco asustado también y acechaba los ángulos oscuros como si temiera, a cada momento, que de ellos surgiera Robinet.

Al tocar una campanita, se hizo la luz y asomó a la puerta una viejecita muy limpia y aseada, y Aurita y yo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, dijimos a coro:

—*Bonne nuit, madame*.

Ella dijo:

—*Oh, bonne nuit! Il y a un ascenseur*.

Pasamos, y Aurita se sentó en una silla de mimbres y la viejecita la miraba con vaguedad y simpatía y me hacía gracia, Davicito, ver a mi mujer luchar con la deficiencia de expresión; pero la viejecita entendió lo que queríamos, y yo, a mi vez, entendía a la viejecita, que preguntaba si éramos españoles, y esto me animó mucho.

La pulcra viejecita nos enseñó la habitación, que tenía dos balcones a la calle y una gigantesca cama de hierro, un armario, dos butaquitas tapizadas, una estufa sin lumbre y un lavabo protegido por un amplio y descolorido biombo. Por los balcones se divisaban las parejas de novios acariciándose bajo el fantasma de Albert I, y yo les contemplaba cuando la viejecita me llamó la atención, y salimos al pasillo en pos de ella, y abrió una puerta, y dijo:

—*Voici la salle de bain*.

Yo pregunté a Aurita por lo bajo: «¿Qué?. —Y dijo Aurita—: El cuarto de baño». Entramos, y me llamó la atención el hecho de que la bañera estuviera cubierta por una lona, y me desagradó ver la tabla del retrete rajada por delante, como si se hubiera sentado en ella algún pensionista de peso. La pulcra ancianita se volvió a mí y dijo:

—*Saurez-vous retrouver votre chambre?*

Y yo me azoré todo porque no entendía, y dije:

—*Je ne comprends pas, madame*.

Pero Aurita se apresuró a decir:

—*Oui, oui, madame*.

Salió la viejecita y nos dejó solos, y entonces Aurita miró la bañera, y dijo: «Esta casa me da miedo». En ese instante algo saltó dentro del baño con un ruido metálico, levantando la lona en uno de los costados, y Aurita dio un terrible grito y se refugió en mis brazos llorando, crispada, y yo me comí mi terror, que es esta cosa que debemos hacer los hombres, y hasta que por el hueco de la lona no apareció la cabeza de un gato no me tranquilicé, ni se me afirmaron debidamente las vísceras. Dije, luego, con voz estremecida:

—¡Tonta!, si es un gato.

Aurita rompió a reír violentamente mientras se limpiaba las lágrimas, y yo pensaba que tales sobresaltos no le vendrían ni medio bien a nuestro hijito.

Luego de lavarnos en la habitación y ordenar en el armario las ropas de la maleta, Aurita me confesó que deseaba ir al teatro, y al preguntarle a la viejecita dónde había un buen espectáculo, dijo que en el Palais d’Hiver actuaba una compañía de cómicos muy graciosa y ocurrente. Le preguntamos por dónde se iba al Palais d’Hiver; y de nuevo, Davicito, nos encontramos recorriendo calles y deletreando los rótulos, y yo notaba una sensación opresiva en el pecho cada vez que miraba un rótulo nuevo, pensando si sería la Rue Serviez, que era mi objetivo en aquella excursión.

Al ascender las escalinatas del Palais d’Hiver, Aurita me susurró al oído: «¡Qué lujo!; —y un mozalbete que estaba allí próximo, se nos acercó y me preguntó en español—: ¿Le cuido el coche, señor?». Yo miré hacia los lados, Davicito, y le dije: «¿Qué coche?». «¡Ah!», dijo él, y se retiró muy displicente. Ya dentro del edificio, me sucedió lo mismo que la primera vez que vi a Robinet, o sea que nada de todo aquello, tan suntuoso y brillante, me parecía nuevo, sino correspondiente a una vida anterior mía de la que no guardaba memoria completa. Y miraba las mesas de juego del vestíbulo y las relucientes pistas de baile, y hasta la sala de espectáculos, con una suerte de

amistosa condescendencia, como cuando encuentras a un viejo conocido con quien reanudas el trato.

En el escenario había un muchacho vestido de explorador y una jovencita muy atractiva en «*deux pièces*», y una liviana tienda de campaña a mano izquierda, según se mira. La gente se reía mucho con la conversación de los dos actores; pero yo no les entendía, Davicito, y miraba a los palcos buscando la razón de unas carcajadas que se me antojaban absurdas y sin sentido. La jovencita del sostén, particularmente, empleaba adrede un trabalenguas ininteligible, y a medida que el espectáculo avanzaba, se me iba llenando la cabeza como de humo, y amagaba estallarme, y las carcajadas en derredor me mortificaban tanto como si fuera mi presencia lo que las provocaba, y te aseguro, Davicito, que nunca, nunca, he sentido tan viva y mortificante la sensación del ridículo. Yo miraba a Aurita de reojo, y pensé que era, también, como una tonta, y sentí que la sangre me hervía, y la dije: «¿Nos vamos?». Ella se puso en pie sin esperar a que insistiera, de lo que deduje, Davicito, que tampoco le atraía la conversación del explorador con la bonita muchacha del «*deux pièces*».

En el vestíbulo una orquesta hacía música y unas pocas parejas bailaban en la pista. Yo me acerqué a la ruleta y la dije a Aurita: «Voy a probar fortuna. —Ella dijo—: Ten cuidado, chico». Pero yo deseaba experimentar la emoción del juego que perdió a papá. Y me acerqué tímidamente a la mesa, y jugué al ocho y a pares y salieron nones, y volví a insistir al ocho y a pares y salieron nones, y arriesgué, por última vez, unos francos a ocho y a pares y salieron nones y un hombre gordezuelo y bien vestido me limpió las fichas con un rastrillo como de juguete, en un santiamén. Aquello me disgustó, Davicito, porque había cambiado en fichas un billete de mil francos, y era imprudente malbaratar así un dinero que le sería preciso a mi hijo. Le insistí a Aurita entonces: «¿Nos vamos?. —Y me sorprendió que ella accediera de nuevo—: Vámonos —dijo—, tengo sueño».

XXII

Aurita amaneció pachucha y con mal cuerpo, y no se levantó en toda la mañana, y yo la pasé a su lado leyendo *Le Sud Ouest*. Al concluir de comer la aconsejé que durmiera un rato mientras yo me asomaba a la Rue Serviez. La viejecita me había dicho: «*C'est à côté*. —Aurita, por su parte, me había dicho

—: Ya no tengo miedo, ¿sabes?». Y yo pensaba: «¿Quién me asegura que encuentre a Robinet?». Mas en el fondo yo confiaba en que algún detalle me aclarase las cosas, y, en último extremo, me decía, Davicito, que este cambio de aire le iría bien a mi ganglio y a los nervios de mi mujer, y que de todas maneras las dos pagas anticipadas no serían dinero perdido.

La Rue Serviez corría casi paralela a la de la pensión, y al avanzar por ella yo notaba una emoción creciente, Davicito, y me esforzaba en revivir hechos pasados y emociones pasadas sin conseguirlo. Yo me decía: «Esto me suena; esto me suena». Pero nada me sonaba, Davicito, ésta es la verdad, y si me lo decía era para estimular mi subconsciente, aunque sin fortuna. Conforme me aproximaba al número de nuestra casa, se me acentuaban la atonía del vientre y la debilidad de las rodillas. Ante un bar me detuve y le contemplé con detenimiento. Pensaba: «Bien, este bar…». Mas como no sacaba nada en limpio, si no era acentuar mi desasosiego, entré en él y pedí un *cognac*. La radio, en un rincón, cantaba *La Seine*. Toda Francia cantaba *La Seine*, Davicito, porque, aunque es una música suave y nostálgica, se mete hasta lo más hondo de uno.

El corazón me palpitaba aceleradamente al entrar en el portal de nuestra antigua casa, Davicito. Pensaba en ti, entonces, en papá y en mamá, y me decía que ciertamente en aquella casa no fuimos felices. En el centro del portal me detuve y lo analicé todo ensimismado, como si se tratara de una obra de arte. De pronto vi una mujer frente a mí y un raro impulso tiró de mi lengua y grité:

—*Madame Louvois!*

Te juro, Davicito, que no había vuelto a tener idea de *madame* Louvois, ni de que existiera y, sin embargo, su nombre surgió en mi boca como algo fatal con una familiaridad extraña. Ella, pasmada dijo:

—*Qui êtes-vous?*

Yo respondí:

—¡Lenoir!

La mujer vino hacia mí para abrazarme, y repentinamente se quedó cortada y dijo:

—*Ah, mon petit Lenoir!*

Y nos cogimos las manos y a *madame* Louvois le brillaban los ojos abesugados, y agregó:

—*Mon fils que tu as grandi*.

Y el contacto de aquellas manos trabajadas y bastas me resucitó sus remotas caricias, y sólo después advertí que estaba mucho más delgada y

rendida, y pensé, Davicito, que a *madame* Louvois, aún no le había llegado vuestro Plan Marshall.

La dije que ya la vería, que iba a subir para recordar, y ella me dijo que: «*C'est bien, mon enfant*», pero le costaba separarse de mí, y al fin me dijo que «*Pierre était mort*». Entendía sus palabras perfectamente, Davicito, y le di unas palmaditas confortadoras en el hombro, y ella suspiró y sus ojos se remontaron a un lejanísimo pasado y se desasió de mí y sólo a modo de despedida: «*C’était la guerre, mon fils*».

No sé si acertaré a comunicarte, Davicito, lo que yo sentí subiendo aquellos escalones y cómo sobrevino la curiosa metamorfosis. A mí me ocurrió subiendo aquellas escaleras algo así como un despertar de ideas y sensaciones olvidadas. Y cuando se abrió la puerta del primer piso y salió por ella una voz agria y destemplada, diciendo: «*Madame Louvois, le courrier*!», yo, aunque no sabía francés, supe que la voz era de *madame* Tourasse y que pedía a *madame* Louvois las cartas de la tarde. A partir de este momento, las paredes, la balaustrada, las puertas y las placas de las puertas dejaron de ser para mí desconocidas y frías y se tornaron calientes y próximas. Y yo me decía, Davicito: «Señor, es como si no hubiera pasado el tiempo». Y al oír el quejido de un peldaño, el corazón se me paralizó unos segundos, Davicito, porque su voz era un lamento que vibró en mis oídos con un sentimiento casi humano. Volví a pisar ese peldaño con unción y puedo asegurarte que fue ese chasquido lo que acabó de conmocionarme todo por dentro y, desde entonces, me transformé en el niño de veinticinco años antes, trepando, vacilante, escaleras arriba y animado de pensamientos y sentimientos pueriles.

Ante la puerta del tercer piso yo sentí que, tras ella, estaba mamá, y tras la de enfrente, *monsieur* Xifreu y evoqué las facciones correctas y la compostura de *monsieur* Xifreu como si le hubiera visto la tarde anterior, Davicito. Y era tan lúcido el pensamiento de mamá, que experimentaba en el corazón el calor de sus caricias y de su ternura y la reconstruía en mi imaginación, joven, bonita y arrogante, y no con la pierna en el caldero, aunque sí con una sombra de tristeza velando el brillo de sus pupilas. Era, todo, como un portentoso milagro, Davicito, y yo no había de esforzarme para retener en mi imaginación todas estas cosas, sino que brotaban en mí como un caudal fluido cada vez con mayor abundancia de detalles nimios y pormenores. Y cada escalón me decía algo nuevo y revolvía en mí un fondo de recuerdos adormecidos, y si me detenía extasiado ante una grieta de la pared o un nudo de la tarima, en torno a la grieta o al nudo afloraban pasajes enteros de mi

primera infancia con su acompañamiento de ingenuidad y quiebros inesperados.

No estaba excitado, entonces. Te doy mi palabra de honor, Davicito. Todo era como un retorno suave, como una sensación de vuelta a empezar, y mi ánimo no era el actual de hombre preocupado y enfermo, sino el buen y sano equilibrio moral y físico de una criatura de cuatro años. Los recuerdos se agolpaban en mi cerebro con una lucidez de antecedente inmediato, de cosa recientemente vivida y, también, justo es reconocerlo, con ese desorden y esa imprecisión y esa falta de correlación y fundamento con que suceden las cosas ante la atónita mirada de un niño.

Seguí subiendo, Davicito, y alcancé, al fin, el último rellano de la escalera. En no sé qué presentía yo el gran acontecimiento de mi vida, y por primera vez desde que comencé la ascensión se entremezclaron en mi cabeza ideas y alucinaciones presentes, y recordé a Robinet y recordé al crucigrama y algo en mi conciencia pueril repetía: «¡Caliente, caliente, caliente!». Entonces distinguí la puerta del estudio de papá y volví a ser neta y enteramente niño, y recordé mis entretenimientos y mis juegos, y que precisamente este rellano constituía mi lugar de esparcimiento. Recordé también que solía ponerme de puntillas y mirar por el ojo de la cerradura cómo papá trabajaba en su estudio. Me aproximé a la puerta, Davicito, con sentimientos de niño y no de hombre, y cuando me agaché a mirar, no vi lo que ahora había en el estudio, sino a papá frente al gran tragaluz y con un pincel en la mano, y, por las paredes, muchos cuadros, bocetos, pequeños modelados de yeso y algunos grabados a plumilla. Entonces sí se me agitó el corazón, Davicito, y supe que era una cabal reconstrucción de un hecho ya vivido, porque, de improviso, se oscureció el tragaluz y asomó el rostro de Robinet, el mismo Robinet del cuadro, con sus ojos desleídos y sus labios gordezuelos, en forma de corazón. Papá no se inmutó con la visita, como si fuera cosa corriente y habitual que las visitas llegaran por el tragaluz, y sólo dijo: «*Quoi de bon?*». Robinet no respondió. Le miraba fijamente, ansiosamente a papá, y sin previo aviso sacó una mano del bolsillo y sonó un estampido y papá se desplomó, y una nube de humo me nubló la vista y, en ese instante, fue cuando advertí que yo lloraba a gritos, mientras otros gritos de diferentes gargantas subían por la escalera. Uno de los gritos era mamá, mamá joven, Davicito, que me abrazó y dijo llorando y con los ojos enloquecidos: «Ángel mío, ¿qué culpa tienes tú de estas cosas?».

Cuando dejé de mirar por la cerradura noté un intenso puntazo en los riñones, Davicito, y advertí que mamá no estaba y que yo no era yo y mi

propio llanto andaba por dentro de mí sin llegar a humedecerme los ojos a pesar de que yo «le había oído», Davicito, porque ya no era un niño, sino un hombre a quien la conciencia se le despierta, y al iniciar el descenso de la escalera noté una extraña debilidad en las rodillas y me senté en el peldaño más alto y, sin embargo, me invadía esa sensación confortadora que suele acompañarnos cuando después de muchos esfuerzos y cavilaciones damos con la última palabra de un crucigrama.

XXIII

Ocurre a veces, Davicito, que impresiones y escenas enterradas dentro de ti durante un determinado tiempo, afloran en virtud de un desconchado de la pared, un olor, o una palabra, o una mirada, o una canción. Entonces, a su conjuro, evocas todo un episodio de tu pasado, sepultado bajo un alud de acontecimientos posteriores. De fijo, Davicito, que un importante caudal de esos recuerdos se irán con nosotros a la tumba, porque ha faltado en el transcurso de la vida esa canción, esa mirada, esa palabra, ese olor que los estimule y despierte; faltó el resorte que les avive en el momento propicio. Son recuerdos que dejaron de ser recuerdos, pero que merced a un estímulo oculto podrían, en su momento, volver a ser recuerdos.

En todo esto pensaba yo, Davicito, al penetrar, de regreso, en el portal de la pensión y estaba ya tan oscurecido y silencioso, que experimenté un brumoso temor al meterme en el ascensor y buscar, a tientas, el botón del segundo. Me quedé de piedra cuando en vez del botón topé con otra mano que se me había anticipado. Retiré la mía pensando que eran figuraciones, y tras unos segundos de vacilación, volví a buscar el botón para desengañarme; pero sí había otra mano allí, Davicito, y era una mano gruesa y extrañamente fría, y tan agarrotado de terror me quedé, que dejé mi mano desmayada sobre la otra mano hasta que alguien dio la luz, de súbito, dentro del ascensor, y sin necesidad de volverme, vi a Robinet detrás de mí, reflejado en los cristales de las portezuelas, sonriéndome como un viejo camarada.

¡Ay, Davicito! ¿Será preciso que te jure que aquel breve viaje hasta un segundo piso se me hizo tan penosamente largo, que llegué a pensar si no tendría fin? Fue un mal trago, Davicito, la verdad, verme encerrado en un ascensor junto a aquel hombre, a su merced, y pensar luego en la maldita casta de héroes que ha divulgado el cine, que en un segundo se resuelven,

agarran al asesino por las muñecas, le aplican cuatro llaves de *jiu-jitsu* y en un momento le dejan para el arrastre. Todo esto me imbuía una deprimente conciencia de inferioridad, ya que yo pensaba, Davicito, que las cosas en la realidad son distintas e incluso el criminal es, con frecuencia, más fuerte y mañoso y conocedor del *jiu-jitsu* que el hombre honrado, y si el hombre honrado se pone tonto, además de quitarle la cartera le dan media docena de sopapos, si es que no le dejan tieso. Lo normal es que, mientras el hombre honrado aprende a ganarse la vida honradamente, el criminal está aprendiendo llaves de *jiu-jitsu*, Davicito, y a la hora de la verdad es más que probable que el hombre honrado se quede sin la cartera y en ridículo.

Todo esto pensaba mientras subíamos, Davicito, y las manos de Robinet en los bolsillos de su gabán me quitaban las pocas ganas que tenía de plantear el problema en el terreno de la violencia. Aguardé, pues, mi oportunidad, y cuando la pulcra ancianita nos abrió la puerta, yo bajé un párpado del lado que Robinet me seguía, indicando el peligro; mas la pulcra ancianita se echó a reír y murmuró: «*Ah, espagnol!*, —un poco confundida. Al doblar por el pasillo, Robinet despegó, al fin, los labios para decirme—: Tiene usted los mismos ojos que su padre». Y como me siguiera, camino de mi habitación, yo le advertí que mi mujer estaba enferma, mas lo cierto es que ya se le había pasado todo, y cuando llamé a la puerta del cuarto, Aurita me abrió con su propia mano y me abrazó y me dijo que quería dar un paseo, y, de repente, reparó en Robinet y se quedó cortada, mirándole. Él hizo una burda reverencia, y me dijo:

—La idea de su esposa es magnífica, Lenoir. Iremos juntos a dar un paseo.

Yo dije:

—Es Robinet.

Aurita abrió un palmo de boca, pero no dijo nada.

Y cuando salimos los tres de casa, me pregunté: «¿Dónde demonio nos conduce este hombre?». Robinet caminaba a buen paso y yo, la verdad, Davicito, no me hacía ninguna ilusión sobre mi destino. Contemplaba angustiado los rótulos de las calles y me asía mentalmente a ellos con una frenética ansia de vivir. Se me hacía que cada segundo, al lado de aquel hombre, era un nuevo paso hacia mi perdición.

Al entrar en la plaza Clemenceau divisé a un mozalbete que voceaba *Le Sud Ouest* y le siseé sin consultar a Robinet. Éste se interpuso entre ambos, y dijo: «¿Qué?. —Dije yo—: Quiero un periódico». El mozalbete nos observaba sin comprender nuestro idioma y yo miraba, implorante, los ojos

del mozalbete, para que no se fuera y no nos dejase solos, y le pisé la punta del pie con disimulo, pero él se apartó para no estorbarme y aun me pidió disculpas y fui yo entonces, Davicito, y le alargué un billete gordo para ponerle en la coyuntura de buscar vuelta y ganar tiempo; pero el condenado chico tenía vuelta y me la dio y se largó sin más demora, voceando *Le Sud Ouest* cada tres pasos.

En la esquina siguiente me detuve, y Robinet me aproximó el bulto del bolsillo a los riñones. Yo dije tercamente: «Quiero orinar. —Él dijo—: Siga. Aún no hemos llegado». Yo insistí: «No puedo aguantarlo más tiempo. —Él agregó—: Siga, es cosa de poco». Y como siguiera apretándome los riñones con el bulto del bolsillo, yo continué andando, Davicito, que otra cosa hubiera sido temeridad.

Aurita, a todo esto, caminaba a nuestro lado sin darse cabal cuenta del peligro, y yo empecé a sentir compasión por ella y por el niño, y estaba dispuesto a implorar a Robinet, Davicito, cuando éste se detuvo frente a una puerta giratoria, a través de la cual se filtraban las notas melodiosas de *La Seine*. Salían algunos grupos de soldados paracaidistas acompañados de muchachas, y yo me dije, Davicito: «Ahora sí que no paso de aquí. —Pero mi pretendida resistencia era una cosa vana, porque Robinet me empujó hacia dentro y dijo—: Entre, Lenoir; vamos a divertirnos un poquito».

Dentro me inundó una grata sensación de alivio, porque tanto en el restaurante como en la cervecería había bastante gente y era toda ella gente despreocupada y alegre y las pantallitas que vertían la luz en cada mesa eran, también, despreocupadas y alegres, y alegres eran, no menos, los largos divanes de cuero corinto que se estiraban por los rincones. Y junto a la orquesta, uniformada de *smoking*, había una muchacha cantando *La Seine* y era una real hembra, te lo aseguro, Davicito, muy rubia, bonita y de curvas bien calculadas. Tenía una cintura inverosímil y unas caderas rotundas y poderosas. Y cantaba *La Seine* con gusto, y, viéndola, yo casi me olvidaba de Robinet. Me agradaba también el sencillo traje de terciopelo que vestía, largo hasta los pies y un poco más corto por arriba, pues no la ocultaba más allá de medio pecho, pero tenía los hombros tan armoniosos que podía disculpársele la exhibición, Davicito, y, además, ¡qué diantre!, para eso estaba allí, para despertar calenturas amorosas y para que todos los hombres que cayesen en el cepo de *La Brasserie* la desearan con todas sus potencias y sentidos.

Yo la miraba con insistencia y me azoró la advertencia de Aurita: «Cuidado, chico; —pero cuando iba a tomarla de la mano sentí la voz conminatoria de Robinet diciendo—: Siéntese ahí, Lenoir; aquí podremos

charlar tranquilamente». Luego llamó a un camarero, y sin consultarnos nada, pidió cerveza para todos.

XXIV

Robinet se retrepó en el sofá, y dijo:

—Las cosas ocurrieron aquí y aquí deben aclararse, Lenoir. Ésta es la única razón de que hayamos coincidido.

Me miraba perentoriamente, Davicito, y a pesar de que su mirada era floja, como un vino aguado, yo no podía resistirla.

Carraspeó un momento antes de añadir:

—Yo maté a su padre, Lenoir. Es esto lo más importante de cuanto he de decirle esta noche.

Me quedé mudo con su confesión, Davicito, y Aurita dio un respingo y yo la compadecí y compadecí a mi hijo encerrado en ella, y estos pensamientos me dieron fuerzas, y dije:

—¿No podría marchar ella?

La respuesta de Robinet fue seca como un ladrido:

—Han de escucharme los dos —dijo.

Había un asomo jactancioso en su manera de expresarse, Davicito, y yo deduje de ello que Robinet se vanagloriaba de haber dado muerte a papá y de la perfección de su crimen. Yo no me atrevía a decirle que lo había visto todo, Davicito, por temor de irritarle. Me incliné hacia él y advertí, entonces, que sudaba por todos los poros de su cuerpo. La orquestina y la voz sofocada de la muchacha rubia me comunicaban un poco de confianza. Añadió Robinet:

—Usted pensará, Lenoir, que esto obedece a un capricho, cuando la verdad es que responde a un plan minuciosamente calculado. Fue necesario que su padre muriera, ¿eh? Yo soy el primero en lamentarlo, porque su padre era un artista excepcional. De lo ocurrido yo no tengo la culpa. Las cosas vienen así y así hay que aceptarlas. Dígame, Lenoir, ¿ha pensado alguna vez seriamente en la primera noche de un muerto? No, ¿verdad? Cosa terrible.

Hizo una pausa, y al cabo agregó:

—Escúcheme, Lenoir, usted ha estado, sin estar, todo un día en su casa, en su habitación, tumbado en su propia cama, pero no reconoce ya ni su cama, ni su habitación, ni las ropas de su lecho, ni a los suyos que le rodean. Han llorado sobre usted hasta hartarse; pero usted ni lo ha sentido, y entonces,

mientras gritan a pleno pulmón: «¡Pobrecito, qué bueno fue en vida!, —están pensando—: Esto es un trasto inservible. Habrá que sacarlo de aquí antes de que huela mal». E incluso van a pedir la venia de la autoridad para enterrarle a usted sin más demora. Eso, los que le quieren. Lenoir, los que le han asistido abnegadamente durante su enfermedad, pero que ahora, de súbito, al morir usted se sienten liberados, ansiosos de descanso, y dicen: «No tenía remedio; al fin y al cabo ha sido mejor así». Y con gran prisa le ponen a usted una camiseta nueva y un calzoncillo limpio y una camisa almidonada, no sin que alguien advierta mezquinamente: «Mujer, esta ropa podrías arreglársela al chico». Pero, al fin, le ponen el traje, y la corbata, y los zapatos de los domingos y usted se deja hacer, porque no le va ni le viene y es un garrote que se va estirando poco a poco y no se entera de nada.

Y la sesión empieza a prolongarse y usted empieza a molestar sin saber que molesta, ni importarle un ardite tanto preparativo. Bien, finalmente llega la hora del entierro: un coche negro, cuatro amigos con prisa y una mala corona. Poco, Lenoir; pero para usted no es poco ni mucho, porque ya es la nada y la soledad dentro de un cajón negro. Y usted no puede ni decir: «¡Ahí no! Por favor, no me metáis ahí. Por todo lo que me habéis querido, no cerréis la tapa de ese cajón». No puede decirlo, ni los demás saben interpretarlo y le cierran a usted, lo quiera o no lo quiera, y le bajan a hombros la escalera, y su amigo del café piensa: «Cómo pesa el condenado, parece de plomo», pero no lo dice y descansa cuando lo deposita a usted en el coche estufa. A seguido, parten hacia el camposanto, y los enterradores lo tienen todo dispuesto, porque ya están advertidos, y, en un dos por tres, le dejan a usted, le tapan con una losa y cierran los resquicios con cemento. Todos suspiran acongojados, pero todos dan media vuelta y le dejan a usted solito, pensando que por ese trago sólo pasan los robaperas.

Entonces empieza la función. Al poco tiempo se cierra el camposanto y se echa la noche encima. Y usted está allí solo, bajo cuatro cipreses, y hace unas horas estaba entre los suyos, sobre sus ropas y su lecho, tomándose un caldo caliente para entonarse. Todo ha cambiado en brevísimo tiempo. Se levanta viento y sobre su cerebro vertical empiezan a bambolearse los cipreses. Y usted está solo, es decir, tiene vecinos por todas partes, pero cada uno tiene su nada y su soledad. Están incomunicados, y la luna blanca sube por el cielo e ilumina su reducto. Usted, Lenoir, intuye el resplandor de la luna. Sólo lo intuye, porque los pícaros enterradores se han preocupado bien de que no quede ni un mal resquicio de luz.

A unos metros de distancia, la ciudad bulle, y los que le querían y cuidaban hace unas horas, están reunidos y dicen a sus amigos: «La cosa no tenía remedio; mejor ha sido así; él estaba sufriendo». Y la soledad le envuelve a usted por todas partes y hay en torno un frío y un silencio y un agarrotamiento sobrecogedores. Y el portero del camposanto está durmiendo a pierna suelta en la conserjería, y cerca tiene una estufa de leña que le caldea el ambiente y usted en su nada sintiendo únicamente la soledad del no ser, la angustia de la no participación en la vida, el horrible frío de la tumba.

Robinet hizo una pausa. Yo tenía el susto muy incrustado en el cuerpo, Davicito; pero así y todo la fuerza y la tensión que emanaban del cuerpo de Robinet me atraían y no acertaba a desprenderme de su radio de influencia. La muchacha rubia seguía cantando y los paracaidistas deseándola; pero yo no lo advertía. Me encontraba simplemente sometido, con mi voluntad a su discreción, y ni aun intentándolo hubiera conseguido desligarme. Él resollaba ahora como una vieja locomotora y las manos le temblaban como si fuera un anciano asmático. Se limpió el sudor del rostro con un sucio pañuelo, y agregó:

—Luego, Lenoir, empieza el olvido total; su memoria va desapareciendo de la costra de la tierra. Es un proceso lento, pero incesante. Hoy le recuerdan a usted un poco menos que ayer y un poco más que mañana. Es fatal e irremediable. Al fin, el olvido, la nada absoluta como el vacío de una campana neumática. No hay rastro suyo, ni memoria suya, Lenoir. Sólo una lápida con su nombre y sus fechas. Y uno cualquiera que pasa piensa: «¿Quién será este granuja? ¿A quién daría guerra este granuja? ¿Cuáles serían los problemas, los amores y la forma de este granuja?». Es lo que queda de usted: incógnita tras incógnita. Y usted quietecito, agarrotado en su traje de fiesta y con corbata chillona, siendo cada día menos, cada minuto más nada…

Robinet tiritaba como de frío, Davicito, y yo pensaba: «¿Dónde piensa ir a parar?». Se enjugó el sudor con el pañuelo, observó indiferentemente un momento los redondos hombros de la animadora, y prosiguió:

—No es en sí mala la muerte, Lenoir. Bien mirada, la muerte es piadosa y pone fin a los quebrantos de uno. Por ese lado la muerte no es sólo compasiva, sino deseable. Y, al fin y al cabo, no significaría nada trascendental si la memoria de uno siguiera participando de los afanes y las preocupaciones del siglo. La verdadera tortura es morir ignorado, Lenoir; acabar uno como un Don Juan particular, sin más sentimiento que el de los que te rodean y tienen la obligación de quererte, ni otra constancia que la de la portera que te vio partir con los pies por delante. Son dos cosas distintas,

Lenoir. Uno puede morir con la fama a cuestas y uno puede morir como un hijo de perra. Y si uno muere como un hijo de perra se terminó, Lenoir; se terminó tan pronto le echan la loseta sobre los huesos y le cierran las grietas con un poco de cemento. En ese caso, ya puede decir uno: «Bien; a descansar». Pero ¿cree usted, Lenoir, que es posible dormir tranquilo en la consciencia de la nada, sabiéndose menos que un triste gusano de la tierra? ¡Bueno! Las cosas son como son y el hombre está hecho para perpetuarse y sólo el hombre que alcanzó la celebridad tiene garantizado un poco de respiro en la tumba y sabe que los demás conocen su paradero, y que no está solo, y que todo es cuestión de esperar y que los vivos aman o aborrecen la memoria de ese muerto, pero le conocen y saben de él, y alivian su soledad con su recuerdo. De esa manera, Lenoir, créame usted, uno no está muerto del todo, ni es la nada absoluta, ni el olvido total y, de este modo, la asfixia no llega a uno, porque uno o su memoria, que tanto da, está involucrado en las cosas del mundo y en la lengua y el cerebro de los vivos y se conserva su personalidad en otros, en otras células vivas y otras vísceras vivas y otros miembros vivos. Y yo digo, Lenoir, que esa celebridad es como un pulmón para el muerto, algo que le hace inmortal y eternamente vigente.

La blanca mirada de Robinet, Davicito, iba encendiéndose de un fuego diabólico. Aurita le miraba con una patética expresión de asombro en los ojos mientras yo seguía atado a él, totalmente ligado a su voluntad, entregado y dócil, con todos mis sentidos despiertos y tensos hacia él.

Y Robinet, enarcando las cejas y serenando las palabras, dijo de súbito:

—Cuando yo conocí a su padre, Lenoir, era el artista con más posibilidades de Francia. Era audaz y vehemente y poseía unos recursos peculiares y expresivos. Yo, por entonces, buscaba un pintor elocuente y con personalidad. Había agotado todos los demás procedimientos. Esto es cierto. Necesito que usted me crea, Lenoir. El que usted me crea es ahora para mí la única cosa importante del mundo. Yo, desde niño, había pensado como pienso, y me decía a menudo: «Robinet, has de hacer algo que asombre a la Humanidad». Pero deseaba hacer algo sin otros medios prácticos que mi ferviente deseo, mi cabeza, mis manos y mis pies. Y luego me decía: «¿Qué vas a hacer, Robinet?». Y yo pensaba que podría hacer muchas cosas, pero que aún no era tiempo. Mas resultó que nunca era tiempo, Lenoir, ni tenía nunca una cosa seria que hacer. Y yo me llenaba de prisas, y me decía: «Has de inmortalizar tu nombre; el tiempo apremia. —Y, luego, me preguntaba—: ¿Cómo?». Mas no salía de ahí, Lenoir, porque esta vida es injusta y unos nacen dotados y otros nacen indotados, y unos nacen con luces e inteligencia

y otros nacen romos y tardos. Y así yo tenía buenos deseos, pero eso no bastaba y mi cabeza y mi corazón no daban para otra cosa que para cobijar estos buenos deseos, y aquella fiebre desordenada de hacer. Y una noche, descorazonado, algo me iluminó por dentro, y me dije: «Tú no vales, Robinet. Busca alguien que sepa hacer algo grande en ti. —Y, entonces, Lenoir, pensé —: Vinci hizo a la *Gioconda*, ¿y quién es más universal de los dos?». De repente yo envidiaba con todo mi fuego, Lenoir, a aquella maldita calamidad que afrontó el olvido sin otro mérito que sonreír bobamente ante un genio. Yo me decía: «¿Merece una sonrisa la inmortalidad?. —Y, después, me decía—: Si la merece o no, es cosa que no me incumbe». Y algo se me encendía por dentro al pensar que también por no hacer nada podía uno afrontar la caducidad y que el ser olvidado o famoso era, como todo en la vida, cuestión de dar con la coyuntura propicia y saber o no aprovecharla.

Y fue en aquellos días cuando conocí la obra de su padre, Lenoir, y su vigor y su personalidad me convencieron desde el primer momento, porque yo, aunque a usted le sorprenda, puedo jactarme de tener un finísimo olfato artístico. Y al ver aquello, me dije: «He aquí una obra que enardece por su energía; una obra que perdurará. —Y ocurría todo en una exposición, y me acerqué a su padre y le dije—: Admiro la grandiosidad patética de sus paisajes». A él le empavoneó el elogio, y dijo: «Nadie alcanza donde yo alcanzo. —Y nos hicimos amigos, y desde entonces nos entrevistamos con alguna frecuencia, y un día le dije—: Lenoir, ha de pintarme usted». Él respondió: «Le falta cromatismo y expresión en el rostro; usted no es cuadro. —Yo añadí—: Para los demás tal vez; usted sabrá conseguirle». Dijo él: «Nadie puede captar lo que no existe. —Yo dije—: Inténtelo; la gloria será mayor». Y se puso a ello. Le costaba mucho, Lenoir; a ratos le oía jurar entre dientes y ofrecer su alma al diablo. Al fin, una tarde, dijo: «Esto está listo. —Yo dije—: Lo veré mañana». Él dijo: «No se necesita mucho tiempo. —Yo insistí—: No importa. Ahora estoy fatigado. Lo veré mañana». Y es que yo deseaba prepararme, Lenoir. Para mí era aquello la última razón de mi vida. No podía tragarme el cuadro así, en un dos por tres. Creo que a la pintura la hace el primer vistazo. La insistencia es cosa secundaria y, de ordinario, no enmienda el efecto inicial. Por eso dije: «Lo veré mañana. —Y a la mañana llegué al estudio de su padre por el tragaluz. Él sonrió, y dijo—: Un camino nuevo». Yo dije: «Nuestras casas lindan por los tejados». Y el cuadro no me satisfizo sin saber por qué. Le faltaba una rara chispa de inmortalidad. Se lo dije a su padre sin rodeos. Y él se enfadó, juró y me mandó al diablo. Entonces yo le dije: «Hay que empezar de nuevo, Lenoir. —Su padre se irritó

más. Yo insistí—: No queda otro remedio». Él me insultó y entonces yo, sin descomponerme, di dos profundos cortes al lienzo.

Al día siguiente, su padre empezó a trabajar otra vez en mí. Yo vigilaba atentamente sus manos y sus ojos y sus movimientos, para no dejarle desfallecer. Pero a su padre le faltó voluntad, Lenoir. Le juro que a su padre le faltó voluntad. Yo lo notaba en su proceder. Jamás se me dio del todo. Al segundo día se plantó y dijo: «Está sudando usted; yo no puedo ver sudar a mis modelos. —Y yo me puse serio y dije—: Adelante». Y dentro de mí tenía la lucha de ser o no ser; de acabarme o de pervivir. Y era eso, Lenoir, lo que hacía que yo sudase y me alterase y me descompusiese, porque vivía la emoción de jugármelo todo a una carta. Y al poco rato, su padre se plantó de nuevo; «¡Maldito, quieto!. —Yo dije—: Adelante, adelante, adelante». Tenía prisas, Lenoir, prisas y angustias de muerte y, sin embargo, no podía decirle otra cosa que: «Adelante, adelante, adelante». ¡Oh, si yo hubiera tenido en mis manos los resortes de la inspiración! Pero yo no tenía nada de nada, Lenoir, salvo el ansia de inmortalidad, un anhelo ferviente de pervivir. A los cuatro días su padre se plantó definitivamente: «Se acabó —dijo—. No puedo. —Su padre se había emborrachado ese día y yo le dije—: Hay que seguir, Lenoir». Y él agregó: «He dicho que se acabó. —Al día siguiente volví por el tragaluz, y él me dijo—: Es inútil». Yo me marché y me desesperé a solas, hasta que pensé: «Yo puedo matarlo». Y este pensamiento me alivió, Lenoir, y se lo digo como lo siento, y poco a poco me fue llenando, porque yo podía encontrar la inmortalidad en este acto. Y, de paso, dejar definitivamente asentada la fama de su padre. Aquello no era jugar sucio, Lenoir; ni su padre ni yo éramos felices. Y fui y lo maté, Lenoir. Yo pensaba: «Seré famoso por matar a un hombre que no supo hacerme famoso. No me importa que me ahorquen. —Luego, reflexioné y me dije—: El asunto hará más ruido si se aclara al cabo de veinticinco años». Y huí por los tejados. Lenoir. No es difícil burlar a la Policía de este país, créame. La gente piensa que a la buhardilla de un sexto piso sólo puede llegarse por la escalera. Se olvidaron del tragaluz ¿comprende? Yo bajé, disparé y huí. La gente dijo: «Un pintor se ha suicidado». Y, en verdad Lenoir, ¿qué otra cosa podían pensar ellos?

XXV

Robinet se recostó en el diván, Davicito, y su rostro sudoroso sonreía con pueril satisfacción. Yo fui cobarde entonces, Davicito, y no le dije que lo vi todo por el ojo de la cerradura, en primer lugar, porque era inútil después de su confesión, y en segundo, porque le hubiera contrariado mucho y yo empezaba a recelar que Robinet deseara aumentar su fama despachándome a mí también. Yo concretaba ahora todo mi esfuerzo en aplacarlo y no te oculto, Davicito, que con mis ademanes procuraba mostrar no sólo comprensión hacia un proceder que él se esforzaba en presentar como lógico, sino hasta admiración por su conducta. La muchacha rubia se desplazaba de una mesa a otra, cantando y sus frases moduladas me animaban a vivir. Dije de pronto:

—¿Por qué huía de mí, allá?

Robinet sonrió y dijo:

—Se cumplen ahora los veinticinco años de lo de su padre, y usted tenía que regresar en virtud del ciclo. Este es el momento de aclarar las cosas. El ciclo se ha cumplido; entonces, cuando yo le reconocí no era tiempo ni lugar. Por eso no quiero que le extrañe, Lenoir, mi falta de delicadeza para con usted, y me disculpará, incluso, la carrerita que le hice dar por el subterráneo. Yo me decía: «No, aquí no; las cosas deben aclararse en su lugar de origen. Lenoir vendrá a Francia detrás de mí».

Yo pensaba, Davicito: «¡Al diablo el ciclo! Yo estoy por una pura casualidad». Me distrajo de pronto el movimiento de Robinet buscando algo en el bolsillo de la cartera. De improviso sacó de allí un papel sucio, descuidadamente plegado y escrito con trazos nerviosos. Lo extendió ante mí, y añadió:

—Ésta es mi confesión, Lenoir, y en la Prefectura van a llevarse un chasco con ella. En los archivos consta el suicidio del pintor Lenoir en la mañana del 25 de noviembre de 1922. Ahora tendrán que volver las cosas del revés, y donde dice X decir Z y alterar el informe y revolverle las tripas al forense. Todo por mi culpa, Lenoir, y de seguro que a ellos la broma no les va a divertir demasiado.

Los ojos de Robinet parecían, de pronto, agobiados de un infinito cansancio. Observó a la animadora con expresión fatigada, y dijo penosamente:

—Sinceramente, Lenoir, ¿qué daría usted por besar la boca de esa muchacha?

Yo carraspeé, violento, porque Aurita me miraba como diciendo: «Habla, ¿cuánto?. —Y en éstas, Robinet se puso pesadamente en pie y dijo—: Yo voy a hacerlo. Tengo derecho porque es mi último deseo». Avanzó cuatro pasos

por la pista solitaria, se aproximó a la muchacha rubia, la prendió por la cintura y la besó en los labios con una voracidad de sediento. Fue tan audaz su acción, Davicito, que todos nos quedamos pasmados sin movernos de nuestros sitios, cesó la música de la orquestina y se alzó sobre nosotros un impresionante silencio. Nadie reaccionó hasta que la linda muchacha, hurtando sus labios a la obstinada avidez de Robinet, profirió un sofocado grito de espanto. Entonces volvió la vida y el movimiento, y todos nos incorporamos, y en ese instante Robinet dejó libre a la muchacha, se situó en el centro de la pista, se llevó la mano derecha con un objeto negro a la boca y sonó un horroroso estampido. Le vi desplomarse como un fardo, Davicito, y cuando corría hacia él, advertí que Aurita se desplomaba también sobre el diván, y entonces, vacilé indeciso, y volví a ella y la pasé el pañuelo empapado de cerveza por las sienes hasta que la vi reaccionar.

XXVI

Fue mucha confusión después, Davicito, con las aclaraciones y los interrogatorios y los líos de la Prefectura; pero nada de todo esto resucitó a Robinet, y aunque me repugnaba hacerle famoso a costa de su crimen, no tuve más remedio, en primer lugar, por liberar la memoria de papá del sambenito del suicidio, y en segundo, para poder salir Aurita y yo con bien de aquel aprieto. Y como Robinet esperaba, la gente empezó a hablar de él en todas partes y a aumentar las proporciones de su acto, y a mí me daba como asco pensar que sus restos pudieran estar removiéndose de placer en la tumba. Pero luego me decía: «Robinet era un perturbado. La vida eterna no está en el mundo como él creía. Pensar así es ignorancia».

Cuando regresamos a casa yo me encontraba mucho más tranquilo y el ganglio empezó a decrecer hasta convertirse en un bultito casi insignificante y yo reanudé la vida de oficina, y aunque me propuse no decir nada de lo de papá, para no aumentar la triste celebridad de Robinet, luego se me fue la lengua, Davicito, y no ciertamente por limpiar el recuerdo de papá, que aquí todos desconocían su supuesto fin, sino por la necia vanidad de referir mi aventura. Y lo relaté aquí y allá, y yo gozaba con las exclamaciones de sorpresa del auditorio, pero a pesar de todo tenía aquellos días, Davicito, la preocupación de Aurita y de mi hijo, puesto que yo sabía que una impresión fuerte en ese estado es bastante para trastornarlo todo, y la decía a Aurita:

«¿Tú estás bien?». «¡Oh, mucho mejor que antes!», respondía ella. Y sí, ciertamente, Aurita volvía a encontrarse a sí misma y taponaba el tubo de la pasta de los dientes y me arrimaba una silla a la cama para que colgara la chaqueta y no se deformaran los hombros. Mas yo insistía: «¿No te duele nada, nada?. —Ella decía—: Te digo que estoy bien; no me molestes».

Al aproximarse la fecha, yo temblaba y la observaba constantemente sin que ella lo advirtiera, tratando de descubrir algún movimiento nervioso, o algún síntoma revelador. Pero como si nada, Davicito, Aurita estaba fuerte y equilibrada y el mal trago de Pau no le dejó, en apariencia, ninguna triste reliquia. Así y todo yo me mostraba complaciente con ella y procuraba anticiparme a sus deseos y si me hablaba de Robinet yo desviaba la conversación, por no dejarla evocar aquella crisis, pero ella decía irritada: «Oye, ¿se puede saber por qué me tratas como a una niña?». Luego, la cosa, como siempre ocurre, empezó a retrasarse y ya empecé a dudar de que aquello fuese un niño, y en la oficina estaba nervioso y preocupado, y Sánchez me decía: «No te apures; mi mujer está allí».

Una mañana, el director me llamó a su despacho, y muy afable me hizo sentar en el blando sillón de las visitas y se interesó por mi salud y me preguntó si me habían abonado mis sueldos como si hubiera prestado servicios, y ya, al fin, me dijo: «Diga, Lenoir, ¿es cierto lo que se cuenta de su viaje a Francia?». Y yo, un poco avergonzado, le referí la aventura y él inquiría cada vez más detalles, y a cada paso decía: «¡Caramba, es increíble!. —Y yo decía—: Así es, señor director». Y figúrate qué coincidencia, Davicito, que al salir del despacho del director se me acerca un ordenanza y me dice: «Señor Lenoir, le llaman al teléfono». Y voy al teléfono y oigo la voz de Lola, la mujer de Sánchez, que me dice que Aurita ha alumbrado un niño y una niña. Yo dije: «¿Dos?. —Ella hablaba muy nerviosa—: Sí, dos», dijo. Yo notaba la emoción en el vientre, Davicito, y dije: «Pero dos bien, ¿enteros?». «¡Oh!, naturalmente que sí —respondió Lola—. Son muy bonitos». Yo me aturullé y todo, Davicito, y no hacía más que darle las gracias a Lola, y como pasaba por allí Fando, colgué el teléfono y le dije: «Soy padre, Fando; niño y niña. —Él dijo—: ¡Bravo, Lenoir!». Y, luego, se volvió a todos y dijo: «Lenoir es padre y madre, ¡viva!. —Y me hicieron un corro y me estrujaban y me abrazaban, y yo dije, al fin—: Dejadme, por favor. He de ir a conocerlos».

Al correr por las calles me parecía que era un día de fiesta y todo estaba lleno de luz y de amor y de ternura, y el mundo era bueno y feliz y

comprensivo, y yo experimentaba, Davicito, un cálido derramamiento de corazón.

Los raíles

(Apunte para una novela)

1954

Se llamaba Timoteo, le llamaban Tim, y adolecía de una rigidez burocrática que le daba una prematura apariencia provecta. Doce años atrás, Tim peleó en las trincheras con cierto apasionamiento deportivo, pero se llamaba ya Timoteo, siquiera careciese aún de aquel malhadado aire de rigidez burocrática. Su padre, que andaba con los pies abiertos, a las once y cinco, y era jubilado de la Delegación de Hacienda, le dijo, a su regreso, que esperaba que hubiese alternado las armas con las letras.

El padre de Tim era hijo de un servicial camarero que amenazó suicidarse varias veces abriéndose las venas de las muñecas. Nunca se las llegó a abrir, porque le asustaba la sangre; pero amenazaba con hacerlo si su mujer continuaba apretándole para que le entregase el importe íntegro de las propinas. Por lo demás, el abuelo de Tim era un tipo jovial que durante los dos primeros años de matrimonio servía la comida a su esposa, con la blanca servilleta sobre el hombro e inquiriendo humorísticamente:

—¿Qué va a ser?

Al nacer el padre de Tim, que era una criatura dolicocéfala y un poco tardía, el camarero concentró en él toda su capacidad de asombro. «Este crío tiene la cabeza como un pepino», decía. No le importaba, ahora, desprenderse de parte de las propinas con miras a la educación del chico. Pero si su esposa le exigía más, chillaba: «Si me aprietas, me cortaré las venas de las muñecas, y aquí paz y después gloria». Luego, el padre de Tim llegó a ser funcionario de Hacienda, y su displicente seriedad le daba la apariencia de un magistrado. Con su mujer guardaba las distancias, y a sus tres hijos les educó en una puntillosa austeridad. Tim era el primogénito, y su padre solía pensar: «Será algo grande. Él seguirá subiendo». Y mentalmente dibujaba una gráfica progresiva que empezaba en un camarero y concluía en un ministro. El camarero había sido su padre, el ministro sería el hijo del hijo de Tim. Le halagaba pensar que la gente pensase que los Fernández componían una familia batalladora que se había hecho a sí misma. Cuando se encaró con Tim en su despacho, dijo:

—La guerra concluyó. Tu padre es un jubilado, un pobre. Yo no puedo costearte una carrera fuera de la ciudad. Elige.

Tim titubeó entonces, ya que los cadáveres sumergidos en formol le repugnaban y no le divertía hacer comidillas en las probetas y los matraces.

—Me haré abogado —dijo.

—¿Abogado?

—Sí, abogado.

—Mientras no lo ganes, no tendrás sino un duro semanal en el bolsillo.

—Lo ganaré —dijo Tim—. ¿Por qué no?

Y entonces lo creía seriamente.

Seis años atrás enterró a su padre, y ante la tumba hermética repitió:

—Lo ganaré.

Entendía Tim que era la mejor manera de honrar la memoria de su padre. Se puso sobre los libros e insistió:

—Lo ganaré.

El abuelo de Tim se llamaba también Timoteo, pero le llamaban Teo. Antes de camarero fue soldado junto a Prim en la batalla de los Castillejos. Regresó a su ciudad en 1860. Traía una cicatriz junto a la sien derecha, fruto de una historia cruel y nada original. A Teo le chinchaba el furriel, y una mañana que andaba de ranchero le chinchó demasiado y Teo se lo hizo en su madre. «Ponte ahí», le dijo el furriel. Teo se plantó firme donde el furriel le indicaba, porque era un soldado disciplinado. Entonces el furriel apuntó y con toda su mala uva le lanzó un chusco, cuyo pezón le rasgó la sien derecha. Teo nada dijo. Mas al regresar a su ciudad se pavoneaba y contaba:

—Y el general Prim nos dijo: «Cazadores, a la bayoneta. ¡Viva la Reina!».

—¿Y lo de la sien? —inquiría su padre, que era peón de albañil y andaba en paro porque en la ciudad se edificaba poco.

—¡Bah, un rasguño! —decía Teo—. No tiene importancia. Al concluir la batalla, el general me estrechó la mano, padre.

—¿Prim?

—¡Prim!

Dos tardes después de su regreso, su padre le llamó a la cocina:

—La guerra concluyó, Teo. Es hora de tomar oficio. Tu padre está en paro.

—Me haré camarero —dijo Teo resueltamente.

—¿Camarero?

—Sí, camarero. El día de mañana desearía ser *maître*, padre.

—¡Mierda! —dijo el peón—. Tú lo que debes hacer es escribir a Prim. Ahí es nada haberte estrechado la mano.

—¡Oh, el general ni se acordará de mí! —dijo Teo.

—¿No te estrechó la mano?

—Sí.

—Entonces, ¿te olvidas tú de un hombre a quien has estrechado la mano hace un par de semanas?

—Es diferente, padre.

Unos meses más tarde el padre de Teo murió del cólera morbo. Murió precisamente el día que en la catedral de Murcia se celebraba un «Te Deum» para agradecer a Dios la total desaparición de la epidemia. El padre de Teo, el peón, fue siempre un hombre que vivió con retraso. Ante su tumba, Teo se descubrió:

—Seré *maître*, padre, te lo prometo.

Tim desconocía las peripecias de su abuelo Teo. Eran como dos raíles, dos vidas paralelas, pero Tim no lo sabía. A veces pensaba: «Nadie luchó en la vida tanto como yo». Por entonces Tim tenía un brazalete negro sobre la americana raída y dos dientes rotos. Era cuando la muerte de su padre. Lo de los dientes constituía una historia cruel y muy poco original. De niño a Tim le gustaba ver cómo los hombres jugaban a la rana en los merenderos del río. Un día le dijo a su amigo Nico: «Nico, a que no me metes el tostón en la boca». Y se separó tres metros y abrió dócilmente la boca para que Nico probase. El tostón era un disco de plomo de medio kilo de peso. Nico probó y le rompió dos dientes. «Casi», dijo Tim triunfalmente, a pesar de que el dolor le arrancaba lágrimas y sangraba como un cochino por el labio superior. Después Tim adquirió aquella suerte de dignidad burocrática que le caracterizaba. Estudiaba con el libro dispuesto en un atril, mordisqueando el extremo truncado de un lapicero. La mesa se alzaba junto al balcón que se abría sobre el bulevar. En una libreta de cubiertas de hule anotaba las horas de labor diaria. Ello constituía un estímulo. Si sus entusiasmos se apagaban, había dos soluciones inmediatas: sumar las horas de trabajo durante los dos últimos años y decidirse: «Este camino debe conducirme a alguna parte», o bien pensar en el despacho a 21 grados, la alfombra de nudos y el sillón con una mesita barnizada para poner los pies, que era lo que ambicionaba. A Dora, en los entreactos, le decía: «Quiero un despacho a veintiún grados en invierno y en verano, una alfombra que me cubra la suela de los zapatos y una mesita barnizada para poner los pies. —Inquiría Dora—: ¿Eres friolero?». Él respondía: «Cada hombre necesita una temperatura para vivir».

Ahora había hecho ya diez veces los pectorales dobles, diez flexiones de tronco y diez flexiones de piernas. Se había friccionado también los sobacos con agua fría. Intuía Tim que el día que dejara de restregarse los sobacos con agua fría declinaría su indomable voluntad. Se acercó al brasero y buscó en el diario el número premiado la víspera en el cupón prociegos. Leyó: «321», pensó «321. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años… Sí, sí, eso es. —Se frotó las manos nerviosamente trascendiendo una vital complacencia—. Estoy en forma», se dijo sin

demasiada convicción. Tenía el libro abierto en la Tutela y garrapateó sobre una cuartilla, con el lapicero que mordía, un cuadro sinóptico. «Órganos de la Tutela» —escribió; abrió una llave y anotó morosamente: «Tutor, protutor y Consejo de familia».

Desde que Salvador le anunciara la convocatoria, vivía en una especie de delirante exaltación. Volvió a frotarse las manos. Salvador le había dicho:

—Estamos en puertas.

Salvador le decía estas cosas con indiferencia, ante una taza de café y con una novela en la mano.

—¿Es que tú no estudias nunca? —preguntó Tim, nerviosamente.

—Los libros, a veces, embrutecen.

—Oye —dijo Tim—. Llevo doce años sobre ellos. Me sé de memoria el Código Civil y el Código de Comercio. Es ésta la séptima vez que intento ser algo en la vida. ¿Qué debo hacer?

—¡Oh! —dijo Salvador—. Cada cual tiene su sistema.

Tim había perdido los estribos.

—¡Órdiga! —exclamó—. A mí siempre me tocó perder.

Salvador le dio un consejo:

—Serenidad —dijo—. Yo puedo esperar aún. Sólo tengo veintidós años.

Pensó Tim: «Veintidós. La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido». Dijo:

—Salvador, muchacho, ¿crees de corazón que los triunfadores están hechos de mi pasta?

Salvador había sentido un untuoso enternecimiento de corazón. Le apenaban las sienes grises, las grandes manos impotentes, la abierta mirada de ansiedad de su compañero. Tim era un buen muchacho y, sin embargo, las puertas se le cerraban.

En el cine, Tim se sintió abrumado junto a Dora aquella tarde. Dora, en la penumbra, era una chica atractiva, pero perdía la tersura de la piel a la luz del sol. Tenía granos. Dora, no obstante, era un contrapeso para su depresión habitual. Se conocieron una tarde que Tim se había dormido torpemente sobre una butaca de la última fila. Dora le iluminó la cara con su lámpara en un solícito movimiento de ternura:

—¿Está enfermo? —le preguntó.

Aún Tim no sabía exactamente dónde se hallaba.

—¡Ah, bueno…! —dijo despertando bruscamente.

Recordó de pronto que estaba en un cine viendo una película de piratas, y antes de dormirse, Roger «el Cojo, —había gritado—: ¡Al abordaje!». Tim

pensó: «Se presumirá perdido por causa de abordaje el buque que habiéndolo sufrido, se fuera a pique en el acto. Artículo 833. —Luego se durmió. Ahora, el capitán pirata rugía—: Arribemos a las Galápagos». Y él pensó, antes de volver hacia Dora su cabeza torturada: «Los gastos de la arribada forzosa serán siempre de cuenta del naviero o fletante. Artículo 821». Dijo a la chica:

—¿La asusté?

—Creí que le ocurría algo. ¿De verdad no le sucede nada malo?

Tim cambió de butaca y dejó libre la del pasillo:

—Siéntese —invitó—. A mí me adormecen los ruidos del cine.

Ella se sentó a su lado. Observó antes en torno para cerciorarse de que no estaba don Juan en el local.

—¿Le aburre el cine? —preguntó.

—¡Oh, no es precisamente eso! —respondió Tim.

—Para mí, el cine es lo mejor de la vida. Podría pasarme sin cualquier cosa menos sin el cine —añadió ella.

La fragata arribaba en ese momento a las Galápagos y Tim dijo:

—Me cansaba de estudiar y vine a matar el rato. Por eso estoy aquí.

Hacía de esto dos años, y Dora le había preguntado:

—¿Estudiar es trabajar?

—Algo parecido a eso —respondió Tim, y agregó—: ¿Cómo se llama?

—Me llamo Teodora y en casa me llaman Teodorina. Prefiero que me llamen Dora; es mi nombre de guerra.

El capitán pirata dijo: «¡Avante con el tesoro!» y Tim se conmovió todo interiormente: «El tesoro oculto —pensó— pertenece al dueño del terreno en que se hallare. Mas si fuera hecho el descubrimiento en propiedad ajena o del Estado y por casualidad, la mitad pertenece al descubridor. Artículo 351». Añadió:

—¿Qué nombre de guerra?

—Es una cosa íntima, ¿comprende? —dijo la muchacha—. Yo quise trabajar en el cine. Tenía pensado un nombre y todo: Dora Zález. Aunque a usted le sorprenda, yo veía ese nombre escrito en letras grandes en los portales de todos los cines. Es bonito el nombre, ¿no es cierto? Cuando fui a Madrid y me presenté, uno me puso en un coche y me pasó la mano por los hombros. Yo me sentí incómoda y dije: «No; eso no, haga usted el favor. Las manos quietas. —Y él me dijo entonces—: Para trabajar en el cine hay que tener temperamento». Añadí yo: «¿Sabe si yo tengo o no temperamento?. —Respondió él—: Si no aguantas mi mano sobre los hombros da por hecho que

no tienes temperamento». Yo le dije: «¡Asqueroso! A reírse de su madre». Me bajé del coche y me volví a casa.

—¿Dónde vive?

—En la calle de la Horca —respondió Dora.

La chica observaba a Tim con el rabillo del ojo. La interesaba el muchacho y la sorprendía. Tal vez la interesara el muchacho por lo que sorprendía. Dijo de pronto:

—Usted es formal con las manos.

—Sí —dijo Tim—. ¿Por qué no?

—Hay pocos hombres formales con las manos en la última fila si se sienta a su lado una acomodadora.

A los cuatro días, Tim volvió por el cine. Encontraba un consuelo al lado de una muchacha que quiso trabajar en el cine y se avenía a trocar la luz de los focos por la de su lamparita de bolsillo sin desgarrarse por dentro. Fue en esa ocasión cuando le dijo que ambicionaba un despacho a 21 grados, una gruesa alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies. Luego la preguntó:

—¿Qué tiempo tienes?

—Veinticuatro años —dijo Dora—. Pero esas cosas no deben preguntársele a una chica.

—Ya puedes ejercer el comercio, hacer testamento y… contraer matrimonio. Casi todo —dijo él bruscamente.

Dora se rebulló en la butaca:

—¿De qué me estás hablando? —preguntó con un hilo de voz.

—Bueno —dijo Tim—. No era eso. De todas maneras, cuando tenga el porvenir resuelto no me importaría casarme contigo.

Se hizo un silencio.

—¿Casarte? —dijo ella, al cabo.

—Eso dije; casarme —respondió él.

—Los otros chicos no hablan como tú —añadió Dora levemente sofocada —: ¿Cómo te llamas?

—Timoteo Fernández, pero llámame Tim.

«Dora Nández» —pensó Dora. Y agregó en voz alta:

—Yo quiero tener una hija.

—Bueno —dijo Tim.

—Le enseñaremos francés y buenos modales —añadió la muchacha en un arrebato.

—Sí —dijo él.

—¿Crees tú que sabiendo francés y buenos modales habrá tío marrano que le ponga la mano encima?

—No es fácil que eso ocurra —dijo Tim, y pensó que los Corredores Intérpretes de Buques deben conocer además del francés otra lengua viva. Luego pensó que a la mañana no se restregó los sobacos con agua fría porque estaba destemplado.

Teo, el abuelo de Tim, se colocó de camarero en el Café Suizo tan pronto murió su padre. El Suizo tenía unos verdes divanes de peluche, redondos veladores de mármol y faroles de gas sobre unas columnas historiadas de color hueso. También tenía una barra dorada a todo lo largo del mostrador. En el Suizo, además de café se hacía repostería. Allí conoció Teo a Damasito. Damasito era un chico de cuna humilde, pero con una predisposición innata al señorío. Era un muchacho con porvenir, untuoso, educado y correcto. Teo se confió a él. Acababa de morir su madre de una pulmonía que agarró la primera vez que viajó en el ferrocarril. Los coches de tercera clase del ferrocarril carecían de cristales y cortinillas. La madre de Teo no acertó a reprimir sus ansias de probar el ferrocarril hasta la primavera, y lo que pasa. Teo, al verse solo, se refugió en Damasito. Entre chocolate con picatostes y chocolate con picatostes, en invierno, y horchata y horchata, en verano, Teo se confió a Damasito. Damasito le estimulaba.

—Serás *maître*, ¿por qué no? Ahora el ferrocarril hará que se abran nuevas fondas y hoteles en la ciudad. Será una revolución; ya lo has de ver.

Teo desconfiaba de sí mismo:

—Tú tienes educación, modales y posturas, Damasito. Tú serás *maître*. Yo no tengo distinción, ni tengo posturas, ni tengo nada. Sólo la ilusión de ser *maître*.

—El *maître* no nace, se hace —le decía Damasito con gravedad—. No lo olvides.

Teo añadía humildemente:

—Observa cómo sirvo este chocolate y corrígeme los defectos. ¡Regáñame, por favor!

Un día, Teo se casó con Juanita, la muchacha coja que emboquillaba cigarrillos para los socios del Círculo. No era demasiado coja y de cuerpo estaba bien. Tan sólo tuvieron unos meses de relaciones. Teo le decía: «Mira, no soy exigente; pero a mí que no me falte mi braserito en invierno ni mi billete de primera clase cuando viaje en ferrocarril. No quiero que me ocurra lo que a mi madre. Si para conseguirlo he de ser *maître*, seré *maître*, ¡qué concho!. —Ella respondía—: ¡Amo a los hombres decididos!».

Cuando se casaron, Teo la servía la comida con la blanca servilleta sobre el hombro e inquiriendo obviamente. «¿Qué va a ser?». Teo no desperdiciaba oportunidad de perfeccionarse. Una noche, Juanita le confesó que antes de la desgracia quiso ser artista. Era la primera vez que hablaban de la pierna de ella. Él dijo: «No creo que para cantar hagan falta las dos piernas. —Ella no contestó, rompió a llorar y, por último, le dijo que iba a ser madre—. ¿Por eso lloras?», preguntó Teo. «Bueno, quiero una niña. Ella será lo que yo no pude ser» —respondió la muchacha.

Tim volvió con frecuencia al cine. Siempre que necesitaba un consuelo iba por el cine y Dora se sentaba a su lado y se lo procuraba. Dora le preguntó un día:

—¿Pondremos una cama o dos?

—Una cama —respondió él—. No sé si te dije alguna vez que yo soy friolero.

—¿Y cuando yo tenga la gripe? —inquirió ella.

—Dormiré en el cuarto de los huéspedes, hijita; no te preocupes —dijo Tim.

Era sesión continua y esa tarde dieron la luz inopinadamente y Tim descubrió que Dora tenía granos. Ella se sofocó. Llevaban tres meses entrevistándose en la penumbra. Dijo ella aturdida:

—Oye. ¿Sabes que eres distinto a como yo te imaginaba?

El traje de Tim estaba deshilachado en las bocamangas y la corbata sucia de tanto anudarla. Se contemplaron con mutua y piadosa reticencia:

—Lo que yo dije es papel firmado —puntualizó Tim.

Ella miró en torno:

—Si don Juan me viera aquí sentada junto a un espectador me espabilaría. Una cosa —añadió, sin transición—. Si tú quieres entrar de balde en el cine no tienes más que decirle al portero que me dé una voz, ¿comprendes?

Tim, sin mayor razón, pensó entonces en su madre y en «El Último Esfuerzo». «Tendrán que pasar por ello» —se dijo. «El Último Esfuerzo» nació después de cumplir su padre los sesenta y tres y era enclenque, enfermizo y extrañamente dócil. Era como una sombra demasiado crecida, como una sombra crepuscular. Cada cumpleaños le hacía a Tim una tarta y Tim se irritaba:

—¿Qué diablos eres tú? —le decía.

—Perdona, Tim. Sólo quise felicitarte.

«El Último Esfuerzo» se echaba a llorar. Antes de casarse Blanca, «El Último Esfuerzo» tenía dos protectoras en la casa. Ahora sólo era su madre.

Su madre le decía a Tim: «Deja al chico. ¿Qué ganas mortificándole todo el día de Dios?». «El Último Esfuerzo» no fue a la escuela para no resentirse y su madre y su hermana se probaban las enaguas delante de él. Era un punto neutro. Cuando Blanca se casó con un empleado de Burgos, «El Último Esfuerzo» lloró durante siete días y siete noches consecutivos. Tim pensó en el efecto que a Dora le causaría «El Último Esfuerzo». Dijo:

—Tengo un hermano incapaz.

—¿Qué es incapaz?

Por primera vez la miró Tim directamente a los ojos. Aún persistía el descanso.

—Nada ha variado al darse la luz; te lo juro —insistió Tim enfáticamente.

Ella se cubrió el rostro con las manos en un gesto involuntario. Conservaba una nítida consciencia de sus granos. Agregó, después, sumisamente:

—Yo te encenderé la calefacción y te cepillaré a contrapelo la alfombra de nudos para que se te hundan en ella las suelas de los zapatos. Tim, por favor, ¿qué es un incapaz?

Al anunciarle la convocatoria veinte días antes, Dora se había retorcido las manos nerviosamente.

—No sé nada, ¿comprendes? —dijo él—. Uno se pasa la vida estudiando y al cabo se da cuenta de que está en blanco lo mismo que el día que empezó. Es un extraño fenómeno que no acierto a comprender.

Tim dobló ahora la página del libro que descansaba en el atril. Era uno de esos días en los que su mirada rebotaba sobre los renglones sin provecho. Le desazonaba la tranquilidad de Salvador, el hecho de que Salvador tomara las oposiciones como una de las incidencias vulgares de la vida. Desde que le anunció la convocatoria, Tim no se encontraba a sí mismo. El hecho de haber pasado siete veces por este trance no le infundía ninguna tranquilidad. «Salvador tiene veintidós años —se dijo—. Puede esperar. Cuando yo oposité por vez primera él no había comenzado el Bachillerato. —La vista se le nublaba—. Sólo quedan siete días» —pensó. Y quiso seguir estudiando, mas la cabeza se le rebelaba. Garrapateó, en una cuartilla, un cuadro sinóptico. Para Tim los cuadros sinópticos constituían un amable refugio. Su cabeza era un océano de cuadros sinópticos. Él decía: «Ellos son la estructura. Teniendo la sinopsis, tengo todo». Miró un instante a través de los cristales. En los plátanos del bulevar comenzaba a brotar la nueva hoja. Doce veces había observado Tim la misma transformación sin moverse de aquella silla. Nada había cambiado y, sin embargo, Tim no tenía ahora veinte años sino treinta y

dos. Nada cambiaba sino las voces de los grupos que regresaban del campo los días festivos de primavera. Hoy los grupos optimistas cantaban:

Adiós con el corazón que con el alma no puedo.

Y mañana, los grupos optimistas, cantaban:

¡Ay, ay, ay, ay, Cómo se la lleva el río!

Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Luego los grupos cantaban:

Mi abuelito tenía un reloj de paredque lo compraron cuando nació.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Más tarde los grupos cantaban:

Allá en el Rancho GrandeAllá donde vivíaaaa.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Más tarde, aún, los grupos cantaban:

Arriba en la montañatengo un nido.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos permanecían allí, en el atril el mismo libro y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una gruesa alfombra de nudos y una mesita barnizada para colocar los pies. A veces, Tim se confesaba que no era el despacho, ni la alfombra, ni aun la mesita barnizada lo que ambicionaba, sino la libertad de poder cantar despreocupadamente con el cuerpo lleno de sol. Sentía dentro un impreciso desasosiego. Era como una difusa consciencia de incapacidad. Con Santos tenía más confianza que con Salvador porque también él se rompía los codos contra la mesa y pasaba angustias y sobresaltos. Salvador solía decirles despectivamente: «Sois

opositores de un solo libro, ¡mecachis!. —Tim pensaba—: Le sobra razón. Y aún no lo domino». Salvador picaba de aquí y de allá, consultaba revistas científicas y aún le restaba tiempo para ir con las chicas. Tim nada más veía a Dora la tarde de descanso semanal y, a veces, otra tarde en el cine. Ella le decía: «Dentro de unos días cambiará el mundo para nosotros. Entonces te pediré que me hagas madre». Les unía una extraña confianza, hecha de un mutuo respeto. Tim había enterrado tras los libros su ímpetu sexual. Tim había enterrado tras los libros otras muchas cosas, entre otras, su sentido de la relación y la convivencia. No sabía conversar con una persona que no fuera o hubiera sido estudiante. Su conversación siempre arrancaba de ahí: «¿Estudia usted?». «¡Oh, caramba! Yo ya no estoy en edad. —Insistía Tim—: ¿Pero haría oposiciones alguna vez?». «No, no, la verdad. Nunca tuve ese capricho». En el pecho de Tim borboteaba un sentimiento de decepción. Para él no existían más hombres grandes que los que edificaron sus vidas sobre una oposición. Si él tuviera el valor de mirar a la gente a los ojos, descubriría enseguida al opositor. Los opositores tenían los ojos como Santos y como él, un poco dados de sí, abultados y dóciles como los de los bueyes.

Con Santos salía una tarde a la semana, carretera de Madrid adelante y uno a otro se recitaban temas con una monotonía agobiadora. Sin embargo, ellos encontraban un secreto placer en desembuchar su ciencia, en hacerse mutuas advertencias, en matizar un concepto deficiente expuesto por el otro. A veces, en los días de euforia asimiladora, Tim reconocía que no acertaría a vivir sin esta clase de satisfacciones.

Santos era blanco e imberbe y tenía una voz levemente brumosa. Nunca intentó jugar al fútbol ni montar en bicicleta. Tim no tuvo tiempo para ello. Era la diferencia. Tim no gustaba de Santos sino en sus cambios de impresiones intelectuales. En esos casos. Santos se revalorizaba a sus ojos porque, lo mismo que él, tenía sus lagunas y sus limitaciones. No era como Salvador, con su aire deportivo e independiente, que parecía tener la ciencia infusa. Santos llegó a él dos años antes, rebotado de Judicatura. No le veía desde la carrera y entonces, al concluirla, Tim y Santos se retrataron juntos en la orla. Aquel día Tim había pensado: «Ya soy alguien en la vida». Hubieron de pasar diez años para que Tim advirtiese que aún no era nadie en la vida. Santos dijo aquel día: «Este tipo me ha sacado labios de niña». Santos, no obstante, era fotogénico y lo de los labios de niña era a causa del retoque. Cuando se presentó rebotado de Judicatura ya no tenía labios de niña sino una línea breve y apretada; una escueta línea de rebeldía. Le dijo:

—Tal vez no me recuerdes. Estudiamos juntos tres años de carrera. Un dato: Tú me decías: «Tienes garantizada la matrícula en Penal». Me acuerdo como si fuera hoy. Luego el tipo aquel me largó con un cochino aprobado. ¿No recuerdas?

Su rostro sonreía, o dibujaba una mueca de amargura. Hasta puede que las dos cosas.

Dijo Tim:

—¡Santos, hijito! ¿Cómo voy a olvidarte?

Añadió Santos:

—Te chocará verme por aquí al cabo de ocho años, ¿no es cierto? No tiene nada de particular. Aún no salí de estudiante. Otros tienen más suerte. La vida es así. ¿Te acuerdas de Luis Beltrán? Bien, es juez desde hace seis años. «¿Cómo es posible? —Te dirás tú— ¿aquel Beltrancete incompetente que no distinguía el testamento cerrado del ológrafo?». Pues así es: juez. Nada tiene que ver que eso se lo deba a un padrino. La influencia es hoy todo en la vida.

Luego Santos se sentó, y se acomodó, y vomitó todo su añejo resentimiento. Tim no se encontraba a gusto y, sin embargo, le atendía. Nada comportaba para Tim mayor consuelo que la voz de un compañero afanado en la lucha. «No estoy solo» —se decía en esos casos. Más tarde, al iniciar sus paseos semanales con Santos, se habituó a sus reticencias.

Una tarde discutieron sobre la naturaleza jurídica del contrato de hospedaje y Santos se acaloró de tal manera como si Tim hubiera injuriado a su madre. Al despedirse, Santos dijo: «No quiero volver a discutir contigo. Eres mi único amigo. —Dijo Tim—: En realidad yo no dije sino que el depósito…». «¡Basta! —le atajó Santos—. ¿Es que quieres que volvamos a las andadas?».

Otra tarde, Tim le confió una de sus reflexiones más profundas. Tim tenía, a veces, ciertas ideas espectaculares y, en cierto modo, lúcidas. «¿Sabes que voy a formular una teoría científica?», dijo. Tim se sintió cohibido después de haberlo dicho. Hubiera deseado reabsorber sus palabras como una baba. Añadió: «Se basa en la ley de Malthus, pero es de otra naturaleza».

—Desembucha —respondió Santos.

Dijo Tim:

—Es ésta, sencillamente: los hombres crecen en proporción geométrica en tanto los cargos remunerados crecen en proporción aritmética. Día llegará en que diez hombres capaces pretendan inútilmente una misma plaza. —Guardó silencio un poco abochornado. Había amasado su teoría —«La Teoría

Fernández», la llamaba en su interior— con amor, y ahora al exponerla se le antojaba hueca e insustancial. La réplica de Santos, le humilló un poco: «Esa teoría, en una u otra forma, la hemos hecho todos». Era el segundo fracaso de la teoría de Tim. Al exponérsela a Dora a los pocos meses de conocerla, le dijo la muchacha: «¿Qué es proporción geométrica, Tim? Hablando seriamente, yo quiero tener una hija y enseñarla francés y buenos modales».

Otra tarde, Santos dijo, después de prolongada reflexión: «Dices tú que Luis Beltrán era un vago, pero tenía talento. ¿Puede existir otro ser que en Civil segundo confunda la tutela con la adopción?. —Respondió Tim—: Beltrán será un buen juez. Tenía carácter». Santos se irritó y al irritarse Santos se retorcía en un complejo manoteo: «¡Cuerno, carácter! No hay ningún tribunal en el mundo que te exija carácter, digo yo».

Teo, el abuelo de Tim, cuando veía a Damasito desenvolverse con su tenuidad, su gracia y su sonrisa por entre los veladores del Suizo, pensaba: «Me quitará la plaza, me quitará la plaza. —Mas no sentía envidia de él sino sólo admiración. Una tarde le dijo—: Si con ocasión del ferrocarril se instalara una fonda aquí, tú serías el *maître*». Damasito rompió a reír: «No desesperes, Teo. Cada cual tiene su sistema. —Le preguntó Teo—: ¿Es sólo corrección y donosura lo que se exige para ser *maître*?». Contestó Damasito: «Podrías darle unos tientecitos al inglés. El ferrocarril desarrollará el turismo».

Teo adquirió la gramática inglesa de Allan Shearer en una librería de viejo. Antes de acostarse trabajaba un rato todas las noches. Juanita le veía sudar, afanándose en imitar con sus labios los dibujos de la gramática Shearer. Sudaba sobre todo por la sien derecha, donde tenía la cicatriz del chusco del furriel.

Al poco tiempo Juanita dio a luz un niño. Le costó esfuerzos ímprobos, a causa de la pierna inútil. Luego, al ver que era niño y no niña, y que tenía la cabeza apepinada, sufrió una crisis nerviosa. Empezó a pedirle a Teo el importe íntegro de las propinas. Teo solía decir: «Si me aprietas, me abriré las venas de las muñecas, y aquí paz y después gloria».

«La Tortolita» caía cada otoño por el café. Hoy cantaba:

Al son de las vihuelasy seguidillas, manolos y manolasde cuatro en fila.

Teo contaba un año más, o tal vez un año menos, pero los divanes seguían lo mismo, los chocolates con picatostes sobre los veladores de mármol y él

soñando con alcanzar una plaza de *maître*.

Mañana, «La Tortolita» cantaba:

¡Ay, mamá!, qué noche aquella en que el falso me decía: ¡Vida mía, por lo bella, tú serás la estrella mía!

Teo tenía un año más o, tal vez, un año menos, pero los divanes seguían allí, los chocolates sobre los veladores y él ambicionando, cada vez con mayor vehemencia, una plaza de *maître*.

Más tarde, «La Tortolita» cantaba:

No enseñes en la playala pantorrilla, que hay muchos tiburonesjunto a la orilla…

Teo contaba un año más o, tal vez, un año menos, pero nada había cambiado en torno, y Teo seguía suspirando por una plaza de *maître*.

Un día comenzaron a construir una fonda en la calle de la Reina. Teo llegó nervioso a casa. Juanita salió a su encuentro:

—¿No sabes, Teo? ¡Han matado a Prim!

—¡Virgen!

—Unos facinerosos, en la calle del Turco.

—¡Virgen!

Teo se apoyó en la mesa y estuvo llorando un rato rendidamente. «Allá, en Marruecos, él me estrechó la mano… Me estrechó la mano, ¿comprendes?», repetía como un autómata. Al cabo, se limpió las lágrimas y le comunicó a Juanita que en la calle de la Reina estaban levantando una fonda de nueva planta.

Teo pasó unos días inquieto. Cada tarde visitaba las obras, y un día encontró a don Ángel Conde. Teo se acercó a él y le expuso sus deseos de ser *maître* en la nueva fonda.

Dijo don Ángel:

—Eso es cosa tuya. Yo levanto el edificio, y cuando lo concluyo hago mutis por el foro.

Esa misma tarde le preguntó Damasito cómo marchaba el inglés. Teo se encontraba deprimido. «¿En qué cabeza cabe —respondió—, que donde dice "potatoes" tenga uno que decir "poteitous"?. —Luego, en casa, ante la gramática inglesa de Shearer, le dijo resignado a Juanita—: Uno se pasa la vida estudiando, y al cabo se da cuenta de que está en blanco, lo mismo que el día que empezó».

Eran como dos raíles, dos vidas paralelas, pero Tim no lo sabía. Tampoco Teo, su abuelo, el camarero, lo presintió, ochenta años atrás.

Tim trataba de concentrarse sobre el libro. Se chascaba los huesos de los dedos como si fuesen nueces. De una carpeta manoseada extrajo un cuadro sinóptico:



Lo repasó un momento y, a continuación, cerró los ojos y lo repitió moviendo silenciosamente los labios. No tropezó ni una vez. Llevaba doce años estudiando diez horas diarias. Ahora llevaba diez días estudiando doce años diarios. No se movía de la silla. Su cerebro era una esponja jurídica; pero le faltaba organización. Tim carecía de facultades para asimilar y organizarse. Mordisqueó el lapicero. El sol alcanzaría su cenit, y luego se ocultaría sin que Tim apartase los ojos del atril. Tim ya no pensaba en ello. Sus nervios y sus vísceras estaban acomodados a la rutina. Enflaquecía a ojos vistas, mas él sólo se daba cuenta de ello de tarde en tarde, cuando al desnudarse, se miraba en el espejo y veía bailar el esternón en el centro de su pecho. No le daba importancia. Las grasas constituían una rémora para el opositor. Tampoco importaba nada la sutilísima sensibilidad de sus nervios. Un opositor sin nervios no resistiría la prueba. Uno había de montar su esfuerzo sobre los nervios. Tim comía poco, y, a veces, en los momentos de depresión o cansancio, ingería excitantes. Salvador le decía: «Yo, si tomo píldoras es para dormir, no para prolongar la vigilia». Salvador lucía un recortado bigotito rubio y, cuando universitario, organizaba la Tuna y tocaba la bandurria. Las

chicas le ponían cintas de colores sobre la capa negra porque las gustaba el bigote rubio, la desenvoltura y la manera de tocar la bandurria que tenía Salvador. Tim no tuvo cintas de colores, ni tocó nunca la bandurria, ni ninguna muchacha, salvo Dora, le soportaba. Alguna noche, Tim, dormido, seguía devanando la madeja jurídica, e incluso en sueños le asaltaban ideas lúcidas que aprovechaba al despertar. Le dolía la cabeza, pero él daba por bien empleado este dolor si podía cambiarlo por una idea lúcida. En ocasiones hablaba alto, bien para estimularse, bien para denostarse. Había días en que las cosas rodaban bien y Tim consideraba a sus libros manoseados con una suerte de íntima ternura. Los autores citaban a otros autores, y Tim pensaba en esos casos que, cuando aprobase la oposición y dispusiera de tiempo, leería a los autores que citaban los otros autores solamente por simple placer. Los días baldíos, en cambio, Tim pensaba que no volvería a mirar un libro una vez que triunfase en la oposición. Santos era otra cosa. Santos le dijo la tarde última en la carretera de Madrid:

—¿Conoces la teoría de Cosack sobre la letra de cambio?

—Naturalmente.

—Magnífica, ¿eh?

—Descarta la idea del contrato y la funda en la unilateralidad. ¿Te admira eso?

—Hacen falta talento y valor para adoptar una postura tan radical —dijo Santos con entusiasmo. Y añadió—: Vivimos en un país primario. ¿Por qué las grandes ideas sólo caben en cerebros extranjeros?

Dijo Tim:

—Mira Garrigues.

—Garrigues, Garrigues… —dijo Santos.

—Salvador dice que Garrigues es una cumbre.

—Salvador puede decir misa —dijo Santos, y Tim se sobresaltó—. Salvador es uno de esos hombres que presumen de tener la ciencia infusa y se pasa la noche entera sobre los libros como un mostrenco. Mucha tontería con las niñas y luego cuatro horas de sueño. Eso no es sano, Tim, te lo digo yo.

Tim experimentó una emoción indefinible:

—¿Quién te dijo eso? —inquirió.

—¿Quién me dijo qué?

—Que Salvador se revienta de noche.

—Estos ojos lo han visto. Eran las cinco y en los balcones de su cuarto tenía luz. Yo volvía de la estación.

—¡Oh!, ¿es cierto eso? —dijo Tim.

Pasó la página con impaciencia, pero no podía olvidarse de Salvador. Había comido maquinalmente, repitiéndose «in mente» el cuadro de las sucesiones. Siempre comía así. Su madre y «El Último Esfuerzo» rara vez rompían el silencio. En aquella casa se había dicho ya cuanto había que decir. Ahora iba cayendo la tarde y Tim dio la luz del flexor. El aro de la lámpara delimitaba el círculo luminoso. La página brillante era una incitación invencible. Tim se volvió sobre el libro. «La posesión» —dijo en voz alta. Cargó un poco la voz y agregó—: «Mecachis». Hacía doce años que Tim aborrecía la Posesión. Era un tema despiadado. La Posesión era algo escurridizo que se escapa de entre los dedos. No era como la Propiedad, el Arrendamiento o el Usufructo, una institución lógica y concreta. Al estudiar el tema de la Posesión, Tim tenía la impresión de caminar por las nubes. Solía decirse: «¿Quién posee, si no es un usufructo, arrendamiento o propiedad?. —Se dijo ahora—: Salvador es un cochino empollón». Leyó pronunciando detenidamente para romper la cerrazón hermética de los términos. En ese momento oyó la puerta y se estremeció. Era «El Último Esfuerzo».

—Tim —dijo—, Tim… —Y se echó a llorar.

Era como un murciélago clavado en una puerta, con sus brazos largos y escuálidos y sus gelatinosas orejas de gnomo. Tim se incorporó:

—¿Qué te ocurre ahora? —dijo—. ¡Habla! ¿Qué sucede?

—Me pudro aquí —dijo «El Último Esfuerzo»—. ¿Por qué no tratas de convencer a mamá de que prefiero morirme en la calle a vivir muchos años en este agujero?

Bajaban y subían los párpados de «El Último Esfuerzo» como si fuera un muñeco mecánico.

—¿Qué tiempo tienes ya? —dijo Tim, acariciando la débil nuca de su hermano.

—Diecisiete —dijo «El Último Esfuerzo». Había dejado de llorar esperanzado, pero le apretaba el pecho un sollozo de vez en cuando.

«Diecisiete, —pensó Tim—: Son españoles: 1.º, los nacidos en territorio español; 2.º los hijos de padre o madre española, aunque hayan nacido fuera de España; 3.º los extranjeros que…».

Dijo:

—Hijito, ¿qué es lo que echas de menos?

«El Último Esfuerzo» se ruborizó. Añadió Tim:

—¿No será las mujeres?

«El Último Esfuerzo» se violentó para decir:

—¡Quiero vivir como los demás!

—¡Oh! —dijo Tim—. Tú estás delicado. De siempre estuviste delicado, hijito, y dos veces a punto de morir. Tú lo sabes mejor que nadie.

Dijo «El Último Esfuerzo»:

—No me importa morir, ya te lo he dicho. Si no le hablas a mamá me escaparé de casa y no volveréis a saber de mí.

Había una exaltada resolución en la voz entrecortada del chiquillo. Un escalofrío cruzó la espalda, levemente encorvada, de Tim.

—¿Con una mujer? —preguntó.

—¡A que ton con una mujer! Me marcharé. No hay más —insistió «El Último Esfuerzo».

Tim hizo chascar los huesos de sus dedos.

—Está bien —dijo pacientemente—. Ya pensaré en ello, hijito. ¿Te importaría, al menos, que lo dejásemos para después de mis oposiciones?

—¡Oh, no, de ninguna manera! Ha de ser mañana —dijo «El Último Esfuerzo».

Al quedarse solo, Tim pensó que deseaba concentrarse en sus libros como no lo deseara en ningún otro momento de su vida. «Dispongo solamente de siete días» —se dijo impaciente. Pero el problema de «El Último Esfuerzo» se interponía entre él y las páginas del libro que descansaba sobre el atril. Comenzó a pronunciar en alta voz. Rara vez le fallaba este recurso, pero hoy le resultaba insuficiente. Se retorció las manos y se aproximó más al círculo luminoso. «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…». «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…». «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…, —repitió—. ¡Oh, “derechos”! —dijo en voz alta—. ¡Qué voz estúpida ésta!. —Luego pensó—: Santos estará comiéndose los codos sobre la mesa. Mañana he de exponerle este tema». Tuvo la sensación de pesadilla de que pedaleaba violentamente en una bicicleta de carreras, con cambio y tubulares, pero sin cadena, y Santos y Salvador le adelantaban pedaleando frívolamente en sendas bicicletas de paseo. «No puedes perder un minuto, Tim, hijito. El tiempo es oro, dijo alguien. Tu tiempo es más que oro, Tim, insensato. Date cuenta de ello», se dijo casi a gritos.

Poco después se levantó para cenar. Le hervía el estómago y sentía náuseas. «El Último Esfuerzo» desviaba los ojos y tropezaba con su madre, casi una anciana inflexible. Pensó Tim: «Negar alimentos a la madre es una justa causa de desheredación. Tal vez Salvador no sepa estas cosas». Dijo su madre de repente:

—Blanca va a tener un bebé.

—¡Oh! —dijo Tim, profundamente dolorido.

—¿No te gusta? —dijo la casi anciana inflexible.

—Nacer, no me parece una cosa interesante —dijo Tim hastiado. Pensó: «Un heredero. Mi cuñado Ángel empezará muy pronto a ejercer la patria potestad. ¿Conocería Ángel sus obligaciones a este respecto?».

Cuando reanudó su tarea se hallaba como enervado. «Tengo que hablar con mamá, de otro modo “El Último Esfuerzo” se escapará de casa. ¡Oh!, apuesto que a Santos no le vienen con estas pejigueras. Dispongo solamente de siete días. La Posesión es un tema endiablado. ¿Cuántas horas llevará Santos hoy?. —Consultó en un movimiento instintivo su libretita de cubiertas de hule—. Ocho horas —se dijo en voz alta—. Esto es una ficción. Hoy no he aprovechado más de cuatro». Pensó aceleradamente: «Las once. Aún podría sacar otras tres. Tres: Las leyes no tendrán efectos retroactivos si no dispusieran lo contrario. ¿Qué diría Salvador, si el Presidente le dijese: “Artículo 3.º, señor opositor”. Se le desplumaría el bigotito rubio y las chicas se reirían de él»?

El último sábado, Juanita le había hecho una escena porque decía que no podía resistir que los días de descanso los dedicase Teo a los amigos. «Me aburro entre paredes, ¿comprendes?, —le dijo. Teo intentó calmarla—. Tienes el chiquito», dijo. Ella se acercó a la ventana e hizo señas con el candil. Luego dijo que el chiquito era asunto de los dos y que le dolía la pierna coja, de estar sentada. Teo no contestó. Tomó una bandeja del vasar, colocó en ella un vaso de agua y la botella de vinagre y se puso a dar vueltas por el pasillo a paso gimnástico. Juanita se irritó:

—¿Qué es lo que haces?

—Me ensayo —respondió él sencillamente.

—Para tonto ya tienes plaza —añadió ella.

Teo continuaba dando vueltas por el pasillo con la bandeja en alto. No dijo nada. Cuando se le cansó el brazo se sentó junto a ella.

—El jueves hay una carrera de camareros en la avenida —explicó—. Los del hotel de la calle de la Reina estarán allí. Es una oportunidad.

Damasito, por la mañana, le había dicho; «Ganará quien pise la meta el primero sin derramar la horchata ni dejar caer la botella». Juanita, dijo:

—Boberías.

La víspera, que era el último día de Carnaval, Juanita se empeñó en asistir con Teo al entierro de la Sardina. Teo transigió. Tuvo que embadurnarse la cara de blanco y embutirse en una camisa de mujer. Bebió vino y regresó reventado. Cuando se vio, al día siguiente, alineado con sus compañeros,

esperando la salida, se dijo: «Tranquilidad, Teo. Nadie consiguió nunca nada sin conservarse sereno». Pero le temblaba el pulso a consecuencia de la fiesta de la víspera y esto estaba por encima de su voluntad. Damasito, a su lado, le dijo: «Aquel gordo de la chistera y el cigarro es el del hotel nuevo». Pero no hubo nada que hacer. Venció Damasito y Teo se derramó la horchata por el uniforme, y, al hacerlo, le asaltó una tan lúcida sensación de inutilidad que se sentó en un banco y, acodado en las rodillas, permaneció llorando durante ochenta minutos, sin hacer caso de los chiquillos de la calle que le embromaban.

Sobre el atril había un grueso tomo maltratado. En la página izquierda decían unos titulares: «Letra de cambio (continuación). El endoso». Tim se fue concentrando. No leía. Reconstruía mentalmente el tema que se iniciaba allí. De vez en cuando, sus labios apuntaban una sonrisa. Todo marchaba bien. Al cabo, pensó otra vez en Salvador. Dora decía: «Tu amigo Salvador valdría para el cine. Es guapo, pero que muy guapo, tu amigo Salvador. —Tim pensó—: Estará rompiéndose los codos contra la mesa». «¡No es posible!, —dijo, de pronto, con un ademán de fatiga. Luego se llamó a sí mismo al orden—: Tim, hijito, no se puede caminar con tantas cosas encima. Es una sandez». Mas tenía tan encajada en la cabeza la idea de Salvador, que a las dos de la madrugada cerró el libro malhumorado sobre el atril y se puso en pie. Experimentó un extraño mareo. Tim permaneció inmóvil agarrado al respaldo de la silla, hasta que la neblina se disipó. «Estoy flojo —pensó—. Estoy flojo lo mismo que un gorrioncito en un día de nieve. El Presidente del Tribunal estará dormido junto a su mujer y tendrá la boca abierta tres palmos, como un pájaro recién empollado».

Había en la casa un silencio profundo y las tarimas gemían bajo los pies de Tim. Avanzó obsesionado por la idea de que estaba incurriendo en un acto prohibido. Ya en la calle se sintió más libre. La noche estaba tibia y las calles desiertas. En lo alto brillaban las estrellas. Hacia poniente el cielo era más negro, debido a un anuncio luminoso. Un viejo caminaba hacia la estación a merced de una pesada maleta. Le dijo Tim:

—¿Le ayudo?

—Gracias, muchacho —dijo el viejo, y dejó la maleta en el suelo.

Tim se sentía satisfecho cada vez que disciplinaba su cuerpo. Inquirió:

—¿Lleva libros aquí?

—Son para el chico —respondió el viejo, limpiándose el sudor con un pañuelo mugriento.

—¿Estudia?

—Quiere ser juez.

—Dura vida esa.

—¿Qué es lo que es duro, muchacho?

—La vida de estudiante.

El viejo se detuvo y miró a Tim socarronamente:

—Eso y tocarse la barriga es todo uno —dijo—. Si yo he trabajado es para que mi chico no trabaje más. ¿Pesa?

—¡Bah! —dijo Tim—. Más pesan en la cabeza.

Empezaba a detestar al viejo. Dijo el viejo:

—No sé qué pasa, pero todos los estudiantes tienen la debilidad de pretender que hacen una labor importante.

Tim dejó de golpe la maleta en el suelo. Preguntó:

—¿Ve aquella bombilla roja?

—Sí —dijo el viejo.

—Es la estación.

—Bueno —dijo el viejo—. Gracias por la ayuda.

—Hasta otro rato —dijo Tim.

Había visto luz en la casa de Salvador y las rodillas se le doblaban. «Son las dos y media, —pensó. Luego se dijo—: ¿No será el padre de Salvador el que trasnocha?». La duda le corroía. «Después de todo —pensó— puedo comprobarlo». Se sujetó a los barrotes del entresuelo y trepó por la fachada con insospechada agilidad. Oía a lo lejos las pisadas vacilantes del viejo. «Nadie tiene la ciencia infusa, digo yo», se dijo. Y oteó por el balcón entreabierto con expectante ansiedad. No veía sino unos largos brazos depositados sobre una mesa y el nudo aflojado de la corbata. Era mezquino el campo visual. Al aproximar aún más su rostro al cristal, su pie resbaló y golpeó el balcón. Entonces fue cuando vio los ojos de Salvador, absurdamente dilatados, aproximarse hacia él. Tim se descolgó precipitadamente, lastimándose las manos. Sintió el ruido del balcón al abrirse al tiempo que la voz del sereno dándole el alto. Echó a correr hacia el parque y experimentó un vértigo al oír a su lado el tableteo del chuzo rebotando sobre el asfalto. Una desordenada euforia le poseía. El chuzo le adelantó sin lastimarlo y su dueño juraba detrás, estimulado por las voces de Salvador. El pecho de Tim jadeaba, y, sin embargo, Tim se sentía inusitadamente feliz. «Sois opositores de un solo libro, —se dijo con sorna, sin cesar en su loca carrera—. Santos tenía razón», pensó. «Santos tenía razón». El parque le cubría con sus sombras profundas y Tim se sentó en un banco hasta que le asaltó la tos. Se incorporó entonces y paseó lentamente por los húmedos paseos silenciosos. Le alentaba

la convicción de que también Salvador, como Santos, como él, como millares de seres, se partía los codos contra una mesa.

Aquella noche, Tim tuvo un sueño inquieto. A veces su boca sonreía y luego se disparaba en un torrente de palabras ininteligible. De madrugada le asaltó una pesadilla. Soñó que le atropellaba un camión matrícula Za-814. Soñó que antes de arrollarle el camión pensó: «8145: La preterición de algunos o de todos los herederos forzosos en línea recta, sea que vivan al otorgarse el testamento, sea…». No le dio tiempo a pensar más, porque las ruedas del vehículo le pasaron por encima y dividieron su cuerpo en pequeños trozos. Él veía, sin embargo, desde fuera, con perfecta claridad, su cuerpo descuartizado sobre la calzada. De las heridas, en lugar de sangre salían pequeñas esferas numeradas, como las de la lotería. Se acercó un guardia con casco blanco, y era Santos. Luego se apiñó la gente. La gente ayudaba al guardia, que era Santos, a recoger las bolitas. Una bella muchacha ponía especial esmero en la tarea. «Guardia —decía compasivamente, temblándole dos lágrimas en los ojos—, aquí está el artículo 533. —Y Tim, desde fuera, pensaba—: 533: Las servidumbres son, además, positivas o negativas. Se llama positiva…». El viejo a quien acompañó a la estación también estaba allí. «Guardia —decía—, mire, el 1032. —Y Tim pensaba, desde fuera—: 1032: Pagados los acreedores y legatarios, quedará el heredero en el pleno goce del remanente de la herencia». Más tarde todo el mundo le entregaba bolitas numeradas al guardia, que era Santos, y el guardia se descubrió y las introducía cuidadosamente en el casco: «Guardia, el 231». «Guardia, el 1099». «El 81, guardia». «Mire, guardia, el 15, ¡la niña bonita!. —Tim no daba abasto para recordar todos los artículos—. Señor Presidente…», balbucieron trémulamente sus labios. La agraciada jovencita se aproximó entonces a su cráneo roto y gritó espantada: «¡Ahí va la mar, guardia, si está lleno de cuadros sinópticos!». Y la muchacha, compadecida, empezó a sacar de la cabeza, abierta como un cuenco, centenares y aun millares de pequeños papelitos escritos de puño y letra de Tim. «Guardia, el 1001». «Guardia, el 1713». «Guardia, el 2, ¡qué bajito!». Tim daba vueltas sobre su lecho, desasosegado. Allí estaba el Presidente, que era el viejo de la maleta, y le decía: «¿Ve usted aquella lucecita roja…?. —Tim pensaba—: ¿Por qué no le llevaría la maleta hasta la estación?».

El domingo de Piñata, Teo, el abuelo de Tim, soñó que participaba en una carrera de camareros. Los guardias cubrían la carrera y todas las hermosas de la ciudad se hallaban en las tribunas. Cuando el grueso señor de la chistera y el puro dio la salida, Teo constató con estupor que su cuerpo se elevaba sobre

el pavimento sin más que imprimir a sus manos un leve movimiento de aleteo. Teo volaba como las águilas; sin esfuerzo. A principio sintió vértigo y miedo, pensó en su hijo, en su pequeño hijo con la cabeza apepinada; mas, inmediatamente, se confió y se encontró feliz suspendido en la atmósfera como una nube. Le envolvía el clamor de admiración que se levantaba de las gradas. Al «oooooh» de sorpresa inicial sucedió una ovación cerrada, frenética. Teo pensaba: «No me canso lo más mínimo. Habré de enseñar a Juanita a volar. La pobre apenas se tiene de pie sobre su pierna coja». Sin mayor esfuerzo, Teo rebasó la línea de meta y aterrizó junto a la presidencia. El público ya no aplaudía y en los ojos de las hermosas advirtió una leve reticencia, algo como un reproche; luego, conforme se aproximaba al grueso señor de la chistera y el puro, se fue adensando en torno como un creciente rumor de risas sofocadas. Teo comprobó que al envolverle el humo espeso del cigarro le era difícil mantenerse firme; su cuerpo propendía a elevarse como un globo. Entonces cogió del suelo dos adoquines, como lastre, y las risas de las tribunas formaron un trueno horrísono. El hombre de la chistera miraba por encima de su hombro y tenía una medalla de oro en la mano. Teo infló el pecho y sonrió tímidamente, pero el hombre de la chistera, entonces, le apartó suavemente y dijo con acento despectivo:

—Deje paso, por favor.

Teo volvió la cabeza y vio a Damasito sonriendo, con su sonrisa diminuta de «*maître*» perfecto. Teo le susurró al oído: «¿Qué ocurre aquí?». «Olvidaste la bandeja», respondió Damasito, sin descomponer su sonrisa diminuta. Luego, Damasito se adelantó hasta el estrado mientras sonaba la música y las hermosas aplaudían electrizadas. El hombre de la chistera le prendió la medalla en la solapa, le abrazó y le besó en la mejilla. La música arreció y con ella una inmensa, enloquecedora carcajada; la risa era tan estrepitosa que Teo, el abuelo de Tim, se despertó. Era el domingo de Piñata de 1870.

A la mañana siguiente, Tim, el nieto de Teo, el camarero, se despertó con escalofríos. No obstante, hizo diez pectorales dobles, diez flexiones de tronco y diez flexiones de piernas y se restregó los sobacos con agua fría. Sabía que en ello radicaba el secreto de su voluntad. Abordó a su madre cuando le llevaba el desayuno:

—Ese chico, mamá. Ese chico se nos está apolillando.

—¿Qué dices?

—El pequeño, mamá. Deberías irle metiendo en la vida poquito a poco.

—¿A Ramón?

—Sí, a Ramón.

—Ya estamos otra vez con la de siempre.

—Bueno, no te vayas. Escucha.

Se incorporó y tomó a su madre, casi una anciana inflexible, por un brazo:

—Un muchacho de su edad no puede permanecer encerrado como un canario. No creo que el buen aire de la primavera le perjudique. Oye, ¿por qué no pruebas? Al chico se le viene el mundo encima.

Tim notó que, a medida que hablaba, su madre se enfurecía. Su madre tenía el temperamento arisco de las amas de casa sin recursos.

—¡Calla! —chilló—. ¡Tú sabes como yo que es un enfermo!

Dijo Tim tenuemente, sumisamente:

—Yo creía hacerle un favor. ¿Has pensado en que un muchacho acosado por un celo excesivo puede cometer un disparate?

Su madre rompió a llorar. A Tim se le representó la pesadilla de la noche última y quiso llorar también. Dijo:

—Dejémoslo, mamá. Estoy nervioso. Salga el sol por donde quiera.

También Teo, el abuelo de Tim el opositor, se despertó con escalofríos la mañana siguiente al Domingo de Piñata. Tenía la boca seca y por el contrario la cicatriz de la sien derecha sudaba hasta inundarle. Los ojos de Teo sobre el embozo eran como los de un conejo asustado:

—¡Juanita! —llamó.

—¿Qué quieres?

—¡¡Juanita!!

Ella se aproximó a la cama renqueando:

—¿Qué pasa?

—Al año que viene búscate quien te acompañe al Entierro de la Sardina, ¿oyes?

—Está bien. No hace falta que vocees.

—Este prójimo no vuelve a colocarse una camisa de mujer. Ya estás advertida.

—Está bien, hombre —dijo ella.

—Si alguien quiere cargar con el mochuelo, que avise.

Juanita miró hacia la ventana.

—Compañía no ha de faltarme, no te preocupes —dijo simplemente.

Cuando Tim esperaba a Santos para el repaso semanal, una mujeruca le entregó una nota: «No me esperes. He caído en cama. La hemos cagado». «¡Jesús!», se dijo Tim, y se encaminó a casa de su amigo. A Santos le habían nacido dos rosetas sobre las blancas mejillas. Parecía fatigado. Tim se sentó

en una sillita junto a la cabecera. De vez en cuando le asaltaba una idea en la cabeza: «Un contrincante menos; si a todos les sucediera otro tanto yo tendría plaza». Tim cerraba los párpados violentamente para rechazarla. Le parecía una idea mezquina. Se inclinó solícito sobre su amigo:

—¿Un catarrito?

—Algo más —dijo Santos.

—Bueno, cosa de poco.

—Me temo que sea de aquí.

—¿Del pecho?

—Sí.

—¿Te duele el pecho?

—No duele. Eso es lo malo.

—¿Es malo que no te duela el pecho? A mí no me duele el pecho —dijo Tim.

—Llevo más de un mes con fiebre. Yo me decía: «Mañana pasará». Y ya ves…

—¿Qué?

—Mañana peor que ayer. Esto es una carrera rápida.

—Bueno, hijito; tú siempre ves las cosas negras. Has de sudar y estar preparado. Dentro de seis días nos lo jugamos todo.

—Yo no te haré sombra; ya lo sabes.

—No seas niño, hijito. Arrópate. A veces, para vencer una enfermedad hay que tener deseos de vencer esa enfermedad.

—Escucha, Tim —dijo Santos, y se incorporó levemente.

—¿Qué?

—He de decirte una cosa.

—Sí.

—Yo me temo que Salvador tenga un padrino.

—¿Es cierto eso?

—Escucha, Tim. Yo tenía también un padrino. No quiero engañarte; tú debes buscarte un padrino. Hoy todos los opositores tienen un padrino.

—¿Quién gana entonces?

Santos se dejó caer sobre la almohada y tosió.

—El que tiene dos padrinos —murmuró.

Rompió a toser nuevamente y se tapó la boca con un pañuelo. Al concluir, se lo mostró a Tim.

—Mira —dijo—. Un catarrito.

—¿Desde cuándo echas sangre por la boca?

—Hace cuatro años tuve una hemoptisis seria. Ayer escupí sangre. Yo ya tengo el pasaporte. ¿Sabes que te digo?

—¿Qué?

—Ahora que veo las cosas con más serenidad puedo decirte que ninguna oposición vale tanto como para enfermar por ella.

Tim recordó su esternón bailando en el pecho enjuto:

—¿Qué notabas, di? —dijo.

—Vahídos.

—¿Vahídos?

—Y cansancio.

—¿Cansancio?

—E inapetencia.

—¿Inapetencia?

—Eso.

—Santos, hijo… —dijo Tim.

—¿Decías?

—Creo que más o menos estoy como tú.

—¡Oye! Si te has puesto pálido. ¿Quieres un trago?

—Deja. Vendré otro rato.

Tim vomitó en la primera esquina y como estaba oscuro, mojó el pañuelo y lo analizó después a la luz de un farol. No era sangre. Se dijo: «Necesito tranquilidad. Son casi seis días. No sé nada. Estoy limpio. ¿Por qué seré un tan perfecto adoquín?. —Cruzó el automóvil Va-1214—. 1214…» —pensó Tim en vano. «Ni eso —se dijo—; ni el código. —Luego pensó—: Estoy enfermo. Siempre llega un momento en que el hombre no puede dar más de sí».

En su casa había gritos y su madre, al abrirle la puerta, se le colgó de las solapas enloquecida:

—Ramón —dijo—. ¡Se ha marchado Ramón!

Tim se sentó en una silla con las manos desmayadas.

—¿Es todo lo que se te ocurre? Tu hermano se ha escapado de casa y tú llegas y ¡pum!, te sientas —dijo su madre, a voces.

—¿Qué esperabas?

—¡Muévete! ¡Haz algo!

—Estoy enfermo —dijo Tim y se incorporó—. Está bien —dijo luego, resignadamente.

Ya en la calle, experimentó un extraño desfondamiento. Como si alguien o algo hubiera roto de súbito el curso natural de las cosas. Marchó a la

estación. El andén estaba solitario y se aproximó a un mozo que llevaba un farol en la mano.

—El primer tren —dijo.

—¿Para arriba o para abajo?

—Tanto da.

—Para arriba —dijo el mozo y reinició la marcha.

—¡Eh, oiga! —dijo Tim—. Por favor, ¿a qué hora pasa?

—¿Cuál?

—Ese tren.

—¿Qué tren?

—El primero.

—Tres horas en el mejor de los casos —dijo el mozo frunciendo la frente.

Tim se había desconcertado. Abandonó la estación y se llegó al parque. «Bien —pensó—. No puedo perder el tiempo. Todo está encima ya». Se sentó en un banco, frente a una pareja que se arrullaba. En un periquete reconstruyó cuatro cuadros sinópticos. Luego se le fue la cabeza a Santos y volvió a sentirse enfermo. Hizo saltar los huesos de sus dedos y se incorporó. La noche estaba fresca. Se acercó al cuartelillo de Policía, miró por la rendija de la puerta y como divisara a tres guardias fumando y bromeando no se decidió a entrar. «Se reirían de mí» —pensó y decidió actuar por propia iniciativa. Le dolía la conciencia del tiempo perdido—. «Necesito tranquilidad de espíritu —se dijo—. No debo dejarme turbar por nada. Venga lo que venga no debo perder la serenidad. —Comenzó a silbar para imbuirse calma—. El 1214» —se dijo, desplazando la cabeza a la matrícula del automóvil. Cesó repentinamente de silbar y se dio un palmetazo en la frente. «¡Claro! —pensó—. Incumbe la prueba de las obligaciones al que reclama su cumplimiento. Esto es. Nada más ni nada menos». Se sintió de repente más aliviado. Oyó dar las once en una torre lejana. Anduvo a la deriva durante dos horas y después regresó al cuartelillo de Policía. No se oía ningún ruido y pensó que estarían durmiendo. «Si les despierto van a ponerse de mal humor —se dijo—. Es mejor obrar por propia iniciativa». A continuación reconoció que no tenía iniciativa propia y se encaminó a la estación. Vio pasar el primer tren hacia arriba y pensó que era el mismo que tomaría él transcurridos siete días. No estaba allí «El Último Esfuerzo. —Regresó a casa defraudado—. Nada de nervios» —se dijo, después de llamar. Y su madre, que le abrió, le dijo, con voz velada y un dedo sobre los labios:

—Ha regresado. Ha vuelto él solo.

Bajó aún más la voz:

—No le digas nada. ¿Sabes?

—¿Cómo? —dijo Tim.

—Me dijo al verme: «Si me aprietas me cortaré las venas de las muñecas y aquí paz y después gloria. Ya me oyes, mamá».

Tim no sabía nada de su abuelo el camarero. Dijo:

—¿Qué le dijiste tú?

—Fui, y le dije: «No vuelvas a hacer esto a tu madre, Ramón. Todo puede arreglarse». ¿Estuve bien?

—¡Oh, sí! —dijo Tim—. ¿Y Ramón?

—Está acostado, ahora.

Damasito cayó enfermo en los días del invierno de 1871. Teo, el abuelo de Tim, pasaba largos ratos sentado en una silla a su lado. La cama no descomponía a Damasito. Conservaba toda su arrogancia y su equilibrio. Había en su estatismo un punto de marcialidad. Damasito imprimía a las ropas de la cama unos pliegues armoniosos. Teo pensaba: «Este hombre ni muerto se descompondrá». Tan sólo perdía el aplomo Damasito cuando se interesaba por los progresos del nuevo hotel. En esos casos, sus ojos se hacían redondos y sus ojeras se acentuaban. Abría, además, la boca, en una mueca expectante. Teo procuraba no herirle:

—La cosa marcha.

—¿Cómo marcha?

—Despacio, como siempre. Aún te darán tiempo para reponerte.

—¡Quiá! Ya estoy sentenciado. Yo no te haré sombra.

Teo se inclinaba sobre el enfermo:

—Para curarte has de tener voluntad. El doctor Mínguez dice: «Sólo sana aquel que quiere sanar». La voluntad es la mejor medicina en estos casos.

Decía Damasito:

—Boberías.

En ocasiones, Teo pensaba que él sería el «*maître*» del hotel nuevo si Damasito no estaba en condiciones de competir con él. Pero a Teo no le satisfacía el presentimiento de una victoria sin lucha. Alimentaba un concepto medieval de la nobleza: Armas iguales, condiciones iguales. En el café se encontraba como sin sombra. Vigilaba sus palabras y sus ademanes, pero le faltaba Damasito para decirle: «Cuidado, Teo, exageras las reverencias. —O bien—: Nunca levantes la bandeja por encima de la cabeza. Hace mal efecto y rompes el equilibrio». O bien: «A las señoras, particularmente si son hermosas, no debes sonreírles demasiado. Hay hombres que están siempre en guardia y puedes tener un disgusto». A Teo le apesadumbraba la desgracia de

su amigo. Damasito, sin este contratiempo, hubiera llegado muy lejos. Ahora Damasito se reducía a un puñado de huesos anhelantes:

—Dime, ¿cómo van las obras? ¿Cómo van las obras?

—La cosa marcha.

—¿Cómo marcha?

—Despacio, como siempre.

Teo desviaba la conversación:

—Dime, Damasito, ¿cómo distingues tú en un grupo numeroso las señoras de las señoritas?

—Las huelo.

—¿Las hueles?

—Es decir. Las conozco por la manera de mirarlas los hombres que están con ellas.

—Explícate.

—Tú no miras lo mismo un paisaje nuevo que otro que te es familiar —explicaba Damasito.

—Evidentemente.

—¿Entonces?

Teo vacilaba. Decía, al fin:

—Contra lo que tú te piensas, un buen camarero nace, no se hace.

—¡Tonterías, Teo! Existe una predisposición; lo demás es oficio.

Una tarde, Teo dijo a Damasito:

—Mañana cubrirán aguas en el edificio de la calle de la Reina.

Damasito apretó los dientes y se le estremecieron las aletillas de la nariz. Tenía la mirada obsesivamente clavada en el techo. Añadió Teo para quitar hierro:

—Aún estoy en el cuarto tema de la gramática de Allan Shearer.

Damasito no respondía. Prosiguió atropelladamente Teo:

—El inglés fue inventado por un loco. Ni la «a» es la «a», ni la «i» es la «i», ni la «u» es la «u. —¿Cómo dirías tú, Damasito—, Ésta es una taza de té, señora»?

Los ojos de Damasito seguían fijos en el techo. Añadió Teo:

—¿Es por casualidad «*This is a tea-cup, woman*»?

Damasito no le escuchaba. De repente cerró los ojos, apretó fuertemente los párpados y dijo:

—¿Qué aspecto tiene el nuevo hotel?

En las cuencas de los ojos se le formaban dos pequeñas lagunas transparentes.

Se abrió una pausa. Finalmente dijo Damasito con un hilo de voz:

—La plaza será tuya, Teo. Lo siento por mí.

Teo regresó a casa agobiado. Juanita había salido y el chiquillo estaba solo. Era la primera vez que esto ocurría. Teo pensó: «Con su pierna no puede haber ido lejos». Pero intuía que la mujer que empieza a aburrirse es un peligro. Se le pasó por la cabeza romperle la otra pierna para tenerla siempre amarrada en una silla. Cuando oyó la llave en la puerta aún no había decidido lo que había de decirle. Y la dijo:

—La próxima vez que no estés en casa a mi regreso te rompo la crisma, pingo.

Juanita rompió a reír.

—¡Calla! —voceó Teo.

Juanita continuaba riéndose. Dijo:

—Cuando me rompí la pierna tampoco lloré. Ni lloré cuando desistí de ser cupletista. A veces pienso que aunque no lo parezca, yo soy una tía de una pieza.

Tres días más tarde falleció Damasito. El féretro le sentaba como un traje a la medida. Era de pino, pero el cuerpo aguerrido de Damasito le ennoblecía. Se diría que era caoba. Teo estuvo un rato rezándole de rodillas. Comprendía que en lo sucesivo su vida marcharía a la deriva. El hombre del ataúd había sido su timonel. Al concluir de rezar, Teo se levantó, le besó dulcemente en la frente y dijo como para sí: «Dios te guarde, maestro».

Al día siguiente, cuando esperaba a Dora, Tim pensó: «Me escuece el sobaco. A veces me los restriego con demasiada violencia».

Dora le dijo camino del parque:

—Llevo unos días soñando disparates. Esta noche soñé que teníamos una niña muy gordita y cuando me puse a desfajarla para darle un baño resultó que estaba tan delgadita como una platusa. ¡Un asco de cría!

—¿Una platusa? —dijo Tim.

—En casa llamamos platusas a las lenguadinas.

Cruzó frente a ellos un guarda del parque:

—¡Ojo! —dijo—, tengo orden del Gobierno Civil de llevar allá a las parejas que se desmanden.

—¡Oiga! —dijo Tim. Pero recordó de pronto las facultades de los gobernadores civiles y guardó silencio.

—¿Dices que esa niña era nuestra? —añadió, volviéndose a Dora.

—Era una platusa, ¿sabes? ¡Una porquería de cría, toda reconsumidita! Yo me decía entre sueños: «Ni francés, ni buenos modales, ni Dora Nández,

ni nada». Una desilusión, Tim.

—Escucha —dijo Tim, con un ribete de grandilocuencia—. Tú y yo haremos una buena boda al cabo de seis meses, si lo que ocurra dentro de cinco días fuese favorable. En caso contrario, yo no sé qué decirte.

Se apretó instintivamente los nudillos, que crujieron como nueces rotas.

Dijo Dora:

—¿Qué puede ocurrir si no?

—Puede ocurrir que decida esperar otra oportunidad o meterme en Hacienda.

—¿Qué es Hacienda?

—La Administración del Estado.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿No es «estado» una palabra fea?

—¿Fea?

Dora se fingió confundida:

—Hablemos de otra cosa —dijo—. ¿Sabes que ayer «estrenamos» una película de la Marlene?

—¿La Marlene?

—Si yo fuese actriz nunca enseñaría los muslos y los pechos con el descaro que lo hace ella.

—¿Enseña… eso?

—Y más. Y todo. Es una puerca.

—¿Todo?

—Es el temperamento, digo yo.

Tim se quedó pensativo. Dijo, de pronto:

—¿Qué necesitas para vivir?

—¡Amor! —respondió Dora, con cierto énfasis.

—No es eso; no se trata de eso ahora —agregó Tim contrariado.

—Tres billetes grandes, entonces —arguyó Dora.

Tim caviló un momento. Había una renuncia tácita en sus vacilaciones.

—Tal vez lo de Hacienda nos bastase.

—¿Y tu despacho, hijo?

—¿Qué despacho?

—El tuyo, con la alfombra, y el calor, y la mesita barnizada.

—Bueno —admitió él—. A veces, cuando haces intención de estrecharte, te das cuenta de lo que hay de superfluo en tus aspiraciones.

—¿Verdad, Tim —cortó Dora—, que la niña no enseñará todo como hace la Marlene?

—Otros están peor que yo —prosiguió Tim—. ¿Sabes que mi amigo está enfermo de cuidado?

—¿Salvador, el guapo?

—Santos —dijo Tim—. No sé siquiera si le conoces.

Tim se condolió íntimamente del abandono de Santos. Dos días más tarde se presentó en su casa. Tim había hecho intención por la mañana de no apartar los ojos del atril. Pero los nervios le tiraban. No acertaba a estarse quieto en ninguna parte. Ambicionaba recordar y actuar a una todos sus conocimientos. Ello levantaba en su cabeza un alboroto. A veces pensaba: «Nuestros abuelos entendieron la vida. Entonces había sitio para todos y nadie aspiraba a ser más de lo que era. Mi abuelo paterno fue camarero y, ¡mírale!, se murió tranquilamente de camarero sin ambicionar otra cosa». Santos le dijo:

—Luego, cuando te sientas y extraes las bolitas, cambia todo y te vuelve la lucidez. Concretas tu mente en tres temas, únicamente en tres, y los demás que se los lleve el diablo.

—Llevo doce años acumulando experiencia —dijo Tim desmayadamente.

—¿Y no te ocurre así?

—No —agregó Tim confidencialmente—. La única sensación que experimento al sentarme en la silla con las bolas en la mano es la de que se me hinchan los pies. Los pies no me caben en los zapatos. Es una obsesión, ¿comprendes? No me queda otra solución que aflojar los cordones o retirarme. No puedo olvidarme de mis pies. Toda la sangre de mi cuerpo se acumula en ellos.

—Es raro —dijo Santos—; a otros les ocurre con la cabeza.

Santos se hallaba más postrado que tres tardes antes, y cuando advirtió que la conversación languidecía, alargó a su amigo una libra de tabaco:

—Fuma —dijo—, es de lo bueno.

La libra decía: «La Reina. Habana. Fábrica de tabaco y paquetes de picadura», y tenía el ribete dorado y una soberbia matrona vestida con túnica azul en el centro. A Tim le asaltó la aprensión:

—Deja —dijo—. Ya sabes que fumo poco.

—¡Prueba! —insistió Santos—. Es de lo bueno. Te lo digo yo.

Tim pensaba: «Mi pechito escuálido no conserva muchas defensas. Soy también como una…, sí, como una platusa». Insistió débilmente:

—Deja, hijito.

—¿Es que crees que voy a envenenarte?

Tim lió un pitillo, lo prendió, pero no tragaba el humo. Dijo Santos:

—¡Qué raro!, pensé que tragabas el humo; lo tuyo no es vicio.

—Lo trago —dijo Tim humillado.

Y tragó una bocanada y cerró los ojos, imaginando que tragaba una bandada de microbios.

—Salud no tengo, pero atenciones no me faltan —agregó Santos.

Introdujo la mano bajo la cama y le mostró una botella. La botella decía: «Jerez-Quina: Tónico, reconstituyente, digestivo. Fernando A. Terry».

Descorchó la botella y bebió por ella con avidez.

—Toma —dijo alargándosela a Tim.

—No, deja.

—¡Toma, bebe!

—No acostumbro… Tengo una acidez del demonio.

—Por eso te lo doy —dijo Santos—. Es un buen vino medicinal. ¡Bebe, concho! ¡Oh, perdona! ¿No será que tienes aprensión?

—Ni por pienso —dijo Tim jovialmente—. ¿Cómo imaginas esas cosas, tonto?

Pasó la palma de la mano por el gollete y empinó el codo.

—Es bueno —dijo trémulamente.

Santos guardó la botella bajo la cama. Dijo de súbito:

—Te has puesto blanco, Tim. Siempre te pones blanco a mi lado. ¿No será que estudias con exceso?

Tim vaciló al ponerse en pie. Se le bamboleaba la cabeza. Una vez en la calle corrió hasta la fuente de la plaza y allí se mojó la cabeza y se enjuagó la boca insistentemente. Sentía un franco malestar, siquiera no acertara a localizarle. Él sabía que dentro de pocas horas se hallaría de nuevo frente al tribunal austero e implacable. A Salvador, en los días en que la oposición era un acontecimiento remoto, le decía: «A veces pienso que los jueces no son hombres como los demás. ¿Qué será, hijito, que a la hora de juzgar han dejado siempre el corazón en casa?. —Salvador se daba dos tironcitos de su bigote rubio y se reía—. Tú quisieras —decía— que en vez de esos señores hubiera en el estrado cinco damas de Caridad y Beneficencia. ¿No es eso?». «No tanto», contestaba Tim honradamente.

Dos noches más tarde, cuando Tim, con la abollada maleta de cartón en la mano, caminaba hacia la estación, divisó una pareja que se abrazaban junto a la estatua.

Tim se detuvo de golpe:

—¡Caramba! —dijo.

Eran las dos de la madrugada. Ellos se separaron y Tim la reconoció:

—¡Dora! —dijo—. Dora. ¿Eres tú?

—¡Oh! —exclamó Dora.

Dijo el hombre, que tenía un rostro flaco, levemente espantado:

—Cojo el primer tren; Dorita vino a despedirme.

Tim depositó lentamente la maleta de cartón en el suelo. Añadió volviéndose a Dora:

—Tú dijiste: «Me llamo Teodora, pero en casa me llaman Teodorina». Él te llamó Dorita y te besó en la boca. ¿Qué es esto?

El hombre se echó a reír. Dijo:

—No finjamos más. Tú eres poco hombre para ella; eso es lo que pasa. Con leyes y paparruchas no se satisface a una mujer.

Tim recogió la maleta. Le dijo a Dora:

—Tú tienes temperamento, hijita. ¿Quién te dijo lo contrario?

Teo, el abuelo de Tim, anduvo diez días vacilando sobre la manera de presentarse al dueño de la fonda nueva. Juanita le decía:

—Estás más apuesto con el uniforme. Yo te pondré una pinta de almidón en los puños y en el cuello, y de ese modo le conquistarás.

Desde que cubrieron aguas en el edificio de la calle de la Reina, Teo había envejecido. Se encontraba nervioso. Cualquier ruido impensado le producía una sacudida. Comprendía que la espera, su tensa espera de años, había alcanzado el tope. «Ser o no ser», se decía frecuentemente. Dijo:

—No se trata de una mujer.

Juanita hizo un gesto malhumorado:

—¡Burro! —dijo—. ¡Más que burro!

—¿A santo de qué me llamas burro ahora?

Su mujer le aproximó al rorro:

—Lo que tú seas lo será éste. ¡Gandul! ¡Anda, que tampoco tiene cabeza el mozo!

Teo se aferró a la gramática de Shearer. Dijo:

—No quiero que esa cabeza se malogre. Yo he de ser *maître*, siquiera para que mi hijo…

—¿Qué? —dijo ella.

—Eso. No se malogre —añadió él.

Teo bajó los ojos a las páginas del libro, pero no acertaba a concentrarse. Dijo, levantando la vista de nuevo:

—A veces pienso que si hubiera ganado la carrera del Domingo de Piñata la cosa sería distinta. Tú tuviste la culpa por arrastrarme al Entierro de la Sardina. Me echaste a perder el pulso.

Juanita se enojaba. Cada tarde se repetía la misma escena. Cada noche, al acostarse, Teo decía: «De mañana no pasa. Mañana me presentaré a él». Pero el mañana seguía vigente al siguiente día.

Una noche Juanita le dijo:

—Teo, camarón que se duerme se lo lleva la corriente.

—¿Qué quieres decir? —dijo Teo.

—Quiero decir —añadió Juanita— que un día por otro vas dando largas al asunto y no faltará un vivales que te gane por la mano.

—De mañana no pasa; te lo juro —dijo Teo.

Teo sufría más con los preliminares que con el hecho en sí. De siempre le asustó más el amago que la realidad. Una vez que se iba a sacar un diente le dijo a Juanita: «Ojalá fuese ya la noche». «¿Para qué querrás que fuese ya de noche?, —le preguntó Juanita con una mirada prometedora—. De ese modo ya habría pasado el trago de la muela», respondió él.

Ahora pensaba: «Así fuese ya pasado mañana». Pero amaneció y Teo se vio frente a frente con la realidad. El corazón le golpeaba el pecho y sentía en las rodillas una debilidad invencible. «Le diré… —pensaba—. Bien, le diré: Llevo muchos años soñando con este momento y…. —Teo denegaba mentalmente—: No es eso; no se trata de mendigar una caridad, sino de solicitar una plaza con todos los merecimientos». Pero recordaba la carrera, cuando se derramó la horchata por el uniforme y se sentía empequeñecido. A la puerta se detuvo y se frotó las manos: «Tranquilidad —se dijo—. Un hombre nervioso es un hombre perdido». Pero cuanto mayor empeño ponía en serenarse, más aumentaba su tensión interior. Llevaba puesto el uniforme de camarero, con el cuello y los puños almidonados. Durante la espera se dijo: «Serenidad, en estos casos la serenidad vale más que la ciencia». Pero íntimamente deseaba que ni su hijo ni los hijos de su hijo se viesen nunca en una situación semejante. «Cuando lo de Castillejos no temblaba así, caramba. Y era peor. Allí se jugaba uno el pellejo», se dijo para animarse.

Luego, cuando el hombre grueso rompió en una risotada sin soltar el puro de entre los dientes, a Teo empezó a parecerle que el cuello de la camisa tenía demasiado almidón. El hombre grueso llevaba la americana desabrochada, y de uno de los bolsillos del chaleco pendía una leontina de oro. Parecía un hombre hecho de excesos, sin medida ni proporción. Pero a Teo le abrumaba precisamente su descomedimiento. Dijo el hombre de la leontina:

—Bien, conoce algo de inglés, ¿y a mí qué me cuenta?

—El ferrocarril desarrollará el turismo, señor —balbució Teo, aniquilado.

—¡Qué gracioso es usted! —rió el hombre grueso sin soltar el puro.

Teo insistió, por más que advirtiera que sus palabras sonaban huecas e inconsistentes:

—Sé desenvolverme con una bandeja en la mano. Tengo retentiva. Sé saludar a una señora y poner el gabán a un caballero. Soy discreto, pulcro y educado. Le ruego…

El hombre de la leontina hizo un amplio ademán con los brazos. Detrás se ocultaba el inicio de la fatiga:

—Es inútil —dijo—. Hace meses que elegí mi personal en Madrid.

Teo dio media vuelta, la cabeza derrumbada sobre el pecho. Le parecía que su cuerpo se había quedado sin sangre. Avanzó lentamente, como un autómata hacia la puerta.

—¡Eh, eh, oiga!

Teo se volvió como electrizado. Vio venir al hombre gordo sonriente, y su corazón sencillo se abrió de nuevo a la esperanza:

—Digo —dijo el hombre de la leontina, mientras le ponía una mano gorda y amistosa en el hombro—, que me ha gustado su tesón y que aún le puedo ofrecer a usted una plaza de «botones».

—¡Oh, gracias! —dijo Teo humildemente. Y pensó humildemente: «Botones, no. Tengo demasiados años». Pero sólo añadió humildemente—: Créame, señor, que si yo pudiera empezar otra vez…

No quiso seguir hablando para no lastimar al hombre de la leontina de oro.

Tim, el opositor, pensaba ahora: «En la vida fallan las cosas que uno considera más sólidas. Pero no te excites, Tim. Tranquilidad. En estos momentos lo que tú necesitas es tranquilidad». Se detuvo un instante frente a la casilla de consumos para tomar aliento. Hizo chasquear los nudillos de los dedos. Luego tomó la maleta y prosiguió la marcha. Se dijo: «¿Cómo estará doña Palmira desde el año pasado?».

Doña Palmira le miró paternalmente a través de los gruesos cristales. A él le pesaba el viaje en la espalda. Ascendía como un vaho el ruido mañanero de la Corredera y se adentraba por el balcón abierto:

—Don Timoteo, ¿otra vez por aquí?

—Ya ve.

—Está desmejorado. Viene más flaco.

—Es el viaje.

—¿Hizo mal viaje?

—Siempre son malos los viajes de noche.

—Pase, pase, don Timoteo —dijo la patrona—. Su habitación tiene ya un huésped que viene a lo mismito que usted.

El huésped se incorporó al entrar ellos.

—Claudio Baraja, para servirte —le dijo a Tim.

—Timoteo Fernández —dijo Tim—. ¿Cómo vienes?

—Flojo —dijo Claudio Baraja—. Esto no hay quien lo abarque.

Tenía abierto un grueso volumen sobre la mesa y Tim miró de reojo:

—¿La Posesión? —inquirió—. ¿Es que también tú luchas a diario con la Posesión?

Dijo Claudio:

—¿Qué quieres? No encuentro quien quiera decirme en cuatro palabras qué es la Posesión. ¿No crees tú que sea una zorra?

Ya no estaba doña Palmira.

—¡Ah, si yo lo supiera! —dijo Tim, mientras alineaba en la repisa los útiles de afeitar.

Estudiaron hasta altas horas de la noche, uno a cada lado de la mesa. A Tim le distraía el ruido de Tim al triturarse los huesos de los dedos. A las tres y media de la madrugada, Claudio Baraja levantó los ojos:

—¿De dónde eres?

—De Palencia. ¿Y tú?

—De Guadalajara.

—¿Qué años llevas sobre esto? —dijo Tim.

—Ocho. ¿Y tú?

—Doce. A todo hay quien gane.

Cuando se acostaron, Claudio Baraja le dijo:

—Estás flaco, amigo.

Tim se avergonzó de su esternón.

—Tú no fumas, ¿verdad? —indagó Tim.

—Lo dejo tres meses antes. El humo ofusca y puede perjudicarte la dicción.

Dijo Tim:

—¿Dónde radica tu voluntad?

—¿Mi voluntad?

—Eso. Si yo cada mañana no hiciese diez pectorales dobles y no me restregara los sobacos con agua fría, sería hombre perdido. Es curioso, ¿verdad?

Pensaba: «Estoy limpio; hace doce años no sabía menos que ahora».

Claudio Baraja se metió en la cama:

—Mi voluntad… ¡Chico, no sé!

A la hora de estar acostados se oyó la voz de Tim en la oscuridad:

—Baraja, ¿quieres dar la luz?

Claudio dio la luz:

—¿Qué te ocurre? —dijo.

—Me he debido enfriar —dijo Tim—. Me duele el vientre.

Salió y regresó. Unos segundos antes se oyó el gorgoteo de la cisterna del W. C.

—Baraja —dijo Tim—. Yo tenía una novia y la he encontrado a las dos de la madrugada besándose con otro. ¿Qué debo hacer?

Claudio Baraja emitió un silbido:

—Más vale así.

—¿Qué es lo que vale más?

—Peor sería que fuese tu mujer. ¡A la mierda con ella!

—Apaga.

Tim se colocó boca abajo. Le dolía enormemente el vientre a intervalos irregulares. Deseaba sofocar el dolor con el jergón.

—Si gano la oposición no me importará lo de Dora —añadió.

—¿Quién es Dora?

—Mi novia.

—No es novia eso; es una fulana.

Antes de dormirse, Tim presintió que en el momento en que el Tribunal pronunciase su nombre volvería a dolerle el vientre. A menudo, sobre todo cuando estaba muy débil, Tim tenía presentimientos que luego se cumplían. A doña Palmira le dijo: «¿Tiene algo fulminante para la colitis?». «Qué sé yo, don Timoteo. A pesar de todos los adelantos, estas cosas requieren su tiempo», dijo la patrona.

Luego, en el aula, los cinco rostros impasibles de los jueces se le reflejaban dolorosamente en el abdomen. Eran cinco rostros herméticos, doctoralmente aburridos. Diez ojos que atacaban a la bayoneta al infeliz opositor que se sentaba en la silla. Y cuando el nombre de Tim sonó extrañamente en la sala, le asaltó un nuevo, punzante retortijón. Tim entrevió a Salvador, que acababa de actuar con exquisita brillantez, sin un solo roce, hacerle un ademán de ánimo desde el segundo banco. «En el fondo —pensó Tim— deseará que tropiece». Tim avanzó por el pasillo un poco cohibido, encorvado por el dolor. Se le antojaba que los cinco jueces le miraban con animosidad. Las manos le temblaban al extraer las bolas. «¡Suerte!», se dijo.

—Cincuenta y ocho. «La Posesión» —dijo el Presidente.

Cesó el dolor instantáneamente y Tim se sentó, pero no pensaba en la Posesión. Pensaba en que era un requisito previo estar clavado en aquella silla durante una hora, sin cesar de hablar. Se dijo: «Si no aciertas a empezar recurre al Código. Todo menos callarte, Tim». Carraspeó. Volvía a dolerle el vientre. Notaba, simultáneamente, que sus pies, habitualmente del 41, se tomaban en unos pies del 43. Los zapatos le oprimían penosamente. Leyó dos veces los epígrafes del tema en el cuestionario sin aprehender su sentido. Levantó los ojos, y los ojos obsesivos de los jueces le conminaron a recoger de nuevo la mirada. Oprimió los huesos de sus dedos en pleno desconcierto. Los chasquidos restallaron agobiadoramente en el salón. Oyó una voz oscura:

—Cuando el señor opositor desee, puede comenzar.

El dolor de vientre era tan intenso, que Tim sufría de espejismos. Cuando el sudor le chorreaba por las sienes, imaginaba que era en el wáter libertador de doña Palmira donde estaba sentado, y no en aquella silla cargada de responsabilidad. Balbució:

—Posesión… Posesión natural es la tenencia de una cosa… Sí, eso es… la tenencia de una cosa o el disfrute de un derecho por una persona…

Su voz sonaba extrañamente hueca. Le parecía que no hablaba él, sino una voz opaca desde lo alto de la bóveda.

«¿Qué es lo que sigue?» se preguntó patéticamente. Se mordió los labios para soportar un nuevo retortijón. Fue entonces cuando el techo y las paredes cambiaron incomprensiblemente de sitio. Tim se acarició la frente con la mano y la retiró húmeda de sudor. Le parecía oír, tras las cristaleras, las canciones de los grupos que regresaban del campo los domingos de primavera. «Son doce años, Tim; si te levantas ahora puedes despedirte hasta dentro de quince o veinte meses. ¡Sabe Dios!», se dijo. Añadió trémulamente:

—Según el artículo cuatrocientos treinta y siete —hizo una pausa—. Sí, creo que es el cuatrocientos treinta y siete; sólo pueden ser objeto de posesión las cosas y derechos que sean susceptibles de apropiación.

Le pareció, de pronto, que echaba de menos el atril y el círculo luminoso sobre la mesa. Cerró los ojos. Oyó claramente la voz de su madre: «Tim, Tim, Ramón se ha abierto las venas de las muñecas. —Se esforzó en serenarse—. ¿Cómo empieza el artículo 438? ¡Oh!, estoy ya condenado. No es posible enderezar esto», se dijo. Vio claramente el rostro flaco del novio de Dora: «Con leyes y paparruchas no se satisface a una mujer». Le punzó el vientre y no pudo reprimir un quejido. Sudaba a chorros. Los zapatos le apretaban tanto que no podía resistir su presión. Eran los ojos de los jueces fijos, obsesivos,

los que oprimían sus pies y le lancinaban el vientre. No le parecían a Tim seres humanos.

Dijo sumisamente, inesperadamente:

—En realidad, no sé la Posesión, ni el Fletamento, señores, ni soy partidario de los eclécticos. Pero conozco el Código de memoria y llevo doce años metido en estos aprietos. Miren que mi cabeza no es ya la de un chico… Uno tiene sus lagunas y sus limitaciones, pero no es un ignorante. Las cosas se pusieron contra mí en los últimos días. Un hermanito mío… Bueno… Mi novia… En realidad éstas son cosas íntimas que… Pero, créame, todo me ha ido mal en los últimos días… Por si fuera poco, el vientre… En fin. No trato de implorar benevolencia…

Se detuvo, de pronto, y miró en torno suyo. Topó con la redonda cara asombrada de Claudio Baraja haciéndole señas. El Presidente agitó nerviosamente la campanita. Acudió un ujier, se aproximó a Tim y le tomó delicadamente por las axilas. También Claudio Baraja y Salvador venían hacia él. Tim rompió el silencio:

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —dijo a voces.

—Ssss —dijo el ujier.

En el corredor le dijo Claudio Baraja:

—¿Por qué te obstinaste en empezar por la Posesión? Tenías otros dos temas donde elegir.

Tim se encontraba, de súbito, en el mejor de los mundos. Le confortaba pensar que hasta transcurridos dos años no volvería a pasar por este trance. «Tranquilidad», se dijo. Ya no le dolía el vientre ni le oprimían los zapatos. Sus pies volvían a ser del 41. Dijo:

—Vamos al bar. Os pago un vaso.

Y en el bar bebió cuatro vasos sin respirar. También Claudio Baraja y Salvador bebieron cuatro vasos sin respirar. Dijo Baraja:

—Parece como si tuviésemos que olvidar algo.

Tim bebió otra copa.

—Yo digo —dijo—, ¿qué puede hacer un hombre como yo el día que no tenga que estudiar doce horas diarias?

—Te aburrirías, ¿no es cierto? —dijo Salvador piadosamente.

—Eso —dijo Tim—. Yo no sabría qué hacer; los días serían para mí demasiado largos.

Le asaltó el pensamiento y el sentimiento de Santos, mas como entrara en ese momento en el bar un taxista con chaquetón de cuero, Tim se abrazó fraternalmente a él:

—¡Beba! —dijo—. Acaban de suspenderme y la novia me ha plantado.

—¡Buenas razones! —dijo el taxista. Y bebió de la copa que le tendía Tim.

Los nogales

1957

Aquel año los nogales empezaron a cucar en la primera quincena de agosto. Era un fenómeno prematuro, casi insólito, y a Nilo, el joven, le placía tumbarse a la sombra de los viejos árboles a escuchar los livianos chasquidos, que eran, sencillamente, como una entrañable crepitación. A Nilo, el joven, le adormecían los imperceptibles crujidos del campo. Nilo, el joven, entendía que la obra de Dios es perfecta y que la mano del hombre, al entrometerse, no hace sino estropear las cosas; precipitar y corromper el curso preestablecido. A Nilo, el viejo, la actitud pasiva del hijo le removía los humores.

—Habrá que hacer el apaleo antes de que entren los chicos y nos roben las nueces —decía, y desviaba la mirada, porque los ojos vacuos y como hambrientos de Nilo, el joven, le remordían.

Nilo, el joven, no se inmutaba. Hablaba fatigosamente, dificultosamente, porque tenía rasgado el velo del paladar.

—Eztán cucando ya, padre. Nozotroz no zabríamoz hacerlo mejor que Dioz; ezo decía el maeztro.

Nilo, el viejo, se reclinaba a su lado.

—Los pájaros ratoneros andan todo el tiempo bajo los árboles, para que lo sepas. Y Dios no quiere que los pájaros ratoneros se coman las nueces de Nilo, ¿oyes? A este paso no cogeremos ni tampoco veinte fanegas.

Nilo, el viejo, no ignoraba que la obra de Dios es perfecta y el ciclo completo. Nilo, el viejo, sabía, asimismo, que el concho reseco por el sol terminaría abriendo y la nuez se desprendería del árbol sin el menor esfuerzo de su parte. Nilo, el viejo, sabía igualmente, que la mejor navaja del mundo no escucaba tan limpia, tan concienzudamente como el sol. Mas Nilo, el viejo, sabía, no menos, que de no entrometerse ellos para apalear los árboles, se entrometerían los rapaces del pueblo y los pájaros ratoneros y los cariedones y las ardillas y, en tal circunstancia, los nogales dejarían de rendir.

Acababa de cumplir los ochenta años y en el pueblo le mostraban a los forasteros como un símbolo de la sanidad del lugar. Nilo, el viejo, conservaba unos arrestos de vitalidad sorprendentes; la dentadura, la vista y el oído los tenía completos; sus sentidos eran indiscretamente sensibles como los de una alimaña. Por contra, las piernas apenas le sostenían ya. Cincuenta años atrás soñó con un hijo, pero la Bernarda —Dios sabe por qué— les paría para morir al poco tiempo. Ninguno sazonaba. Ella decía:

—Si no les cambias el nombre no se nos logrará nunca. Es por el nombre.

Él insistía; le decía al cura, tercamente.

—¡Nilo! ¡He dicho Nilo!

—Nilo, ¿qué?

—Nilo; eso.

—¿Como el otro?

—A ver. Si yo quiero un hijo es para que se llame como yo.

Alimentaba unas ideas confusas sobre la legitimidad ostentosa de la descendencia. Un hijo no se demostraba por exhibirle aferrado al pecho materno, sino por su nombre. Llamarle Juan, Pedro o José, constituía una especie de renuncia tácita a la paternidad. El apellido no contaba en el pueblo.

—No te pongas burro, tú; éste se llamará de otra manera. ¿O es que quieres que se nos muera también?

—¡Nilo! —insistía él, obcecado—. ¡He dicho Nilo!

—¿Y si se muere?

—Lo enterramos y en paz.

Y nació Nilo, el joven, tan esmirriado y deforme que el doctor le depositó, sobre una arpillera, en un rincón, para atender a la madre que se desangraba. Pero Nilo, el joven, comenzó a respirar por su cuenta. Al concluir con la Bernarda, el doctor sacó al crío a la pieza inmediata y anduvo un rato auscultándole. Finalmente, dijo que era mongólico y que no viviría ni tampoco veinticuatro horas.

Llegó el cura y dijo que iba a bautizarle:

—¿Cómo le ponemos?

—¡Nilo!

—Mira que éste no te aguanta ni un par de horas.

—Y si vive, ¿qué?

—Tú eres el amo de la burra, hijo. A mí tanto me da llamarle Pedro como Juan.

Y le pusieron Nilo, y el doctor aconsejó que no se lo mostrasen a la Bernarda, porque podría asustarla su conformación y que le dijeran que había muerto.

Nilo, el viejo, se fue a la taberna. A la hora volvió.

—¿Ha muerto ya?

Braulia, la Simpecho, sostenía al crío con un poco de aprensión.

—Cada vez respira más recio el condenado —dijo.

—¡Vaya! —dijo Nilo, el viejo, y regresó a la taberna. Estuvo bebiendo hasta las doce; al cabo, bajó donde la Braulia:

—¿Qué?

—Ahí le tienes. A ver qué haces con él; yo tengo que acostarme, ya lo sabes.

El crío berreaba.

—Tiene hambre —dijo Nilo—, pero su madre no le puede poner al pecho; yo le dije que estaba muerto.

Permaneció un rato sentado en un taburete, pasándose insistentemente los dedos por su cabello enmarañado. Dijo, al fin:

—¿Tienes leche de cabra?

—Sí.

—Córtala con agua y dale unos buches.

—¿Y si se muere?

—Ya contamos con eso, ¡anda!

El crío tomó el alimento y se quedó plácidamente dormido. A Nilo, el viejo, en esta circunstancia, le parecía casi hermoso.

—No es feo, ¿verdad?

—Se te parece —dijo la Braulia.

Nilo, el viejo, experimentó por dentro como una ebullición. Dijo al cabo de un rato:

—Quédatelo hasta mañana. Si berrea, le das más leche.

La Bernarda se quejaba cuando él entró en la choza. Le dijo:

—Todo el tiempo se me hace que llora un niño.

—Es la gata de la Simpecho. Cualquier día le voy a pegar un palo que la voy a deslomar.

Ella no se conformaba:

—La gata de la Simpecho no tiene por qué andar en celo ahora —añadió —. No es tiempo.

Dijo él:

—A dormir, mañana será otro día.

Pero Nilo, el viejo, sabía que no podría dormir. También ella daba vueltas y más vueltas sobre el jergón de paja, desazonada:

—¿Cómo era? ¡Di!

—¿Quién?

—El chico.

—Talmente como los otros, sólo que muerto.

—¡Oye!

—¿Qué?

—¿Cuántos Nilos tenemos en el camposanto?

—Cinco, sin contar éste.

—¡Anda! ¿Y a qué ton no vas a contar éste?

La Bernarda se incorporó de golpe:

—¡Escucha! No es la gata de la Simpecho eso; te digo que no lo es.

—No oigo nada.

—Ahora se ha callado, pero te digo que era un niño.

Se sobresaltó de súbito:

—Oye, ¿no le habréis enterrado vivo a la criatura?

—¡Vaya! —dijo Nilo, el viejo—. No pensarás darme la murga toda la noche.

—Oye.

—¿Qué?

—Va a decir el alcalde que ocupamos toda la tierra del camposanto y que esto no es justo. ¿No van a protestar los demás?

—¡Que protesten!

—Qué bien se dice eso. ¿Y si nos suben la contribución?

—¡Que la suban!

—¿Y con qué vas a pagar?

—¡Que la suban!

—Seis nogales no dan ni tampoco para un pedazo de pan; mejor lo sabes tú que nadie.

—Bueno.

—Oye, Nilo. ¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que la gata de la Simpecho no tiene por qué andar en celo ahora. No es tiempo.

—¿Callarás la boca?

—No me estás engañando, ¿verdad?

A la mañana, el doctor se mostró sorprendido. Dijo la Simpecho:

—Cada vez respira más recio el condenado.

Luego se volvió a Nilo, el viejo, y le dijo que podía llevarse el crío donde quisiera porque ella no lo aguantaba más. Entonces, Nilo, el viejo, se quedó mirando para el doctor, esperando que decidiese. El doctor auscultó al niño y dijo que, efectivamente, el corazón parecía fortalecido.

En el pueblo ya se sabía que Nilo, el viejo, había tenido un chico desgraciado y no hacía más que llegar gente donde la Braulia.

—¿A ver?

—¡Mira, que le vais a quitar hasta el nombre de tanto mirarle!

—¡Jesús! ¿Cuántas manos tiene?

—Ocho de cada lado, ¡no te amuela!

—Hija…, ni que fuese tuyo.

La primera noche despertó en la Braulia un esponjoso e intransigente sentimiento maternal. Al fin de cuentas, la leche de su cabra era como su propia leche.

Observó la facha lastimosa de Nilo, el viejo, que enseñaba el trasero por un roto del pantalón. Le dijo:

—Viejo, llégate donde la Bernarda y dile lo que ha pasado. Si el día de mañana ella se enterase no te lo perdonaría.

Nilo, el viejo, vaciló.

—No me atrevo —dijo.

—¿No te atreves?

—No.

—Iré yo —dijo la Braulia.

Al regresar de casa de la Bernarda, la Braulia parecía una difunta:

—Ha muerto —dijo vagamente. Y, de pronto, se puso a reír, y a llorar, y a rechinar los dientes, y a decir voces que la Bernarda estaba tiesa sobre la cama.

Nilo, el viejo, tuvo que vender la última parcela para criar a Nilo, el joven; se quedó sólo con los nogales y las colmenas. La Bernarda descansaba ya en el camposanto junto a los cinco hijos malogrados. En Nilo, el viejo, se desarrolló una solicitud puntillosa. Cada día consideraba los seis hermosos nogales, y luego, volvía hacia el hijo unos ojos luminosamente esperanzados. «Él tiene que vivir para atender esto» —se decía.

Por entonces, Nilo, el viejo, era ya el mejor apaleador de la comarca. Los importantes terratenientes le avisaban para apalear los árboles y escucar las nueces. Sus competidores marrotaban las ramas y dejaban los frutos llenos de broza. Nilo, el viejo, denotaba una habilidad innata para el oficio: buenas piernas y dedos expeditivos. Él pensaba: «Las piernas importan tanto como los brazos. Éstos no rinden más que lo que las piernas sean capaces de aguantar. Eso es el secreto». Era el secreto y él se lo reservaba. Algún día, pasando el tiempo, se lo confiaría a Nilo, el joven. En un rincón de la choza guardaba un juego de varas, de diferentes grosores, para el apaleo. Para ser el mejor escucador de la región le bastaban su navaja roma y mellada y sus prodigiosas manos. Cuando salía lejos, llevaba consigo al pequeño Nilo en una sera y a mediodía y al caer el sol le daba unos buches de leche de cabra mezclados con agua. Después lo depositaba cuidadosamente junto al tronco y la criatura dormía incesantemente.

Cuando el chico tuvo edad de fijarse en las cosas, su padre solía decirle:

—Nilo, hijo, atiende a la faena; has de aprender el oficio. Tu vida es esto.

Mas cuando Nilo, el viejo, desde la copa del árbol descubría al pequeño entre el follaje, éste dormía, totalmente ajeno a sus movimientos.

A los tres años, Nilo, el joven, aún no se andaba; se desplazaba a cuatro patas. Tampoco sabía hablar. Si se le apremiaba mucho decía, mediante un esfuerzo, «ba, ba», pero nada más. Nilo, el viejo, le disculpaba diciendo que no tenía relación con gente y él, para apalear nogales, escucar, comer y dormir, no necesitaba pronunciar palabra, pero que el chico era inteligente y esto ya lo verían todos con el tiempo. Mas en el pueblo aseguraban que Nilo, el joven, además del paladar rasgado tenía poca sangre por la sencilla razón de que no hacía más que comer y dormir.

A los siete años, Nilo, el joven, dijo «pan». A los diez ya empezó con lo de los picores en los pies. Por entonces, los pico-relinchos agujereaban las colmenas de Nilo, el viejo, y le devoraban la miel y los enjambres. Como el chico no mostraba inclinación al apaleo, el padre pensó que aún era pronto y le enviaba a vigilar las colmenas en la loma de los pinos, mas, al atardecer, cuando se llegaba a recogerle, le encontraba indefectiblemente dormido sobre la tamuja.

Alguna noche, Nilo, el viejo, echado sobre las pajas, con la luz de la luna en el ventano, hablaba con el hijo:

—Apalear nueces es un hermoso oficio, Nilo. Desde lo alto de los árboles ves el mundo como Dios.

En la penumbra, el chico le miraba con sus vacuos y como hambrientos ojillos oblicuos. A veces decía: «No blazfeme, padre», pero ordinariamente, guardaba silencio. El viejo proseguía:

—Hace años yo era rico, ¿sabes? Tenía una casa de verdad y una cama de hierros dorados y dos obradas de huerta además de las nogalas y las colmenas. La piedra vino tres veranos seguidos y tuve que vender. Yo me dije: «Mientras conserve las piernas para trepar a los árboles y las manos para escucar nueces, todo irá bien». Y así lo hice. Entonces me vine a vivir al pie de los árboles y construí esta cabaña. Al principio le puse tejado de carrizos, pero con las lluvias y el sol se pudría y pasaba el agua. Pero fui y me dije: «He de encontrar una paja que no se repase». Y di con la totora. En el pueblo nadie la usaba entonces para techado. Así, mientras las piernas aguanten, podemos tirar, pero para cuando eso ocurra tú, que eres fuerte, debes aprender el oficio. No te vayas a pensar que eso de apalear los árboles lo sabe hacer todo dios.

Permanecía un rato en silencio, con los dedos entrecruzados bajo la nuca, observando el perfil de un nogal recortado sobre la luna. De pronto, sentía

crujir la paja bajo sus cuerpos.

—¿Ya te estás hurgando en los pies?

—Pican, padre.

—Déjalos que piquen; si te rascas, estarán picando hasta mañana.

Nilo, el viejo, volvía a la carga. Le asaltaba una difusa previsión de que su hijo y los nogales eran dos mundos inconciliables, pero no se resignaba a admitirlo. Si él intentaba estimularle, el chico se dormía. Luego, cuando Nilo, el joven, fue a la escuela, aprendió a decir:

—El maeztro dice que laz cozaz de Dioz eztán bien hechaz.

Nilo, el viejo, trataba, resignadamente, de inculcarle unos someros conceptos de la pérdida del respeto a la propiedad ajena y de los peligros de la ociosidad, pero Nilo, el joven, no parecía comprenderle.

Una primavera faltó el pan en la cabaña y Nilo, el viejo, le dijo a Nilo, el joven, que era preciso trabajar. Nilo, el joven, consideró las ofertas del padre y se decidió por espantar los pájaros de las tierras del alcalde. A los dos días, el alcalde halló a Nilo, el joven, tendido sobre el ribazo, dormitando. Una picaza se balanceaba confiadamente sobre su hombro. Fue entonces cuando Nilo, el viejo, se convenció de que el día que fallasen sus piernas todo habría fallado y los seis nogales que él golpeaba metódicamente cada verano constituirían una decoración sin sentido.

En otra ocasión, Nilo, el viejo, sorprendió al hijo poniendo unas tripas en sal. Se quedó sin habla, ilusionado. Al fin, dijo:

—¿Saldrás a cangrejos?

—Ezo pienzo.

—He oído que en las revueltas hay muchos este año.

—Ezo dicen.

Nilo, el joven, tenía la cabeza grande, los ojos oblicuos y rasgado el velo del paladar. Al regresar de la faena, la cabaña expedía un hedor insoportable. Las tripas se pudrían en un rincón y pudrían la malla de los reteles:

—¿Pescaste muchos?

—No zalí, padre; pican loz piez.

—¿Otra vez?

—Pican ziempre.

Cuando Nilo, el viejo, cumplió los setenta, cesó de apalear los árboles ajenos y únicamente, de vez en cuando, le llamaban para escucar nueces.

Sus manos, a pesar de los años, seguían precisas y rápidas. En pocos minutos, docenas de nueces, mondas como pequeños cráneos, se apilaban a su derecha, y un montón de conchos, apenas magullados, a su izquierda. El

concho se empleaba luego para abonar las berzas y los espárragos. Mas Nilo, el viejo, continuaba trepando, al caer octubre, a sus seis nogales y los apaleaba con método y pulcritud, procurando vaciarlos sin herirlos. Si alguna rama celaba sus frutos, él la respetaba. Nilo, el viejo, siempre pensó de los árboles que tenían sus sentimientos. Experimentaba hacia ellos un amor entrañable. Del campo ascendía el aroma doméstico de las alholvas y su viejo pecho se esponjaba; mas, inmediatamente se deprimía pensando en el hijo inútil. Después, al caer el sol, escucaba los frutos y, a la amanecida, los tendía amorosamente en la solana y les daba vuelta cada dos horas. Eran nueces mollares, pajariteras, que se cotizaban en el mercado; apenas tenían bizna y los escueznos eran rígidos y sabrosos. Mas, en ocasiones, observando la glotona actividad de los pájaros ratoneros, Nilo, el viejo, hubiera deseado poseer frutos de costra dura, impenetrable. Cada verano trataba de sacudir la inercia del hijo, despertar en su pecho una tibia vocación. Cuando se hallaba en lo alto de los nogales, con ambas piernas esgarfiadas en la rama y la vara enhiesta sobre su cabeza, presentía que un día u otro sus miembros dejarían de responderle, y los rapaces, y las ardillas, y el cariedón, y los pájaros ratoneros, destruirían la cosecha ante su mirada impotente. Era esto una obsesión, y a toda costa anhelaba asegurar el futuro:

—Nilo, hijo, ¿me ayudarás mañana en el apaleo?

Nilo, el joven, enfilaba indolentemente hacia él sus hambrientos ojillos oblicuos:

—Laz nuecez eztán cucando ya, padre; Dioz hace laz cozaz. Ezo decía el maeztro.

Respondía, Nilo, el viejo, desoladamente:

—Dios no quiere que los chicos del pueblo y las ardillas y los pájaros ratoneros dejen a Nilo sin nueces, ¿comprendes? Si las nueces llegan al suelo no cogeremos ni tampoco diez fanegas. Eso no puede quererlo Dios, por más que diga el maestro.

Las nueces de los seis nogales, perdidas ya las colmenas, constituían su subsistencia. En ocasiones Nilo, el viejo, evocaba a la Bernarda con un vago resentimiento: «Me dejó esto y se largó. No quiso ni tampoco conocerle», se decía. Y le dolía pensar que sus piernas iban agarrotándose poco a poco.

Con frecuencia, Nilo, el joven, sorprendía a su padre con el astroso pantalón remangado contemplando atentamente los nudos, cada vez más deformados, de sus rodillas.

Demandaba compasivamente Nilo, el joven:

—¿Ez que le pican a uztez también laz piernaz, padre?

Por un momento los mortecinos ojos de Nilo, el viejo, recobraban la esperanza:

—Pican, pican —decía—. ¡Vaya si pican!

Nilo, el joven, desviaba sus ojillos oblicuos hacia las frondosas copas de los nogales.

—Habrá que vender entoncez, padre —añadía simplemente.

El doctor, cada vez que sorprendía a Nilo, el viejo, encaramado en los árboles, le reconvenía:

—Viejo, ¿no ves que no tienes ya edad de hacer estas cosas?

—¿Y quién si no, doctor? —respondía sumisamente.

—El chico. ¿Para qué lo quieres?

Desde la copa del árbol resbalaba un ahogado suspiro. Nilo, el viejo, sentía como si su rodilla deformada se le hubiera incrustado, de pronto, en lo más alto del pecho. Decía:

—El chico está inútil, doctor. ¿Qué demonios le sucederá en esos condenados pies, que no hacen más que picarle?

—¿Por qué no prueba de calzarse?

De lo alto del nogal, resbalando por las dulces ramas, descendía un nuevo ahogado suspiro:

—Esto no da ni tampoco para malcomer, doctor. Usted debería saberlo.

El doctor se alejaba:

—¡Ojo, viejo! No olvides que ya tuve que autopsiar a dos.

Nilo, el viejo, no lo olvidaba. Quintín jamás supo manejar las piernas y un día u otro tenía que matarse. Para ser un buen apaleador se precisaba tener las piernas tan fuertes, elásticas y dúctiles como los dedos de las manos. Quintín siempre fue torpe, y sobre torpe confiado. Por lo que se refiere a Chucho, el Malcasado, a nadie podía chocarle lo que ocurrió. Nilo, el viejo, se hartaba de decirle: «Para un apaleador, el vino sobra en octubre, hijo». Pero Chucho como si cantasen; seguía subiendo borracho y golpeaba los árboles con torpe ensañamiento. Y un día, el nogal se encabritó como un potro y volteó al muchacho. Fue la «Nely», la perra de la fonda, la que descubrió el cadáver y aullaba lo mismo que el lobo en los inviernos duros. Cuando Nilo, el viejo, acudió, todavía había savia fresca en el extremo de la vara. Las ramas más altas del viejo árbol estaban dolorosamente descarnadas.

Nilo, el viejo, había pensado mucho en ello durante los últimos veranos, particularmente las noches de luna, cuando su resplandor se adentraba por el ventano de la choza para importunarle el sueño. Nilo, el joven, roncaba a su lado con la boca abierta. Una noche, Nilo, el viejo, prendió un fósforo y

aproximó la llama a la boca del hijo. Las colas del paladar roto, rojizas y vibrátiles como alas de un pájaro nuevo, se estremecían a cada inspiración. Nilo, el viejo, permaneció casi una hora contemplándolas, absorto. Cuando se acabaron los fósforos, se tumbó en las pajas y se dijo que ya sabía por qué Nilo, el joven, comía sin saciarse; por qué hasta sus ojos rasgados estaban siempre, inevitablemente, hambrientos.

Al cumplir los setenta y nueve. Nilo, el viejo, sentía aprensión de sus piernas. Así y todo, al vencer el verano, subió a los nogales y los apaleó. No obstante sufrió dos calambres y, después de concluir con un árbol, se tumbaba al pie porque no conservaba energías para regresar a la cabaña. A menudo se dormía y soñaba que Nilo, el joven, en lo alto de los árboles, apaleaba las ramas sin fatigarse. Nilo, el viejo, le veía poderoso y desafiante como un arcángel; tal como él le había deseado. Con el relente de la madrugada, le despertaban las palomas zureando suavemente en los rastrojos. A Nilo, el viejo, le dolían de manera irresistible los muslos y las pantorrillas y los agujeros de los sobacos, pero trepaba de nuevo al árbol y, ya en la copa, permanecía unos instantes inmóvil, observando el primer vuelo de los pájaros. Conforme el día avanzaba, las piernas del viejo, torpemente engarfiadas sobre la rama, iban aflojándose paulatinamente sin que él aún lo advirtiese. Empero, Nilo, el viejo, presentía el fin. Y cuando aquel invierno se retrató al salir de la gripe, sabía que lo hacía por última vez. Y cuando dos días más tarde comprobó que sus piernas, claudicantes, apenas podían conducirle hasta el molino, se dio cuenta de que el fin había llegado. No le dijo nada al hijo, sin embargo, hasta más tarde.

Aquel año los nogales empezaron a cucar en los primeros días de agosto. Cada mañana Nilo, el viejo, desde la puerta de la cabaña, levantaba bandos de pájaros ratoneros que devoraban los frutos. Eran aves insignificantes, pero de una avidez desproporcionada. Nilo, el viejo, que siempre las había despreciado, aprendió a odiarlas. Comprendía que era llegada la hora del apaleo, mas sus piernas eran una ruina. Nilo, el joven, le sorprendía a veces con los pantalones arremangados hasta la rodilla, tomando el sol. Nilo, el viejo, pensaba que a estas alturas, solamente el sol podía obrar un milagro. Al verle en esta actitud, el hijo solía decirle:

—¿Pican, padre?

—Pican, pican —decía el viejo.

Nilo, el joven, se reclinaba entonces sobre él y le acariciaba amorosamente las piernas hasta quedarse dormido. Entre sueños, Nilo, el joven, sentía crepitar los conchos en lo alto y el levísimo impacto de las

nueces al golpear el césped. Le placía en su semiinconsciencia, ser testigo de la obra de Dios. Mas, cada mañana, Nilo, el viejo, apenas recogía dos docenas de frutos, la mitad de ellos minados por el cariedón y los pájaros ratoneros.

Una mañana, Nilo, el viejo, sorprendió a cuatro rapaces sacudiendo los árboles. Se llegó a la puerta, enajenado, enarbolando una vara y los chiquillos huyeron. El hijo dormía en la paja, y Nilo, el viejo, le despertó:

—Hay que subir —dijo—: no queda otro remedio.

—¿Zubir?

—A las nogalas.

—¿A laz nogalaz?

—Sí.

—El maeztro decía que laz cozaz de Dioz eztán bien hechaz, padre. Yo no quiero hacer un pecado.

—Escucha —dijo Nilo, el viejo—. Dios ordena no robar, y cuatro condenados rapaces andaban ahora sacudiendo los árboles. Si no subes hoy no cogeremos ni tampoco diez fanegas.

Nilo, el joven, le miraba estúpidamente, concentrando sobre la nariz del viejo sus pobres ojos rasgados.

—Zubiré —dijo al cabo de un rato—. Pero antez he de decírzelo al zeñor cura.

Al cuarto de hora regresó, tomó las varas y la manta en silencio, y se llegó a la puerta de la choza. Su padre le seguía renqueando. En el umbral se detuvo:

—No pegues por pegar —dijo—; a las nogalas hay que golpearles de tal forma que no sepan nunca si lo que le das es un palo o una caricia. Acuérdate del Malcasado.

—Zí, padre.

—Si no alcanzas alguna rama, déjala. Al árbol, a veces, le da por defender el fruto y si se lo quitas, la pagas, no lo olvides; es como la gata con las crías.

—Zí, padre.

A Nilo, el viejo, se le atropellaban los consejos en los labios. Nilo, el joven, se alejaba ya cansinamente hacia los árboles. El viejo levantó la voz:

—¡Nilo! —llamó.

Nilo, el joven, volvió la cabeza. Sostenía el juego de varas sobre el hombro derecho torpemente:

—Diga, padre.

—Escucha esto. A un buen apaleador le ayudan las piernas, más que los brazos. Éste es el secreto, ¿comprendes? Los brazos nunca aguantan más de

lo que las piernas sean capaces de soportar. ¿Entiendes? Nunca se lo dije a nadie.

—Zí, padre.

Cuando Nilo, el viejo, con su andar claudicante y su gozosa sonrisa, se encaminó minutos más tarde, hacia los árboles, encontró a Nilo, el joven, tendido bajo el primer nogal, dormitando. No dijo nada, pero mientras extraía de bajo la cabeza del hijo el juego de varas, la sonrisa se le fue helando entre los labios hasta concluir en una pétrea mueca de muerto. La brisa esparcía el aroma de las alholvas y balanceaba suavemente las copas de los árboles.

Cuando Nilo, el viejo, comenzó a trepar, Nilo el joven, sintió una vaga impresión de compañía. Más que dormir, sesteaba con una perezosa, invencible indolencia. El clic-clic, de las nueces al abrirse, el iterativo golpeteo de los frutos sobre el césped le arrullaba. No tenía fuerzas para levantar los párpados. Al sentir los crujidos de las ramas violentamente quebradas y el sordo impacto del cuerpo de Nilo, el viejo, tampoco se alteró. Todo encajaba dentro del elemental orden de su mundo. Vagamente intuía que también Nilo, el viejo, terminaría por desprenderse como cualquier fruto maduro. Adelantó su mano derecha hasta topar con el muerto e, instintivamente, acarició una y otra vez la vieja pierna sarmentosa. Dijo, sin abrir los ojos: «¿Pican, padre?. —Mas como no recibiera respuesta, pensó—: Se ha dormido».

Nilo, el joven, sonreía estúpidamente con el rostro vuelto hacia el cielo.

La mortaja

1957

El valle, en rigor, no era tal valle sino una polvorienta cuenca delimitada por unos tesos blancos e inhóspitos. El valle, en rigor, no daba sino dos estaciones: invierno y verano y ambas eran extremosas, agrias, casi despiadadas. Al finalizar mayo comenzaba a descender de los cerros de greda un calor denso y enervante, como una lenta invasión de lava, que en pocas semanas absorbía las últimas humedades del invierno. El lecho de la cuenca, entonces, empezaba a cuartearse por falta de agua y el río se encogía sobre sí mismo y su caudal pasaba en pocos días de una opacidad lora y espesa a una verdosidad de botella casi transparente. El trigo, fustigado por el sol, espigaba y maduraba apenas granado y a primeros de junio la cuenca únicamente conservaba dos notas verdes: la enmarañada fronda de las riberas del río y el emparrado que sombreaba la mayor de las tres edificaciones que se levantaban próximas a la corriente. El resto de la cuenca asumía una agónica amarillez de desierto. Era el calor y bajo él se hacía la siembra de los melonares, se segaba el trigo, y la codorniz, que había llegado con los últimos fríos de la Baja Extremadura, abandonaba los nidos y buscaba el frescor en las altas pajas de los ribazos. La cuenca parecía emanar un aliento fumoso, hecho de insignificantes partículas de greda y de polvillo de trigo. Y en invierno y verano, la casa grande, flanqueada por el emparrado, emitía un «bom-bom» acompasado, casi siniestro, que era como el latido de un enorme corazón.

El niño jugaba en el camino, junto a la casa blanca, bajo el sol, y sobre los trigales, a su derecha, el azor aleteaba sin avanzar, como si flotase en el aire, cazando insectos. La tarde cubría la cuenca compasivamente y el hombre que venía de la falda de los cerros, con la vieja chaqueta desmayada sobre los hombros, pasó por su lado, sin mirarle, empujó con el pie la puerta de la casa y casi a ciegas se desnudó y se desplomó en el lecho sin abrirlo. Al momento, casi sin transición, empezó a roncar arrítmicamente.

El Senderines, el niño, le siguió con los ojos hasta perderle en el oscuro agujero de la puerta; al cabo reanudó sus juegos.

Hubo un tiempo en que al niño le descorazonaba que sus amigos dijeran de su padre que tenía nombre de mujer; le humillaba que dijeran eso de su padre, tan fornido y poderoso. Años antes, cuando sus relaciones no se habían enfriado del todo, el Senderines le preguntó si Trinidad era, en efecto, nombre de mujer. Su padre había respondido:

—Las cosas son según las tomes. Trinidad son tres dioses y no tres diosas, ¿comprendes? De todos modos mis amigos me llaman Trino para evitar confusiones.

El Senderines, el niño, se lo dijo así a Canor. Andaban entonces reparando la carretera y solían sentarse al caer la tarde sobre los bidones de alquitrán amontonados en las cunetas. Más tarde, Canor abandonó la Central y se marchó a vivir al pueblo a casa de unos parientes. Sólo venía por la Central durante las Navidades.

Canor, en aquella ocasión, se las mantuvo tiesas e insistió que Trinidad era nombre de mujer como todos los nombres que terminaban en «dad». El Senderines repasó mentalmente varios nombres y no dio con ninguno que terminara en «dad» y fuera nombre de hombre. No transigió, sin embargo:

—Bueno —dijo, apurando sus razones—. No hay mujer que pese más de cien kilos, me parece a mí. Mi padre pesa más de cien kilos.

Todavía no se bañaban las tardes de verano en la gran balsa que formaba el río, junto a la Central, porque ni uno ni otro sabían sostenerse sobre el agua. Ni osaban pasar sobre el muro de cemento al otro lado del río porque una vez que el Senderines lo intentó sus pies resbalaron en el verdín y sufrió una descalabradura. Tampoco el río encerraba por aquel tiempo alevines de carpa ni lucios porque aún no los habían traído de Aranjuez. El río sólo daba por entonces barbos espinosos y alguna tenca, y Ovi, la mujer de Goyo, aseguraba que tenían un asqueroso gusto a cieno. A pesar de ello, Goyo dejaba pasar las horas sentado sobre la presa, con la caña muerta en los dedos, o buscando pacientemente ovas o gusanos para encarnar el anzuelo. Canor y el Senderines solían sentarse a su lado y le observaban en silencio. A veces el hilo se tensaba, la punta de la caña descendía hacia el río y entonces Goyo perdía el color e iniciaba una serie de movimientos precipitados y torpes. El barbo luchaba por su libertad pero Goyo tenía previstas alevosamente cada una de sus reacciones. Al fin, el pez terminaba por reposar su fatiga sobre el muro y Canor y el Senderines le hurgaban cruelmente en los ojos y la boca con unos juncos hasta que le veían morir.

Más tarde los prohombres de la reproducción piscícola, aportaron al río alevines de carpa y pequeños lucios. Llegaron tres camiones de Aranjuez cargados de perolas con la recría, y allí la arrojaron a la corriente para que se multiplicasen. Ahora Goyo decía que los lucios eran voraces como tiburones y que a una lavandera de su pueblo uno de ellos le arrancó un brazo hasta el codo de una sola dentellada. El Senderines le había oído contar varias veces la misma historia y mentalmente decidió no volver a bañarse sobre la quieta balsa de la represa. Mas una tarde pensó que los camiones de Aranjuez volcaron su carga sobre la parte baja de la represa y bañándose en la balsa no había por qué temer. Se lo dijo así a Goyo y Goyo abrió mucho los ojos y la

boca, como los peces en la agonía, para explicarle que los lucios, durante la noche, daban brincos como títeres y podían salvar alturas hasta más de siete metros. Dijo también que algunos de los lucios de Aranjuez estarían ya a más de veinte kilómetros río arriba porque eran peces muy viajeros. El Senderines pensó, entonces, que la situación era grave. Esa noche soñó que se despertaba y al asomarse a la ventana sobre el río, divisó un ejército de lucios que saltaban la presa contra corriente; sus cuerpos fosforecían con un lúgubre tono cárdeno, como de fuego fatuo, a la luz de la luna. Le dominó un oscuro temor. No le irritaba que mostrase miedo hacia ninguna cosa.

Cuando muy chico solía decirle:

—No vayas a ser como tu madre, que tenía miedo de los truenos y las abejas. Los hombres no sienten miedo de nada.

Su madre acababa de morir entonces. El Senderines tenía una idea confusa de este accidente. Mentalmente le relacionaba con el piar frenético de los gorriones nuevos y el zumbido incesante de los tábanos en la tarde. Aún recordaba que el doctor le había dicho:

—Tienes que comer, muchacho. A los niños flacos les ocurre lo que a tu madre.

El Senderines era flaco. Desde aquel día le poseyó la convicción de que estaba destinado a morir joven; le sucedería lo mismo que a su madre. En ocasiones, Trinidad le remangaba pacientemente las mangas de la blusita y le tanteaba el brazo, por abajo y por arriba:

—¡Bah! ¡Bah! —decía, decepcionado.

Los bracitos del Senderines eran entecos y pálidos. Trino buscaba en ellos, en vano, el nacimiento de la fuerza. Desde entonces su padre empezó a despreciarle. Perdió por él la ardorosa debilidad de los primeros años. Regresaba de la Central malhumorado y apenas si le dirigía la palabra. Al comenzar el verano le dijo:

—¿Es que no piensas bañarte más en la balsa, tú?

El Senderines frunció el ceño; se azoró:

—Baja mucha porquería de la fábrica, padre —dijo.

Trino sonrió; antes que la sonrisa era la suya una mueca displicente:

—Los lucios se comen a los niños crudos, ¿no es eso?

El Senderines humilló los ojos. Cada vez que su padre se dirigía a él y le miraba de frente le agarraba la sensación de que estaba descubriendo hasta sus pensamientos más recónditos.

La C. E.S. A. montó una fábrica río arriba años atrás. El Senderines sólo había ido allá una vez, la última primavera, y cuando observó cómo la

máquina aquélla trituraba entre sus feroces mandíbulas troncos de hasta un metro de diámetro con la misma facilidad que si fuesen barquillos, pensó en los lucios y empezó a temblar. Luego, la C. E.S. A. soltaba los residuos de su digestión en la corriente y se formaban en la superficie unos montoncitos de espuma blanquiazul semejantes a icebergs. A el Senderines no le repugnaban las espumas pero le recordaban la proximidad de los lucios y temía al río. Frecuentemente, el Senderines, atrapaba alguno de aquellos icebergs y hundía en ellos sus bracitos desnudos, desde la orilla. La espuma le producía cosquillas en las caras posteriores de los antebrazos y ello le hacía reír. La última Navidad, Canor y él orinaron sobre una de aquellas pellas y se deshizo como si fuese de nieve.

Pero su padre seguía conminándole con los ojos. A veces el Senderines pensaba que la mirada y la corpulencia de Dios serían semejantes a las de su padre.

—La balsa está muy sucia, padre —repitió sin la menor intención de persuadir a Trinidad, sino para que cesase de mirarle.

—Ya. Los lucios andan por debajo esperando atrapar la tierna piernecita de un niño. ¿A que es eso?

Ahora Trinidad acababa de llegar borracho como la mayor parte de los sábados y roncaba desnudo sobre las mantas. Hacía calor y las moscas se posaban sobre sus brazos, sobre su rostro, sobre su pecho reluciente de sudor, mas él no se inmutaba. En el camino, a pocos pasos de la casa, el Senderines manipulaba la arcilla e imprimía al barro las formas más diversas. Le atraía la plasticidad del barro. A el Senderines le atraía todo aquello cuya forma cambiase al menor accidente. La monotonía, la rigidez de las cosas le abrumaba. Le placían las nubes, la maleable ductilidad de la arcilla húmeda, los desperdicios blancos de la C. E.S. A., el trigo molido entre los dientes. Años atrás, llegaron los Reyes Magos desde el pueblo más próximo, montados en borricos, y le dejaron, por una vez, un juguete en la ventana. El Senderines lo destrozó en cuanto lo tuvo entre las manos; él hubiera deseado cambiarlo. Por eso le placía moldear el barro a su capricho, darle una forma e, inmediatamente, destruirla.

Cuando descubrió el yacimiento junto al chorro del abrevadero, Conrado regresaba al pueblo después de su servicio en la Central:

—A tu padre no va a gustarle ese juego, ¿verdad que no? —dijo.

—No lo sé —dijo el niño cándidamente.

—Los rapaces siempre andáis inventando diabluras. Cualquier cosa antes que cumplir vuestra obligación.

Y se fue, empujando la bicicleta del sillín, camino arriba. Nunca la montaba hasta llegar a la carretera. El Senderines no le hizo caso. Conrado alimentaba unas ideas demasiado estrechas sobre los deberes de cada uno. A su padre le daba de lado que él se distrajese de esta o de otra manera. A Trino lo único que le irritaba era que él fuese débil y que sintiese miedo de lo oscuro, de los lucios y de la Central. Pero el Senderines no podía remediarlo.

Cinco años antes su padre le llevó con él para que viera por dentro la fábrica de luz. Hasta entonces él no había reparado en la mágica transformación. Consideraba la Central, con su fachada ceñida por la vieja parra, como un elemento imprescindible de su vida. Tan sólo sabía de ella lo que Conrado le dijo en una ocasión:

—El agua entra por esta reja y dentro la hacemos luz; es muy sencillo.

Él pensaba que dentro existirían unas enormes tinas y que Conrado, Goyo y su padre apalearían el agua incansablemente hasta que de ella no quedase más que el brillo. Luego se dedicarían a llenar bombillas con aquel brillo para que, llegada la noche, los hombres tuvieran luz. Por entonces el «bom-bom» de la central le fascinaba. Él creía que aquel fragor sostenido lo producía su padre y sus compañeros al romper el agua para extraerle sus cristalinos brillantes. Pero no era así. Ni su padre, ni Conrado, ni Goyo, amasaban nada dentro de la fábrica. En puridad, ni su padre, ni Goyo, ni Conrado «trabajaban» allí; se limitaban a observar unas agujas, a oprimir unos botones, a mover unas palancas. El «bom-bom» que acompañaba su vida no lo producía, pues, su padre al desentrañar el agua, ni al sacarle lustre; el agua entraba y luego salía tan sucia como entrara. Nadie la tocaba. En lugar de unas tinas rutilantes, el Senderines se encontró con unos torvos cilindros negros adornados de calaveras por todas partes y experimentó un impotente pavor y rompió a llorar. Posteriormente, Conrado le explicó que del agua sólo se aprovechaba la fuerza; que bastaba la fuerza del agua para fabricar la luz. El Senderines no lo comprendía; a él no le parecía que el agua tuviera ninguna fuerza. Si es caso aprovecharía la fuerza de los barbos y de las tencas y de las carpas, que eran los únicos que luchaban desesperadamente cuando Goyo pretendía atraparlos desde la presa. Más adelante, pensó que el negocio de su padre no era un mal negocio porque don Rafael tenía que comprar el trigo para molerlo en su fábrica y el agua del río, en cambio, no costaba dinero. Más adelante aún, se enteró de que el negocio no era de su padre, sino que su padre se limitaba a aprovechar la fuerza del río, mientras el dueño del negocio se limitaba a aprovechar la fuerza de su padre. La organización del

mundo se modificaba a los ojos de el Senderines; se le ofrecía como una confusa maraña.

A partir de su visita, el «bom-bom» de la Central cesó de agradarle. Durante la noche pensaba que eran las calaveras grabadas sobre los grandes cilindros negros, las que aullaban. Conrado le había dicho que los cilindros soltaban rayos como las nubes de verano y que las calaveras quería decir que quien tocase allí se moriría en un instante y su cuerpo se volvería negro como el carbón. A el Senderines, la vecindad de la Central comenzó a obsesionarle. Una tarde, el verano anterior, la fábrica se detuvo de pronto y entonces se dio cuenta el niño de que el silencio tenía voz, una voz opaca y misteriosa que no podía resistirla. Corrió junto a su padre y entonces advirtió que los hombres de la Central se habían habituado a hablar a gritos para entenderse; que Conrado, la Ovi, y su padre, y Goyo, voceaban ya aunque en torno se alzara el silencio y se sintiese incluso el murmullo del agua en los sauces de la ribera.

El sol rozó la línea del horizonte y el Senderines dejó el barro, se puso en pie, y se sacudió formalmente las posaderas. En la base del cerro que hendía al sol se alzaban las blancas casitas de los obreros de la C. E.S. A. y en torno a ellas se elevaba como una niebla de polvillo blanquecino. El niño contempló un instante el agua de la balsa, repentinamente oscurecida en contraste con los tesos de greda, aún deslumbrantes, en la ribera opuesta. Sobre la superficie del río flotaban los residuos de la fábrica como espumas de jabón, y los cínifes empezaban a desperezarse entre las frondas de la orilla. El Senderines permaneció unos segundos inmóvil al sentir el zumbido de uno de ellos junto a sí. De pronto se disparó una palmada en la mejilla y al notar bajo la mano el minúsculo accidente comprendió que había hecho blanco y sonrió. Con los dedos índice y pulgar recogió los restos del insecto y los examinó cumplidamente; no había picado aún; no tenía sangre. La cabecera de la cama del niño constituía un muestrario de minúsculas manchas rojas. Durante el verano su primera manifestación de vida, cada mañana, consistía en ejecutar a los mosquitos que le habían atacado durante el sueño. Los despachurraba uno a uno, de un seco palmetazo y luego se recreaba contemplando la forma y la extensión de la mancha en la pared y su imaginación recreaba figuras de animales. Jamás le traicionó su fantasía. Del palmetazo siempre salía algo y era aquélla para él la más fascinante colección. Las noches húmedas sufría un desencanto. Los mosquitos no abandonaban la fronda del río y en consecuencia, el niño, al despertar paseaba su redonda mirada ávida, inútilmente, por los cuatro lienzos de pared mal encalada.

Se limpió los dedos al pantalón y entró en la casa. Sin una causa aparente, experimentó, de súbito, la misma impresión que el día que los cilindros de la fábrica dejaron repentinamente de funcionar. Presintió que algo fallaba en la penumbra aunque, de momento, no acertara a precisar qué. Hizo un esfuerzo para constatar que la Central seguía en marcha y acto seguido se preguntó qué echaba de menos dentro del habitual orden de su mundo. Trinidad dormía sobre el lecho y a la declinante luz del crepúsculo el niño descubrió, una a una, las cosas y las sombras que le eran familiares. Sin embargo, en la estancia aleteaba una fugitiva sombra nueva que el niño no acertaba a identificar. Le pareció que Trinidad estaba despierto, dada su inmovilidad excesiva, y pensó que aguardaba a reconvenirle por algo y el niño, agobiado por la tensión, decidió afrontar directamente su mirada:

—Buenas tardes, padre —dijo, aproximándose a la cabecera del lecho.

Permaneció clavado allí, inmóvil, esperando. Mas Trino no se enteró y el niño parpadeaba titubeante, poseído de una sumisa confusión. Apenas divisaba a su padre, de espaldas a la ventana; su rostro era un indescifrable juego de sombras. Precisaba, no obstante, su gran masa afirmando el peso sobre el jergón. Su desnudez no le turbaba. Trino le dijo dos veranos antes: «Todos los hombres somos iguales». Y, por vez primera, se tumbó desnudo sobre el lecho y al Senderines no le deslumbró sino el oscuro misterio del vello. No dijo nada ni preguntó nada porque intuía que todo aquello, como la misma necesidad de trabajar, era una primaria cuestión de tiempo. Ahora esperaba, como entonces, y aún demoró unos instantes el dar la luz; y lo hizo cuando estuvo persuadido de que su padre no tenía nada que decirle. Pulsó el conmutador y al hacerse la claridad en la estancia bajó la noche a la ventana. Entonces se volvió y distinguió la mirada queda y mecánica del padre; sus ojos desorbitados y vidriosos. Estaba inmóvil como una fotografía. De la boca, crispada patéticamente, escurría un hililllo de baba, junto al que reposaban dos moscas. Otra inspeccionaba confiadamente los orificios de su nariz. El Senderines supo que su padre estaba muerto, porque no había estornudado. Torpe, mecánicamente, fue reculando hasta sentir en el trasero el golpe de la puerta. Entonces volvió a la realidad. Permaneció inmóvil, indeciso, mirando sin pestañear el cadáver desnudo. A poco retomó lentamente sobre sus pasos, levantó la mano y espantó las moscas, poniendo cuidado en no tocar a su padre. Una de las moscas tornó sobre el cadáver y el niño la volvió a espantar. Percibía con agobiadora insistencia el latido de la Central y era como una paradoja aquel latido sobre un cuerpo muerto. Al Senderines le suponía un notable esfuerzo pensar; prácticamente se agotaba

pensando en la perentoria necesidad de pensar. No quería sentir miedo, ni sorpresa. Permaneció unos minutos agarrado a los pies de hierro de la cama, escuchando su propia respiración. Trino siempre aborreció que él tuviese miedo y aun cuando en la vida jamás se esforzó el Senderines en complacerle, ahora lo deseaba porque era lo último que podía darle. Por primera vez en la vida, el niño se sentía ante una responsabilidad y se esforzaba en ver en aquellos ojos enloquecidos, en la boca pavorosamente inmóvil, los rasgos familiares. De súbito, entre las pajas del borde del camino empezó a cantar un grillo cebollero y el niño se sobresaltó, aunque el canto de los cebolleros de ordinario le agradaba. Descubrió al pie del lecho las ropas del padre y con la visión le asaltó el deseo apremiante de vestirle. Le avergonzaba que la gente del pueblo pudiera descubrirle así a la mañana siguiente. Se agachó junto a la ropa y su calor le estremeció. Los calcetines estaban húmedos y agujereados, conservaban aún la huella de un pie vivo, pero el niño se aproximó al cadáver, con los ojos levemente espantados, y desmanotadamente se los puso. Ahora sentía en el pecho los duros golpes del corazón, lo mismo que cuando tenía calentura. El Senderines evitaba pasar la mirada por el cuerpo desnudo. Acababa de descubrir que metiéndose de un golpe en el miedo, cerrando los ojos y apretando la boca, el miedo huía como un perro acobardado.

Vaciló entre ponerle o no los calzoncillos, cuya finalidad le parecía inútil, y al fin se decidió por prescindir de ellos porque nadie iba a advertirlo. Tomó los viejos y parcheados pantalones de dril e intentó levantar la pierna derecha de Trinidad, sin conseguirlo. Depositó, entonces, los pantalones al borde de la cama y tiró de la pierna muerta hacia arriba con las dos manos, mas cuando soltó una de ellas para aproximar aquéllos, el peso le venció y la pierna se desplomó sobre el lecho, pesadamente. A la puerta de la casa, dominando el sordo bramido de la Central, cantaba enojosamente el grillo. De los trigales llegaba amortiguado el golpeteo casi mecánico de una codorniz. Eran los ruidos de cada noche y el Senderines, a pesar de su circunstancia, no podía darles una interpretación distinta. El niño empezó a sudar. Había olvidado el significado de sus movimientos y sólo reparaba en la resistencia física que se oponía a su quehacer. Se volvió de espaldas al cadáver, con la pierna del padre prendida por el tobillo y de un solo esfuerzo consiguió montarla sobre su hombro derecho. Entonces, cómodamente, introdujo el pie por la pernera y repitió la operación con la otra pierna. El Senderines sonreía ahora, a pesar de que el sudor empapaba su blusa y los rufos cabellos se le adherían obstinadamente a la frente. Ya no experimentaba temor alguno, si es caso el temor de tropezar con un obstáculo irreductible. Recordó súbitamente, cómo,

de muy niño, apremiaba a su padre para que le explicase la razón de llamarle Senderines. Trino aún no había perdido su confianza en él. Le decía:

—Siempre vas buscando las veredas como los conejos; eres lo mismo que un conejo.

Ahora que el Senderines intuía su abandono lamentó no haberle preguntado cuando aún era tiempo su verdadero nombre. Él no podría marchar por el mundo sin un nombre cristiano, aunque en realidad ignorase qué clase de mundo se abría tras el teso pelado que albergaba a los obreros de la C. E.S. A. La carretera se perdía allí y él había oído decir que la carretera conducía a la ciudad. Una vez le preguntó a Conrado qué había detrás del teso y Conrado dijo:

—Mejor es que no lo sepas nunca. Detrás está el pecado.

El Senderines acudió a Canor durante las Navidades. Canor le dijo abriendo desmesuradamente los ojos:

—Están las luces y los automóviles y más hombres que cañas en ese rastrojo.

Senderines no se dio por satisfecho:

—¿Y qué es el pecado? —demandó con impaciencia.

Canor se santiguó. Agregó confidencialmente:

—El maestro dice que el pecado son las mujeres.

El Senderines se imaginó a las mujeres de la ciudad vestidas de luto y con una calavera amarilla prendida sobre cada pecho. A partir de entonces, la proximidad de la Ovi, con sus brazos deformes y sus párpados rojos, le sobrecogía.

Había conseguido levantar los pantalones hasta los muslos velludos de Trino y ahí se detuvo. Jadeaba. Tenía los deditos horizontalmente cruzados de líneas rojas, como los muslos cuando se sentaba demasiado tiempo sobre las costuras del pantalón. Su padre le parecía de pronto un extraño. Su padre se murió el día que le mostró la fábrica y él rompió a llorar al ver las turbinas negras y las calaveras. Pero esto era lo que quedaba de él y había que cubrirlo. Él debía a su padre la libertad, ya que todos los padres que él conocía habían truncado la libertad de sus hijos enviándolos al taller o a la escuela. El suyo no le privó de su libertad y el Senderines no indagaba los motivos; agradecía a su padre el hecho en sí.

Intentó levantar el cadáver por la cintura, en vano. La codorniz cantaba ahora más cerca. El Senderines se limpió el sudor de la frente con la bocamanga. Hizo otro intento. «Cagüen» —murmuró—. De súbito se sentía impotente; presentía que había alcanzado el tope de sus posibilidades. Jamás

lograría colocar los pantalones en su sitio. Instintivamente posó la mirada en el rostro del padre y vio en sus ojos todo el espanto de la muerte. El niño, por primera vez en la noche, experimentó unos atropellados deseos de llorar. «Algo le hace daño en alguna parte», pensó. Pero no lloró por no aumentar su daño, aunque le empujaba a hacerlo la conciencia de que no podía aliviarlo. Levantó la cabeza y volvió los ojos atemorizados por la pieza. El Senderines reparó en la noche y en su soledad. Del cauce ascendía un rumor fragoroso de la Central acentuando el silencio y el niño se sintió desconcertado. Instintivamente se separó unos metros de la cama; durante largo tiempo permaneció en pie, impasible, con los escuálidos bracitos desmayados a lo largo del cuerpo. Necesitaba una voz y sin pensarlo más se acercó a la radio y la conectó. Cuando nació en la estancia y se fue agrandando una voz nasal ininteligible, el Senderines clavó sus ojos en los del muerto y todo su cuerpecillo se tensó. Apagó el receptor porque se le hacía que era su padre quien hablaba de esa extraña manera. Intuyó que iba a gritar y paso a paso fue reculando sin cesar de observar el cadáver. Cuando notó en la espalda el contacto de la puerta suspiró y sin volverse buscó a tientas el pomo y abrió aquélla de par en par.

Salió corriendo a la noche. El cebollero dejó de cantar al sentir las pisadas en el sendero. Del río ascendía una brisa tibia que enfriaba sus ropas húmedas. Al alcanzar el almorrón el niño se detuvo. Del otro lado del campo de trigo veía brillar la luz de la casa de Goyo. Respiró profundamente. Él le ayudaría y jamás descubriría a nadie que vio desnudo el cuerpo de Trino. El grillo reanudó tímidamente el cri-cri a sus espaldas. Según caminaba, el Senderines descubrió una lucecita entre los yerbajos de la vereda. Se detuvo, se arrodilló en el suelo y apartó las pajas. «Oh, una luciérnaga» —se dijo, con una alegría desproporcionada. La tomó delicadamente entre sus dedos y con la otra mano extrajo trabajosamente del bolsillo del pantalón una cajita de betún con la cubierta horadada. Levantó la cubierta con cuidado y la encerró allí. En la linde del trigal tropezó con un montón de piedras. Algunas, las más blancas, casi fosforescían en las tinieblas. Tomó dos y las hizo chocar con fuerza. Las chispas se desprendían con un gozoso y efímero resplandor. La llamada insolente de la codorniz, a sus pies, le sobresaltó. El Senderines continuó durante un rato frotando las piedras hasta que le dolieron los brazos de hacerlo; sólo entonces se llegó a la casa de Goyo y llamó con el pie.

La Ovi se sorprendió de verle.

—¿Qué pintas tú aquí a estas horas? —dijo—. Me has asustado.

El Senderines, en el umbral, con una piedra en cada mano, no sabía qué responder. Vio desplazarse a Goyo al fondo de la habitación, desenmarañando un sedal:

—¿Ocurre algo? —voceó desde dentro.

A el Senderines le volvió inmediatamente la lucidez. Dijo:

—¿Es que vas a pescar lucios mañana?

—Bueno —gruñó Goyo aproximándose—. No te habrá mandado tu padre a estas horas a preguntar si voy a pescar mañana o no, ¿verdad?

A el Senderines se le quebró la sonrisa en los labios. Denegó con la cabeza, obstinadamente. Balbució al fin:

—Mi padre ha muerto.

La Ovi, que sujetaba la puerta, se llevó ambas manos a los labios:

—¡Ave María! ¿Qué dices? —dijo. Había palidecido.

Dijo Goyo:

—Anda, pasa y no digas disparates. ¿Qué esperas ahí a la puerta con una piedra en cada mano? ¿Dónde llevas esas piedras? ¿Estás tonto?

El Senderines se volvió y arrojó los guijarros a lo oscuro, hacia la linde del trigal, donde la codorniz cantaba. Luego franqueó la puerta y contó lo que había pasado. Goyo estalló; hablaba a voces con su mujer, con la misma tranquilidad que si el Senderines no existiese:

—Ha reventado, eso. ¿Para qué crees que tenemos la cabeza sobre los hombros? Bueno, pues a Trino le sobraba. Esta tarde disputó con Baudilio sobre quién de los dos comía más. Pagó Baudilio, claro. Y ¿sabes qué se comió el Trino? Dos docenas de huevos para empezar; luego se zampó un cochinillo y hasta royó los huesos y todo. Yo le decía: «Para ya. —Y ¿sabes qué me contesto? Me dice—: Tú a esconder, marrano». Se había metido ya dos litros de vino y no sabía lo que se hacía. Y es lo que yo me digo, si no saben beber es mejor que no lo hagan. Le está bien empleado, ¡eso es todo lo que se me ocurre!

Goyo tenía los ojos enloquecidos, y según hablaba, su voz adquiría unos trémolos extraños. Era distinto a cuando pescaba. En todo caso tenía cara de pez. De repente se volvió al niño, le tomó de las manos y tiró de él brutalmente hacia dentro de la casa. Luego empujó la puerta de un puntapié. Voceó, como si el Senderines fuera culpable de algo:

—Luego me ha dado dos guantadas, ¿sabes? Y eso no se lo perdono yo ni a mi padre, que gloria haya. Si no sabe beber que no beba. Al fin y al cabo yo no quería jugar y él me obligó a hacerlo. Y si le había ganado la apuesta a Baudilio, otras veces tendremos que perder, digo yo. La vida es así. Unas

veces se gana y otras se pierde. Pero él, no. Y va y me dice: «¿Tienes triunfo?». Y yo le digo que sí, porque era cierto y el Baudilio terció entonces que la lengua en el culo y que para eso estaban las señas. Pero yo dije que sí y él echó una brisa y Baudilio sacudió el rey pero yo no tenía para matar al rey aunque tenía triunfo, y ellos se llevaron la baza.

Goyo jadeaba. El sudor le escurría por la piel lo mismo que cuando luchaba con los barbos desde la presa. Le exaltaba una irritación creciente a causa de la conciencia de que Trino estaba muerto y no podía oírle. Por eso voceaba a el Senderines en la confianza de que algo le llegara al otro y el Senderines le miraba atónito, enervado por una dolorosa confusión. La Ovi permanecía muda, con las chatas manos levemente crispadas sobre el respaldo de una silla. Goyo vociferó:

—Bueno, pues Trino, sin venir a cuento, se levanta y me planta dos guantadas. Así, sin más; va y me dice: «Toma y toma, por tu triunfo». Pero yo sí tenía triunfo, lo juro por mi madre, aunque no pudiera montar al rey, y se lo enseñé a Baudilio y se puso a reír a lo bobo y yo le dije a Trino que era un mermado y él se puso a vocear que me iba a pisar los hígados. Y yo me digo que un hombre como él no tiene derecho a golpear a nadie que no pese cien kilos, porque es lo mismo que si pegase a una mujer. Pero estaba cargado y quería seguir golpeándome y entonces yo me despaché a mi gusto y me juré por éstas que no volvería a mirarle a la cara así se muriera. ¿Comprendes ahora?

Goyo montó los pulgares en cruz y se los mostró insistentemente a el Senderines, pero el Senderines no le comprendía.

—Lo he jurado por éstas —agregó— y yo no puedo ir contigo ahora; ¿sabes? Me he jurado no dar un paso por él y esto es sagrado, ¿comprendes? Todo ha sido tal y como te lo digo.

Hubo un silencio. Al cabo, añadió Goyo, variando de tono:

—Quédate con nosotros hasta que le den tierra mañana. Duerme aquí; por la mañana bajas al pueblo y avisas al cura.

El Senderines denegó con la cabeza:

—Hay que vestirle —dijo—. Está desnudo sobre la cama.

La Ovi volvió a llevarse las manos a la boca:

—¡Ave María! —dijo.

Goyo reflexionaba. Dijo al fin, volviendo a poner en aspa los pulgares.

—¡Tienes que comprenderme! He jurado por éstas no volver a mirarle a la cara y no dar un paso por él. Yo le estimaba, pero él me dio esta tarde dos guantadas sin motivo y ello no se lo perdono yo ni a mi padre. Ya está dicho.

Le volvió la espalda al niño y se dirigió al fondo de la habitación. El Senderines vaciló un momento: «Bueno», dijo. La Ovi salió detrás de él a lo oscuro. De pronto, el Senderines sentía frío. Había pasado mucho calor tratando de vestir a Trino y, sin embargo, ahora, le castañeteaban los dientes. La Ovi le agarró por un brazo; hablaba nerviosamente:

—Escucha, hijo. Yo no quería dejarte solo esta noche, pero me asustan los muertos. Ésta es la pura verdad. Me dan miedo las manos y los pies de los muertos. Yo no sirvo para eso.

Miraba a un lado y a otro empavorecida. Agregó:

—Cuando lo de mi madre tampoco estuve y ya ves, era mi madre y era en mí una obligación. Luego me alegré porque mi cuñada me dijo que al vestirla después de muerta todavía se quejaba. ¡Ya ves tú! ¿Tú crees, hijo, que es posible que se queje un muerto? Con mi tía también salieron luego con que si la gata estuvo hablando sola tendida a los pies de la difunta. Cuando hay muertos en las casas suceden cosas muy raras y a mí me da miedo y sólo pienso en que llegue la hora del entierro para descansar.

El resplandor de las estrellas caía sobre su rostro espantado y también ella parecía una difunta. El niño no respondió. Del ribazo llegó el golpeteo de la codorniz dominando el sordo estruendo de la Central.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer, electrizada.

—Una codorniz —respondió el niño.

—¿Hace así todas las noches?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Ella contemplaba sobrecogida el leve oleaje del trigal.

—Sí.

Sacudió la cabeza:

—¡Ave María! Parece como si cantara aquí mismo; debajo de mi saya.

Y quiso reír, pero su garganta emitió un ronquido inarticulado. Luego se marchó.

El Senderines pensó en Conrado porque se le hacía cada vez más arduo regresar solo al lado de Trino. Vagamente temía que se quejase si él volvía a manipular con sus piernas o que el sarnoso gato de la Central, que miraba talmente como una persona, se hubiera acostado a los pies de la cama y estuviese hablando. Conrado trató de tranquilizarle. Le dijo:

Que los muertos, a veces, conservan aire en el cuerpo y al doblarles por la cintura chillan porque el aire se escapa por arriba o por abajo, pero que, bien mirado, no pueden hacer daño.

Que los gatos en determinadas ocasiones parece ciertamente que en lugar de «miau» dicen «mío», pero te vas a ver y no han dicho más que «miau» y eso sin intención.

Que la noticia le había dejado como sin sangre, ésta es la verdad, pero que estaba amarrado al servicio como un perro, puesto que de todo lo que ocurriese en su ausencia era él el único responsable.

Que volviera junto a su padre, se acostara y esperase allí, ya que a las seis de la mañana terminaba su turno y entonces, claro, iría a casa de Trino y le ayudaría.

Cuando el niño se vio de nuevo solo junto a la balsa se arrodilló en la orilla y sumergió sus bracitos desnudos en la corriente. Los residuos de la C. E.S. A. resaltaban en la oscuridad y el Senderines arrancó un junco y trató de atraer el más próximo. No lo consiguió y, entonces, arrojó el junco lejos y se sentó en el suelo contrariado. A su derecha, la reja de la Central absorbía ávidamente el agua, formando unos tumultuosos remolinos. El resto del río era una superficie bruñida, inmóvil, que reflejaba los agujeritos luminosos de las estrellas. Los chopos de las márgenes volcaban una sombra tenue y fantasmal sobre las aguas quietas. El cebollero y la codorniz apenas se oían ahora, eclipsadas sus voces por las gárgaras estruendosas de la Central. El Senderines pensó con pavor en los lucios y, luego, en la necesidad de vestir a su padre, pero los amigos de su padre o habían dejado de serlo, o estaban afanados, o sentían miedo de los muertos. El rostro del niño se iluminó de pronto, extrajo la cajita de betún del bolsillo y la entreabrió. El gusano brillaba con un frío resplandor verdiamarillo que reverberaba en la cubierta plateada. El niño arrancó unas briznas de hierba y las metió en la caja. «Este bicho tiene que comer —pensó—, si no se morirá también». Luego tomó una pajita y la aproximó a la luz; la retiró inmediatamente y observó el extremo y no estaba chamuscado y él imaginó que aún era pronto y volvió a incrustarla en la blanda fosforescencia del animal. El gusano se retorcía impotente en su prisión. Súbitamente, el Senderines se incorporó y, a pasos rápidos, se encaminó a la casa. Sin mirar al lecho con el muerto, se deslizó hasta la mesilla de noche y una vez allí colocó la luciérnaga sobre el leve montoncito de yerbas, apagó la luz y se dirigió a la puerta para estudiar el efecto. La puntita del gusano rutilaba en las tinieblas y el niño entreabrió los labios en una semisonrisa. Se sentía más conforme. Luego pensó que debería cazar tres luciérnagas más para disponer una en cada esquina de la cama y se complació previendo el conjunto.

De pronto, oyó cantar abajo, en el río, y olvidó sus proyectos. No tenía noticia de que el Pernales hubiera llegado. El Pernales bajaba cada verano a la Cascajera a fabricar piedras para los trillos. No tenía otros útiles que un martillo rudimentario y un pulso matemático para golpear los guijarros del río. A su golpe éstos se abrían como rajas de sandía y los bordes de los fragmentos eran agudos como hojas de afeitar. Canor y él, antaño, gustaban de verle afanar, sin precipitaciones, con la colilla apagada fija en el labio inferior, el parcheado sombrero sobre los ojos, canturreando perezosamente. Las tórtolas cruzaban de vez en cuando sobre el río como ráfagas; y los peces se arrimaban hasta el borde del agua sin recelos porque sabían que el Pernales era inofensivo.

Durante el invierno, el Pernales desaparecía. Al concluir la recolección, cualquier mañana, el Pernales ascendía del cauce con un hatillo en la mano y se marchaba carretera adelante, hacia los tesos, canturreando. Una vez, Conrado dijo que le había visto vendiendo confituras en la ciudad, a la puerta de un cine. Pero Baudilio, el capataz de la C. E.S. A., afirmaba que el Pernales pasaba los meses fríos mendigando de puerta en puerta. No faltaba quien decía que el Pernales invernaba en África como las golondrinas. Lo cierto es que al anunciarse el verano llegaba puntualmente a la Cascajera y reanudaba el oficio interrumpido ocho meses antes.

El Senderines escuchaba cantar desafinadamente más abajo de la presa, junto al puente; la voz del Pernales ahuyentaba las sombras y los temores y hacía solubles todos los problemas. Cerró la puerta y tomó la vereda del río. Al doblar el recodo divisó la hoguera bajo el puente y al hombre inclinándose sobre el fuego sin cesar de cantar. Ya más próximo distinguió sus facciones rojizas, su barba de ocho días, su desastrada y elemental indumentaria. Sobre el pilar del puente, un cartelón de brea decía: «Se benden pernales para trillos».

El hombre volvió la cara al sentir los pasos del niño:

—Hola —dijo—, entra y siéntate. ¡Vaya cómo has crecido! Ya eres casi un hombre. ¿Quieres un trago?

El niño denegó con la cabeza.

El Pernales empujó el sombrero hacia la nuca y se rascó prolongadamente:

—¿Quieres cantar conmigo? —preguntó—. Yo no canto bien, pero cuando me da la agonía dentro del pecho, me pongo a cantar y sale.

—No —dijo el niño.

—¿Qué quieres entonces? Tu padre el año pasado no necesitaba piedras. ¿Es que del año pasado a éste se ha hecho tu padre un rico terrateniente? Ji, ji, ji.

El niño adoptó una actitud de gravedad.

—Mi padre ha muerto —dijo y permaneció a la expectativa.

El hombre no dijo nada; se quedó unos segundos perplejo, como hipnotizado por el fuego. El niño agregó:

—Está desnudo y hay que vestirle antes de dar aviso.

—¡Ahí va! —dijo, entonces, el hombre y volvió a rascarse obstinadamente la cabeza. Le miraba ahora el niño de refilón. Súbitamente dejó de rascarse y añadió:

—La vida es eso. Unos viven para enterrar a los otros que se mueren. Lo malo será para el que muera el último.

Los brincos de las llamas alteraban a intervalos la expresión de su rostro. El Pernales se agachó para arrimar al fuego una brazada de pinocha. De reojo observaba al niño. Dijo:

—El Pernales es un pobre diablo, ya lo sabemos todos. Pero eso no quita para que a cada paso la gente venga aquí y me diga: «Pernales, por favor, échame una mano», como si Pernales no tuviera más quehacer que echarle una mano al vecino. El negocio del Pernales no le importa a nadie; al Pernales, en cambio, tienen que importarle los negocios de los demás. Así es la vida.

Sobre el fuego humeaba un puchero y junto al pilar del puente se amontonaban las esquirlas blancas, afiladas como cuchillos. A la derecha, había media docena de latas abolladas y una botella. El Senderines observaba todo esto sin demasiada atención y cuando vio al Pernales empinar el codo intuyó que las cosas terminarían por arreglarse.

—¿Vendrás? —preguntó el niño, al cabo de una pausa, con la voz quebrada.

El Pernales se frotó una mano con la otra en lo alto de las llamas. Sus ojillos se avivaron:

—¿Qué piensas hacer con la ropa de tu padre? —preguntó como sin interés—. Eso ya no ha de servirle. La ropa les queda a los muertos demasiado holgada; no sé lo que pasa, pero siempre sucede así.

Dijo el Senderines:

—Te daré el traje nuevo de mi padre si me ayudas.

—Bueno, yo no dije tal —agregó el hombre—. De todas formas si yo abandono mi negocio para ayudarte, justo es que me guardes una atención,

hijo. ¿Y los zapatos? ¿Has pensado que los zapatos de tu padre no te sirven a ti ni para sombrero?

—Sí —dijo el niño—. Te los daré también.

Experimentaba, por primera vez, el raro placer de disponer de un resorte para mover a los hombres. El Pernales podía hablar durante mucho tiempo sin que la colilla se desprendiera de sus labios.

—Está bien —dijo. Tomó la botella y la introdujo en el abandonado bolsillo de su chaqueta. Luego apagó el fuego con el pie:

—Andando —agregó.

Al llegar al sendero, el viejo se volvió al niño:

—Si invitaras a la boda de tu padre no estarías solo —dijo—. Nunca comí yo tanto chocolate como en la boda de mi madre. Había allí más de cuatro docenas de invitados. Bueno, pues, luego se murió ella y allí nadie me conocía. ¿Sabes por qué, hijo? Pues porque no había chocolate.

El niño daba dos pasos por cada zancada del hombre, que andaba bamboleándose como un veterano contramaestre. Carraspeó, hizo como si masticase algo y por último escupió con fuerza. Seguidamente preguntó:

—¿Sabes escupir por el colmillo, hijo?

—No —dijo el niño.

—Has de aprenderlo. Un hombre que sabe escupir por el colmillo ya puede caminar solo por la vida.

El Pernales sonreía siempre. El niño le miraba atónito; se sentía fascinado por los huecos de la boca del otro.

—¿Cómo se escupe por el colmillo? —preguntó interesado. Comprendía que ahora que estaba solo en el mundo le convenía aprender la técnica del dominio y la sugestión.

El hombre se agachó y abrió la boca y el niño metió la nariz por ella, pero no veía nada y olía mal. El Pernales se irguió:

—Está oscuro aquí, en casa te lo diré.

Mas en la casa dominaba la muda presencia de Trino inmóvil, sobre la cama. Sus miembros se iban aplomando y su rostro, en tan breve tiempo, había adquirido una tonalidad cérea. El Pernales, al cruzar ante él, se descubrió e hizo un borroso ademán, como si se santiguara.

—¡Ahí va! —dijo—. No parece él; está como más flaco.

Al niño, su padre muerto le parecía un gigante. El Pernales divisó la mancha que había junto al embozo.

—Ha reventado, ¿eh?

Dijo el Senderines:

—Decía el doctor que sólo se mueren los flacos.

—¡Vaya! —respondió el hombre—. ¿Eso dijo el doctor?

—Sí —prosiguió el niño.

—Mira —agregó el Pernales—. Los hombres se mueren por no comer o por comer demasiado.

Intentó colocar los pantalones en la cintura del muerto sin conseguirlo. De repente reparó en el montoncito de yerbas con la luciérnaga:

—¿Quién colocó esta porquería ahí? —dijo.

—¡No lo toques!

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Y qué pinta eso aquí?

—¡Nada; no lo toques!

El hombre sonrió.

—¡Echa una mano! —dijo—. Tu padre pesa como un camión.

Concentró toda su fuerza en los brazos y por un instante levantó el cuerpo, pero el niño no acertó a coordinar sus movimientos a los del hombre:

—Si estás pensando en tus juegos no adelantaremos nada —gruñó—. Cuando yo levante, echa la ropa hacia arriba, si no no acabaremos nunca.

De pronto, el Pernales reparó en el despertador de la repisa y se fue a él derechamente.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Ya lo creo que es bonito el despertador! ¿Sabes, hijo, que yo siempre quise tener un despertador igualito a éste?

Le puso a sonar y su sonrisa desdentada se distendía conforme el timbre elevaba su estridencia. Se rascó la cabeza.

—Me gusta —dijo—. Me gusta por vivir.

El niño se impacientaba. La desnudez del cuerpo de Trinidad, su palidez de cera, le provocaban el vómito. Dijo:

—Te daré también el despertador si me ayudas a vestirle.

—No se trata de eso ahora, hijo —se apresuró el Pernales—. Claro que yo no voy a quitarte la voluntad si tienes el capricho de obsequiarme, pero yo no te he pedido nada, porque el Pernales si mueve una mano no extiende la otra para que le recompensen. Cuando el interés mueve a los hombres, el mundo marcha mal; es cosa sabida.

Sus ojillos despedían unas chispitas socarronas. Cantó la codorniz en el trigo y el Pernales se aquietó. Al concluir el ruido y reanudarse el monótono rumor de la Central, guiñó un ojo.

—Éste va a ser un buen año de codornices —dijo—. ¿Sentiste con qué impaciencia llama la tía?

El niño asintió sin palabras y volvió los ojos al cadáver de su padre. Pero el Pernales no se dio por aludido.

—¿Dónde está el traje y los zapatos que me vas a regalar? —preguntó.

El Senderines le llevó al armario.

—Mira —dijo.

El hombre palpaba la superficie de la tela con sensual delectación.

—¡Vaya, si es un terno de una vez! —dijo—. Listado y color chocolate como a mí me gustan. Con él puesto no me va a conocer ni mi madre.

Sonreía. Agregó:

—La Paula, allá arriba, se va a quedar de una pieza cuando me vea. Es estirada como una marquesa, hijo. Yo la digo: «Paula, muchacha, ¿dónde te pondremos que no te cague la mosca?». Y ella se enfada. Ji, ji, ji.

El Pernales se descalzó la vieja sandalia e introdujo su pie descalzo en uno de los zapatos.

—Me bailan, hijo. Tú puedes comprobarlo. —Sus facciones, bajo la barba, adoptaron una actitud entre preocupada y perpleja—: ¿Qué podemos hacer?

El niño reflexionó un momento.

—Ahí tiene que haber unos calcetines de listas amarillas —dijo al cabo—. Con ellos puestos te vendrán los zapatos más justos.

Sacó los calcetines de listas amarillas del fondo de un cajón y se vistió uno. En la punta se le formaba una bolsa vacía.

—Me están que ni pintados, hijo.

Sonreía. Se calzó el zapato y se lo abrochó; luego estiró la pierna y se contempló con una pícara expresión de complacencia. Parecía una estatua con un pedestal desproporcionado.

—¿Crees tú que la Paula querrá bailar conmigo, ahora, hijo?

A sus espaldas, Trino esperaba pacientemente, resignadamente, que cubriera su desnudez. A el Senderines empezaba a pesarle el sueño sobre las cejas. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos y, a cada intento, experimentaba la sensación de que los globos oculares se dilataban y oprimían irresistiblemente los huecos de sus cuencas. La inmovilidad de Trino, el zumbido de la Central, la voz del Pernales, el golpeteo de la codorniz, eran incitaciones casi invencibles al sueño. Mas él sabía que era preciso conservarse despierto, siquiera hasta que el cuerpo de su padre estuviera vestido.

El Pernales se había calzado el otro pie y se movía ahora con el equilibrio inestable de quien por primera vez calza zuecos. De vez en cuando, la confortabilidad inusitada de sus extremidades tiraba de sus pupilas y él entonces cedía, bajaba los ojos, y se recreaba en el milagro, con un asomo de vanidosa complacencia. Advirtió, súbitamente, la impaciencia del pequeño, se rascó la cabeza y dijo:

—¡Vaaaya! A trabajar. No me distraigas, hijo.

Se aproximó al cadáver e introdujo las dos manos bajo la cintura. Advirtió:

—Estáte atento y tira del pantalón hacia arriba cuando yo le levante.

Pero no lo logró hasta el tercer intento. El sudor le chorreaba por las sienes. Luego, cuando abotonaba el pantalón, dijo, como para sí:

—Es la primera vez que hago esto con otro hombre.

El Senderines sonrió hondo. Oyó la voz del Pernales.

—No querrás que le pongamos la camisa nueva, ¿verdad, hijo? Digo yo que de esa camisa te sacan dos para ti y aun te sobra tela para remendarla.

Regresó del armario con la camisa que Trino reservaba para los domingos. Agregó confidencialmente:

—Por más que si te descuidas te cuesta más eso que si te las haces nuevas.

Superpuso la camisa a sus harapos y miró de frente al niño. Le guiñó un ojo y sonrió.

—Eh, ¿qué tal? —dijo.

El niño quería dormir, pero no quería quedarse solo con el muerto.

Añadió el Pernales:

—Salgo yo a la calle con esta camisa y la gente se piensa que soy un ladrón. Sin embargo, me arriesgaría con gusto si supiera que la Paula va a aceptar un baile conmigo por razón de esta camisa. Y yo digo: ¿Para qué vas a malgastar en un muerto una ropa nueva cuando hay un vivo que la puede aprovechar?

—Para ti —dijo el niño, a quien la noche pesaba ya demasiado sobre las cejas.

—Bueno, hijo, no te digo que no, porque este saco de poco te puede servir a ti, si no es para sacarle lustre a los zapatos.

Depositó la camisa flamante sobre una silla, tomó la vieja y sudada de la que Trino acababa de despojarse, introdujo su brazo bajo los sobacos del cadáver y le incorporó:

—Así —dijo—. Métele el brazo por esa manga… eso es.

La falta de flexibilidad de los miembros de Trino exasperaba al niño. Él esperaba algo que no se produjo:

—No ha dicho nada —dijo, al concluir la operación con cierto desencanto.

El Pernales volvió a él sus ojos asombrados:

—¿Quién?

—El padre.

—¿Qué querías que dijese?

—La Ovi dice que los muertos hablan y a veces hablan los gatos que están junto a los muertos.

—¡Ah, ya! —dijo el Pernales.

Cuando concluyó de vestir al muerto, destapó la botella y echó un largo trago. A continuación la guardó en el bolsillo, el despertador en el otro y colocó cuidadosamente el traje y la camisa en el antebrazo. Permaneció unos segundos a los pies de la cama, observando el cadáver.

—Digo —dijo de pronto— que este hombre tiene los ojos y la boca tan abiertos como si hubiera visto al diablo. ¿No probaste de cerrárselos?

—No —dijo el niño.

El Pernales vaciló y, finalmente, depositó las ropas sobre una silla y se acercó al cadáver. Mantuvo un instante dos dedos sobre los párpados inmóviles y cuando los retiró, Trinidad descansaba. Seguidamente le anudó un pañuelo en la nuca, pasándoselo bajo la barbilla. Dijo, al concluir:

—Mañana, cuando bajes a dar aviso, se lo puedes quitar.

El Senderines se erizó.

—¿Es que te marchas? —inquirió anhelante.

—¡Qué hacer! Mi negocio está allá abajo, hijo, no lo olvides.

El niño se despabiló de pronto:

—¿Qué hora es?

El Pernales extrajo el despertador del bolsillo.

—Esto tiene las dos; puede que vaya adelantado.

—Hasta las seis no subirá Conrado de la Central —exclamó el niño—. ¿Es que no puedes aguantar conmigo hasta esa hora?

—¡Las seis! Hijo, ¿qué piensas entonces que haga de lo mío?

El Senderines se sentía desolado. Recorrió con la mirada toda la pieza. Dijo, de súbito, desbordado:

—Quédate y te daré… te daré —se dirigió al armario— esta corbata y estos calzoncillos y este chaleco y la pelliza, y… y…

Arrojó todo al suelo, en informe amasijo. El miedo le atenazaba. Echó a correr hacia el rincón.

—… Y el aparato de radio —exclamó.

Levantó hacia el Pernales sus pupilas humedecidas.

—Pernales, si te quedas te daré también el aparato de radio —repitió triunfalmente.

El Pernales dio unos pasos ronceros por la habitación.

—El caso es —dijo— que más pierdo yo por hacerte caso.

Mas cuando le vio sentado, el Senderines le dirigió una sonrisa agradecida. Ahora empezaban a marchar bien las cosas. Conrado llegaría a las seis y la luz del sol no se marcharía ya hasta catorce horas más tarde. Se sentó, a su vez, en un taburete, se acodó en el jergón y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. Volvía a ganarle su enervamiento reconfortante. Permaneció unos minutos mirando al Pernales en silencio. El «bom-bom» de la Central ascendía pesadamente del cauce del río.

Dijo el niño, de pronto:

—Pernales, ¿cómo te las arreglas para escupir por el colmillo? Ésa es una cosa que yo quisiera aprender.

El Pernales sacó pausadamente la botella del bolsillo y bebió; bebió de largo como si no oyera al niño; como si el niño no existiese. Al concluir, la cerró con parsimonia y volvió a guardarla. Finalmente, dijo:

—Yo aprendí a escupir por el colmillo, hijo, cuando me di cuenta que en el mundo hay mucha mala gente y que con la mala gente si te lías a trompazos te encierran y si escupes por el colmillo nadie te dice nada. Entonces yo me dije: «Pernales, has de aprender a escupir por el colmillo para poder decir a la mala gente lo que es sin que nadie te ponga la mano encima, ni te encierren». Lo aprendí. Y es bien sencillo, hijo.

La cabecita del niño empezó a oscilar. Por un momento el niño trató de sobreponerse; abrió desmesuradamente los ojos y preguntó:

—¿Cómo lo haces?

El Pernales abrió un palmo de boca y hablaba como si la tuviera llena de pasta. Con la negra uña de su dedo índice se señalaba los labios. Repitió:

—Es bien sencillo, hijo. Combas la lengua y en el hueco colocas el escupitajo…

El Senderines no podía con sus párpados. La codorniz aturdía ahora. El grillo hacía un cuarto de hora que había cesado de cantar.

—… luego no haces sino presionar contra los dientes y…

El Senderines se dejaba arrullar. La conciencia de compañía había serenado sus nervios. Y también el hecho de que ahora su padre estuviera vestido sobre la cama. Todo lo demás quedaba muy lejos de él. Ni siquiera le preocupaba lo que pudiera encontrar mañana por detrás de los tesos.

—… y el escupitajo escapa por el colmillo porque…

Aún intentó el niño imponerse a la descomedida atracción del sueño, pero terminó por reclinar suavemente la frente sobre el jergón, junto a la pierna del muerto y quedarse dormido. Sus labios dibujaban la iniciación de una sonrisa y en su tersa mejilla había aparecido un hoyuelo diminuto.

Despertó, pero no a los pocos minutos, como pensaba, porque la luz del nuevo día se adentraba ya por las ventanas y las alondras cantaban en el camino y el Pernales no estaba allí, sino Conrado. Le descubrió como a través de una niebla, alto y grave, a los pies del lecho. El niño no tuvo que sonreír de nuevo, sino que aprovechó la esbozada sonrisa del sueño para recibir a Conrado.

—Buenos días —dijo.

La luciérnaga ya no brillaba sobre la mesa de noche, ni el cebollero cantaba, ni cantaba la codorniz, pero el duro, incansable pulso de la Central, continuaba latiendo abajo, junto al río. Conrado se había abotonado la camisa blanca hasta arriba para entrar donde el muerto. El Senderines se incorporó desplazando el taburete con el pie. Al constatar la muda presencia de Trino, pavorosamente blanco, pavorosamente petrificado, comprendió que para él no llegaba ya la nueva luz y cesó repentinamente de sonreír. Dijo:

—Voy a bajar a dar aviso.

Conrado asintió, se sentó en el taburete que el niño acababa de dejar, lo arrimó a la cama, sacó la petaca y se puso a liar un cigarrillo, aunque le temblaban ligeramente las manos.

—No tardes —dijo.

La barbería

1957

La pipa es tan útil a la civilización como la bomba atómica, con tal de que ninguna de las dos se use demasiado.

EINSTEIN

Arentemente don Floro recibió con entereza la noticia de que Julio Álvarez traspasaba la barbería. No obstante, por dentro, sintió como un impacto en algún lugar sustancial.

Julio Álvarez, el barbero, sostenía el espejito detrás de su nuca, tierno y servicial. Y don Floro empezó a recobrarse. Aún le parecía sentir junto a la oreja el rumor efusivo de las tijeras de Julio Álvarez: «Cuchichi-tatatá, cuchichí-tatatatá». Respiró profundamente, pero carecía aún de fuerzas para incorporarse. Julio Álvarez, con su desproporcionada cabeza y su rostro sonrosado y satisfecho, era un individuo poco caracterizado a pesar de sus setenta años y de sus fluviales mostachos tormentosos.

—El señor está servido —dijo Julio Álvarez.

—¡Ah! —dijo don Floro, y, quieras que no, se levantó. Mientras Julio Álvarez le cepillaba la americana, don Floro dijo:

—No comprendo su decisión, precisamente en una fecha en que el diario anuncia un remedio interesante contra la calvicie.

—El mal viene rodado —dijo Julio Álvarez sin cesar de sonreír—. Me pagan un buen traspaso.

—Dinero, ¿eh? —dijo don Floro.

Don Floro era un tipo pingorotudo, de barba recortada y voz grave y brumosa. Empleaba los ademanes apaciguados propios del hombre acostumbrado a ser servido. Por una cuestión de principios, don Floro aborrecía hablar en tanto el barbero le arreglaba la cabeza. Con frecuencia pensaba: «En la vida existe un arte de cortar el pelo y un arte de dejarse cortar el pelo». Él aprendió esto muchos años atrás. Por eso, cuando Julio Álvarez le dijo con tono reservado (mientras las tijeras suspiraban confidencialmente: «Cuchichí-tatatá, cuchichí-tatatatá»): «¿Sabe, don Floro, que he decidido traspasar el local?», no hizo comentario alguno; simplemente entornó los ojos y se humedeció los labios deleitándose en la delicadeza inefable del instrumento apurándole los pelos del colodrillo.

—El negocio no rinde y yo tengo demasiados años —agregó Julio Álvarez, mientras le tendía la chistera y el bastón con puño de plata.

Don Floro pensaba: «El dinero mancilla las cosas más hermosas de la vida. —Oyó a Julio Álvarez, cuando salía, preguntar capciosamente a un parroquiano—: ¿Se va a servir, el señor?». Mas sólo al cerrar la puerta

advirtió que había dejado dentro una parte fundamental de sí mismo. «Hay otras barberías, Floro», se dijo, tratando de serenarse. Pero llevaba dentro del pecho una opresiva sensación de ahogo.

De cuantos locales reunía la ciudad ninguno tan decisivamente ligado a su existencia como la peluquería de Julio Álvarez. A don Floro no le hubiera agradado que Julio sustituyera la pintura roja del establecimiento por una pintura amarilla, por ejemplo, pero que la barbería desapareciese, y con ella los dedos expeditivos de Julio Álvarez, y sus tijeras musicales y la suave caricia del pulverizador, constituían algo que le colocaba al borde de la desesperación.

Cuando se vio en la calle y pensó: «Dentro de quince días una valla cubrirá la fachada y yo tendré que buscarme otra barbería: ésta es la triste realidad», se dio cuenta de la trascendencia del momento. Entonces se detuvo y, lentamente, como cumplimentando escrupulosamente un doloroso deber, volvió la cabeza. El bastón temblaba en su mano derecha.

La barbería de Julio Álvarez ofrecía un aspecto conmovedor, con su roja pintura descolorida y el mohoso cartelón colgante con la cabeza rubia y rizosa de un niño y una leyenda de caracteres indecisos: «JULIO ÁLVAREZ. PELUQUERO. SERVICIOS ESMERADOS».

Cuarenta años arriba, la barbería ostentaba la misma leyenda y la fachada el mismo color. Entonces Julio Álvarez se iniciaba en el oficio, pero sus tijeras producían ya aquel rumor musical que era como un sedante para la vida de don Floro. Cuando chico, Julio Álvarez lo encaramaba en una silla alta y era a él al único pequeñuelo de la ciudad al que no se hacía necesario advertirle: «Estate quietecito, muñeco». Floro, de niño, ya se sentía aquietado por no se sabe qué inexplicables motivaciones. A Floro le agradaba la vecindad de los inmaculados espejos, el olor enervante de los perfumes y las lociones, el chasquido iterativo de las tijeras recorriendo su cogote como una fría caricia, los pulverizadores, los peines, las bacías, los cepillos, las tenacillas, las barras de blanco jabón, los rizadores, los tarros de crema para después del afeitado, alineados disciplinadamente, casi marcialmente, en las relucientes repisas, y en invierno le placía, sobre todo, el ambiente tibio y recoleto que creaba la estufa de serrín en el centro del local, con la lata de agua burbujeante encima. El tubo de la estufa partía recto y a la altura del techo doblaba bruscamente buscando una discreta salida por un rincón. Junto a la estufa, había una mesita y, encima de la mesita, el diario local, *La Gaceta* y la revista *Gran Teatro*.

Entonces, Conrado era prácticamente un chicuelo, pero su madre, viuda, estaba necesitada y Julio Álvarez lo adoptó y lo puso al oficio. La música de las tijeras de Conrado era aún balbuciente, de ritmo desigual, y a Floro, que por aquel tiempo no era sino un mocoso, ya le producía aquello un purulento fastidio, como al melómano el violín que desafina. Conrado tenía un color deslucido y unas orejas transparentes y unas manos afiladas, siempre húmedas y frías, y ya en aquella época, la principal preocupación de Conrado era la salud.

—El doctor Chinchilla —decía— ha logrado conservar un frasco de sangre sin alterarse durante nueve meses.

Las tijeras interrumpían su sinfonía: «Cuchichí-tatatá-cuchichí…». Se abría una pausa. Y se oía hervir el agua en la marmita. Luego se arrancaba Amadeo con su proverbial aspereza:

—¡A ti qué se te da! De todas maneras ni tú ni yo saldremos de pobres por eso.

Amadeo sentía pujos de revolucionario. Su boca era una línea apretada sobre la piel oscura. Llevaba el pelo cortado a cepillo y sostenía la teoría de que todo aquel que se preocupa del aseo de la cabeza es un lila. A veces, con la navaja en la mano, ante los pescuezos dóciles de los capitalistas, experimentaba unos turbios deseos de nivelación social. Conrado añadía esperanzadamente:

—El doctor Mínguez despacha sanguijuelas a nueve reales docena. Esto es ponerse en razón. Si la medicina sigue progresando como hasta ahora, pronto el promedio de la vida humana será de cuarenta años.

Las tijeras reanudaban su actividad. Floro permanecía inmóvil sobre la alta banqueta.

—¡Vaya, a este niño le ha comido la lengua el gato! —decía Julio Álvarez, de pronto, en un estallido cordial.

Pero el niño Floro continuaba silencioso, exasperado por la interrupción de Julio Álvarez, mientras por el espejo observaba a la chacha con las botinas arrimadas a la estufa, curioseando los grabados de la revista *Gran Teatro*. Después cerraba los ojos. Empezaba a agarrarle el vicio. Cuando cayeron en sus manos las primeras novelas, Floro pensó que la barbería de Julio Álvarez era para él lo que para un oriental un fumadero de opio. La barbería, con su ambiente íntimo, gratamente familiar, le enervaba, le adormecía en una trasposición placentrado"a. Fue entonces cuando su madre adquirió un gato persa y Floro descubrió que su placer cuando alguien le hurgaba en la cabeza

debía de ser semejante al que sentía Zuzú, el gato persa, cuando él le rascaba suavemente, insistentemente, entre las orejas.

Floro era hijo único. Dos hermanitos que nacieron allá por los años 40 y 42 murieron al poco tiempo. Pero él no tenía aún edad de conocer el dolor. Tan sólo pensaba entonces en la barbería de Julio Álvarez. Julio le igualaba las puntas de las melenitas cada veinte días y él llevaba un calendario para dominar su impaciencia. Las vísperas, desdeñaba sus juguetes y permanecía reconcentrado y silencioso. Al aproximarse su santo, su padre le preguntaba:

—Floro, ¿qué regalo te gustaría?

Floro cavilaba.

—Que me corten el pelo —decía finalmente.

Su padre lo echaba a broma.

—Tienes la cabeza arreglada, Floro. Habla seriamente.

—Ya lo he dicho —repetía el niño, y pensaba: «Cuando yo sea grande me arreglaré la cabeza todos los días».

A los ocho años reunía las propinas para hacerse un corte extra.

—Chiquillo, te juro por mi madre que no hay en la ciudad mejor cliente que tú —le decía Julio Álvarez.

Amadeo le miraba con inquina, pero Floro no hacía caso. Se acomodaba en la silla alta y cerraba los ojos. «¡Ya queda poco, ya queda poco!», se decía, tan pronto Julio Álvarez le anudaba, tras el pescuezo, una toalla como si fuera una servilleta. De aquí que Floro, el chiquillo Floro, gozase más con los preliminares. Sentado frente a la estufa con los sentidos abiertos a la actividad de la barbería, aguardando su turno, Floro se consideraba la criatura más feliz del mundo.

Ya un hombre, Floro experimentaba una sorda envidia del Nano, el rapaz retrasado mental que barría la barbería y despachaba los recados. Nano vestía un blusón blanco y emanaba por todos sus poros el aplanador aroma de la barbería. Era leve el quehacer, y a media mañana cocía un huevo en la lata que hervía sobre la estufa. A través de la ventana, Floro veía deambular a los transeúntes, discurrir cachazudamente al tranvía de mulas con Tinín en el pescante, y, después, cuando los años fueron haciendo sensible el progreso, la rauda salida de los noticieros velocipedistas del periódico local ubicado en la esquina.

En ocasiones, Lope, que siempre andaba ojo avizor, decía:

—Nano, anda de una carrera al periódico. Parece como que hubieran puesto pizarra.

Nano regresaba en un santiamén.

Decía:
—Los aliados han sitiado Sebastopol y los turcos han pedido el armisticio.
O bien:
—El miserable Rodríguez ha disparado un pistoletazo contra la reina.
O bien:
—El señor Méndez Núñez ha bombardeado el Callao.
La vecindad del periódico mantenía bien informada a la barbería de Julio Álvarez. Fue esta vecindad la que imbuyó a don Floro el convencimiento de que ninguna cosa valía lo que un esmerado corte de pelo.
Cuando Floro creció y se hizo un hombre, pensó en la conveniencia de casarse. Su padre había muerto a consecuencia de una bala perdida en los sucesos de julio de 1853. Su madre se reunió con su padre catorce años más tarde. Floro se negó siempre a estudiar; y al entrar en posesión de su herencia advirtió que había obrado sensatamente. En cinco años liquidó sus bienes raíces y redujo su fortuna a un inmenso montón de papeles. De siempre le gustaron a Floro las cosas concretas. La cuestión de lindes le desazonaba. Un papel no podía confundirse nunca con otro papel. Algunos le decían: «Floro, no seas memo. La tierra es la tierra. —Floro se encogía de hombros—: Las tierras no me caben en la mano».
Al encapricharse con Teresita pasó una temporada incómoda aunque él se esforzaba en convencerse de que era un hombre dichoso. «Floro, ¡qué cosa prodigiosa es el amor!, ¿no es cierto?», se decía al engomarse los bigotes cada mañana. Aún no tenía a Walter y Guadalupe era su ama de llaves. Un día oyó a Conrado decir en la barbería: «Lo más hermoso del amor es la seguridad de que otro ser, en el inmenso mundo, piensa en nosotros a toda hora. El amor remedia la soledad del hombre. —Conrado exponía a veces ideas lúcidas, casi brillantes. Floro se decía—: Los hombres enfermos tienen una sensibilidad más sutil que los hombres sanos». Por entonces Conrado había visitado ya al médico homeópata que le curó el estómago haciéndole ingerir en ayunas unas gotas de petróleo en dosis crecientes. Mas Conrado debía de alimentar otra tara por dentro porque, a pesar de su bigote pelícano y sus patillas ofensivas, continuaba siendo un hombre carniseco y deleznable.
Floro paseaba a Teresita en la carretela. La «carabina» se sentaba en el pescante junto al auriga, pero era igual porque Teresita y Floro, solos o acompañados, apenas si encontraban motivos de conversación. Es decir, no era igual porque desde que Conrado expuso en la barbería su bella teoría sobre el amor, Floro se despertaba cada mañana bajo la bienhechora sensación de que otro ser, en otro lugar y otro ambiente, tenía su pensamiento

en él. Esta idea fue trabajándole por dentro hasta que una tarde no se pudo reprimir y tomó las manos de Teresita entre las suyas con un pretendido apasionamiento. Teresita se sofocó y después de liberar su mano derecha de la amorosa cárcel le pegó a Floro una bofetada. Floro se consoló diciéndose: «¡Qué honesta es!. —Y si le demandaban cómo era su novia repetía—: ¡Muy honesta, muy honesta!». Aún Floro no tenía a Walter. Al avecinarse el verano, Teresita y él, acompañados por la «carabina», solían sentarse al atardecer en las sillas de la acera, a oír música y ver pasar la gente. Apenas cambiaban una palabra. Una tarde, Teresita le imploró:

—¡Oh, Floro!, ¿por qué no has de dejarte el cabello largo?

Fue como si a Floro le mentasen la bicha. Teresita tenía una voz viva y perforadora.

—¿El pelo largo? —dijo Floro, desvalidamente.

—Sí, a lo Amadeo. ¿No te gusta el cabello a lo Amadeo?

—No, no me gusta.

Desde entonces, el cabello a lo Amadeo se convirtió para Teresita en una obsesión:

—Mira, Floro, cariño. El cabello a lo Amadeo hace más varonil y más distinguido.

—¿Una horchatita? —desviaba él.

—Oh, ciertamente, de esta manera pareces un mozo de cordel, Floro. ¿Es que no te das cuenta?

Floro empezó a acumular un oscuro resentimiento contra Teresita. Sentado en el sillón de Julio Álvarez cada quincena, llegaba a pensar que la odiaba. Teresita se incomodaba cada vez que Floro se arreglaba la cabeza. La noche del baile de la Prensa le dijo Teresita:

—Lo haces para enojarme, Floro. ¿No es cierto que haces todo esto para enojarme?

Casi lloraba Teresita.

—No digas disparates —respondió Floro.

—¿Es posible que no transijas en esta bagatela aunque yo te lo suplique? —gritó ella, y su voz era un chirrido.

En ese chirrido concluyeron las relaciones de Floro con Teresita. Fue un desenlace inesperado y fulminante.

Cuando quince días después volvió Floro por la barbería de Julio Álvarez, no se vanaglorió de su fidelidad. Además no le hubieran creído. Era al día siguiente al descarrilamiento del expreso en el puente de Viana. Lope decía:

—Desde ese puente me arrojé yo, hace dos temporadas.

Un cliente preguntó:

—¿Tan mal se le pusieron las cosas?

Lope sonreía:

—¡Quiá! Fue por deporte —dijo—. Me place arrojarme al agua desde una altura.

—¡Caramba! —dijo el parroquiano.

Lope amaba el deporte en sus manifestaciones más insólitas. Tenía fama de volatinero y diestro nadador y ahorraba para comprarse uno de los ingeniosos artilugios del doctor Gamonet. En la ciudad se había comentado su hazaña apasionadamente:

—¿Luego es usted —dijo, al cabo de una pausa, el cliente— el que quiso agregarse hace unos meses a la expedición francesa al Polo Norte?

—Para servirle —dijo Lope ruborizándose—. No me gustaría morir sin ascender antes en un aerostato; lo confieso.

Floro se hallaba en trance. La voz de Lope era sólo un rumor. Sus palabras componían un arrullo sin equivalencias. Las tijeras hábiles de Julio Álvarez musitaban a su oído: «Cuchichí-tatatá, cuchichí-tatatatá». Julio Álvarez sonreía pero se abstenía de dirigirle la palabra. Para Julio Álvarez no era un secreto que la labor que ahora comenzaba no podía interrumpirse aunque el mundo se hundiera. Habían pasado los años, pero Julio no olvidaba las escenas del 30 de septiembre de 1868, cuando Nano regresó del periódico diciendo atolondradamente:

—¡Ha estallado la revolución! ¡Ha estallado la revolución!

Los cuatro pares de tijeras se detuvieron y simultáneamente Amadeo se quitó el blusón y salió a la calle, sin pedir permiso al maestro. En las esquinas había corridas y gritos. Nadie osó decirle nada a Amadeo. Años después, Amadeo, cuando se irritaba, se ensuciaba en su nombre porque era nombre de rey. Entonces nadie le dijo nada a Amadeo porque había estallado la revolución y era posible que, de la noche a la mañana, Amadeo estuviera arreglando cabezas por dentro como ahora las arreglaba por fuera. Julio Álvarez tenía en aquel solemne instante la cabeza de Floro entre sus manos. Permaneció un rato inmóvil con las tijeras en alto. Por primera vez la sonrisa había huido de sus labios:

—¿Ha oído, don Floro? —dijo, al cabo—. ¡La revolución!

Floro estalló, segundos después que la revolución. Había hecho esfuerzos inauditos, los mismos esfuerzos del insomne para conciliar el sueño, para no salir de su enervamiento. La trémula voz de Julio Álvarez terminó de romper el hechizo:

—¡Y a mí qué! —replicó—. Usted a lo que está. —Y cerró los ojos y reclinó la cabeza dócilmente.

Los demás parroquianos habían salido a la calle. Junto a la barbería cayeron algunas piedras, y, de pronto, sonaron a distancia dos disparos:

—¡Echa las trampas, Nano. Hoy no se trabaja más! —dijo Julio Álvarez empavorecido.

Mas él acabó el servicio a la luz indecisa de un quinqué. Cada vez que sonaba una detonación, Julio se estremecía y las tijeras perdían su ritmo habitual: «Cuchichichichí-tatá, cuchichichichí-tá». Fue ésta la única vez en la vida que a don Floro no se le hizo breve el aseo de su cabeza.

Julio Álvarez no olvidaba estas cosas porque en estas nimiedades residía su crédito y la eficacia de su negocio. Con otros clientes, Julio gustaba de hablar de política imprimiendo siempre a sus juicios una sana pasión localista:

—¡Eso digo yo! ¡Tampoco Núñez de Arce va a llegar lejos! ¿Ha oído usted eso de: «Soy liberal porque la libertad es la idea generadora del progreso humano y la vida de las sociedades modernas»? ¿Qué le parece? ¿Cree usted que pueden decirse más cosas en menos palabras?

Julio exultaba. Advertía su interlocutor:

—¿Pero dónde está Castelar…? ¿Ha leído su discurso por lo de Manterola?

—¡Al cuerno Castelar! Dele años a Arce y verá de qué somos capaces en esta tierra.

A los quince días de plantar Floro a Teresita, Julio Álvarez no había olvidado que su pasión localista debía ser reprimida en tanto la grave cabeza de don Floro dependiera de sus manos. La grave cabeza de don Floro acababa de decidir que, puesto que ya no podía tener una esposa que se llamase Teresa, tendría un ayuda de cámara que se llamase Walter. En el Círculo le decían a menudo que un hombre de su rango y de su circunstancia personal no guardaba debidamente las apariencias sin un criado inglés.

—Eso será caro, ¿no? —inquiría Floro.

—Los caprichos hay que pagarlos, Floro: eso es indudable. Pero ten en cuenta que un buen criado inglés puede incluso afeitarte cada mañana si así lo deseas —dijo su amigo Justo.

—¡Eso no! —dijo don Floro, porque la sola idea de que alguien le pusiera la mano en la cara le repugnaba.

No había vuelto a pensar en el criado inglés hasta ahora que Julio le acariciaba la cabeza con el pulverizador, a las dos semanas de romper con Teresita. Al recibir la carta de su primo Cástor, desde Londres, se sorprendió.

Le escribía su primo: «No es fácil, contra lo que te supones, encontrar un criado albino que atienda por Walter para ir a servir a ésa». Entonces Floro marchó a Madrid. Desde niño —ahora se daba cuenta— había llevado en la cabeza el propósito de que un día dispondría de un criado que se llamase Walter. Visitó una agencia en la capital y analizó uno por uno todos los pretendientes rubios inscriptos. Al fin se decidió por uno, ético, flexible y rígidamente educado:

—¿Cómo se llama? —inquirió.

—Domiciano, para servirle —respondió el joven.

—Ese nombre no me vale.

—¿Cómo le gustaría al señor que fuese mi nombre?

—Walter —dijo Floro con una sinceridad conmovedora—. Necesito un hombre como usted que atienda por Walter y eluda las «erres». Estaría dispuesto a darle una soldada de quinientos reales mensuales.

—Desde este momento soy Walter, señor. En cuanto a lo de eludir las «erres»…

Floro sonrió.

—Eso es más fácil —dijo—. Usted no me dirá «señor», sino «señoo»; no me dirá «todo está en orden», sino «todo está en ooden». Todo ello con un matiz nasal. Parece ser que en inglés la «erre» no suena. Esos sajones son muy caprichosos, ¿entiende usted?

—Entiendo, señoo —dijo Walter, que era un muchacho avispado, imprimiendo a sus palabras una entonación nasal.

Floro se lo llevó a casa. A partir de este momento montó su vida sobre la base del celibato. Su aventura frustrada con Teresita le resultó una lección provechosa. Walter entraba a despertarlo a las nueve de la mañana con una taza de chocolate y unos bizcochos por delante. A las diez, Floro ya estaba en el Círculo leyendo los periódicos. A las dos, comía sin moverse de su sillón del Círculo. A las cuatro de la tarde se acostaba. Walter entraba a despertarlo a las nueve de la noche con otra taza de chocolate con bizcochos. Luego, Floro volvía por el Círculo hasta las cuatro de la madrugada. A las nueve, como un cronómetro, le despertaba Walter:

—Son las nueve, señoo.

Floro abría un ojo levemente espantado y divisaba a su ayuda de cámara firme a su lado con la bandeja en la mano. Demandaba:

—¿Es por la mañana o por la tarde, Walter?

—Por la mañana, señoo.

—Gracias, Walter.

En el Círculo mataba las horas; no buscaba allí una diversión, sino un remedio. Aparte de los periódicos, Floro no leía nada y hablaba poco. Simplemente dejaba transcurrir las horas arrellanado en su sillón, calculando los días que faltaban para visitar la barbería de Julio Álvarez. Su cabello era fuerte y nutrido, y, no obstante, se friccionaba cada mañana la cabeza con el regenerador Royal Windsor. La máxima ambición de Floro consistía en llegar a precisar los servicios del peluquero con intervalos más frecuentes que los actuales de dos semanas. El Círculo no era, pues, en Floro una frivolidad sino un recurso.

Y así, sin que nadie lo advirtiera, sigilosamente, Floro iba creando su propia historia y la barbería de Julio Álvarez la suya, y, sin que nadie lo advirtiera, ambas historias se confundían porque la vida de don Floro corría ligada a la de la barbería de Julio Álvarez. Y cuando Julio le comunicó, el 4 de mayo de 1875, que iban a reformar el local, don Floro sintió que las piernas se le embotaban y temió que aquel duendecillo complaciente que se acercaba a él tan pronto como las tijeras de Julio Álvarez, o de Conrado, o de Lope, o de Amadeo, entraban en funciones, huyese ahora de la barbería remozada para no volver jamás.

—¿Tan necesaria estima una reforma? —preguntó Floro patéticamente.

—Hay que ponerse a tono con el progreso —dijo Julio Álvarez, levantando levemente sus bigotes tormentosos.

—¿Y el carácter? ¿No cree usted que el carácter está por encima de la civilización?

—Pienso adecentar el local sin que pierda su fisonomía —respondió Julio Álvarez, percatado de su responsabilidad.

Floro pasó veinte días viviendo sobre ascuas. Cada mañana visitaba las obras y el día que advirtió que los pintores repintaban de rojo la fachada experimentó un vago movimiento de gratitud. Externamente la barbería no sufrió otro cambio que la sustitución de la bacía por un cartelito con la cabeza rubia y rizosa de un niño y la tradicional leyenda debajo: «JULIO ÁLVAREZ. PELUQUERO. SERVICIOS ESMERADOS». A los veinte días se abatió la valla protectora y Floro entró en la barbería con el corazón encogido.

Poco a poco se fue calmando. La estufa seguía allí y allí seguían las mismas lunas y las mismas repisas y, sobre todo, la música de las tijeras y el aroma pesado y enervante de las lociones. Únicamente las paredes aparecían recién pintadas, los baldosines nuevos y la columna de junto a la estufa totalmente revestida de espejos. Cuando Floro se reclinó en el sillón y cerró los ojos constató que nada había cambiado. El duendecillo trepó por sus

rodillas y se le metió dentro del cuerpo tan pronto las tijeras de Julio Álvarez iniciaron su actividad.

Don Floro era el único ciudadano que disfrutaba en la barbería de Julio Álvarez del privilegio de elección de operario. Generalmente era Julio el elegido, supuesto que Julio llenaba las exigencias de un don Floro normal. Pero, a veces, don Floro se sentía nervioso, otras cansado, y, otras, en fin, sombríamente sinuoso. Para estos casos se reservaba a Conrado, Lope o Amadeo. Cada uno tenía su técnica y su estilo. Cada tijera, su rumor. Cada mano, su procedimiento. Seguramente no existía otro hombre en la ciudad que, como don Floro, fuese capaz de adivinar al operario sin otros indicios que el rumor de las tijeras y la disposición del peine y de las manos. Conrado era exageradamente lento y comedido. Un operario concienzudo que se enfrentaba con una cabeza con la misma unción que Berruguete con un pino. Para Conrado, su actividad no constituía un medio de ganarse el sustento sino una actividad artística. Frecuentemente le desagradaban sus obras. En esos casos le invadía un hermético mal humor. En una ocasión, enmienda tras enmienda, guiado por un noble y dignísimo anhelo de superación, dejó a un magistrado rapado al cero. Sus manos eran blandas, torpes y puntillosas. El peine en él, era lo que la sombrilla para el volatinero: un recurso para conservar el equilibrio. Sus dedos dejaban en el cuello una difusa sensación de humedad. La música de sus tijeras comportaba, en su solemne profundidad, en sus pausadas, maduras inflexiones, un lejano acento de órgano: «Cu-chi-ta-ta-tá, cu-chi-tá-ta-taa».

Lope, por el contrario, era todo vivacidad. Rara vez sus tijeras daban un golpe en el vacío. Para él, todo era sustancia: «Cuchi-cuchi-cuchi-chichi-chichi-tá». Imprimía a sus movimientos una euforia deportiva. Para él una cabeza era un *match*. A veces, comenzaba una cabeza al tiempo que Conrado y se decía: «He de sacarle diez minutos. —Con Amadeo se sentía más modesto—: He de terminar antes que él. Si me gana es señal de que, por pitos o por flautas, no me lanzaré este verano al río desde el puente mayor». Sus manos eran resueltas e implacables. Sus silenciosos mandatos no admitían objeción. Jamás vacilaba. Siempre hallaba solución para un movimiento de tijeras precipitado.

Don Floro se ponía en sus tijeras los días que se encontraba fatigado.

Lope comunicaba a la cabeza una sensación refrescante. Uno se levantaba del sillón con deseos de correr los cien metros lisos. Conrado valía, en cambio, como sedante. Se diría que las manos y las tijeras de Conrado se ocupaban de ligar pacientemente nervio con nervio.

Contrariamente, Amadeo, el revolucionario, producía la impresión de una animosidad reprimida. Don Floro, cuando se sentía incomodado con sus semejantes, se sentaba en el sillón de Amadeo y entonces le invadía la sensación de que estaba chinchando a una considerable parte de la Humanidad. Amadeo se mostraba apático con la herramienta. Consciente de la competencia tácita que planteaba Lope, cada vez que iniciaban simultáneamente un servicio, se daba prisa por derrotarlo. Sospechaba que a Lope le sabía esto a cuerno quemado. Si le vencía, sonreía con la comisura izquierda. Sus manos y sus tijeras eran rudas. Jamás dominó las sutilezas del oficio. Los tirones eran frecuentes. Sus tijeras decían: «Tatá-cuchichi, cuchichí-tá. —Cada tirón procuraba a don Floro un motivo de complacencia —: Chínchate», se decía, saboreando su amodorramiento. Era como si fuese él quien tirase de los pelos a Amadeo. Abría un ojo como una luna y divisaba a Nano, ya casi un hombre, aburridamente recostado en un rincón. Sonreía, como diciendo: «¿Te fijas en la absurda irritación de este hombre?». Y volvía a cerrar el ojo.

A Nano, a raíz de la reforma, le prohibió Julio Álvarez que cociese huevos en la lata de la estufa. Y Nano, llegadas las once, no sabía qué hacer con sus manos. Padecía de estrabismo y tenía hundida la mandíbula inferior. Era medio tolondro. Su padre decía que a consecuencia de un golpe. Conrado sentenciaba inapelablemente: «Antecedentes sifilíticos».

Pero la historia seguía su curso. La historia del mundo y la historia de la ciudad dejaban su huella y ayudaban a crear la historia de la barbería y la historia de Julio Álvarez. Y la historia de Conrado, y la de Lope, y la de Amadeo, y la de Nano, y la de don Floro, y, también, la de la lata que durante los prolongados e inhóspitos inviernos de la meseta borboteaba alegremente sobre la estufa de serrín. A veces, la Historia se metía de rondón en la barbería y armaba una barahúnda. Tal aconteció el día 6 de junio de 1869 al promulgarse la Constitución. Las fiestas se armaron delante de la barbería de Julio Álvarez. Las bandas de música discurrían sin pausa ante los ventanales; y lo mismo los regimientos de la guarnición y las dulzainas y comparsas de danzantes; y, por la noche, los fuegos artificiales. Fue, aquélla, la primera vez que la multitud quebró una luna de la barbería de Julio Álvarez.

Antes, también había entrado la Historia en la barbería y se llevó en rehenes a uno de sus miembros. Era el 12 de febrero y Nano aclaró de regreso de la pizarra:

—Piden voluntarios para Cuba.

Lope se quitó el mandil:

—¿Dónde vas? —preguntó Julio Álvarez.

—A alistarme —dijo Lope con resolución.

—¡Ojo! ¡Aquél es un clima insalubre! —terció Conrado.

Y Floro pensó: «¿Qué haré, Dios, el día que me encuentre fatigado?».

Aventuró patéticamente:

—Vas al matadero, hijo. Reflexiona.

La estufa crepitaba en el silencio que siguió.

Lope regresó diez meses después, renqueando de una pierna. Todos esperaban que contase cosas de la manigua, pero Lope no despegó los labios. Al coger las tijeras, le colgaron dos lagrimones. Nadie sabía por qué lloraba.

En el verano, alguien le preguntó:

—Lope, ¿para cuándo lo del puente?

—De eso ya nada —respondió Lope.

Y ponía su pierna por testigo.

Un mes más tarde volvió la Historia a colarse en la barbería. Era curioso que la Historia utilizase la voz tartajeante de Nano para manifestarse.

—¡Ha estallado la guerra! ¡Ha estallado la guerra! —voceó Nano.

—¿Qué guerra, memo? —dijo Amadeo.

Nano le miró con expresión estúpida.

—No lo sé —dijo—. La guerra.

Era la guerra francoprusiana, pero Conrado no pensaba en la guerra porque acababa de pedir a Julio Álvarez, su padre adoptivo, la mano de Manolita, la segunda hija adoptiva de Julio Álvarez. Un enredo. Amadeo esperaba «su momento». Lope organizaba por aquel entonces competencias de bateles y tampoco pensaba en la guerra. Pero llegó la guerra, y pasó la guerra, y aunque era una guerra grande apenas la sintieron y les parecía una guerra insignificante y, por contra, la nimia guerra que montaron como un espectáculo los Voluntarios de la República, el 3 de enero de 1874, les pareció una guerra inmensa, inacabable y cruenta. Amadeo pensó que «su momento» había llegado. Julio Álvarez dijo:

—Nano, hijo, echa las trampas.

Sonaban los tiros y los cañonazos próximos. Conrado dijo:

—La ciudad está hundiéndose. Estamos perdidos.

Tenían el quinqué encima de la mesa de las revistas y eran ellos, en derredor, tres pares de ojos asustados. Sólo Lope conservaba la serenidad. De pronto, sonó un disparo e, inmediatamente, un quejido. Pesaba un silencio dramático en el interior del local. Todos esperaban y temían que el lamento se repitiera. Y el lamento se repitió.

De súbito, alguien aporreó una de las trampas.

—¡Abran, abran! ¡Hay aquí un hombre desangrándose!

Lope levantó la trampa. Una mujer intentaba arrastrar el cuerpo de un hombre hasta la barbería.

—¡Vamos, ayúdenme! —dijo—. ¿Qué hacen ahí mirando como ratas asustadas? Menudeaban los tiros y las corridas, pero Lope salió y ayudó a la mujer. La mujer daba órdenes concisas y terminantes, con tal imperio que Julio, Conrado, Lope y Nano rivalizaban en cumplirlas. Nano dijo, de pronto:

—Si es el inglés.

—¿Qué importa eso ahora? —dijo la enfermera que friccionaba la herida del hombro del hombre con agua de colonia.

—¿Qué inglés? —preguntó Lope.

—El criado de don Floro —dijo Julio Álvarez.

La enfermera levantó de improviso la cabeza. Añadió Julio Álvarez:

—¿Cómo está usted? Discúlpeme, no la había reconocido, doña Teresita.

A doña Teresita se le llenaron los ojos de lágrimas. Vaciló. Sólo fue un instante, pues inmediatamente reanudó la cura del herido. Cuando el capitán general ordenó el desarme de los Voluntarios de la República y la paz tornó a posarse sobre los tejados, la ciudad entera comentó la abnegación de doña Teresita, que, poniendo en peligro su vida, había salvado la de su «rival».

Pero ni por ésas se conmovió don Floro.

Pero ni por ésas pensó Amadeo que «su momento» hubiera pasado.

Una mañana, aparecieron adheridos a todas las trampas de la barbería unos pasquines insólitos:

«El Consejo local de la Federación Alcoyana de la Asociación Internacional de los Trabajadores reta a controversia a todos los hombres que lo deseen para discutir principios fundamentales de la Internacional. Al efecto tendrá lugar una asamblea pública el domingo 2 en la plaza de toros. ¡¡Aceptad el reto!!».

Don Floro penetró en la barbería en el momento en que Julio Álvarez decía:

—¿Vas a Alcoy, Amadeo?

—Yo no puse esos pasquines, patrón —respondió el aludido con gesto hosco.

Fuera hacía un frío endiablado.

—¿Qué sucede en Alcoy? —inquirió don Floro, descalzándose los guantes y arrimando las manos a la estufa.

—Amadeo debe de saber lo que ocurre en Alcoy —dijo Julio malhumorado.

Conrado se acercó tímidamente a don Floro:

—Felicíteme, don Floro; mi señora ha tenido familia.

—Enhorabuena —dijo don Floro.

—Le dije antes que yo no pegué los pasquines —añadió Amadeo; y, luego, volviéndose a don Floro—. Una controversia.

Aún pensaba Amadeo que era llegado «su momento» y no andaba errado, porque la desmedida turbulencia del mundo llegaba, con frecuencia, hasta la barbería. Se acusaba la desordenada vitalidad del mundo en la desordenada vitalidad del periódico local, cuya sede se levantaba calle por medio. La guerra, la peste, el malestar, provocaban a menudo un movimiento de excitación y de alarma. A veces, si la tensión era grande, Julio no se conformaba con las noticias de la pizarra y enviaba a Nano a la redacción.

—Si estuviera don Amado le pides los telegramas. Dile que vas de parte de Julio. Él ya sabe.

Julio era amigo de don Amado desde que le facilitó una entrevista con don Claudio Moyano en la barbería. Los reporteros sabían agradecer esta clase de favores. Así, pues, si don Amado estaba arriba, Nano bajaba los telegramas. En otro caso, habían de resignarse con lo que la pizarra anticipaba. El mundo vivía aquellos días atrozmente, casi ferozmente. Los clientes decían: «Nunca hubo época como ésta». Mas la ciudad —como la barbería— continuaba existiendo, engranada a una rutina, con los unos viviendo a costa de los otros, tal vez de los que más odiaban. Era una cadena donde cada eslabón le era indispensable al siguiente. Don Floro veía discurrir a través del ventanal el tranvía de mulas del viejo Tinín, que se enojaba cada vez que el viejo animal soltaba en plena avenida un collar de cagajones. Tinín ignoraba que gracias a los cagajones vivía Santi, el basurero municipal, y gracias a la indolencia de Santi vivía don Amado, el redactor, puesto que ello le proporcionaba temas para sus campañas contra el desaseo urbano, y gracias a las campañas de don Amado, vivía Merinito, el escobero de la calle la Sortija, proveedor de la Casa Consistorial… Era una larga, elemental e infinita cadena que no interrumpían la guerra, la peste ni las calamidades y que se tejía allí, delante de las barbas de la barbería de Julio Álvarez.

Un buen día salió el sol, se posó el mundo y empezó a florecer el progreso. Y empezó a florecer la ciudad y la barbería de Julio Álvarez, y se decía que «el momento» de Amadeo había pasado a la historia. Llegaron las primeras máquinas de coser, bien de mano —desde doscientos reales hasta

quinientos veinte—, bien de hacer bieses, bien para sastres, con aparato para hacer ojales, bien para bordar. Llegaron los primeros velocípedos, las campanillas eléctricas y los tubos acústicos para establecimientos y carruajes; llegó el teléfono del doctor Bell para transmitir la voz humana a largas distancias; llegaron las ostras de Ostende para satisfacer a la parroquia del bar Imperial. Llegó el Bálsamo Anticólico, remedio heroico para combatir toda clase de cólicos en las caballerías; llegó el fonógrafo, admirable invento de míster Edison; llegó el ozón, agua compuesta de electro-oxígeno para bebidas e inhalaciones. Llegaron los sombreros de castor, última novedad de bonitos colores y escogidas clases. Llegó la segadora-guadañadora de W. A. Wood, muy superior en perfección, ligereza y solidez a todas las de su dase. Llegó el enolaturo de acónito y canchalagua, precioso medicamento para todos aquellos casos en que fuese de necesidad la evacuación sanguínea. Llegaron la Patti y Gayarre, Frascuelo y Lagartijo, Sarasate y la Albani. Llegaron las transfusiones de sangre de cabra para combatir la tuberculosis, y la vacuna antirrábica de Pasteur. Llegaron, en fin, la lámpara, la máquina voladora del señor Holmes y la silla eléctrica. Llegaba, con todo ello, «el momento» de Conrado y Lope; y Conrado decía: «Dentro de pocos años la gente se morirá de vieja. Habrá un remedio para cada enfermedad».

Lo decía con su saludable optimismo, lo único saludable que Conrado poseía. Y Lope, deportista en la reserva, se metió a organizador: carreras de velocípedos, carreras pedestres, concursos de natación. Una vez, por la feria de San Juan, Lope organizó una carrera de cintas. Cayó en campo abonado la idea y durante dos semanas no se habló en la barbería de Julio Álvarez, ni en la ciudad, de otra cosa. Lope explicaba:

—La dificultad consiste en ensartar las cintas con una aguja sin caer del velocípedo. Es una prueba de sangre fría y habilidad.

—¿Y quién gana?

—El que más cintas enhebra.

Al fin se celebró la prueba con éxito ruidoso, hasta tal punto que el Ayuntamiento acordó en sesión ordinaria que la carrera de cintas figurase en lo sucesivo en los programas de feria. Lope se hizo un personaje. Se volvía a recordar su intrépida juventud. El periódico hablaba de su hazaña al arrojarse al río desde el puente de Viana. Algún ciudadano de esos que siempre viven con retraso le preguntaba:

—Y eso de las carreras de cintas, ¿lo inventó usted?

Lope sonreía, no decía que sí ni que no. Su amor propio le impulsaba a dejar una puerta abierta a la creencia de que él era efectivamente el inventor.

Don Floro le dijo un día:

—Eso lo aprendería usted en Cuba.

—Ciertamente, allí reflexioné mucho.

Pero Lope no decía que sí ni que no, porque su felicidad dependía precisamente de no decir que sí ni que no. Había llegado «su momento».

Era una etapa suave y benévola aquélla. Pero nadie reconocía que vivía una era feliz. Un mal día, el mundo arrugó el ceño y tornó a cambiar de postura. El mundo es como el hombre que no consigue conciliar el sueño. Y vino la filoxera, y se fue Gayarre, y se fue la Patti, no sin dejar dispuesto que se diese sepultura a su cuerpo en el magnífico castillo de Craij-Nosy y que sobre su tumba se colocara una jaula de ruiseñores. Y retornó el cólera, y con él, la difteria y la peste bubónica. Y se inició la torva actividad de la Mano Negra, y cayó el zar asesinado, y cayó el presidente Garfield asesinado, y el socialismo devenía en anarquismo porque los pobres ricos no se resignaban a satisfacer las aspiraciones de los pobres, pobres…

Amadeo pensó que era ahora cuando llegaba «su momento». Bordeaba los sesenta y toda su madurada ideología se transformó en viento. Hablaba de las Trade Unions, el nihilismo y la libertad, pero había perdido su empuje ofensivo.

Una tarde de enero de 1890, como marchara el último parroquiano antes de la hora del cierre, Julio Álvarez, Conrado, Lope y Amadeo se encontraron, casi sin saber cómo, sentados en círculo alrededor de la estufa. Todos se dieron cuenta, de pronto, de que todos eran viejos; de que habían envejecido inconscientemente. Traspasaba los cristales la luz cenicienta del crepúsculo. Entonces entró don Floro. Dijo a media voz:

—Buenas tardes; nadie se mueva.

Y tomó una silla y sin añadir palabra se sentó entre ellos. También don Floro les vio de repente viejos a todos. Les unía un silencio cordial. Dijo, de súbito, una voz:

—¿Qué tiempo hace que murió Nano?

—En marzo hará cuatro años —respondió otra voz.

Volvió el silencio. Un silencio que hubiera podido dividirse en dos con una navaja. Nano, el tonto, palpitaba en ese silencio. Al cabo, la voz de Amadeo:

—Patrón, ¿recuerda aquellos pasquines sobre una controversia en la plaza de toros de Alcoy que aparecieron una mañana pegados en las trampas de la barbería?

—Qué hacer sino recordarlos —dijo una voz.

—Los pegué yo.

Silencio. Los cristales se ennegrecían y las detonantes blusas blancas, entre las sombras, semejaban fantasmas. El agua hervía en la lata, sobre la estufa. En la punta de la pausa la voz de don Floro:

—Nunca quise preguntarles si es cierto que doña Teresita arriesgó su vida ahí, en la esquina, cuando los sucesos del 73, para salvar la de mi criado Walter.

—Es cierto —respondieron a una cuatro voces impersonales.

Y don Floro no apeteció en este momento el rumor de las tijeras. Solamente explicó:

—Tal vez me equivoqué una sola vez en la vida. Eso nunca puede saberse.

Pero en la pausa siguiente temblaba ya la música de las tijeras. Y el aroma enervante de los perfumes y los ungüentos. Y la Historia. Julio se incorporó y dio la luz —luz de llave de la compañía eléctrica— y rompió el hechizo.

—¿Se va a servir usted, don Floro?

Don Floro se sirvió.

Quince días más tarde Julio Álvarez decidió el traspaso. Justo el día que Manolita, la señora de Conrado, se marchaba al otro mundo.

Al retirarse del Círculo, don Floro no se encontraba bien. Es decir, no sólo no se encontraba bien, sino que se encontraba mal. «La impresión —pensó—. Es la impresión». Tras la evocación se sentía fatigado. Walter advirtió que don Floro tenía unas bolsas cárdenas bajo los ojos. Eso fue al llevarle el chocolate. Ahora, don Floro, al acostarse, pareció recordar algo, se volvió y levantó una punta de la cortina. «Qué bobo —se dijo—. No sabía si era de día o de noche». Luego estuvo escribiendo un rato, ya en la cama. Al concluir dobló el pliego y lo introdujo en un sobre junto a un pequeño envoltorio. Dificultosamente escribió en la cubierta: «Este sobre contiene mi testamento». Luego reclinó la aseada cabeza en la almohada, cerró los ojos y se murió.

—Son las nueve, señoo —dijo, más tarde Walter.

Descorrió las cortinas.

—Señoo, son ya las nueve —repitió.

Pero como el señor no se moviese, Walter se acercó a él y vio que estaba muerto. Le cerró los ojos, colocó la bandeja con el chocolate y los bizcochos sobre una mesita, se sentó cómodamente y se desayunó. Al concluir se levantó con toda calma, recogió el sobre de la mesilla de noche, se puso el abrigo y se fue a casa del abogado.

El testamento de don Floro era muy simple:

En X, a veinte de febrero de mil ochocientos noventa y dos.

Yo, Floro Domínguez Vaquero, soltero, propietario, vecino de esta ciudad, con el pleno uso de mis facultades intelectuales y capacidad legal para otorgar el presente testamento ológrafo, expreso mi última voluntad en la siguiente forma:

Primero: Declaro ser natural de X, hijo de los difuntos Floro Domínguez y Enriqueta Vaquero, y que estoy soltero por lo que carezco de herederos forzosos.

Segundo: declaro profesar la religión católica, apostólica y romana, en cuya fe quiero vivir y morir.

Tercero: lego en pleno dominio a mi fiel sirviente Domiciano Esteban, alias Walter, en pago de sus generosos servicios, mil duros.

Cuarto: lego en pleno dominio a la señorita Teresita Rosa Doménech, el envoltorio que se encuentra sobre la mesilla de noche a la cabecera de mi lecho en la casa que habito.

Quinto: en el remanente de mi patrimonio instituyo por mi único, universal heredero en pleno dominio, a don Julio Álvarez, barbero, con la condición de que mientras viva no traspase ni reforme el local donde actualmente desarrolla sus actividades profesionales.

Así otorgo este testamento ológrafo, escrito todo él de mi puño y letra y salvadas las palabras equivocadas, que firmo y rubrico en la ciudad y fecha arriba indicadas.

Floro Domínguez Vaquero

El envoltorio para la señorita Teresita contenía un minúsculo guardapelo de plata.



MIGUEL DELIBES SETIÉN (Valladolid, España, 1920 - 2010). El apellido Delibes proviene de Toulouse (Francia), ya que su abuelo paterno, Frédéric Delibes Roux —emparentado lejanamente con el compositor Léo Delibes— se asienta en España en 1860, adonde emigra para participar en la construcción de una línea de ferrocarril en la provincia de Santander. En uno de sus pueblos, Molledo-Portolín —escenario luego de una de las primeras novelas delibeanas, *El camino*— se casa con Saturnina Cortés, y con los años traslada el matrimonio su residencia a Valladolid.

Miguel Delibes es el tercero de los ocho hijos del matrimonio Adolfo Delibes, profesor y director de la Escuela de Comercio de Valladolid, y de María Setién, burgalesa de origen. El niño Miguel estudia en el colegio de La Salle y, en 1938, con 17 años, y antes de que le movilicen como soldado en la guerra civil que asola España desde 1936, decide enrolarse como voluntario en la Marina. «Casi con seguridad iban a destinarme a Infantería y me horrorizaba la idea del cuerpo a cuerpo, la guerra en el mar era más despersonalizada, el blanco era un barco, un avión, nunca un hombre. Yo lo veía como un mal menor».

Delibes, sin embargo, queda profundamente marcado por el conflicto bélico. «Si fuera posible —ha escrito— hacer un estudio médico de las personas que participamos en aquella terrible guerra, resultaría que los mutilados síquicos somos bastantes más que los mutilados físicos que airean sus muñones».

Regresa a Valladolid recién terminada la guerra y estudia Comercio y Derecho. Sin embargo, ninguna de estas carreras le complace. Y sólo el azar

quiere —él mismo lo ha reconocido así— que desemboque en el mundo del periodismo y de la literatura. Un azar que comienza cuando, al estudiar el *Manual de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, descubre la belleza del lenguaje y la eficacia de la metáfora y el adjetivo oportunamente empleado. Como también le gusta el dibujo —su padre le ha matriculado en la Escuela de Artes y Oficios—, Miguel Delibes ingresa como caricaturista, en 1941, en *El Norte de Castilla*, el periódico de su ciudad, y pasa luego a ser redactor.

Ya es por entonces novio de Ángeles de Castro y ésta —que luego será su esposa— le anima a leer y a satisfacer el espontáneo deseo de ponerse a escribir. De esta manera, casi por puro azar y con una formación eminentemente autodidacta en lo que a lo literario se refiere, escribe su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, que consigue el prestigioso premio Nadal, en la noche de Reyes de 1948.

Es el espaldarazo. Dos años antes se había casado con Ángeles de Castro y había conseguido la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de su ciudad.

A partir de ahora compaginará la enseñanza, el periodismo y la literatura.

Miguel Delibes es nombrado subdirector de «El Norte de Castilla» en 1952 y director en 1958. Emprende una serie de campañas en favor del medio rural castellano y ello le lleva a enfrentarse con el régimen y la censura reinantes, viéndose obligado a dimitir de su cargo en 1963. Pero no ceja por eso en su denuncia de la postración de Castilla y, cuando no puede hacerlo desde el periódico, lo hace desde la narrativa. Nace así su novela *Las ratas* (1962), verdadera epopeya novelada de la tragedia del campo castellano.

Pero ya antes había publicado varios títulos más, en especial *El camino* (1950), su tercera novela y arranque y confirmación de lo que habrá de ser su auténtico estilo narrativo.

Junto a títulos señeros como *La hoja roja* (1959), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del náufrago* (1968) —su novela más experimental—, o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), Delibes publica también sus primeros libros de caza y crónicas de viajes, principalmente *USA y yo* (1966), consecuencia de su estancia de seis meses en Estados Unidos, como Profesor visitante de la universidad de Maryland.

En 1973, con más de veinte libros publicados y varios premios en su haber, Miguel Delibes es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, ocupando el sillón e minúscula. La toma de posesión tiene lugar el 25 de

mayo de 1975, y su discurso versa sobre «El sentido del progreso desde mi obra».

Sólo unos meses antes, en noviembre de 1974, había muerto su esposa Ángeles, a la que el novelista había calificado como su «equilibrio» y la «mejor mitad de mí mismo». En una novela que Delibes publicará diecisiete años más tarde, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), evocará la singular figura de esta mujer.

La muerte de su esposa deja sumido al escritor en una profunda depresión, de la que comienza a salir tres años más tarde con la publicación de su novela *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Siguen nuevas novelas, nuevos libros de caza, alguna nueva crónica viajera, y varios de sus relatos —doce en total— son llevados al cine o al teatro. *Los santos inocentes* en la pantalla y *Cinco horas con Mario* en los escenarios son los logros más notables en sendos géneros.

Llegan también para Miguel Delibes los reconocimientos y los premios: el Príncipe de Asturias, en 1982; el premio de las Letras de Castilla y León, en 1984; el de las Letras Españolas, en 1991; y dos años más tarde, en 1993, el premio Cervantes, el más prestigioso galardón para escritores de habla hispana. Su discurso de aceptación del premio ha sido considerado como uno de los más bellos y profundos de cuantos se hayan pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Y aun cuando en él parece dar a entender Miguel Delibes que da por clausurada su creación literaria, cinco años más tarde, en 1998, publica la que puede considerarse su novela más ambiciosa: *El hereje*, un alegato en favor de la libertad de conciencia. La novela se desarrolla en el Valladolid del siglo XVI, y «a Valladolid, mi ciudad» dedica Delibes el libro. Ciudad donde nació y donde ha vivido siempre porque, como él mismo ha repetido, «soy como un árbol, que crece donde lo plantan».

Tras la publicación de *El hereje* su carrera literaria prácticamente se detuvo, principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor precisamente desde la última fase de redacción de su última gran novela.

Recibió en 2007 el Premio Quijote de las Letras Españolas. El escritor trataría aún de sacar adelante una nueva novela corta mediada la década del 2000. La obra, que iba a llevar por título *Diario de un artrítico reumatoide*, fue finalmente abandonada después de medio centenar de cuartillas manuscritas. Por su incapacidad, tras ser galardonado con el Premio Vocento a los Valores

Humanos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, Reyes de España, visitaron personalmente al escritor en su domicilio vallisoletano. La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó en noviembre de 2009 la Medalla de Oro de Castilla y León como reconocimiento por «su defensa del castellano», calificando al autor como «maestro de narradores». De igual modo, numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones al escritor como candidato al Premio Nobel de Literatura.